

LA ALFARERÍA INDÍGENA  
CHILENA

POR

RICARDO E. LATCHAM

PUBLÍCASE A EXPENSAS DE LA COMISIÓN OFICIAL ORGANIZADORA  
DE LA CONCURRENCIA DE CHILE A LA EXPOSICIÓN  
IBERO-AMERICANA DE SEVILLA

*Manuel Berrío*  
24-111-1938-



SANTIAGO DE CHILE  
SOC. IMP. Y LIT. UNIVERSO.—AHUMADA 32

1928

75.000.-

Fol 000040

Manuel Berrío Sanchez

LA ALFARERIA INDIANA

CUBANA

MARCA PATENTADA

---

TIRADA DE 475 EJEMPLARES EN PAPEL CORRIENTE Y  
DE 25 EN PAPEL FINO, NUMERADOS.

---

EJEMPLAR N.º

088181

*Dedicamos este trabajo al eminente escritor chileno*

*Don José Toribio Medina*

*verdadero iniciador de los estudios arqueológicos en  
Chile*

*En respetuoso homenaje*

*El Autor*

---

## INTRODUCCION

---

Durante más de treinta años nos hemos ocupado en recoger datos y en hacer investigaciones sobre la antropología y la arqueología chilenas. Al principio, creímos que la tarea sería relativamente fácil. Todo lo que se había escrito sobre la materia presentaba a la población indígena chilena, desde Copiapó hasta Chiloé, como una raza homogénea, muy poco modificada por influencias extrañas.

A medida que avanzamos en nuestros estudios, comenzamos a reconocer que esta hipótesis era completamente errónea; que existían dentro de dicho territorio, diversos elementos étnicos, muy diferentes unos de otros en cuanto a origen y cultura, y que varias influencias exóticas habían dejado huellas indelebles en las artes, industrias y vida social de las distintas zonas.

La tarea que habíamos principiado con cierta confianza, ahora se nos presentaba llena de incertidumbre y de dificultades. Ya no era trazar simplemente la evolución lenta y progresiva, poco modificada por contactos exteriores, de un pueblo único. El problema asumió otras proporciones, más vastas y más complicadas: los factores esenciales se multiplicaron, los orígenes se oscurecieron y las relaciones extrañas se hicieron más patentes. ¿De dónde venían los nuevos elementos étnicos? ¿Cuál era el orden de su llegada? ¿Hasta qué punto se habían puesto en contacto unos con otros, o se habían fusionado con los aborígenes? ¿Quiénes serían estos últimos? ¿Cuáles eran los elementos culturales aportados por cada uno de los pueblos inmigratorios? Estas y otras preguntas nos hacíamos sin poder, desde luego, llegar a ninguna determinación.

No quedaba más remedio que iniciar una investigación metódica y una revisión total de todo lo que hasta entonces se había escrito y creído, recopilando datos y clasificándolos hasta reunir un nuevo material suficiente y adecuado para formar una orientación más en conformidad con los verdaderos hechos

Durante quince años nos concretamos a esta tarea, examinando críticamente toda la evidencia documental, muy incrementada desde los

tiempos de Barros Arana, fundador de la escuela monogenista de la cultura todavía en boga; y confrontándola con los resultados de las investigaciones arqueológicas que proseguimos paralelamente. Sólo con ocasión del Cuarto Congreso Científico (1.º Pan-Americano) celebrado en Santiago a fines de 1908, resolvimos presentar los resultados preliminares de nuestras investigaciones antropológicas, exponiendo en breve, las conclusiones a que habíamos llegado respecto de la diversidad de los pueblos que habitaron el suelo chileno en tiempos prehispánicos. (1)

Aun entonces, después de examinar y pesar la evidencia arqueológica que habíamos reunido, no consideramos que los resultados fueran bastante claros y positivos. Algunos hechos eran dudosos o contradictorios; faltaban muchas pruebas complementarias; quedaban numerosas contradicciones que habían que reconciliar, muchas lagunas que llenar y un número de detalles cuya interpretación no era posible determinar sin mayor estudio.

Una de las dificultades principales con que tropezamos era la casi absoluta falta de referencias. Muy poco se había escrito o publicado sobre la arqueología chilena y eso era meramente descriptivo. No se había abordado la cuestión de una manera científica, y algunas de las teorías avanzadas por los pocos que se habían ocupado del tema, o eran anticuadas, o bien extravagantes, sin tener más fundamento que la imaginación del autor. Por otra parte, la utilidad de las descripciones estaba en gran parte neutralizada por la vaguedad o ignorancia de las condiciones en que los objetos mencionados se hallaron. En algunos casos ni siquiera se sabía el lugar en donde fueron encontrados.

Una notable excepción es la obra de don José Toribio Medina *Los Aborígenes de Chile*, libro imprescindible para todos los que desean estudiar la prehistoria chilena.

Abundan las colecciones, materiales no faltan, pero los datos precisos que les darían valor para un estudio comparativo, en la mayoría de los casos no se conocen. Por esta razón, tuvimos que descartar una cantidad inmensa de material de sumo interés y que nos habría servido para hacer deducciones importantes si se hubiera coleccionado con inteligencia y cuidado.

Aun en algunos de los museos que hemos visitado, no se sabía la procedencia de muchos de los objetos que allí se exhiben y otros tantos no llevaban más indicio que una vaga anotación que indicaba el distrito aproximado de su hallazgo.

Afortunadamente no todo es así. Hemos examinado colecciones cuyos dueños han tenido un verdadero interés inteligente hacia la historia de los objetos por ellos reunidos, haciendo posible, de esta manera, una investigación crítica y comparativa.

Por varios años nos dedicamos personalmente a hacer excavaciones arqueológicas en diversas partes del país, y éstas nos proporcionaron un número muy considerable de nuevos hechos y datos que nos sirvieron de base para el estudio y comparación de otras colecciones.

---

(1) *Antropología Chilena*, por Ricardo E. Latcham. Revista del Museo de La Plata. Tomo XXI (segunda serie, Tomo III. pp. 241 - 319.) 1909, publicado también en el tomo XIV de los Trabajos del 4.º Congreso Científico. pp. 24-84 y Planchas I a XXXIX. Santiago, 1911.

Solamente en 1913, con la venida al país del célebre arqueólogo, el Prof. Max Uhle, comenzó otra era en el estudio de la arqueología del país. Las numerosas excavaciones efectuadas por este hombre de ciencia, en el norte y centro del país y el estudio estratográfico del terreno de sus exploraciones, le permitió coordinar en serie cronológica las diferentes culturas halladas y relacionarlas con aquellas del antiguo Perú que había estudiado previamente.

Sus investigaciones y el rico material que logró recoger y que forma la base del actual Museo de Etnología y Antropología de Chile, vinieron a confirmar en parte nuestras propias deducciones a la vez que nos proporcionaron nuevos elementos de estudio y de comparación y aclararon muchos puntos antes oscuros o dudosos.

Conjuntamente con esto, vino un renacimiento de interés en todo lo que se refería a la arqueología y aparecieron nuevos investigadores, quienes han aportado un valioso contingente a nuestros conocimientos. Los trabajos del Dr. Aureliano Oyarzún, actualmente Director del Museo de Etnología y Antropología, de Augusto Capdeville, de Francisco Fonck, del Padre Martín Gusinde, de Joaquín Santa Cruz y otros, han ayudado a correr el velo que ocultaba los orígenes de la cultura indígena chilena.

Entretanto hemos seguido nuestras investigaciones y hoy el cúmulo de datos reunidos nos permite sacar algunas deducciones más o menos fundadas sobre la secuencia de las culturas que actuaron en Chile prehispanico, indicar sus probables orígenes y señalar los caracteres distintivos de cada una de ellas.

Indudablemente quedan muchas lagunas, numerosos puntos dudosos o ignorados, pero hoy se puede tentar una reconstrucción de la prehistoria del país más en conformidad con los verdaderos hechos que la generalmente aceptada a fines del siglo XIX, enseñada todavía en los liceos y escuelas del país y sostenida aún por algunos escritores e historiadores que no han podido desprenderse de las añejas ideas de la escuela de Barros Arana.

Entre todos los objetos arqueológicos que sirven para formar un criterio respecto del grado de adelanto de las antiguas culturas sudamericanas y las relaciones o influencias que ejercían las unas sobre las otras, no hay ninguno que se preste mejor para semejante comparación que la alfarería, y eso por dos motivos principales: Primero, las piezas de cerámica son las que mejor resisten los estragos del tiempo y la intemperie y luego, porque, por la decoración y a menudo la forma, se puede indicar su origen o bien las influencias que han dado nacimiento al arte reproducido en ellas. Por otra parte, debido a la costumbre, común a todos los pueblos más o menos cultos del continente, de enterrar con los muertos, comidas o bebidas, la cantidad de alfarería encontrada en las antiguas sepulturas es muy grande y forma un excelente registro para el estudio de las tribus y naciones que la fabricaban.

En el actual trabajo queremos hacer una relación breve, pero que incluye los datos esenciales, respecto de la alfarería indígena chilena, indicando en cuanto sea posible, las diferencias que se notan en las diversas culturas, la probable época a que pertenecen cada una de éstas y comparar

sus caracteres principales con los de otras culturas contemporáneas cuyas influencias se hacen presentes en las regiones y períodos estudiados.

Para este fin hemos examinado y comparado algunos miles de piezas, procedentes de las distintas zonas culturales del país, dibujando o fotografiando todas las que presentaban algún carácter distintivo, como también todas aquellas que pueden considerarse típicas por su forma o su decoración. Con este objeto hemos recurrido a las colecciones públicas, guardadas en los museos del país, como a las particulares de mayor consideración, como las de los señores Luis Montt, Wenceslao Díaz, José Toribio Medina, Dr. Aureliano Oyarzún, Dr. Otto Aichel, Dr. Holz, Armando Rivera, Eliseo Peña Villalón, Guillermo Schaeffner, Augusto Capdeville, y muchos otros que sería largo enumerar. Todas estas piezas las hemos cotejado con las recogidas durante nuestras propias excavaciones. Las más típicas las hemos reproducido en las láminas y grabados que acompañan la presente obra. La mayoría de ellas han sido dibujadas a mano y esto se ha hecho por dos motivos: No siempre teníamos a mano una máquina fotográfica en momento oportuno, pues un gran número de las piezas presentadas las hemos visto o las hemos excavado durante nuestras excursiones mineras; y luego, sucede con gran frecuencia que los colores y las decoraciones no se destacan con la claridad suficiente para reproducirse bien en las fotografías, sin una preparación previa, la que, por razones obvias, no es siempre posible o conveniente.

En cuanto ha sido posible, los dibujos se han agrupado por regiones y clasificado según la época y cultura a que pertenecen. Algunos sin embargo, como los que representan el *trisqueleón*, se han agrupado para ilustrar un motivo decorativo especial, independientemente del lugar de su hallazgo. Otros se han reunido para señalar la extensión de ciertas influencias exóticas que tuvieron una repartición considerable en el país.

En todo caso, en cualquiera referencia hecha a ellos en el texto, se les indica por el número y la lámina correspondiente, de manera que se salvan en parte los inconvenientes que pudieran resultar de este sistema de presentación.

No habíamos pensado publicar por el momento este trabajo, pero como el Gobierno de Chile ha ofrecido generosamente adquirirlo para presentarlo en la Exposición de Sevilla de 1928, nos hemos apresurado en aceptar su indicación, poniéndolo al día. Nadie mejor que nosotros podía apreciar sus defectos y lamentar las lagunas que se notan en él. Las conclusiones a que llegamos sobre ciertos puntos pueden ser objetadas por algunos, pero no presentamos nuestras hipótesis como definitivas, sino más bien como un ensayo para encauzar el estudio de la arqueología chilena por un nuevo rumbo, más en conformidad con los métodos modernos y para exponer los datos que hemos logrado reunir en una forma más o menos ordenada y lógica. Las interpretaciones que ofrecemos son las que nos parecen más ajustadas al estado de nuestros conocimientos actuales. El tiempo se encargará de comprobar o desaprobarnos nuestras deducciones. De todo modo, el material que presentamos servirá como base para futuras investigaciones y se salvarán del olvido un gran número de piezas de cerámica indígena, que por diversos motivos ya han desaparecido, como varias colecciones llevadas al extranjero, otras que se han repartido

o han desaparecido con la muerte de su dueño, por incendios u otros accidentes, como la nuestra, depositada en el Museo de Valparaíso y que se perdió en el incendio de éste durante el terremoto de Agosto de 1906, la del Dr. Holz que se perdió por el naufragio del vapor que la llevaba a Europa, etc.

Debemos nuestros agradecimientos a los caballeros que nos han permitido dibujar o fotografiar las piezas de sus colecciones particulares como también al Dr. Oyarzún y al Sr. Capdeville quienes nos han facultado para reproducir los grabados de sus artículos publicados y especialmente a los directores de los diferentes museos que nos han dado toda clase de facilidades para estudiar las colecciones guardadas en esas instituciones.

---



---

## CAPÍTULO PRIMERO

### ETNOGRAFÍA.—DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA Y CRONOLÓGICA DE LAS CULTURAS

---

Las investigaciones efectuadas durante los últimos veinte años en la etnografía chilena, han venido a comprobar dos hechos que eran solamente vislumbrados por los estudiosos de épocas anteriores. El primero de estos hechos es la gran antigüedad de la población primitiva del país, y el segundo, el considerable número de elementos étnicos distintos que han entrado en la formación del pueblo aborígen chileno.

Antes, la etnografía del país era muy imperfectamente conocida. Se sabía que existía en el norte del territorio, un pueblo considerado nómada y que se llamaba *atacama* o *atacameño*; que en la costa de la misma región se hallaba otro pueblo de pescadores generalmente denominado *changos* y que en el extremo sur del país habitaban otros pueblos salvajes que se distinguían con los nombres de *chonos* y *fueguinos*.

Todo el resto del país, desde Copiapó hasta el sur de Chiloé, se suponía habitado por un pueblo homogéneo, que hablaba un solo idioma, conocido históricamente como el araucano, el cual, a pesar de pequeñas diferencias locales, debió tener un origen único. Mucho se divagaba sobre la procedencia de este pueblo, sin que se llegara a ninguna resolución del problema.

Los vestigios de antiguas culturas halladas en diferentes partes del país fueron en esos tiempos asignados, sin mayor investigación, a las influencias de la invasión del territorio por los incas y se alegaba que antes de este acontecimiento, los pobladores se encontraban en un estado de salvajismo muy poco superior al de los actuales fueguinos, hallándose sin artes ni industrias, vistiendo pieles de animales y alimentándose de la recolección de frutos naturales, de la caza y de la pesca.

Tal es el estado de los indígenas preincaicos que nos presenta Barros Arana en 1884, como consta por los siguientes párrafos sacados de su *Historia de Chile*, Tomo I. Dice: «Si se puede poner en duda el que los

fueguinos formen parte de la misma rama etnográfica que los otros indios de Chile, no es posible dejar de reconocer que todos estos últimos *constituían una sola familia*. (p. 49)

«Sin duda los de Chile eran entonces (a la llegada de los españoles) *tan bárbaros como las tribus más groseras que los conquistadores hallaron en América*.» (p. 50)

«La ocupación de una parte de Chile por los vasallos del Inca importó un gran progreso en la industria de este país. En efecto, *los peruanos introdujeron el uso del riego de los campos. . . Hicieron sus siembras y enseñaron prácticamente los principios de la agricultura. Importaron algunas semillas. . . Nos referimos al maíz. . . y a una especie de frejol que nombraban «purutu pallar». Importaron también las llamas. . . Enseñaron a utilizar la lana de estos animales en la fabricación de tejidos toscos y groseros sin duda, pero superiores a las pieles con que hasta entonces se vestían los chilenos. Se debe además a los vasallos del Inca la introducción de otro arte, la alfarería. Todo nos hace creer que los indios chilenos se hallaban antes de la ocupación peruana, en un estado de barbarie semejante al de muchos otros salvajes de América*.» (pp. 66 a 68)

Si estas apreciaciones eran disculpables en la época en que fueron escritas, no lo son en la actualidad, y, sin embargo, las hallamos repetidas en las obras de don Tomás Guevara, aun en sus últimas publicaciones que son de fechas recientes.

Semejantes suposiciones son completamente erróneas y están muy lejos de la verdad. Ni eran tan salvajes los indios chilenos a la llegada de los incas ni éstos introdujeron todos los elementos culturales de que hacen mención los autores citados. Mantenerlas hoy día es desconocer completamente todos los resultados de las investigaciones modernas e ignorar las ricas colecciones arqueológicas recogidas durante los años que van corridos del presente siglo.

Hoy se sabe, sin ningún lugar a duda, que la preconizada homogeneidad del pueblo indígena chileno es un mito; que tal homogeneidad nunca ha existido y que, desde tiempos muy remotos, en todas las diversas regiones del país, han existido múltiples elementos étnicos, llegados sucesivamente y que se han mezclado y fusionado éstos para formar un pueblo completamente heterogéneo.

La diferencia y sucesión de culturas también ha sido grande y algunas de ellas eran de mucha antigüedad. Es enteramente falsa la hipótesis que hace derivar toda la cultura indígena chilena de la civilización incaica. Más de mil años antes de la invasión de este país por los incas se hallaba en las costas del norte una cultura derivada de la de Proto-Nazca, que ya había adoptado varias de las industrias introducidas por ésta, las cuales durante los períodos siguientes se desarrollaron y se extendieron hacia el sur. En el período de Tiahuanaco, probablemente durante el siglo VI de nuestra era, aparecen las culturas que demuestran las influencias de esta civilización y encontramos por primera vez la alfarería, tosca y de pocas formas, en la costa desde Arica hasta Antofagasta, más desarrollada y hermosa en las provincias de Atacama y Coquimbo, indudablemente importada a estas últimas provincias por un pueblo inmigrante, venido, según todos los indicios, del oriente de los Andes. Este pueblo practicaba

la agricultura y también conocía la metalurgia y tales industrias también aparecen, durante la misma época, en las provincias de más al norte.

Entre las plantas que cultivaban se hallaban el maíz, cuyas mazorcas se han encontrado en varias tumbas, la quinua, el frejol, el ají, la calabaza, y probablemente algunas otras cuyos restos no se han hallado hasta ahora. La metalurgia que practicaba no era incipiente, sino bien avanzada, ya que sabían fundir el oro, la plata, el cobre y hacer aleaciones de todos estos metales, y aun habían descubierto el bronce, aleando el cobre con el estaño, para producirlo. Su alfarería era también de muy buena clase y a menudo decorada con dibujos que no dejan dudas respecto de la época de su fabricación, pues algunos de ellos son típicamente del estilo de la civilización de Tiahuanaco.

Después de la desaparición de esta última civilización, la cultura chilena siguió por un período de desarrollo propio, hasta más o menos el siglo XII, y durante este período se extendió hasta las provincias centrales del país. A principios del siglo indicado, aparece en las provincias del norte una nueva cultura, que poco a poco se extendió hacia el sur, llegando hasta Chiloé. Esta cultura es la que Uhle ha señalado como la *chíncha*, pueblo conquistador que existía en el sur del Perú y extendió su imperio por toda la parte meridional de aquel país, por los altiplanos de Bolivia y por todo el norte de Chile, varios siglos antes de la aparición del imperio de los incas.

Es esta cultura la que ha dejado las más profundas huellas en la antigua civilización del pueblo o pueblos chilenos, las que se notan de un extremo a otro del país. A la vez, en las provincias de Atacama y Coquimbo se perciben también influencias provenientes de la región noroeste de la Argentina. Estas influencias no son muy numerosas, pero sí son inequívocas.

La mayor parte de tales influencias son más visibles en el arte de las diferentes regiones y épocas, y el arte está más bien representado en las formas y decoraciones de la alfarería. Por dicha razón dedicamos este trabajo especialmente al estudio de la alfarería del país.

Por último, durante el final del siglo XV, llegaron al norte y centro del actual territorio chileno, los ejércitos del Inca, introduciendo las influencias de su civilización. Empero, dichas influencias no eran tantas ni tan esparcidas como generalmente se ha creído. El error ha sido el atribuir a los Incas y a su invasión, todas las influencias diversas que acabamos de recapitular, suponiendo que antes de ellos no había cultura, y, por consiguiente, creyéndose que los indígenas chilenos, en época anterior a dicha invasión, debían encontrarse sumidos en la miseria y en la barbarie.

Respecto del norte del país, el antiguo territorio de los atacameños, la arqueología ha sido bien estudiada en los diversos trabajos de Uhle, quien ha dado detalles completos respecto de sus numerosas excavaciones y de las conclusiones que saca del material recogido. (1)

(1) UHLE, PROF. MAX.—*Los Indios Atacameños*. Artículo publicado en la Revista Chilena de Historia y Geografía. Año III. N.º 9. pp. 104 y sig. *Los Aborígenes de Arica y el Hombre Americano*, folleto publicado en Arica en 1918.

UHLE, PROF. MAX.—*Fundamentos étnicos y Arqueología de Arica y Tacna*, con XXVII láminas y numerosas figuras en el texto. Boletín de la Academia Nacional de Historia. Quito, 1919; y en una se-

La arqueología de la vecindad de Taltal se ha dado a conocer por las excavaciones y estudios de Augusto Capdeville (1) quien descubrió en un conchal al norte del pueblo, una serie de capas sucesivas que demostraban un desarrollo cultural que principiando con objetos de tipos paleolíticos, presentaba las diversas etapas de una cultura neolítica. En diferentes cementerios que descubrió en la misma vecindad, pudo hallar los restos de varias culturas más adelantadas y sucesivas, que dejaban de manifiesto que la región había sido poblada, sin solución de continuidad, desde los tiempos más remotos hasta la llegada de los españoles. Estos estudios vinieron a complementar los de Uhle en el Norte de la misma zona, y junto con ellos permitieron a este arqueólogo formular una cronología provisoria y quizá definitiva para toda la región, cronología que reproducimos más adelante.

Entre tanto, nuestras propias investigaciones en las provincias de Atacama y Coquimbo, y las numerosas excavaciones que pudimos efectuar allí, nos demostraron que estas provincias habían sido también el centro de una cultura bastante desarrollada durante muchos siglos. Dicha cultura era del todo diferente de la de los atacameños, y por otra parte, muy afín a la encontrada en las provincias del noroeste argentino, a la cual se distinguía con el nombre de diaguita. Eran tantos los puntos de semejanza entre la una y la otra que no titubeamos en atribuirles el mismo origen y empleamos la denominación de *diaguita-chilena* al hablar de la que encontramos en la región que estudiábamos.

Aparece esta cultura más o menos a principios de la época clásica de Tiahuanaco, y entre sus más antiguos restos se hallan artefactos que demuestran las influencias de dicha civilización. Continuó con varias modificaciones hasta la Conquista Española.

En las provincias centrales del país, como igualmente en la parte meridional, pasó una cosa parecida, pero, como la arqueología de aquellas regiones ha sido menos estudiada, no es tan fácil precisar ni cuándo ni cómo aparecieron las primeras culturas, ni establecer una sucesión cronológica para ellas. Más tarde aparecen allí las influencias chinchas, las que se extendieron hasta la isla de Chiloé y perduraron hasta después de la llegada de los españoles.

De la parte central del país se ha recogido una cantidad de material arqueológico, pero de una manera esporádica. Raras veces se han hecho excavaciones metódicas por personas que tuvieran la suficiente preparación, de modo que una gran cantidad del material resulta inservible para los propósitos de un estudio científico de orígenes, aunque mucha parte presta un valioso contingente para señalar las diferentes influencias que han obrado en la región.

Respecto de la zona meridional del país, habitada por aquel grupo de pueblos generalmente calificados de araucanos, reproducimos en parte

gunda edición, Quito 1922. Años antes, Eric Boman en su obra clásica *Antiquités de la région Andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama*, 2 Tomos. París, 1908, proporcionó numerosos datos arqueológicos referentes a la misma región.

(1) CAPDEVILLE, AUGUSTO.—*Notas acerca de la Arqueología de Taltal*. Tres artículos publicados en el Boletín de la Academia de Historia, Quito, 1921 y 1922, con numerosas láminas.

*Un Cementerio Chíncha-Atacameño en Punta Grande*. Taltal, en el mismo Boletín, 1923.

un artículo que publicamos sobre sus probables orígenes, hace poco, y que resume lo que se sabe hasta ahora al respecto. (1)

Se sabe de una manera que está fuera de duda, que la primera invasión del actual territorio chileno por los incas tuvo lugar en la segunda mitad del reinado del Inca Tupac Yupanqui. Según las más aceptables cronologías modernas, este monarca reinó entre los años 1448 y 1482 D. C. y la invasión del norte no tuvo lugar antes de 1460. Esta primera incursión de los incas no alcanzó sino hasta el valle de Coquimbo. Veinticinco años más tarde, o sea por los años 1485 a 1490, los generales de Huayna Capac, hijo del anterior monarca, extendieron sus conquistas por el Sur, hasta el Maule, límite en esa dirección de sus conquistas.

Cuando llegó Almagro al valle de Quillota o Chile, en 1536, las guarniciones peruanas habían ya abandonado el país y sólo quedaban algunas colonias de *mitimaes* o trasplantados, de origen peruano, en diversas localidades del Centro y Norte del territorio.

Queda de hecho comprobado que el dominio efectivo de los incas en las provincias centrales de Chile no duró sino unos 45 ó 50 años y en las provincias de Coquimbo y Atacama unos 25 años más.

No obstante, cuando llegó Pedro de Valdivia, este jefe encontró en todo el país, hasta el Golfo de Reloncaví y la isla de Chiloé, una agricultura avanzada, practicada por los indios de todas las zonas, una ganadería en gran escala, una población que vestía ropa de lana y que tenía varias artes e industrias desarrolladas. Estos adelantos se notaban no solamente entre los indios directamente sujetos a los incas, sino igualmente entre los de las provincias australes y Chiloé, alejadas de toda influencia incaica.

¿Sería posible que en el corto lapso de 40 ó 50 años, el contacto con una cultura superior pudiese producir semejantes resultados, si los indígenas hubieran sido tan salvajes como los pintan Barros Arana y Guevara? La experiencia humana, en toda parte del mundo donde ha sido posible hacer observaciones al respecto, nos enseña que no. Todo cambio de cultura es necesariamente lento y obra de muchas generaciones, especialmente cuando se trata de las primeras etapas culturales. La prueba de ello la tenemos en el Perú y Bolivia, donde, después de cuatro siglos de roce y contacto con una civilización superior, los quechuas y los aymarás mantienen todavía la mayor parte de sus antiguas costumbres, modo de vivir y supersticiones.

Luego, los estudios arqueológicos nos demuestran que muchos siglos antes de la llegada de los incas, y aun antes que éstos existieran como nación, habitaron en el suelo chileno, pueblos dedicados a la agricultura, que tenían tropas de llamas, que tejían la lana de estos animales para vestirse, que fabricaban una muy buena clase de alfarería y que aun conocían la metalurgia.

Para los efectos de este estudio podemos hacer caso omiso de los pueblos que residían al norte del Choapa, que conviene tratar en un estudio separado.

Al sur del Choapa y hasta el Golfo de Reloncaví, cuando llegaron los españoles, hallaron que se hablaba una sola lengua, con muy pequeñas di-

(1) LATCHAM, RICARDO E.—*El problema de los Araucanos; sus orígenes y su lengua*. "Atenea". Publicación de la Universidad de Concepción. Año IV. N.º 6. Agosto 31 de 1927.

ferencias dialécticas, a la que en tiempos modernos se ha llamado, muy impropia, araucana.

El pueblo que hablaba esta lengua se ha considerado como homogéneo y único. Al igual de la lengua que hablaba, se ha llamado araucano o mapuche, denominación tan impropia como la dada al idioma.

Es de este pueblo que queremos hablar ahora, para ver modo de aclarar un poco las ideas todavía corrientes respecto de él.

Desde el año 1888 hasta 1908, estudiamos con bastante detenimiento la antropología física de la antigua población indígena de las diferentes regiones del país, examinando para el efecto más de 700 cráneos sacados de las viejas sepulturas. El resultado de este estudio lo publicamos en un trabajo titulado *Antropología Chilena*, presentado al 4.º Congreso Científico (1.º Pan-Americano) celebrado en Santiago a fines de 1908. En él establecemos que lejos de la homogeneidad preconizada había una heterogeneidad completa y que se notaban las mismas mezclas étnicas que eran comunes a todos los países. Quedaba en pie, sin embargo, el hecho de que desde tiempos remotos, probablemente desde la primera población, se hablaba una sola lengua en toda la zona, desde el Choapa hasta la isla de Chiloé, siendo ésta la lengua que hallaron los españoles a su llegada.

Una de las razones que tenemos para considerar muy antigua esta lengua es que, dentro de los límites indicados, casi la totalidad de los nombres geográficos de origen indígena pueden interpretarse por ella, lo que indica que no ha influido otra en la región, porque en semejante caso se notarían sus influencias, como pasa en las provincias del Norte, que eran más expuestas a las invasiones de otros pueblos, cuyo paso ha quedado patentizado en la nomenclatura de aquellas regiones.

Los pocos nombres extraños que se observan en las provincias centrales son fácilmente explicables por otro motivo, sobre el cual volveremos más adelante.

Resulta entonces que en toda la región mencionada hallamos un pueblo heterogéneo, de muchos diversos orígenes, pero que hablaba una sola lengua. A primera vista esto parece una anomalía, pero el problema no presenta serias dificultades, y la arqueología nos ayuda en parte a describirlo. Antes de la llegada de ningún pueblo de cultura adelantada, existían en el litoral dos o más pueblos de pescadores muy primitivos, cuya condición era parecida a la de los fueguinos de hoy. Con toda probabilidad hubo intermezclas entre ellos mismos y entre ambos y los más civilizados que después llegaron. Luego, habitaban en la cordillera otros tres pueblos diversos, los *chiquillanes*, en frente de Santiago hasta el volcán de Maipo, los *pehuenches* entre Chillán y Lonquimay, y los *puelches* entre Llaima y el Golfo de Reloncaví. No sabemos cuándo llegaron, pero los hallamos establecidos allí en tiempo de la conquista española. Todos estos elementos se mezclaron en mayor o menor grado con el pueblo más culto y todos adoptaron la lengua de éste. Dichos pueblos eran de estirpes distintas, algunos eran dolicocefalos, otros braquicefalos y como resultado de su parcial fusión, hallamos los más diversos tipos craneanos. Los pueblos cordilleranos a que hemos hecho referencia, eran nómades y durante los meses invernales bajaban a las pampas Argentinas, llegando en sus correrías hasta la Patagonia y el Atlántico. Tenían la costumbre de ro-

bar las mujeres de otras tribus, de manera que eran de raza bastante mezclada. Todos estos elementos entraban en la población de la zona de que hablamos, y posiblemente otros de que no tenemos noticias. Pero al ponerse en contacto con el pueblo más culto, que a la vez debe haber sido numéricamente superior por todas partes, adquirieron la lengua de éstos hablándola con pequeñas diferencias locales, las que constituían los dialectos notados por los cronistas. Así se explica la diversidad de tipos étnicos y la uniformidad de cultura y lengua en toda la región.

La población de Chile, a la llegada de los españoles, era regularmente densa, especialmente por la costa y por los valles de los principales ríos. Cálculos prudentes la hacen subir a un millón y medio, de los cuales la inmensa mayoría habitaba al Sur del Choapa. Pero no tenía consistencia, carecía de todo gobierno centralizado y aún de una organización tribal que le diera coherencia. Cada pequeña comunidad, que consistía exclusivamente de unas pocas familias emparentadas, vivía aislada e independiente de las demás y se unían sólo en el caso de gran necesidad, en tiempos de peligro o en ocasión de alguna gran fiesta ceremonial.

Como pueblo, no tenía nombre genérico, y los cronistas no hallaron otro modo de expresarse para hablar de los indígenas en general, que llamarlos los indios de Chile. Barros Arana, comentando este hecho, dice: «Los indios chilenos no formaban un cuerpo de nación que hubiese tomado un nombre general. Se designaban entre sí por la denominación que daban a las parcialidades territoriales, o por la situación respectiva que ocupaban. Huilliches eran los del Sur; picunches eran los del Norte; puelches los del Este; pero estas denominaciones, en que se ha insistido más tarde como medio de clasificar las tribus, eran vagas e indeterminadas, y relativas al lugar en que se hallaban». (p. 52)

Vemos entonces la anomalía de existir un pueblo de más de un millón de miembros, que no tenía un nombre con qué designarse. Se ha llamado mapuche y araucano, y aunque consagrados por el uso, ambos nombres son impropios, quizá menos el primero. Araucano es un nombre que presenta serios inconvenientes, como luego tendremos ocasión de verlo.

Cuando llegó Pedro de Valdivia al Bío-Bío, halló esa región poblada por gente de índole diferente de la de más al Norte. Era más fiera, más soberbia, más intratable y más guerrera. Hizo una oposición tan enérgica que los españoles no la pudieron subyugar y con varias alternativas no siempre favorables a las armas europeas, mantuvo su independencia por más de tres siglos de constantes luchas contra todo el poderío de los invasores.

Dicho pueblo no sólo era más indomable, sino que en muchos aspectos tenía una cultura diferente e inferior a la de sus vecinos del norte. Ocupaba la zona comprendida entre el Itata por el Norte y el Toltén por el Sur, desde el mar hasta la región sub-andina.

Se ha conocido en la historia con el nombre araucano, no porque le era propio, sino que, inventado por Ercilla, para referirse a los indios de Arauco, su uso se ha extendido para abarcar a todos los indios de guerra, llegando a ser genérico para todos los indígenas de la zona.

Investigaciones antropológicas y arqueológicas han demostrado que este pueblo era intruso en la región, que era de diferente origen y

linaje de los demás habitantes del país y que su estada en éste había sido relativamente corta cuando llegaron los españoles. Venido de las pampas argentinas, donde llevaba la vida de cazadores nómades, vistiéndose de pieles y habitando toldos de cuero de guanaco, a la manera de los patagones, estos moluches o gente de guerra ingresaron por los pasos bajos de la región, posesionándose del valle del Cautín. Poco a poco aumentaron en número por un desarrollo natural y probablemente, incrementándose por la llegada de nuevos grupos, se extendieron hacia el Norte y Sur, amalgamándose en parte con los antiguos habitantes y expulsando a los demás en ambas direcciones.

Al radicarse en el territorio chileno, adoptaron en parte la cultura del país, volviéndose sedentarios y dedicándose a la agricultura. No obstante, conservaron muchas de sus antiguas costumbres pampeanas, y éstas nos permiten establecer su origen. A la vez, aprendieron los rudimentos de ciertas industrias corrientes entre el pueblo que reemplazaron, pero con mucha menos perfección; entre ellas la del tejido y de la alfarería. Adquirieron también la lengua chilena, perdiendo la suya propia después de algunas generaciones. Todo esto se hizo más fácil por la costumbre de casarse con las mujeres de otros pueblos, en este caso con las mujeres del pueblo nativo. Las industrias que adquirieron eran justamente las practicadas por las mujeres, la agricultura, la alfarería y el tejido, y éstas fueron aportadas por el elemento femenino. Igual cosa pasó en la adquisición de la lengua. Sabido es que la lengua que aprenden los niños es la materna, y siendo la mayor parte de las madres nativas del suelo, en poco tiempo la lengua de las nuevas generaciones se había convertido y la paterna decayó y se olvidó.

Como entidad étnica, este pueblo no se extendió fuera de los límites geográficos que hemos indicado, y aun dentro de esta zona sus caracteres físicos variaban algo con la región que ocupaban, a causa de las diferentes mezclas que se originaron entre los invasores y las tribus antes radicadas allí. Las tribus pescadoras que ocupaban las costas y que deben haber sido bastante numerosas en esa comarca, eran todas de baja estatura, de manera que no es de extrañarse que los araucanos costinos hallados por los españoles fuesen también bajos. Los del valle central, donde se habían mezclado principalmente con el pueblo más culto de que hemos hablado, eran de estatura mediana, y en cambio los de la región sub-andina eran más altos, debido a sus constantes mezclas con los pehuenches, pueblo de gran talla, emparentado evidentemente con los tehuelches de las pampas del sur. Sin embargo, todos se reconocían como formando parte del mismo pueblo, aun cuando cada grupo o comunidad conservaba su autonomía e independencia, sin conocer ningún gobierno o control central.

Al Sur del territorio ocupado por ellos, entre el Toltén y el golfo de Reloncaví (las actuales provincias de Valdivia y Llanquihue), se refugió el remanente del antiguo pueblo culto, separado de sus hermanos del Norte y empujado hacia el Sur por la cuña introducida por los invasores. A este grupo, bastante numeroso, se le ha llamado *Huilliches*—gente del Sur—y a pesar de ser una designación netamente geográfica, el nombre se ha consagrado por el uso y es muy conveniente para distinguir dicha entidad. Para los araucanos eran *Huilliches*, de la misma ma-



nera que los que habitaban al Norte del Itata eran *Picunches* o gente del Norte.

Como no existen nombres propios para indicar estas grandes divisiones del pueblo indígena, hemos adoptado, en nuestros escritos, estos términos, los que recomendamos a los futuros investigadores, para que haya uniformidad en los estudios, con el significado que les hemos dado, a saber:

*Picunches*, los indígenas que en tiempo de la conquista española habitaban la región entre el Choapa y el Itata.

*Araucanos*, el pueblo invasor, que en la misma época moraba entre el Itata y el Toltén, y

*Huilliches*, las tribus del mismo origen que los Picunches, que quedaron relegadas al territorio al Sur del Toltén, hasta el golfo de Reloncaví.

No queda duda respecto de esta división, ni de la forma en que se produjo y las pruebas son de tres categorías: históricas, antropológicas y arqueológicas.

Los cronistas no confundían los araucanos con los huilliches y siempre hablaban de ellos como entidades distintas. Carvallo y Goyeneche hablando de los primeros, dice categóricamente: «Jamás fueron comprendidos en ellos los serranos puelches, pehuenches, huilliches y tehuelches; ni los residentes entre el Toltén y el grado 42, recurrieron nunca a los parlamentos celebrados con los gobernadores, ni tomaron parte en sus guerras internas ni contra los establecimientos de la frontera». (1)

Diego de Rosales dice que los huilliches eran de distinto carácter e índole que los araucanos, gente de mayor amabilidad y menos guerreros.

El mismo Pedro de Valdivia, al hablar de los indios del Sur del Cautín, los pinta como distintos de los araucanos. Dice que su tierra era «próspera de ganado como la del Perú, y abundosa de todos los mantenimientos que siembran los indios, así como maíz, papas, quinua, madí, ají y frisoles. La gente es crecida, doméstica y amigable y blanca... vestida toda de lana a su modo».

Pérez García dice que la región propia de los araucanos se hallaba «entre los ríos Bío-Bío por la parte septentrional y Toltén por la austral» y habla de la provincia de los *huilliches*, los que considera pueblo aparte.

Horacio Lara, en su *Crónica de la Araucanía* (1889), dice: «Es fuera de dudas que no data de muy remotos siglos la radicación de la actual raza araucana.

«Parece que la familia de los araucanos invadió nuestro territorio en lejanos tiempos en que yacía otra raza diversa en nuestro suelo, la que fué subyugada y absorbida por la araucana, según los indicios que se han descubierto de haber poblado este país un núcleo de habitantes más adelantados que los araucanos y demás tribus que poblaban este país a la época de las dos últimas invasiones, la incásica y la española.»

Lara indudablemente estaba sobre la pista. Reconoció que los antiguos restos que se hallaban en diversas partes del país no podían haber pertenecido a los araucanos y a la vez no eran incaicos. Desde luego, deben haber pertenecido a un pueblo anterior a estos dos. De lo que no se

(1) VICENTE CARVALLO Y GOYENECHÉ.— Descripción histórica y geográfica del Reino de Chile.

dió cuenta era que este pueblo existía todavía, fuera de la zona araucana, en el tiempo de la conquista española.

En cuanto a las diferencias antropológicas entre los araucanos y los pueblos que habitaban al Norte y al Sur de ellos, las hemos publicado en detalle en otra parte. (1) Se pueden resumir como sigue: Los araucanos eran de mayor estatura y más fornidos que sus vecinos, sin ser por eso un pueblo de más de mediana estatura. Su cabeza era más grande y más redondeada, aunque no tan ancha, siendo su índice cefálico medio mucho menor. La cara de los araucanos era más ancha y más aplastada, más abultada en la región de los pómulos y con una quijada más cuadrada y más recia. Los huesos del esqueleto eran también más fuertes y de mayores dimensiones que en los del Norte y en especial en los del Sur, los huilliches, quienes, con algunas excepciones, parecen haber sido de baja estatura y de más débil contextura.

Por otra parte, autores argentinos nos hablan de los araucanos de las pampas, pero las descripciones que nos dan de ellos no coinciden en absoluto con la de los araucanos chilenos. M. de la Vaulx, dice que eran de cuerpo pequeño y mal formado, estatura 1.57 mt.; cabeza grande y ancha, nariz chata, ojos ligeramente elevados en su borde exterior, aspecto feo, cráneo braquicéfalo. (2)

Ten Kate, (3) en un estudio de 119 cráneos de esta raza, provenientes de Buenos Aires, Salinas Grandes y de la Gobernación de la Pampa, dice que el 22% de ellos eran deformes.

No podemos reconocer en estas descripciones las semejanzas que los autores atribuyen a los Mapuches o araucanos chilenos. Estos últimos no han tenido jamás, desde su llegada a Chile la costumbre de deformar la cabeza: su estatura era mucho mayor y el cuerpo pequeño y mal hecho de los argentinos no corresponde al tronco desarrollado y robusto de los indios de Chile. Otros puntos de diferencia son: el mayor índice cefálico entre los argentinos, otra forma de nariz, ojos y órbita de distinto carácter y, en general, un aspecto más varonil por parte de los araucanos chilenos. Si los dos pueblos han descendido del mismo tronco, deben haberse separado en tiempos remotos, o bien las mezclas sufridas con los antiguos pobladores chilenos produjeron una seria modificación de tipo.

Es indudable que este pueblo que los autores de fines del siglo XIX confundieron con los araucanos chilenos eran de estirpe pampa o puelche, como los llamó el Padre Falkner, pero no está aún establecido si el pueblo invasor, fundador de nuestros araucanos, era o no emparentado con ellos. Opinamos que no.

La arqueología hasta ahora muy poco estudiada en la región, demuestra, sin embargo, que hubo un tiempo en que se hallaba por toda la zona la misma cultura que hallamos en Chile central y que ésta se extendía hasta Llanquihue. En varias de las sepulturas que exploramos en aquella región entre los años 1890 y 1895, encontramos alfarería pintada y otros artefactos que jamás fabricaron los araucanos; pero que eran muy semejantes a muchos de los objetos representados en el atlas de *Los Aborígenes*

(1) Antropología Chilena. Buenos Aires, 1909 y Santiago, 1911.

(2) L'Anthropologie, 1898.

(3) Contribution a la Craniologie des Araucans Argentins, Rev. del Museo de la Plata Tomo IV. 1892.

*de Chile*, de don José Toribio Medina, única obra de referencia que en esa época existía sobre antigüedades chilenas. Más tarde, cuando pudimos hacer investigaciones propias en las provincias centrales, pudimos confirmar nuestra opinión de que existía una identidad en la cultura de las dos zonas, cultura que había sido interrumpida por la intrusión de los araucanos, pero que continuaba en una forma modificada en las provincias australes, más allá del Toltén.

Los araucanos habían aprendido los rudimentos de la industria alfarera, pero producían solamente piezas utilizables para usos domésticos, como grandes vasijas para guardar chicha o granos, ollas de dos o tres tipos, jarros y pequeños cántaros. Raras veces fabricaban otros tipos, y los platos, fuentes y otras formas, tan comunes entre sus vecinos, faltan casi por completo entre ellos, al igual de toda la alfarería decorada ya sea modelada o pintada. Muchos de los objetos que los picunches fabricaban de greda, los araucanos los hacían de madera. La industria de labranza de la madera era una de las a que prestaron preferente atención, y en esto se distinguían de sus vecinos que usaban relativamente poco este material.

También el sistema de entierros era distinto en los dos pueblos. Los araucanos eran la única gente que se ha conocido en Chile que sepultaba a sus muertos en ataúdes de madera. Estos ataúdes eran labrados de un tronco ahuecado a fuego y con hachas de piedra, de la misma manera como fabricaban las canoas o piraguas con que cruzaban los ríos o navegaban los lagos. Los tapaban con otro tronco mayor, excavado del mismo modo. En un principio, colocaban estos ataúdes en los ganchos de algún árbol, costumbre traída de la Pampa y que persistía hasta mediados del siglo pasado entre algunas de las tribus sub-andinas. Los indios de las pampas patagónicas construían catafalcos o plataformas altas, consistentes en cuatro estacas elevadas entre las cuales extendían un cuero de guanaco, o bien una armazón de ramas, y sobre este descanso tendían el cadáver, dejándolo allí dos o más años hasta que los huesos quedaban completamente limpios, para llevarlos a enterrar en los cementerios de la tribu, a veces a centenares de leguas de distancia. Vestigios de esta costumbre era la práctica de los araucanos de dejar los cadáveres en los árboles. Solamente después, acostumbraban a sepultar los muertos en el suelo. Los pueblos prearaucaños jamás usaron estos ataúdes y sepultaban los muertos directamente en el suelo, a veces en cistas formadas de lajas, pero más comúnmente en grandes hoyos, rodeando el cadáver con una hilera de piedras. Es en estas sepulturas donde casi siempre se hallan piezas de alfarería pintada, las que jamás se encuentran en las sepulturas araucanas.

Descubrimientos recientes, hechos en Concepción y la vecindad, vienen a dar mayor confirmación a estos datos. La alfarería hallada en Concepción, hemos podido conocerla gracias a las fotografías que tuvo la amabilidad de mandarnos el señor Oliver Schneider, Conservador del Museo de esa ciudad. Lleva las mismas decoraciones que la encontrada en la antigua cerámica de las provincias al norte del Cachapoal, y es a la vez, semejante a la que hemos sacado de sepulturas en Tirúa, Chol-Chol, Nielol, Contulmo y otras partes de la frontera.

Las numerosas investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en diferentes partes del país durante los últimos veinte años, y la coordinación de sus resultados con las efectuadas en el Perú, la Argentina y Bolivia, nos permiten ahora establecer una cronología aproximada de las diferentes estratificaciones culturales del Norte y Centro de Chile. Según ella, se sabe que el estilo decorativo hallado en las sepulturas prearaucanas de las provincias entre el Itata y el Toltén, pertenece a la última época preincaica, la que hemos llamado *chíncha-chilena*, porque predominan en ella las influencias chinchas que, entre los años 1100 y 1400 invadieron todo el Norte y centro del país y el Noroeste de la Argentina, extendiéndose hasta Valdivia y Llanquihue.

Como la irradiación de estas influencias era lenta, no es probable que hayan llegado a las provincias meridionales antes del siglo XIII o XIV, y podemos fijar con casi seguridad esta última fecha como el límite más antiguo para la llegada a la región del pueblo intruso que hemos llamado araucano, o sea un máximo de dos siglos antes del arribo de los españoles. Por eso probablemente los hallamos todavía en un estado de transición, porque, habiendo abandonado la mayor parte de sus antiguas costumbres, no habían completamente absorbido la cultura más avanzada de sus vecinos, aunque iban en camino de hacerlo.

Es una opinión muy arraigada entre los chilenos, que el pueblo araucano formó la base del mestizaje que constituye la gran masa de la población, y es costumbre de jactarse de que muchas de las cualidades de la raza y en especial el valor y fiereza del roto chileno se debe a esta mezcla. Pero tal cosa es un profundo error. De todos los elementos étnicos que han entrado en la formación del pueblo chileno, uno de los que ha tomado menor parte es justamente el araucano, y esto por una razón muy sencilla.

Desde la llegada de los españoles, hasta después de la independencia, los araucanos mantenían constante guerra con los invasores europeos y jamás fueron subyugados como los demás indígenas del país. Las dos razas eran constantes enemigas y se profesaban un odio mortal, que dificultaba todo contacto amistoso y las mantenía siempre alejadas una de otra.

En cambio los indígenas más pacíficos y más fácilmente domados de las provincias del centro, se unieron francamente con los españoles, y, desde el principio de la ocupación, comenzó una mezcla íntima entre los dos elementos, que ha continuado hasta ahora. Uno de los resultados de este intenso mestizaje fué que poco a poco los indígenas y los mestizos perdieron su propio idioma para adquirir el de sus dominadores, hasta que desapareció por entero la lengua nativa en todas partes, a excepción de la región araucana, donde no se efectuó la mezcla y donde los indios mantenían su independencia, sus costumbres y su lengua.

Así, por una curiosa anomalía, el pueblo intruso de origen pampeano ha sido el único conservador de los restos de la antigua cultura indígena y de la lengua antes hablada en casi todo el país, ambas, indudablemente, en forma bastante modificada.

Debido a esta circunstancia y tomando en cuenta lo que han sostenido todos los cronistas de que esta lengua se hablaba desde el Choapa hasta Chiloé, se ha supuesto que se trataba de un solo pueblo, cuyos únicos

sobrevivientes son los araucanos actuales; y sobre esta suposición se ha formado una serie de fábulas que hoy por hoy no son sostenibles.

Ahora, en cuanto al otro punto de nuestra tesis: la cultura incaica en el Centro y Norte del país, conviene corregir algunas de las ideas erróneas que se han arraigado entre nosotros y que todavía encuentran propagadores.

Hemos visto que el tiempo que duró el dominio incaico en el país era breve, del todo insuficiente para convertir a un pueblo en estado de absoluto salvajismo y barbarie, como algunos autores quieren pintar a los indios chilenos antes de la llegada de los incas. Hemos visto también que setecientos u ochocientos años antes que llegaran éstos, existía en el país una cultura avanzada, que conocía la agricultura, el riego de las tierras, la domesticación del ganado y las industrias del tejido, de la alfarería y de la metalurgia. ¿Cuáles, entonces, eran los grandes beneficios que aportaron los incas a la cultura chilena? A nuestro ver, ninguno de gran novedad e importancia. Introdujeron cierta estética nueva, algunos métodos más adelantados, mayor orden político y administrativo, la construcción de edificios de adobe, que fueron poco adoptados por los chilenos, tapiales con barda y, quizá, en las provincias centrales, el cierre de los predios con pircas, costumbres ya antiguas en el Norte. En cambio, impusieron un tributo a toda la región bajo su dominio. Este consistía principalmente de oro, en pepas o en polvo, que era llevado todos los años al Cuzco. El oro se fundía en las fundiciones imperiales establecidas en diferentes localidades, de las cuales se conocen una en Coquimbo y otra en el valle de Chile, hoy Quillota. El oro se fundía en discos, los cuales eran marcados con el pecho de una mujer, una de las insignias imperiales.

Los incas establecieron numerosas guarniciones y construyeron pucarás o fortalezas en los puntos estratégicos. También establecieron en diferentes puntos colonias de *mitimaes*, gente tranquila y trabajadora, traída de diversas partes del imperio y radicada en medio de los centros más poblados, para enseñar las costumbres y la lengua del Cuzco y para servir de maestros en aquellas artes e industrias que fuese necesario implantar.

Todo esto está muy lejos de lo que alegan Barros Arana y Guevara. Córdova y Figueroa anduvo mucho más cerca que ellos, cuando escribió: «Lo que dominaron los incas quedó en estado de mejor política: y enseñaron a los naturales con *alguna más perfección* la agricultura y los términos de la equidad tan necesaria para el bien vivir de los hombres, y esto se vió en Copiapó y Coquimbo donde se hablaba su idioma».

Los *mitimaes* mandados a las provincias centrales por el Inca, eran de diversos pueblos y lenguas, y de aquí resulta que hallamos en la toponimia de aquella región muchos nombres geográficos que no son nacionales y que no pueden interpretarse por la lengua araucana. Algunos de éstos son de origen aymará, otros del quechua, otros del atacameño, y otros aún se derivan del dialecto chincha, usado en la costa del sur del Perú.

Cada colonia solía nombrar el lugar de su nueva residencia por aquel de su *ayllu* o comunidad de origen. Así tenemos a Lima-che (Rimac-che) gente de Lima o Rimac, Colla-hue, el lugar de los collas o aymarás; Po-

maire, nombre netamente atacameño (compárese con Socaire, Ampaire); Aconcagua, que recuerda a Ancocagua en Bolivia, Lliu-Lliu, Cuz-Cuz, Llai-Llai y otros que son todos derivados de la lengua atacameña, hallándose en la provincia de Antofagasta, otro Cuz-Cuz, Chiu-Chiu y Chug-Chug. Pero quizá la colonia más importante era la establecida en el valle de Quillota, que se llamaba el valle de Chile, porque los indios allí radicados venían de Arequipa y dieron al río Aconcagua, en esa parte, el nombre de aquel que regaba la tierra de su origen. En el curioso libro del Dr. Ventura Travada, publicado en 1752 y titulado *El suelo de Arequipa convertido en cielo*, p. 66, leemos: «Tiene la ciudad (Arequipa) cuatro ríos: el Chile, el de Paucarpata, el Mollebaya y el que llaman río Postrero. El río Chile le dió este nombre la antigüedad gentilica, derivándolo de Chilina, que así se llama el lago donde comienza a explayarse su vistosa vega, y significando Chilina en la lengua indiana el tuétano, le conviene con gran propiedad a este río el nombre de Chile; así por el meduloso color que trae en sus corrientes en tiempo de aguas, como por ser las limosas lamas que le tienen de tan acendrada substancia que como el tuétano, es la más principal y substancial que tienen los cuerpos, de la misma suerte estas lamas que roba este río de los barriales de las márgenes que tienen en su origen, fecundan los campos de Arequipa, etc.»

En el mismo departamento, provincia de Camaná, al pie del nevado de Sallaly, hallamos la quebrada de Chile y cerca de Quilca hay unos *andenes* antiguos, prehispánicos, que todavía se llaman Chile-pata.

No queda duda que los mitimaes trasplantados de la región de Arequipa dieron al valle que vinieron a ocupar el nombre de Chile, en recuerdo de su patria. El cacique Michimalonco (Mitima-lonco, jefe o cabeza de los mitimaes) era uno de los terratenientes del Inca, a la llegada de los españoles, como queda constancia en la historia.

Almagro llegó hasta el valle de Chile, o como se decía entonces, el valle de los Chiles, y allí estableció su último campamento general, aunque su general Alvarado hizo una expedición hacia el Sur, llegando hasta el Maule y aun más allá. Cuando volvió al Perú Almagro, los que le habían acompañado, al referirse a su expedición, dijeron que habían llegado hasta Chile, el nombre del último valle en que acamparon. Este nombre se hizo general, al hablar de toda la región al Sur del Desierto de Atacama. En aquel tiempo no había en América nombres de países en el sentido en que hoy los empleamos, y cada valle y cada distrito tenía su denominación particular, que a menudo era también el de la tribu o comunidad que lo ocupaba y los españoles, al referirse a un grupo cualquiera de indígenas, le daban el nombre del valle o localidad en que residía.

Es esa la verdadera explicación del nombre Chile. Nombre extraño a la región en que fué hallado, se aplicó a cierta parte del valle de Quillota por los mitimaes venidos de Arequipa que se radicaron allí y, por circunstancias fortuitas, extendido a todo el país por los españoles. Inútilmente se ha tratado de interpretarlo por medio del Araucano, forjando a su redor muchas fantasías, siendo su explicación tan sencilla, tan lógica y tan en armonía con los verdaderos hechos.

El gran interés despertado en el mundo entero, durante los últimos años, en los estudios arqueológicos y el enorme desarrollo dado a esta

ciencia, ha hecho que los gobiernos y los particulares de todos los países se esmeren en descorrer el velo que oculta el pasado, sobre todo en cuanto a los tiempos llamados prehistóricos o protohistóricos.

En Chile, poco se ha hecho todavía en este sentido, pero ha habido momentos de desprendimiento, por parte del Gobierno. A uno de ellos se debe la contratación de un célebre arqueólogo, el Profesor Max Uhle, quien con las ricas colecciones recogidas durante sus exploraciones en el norte del país, pudo fundar el Museo de Etnología y Antropología de Chile, actualmente dirigido por el Dr. Aureliano Oyarzún.

A otros de esos momentos de desprendimiento se deben en parte los cuatro viajes de estudio emprendidos por el Padre Martín Gusinde, jefe de sección del mismo Museo, cuyo resultado feliz ha salvado del olvido los últimos restos de los interesantes pueblos fueguinos, que ya desaparecen; son los habitantes más meridionales de la tierra y se encuentran entre los más atrasados. La comunicación de los resultados de estos viajes, al mundo científico ha dado al Padre Gusinde una bien merecida fama mundial. Por otra parte, el Museo de Etnología y Antropología se ha enriquecido con las hermosas colecciones etnográficas que trajo el explorador.

Está a las claras la utilidad y el provecho de estas investigaciones. Por los estudios de Uhle y Gusinde hemos llegado a conocer la arqueología y etnología de los dos extremos del país, y, a lo menos en el norte relacionar las antiguas culturas de la zona septentrional del territorio con las pasadas civilizaciones de las regiones circundantes del Perú, Bolivia y el Noroeste de la Argentina. Hemos podido vislumbrar que todas estas eran advenedizas en las regiones donde las hallamos y no autóctonas en sus orígenes, debiéndose a las influencias de dos corrientes migratorias, venida la una del norte, desde Centro América y la otra desde las selvas amazónicas o quizá el Orinoco, aunque permanecemos en la ignorancia respecto de los últimos orígenes de ambas.

El completar de esta manera sus estudios sobre las antiguas civilizaciones peruanas, coordinando con ellas las sucesivas estratas culturales halladas en el Norte de Chile, permitió al Prof. Uhle establecer para esta nueva zona, una cronología provisoria y quizá definitiva que aclara muchos puntos de la prehistoria de toda la región del norte, tanto en el Perú como en Chile. Sus estudios chilenos le permitieron también dilucidar con más precisión algunos de los problemas arqueológicos que sus exploraciones anteriores en el Perú habían dejado sin resolver. Así por ejemplo, pudo establecer de una manera más fundada, la expansión territorial, en tiempos muy remotos, del pueblo atacameño, hacia el norte, movimiento que abarcó toda la región del altiplano Perú-boliviano, hasta las inmediaciones del Cuzco y, por la costa hasta Ica y en la Sierra hasta Ayacucho, preparando de esta manera la estrata fundamental, sobre la cual se elevó la civilización de Tiahuanaco y otras venidas del norte. Otro hecho que pudo establecer, coayudado por las excavaciones efectuadas por Capdeville, en Taltal, era la extensión del dominio de los Chinchas hacia el Sur, probando que sus conquistas en esta dirección llegaron a lo menos hasta Taltal, por la costa. Con esto logró determinar una nueva cultura y período en la región atacameña, a que dió el nombre de *chinha-ataca-*

*meña*, porque se nota en ella una combinación de los elementos de las dos culturas mencionadas.

En su obra sobre la arqueología de Arica y Tacna, indica cuáles son estos elementos, cuáles sus diferencias, la manera de su combinación y los distintivos de cada una de ellas. Este trabajo notable se publicó en 1922.

Dos años después, en 1924, la Universidad de California publicó el resultado de un detenido estudio de las colecciones recogidas por el mismo Uhle, años antes, en el valle de Chíncha, comisionado por dicha Universidad, y que hasta entonces no se habían dado a conocer, sino en un trabajo preliminar, presentado por Uhle en el *Journal de la Sociéte des Americainistes de París*, de 1913, sobre la Cronología de las capas arqueológicas de Ica.

Ahora, sus trabajos en la región atacameña vinieron a complementar los que antes había hecho en Chíncha, Ica y Pachacamac y le proporcionaron nuevos elementos de comparación que le permitieron deducir que la civilización de los Incas se derivaba en gran parte de la cultura anterior de los Chínchas. Pudo comprobar que éstos, en sus conquistas, habían recorrido toda la zona de Títicaca hasta la misma vecindad del Cuzco, mientras que sus influencias traspasaron la cordillera de los Andes y se hicieron sentir en la región de las selvas, entre las tribus del Beni, entre los chirihuanos de más al sur y en el Noroeste de la Argentina, llegándose por el sur hasta Taltal.

El resultado quizá más trascendental de esta nueva reorganización de valores arqueológicos peruanos ha sido el reconocimiento de que mucho de lo que antes se había considerado como perteneciente a la cultura de los incas se debía en efecto a los chínchas. Citamos aquí los siguientes párrafos de Uhle, en que él reconoce este hecho: «Los efectos de la civilización chíncha-atacameña alcanzaron parte de la costa (Pisagua-Taltal), hacia el Sur, la región propiamente atacameña de Calama, la provincia de Jujuy, y se extendieron remotamente hasta el país de los Araucanos; en el Este se notan en numerosos restos de la hoya del lago Títicaca y de Tiahuanaco y, hacia el Norte, se las puede seguir hasta el Cuzco, *explicándose por ello, en parte, el tipo de ornamentación usado por los Incas.*

«Abrazaba así su influencia una vasta región, por muchas partes de la cual (Costa del Sur, territorio propiamente atacameño, Oeste de la altiplanicie boliviana, conquistas dirigidas contra el Cuzco) recorrieron los mismos chínchas-atacameños». (p. 88) (1)

«Inexplicable parecía hasta ahora el uso de volutas, de triángulos dentados, de rombos, serpientes y de muchos otros motivos parecidos en la decoración de las calabazas grabadas de Calama, en la de los vasos Pelike del Pucará de Tilcara, en los géneros tejidos actualmente por los Araucanos; todos se explican ahora por la extensión y los efectos en regiones lejanas de la civilización chíncha-atacameña de la costa del Sur del Perú, de Arica y Tacna». (p. 91)

«La raíz principal del estilo de los Incas fué, sin duda alguna, el estilo post-Tiahuanaqueño de los valles de Chíncha e Ica. Inútilmente se buscan relaciones en la concepción general y en casi todos los detalles,

(1) Fundamentos étnicos y arqueología de Arica y Tacna.



entre el estilo de los Incas y el de Tiahuanaco, siendo, por otra parte, muy numerosas las semejanzas con el estilo Chincha de los valles costeros. Casi no hay diferencia en la clase de barro usado para la alfarería, en la técnica de los vasos, en sus colores y en la técnica de la pintura; además hay numerosas relaciones estilistas ya con el estilo chincha en general, y con los productos de la región chincha-atacameña en particular»...

«El estilo incaico no sólo repite los caracteres del estilo *chincha*, en tipo y arreglo de sus motivos, sino también el tipo de las ornamentaciones *atacameñas*; en sus aribales, parecidos, de cierta manera a los jarros de estos últimos». (p. 94)

«El estilo incaico aparece, de esta manera, como un producto de influencias chincha-atacameñas, fundidas en un estilo nuevo y diferente.» (p. 95)

Esto, para nosotros personalmente, ha sido un descubrimiento que aclara muchas dudas y resuelve muchos problemas relacionados con la arqueología chilena.

Durante más de treinta años nos hemos ocupado en el estudio de la etnología y arqueología chilenas. Habíamos logrado establecer la existencia en las provincias de Atacama, Coquimbo y el Norte de la de Aconcagua, de una cultura que se relacionaba de cerca con la diaguita, tan conocida en el Noroeste argentino, y a la cual pusimos el nombre de diaguita-chilena, denominación hoy universalmente aceptada. Empero, encontramos en esta zona, como igualmente en la de Chile Central, elementos culturales y motivos decorativos que no podrían atribuirse a los diaguitas, que no parecían ser locales y que tampoco eran atacameños. En general, se suponía que estos elementos se debían a las influencias de los incas; pero no pudimos aceptar esta hipótesis, y en todos nuestros trabajos protestamos contra semejante idea. Al mismo tiempo no pudimos pronunciarnos sobre ellos, porque en ninguna parte aparecían los datos que podrían servirnos de guía o para la comparación. Presentimos que podrían ser chinchas, y así nos expresamos, tan atrás como el año 1908, pero sin poder avanzar pruebas concluyentes. En varias ocasiones desde entonces repetimos las mismas convicciones y agregamos algunos nuevos datos, pero sólo con la publicación de las obras mencionadas se ha venido a darnos la razón y despejar la incógnita. Ahora sabemos definitivamente que los elementos, antes dudosos, son, en efecto, debidos a las influencias chinchas.

Los nuevos descubrimientos en el norte de Chile también obligaron a Uhle a modificar en algo la cronología que había propuesto para las culturas péruanas, intercalando en ellas los períodos atacameños y chincha. Al mismo tiempo pudo formular una cronología cultural para las provincias septentrionales de Chile, desde Taltal al Norte. Es ésta:

- I.—Período del hombre primordial (hasta fin de la era pasada).
- II.—De los aborígenes de Arica (primeros siglos de la era de Cristo).
- III.—Período contemporáneo con los monumentos de Chavín cerca de 400 a 600 de nuestra era. (De esta época no se han hecho hallazgos en Arica y Tacna, pero sí, numerosos en Pisagua).

- IV.—Período de Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal (de 600 a 900 de nuestra era).  
 V.—Período de una civilización atacameña indígena (de 900 a 1100).  
 VI.—Período de una civilización chincha-atacameña (cerca de 1100 a 1350).  
 VII.—Período de los Incas (hasta el fin del período prehistórico).

Por nuestra parte, en los años corridos desde la publicación de las obras de que hemos hecho mención, y guiándonos en gran parte por ellas, hemos podido clasificar y estudiar los datos arqueológicos que habíamos reunido en muchos años de investigaciones, pero que por las razones citadas no podíamos dar a la luz. Como resultado, hoy podemos tentar también una cronología provisoria para la región diaguita-chilena y las provincias de Chile Central, hasta el Cachapoal a lo menos por el sur, y que puede servir como base para el futuro estudio de las provincias australes, cuya arqueología hasta ahora apenas se ha estudiado. Presentamos en seguida nuestro ensayo.

	Fechas	Provincias diaguitas	Provincias centrales
I	Hasta fines de la era pasada.	Período del hombre primordial.	Período del hombre primordial.
II	Primeros siglos de la era cristiana.	Período del hombre arcaico. (Pescadores).	Período del hombre arcaico. (Pescadores).
III	400 a 600	Período de las inmigraciones. (Aparición de los primeros pueblos de cultura adelantada en la costa).	Continuación del período anterior.
IV	500 a 900	Período de Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal. Aparición de los Diaguitas.	Aparecen las primeras culturas adelantadas incipientes en la costa.
V	900 a 1100	Período diaguita - chilena. Desarrollo de culturas locales.	Período del pueblo de los túmulos, caracterizado por alfarería sin decoración.
VI	1100 a 1450	Período chincha - diaguita. Extensión hacia el norte del pueblo de los túmulos.	Período de influencias chincha-diaguitas. Alfarería decorada.
VII	1450 a 1540	Período de los Incas.	Período de los Incas.

En esta cronología nos hemos ceñido lo más cerca posible a los períodos establecidos por Uhle para las provincias del norte, para que así quedara todo uniforme, y si hemos prolongado en un siglo el período chincha-diaguita sobre el que da este autor para el chincha-atacameño, acertando en este mismo lapso el incaico, es porque sabemos de una manera histórica que la invasión del norte de Chile por los Incas, tuvo lugar solamente unos sesenta o setenta años antes de la llegada de los españoles, y en ningún caso anterior a la fecha que establecemos. Sus influencias tampoco se hicieron sentir en la región, de una manera visible, antes de dicho acontecimiento.

Conviene hacer una breve explicación de los fundamentos de esta cronología.

*Período del Hombre Primordial.*—En Arica, y especialmente en Taltal, se han hallado restos del hombre paleolítico, es decir del hombre completamente primitivo, que no conocía artes ni industrias que no fuesen de lo más incipientes y que no tenía otras armas que ramas de árboles y cuyos únicos instrumentos eran unas piedras muy toscamente labradas a golpes directos. En las provincias a que nos referimos no se han hallado aún sus vestigios y presentimos más bien que probamos su existencia.

*Período del Hombre Arcaico.*—En este período la cultura es incipiente aún, pero más desarrollado que en el anterior. Ya el hombre se había fabricado armas tiradoras, y hallamos la estófica y en la última parte del período se habían introducido el arco y las flechas. Siempre la mayor parte de las herramientas, armas e instrumentos eran de piedra, pero los bordes eran ya retocados. Eran más variados, más pequeños y más bien labrados que en el período anterior, y sus tipos corresponden a lo que en Europa se ha llamado edad neolítica. El principal medio de alimentación era la pesca, pero también esta gente se dedicaba a la caza de aves y animales. No conocía la alfarería, el tejido o los metales. Fabricaba cordeles, redes y bolsas de fibras vegetales y usaba la totora para numerosos propósitos. Vestía de las pieles de animales y aves marinas, utilizando especialmente las del guanaco, la vicuña, el lobo marino y del alcatraz o pelícano, pero a veces empleaba también un delantal de totora. Pintaba la cara y el cuerpo con colores minerales y quizá algunos vegetales, y uno de los objetos que se hallan con frecuencia en los conchales de la época son huesos en forma de tubos cerrados por tapones de madera en ambos extremos, en los cuales guardaba sus colores. En la pesca usaba redes y anzuelos de concha, de hueso y de espinas de diferentes árboles y plantas. Muchos de sus útiles e instrumentos eran de hueso o de madera; pero estos últimos escasean en los conchales de las provincias meridionales, porque la mayor humedad no permitía que se conservasen tan bien como en el norte.

En la región diaguíta-chilena se hallan a veces restos de canastos, pero éstos no resistían en la región donde las lluvias eran más abundantes. No diremos que no las fabricaban, sino simplemente que sus vestigios han desaparecido. Los hombres de este período sepultaban sus muertos en los mismos conchales sobre los cuales vivían o bien en cavernas, cuando las habían cerca de sus habitaciones, y los cadáveres siempre se hallan tendidos de espaldas, envueltos en pieles o esteras de totora, cuyos restos ocasionalmente se ven.

*Período de las inmigraciones.*—En este período aparece por primera vez en las provincias de Atacama y Coquimbo, un pueblo de cultura más adelantada, que fabricaba alfarería, de una clase tosca, pero de buena factura y de formas variadas, generalmente sin ningún decorado, pero ocasionalmente con algunas rayas o puntos incisos en la greda antes de cocer las piezas. Estos grabados se hallaban casi exclusivamente en los cuellos de las ollas o jarros. Sabía hilar, porque se encuentran en sus sepulturas toseas torteras de greda o de piedra, pero no sabemos si alcan-

zaba la industria del tejido, porque aun cuando se han hallado algunas madejas de lana hilada, no conocemos ningún pedazo de tela tejida, aunque esto puede deberse al corto número de sepulturas de esta época que hemos podido explorar. Como entre los pueblos de los períodos anteriores, su instrumental era casi exclusivamente de piedra, de los mismos tipos u otros parecidos, de hueso y de madera. Entre los restos funerarios se han encontrado pedazos de calabazas, sin ningún decorado. No sabemos si esto indica que se trate de un pueblo que se dedicaba a la agricultura; pero sospechamos que algunos pedazos de madera carcomida que se han hallado en las sepulturas pueden ser vestigios de herramientas agrícolas. No hemos encontrado indicios de que este pueblo se haya internado por los valles interiores, donde hasta ahora no se han descubierto restos de alguna población.

Las sepulturas de este pueblo tienen la forma de pozos, de un metro veinte a un metro cincuenta de profundidad, forrados en su parte inferior por pircados. Los cadáveres se enterraban en cuclillas, en contradistinción a los de los conchales que siempre se sepultaban en posición tendida. Aunque se hallan algunas colonias de este pueblo, la costa de toda la región era ocupada todavía por los mismos pueblos pescadores que antes, cuya cultura no había sufrido ningún cambio de importancia.

En las provincias centrales, a excepción de los conchales del litoral, no hallamos vestigios de otro pueblo. Si el interior de toda esta región fuese habitada, sería por pueblos nómades que no han dejado señales de su ocupación, o cuyos restos no se han encontrado aún.

*Período de Tiahuanaco.*—Aparece de repente en las provincias diaguítas, sin ninguna transición, una alfarería fina y pintada, cuyo decorado, aunque no sus formas, es típicamente tiahuanaqueño. Las mismas influencias se hallan en los numerosos objetos de piedra y de madera, que aparecen en las sepulturas con cierta frecuencia, tanto en la costa como al interior. En el valle de Copiapó y especialmente en Caldera, se notan también algunas influencias atacameñas, pero éstas no se extendieron más al sur del valle de Huasco. Es frecuente hallar en aquel valle, tubos y tabletas para aspirar narcóticos, de tipo atacameño, como también con motivos de decoración netamente tiahuanaqueños. Aparecen en casi todas las tumbas herramientas de agricultura, de madera. Estas consisten de palas, cuchillones y barretas, generalmente de madera de algarrobo. No se encuentran, sin embargo, al sur del río Limarí hasta una época posterior.

En el centro del país encontramos por primera vez, en este período, la alfarería, y esto sólo en la costa. Es algo semejante, pero de un estilo diferente, a la que aparece más al norte en el período anterior. Nada sabemos de los pueblos que pueden haber habitado el interior de estas provincias, porque la arqueología de la zona es muy imperfectamente conocida.

*Período Diaguíta-chileno.*—Era ésta una época de desarrollo indígena, basado sobre la cultura anterior, con una estilización y desenvolvimiento propio. Aparecen las figuras antropomorfas, zoomorfas y ornitomorfas en la alfarería, y es característico del período que dichas figuras eran modeladas y no pintadas, aunque la alfarería pintada era común.

Algunos de los motivos usados en la decoración de la alfarería, tanto los modelados como los pintados, por ejemplo, las cabezas de tigres, figuras de avestruz, la serpiente con una cabeza en cada extremo, etc., eran importaciones; otros, como el hurón, el flamenco, el puma, etc., eran locales. Se notan otra vez en el valle de Copiapó las influencias contemporáneas de los atacameños, pero no se extendieron éstas más al sur.

En las provincias centrales, aparece de repente el pueblo que hemos llamado de los túmulos. Hasta ahora no hemos podido averiguar su procedencia. Sepultaban sus muertos debajo de montones de tierra y piedras que tenían cinco o seis metros de diámetro y de un metro cincuenta a dos metros de altura. Su industria se conoce principalmente por su alfarería, casi exclusivamente negra, bastante fina y pulida.

*Período Chincha-diaguita.*—Para las provincias de Atacama y Coquimbo, la denominación chincha-atacameña, empleada por Uhle, al hablar de la cultura de este período, no es aplicable, por cuanto faltan las influencias atacameñas. En cambio abundan las de la cultura chincha que se combinaron con las diaguitas para formar lo que hemos llamado el estilo chincha-diaguita. Las influencias chinchas están más aparentes en la decoración de la alfarería, la que incluye todos los elementos que Uhle considera característicos de dicha cultura y que se repiten constantemente en los valles de Chincha e Ica, como también en la región atacameña, durante el mismo período, como ser: las hileras de ganchitos, los dientes de sierra, los meandros, las líneas en zig-zag, los rombos, las hileras de triángulos, las diversas combinaciones de figuras triangulares, las volutas, las figuras geométricas con volutas anexas, los espirales en toda clase de combinaciones, las figuras geométricas rellenas de líneas cruzadas, los campos reticulados como tablero de ajedrez, la repetición concéntrica de ángulos y triángulos, las figuras escaleradas de gradas minúsculas con o sin meandros y a menudo separadas unas de otras por líneas dentadas, las figuras diminutas de hombres y de animales especialmente las llamas, etc. Una o más de estas figuras las hallamos repetidas en centenares de combinaciones, y casi no hay vaso decorado de la época que no las ostentan.

Este estilo se extendió por el centro del país y últimamente se ha encontrado en Concepción, por el sur; probando otra vez, así, lo que anunciamos hace veinte años, que la cultura de Chile Central, en la época prearaucana, llegaba sin interrupción hasta Llanquihue, que el pueblo que hoy llamamos araucano era advenedizo y no debe haber llegado a territorio chileno sino a lo sumo dos siglos antes de la venida de los españoles. Este nuevo descubrimiento de alfarería chincha-chilena en el corazón de la zona araucana, viene a fijar con más seguridad la época de su invasión, que no puede haber sido anterior al período de que hablamos, posiblemente durante el siglo trece o catorce.

*Período de los Incas.*— Este período es casi histórico, y su estilo es tan conocido que no tenemos para qué detenernos en hablar de él. Sólo recalcaremos lo que hemos repetido en tantas ocasiones, que sus influencias no son tantas ni tan repartidas como generalmente se ha creído, y que, la mayor parte de los artefactos que casi siempre se han atribuido a ellas, pertenecen a otros períodos anteriores y a otras influencias.

No pretendemos que esta cronología o las observaciones que hemos hecho al respecto de ella sean definitivas. Falta mucho para investigar. La arqueología de la región descrita apenas se conoce, y la mayor parte de estas observaciones se derivan de nuestras propias excavaciones, combinadas con un estudio de muchas de las colecciones más importantes, públicas y particulares. No tenemos más pretensión que ofrecer este breve estudio como ensayo tentativo de orientación.

---

CAPÍTULO II

OBSERVACIONES GENERALES

---

Casi todos los escritores que han mencionado la industria alfarera en Chile han atribuído a los incas su introducción en el país. Como hemos demostrado en el capítulo anterior, semejante criterio no tiene fundamento.

Otros con más razón, han opinado que existiendo anteriormente ciertas industrias incipientes en el país, los incas cuando se radicaron aquí, mejoraron éstas e introdujeron en algunas partes las que faltaban. Muchos años atrás (en 1882) Medina, apartándose de las ideas corrientes en su tiempo, dijo con más acierto: «En cuanto a la industria, es manifiesto que en la alfarería sobre todo, *los peruanos mejoraron de una manera extraordinaria*, el arte que al tiempo de la conquista que realizaron, *existía en Chile*». (1)

Hace algunos años, el Dr. Aureliano Oyarzún, en un trabajo titulado *Contribución al estudio de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile* (2) habla de la casi seguridad de que la mayoría de las influencias extrañas que se notan en las antiguas industrias chilenas, provienen de las culturas llegadas del norte; pero más prudente que algunos, emplea el término *peruanas* y no *incaicas*, y termina diciendo: «De lo expuesto llegamos a la conclusión de que la civilización prehispánica de Chile se deriva del Perú y los actuales araucanos conservan todavía por supervivencia, los restos de aquella antigua civilización.»

Hemos reproducido estas citas para dejar de manifiesto el estado general de la opinión sobre dicho punto, hace menos de veinte años.

Las investigaciones modernas, sin embargo, han demostrado que en todo el país, desde Tacna hasta el Canal de Chacao existía la fabricación y el empleo de la alfarería en épocas muy anteriores a la invasión de los incas; con antelación aun a la aparición de dicho pueblo fuera del radio del Cuzco mismo.

Hace veinte años se comenzó a reaccionar contra las antiguas teo-

(1) MEDINA, JOSÉ TORIBIO.—“Los Aborígenes de Chile”. Ob. cit. p. 355.

(2) Folleto publicado en Santiago en 1910 y presentado al 17º Congreso de Americanistas, celebrado en Buenos Aires en el mismo año.

rías. En 1908 presentamos al IV Congreso Científico Latino Americano (primero Pan Americano) celebrado en Santiago de Chile a fines de ese año, un trabajo (1), en que las combatimos demostrando que las influencias incaicas en Chile no habían sido ni tan trascendentales ni tan generales como se creía.

En el mismo Congreso, el Dr. Otto Aichel, refiriéndose a estas observaciones nuestras, propuso para su resolución, ante la Sección de Ciencias Naturales y Antropología, las siguientes preguntas:

¿Será un hecho lo que dice Barros Arana sobre la alfarería introducida en nuestro país solamente por los incas; no se puede haber desarrollado esta industria en el país por la inteligencia de los aborígenes sin influencias extrañas?

¿No comprueban los restos toscos de alfarería encontrados en los «kjokkenmöddinger» de Cartagena, la existencia de la alfarería en tiempos sumamente remotos?

Después de hacer una breve relación de ciertos hallazgos de alfarería en condiciones que prescriben toda idea de haber sido introducida por los incas, resume en el siguiente párrafo:

«Relatado así los hechos, someto a la consideración de los señores miembros del Congreso, la mejor interpretación de estos datos, que darán alguna luz sobre la cultura de los aborígenes y seguramente están en contradicción con lo que leemos en la obra de Barros Arana». (2)

Después de una larga y animada discusión, en que tomaron parte muchos célebres americanistas, se propuso la siguiente resolución, que fué aprobada por la mayoría de los asistentes:

«Que en vista de los nuevos descubrimientos arqueológicos, hechos en el último tiempo, ha llegado el momento de reconsiderar la posición tomada por don Diego Barros Arana y otros escritores, respecto de la introducción en el suelo chileno por los incas, del arte de la alfarería y otras industrias; y la tercera sección del Congreso recomienda un estudio científico y moderno de todo lo que se relacione con la arqueología del país».

No por esto queremos negar las influencias de la civilización de los incas en la cultura o en la alfarería chilenas. Al contrario, en el norte y centro del país son abundantes e inequívocas y se reflejan en las formas, en la decoración y en la técnica; pero no son tan abundantes como se puede creer y no son exclusivas. Forman una de las estratificaciones culturales que se notan, la última de las prehispánicas y se hallan en todas partes superpuestas a otras más antiguas.

Con la invasión de los incas en la segunda mitad del siglo XV, es indudable que se introdujeron en el país muchos elementos de esa civilización, pero no se intrdujeron las industrias mismas, las que existían y florecían desde muchos siglos antes.

Encontramos muchos de los elementos de la decoración incaica

(1) Antropología Chilena. Ob. cit.

Este punto lo hemos rebatido al Sr. Guevara en el Cap. II de nuestra obra "Organización Social y Creencias Religiosas de los Araucanos" pero persiste en su opinión a pesar de toda la evidencia en contra.

(2) "Preguntas sobre la influencia incaica en los aborígenes de Chile." Trabajo leído en la sesión del 3 de Enero de 1909.



reunidos en combinaciones no usadas en otras partes y que por este motivo pueden considerarse como nacionales. Los indios chilenos no eran serviles imitadores. Si es verdad que se hallan elementos y motivos incaicos en el arte nacional, están combinados de una manera nueva. A veces se encuentran en una misma pieza de alfarería, combinaciones de dos o tres estilos, que ni siquiera han tenido orígenes contemporáneos, por ejemplo, el chincha con el inca, o bien este último con elementos calchaquíes, todos en vasos de formas netamente nacionales. Muchos de los elementos artísticos de las antiguas civilizaciones perduraron con ligeras modificaciones, mucho después de la desaparición de las culturas que los originaron y algunos de ellos sobreviven aún entre los araucanos, como hace notar el Dr. Oyarzún en su trabajo citado. Indudablemente algunas de estas supervivencias se derivaron del arte incaico, pero no por contactos directos, sino más bien por difusión. Entre las piezas encontradas en el centro y norte, es también indudable que muchas son verdaderamente incaicas, no solamente de tipo, sino en efecto, fabricadas por los incas durante su estada en el país.

Pero aparte de todas estas influencias que se notan, queda comprobado el hecho de que la alfarería como industria, fué conocida y fabricada mucho antes.

Con la llegada de los incas todas las industrias nacionales experimentaron algún adelanto, pero no se desterraron los antiguos modelos, modificándose sólo en parte. Otras influencias llegadas anteriormente perduraron y siguieron existiendo al lado de las nuevas, y éste es especialmente el caso con las chinchas.

Por otra parte, muchos de los motivos decorativos que hasta hace muy pocos años se creyeron esencialmente incaicos, resultan, según las investigaciones modernas, haberse originado en la cultura chincha y desde ella pasaron a la incaica. Por consiguiente, sabiendo que las influencias chinchas se hicieron sentir de una manera tan notable en Chile entero, es lícito suponer que muchos de los motivos que en general se representan como incaicos, sean en realidad chinchas. Por ejemplo, las asas en forma de cinta eran comunes no sólo entre los chinchas sino en varias de las culturas aun más antiguas del Perú, como lo puede notar quien registre las colecciones de esta clase de alfarería. Las asas decoradas son igualmente comunes en la misma alfarería. Sin embargo, hay algunos que quieren hacer de estos caracteres un distintivo de la alfarería incaica. Ciertamente es que en algunos casos, la forma del vaso y el estilo de los dibujos indican claramente tal procedencia, pero esto no implica que todas las piezas que llevan asas aplanadas o decoradas pertenezcan al mismo estilo o a la misma época.

Un ejemplo interesante de esto y uno en que es muy fácil equivocarse, lo hallamos en la antigua alfarería decorada de las provincias al sur del Bío-Bío. Allí hallamos un estilo de decoración, evidentemente originado en las influencias chinchas. Se halla más abundantemente en la región más allá de Valdivia, pero se encuentra también en algunas de las sepulturas de la Araucanía, es decir, entre el Bío-Bío y el Toltén. Ahora, en ambas zonas se hallan dos tipos, uno prearaucano y por consiguiente antiguo, y el otro post-español y más moderno. El último tipo, mucho más

abundante, lleva caracteres decorativos en las asas y a menudo en el cuerpo o en el gollete del vaso que proclaman inmediatamente como incaicos. Los más comunes de estos dibujos incaicos son los rectángulos, cuyas esquinas opuestas están unidas por líneas diagonales que dividen el rectángulo en cuatro triángulos, de los cuales dos son frecuentemente rellenados por líneas paralelas, o son enteramente pintados. Estas figuras y otras, típicamente incaicas han hecho suponer que todo el cuerpo de alfarería decorada proveniente de la zona sea de la misma época. No aceptamos esta interpretación por los siguientes motivos: Hemos hallado sepulturas y aun cementerios enteros en dicha zona donde no se ha encontrado una sola pieza que demuestre influencias incaicas, y que, sin embargo, tienen alfarería del mismo tipo general con dibujos iguales a los corrientes de época posterior, pero sin ninguno de los caracteres que acabamos de mencionar. Todo el decorado de estas piezas recuerdan las de más al norte, del último período preincaico, es decir, el de las influencias chinchas. No solamente hemos encontrado este tipo al sur de Valdivia, sino también en pleno territorio araucano, en sepulturas cuyo tipo excluye toda probabilidad de que sean araucanas. En muchas de estas piezas las asas son también decoradas, sólo que la decoración es de otro estilo. Los motivos más comunes son las líneas rectas y paralelas, ya verticales, ya horizontales, oblicuas o en forma de zig-zag. Ocasionalmente figuran también los rombos con círculos en el centro o bien rellenados de puntos.

No queda duda de que estas sepulturas sean prearaucanas, porque con frecuencia son cistas formadas de lajas colocadas de canto. En Tirúa, no lejos de la playa y muy cerca de la boca del río, existe un antiguo cementerio de esta clase y a una cuadra de distancia, otro característicamente araucano. En el primero es común encontrar alfarería decorada de la clase que describimos, mientras que en el cementerio araucano sólo aparecen vasijas de tipo doméstico, sin decoración ninguna.

Empero, se han encontrado en sepulturas araucanas post-españoles, jarros decorados de este estilo que ostentan en las asas los típicos dibujos incaicos. Don Federico Philippi, entonces director del Museo Nacional de Santiago, halló en San Juan de la Costa, alfarería de esta naturaleza y en las mismas sepulturas la punta de un sable o espada española y una sarta de cuentas de vidrio, objetos que no dejan duda respecto de la época de los entierros.

Pero, ¿cómo explicar esta aparente contradicción? ¿Los araucanos fabricaban alfarería o no la fabricaban? Si no la hacían ¿cómo explicar que se halle en algunas de las sepulturas de la región, alfarería decorada de esta clase, con y sin dibujos de tipo incaico?

La explicación nos parece sencilla y lógica. Cuando llegaron los araucanos, el pueblo antiguo que ocupaba el suelo era más culto que ellos y fabricaban alfarería decorada del tipo indicado. Como pasó esto en época anterior a la introducción en el país de las influencias incaicas, dicha alfarería no mostraba indicios de ellas. Empujado hacia el sur por los invasores, el pueblo aborígen continuaba en esa región su industria alfarera y por eso no hallamos interrupción de su continuidad al sur de Valdivia, aunque desaparece en la zona ocupada por los nuevos venidos. Las se-

pulturas antiguas, en las cuales se halla esta clase de alfarería, pertenecen al primer pueblo.

No creemos que las influencias incaicas llegaron a esta región antes de su conquista por los españoles y que ellos, o más bien los yanaconas peruanos o chilenos de las provincias del norte y centro del país, fueron los que las introdujeron en el sur, como introdujeron la platería y otras industrias desconocidas en la región anteriormente. Notamos que hasta el día de hoy, la mayoría de los objetos de plata fabricados y usados por los araucanos, son de tipo peruano y sabemos por las crónicas y los documentos del siglo XVI que sus maestros fueron los yanaconas.

No es de extrañarse tampoco que aparezcan en algunas sepulturas araucanas, objetos de este tipo. La razón puede ser una de varias; por el comercio, por el casamiento de los araucanos con mujeres del pueblo huilliche o por el traslado de un lugar a otro de los indios encomendados, durante los primeros decenios de la ocupación española. Se sabe que estos indios de servicio, como los llamaban, se llevaban donde querían sus amos, a veces muy lejos de sus propios hogares. Nada más fácil que algunos de los de la región valdiviana fuesen llevados a la vecindad de los pueblos o ciudades fundadas en la Araucanía y allí fabricaran las piezas de nuestra referencia.

Es así como explicamos los hechos anómalos o contradictorios, que se notan en la alfarería decorada del extremo sur del país.

Si es verdad que en el centro y norte de Chile ha existido desde tiempos muy remotos, una alfarería cuyos orígenes ignoramos, no es menos cierto que una gran parte de las piezas encontradas en aquellas regiones demuestran influencias extrañas. Las más antiguas de ellas son peruanas. En la costa de Pisagua, Max Uhle descubrió una cultura contemporánea con la de Chavín de Huántar, y en ella aparecen las más antiguas piezas de alfarería conocidas hasta ahora, en el país. Existen actualmente en el Museo de Etnología de Santiago y las reproducimos en la lám. 1 figs. 1 a 6

En otro cementerio del mismo lugar, perteneciente a la época de Tiahuanaco, también se hallaron numerosas piezas del mismo tipo, lo que demuestra que hubo poca variación en aquellos tiempos primitivos. Dicho tipo, bastante tosco y primitivo se encontró en otras partes de la zona del norte y vuelve a aparecer en Arica. Por nuestra parte, hallamos en un antiguo conchal cerca de La Serena, fragmentos de una alfarería igualmente primitiva, que se puede asignar a más o menos la misma época. En la misma región del norte aparecen a principios del período de Tiahuanaco las primeras piezas de alfarería pintada, bastante groseras en la zona atacameña, más finas y pulidas en la región diaguita. En estas mismas provincias, en una época posterior, se notan influencias venidas del otro lado de la cordillera. Aunque no muy comunes, hay ciertos motivos que demuestran con certeza una procedencia calchaquí. Entre éstos se pueden mencionar el tigre o jaguar, el avestruz, la serpiente de dos cabezas y el carpincho o armadillo, ninguno de los cuales ha formado parte de la fauna chilena, pero cuyas figuras se reproducían con cierta frecuencia, siendo muy comunes en la alfarería diaguita-argentina. El estilo igual o parecido de los dibujos de estos animales indica una comunidad de origen de los motivos.

Muchos de estos elementos se arraigaron en el país y poco a poco se comenzó la estilización de los motivos adquiridos, hasta producir nuevas combinaciones locales, modificándose grandemente los modelos primitivos, a veces de tal manera que no son más reconocibles.

Si las influencias exóticas son más notables en los artefactos de tipo incaico, que en los de otra derivación, es simplemente porque eran las últimas en llegar y debido a la corta duración de este dominio no hubo tiempo para que fuesen grandemente modificadas. Mas, existen jarros, platos, cántaros, etc., de formas nacionales, en que se adoptaban ciertos elementos de la decoración incaica, y a la vez imitaciones de la forma de ciertos vasos, que ostentan los dibujos pintados del anterior estilo nacional. Raramente se encuentra en la alfarería producida por los naturales, copias exactas de las piezas netamente incaicas, es decir, imitando tanto la forma como la decoración de este estilo; y, cuando éstas se encuentran, es casi seguro que fueron fabricadas por operadoras peruanas.

Casi la mitad de la alfarería antigua proviene de las sepulturas. Son muy escasas las piezas que han sido encontradas en los gentilares o ruinas que todavía existen en varias partes de las provincias del centro y norte del país, principalmente porque nadie las busca allí, y porque raras veces se hallan en ellas más que fragmentos, que no llaman la atención de los curiosos o de los coleccionistas.

Llama la atención que muchas de las piezas halladas en las tumbas y especialmente la alfarería decorada no parecen haber sido usadas y es de creer que han sido fabricadas exclusivamente con un fin ritualístico. Ha sido costumbre también, en muchas partes, quebrar o perforar las piezas antes de enterrarlas con los muertos. Dicha costumbre no fué exclusiva de Chile, en la Argentina (1), en Tiahuanaco y en otras partes se ha observado el mismo hecho. (2) En las sepulturas de Pampa Grande, Ambrosetti halló muchos vasos fragmentados que «hace suponer fuera costumbre ritual funeraria la destrucción de dichas piezas». Algunos de los vasos quebrados se hallaron en el interior de otros enteros, lo que excluye la idea que pueden haberse fracturado accidentalmente.

En la vecindad de todos los grandes adoratorios se encuentran sobre la superficie del suelo, innumerables fragmentos de alfarería, que parecen ser de los vasos que se usaron en los ritos y que se quebraron en seguida. Medina llamó la atención hacia este hecho y dice: «La provisión que los indios echan, dice Pérez García, se llama *echol*, añadiendo al varón sus armas, y a la mujer el huso, lanas, ollas y demás instrumentos de las labores femeniles, añade Olivares. Entre éstos debemos contar muy especialmente la piedra de moler, que según parece, se quebraba en señal

(1) AMBROSETTI, JUAN B.—Exploraciones Arqueológicas en la Pampa Grande, Buenos Aires. 1906 pp. 35 y 43.

(2) Algunos autores dudan de la costumbre de quebrar los objetos antes de enterrarlos con los muertos, creyendo más bien que la rotura ha sido póstuma y accidental, debido al peso o a la presión de la tierra. Admitimos que en algunos casos puede haber obrado esta causa, pero en muchos otros, semejante motivo queda eliminado. Además, se encuentran quebrados también, objetos en que no podía influir dicha causa, como por ejemplo, los morteros de piedra. Por otra parte se encuentran enterrados vasos quebrados que faltan uno o más de los pedazos, los que probablemente han quedado en el exterior de la sepultura. Recordamos que el Prof. Uhle cuando llegó a Chile, se mostró escéptico, sobre este punto, y se inclinó a creer que tales roturas eran más bien accidentales, pero durante las numerosas excavaciones que efectuó en el país, tuvo que convencerse que efectivamente, en un gran número de casos, la rotura debió ser intencional, y anterior a la sepultación.

de duelo, pues en todas las huacas hemos encontrado siempre roto este utensilio.» (1)

El Dr. Francisco Fonck también habla de esta costumbre y cita numerosos casos en la región prehistórica de Quilpué, donde encontró quebrados casi todos los objetos hallados en las sepulturas y opina que era costumbre nueva y peculiar a la zona de Quilpué (2), aunque, como hemos dicho, fué común a todo el país.

Puede ser que las piezas quebradas fuesen propiedad personal del difunto y que se quebraban para evitar que pudiesen usarse por otros para algún fin malévolo, o bien la persona que hacía la ofrenda podría quebrarlas con la misma idea. Debe recordarse que entre las supersticiones de los indígenas, semejantes ideas eran muy corrientes. Los indios chilenos estaban siempre atormentados con el temor de las hechicerías y las brujerías, y creían que la posesión de cualquier objeto perteneciente a otra persona daba al poseedor cierto poder sobre ella. Por eso encontramos que a la muerte de un individuo, se depositaban en su tumba todos los objetos de su uso personal e íntimo.

En algunas partes, en vez de destrozar las piezas de alfarería, solían perforarlas o desfondarlas. Esta costumbre era más frecuente en el norte que en el centro o sur del país, y en cuanto sabemos, se halla solamente en las sepulturas preincaicas. Entre la alfarería extraída por Uhle del cementerio de Calama, y existente en el Museo de Etnología, se hallan tres o cuatro piezas que presentan este tipo de perforación. Como dichas piezas se encontraban en una capa superior a la en que estaba el muerto, opina Uhle que la perforación puede haberse dejado para *libaciones*, pero la costumbre de enterrar el ajuar fúnebre en capas sucesivas no era la corriente en otras partes del país donde se encuentran también vasos perforados.

Algunos de los autores argentinos han notado la misma costumbre entre los antiguos calchaquíes, y también parece haberse practicado por algunos de los indios pescadores de la costa peruana. Los etnólogos norteamericanos la hallaron entre los indios pueblos de Nuevo Méjico y Arizona y dicen que era para *matar la pieza*. Ambrosetti (3), al llamar la atención sobre estas perforaciones, las denomina *agujeros de la muerte* como lo hizo anteriormente Ten-Kate. (4)

El Capitán Berthon también llama la atención hacia la misma costumbre en las costas peruanas. Dice: «La alineación de los objetos indicadores es paralela a los hombros de la momia, y esta última colocada dando frente al mismo punto como el cráneo indicador, (dejado en la superficie para indicar la ubicación de la tumba) de tal manera que los parientes del difunto pueden hallar fácilmente la posición del cadáver sepultado, cuando hacen sus visitas al cementerio. El carácter de estas visitas es a veces señalado por un tíbalo *cuyo fondo está perforado por un portillo*, como nuestros maceteros; pero este portillo se hace después de la cocción,

(1) MEDINA, JOSE TORIBIO.—Los Aborígenes de Chile. Ob. cit. p. 259. Entre los objetos sacados del cementerio indígena de Cauquenes, figuraban un número de morteros, quebrados en casi su totalidad.

(2) FONCK, DR. FRANCISCO.—“La región pre-histórica de Quilpué y su relación con la de Tiahuanaco.” Valparaíso. 1910.

(3) AMBROSETTI, J. B.—Exploraciones en Pampa Grande. Ob. cit. pp. 44 y sig.

(4) TEN-KATE, HERMAN.—“Rapport sommaire sur une Excursion Archeologique dans les provinces de Catamarca, de Tucuman et de Salta. Revista del Museo de La Plata. T. V. pp. 347 y sig.

y aun después del uso doméstico. Colocado exactamente encima de la momia, el tíbalo sirve para las *libaciones funerarias*; al muerto se le permitía así beber la chicha con sus parientes.» (1)

En otra parte hemos hecho referencia a la costumbre de enterrar los muertos en urnas o vasijas de barro. Dicha práctica, sin ser general, se ha encontrado en varias partes del país. El Dr. Aureliano Oyarzún halló un cementerio prehistórico en Llo-Lleo, cerca del puerto de San Antonio, y al hacer excavaciones, se dió cuenta: «de que los cadáveres habían sido sepultados de una manera nueva y fuera de uso entre los aborígenes y los actuales indios araucanos. En unos seis esqueletos que exhumamos, ví que todos ellos estaban *dentro de ollas de greda* de unos 60 cm. de alto. Estas ollas estaban todas ellas quebradas de tal manera que sólo pudimos recoger fragmentos, sin poder reconstruir una sola. Su composición era muy ordinaria y no presentaban dibujos de ninguna clase. Los cadáveres estaban en cuclillas, las rodillas alcanzaban al mentón y los miembros superiores tenían las manos al nivel de los hombros. Dentro de las mismas ollas o urnas se encontraban, acompañando el cadáver, uno, dos y hasta tres cantaritos de greda cocida ordinaria y sin dibujos. En una urna pequeña, pero totalmente destruída, encontramos los restos apenas aparentes de un niño muy chico o guagua.» (2)

Medina menciona que en las provincias de Curicó, como también en la Hacienda de la Compañía, cerca de Graneros, encontró urnas que contenían huesos de niños. (3)

Nosotros tuvimos en nuestra colección una olla en forma de marmita procedente de Illapel, la cual, según las noticias que nos dió la persona que la halló, contenía huesos y un pedazo del cráneo de un niño. Esta olla estaba en poder de un inquilino de un fundo en las inmediaciones del pueblo. Nos dijo el hombre que la había encontrado al abrir un hoyo para plantar uno de los postes de un rancho que iba a construir, junta con otros jarritos que por estar rotos no los había sacado. El la usaba para guardar trigo para semilla. Dicha olla medía 32½ cm. de alto, 56 cm. en su mayor diámetro y 33 cm. de boca. Tenía dos asas cerca a la boca. Era de color ladrillo, alisada, pero no enlucida. En forma era parecida a la que presenta Medina en su atlas con el N.º 208.

Hemos visto ollas de este tipo y de dimensiones parecidas en otras partes del país sin poder averiguar si en alguna de ellas se hubiera hallado restos o huesos humanos. Guevara da una noticia vaga sobre el entierro en urnas, pero no hemos podido comprobar nada concreto respecto de lo que dice. En su *Psicología del pueblo araucano* (p. 275) escribe: «Los trabajos agrícolas practicados en faldas y alturas han sacado a la superficie del suelo grandes ollas de arcilla o tinajas anchas en su base y progresivamente angostas hacia arriba, con una tapa superpuesta. *Contienen estas vasijas algunos restos del cuerpo que indican sin lugar a duda que el cadáver entero o destrozado, o bien los huesos «han sido colocados antes de la cocción dentro de esta urna primitiva»* (?)

(1) BERTHON, CAPT. PAUL.—Etude sur le Précolombien du Bas-Perou: nouvelles archives scientifiques et littéraires, publiées sous les auspices du Ministère de l'Instruction Publique et des Beaux Arts. Nouvelle Serie. Fascicule 4. Paris. 1911

(2) OYARZÚN, DR. AURELIANO.—Los Kjoekkenmoeddinger o conchales de las costas de Melipilla y Casablanca. Santiago 1910.

(3) Aborígenes de Chile.

Agrega en una nota: «Ejemplares examinados por el autor en las provincias de Malleco y Cautín».

Como estas noticias son tan extrañas y trascendentales, y a la vez tan breves, escribimos al autor, pidiéndole más pormenores e incluyendo un cuestionario. La carta de contestación la transcribimos en la parte pertinente: «Las dimensiones de los vasos que contienen restos humanos no las tengo con precisión, porque no se ha extraído ninguno entero. Hay algunos de un metro de altura o más o menos, otros de menor altura hasta de 30 cm. Son toscos. Se han hallado en todo el antiguo territorio araucano, principalmente en las lomas. Opino que estos vasos funerarios fueron anteriores a los *wampus* de madera. Así he recogido varias tradiciones, que me informan que los cadáveres se destrozaban para meterlos dentro. No se han hallado cráneos, al menos que yo sepa.

*Me fundo en que cocían los indios estos vasos «después de poner dentro el cadáver destrozado» porque algunos tienen una boca muy estrecha.»* (1)

Como se ve, la contestación no es más satisfactoria que la cita. No comprendemos, si la cocción se hacía después de encerrado el cadáver destrozado o bien los huesos, como no se calcinaban, y nada nos dice, de esto, ni en su libro ni en su carta.

Al ser cierta la suposición de que la tinaja se fabricaba al contorno de los huesos o del cadáver y que se sometía a un cocimiento después, sería una completa novedad etnológica, y como tal, merece una mayor confirmación que la ofrecida por el Sr. Guevara.

Estimamos que el autor se ha equivocado, o respecto del tamaño de la boca de las tinajas, o bien en la suposición de que hayan contenido restos humanos. A pesar de haber hecho excavaciones en la Araucanía, no hemos encontrado nada parecido ni hemos tenido otra noticia sobre tan curiosa costumbre, a pesar de muchas averiguaciones entre personas conocedoras de la zona y de sus antigüedades.

En el mejor de los casos, al ser ciertas las noticias, estimamos que sólo se trataría de entierros secundarios de los huesos descarnados, que se introdujeron en los vasos *después de cocidos éstos*.

La alfarería grabada con incisiones tan comunes en algunas culturas, es escasa en Chile. Cuando ocurre es casi siempre de la clase negra, pero a veces se hallan ejemplares de la clase roja o ladrillo, especialmente en las culturas incipientes de la costa.

Los grabados son casi exclusivamente líneas, paralelas, rectas, onduladas o en zig-zag, o bien hileras de puntos. En algunos pocos casos hemos visto grupos de ángulos cuyos lados eran paralelos en toda la serie, estilo llamado *feather-bone*.

Las piezas que hemos podido examinar personalmente provienen de Coquimbo, (Lám. XXXIII, fig. 1); de Pichilemu, (Lám. XXXIII, fig. 2); de Vichuquén, (Lám. XXXIII, fig. 3); de Llo-Lleo, (Lám. XXVII, fig. 5) (2), y otras partes de la costa. Ocasionalmente se encuentran en el interior, como por ejemplo, en Palqui, valle del Cogotí en el departamento de Ovalle, en Cauquenes y en Lanco, en la provincia de Valdivia. En el Museo

(1) Carta del Sr. Guevara al autor, fechada 18 de Noviembre de 1912.

(2) Esta pieza figura en la colección del Dr. Oyarzún y se ha producido en su trabajo sobre los conchales de Melipilla y Casablanca. fig. 28.

Nacional también existen dos piezas procedentes de San Juan de la Costa de esta misma provincia.

Más escasa aún es la alfarería con ornamentación en relieve. De esta clase hay dos piezas interesantísimas en la colección de don Eliseo Peña Villalón, ex-Rector del Liceo de La Serena. Ambas fueron halladas en el fundo de Campanario, departamento de Ovalle. Figuran en la Lámina XXXIV con los N.<sup>os</sup> 1, 1a y la Lám. XLV figs. a-d.

En Calama el Dr. Uhle encontró algunas piezas de este mismo tipo en forma de ave, con las alas en relieve. (Lám. VI, figs. 6 y 7) y el Dr. Oyarzún ha reproducido en su folleto *Kjoekkemoeddinger*, otra pieza hallada en la costa de Cartagena, que parece representar un lobo marino. (Lám. XXVII fig. 1.)

Algunos de los pucos o platos que representamos, como también vasos de otras formas, llevan caras humanas con las facciones en relieve, otros tienen una cabeza humana entera modelada, la cabeza de algún ave, generalmente el pato, o bien la cabeza de algún animal. Los vasos con esta clase de modelado son muy a menudo de dos golletes uno de los cuales es formado por la cabeza de que hablamos. Usualmente uno solo de los golletes es abierto, el de la cabeza es casi siempre cerrado. A veces los dos golletes están unidos por una asa horizontal pero ocasionalmente carecen de ella.

Entre los tipos de vaso poco comunes que hemos examinado, haremos mención de dos de un carácter distintivo, que deben ser de estilo local, y no conocemos otros análogos. Tienen alrededor del cuello una decoración de líneas grabadas que después han sido rellenadas con arcilla de otro color, formando una especie de mosaico. Ambos se hallaron en un cementerio del fundo de Guallilinga, situado en las orillas del Río Grande, departamento de Ovalle y a pocos kilómetros al oriente de la ciudad de ese nombre, en el cual existen las ruinas de una tambería o gentilar.

Otros objetos de alfarería son las pipas que se hallan de vez en cuando en las provincias australes, las torteras, que son especialmente abundantes en las sepulturas del norte, los ídolos o figuritas antropomorfas de greda, que son casi siempre de tipos peruanos y uno que otro objeto cuyo uso y significado no son fáciles de descifrar. De éstos trataremos en más detalle, cuando hagamos la descripción de la alfarería regional.



---

### CAPÍTULO III

#### LA INDUSTRIA ALFARERA

---

Cuando un pueblo ha llegado a usar objetos de barro o greda cocido, aun los de la más ruda descripción, puede decirse que ha hecho un progreso considerable en las artes de la vida y avanzado un buen trecho por el camino de la civilización.

En la actualidad, es difícil concebir que aun existan tribus que no conozcan esta industria y que entre sus ajuares no cuenten con ninguna vasija de barro o de greda cocida y, sin embargo, dentro del territorio chileno encontramos a los fueguinos que viven en este estado. En la Australia, en Africa, la Oceanía y en Norte América hay otras tribus que se encuentran en idénticas condiciones.

Las primitivas tribus de pescadores que habitaban las costas chilenas en época lejana, tampoco conocieron la alfarería y sólo hacia los fines del segundo período cultural—el arcaico—aparecen los primeros artefactos de greda entre ellos.

A la llegada de los españoles, los mapuches o araucanos, que habitaban entre los ríos Itata y Toltén, aunque sabían fabricar alfarería, solamente la empleaban en un grado limitado y usaban en su lugar platos y fuentes de madera y canastillos impermeables hechos de bejucos, de corteza de árboles, las fibras vegetales de diversas plantas o bien la paja de esparto. En los canastillos y en las fuentes de madera calentaban el agua y cocinaban sus comidas echando piedras calientes en ella hasta hacerla hervir.

Parece que el arte del alfarero tuvo su origen en la idea concebida por algún salvaje de cubrir su canastillo con una capa de greda para así calentarlo al lado del fuego. En alguna ocasión debe haberse quemado entera o parcialmente el canastillo sin que se perdiera el contenido y se descubrió que el molde de greda llenaba el mismo propósito y aun daba mejores resultados que el canastillo, porque resistía mayor grado de calor y podía calentarse a fuego directo. Luego se acostumbró a usar esta clase de utensilio y en la alfarería más primitiva todavía se ven las marcas trenzadas del cesto que servía de molde y que quedan estampadas como ornamentación en las paredes de la vasija.

Más tarde se descubrió que no era necesario usar el molde y que la greda tenía una consistencia suficiente para amoldarse sin semejante apoyo. Así es que la alfarería más primitiva copia de cerca las formas producidas por la cestería, industria que en todas partes parece haber precedido a la cerámica. Como es de esperar, esta alfarería primitiva es de una factura grosera y defectuosa, generalmente sin más decoración que la producida accidentalmente, pero luego se notó que la greda antes de cocerse recibía con facilidad las impresiones que se le quería dar y se comenzó a producir en ellas una ruda ornamentación de líneas o puntos, dando así nacimiento a la alfarería grabada, que era, con toda probabilidad, la primera forma de decoración intencional.

No tenemos para qué seguir paso a paso la evolución de esta industria, ni el desarrollo de su estética y ornamentación. Diremos solamente que cuando se descubrió que la superficie de las vasijas se podría decorar también de colores, los primeros dibujos aparecieron como toscas imitaciones de las figuras lineales y geométricas que acostumbraban reproducir en la cestería, imitándose más tarde las figuras de aves, animales o seres humanos, casi siempre en formas rectilíneas, también copiadas de la cestería o de los tejidos. Poco a poco se aprendió a alisar las superficies dándoles un pulimiento y aplicando a ellas un color distinto por medio de una enlucida o barniz. Al mismo tiempo, dada la plasticidad de la greda, comenzaron a aumentarse las formas, produciéndose tipos desconocidos en la cestería, reproduciéndose también las figuras de animales y hombres y otros modelos nuevos.

Se hizo igualmente progreso en la clase de materiales empleados y en la técnica de la fabricación mecánica. En Chile, en tiempo de la Conquista Española, en muchas partes del país, la alfarería había alcanzado un grado relativamente perfeccionado. Según Pedro de Valdivia, «los naturales tenían muchas y muy pulidas vasijas de barro».

Sin embargo, no en todas partes había alcanzado esta industria el mismo grado de desarrollo. La de la región diaguíta, o sean las actuales provincias de Atacama y Coquimbo, era muy superior en este sentido a la de las demás zonas del país. Seguía en orden de finura y belleza, la de las provincias centrales, desde el Choapa hasta el Maipo. Al sur de este último río, en la antigua provincia de los promaucaes, la cerámica, aunque de buena clase y de un decorado muy interesante, era con todo inferior y más primitiva que la de las provincias de más al norte. El mismo estilo de decoración, pero con modificaciones de formas, continuaba hasta el Seno de Reloncaví, interrumpida, no obstante, durante los últimos tiempos prehistóricos, entre el Bío-Bío y el río de Valdivia, es decir, la zona ocupada por los araucanos históricos.

Reconocida la variedad de los elementos étnicos que existían en Chile en los tiempos prehistóricos, no es sorprendente descubrir la poca uniformidad en las artes, sobre todo, si tomamos en cuenta las influencias directas o indirectas de otras culturas que encontramos a cada paso.

Estas influencias no todas se debían a conquistas o de contactos directos. Obraban otros factores como el comercio o intercambio de productos entre una zona y otra, el cautiverio de individuos de otras tribus o naciones, las migraciones, las costumbres exogámicas de la mayor parte de las

tribus chilenas, que tenían la práctica de adquirir sus mujeres, por compra y frecuentemente por raptó, entre otros pueblos o agrupaciones. Por eso no debe desestimarse el peligro que se corre al tratar de identificar los orígenes de un pueblo por los artefactos encontrados en una zona determinada, sino se toman en cuenta todos los factores que pueden haber mediado en su procedencia. Sobre todo se aumenta ese peligro cuando el número de objetos que se examina es exiguo, o circunscrito a una localidad reducida.

Otro peligro que acecha al investigador es la semejanza hallada entre los artefactos de pueblos de igual grado de cultura y de medio ambiente, aun cuando las distancias que las separan sean a veces inmensas. Siempre queda la tendencia de pensar en la difusión, no obstante las grandes dificultades que hacen improbables o imposibles semejantes hechos, resultando, a menudo, que las dos culturas que se ponen en parangón ni siquiera son contemporáneas.

La alfarería, aun la más primitiva, no fué uno de los primeros productos de la industria humana, aunque después ha sido uno de los más universales. La industria y el arte presuponen un estado más o menos sedentario. Los pueblos nómades raras veces la adquieren en el mismo grado como los pueblos de residencia más estable. Esto es especialmente verdadero en cuanto a la alfarería. Por su fragilidad y la dificultad que ofrece su transporte, no es un artículo que halla mucho favor entre las tribus que están en constante movimiento, siendo, entre ellos, reemplazado generalmente por tientos de madera o por la cestería. Por esto la alfarería se encuentra raras veces y en escasa cantidad entre los pueblos cazadores que vagan de parte en parte en busca de su alimento, como por ejemplo, los indios patagones, pampas y fueguinos. Entre los pueblos que se dedican a la agricultura y aun entre los semi-sedentarios pescadores de las costas, es mucho más común, y una vez que los pueblos se estabilizan y adoptan un hogar fijo, llega a ser un objeto de imprescindible necesidad y se encuentra universalmente.

Según los etnólogos modernos, la industria de la alfarería pertenece, en su origen, a los grupos matriarcales dedicados a la agricultura y han demostrado que estas dos industrias se acompañan constantemente, hallándose raras veces la una sin la otra, aunque en algunas partes, como en ciertas islas de la Oceanía se encuentra una avanzada agricultura entre tribus que no fabrican alfarería. En cuanto a la región andina de Sud-América, esta teoría parece confirmarse, porque la mayoría de los pueblos que habitan dicha región eran agricultores y, como hemos demostrado en otros estudios sobre el punto, eran todos o casi todos matriarcales, aun en el tiempo de la conquista española. (1)

Como la alfarería en sus principios era esencialmente una industria doméstica, la encontramos en mayor abundancia en los viejos sitios ocupados por las antiguas viviendas o en las localidades donde se fabricaba. Más tarde se dedicaba a otros usos, empleándose en las ceremonias, reemplazando las vasijas que anteriormente se hacían de otros materiales.

(1) LATCHAM, RICARDO E.—Organización Social y Creencias Religiosas de los Antiguos Araucanos. Santiago. 1924.

LATCHAM, RICARDO E.—Los Incas: sus orígenes y sus ayllus. Anales de la Universidad de Chile. Santiago. En prensa.

Poco a poco se modificaron las formas y se dedicaban ciertos tipos a determinados usos. No sólo en la forma se notan estas modificaciones, sino también en la manera de fabricarlas, en la factura y en la ornamentación.

El mayor grado de perfección, sin embargo, no siempre es suficiente para formar un criterio sobre la edad de una pieza. Encontramos entre los mismos pueblos, y pertenecientes a la misma época, alfarería tosca al lado de otra mucho más acabada. Por lo general esto significa que hubo variedad en el empleo a que se destinaban las distintas piezas y no necesariamente una diferencia en la época de su fabricación. Por otra parte, pueblos vecinos pueden desarrollar estilos completamente diversos de la misma industria, aun cuando han habido contactos constantes entre ellos durante muchos siglos. Refiriéndose a este punto, dice Holmes: «Puede preguntarse si el grado de simplicidad es un índice valioso de la antigüedad. Es posible que en una región donde las condiciones son desfavorables, el arte pudiera practicarse por mil años sin cambiar materialmente, mientras que en un medio más favorable, podría, en el mismo período y en un pueblo sin mayores habilidades, pasar por etapas sucesivas hasta alcanzar un alto grado de perfección.» (1)

En Chile, como es de suponer, por la diversidad de pueblos, la alfarería no es homogénea, ni puede referirse a una sola época. En algunas partes se había adelantado bastante, en otras estaba todavía en un estado primitivo y en otros aún, existían tribus que no la conocían.

Es un punto interesante considerar que en ninguna parte del país se han encontrado las huellas de los principios de esta industria. Aun las piezas y fragmentos más toscos o de mayor antigüedad demuestran un avance considerable en el arte, lo que parece indicar que la industria no ha originado dentro del país, sino que su introducción se debe a la inmigración de influencias o de pueblos que ya la practicaban.

En América no se conoció la rueda del alfarero y la fabricación de la cerámica se ha hecho siempre a mano, con la ayuda de algunos rudos instrumentos de hueso o de piedra, principalmente alisadores y bruñidores. En algunas partes se han empleado moldes para producir algunas de las formas, pero, en cuanto a Chile se refiere parece que dicho sistema no fué conocido.

Las gredas o arcillas apropiadas para la fabricación de la alfarería doméstica se encuentran diseminadas por todo el país. Chile como país montañoso presenta los materiales listos y a la mano. Durante el tiempo de las lluvias y de los deshielos, los ríos y esteros arrastran *sus turbias* corrientes, dejando atrás en los remansos, depósitos de sedimentos de diferentes colores y consistencias que hacen innecesarias las labores de cavar, escoger, pasar por harneros, moler y otras tareas preparatorias que exige la tierra proporciónada por otros medios. Sin embargo, para ciertos tipos de vasijas se buscaba una arcilla más homogénea y limpia, o bien una de consistencia o color especial. Esta se sacaba cuidadosamente, separándola de cualquiera impureza.

En seguida, se despedazaba y se dejaba la greda que se iba a emplear, al sol para que se secara bien. Una vez seca se molía en piedras o en mor-

(1) HOLMES, W. H.—Aboriginal Pottery of the Eastern United States. 20th Annual Report of the Bureau of American Ethnology p. 24. Washington 1903.

teros y se removían las impurezas que aun quedaban y que pudieran provocar fallas en la pieza que se iba a construir.

También se buscaban con afán las arcillas finas que servían para enlucir (1) las superficies de los mejores tiestos o los que se iban a pulimentar.

Los mismos arroyos que dejaban los depósitos de gredas, también hacían otro tanto con las arenas que se usaban para mezclar con la arcilla para dar mayor firmeza a las pastas. Entre algunas de las tribus costinas, la arena a menudo se reemplazaba por conchas trituradas. Las arenas más buscadas eran las cuarzosas para las piezas de paredes delgadas y las del granito descompuesto, para las de mayores dimensiones.

En muchas partes donde los lechos de los arroyos se extienden, se encuentran capas de arenas blanquecinas provenientes de la descomposición de las rocas sieníticas o graníticas, tan comunes en la formación geológica de los cerros. Estas son las que se usaban de preferencia. La gran proporción de feldespato contenido en estas arenas y el consiguiente poder adherente adquirido motivaban esta preferencia.

Esto explica también la presencia de mica en algunas de las pastas. A menudo, y sobre todo en las provincias del norte, se usaba para este propósito los tofos molidos. (2)

Las materias colorantes empleadas eran en su mayor parte minerales, generalmente óxidos o tierras ocrosas. Los óxidos que más se empleaban para la *enlucidura* eran los de hierro y de manganeso, pero se conocían los de cobre, de cobalto y de mercurio (cinabrio), aunque éstos poco se usaban.

Para la decoración, se empleaban, especialmente en el centro y sur del país, colores vegetales, porque los de minerales, a excepción del ocre, no eran tan fáciles de obtener como en el norte. Los colores vegetales se usaban únicamente en la decoración de aquellos tiestos que no se exponían al calor del fuego, porque no resistían sin alterarse. Por eso, dichos colores se aplicaban después de quemadas las piezas, las que en estos casos no se sometían a una segunda cocción, como se hacía con la mayoría de las en cuya fabricación entraban las *enluciduras* minerales.

FABRICACIÓN.—No sabemos de una manera precisa cuál era el método empleado por los indígenas antiguos en la fabricación de su alfarería, pero es probable que se sirvieran de los mismos procedimientos adoptados por otros pueblos primitivos de América y que todavía se practican en muchas partes por los actuales campesinos chilenos, sus descendientes.

Entre todas las piezas que hemos examinado, no hemos encontrado ninguna que pueda relegarse a los principios de la industria.

Todas las vasijas y fragmentos, aun los a que se puede atribuir una mayor antigüedad, demuestran cierto desarrollo del arte.

Un estudio minucioso de las piezas mismas y su cotejo con las que

(1) Ho hemos encontrado en las obras escritas en castellano, una voz propia para describir este baño superficial, al que los autores ingleses dan el nombre de *slip* y que los franceses llaman *enduit*. En la Argentina, se habla generalmente del pintado, sin darle un nombre especial. Para el efecto de este trabajo, emplearemos el término *ENLUCIDURA*, que corresponde a la designación francesa *enduit*, o sea la capa de yeso, de cal u otro colorante que se da a las paredes u otros objetos.

(2) Tofo es el nombre local dado a ciertos tipos de feldespatos terrosos que son refractarios a la fundición en circunstancias ordinarias. Son muy comunes en muchas de las regiones del país y especialmente en la vecindad de la cordillera de la costa.

hoy se fabrican, nos llevan a la conclusión de que se ha modificado muy poco la técnica de su fabricación y que el sistema empleado en la actualidad en los campos, es igual al que se usó desde hace muchos siglos.

En muchas ocasiones y en diversas localidades hemos podido observar las operaciones en uso y son casi siempre idénticas por todas partes. Las diferencias que se notan entre un lugar y otro son insignificantes y sólo de pequeños detalles.

En la actualidad han desaparecido las antiguas decoraciones, reemplazándose por otras completamente modernas, pero en gran parte se han conservado las formas y la técnica de antaño. Los dibujos modernos son derivados en gran parte del reino vegetal, motivo desconocido en la alfarería antigua y que denotan influencias europeas. Igual cosa pasa en cuanto a los colores empleados en la decoración, que son casi siempre los importados, a exclusión de los indígenas que antes se usaban. (1)

A continuación describiremos el método de fabricación que actualmente se emplea en la industria casera de la alfarería, sistema que es a todas luces antiguo y por lo primitivo, parece haber sido el empleado por los indios desde hace muchos siglos. Aboga en favor de esta hipótesis que es el mismo empleado entre muchos pueblos indios de cultura más o menos atrasada, en diversas partes de ambas Américas.

La operadora (2) de rodillas, tiene a un lado una batea de madera que contiene la greda cruda y molida, y cerca de ella una *callana* (3) con *temple* (4) de arena o de concha triturada que le va a servir para hacer la pasta. Al otro lado coloca una vasija o tinaja con agua.

Apoiado sobre la falda, con la punta en el suelo, con plan inclinado sostiene un tablón que le sirve para amasar la pasta. Sobre este tablón echa un poco de la greda seca, revolviéndola con la arena u otro temple que va a usar. Esta mezcla la humedece y principia a amasarla con las manos, como quien amasa pan, hasta que queda de una consistencia pareja.

Si queda demasiado seca la masa, la vuelve a humedecer, metiendo la mano en el agua. Raras veces la rocía, prefiriendo mojar más bien las manos una y otra vez hasta que la greda adquiere la plasticidad requerida.

Una vez preparada suficiente cantidad de greda para la pieza o piezas que va a fabricar, cubre la masa con paños húmedos para que no se seque. De la masa va sacando porciones a medida que las necesita.

No es siempre igual la proporción de *temple* usado en la mezcla, ni tampoco la clase empleada. Para las piezas destinadas a los usos domésticos, sobre todo las que van a estar continuamente en contacto con el fuego, se emplea de preferencia los temples a base de feldespatos y en gran-

(1) En las piezas modernas, los dibujos se hacen generalmente con líneas grabadas, y después se pintan estas incisiones con los colores minerales del comercio, predominando el amarillo, el verde y el bermellón, tintes raras veces empleados por los antiguos.

(2) Siempre son mujeres las que se dedican a la fabricación de la alfarería.

(3) *Callana*: tiesto de greda en forma de olla.

(4) *Temple*. Hemos adoptado este término para hablar de la materia usada para dar firmeza a la greda y que consiste principalmente de arena fina y lavada, o entre las tribus de la costa, de conchas finamente trituradas. En inglés se emplea la palabra *tempering*, o bien *tempering material*. El verbo *to temper* tiene el significado exacto de templar y se refiere a la relativa dureza que se quiere dar a los objetos que se templan. Los franceses emplean el término *degraisante* en el sentido de quitar de la greda una parte de su plasticidad, agregar materia árida. El *temple* en la alfarería desempeña el mismo papel que el ripio o la paja en la fabricación de adobes.

des proporciones. En estos casos la molienda no es tan fina, siendo las paredes de los vasos más gruesas.

Para los artículos más finos, como los platos, jarros, cántaros, etc., cuyas paredes son más delgadas y que no se exponen a los grandes calores se usan generalmente los temples a base de silica, y éstos son más molidos. Si los objetos son de adorno o de algún empleo especial, es frecuente poner muy poco temple, y sujetar la pieza solamente a una cocción poco intensa, para impedir que se trize durante la quema.

A veces no se usa la greda en el mismo día de su preparación, dejándola para que se oree. En este caso la vuelven a humedecer y la amasan de nuevo cuando se hace uso de ella. Dicen las alfareras que así resulta mejor y que hay menos tendencia en la pieza a rajarse durante la quema.

Resuelta la pieza que se va a fabricar, principia la operadora a formar la base. Tiene diferentes procedimientos según la forma de la pieza que va a labrar. Cuando es de base plana, la hace sobre el tablero con un pedazo de greda del volumen necesario. Si es curva o cónica, como sucede en algunos tipos de vasos, la amolda sobre la base de una pieza semejante, alisando el exterior con los dedos humedecidos. En este caso, una vez hecha la base, la deja secarse lo suficiente para que tome firmeza antes de continuar las paredes. Cuando la base es plana sigue la fabricación, acto continuo. Para esto prepara un número de tiras de greda de unos veinte a veinticinco centímetros de largo, ligeramente redondeadas y de un diámetro que varía con el espesor que se quiere dar al vaso. Toma una de las tiras y la moja. En seguida la coloca sobre el borde de la base, amasándola con los dedos hasta que adhiere y forma una parte integrante de ésta. Sigue con las demás tiras añadiéndolas unas tras otras en forma de espiral, hasta llegar a la parte más ancha del vaso que se fabrica, dando vuelta la pieza con una mano mientras con la otra manipula la tira de greda. Las irregularidades de la superficie las alisa con una especie de espátula, de madera, de hueso o de calabaza; reemplazada algunas veces por una cuchara de lata o de fierro y a veces entre la gente costina por una concha de choro (*mytilus*).

Las espátulas son de distintas formas y tamaños, según la pieza que se fabrica. La mayor parte son ligeramente convexas. La convexidad se usa para alisar y el borde o filo para raspar las estrías dejadas en la coyunturas de las diferentes tiras al colocarse. Para facilitar esta operación se moja previamente la espátula.

A veces se usan dos espátulas, una en cada mano, especialmente cuando se alisa el exterior de una vasija grande. Una sirve de sostén, mientras se emplea la otra para raspar o alisar.

Si la pieza es de boca ancha, como los pucos o boles (1) que en Chile se llaman platos o fuentes, se termina la fabricación en el mismo día, y se empareja el borde. Cuando, por el contrario, el tipo que se hace es ven-

(1) *Puco* es el nombre dado a aquellas vasijas de forma de escudilla, de poca altura y de boca ancha. La voz es de origen quechua, según Lafone Quevedo y ha sido adoptada por la generalidad de los autores argentinos al hablar de esta clase de tiesto, con excepción de Félix Outes, quien prefiere el término *bol* por ser más semejante a la palabra inglesa *bowl* y a la francesa *bol*, que se aplican a la misma forma de vaso. En Chile, generalmente se llaman platos a los más bajos y anchos y fuentes o tazas a los de mayor altura. Como estos nombres expresan mejor la forma y tienen la ventaja de ser voces castellanas, preferimos su uso a el de vocablos extraños al idioma, aunque a veces empleamos la palabra *puco* conjuntamente con la correspondiente voz chilena, al hacer una comparación con la alfarería argentina.

trudo y de cuello angosto, sólo se concluye la parte inferior, hasta pasar un poco su mayor diámetro. Entonces se deja para que se oree a la sombra durante uno o dos días. Cuando queda más o menos firme se sigue con la segunda parte, de la misma manera como antes. Cuando el cuello es largo o estrecho, a veces se deja esta parte para una tercera manipulación y se usa para formar un palito o hueso redondo en vez de la espátula.

Las asas y otras partes salientes, salvo que sea el labio que ostentan algunos de los vasos, se agregan después de terminado el cuerpo. Son formadas antes de agregarlas y para esto se moja la parte donde se las va a colocar. Son fijadas por presión y frotamiento hasta que adhieren y forman una parte íntegra de la vasija.

Este es el procedimiento corriente, pero también hemos visto colocar las asas de otra manera, en el norte del país. Cuando se fabrica el vaso, al llegar a la altura en que se debe poner las asas se dejan en la pared dos portillos en la posición en que van a quedar aquéllas. El asa se forma y sus dos extremos se pasan por los portillos y se remachan interiormente por una presión y alisamiento, alisando y acomodando también la superficie exterior. (1) Otra manera de colocar las asas la hemos presenciado, cuando en vez de ser verticales, éstas son horizontales. Entonces se las coloca durante la fabricación misma. Al tiempo que la pared llega a la altura precisa se agrega otra tira exterior a la que forma el borde en ese momento, uniendo las dos por los procedimientos descritos y con la espátula se da a la asa la forma que va a tener.

Terminados los vasos se los coloca en la sombra para que se oreen bien, y esta operación dura varios días. Cuando hace mucho calor, para evitar que les de el sol, se acostumbra taparlos con paja o pasto. Una vez que hayan perdido la mayor parte de la humedad que contenían, se les da un pulimiento superficial con piedrecitas lisas.

Cuando se hallan en esta condición se hacen los dibujos grabados si es que van a llevarlos. Dichos grabados se hacen con un punto de hueso, de palo duro o con una espina de algarrobo. Muchas veces el mango de la espátula termina en punta para servir para tal propósito.

Están las piezas ahora listas para la quema, o para la enlucidura si es que llevan ésta.

LA QUEMA. (2)—Varias son las maneras que se emplean hoy para cocer las piezas de alfarería, y sin duda eran las mismas en tiempos pasados. La más común, cuando las piezas son de uso doméstico y de pequeño tamaño, es de cubrirlas con las brasas y cenizas del fuego, llenando el interior de cada pieza con el rescoldo. Este sistema es sencillo, pero no el que da los mejores resultados, porque las piezas frecuentemente salen manchadas y no de un color parejo.

Otro método, muy poco empleado, consiste en invertir la pieza, si es de boca ancha, sobre un poco de brasas o rescoldo, y cubrirla con ramas de algún árbol o arbusto resinoso, o cuando éstas no se hallan con ramitas bien secas. El objeto de esto es que se queme en las llamas, pero también es un sistema defectuoso porque se expone a que se trize el vaso por una

(1) Varias de las ollas provenientes de las excavaciones de Uhle en Calama y que están ahora en el Museo de Etnología de Santiago, llevan asas que se han colocado de esta manera, y en más de una de ellas las puntas sobresalen en el interior en más de un centímetro, donde no eran bien remachadas.

(2) La operación de cocer la cerámica se llama *la quema*, entre los alfareros chilenos.



secadura demasiado rápida y que nunca es pareja, y a la vez, no se pueden evitar las manchas negras que afean la pieza, y que son producidas por el humo. Estos dos métodos sólo se emplean cuando la apariencia de la pieza no es de importancia, o cuando se emplean en la pasta gredas que de por sí son negruzcas. Es también preciso que las piezas hayan secado bien en la sombra antes de la quema. De otra manera se trizan con gran facilidad.

Cuando se trata de quemar piezas finas, no se ponen éstas en contacto directo con las llamas. Se hace aparte un fuego más grande, a una corta distancia, de palos más gruesos y a medida que se forman brasas. Se asienta el vaso que se va a quemar en un lecho de cenizas calientes, y al contorno se colocan brasas a una corta distancia, a fin de secar la pieza lentamente. Cuando no sale más vapor de humedad se acercan las brasas y una vez bien caliente la pieza, se tapa con ellas, agregando otras a medida que se consumen. Requiere cierta práctica y una atención constante para que no salga defectuosa la quema.

Muy raras veces se emplean hornillas y en todo caso éstos son una innovación moderna. Sin embargo a veces se queman varias piezas juntas cuando son de pequeñas dimensiones.

En algunas ocasiones las piezas son quemadas dos veces. Esto sucede cuando se emplean ciertas clases de enlucaduras, o cuando se usan en la decoración colorantes que no pueden soportar los grandes calores sin alterarse. Para este segundo cocimiento se emplea a veces el estiércol de vacas u otros animales, siempre que sea completamente seco. Dicen los alfareros que produce un calor más parejo y no produce ni llamas ni humo.

El efecto de la quema sobre las diferentes clases de greda es curioso. Casi nunca conserva el vaso el mismo color que tuvo antes de quemarse y no siempre se puede estar seguro del tinte que asumirá. Hemos visto gredas completamente negras volverse amarillentas, grises o azulejas después de la quema. Estas indudablemente debían su color negro a la gran cantidad de substancias orgánicas que contenían, las que desaparecen durante la quema. Otras se vuelven rojas y el color es más intenso según la cantidad de fierro que contiene la greda. Cuando se emplea para las enlucaduras los ocre amarillos, éstos se aplican en frío después de la quema y se secan al sol. Al cocer estas piezas al fuego, el color amarillo, derivado principalmente de hidratos de fierro, se oxida y se convierte en rojo. Cuando la greda, como sucede a menudo en la provincia de Coquimbo, contiene pequeñas cantidades de manganeso, los rojos tiran a morado y hay ciertos distritos donde este color predomina en la alfarería. En cambio en la provincia de Antofagasta, donde las gredas son amarillentas, teñidas con hidratos de fierro, la alfarería casi totalmente asume un tinte rosado después de cocida. Este color rojo rosado es característico de una gran parte de la antigua alfarería atacameña.

Cuando se quiere producir la alfarería negra, se busca una greda libre de óxidos de fierro y la quema se hace con leña verde o resinosa que produce humo espeso y pegajoso. Se somete a un fuego de esta naturaleza después de cocido previamente en un fuego ordinario. Queda cubierta de un hollín espeso y resinoso, el que se reduce puliéndolo con las piedras bruñidoras. En algunas partes de las provincias del norte hemos hallado

piezas de alfarería negra cuyo lustre se había producido con sales o sulfuros de plomo, pero son raras y todas pertenecen a la época incaica, de manera que es probable que este sistema fué introducido por dicho pueblo.

**LAS FORMAS.**—Naturalmente, al tratar de un territorio tan vasto como es Chile, y que contenía tantos elementos étnicos, debemos notar que el número de formas encontradas en la alfarería es también muy grande. Y así resulta, en efecto. Sin embargo, muchas de estas diferencias son más aparentes que reales, porque una gran parte de ellas se deben a pequeñas modificaciones locales de tipos más universales.

Antes que todos y en cuanto a número, vienen los pucos, boles o platos de diferentes tipos y tamaños. Siguen las ollas, los jarros grandes y chicos, las tazas, las vasijas en forma de botija, las botellas, las grandes tinajas, las vasijas en forma de urnas, los vasos parecidos a floreros, etc. Quedan muchas otras formas, muchas de ellas exóticas, que no son fáciles de explicar y que no han recibido nombres adecuados, como las de doble cuerpo, de doble cuello, los arybalos o apodos, los que Outes llama pseudo-apodos, y muchas otras.

Las formas zoomorfas, ornitomorfas y antropomorfas se encuentran ocasionalmente pero no son muy comunes y a menudo indican influencias extrañas.

Además de las vasijas, encontramos de vez en cuando, otros objetos de greda, como torteras, pipas, placas, ídolos, etc., pero son escasos, empleándose más comúnmente en su fabricación, la piedra, la madera o el metal.

A veces se hallan piezas de alfarería de formas especiales que a pesar de ser disconformes con las tendencias generales de la alfarería chilena, no podemos atribuir a procedencia extraña, por no encontrar sus congéneres en las culturas vecinas y a la falta de otras pruebas debemos considerarlas como productos del arte nacional.

**COLORES.**—El color de la mayor parte de la alfarería chilena, sobre todo de la doméstica, es el pardo rojizo en todos sus matices.

La greda usada para esta clase de alfarería es casi siempre ferruginosa y al quemarse asume algún tinte parduzco o rojizo.

Es curioso notar que las superficies de las piezas rotas o de los fragmentos son distintos a la parte interior de la pasta y se debe a la mayor oxidación de la parte exterior que está expuesta al aire durante la quema.

Los colores más empleados para las enlucaduras son el rojo, el negro, el blanco y el ocre amarillo, con sus variaciones. Por ejemplo, el blanco a veces se vuelve crema, el ocre se torna bayo, el negro se troca en gris pizarro y el rojo se encuentra en matices que fluctúan entre el rosado y el morado oscuro, siendo más común el color ladrillo. A excepción de los pardos, los grises y algunos de los rojos, los demás colores son aplicados en la forma de enlucaduras.

Para la decoración de las piezas, los colores usados se limitan a dos, el negro, cuando el fondo es rojo y el rojo y el negro si el fondo es blanco. Estos colores sufren pequeñas variaciones de matices, según el distrito y los materiales empleados para producirlos. El blanco es casi siempre kaolin, el rojo, a lo menos en el norte se obtiene de los óxidos de hierro, llamados *colo* que son tan abundantes en aquellas provincias. Sin embargo,

en el sur, donde hay mayor vegetación y los depósitos minerales son más difíciles de encontrar, el rojo usado en las decoraciones es un color vegetal y distinto en matiz de los colores minerales usados en el norte. Este rojo vegetal tira a color de sangre y a veces a rojo anaranjado. En el valle del Limarí el rojo empleado a menudo es el cinabrio que produce un color bermellón, que da a la alfarería en que se usa un hermoso aspecto muy característico.

Las combinaciones de estos colores varían según la zona y la época. Así en el norte la alfarería decorada más antigua lleva simplemente dibujos negros sobre un fondo rojo. Más tarde aparece la alfarería llamada blanca-negra-roja, y en ésta el fondo es siempre el blanco y los dibujos se hacen en los otros dos colores, generalmente alternados. La alfarería negra nunca tiene dibujos pintados, aunque de vez en cuando lleva decoraciones grabadas o esculpidas. En algunas partes de Chile Central y Meridional, la enlucidura roja o blanca se cambia por otra crema o amarillenta y sobre este fondo las decoraciones son dibujadas en negro, en rojo o en los dos colores combinados.

Únicamente en Taltal, en algunas piezas de origen chincha, descubiertas por Capdeville, hemos visto el empleo de otros colores, como el verde y el amarillo naranja, pero esto es completamente excepcional.

**PULIMIENTO.**—Toda la mejor clase de alfarería está pulimentada. El pulimiento se hace generalmente antes de la quema, una vez que la pieza se haya secado bien al aire, porque, a pesar de que la operadora alisa bien la superficie durante la fabricación, siempre quedan algunas irregularidades y estrías que no se pueden quitar mientras que la greda está con toda su plasticidad.

Para pulir o bruñir la pieza se emplean dos instrumentos diversos: uno es un raspador de hueso o de concha con el cual repasa toda la superficie, generalmente en sentido circular. Con esta operación se remueven todas las asperezas y estrías como también aquellas partículas de temple que pueden sobresalir de la superficie. Luego se la bruñe frotando toda la superficie con piedrecillas lisas y redondas. La pieza entonces queda lista para la quema, si va a quedar de un solo color o si la enlucidura es de una naturaleza que no resiste el calor y se seca al sol.

Cuando lleva enlucidura que se somete al fuego, ésta se aplica antes de la quema.

**ENLUCIDURA.**—Las enlucaduras se hacen de una greda fina reducida a polvo impalpable, en el mortero, y se cierne en un cedazo de crin para eliminar toda partícula gruesa. La greda u otro colorante se mezcla con agua suficiente para formar un betún espeso con el que se pinta la superficie que va a recibir la enlucidura. (1)

Generalmente la capa pintada es gruesa, para que permita un pulimiento posterior. La enlucidura se aplica con una brocha. Hoy las brochas más apreciadas son de cerdas, pero antiguamente se empleaban fibras vegetales o plumas.

Una vez que se ha secado completamente la enlucidura, se hace el

---

(1) En el norte, al hacer la mezcla para la enlucidura, se usa agua en que se han remojado por algún tiempo las hojas carnosas de las tunas, o bien trozos de quiscos. El jugo de estas plantas es viscoso y dicen que da a las enlucaduras mayor adherencia y que el pulimiento resulta más lustroso.

primer pulimiento con piedrecillas de la manera ya descrita. En seguida se quema la pieza, a fuego lento y sin humo. Después de la quema se hace el pulimiento final, con otras piedrecillas más pequeñas, dejando una superficie lisa y bruñida. Cuando no se hace el pulimiento con mucho esmero se pueden notar las pequeñas estrías dejadas por las piedras.

Algunas piezas como los pucos, son enlucidas interior y exteriormente, y ambas superficies reciben un pulimiento.

Concluído el pulimiento, la pieza queda lista para la decoración.

DECORACIÓN.—Como hemos dicho, no se hallan en Chile, o a lo menos no han llegado a nuestro conocimiento, piezas de alfarería que representan los principios de la industria, de modo que faltan todas aquellas decoraciones producidas voluntaria o accidentalmente por los moldes de cestería o por los tejidos vegetales que pueden haber servido de moldes. (1)

También son relativamente escasas las piezas grabadas. Las que conocemos son casi siempre de la clase de alfarería negra o gris y sólo ocasionalmente de la roja o parda.

Hemos encontrado algunas piezas con una especie de mosaico, es decir, en que las incisiones han sido rellenas de pasta de otros colores; pero estas piezas son muy raras.

La decoración más usada fué la de los dibujos pintados. Las más simples y a la vez más antiguas eran las de un solo color, generalmente negras sobre fondo rojo. Al principio no eran más que una línea al borde del vaso. Más tarde, el borde fué circundado por una serie de cortas líneas verticales y oblicuas, especialmente aquellos vasos que tenían cuello. Luego estas líneas iban tomando mayores proporciones, cubrían todo el cuello y comenzaban a invadir el cuerpo del vaso, o la parte superior cuando tenían forma de platos, fuentes o tazas. La líneas comenzaban a reunirse en combinaciones simples, como ángulos, zig-zags, grupos de líneas paralelas, etc., y después aparecían las más sencillas figuras geométricas, como los triángulos, los rectángulos, los rombos, etc. No obstante, un carácter fijo en los dibujos más primitivos, es que eran todos de líneas rectas. No aparecían aún las curvas.

Algunos autores quieren derivar las figuras geométricas de los dibujos realísticos que representaban animales, aves, seres humanos, y las atribuyen a estilizaciones de dichos dibujos. Aunque esto puede haber pasado en algunas de las artes más desarrolladas, no pasó así en los principios del arte chileno. Los primeros dibujos eran de la descripción más sencilla y sólo después se desarrollaron formas más complicadas.

No decimos esto de todas las zonas, porque en algunas regiones, como ya hemos dicho, aparece de repente un arte evolucionado, sin que hayan indicios de sus principios.

Los dibujos más complicados se deben en gran parte a motivos derivados de influencias exóticas, pero una vez introducidos, su desarrollo posterior se sujetó a los cánones nacionales y la manera de emplear y de combinarlos fué esencialmente local y muchas veces personal.

En el arte chileno se encuentran muy pocas pinturas ideográficas

(1) Después de escrito esto, nuestro amigo el Sr. Roberto Rengifo nos ha mostrado un pequeño plato de greda muy tosco que lleva en el asiento las señales indudables de un tejido de cestería. Sin embargo, creemos más bien que esto ha sido un accidente casual por haberse colocado la pieza en estado fresco, sobre un tejido de esta naturaleza.

y las que se hallan en la alfarería son casi sin excepción de origen extraño y no forman un elemento del arte netamente nacional.

En ciertas regiones, especialmente en la diaguita y en la zona costina del centro, se encuentra una alfarería antropomorfa, zoomorfa u ornitomorfa modelada, en que la pieza representa algún ser viviente. A veces estas piezas son de pasta negra, pero a menudo, especialmente en el norte, son de otros colores y profusamente decoradas de dibujos diversos como los vasospatos de la zona diaguita.

En cuanto al simbolismo que algunos autores hallan en la decoración de la alfarería, aun de la más sencilla, no sabemos hasta qué punto se puede aplicar semejante noción a la cerámica chilena. Por lo general, los dibujos parecen ser simplemente decorativos, un sencillo desarrollo de los dibujos primitivos lineales. Solamente en las provincias entre Copiapó y el Maipo encontramos motivos más complicados, derivados en su mayor parte de las culturas peruanas. Aunque tal vez en el Perú algunos de estos motivos hayan tenido un sentido simbólico, no podemos estar seguros de que su empleo en las provincias chilenas sea otra cosa que una simple imitación, produciéndose, según la localidad, nuevas combinaciones que llegaron a ser típicas o características de ciertos distritos. Si algunos de ellos llegaron a tener un significado simbólico, estimamos que tal ha sido totémico, ya que no se ha conocido en Chile ninguna religión deísta o politeísta, como en el Perú, ni siquiera alguna divinidad. En cuanto se sabe, el culto nacional era animista y los únicos númenes reverenciados o venerados eran los espíritus de los antepasados.

Usos.—La alfarería chilena se puede dividir en dos grandes categorías: la de uso doméstico y la de uso ceremonial.

En las colecciones particulares prepondera la segunda de estas categorías, por ser más fina y generalmente decorada, mientras que la alfarería doméstica es usualmente de una factura más tosca y sin decoración, y por este motivo no llama la atención de los coleccionistas, sobre todo cuando son frecuentemente manchadas las piezas o están llenas de hollín. La alfarería doméstica se componía principalmente de ollas y marmitas, jarros usados para la cocina, pucos o platos para la comida, tinajas y botijas, cántaros, cantaritos, jarritos, etc, para agua o para conservar o guardar la chicha.

La otra más fina o decorada se usaba casi exclusivamente para los ritos o ceremonias religiosas, y en especial para colocarse en las sepulturas con comidas y bebidas para los espíritus de los muertos.

En algunas partes del país se han encontrado urnas funerarias, en que se colocaban los restos de los cadáveres. En algunas de ellas se han hallado cadáveres enteros de niños de tiernos años y en otros los huesos de adultos. El tamaño relativamente reducido de estas urnas excluye la idea de que pueden haber contenido el cadáver entero de una persona adulta, de manera que sólo se puede pensar en el entierro secundario en ellas de los huesos descarnados. Sin embargo, el hallazgo de semejantes urnas ha sido tan poco frecuente y las descripciones dadas de ellas tan vagas y poco prolijas, que es difícil hablar de esta clase de alfarería con alguna seguridad y solamente mencionamos el hecho sin comentarlo.

Un gran número de las piezas de alfarería decorada parece haberse

fabricado con el solo objeto de colocarlas en las sepulturas, pudiéndose denominarla alfarería funeraria. Esta era generalmente nueva y sin indicios de uso anterior.

La enorme cantidad de fragmentos de alfarería en la vecindad de algunos de los antiguos adoratorios o lugares de sus reuniones religiosas parece indicarnos que los indios tenían la costumbre de quebrar o destruir los vasos usados en sus ritos, una vez que se habían servido de ellos.

Entre los araucanos la alfarería decorada parece haberse desconocido y es probable que en sus ceremonias era reemplazada por vasijas de madera o por la cestería. Los araucanos modernos emplean cántaros de greda para sus ritos religiosos, pero de la clase doméstica, sin decoración.

---

## CAPÍTULO IV

### LOS DIAGUITAS CHILENOS.

---

Cuando llegaron a Chile los primeros españoles, encontraron que todos los indios al sur del río Choapa hablaban una sola lengua, la que después se ha llamado la araucana o mapuche.

Pero, al norte de dicho río, y hasta el valle de Copiapó, se encontraban con tribus que no entendían este idioma, y que tampoco hablaban la lengua general del Perú, la quechua, ni aún el aymará, corriente entre los indios de Bolivia.

Por suerte, Almagro llevó en su cortejo indios de Jujuy y Catamarca, provincias argentinas, y se vió que ellos podían entenderse con los indios chilenos, en su propia lengua. Como algunos de estos *yanaconas* o indios de servicio hablaban quechua, pudo establecerse un medio de comunicación entre los españoles y los habitantes de las provincias recientemente descubiertas.

Cosa parecida pasó con Pedro de Valdivia; pero éste, advertido ya, se hizo acompañar por indios de San Pedro de Atacama, que tuvieran conocimiento del quechua, y, por medio de ellos pudo entenderse con los moradores de más al sur.

¿Quiénes eran estos indios que no hablaban, ni el quechua, ni el aymará, ni el araucano? ¿Cuál era la lengua que hablaban? Contestaremos la última pregunta primero.

En toda la zona andina, al sur de Antofagasta y Bolivia, en ambos lados de la cordillera, esparcidos por los apartados valles donde habían cursos de agua, ríos o riachuelos, se encontraban grupos de naturales, generalmente en comunidades aisladas, que hablaban dialectos de otra lengua, que fué denominada *kakan*, por los cronistas.

Formaban dos grandes divisiones, separadas geográficamente por obstáculos naturales casi infranqueables. Cada zona tenía su dialecto particular y, aunque éstos diferían bastante unos de otros, eran lo suficientemente parecidos para que pudieran entenderse mutuamente, y para establecer su parentesco cercano.

Allende los Andes, y ocupando las provincias de Salta, Catamarca,

La Rioja, Tucumán, Santiago del Estero y parte de la de San Juan, habitaba la rama argentina: los diaguitas.

La otra rama, separada de los atacameños del norte por ochenta o más leguas de árido desierto, y de los diaguitas por el macizo de la cordillera de los Andes, se formaba de las tribus de las actuales provincias de Atacama y Coquimbo, objeto de este estudio. A esta rama no se ha asignado un nombre especial, hablándose de ella simplemente como naturales de los diversos valles que ocupaban.

Hace veinte o más años, el que esto escribe, confirmando sospechas insinuadas por el Dr. Moreno y otros escritores argentinos, propuso que se diera a estos indios el nombre de "Diaguitas Chilenos", el que poco a poco ha sido adoptado por autores posteriores.

Las razones que tuvimos para creer que los antiguos indios de estas provincias chilenas estuviesen emparentados con los diaguitas argentinos son de tres categorías: lingüísticas, antropológicas y arqueológicas. Durante una residencia de doce años en aquellas regiones, tuvimos oportunidad de recorrer una gran parte de las dos provincias y de hacer un considerable número de excavaciones, en cementerios indígenas y en sepulturas aisladas. Del examen de los restos humanos y objetos funerarios hallados en ellas, conjuntamente con el estudio de varias colecciones particulares y piezas sueltas, llegamos a convencernos que el pueblo que habitaba la región, era distinta de aquel del centro de Chile y que su cultura era también diversa. Por otra parte, muchos de los elementos de esta cultura eran idénticos con los representados en las publicaciones argentinas que daban cuenta de los hallazgos hechos en las provincias diaguitas de aquella República; pero a la vez habían otros tipos que, al parecer, se debían a un desenvolvimiento propio.

Un breve estudio de la lingüística, en cuanto se podía hacer por la comparación de la nomenclatura geográfica, botánica y familiar de uno y otro lado de la cordillera, nos convenció más del origen común de los dos pueblos, y quedamos casi sin ninguna duda al respecto.

A ambos lados de los Andes, encontramos nombres de lugares que terminan en *gasta* o su apócope *ga, il, til, qui o quil, ama o cama, ao o ahaho, alá, etc., etc.* Entre otros muchos podemos citar: Antofagasta Chalingasta, Conil, Sapotil, Mialqui, Elqui, Sotaquí, Atacama, Calama, Tilama, Toco-nao, Lamar, Camar, Tienamar, Combarbalá, Salalá, etc.

La semejanza y a menudo la identidad de los apellidos es todavía más concluyente. Entre aquellos que se han sacado de los antiguos registros parroquiales de Copiapó, Huasco y La Serena, hallamos muchos que son iguales a los de igual procedencia argentina. De los que todavía se usan en las provincias en cuestión, podemos citar: Albayay, Abancay, Calchin, Campillay, Caymanqui, Chanquil, Casmaquil, Chavilea, Chapilca, Chupiza, Liquitay, Pachinga, Lainacache, Payman, Quilpatay, Quismaichay, Sapiain, Talmay, Talinay, Tamango, Salmaca, Chillamaco, etc.

Nombres de plantas comunes en las dos regiones, hallamos: Chañar, yalipalqui, copao, jume, gualtata, ttaco, chilca, etc.

Esta identidad no puede derivarse, sino de un origen común, o un contacto muy íntimo, durante largo tiempo.

Por el escaso número de esqueletos y cráneos hallados en condicio-



nes favorables a un examen prolijo, no nos hallamos en el caso de hacer declaraciones categóricas respecto del verdadero tipo físico del pueblo que ocupaba estas provincias chilenas. Encontramos una variedad de tipos diversos, pero predominaba en el interior la braquicefalía. Cráneos braquicéfalos, sin embargo alternaban con otros, sub-braquicéfalos, mesaticéfalos y aun sub-dolicocéfalos. Verdadera dolicocefalia la hallamos únicamente en algunas sepulturas pertenecientes a la más antigua raza de pescadores del litoral, y aun entre ellas predominaban los cráneos sub-dolicocéfalos.

Con la excepción de algunos pocos, procedentes del interior del valle de Copiapó, no hemos visto, en esta región, cráneos deformados artificialmente, como los de los diaguitas y de los atacameños, y parece que la costumbre no se practicaba en estas provincias.

La arqueología de la zona, aun cuando está muy poco conocida, divulga algunos puntos de alto interés, y es de desear que una exploración en mayor escala y con métodos modernos y científicos se efectuará en diferentes partes, para dejar claramente establecidas las relaciones que existían entre ésta y otras zonas culturales.

Lo que parece fuera de duda, es que los más antiguos pobladores de la región eran los pescadores que han dejado sus restos en los conchales que se hallan en muchos puntos de la costa, como Obispito, Caldera, Puerto Inglés, Punta de Lobos, Totoralillo, Punta de Teatinos, Coquimbo, Herradura, Tongoy, Puerto Oscuro, etc.

De estos pescadores habían dos razas. La más antigua era dolico o sub-dolicocéfala, con cráneos de paredes muy gruesas y angulosos en sus contornos. Este pueblo parece haber llegado durante la edad paleolítica porque no se ha encontrado entre sus restos ningún objeto que acuse una época posterior. Sin embargo, no parece tan antigua como la de los primitivos pobladores de Taltal y Arica, a lo menos no figuran entre sus artefactos de piedra, aquellos tipos primordiales que recuerdan los tipos cheleanos, que eran comunes en las capas inferiores de los conchales de Taltal.

Esta raza fué reemplazada por otra, que en muchos casos ocupaba las mismas localidades habitadas por la primera. No pueden confundirse las dos, porque los nuevos llegados eran braquicéfalos, de cráneos redondeados, de espesor normal. Cuando llegaron, estaban también en plena cultura paleolítica, pero su industria estaba más desarrollada, y se asemejaba a la de los últimos períodos paleolíticos de Europa. Debe haber permanecido por largo tiempo en la costa, porque notamos, en los objetos de piedra hallados en sus sepulturas, una lenta evolución, hasta llegar a los principios de una industria neolítica. Figuran entre ellos algunas hachas y otras piezas de piedra rudamente pulimentadas, aunque la mayor parte del ajuar fúnebre es todavía paleolítica.

En esta época parece haberse introducido entre ellos el uso del arco y las flechas, porque antes, sus armas eran simplemente arrojadizas, como se demuestra por restos de estólicas y cabezas de lanzas y dardos. No conocían la alfarería, ni el tejido, ni la agricultura. Se vestían de pieles y eran muy hábiles fabricantes de canastos de muy diversos tipos, muchos de los cuales podían contener agua, la que calentaban por medio de piedras candentes.

No es de creer, sin embargo, que a estos pueblos se les puede asignar una antigüedad semejante a la de los pueblos paleolíticos de Europa. Es más que probable que los más antiguos restos hallados en este litoral no sean anteriores al principio de nuestra era.

Restos del mismo período no se han hallado, hasta ahora, en el interior. El primer pueblo que aparece allá era de una cultura ya avanzada, y es probable que llegó durante el movimiento de tribus causado por las conquistas efectuadas por los Tiahuanaqueños. A lo menos, los restos más antiguos hallados en los valles interiores demuestran ciertas influencias del período de Tiahuanaco, que se ha estimado como correspondiente a los siglos VI a IX de nuestra era.

No se sabe con seguridad de donde llegó este pueblo, pero es más que probable que venía del otro lado de la cordillera, porque su cultura no está relacionada con ninguna de las del norte, pero sí, con la de los diaguitas argentinos, pueblo que parece haber ocupado los valles orientales de los Andes, más o menos por este mismo tiempo. Por el momento su verdadero origen es desconocido, y todo lo que se dice no pasa de ser mera conjetura.

De donde quiera que hayan llegado, parece que algunas tribus traspasaron la cordillera y se establecieron en los valles sub-andinos chilenos. En este tiempo, puede ser que la cultura a uno y otro lado de la cordillera fuese igual o muy parecida; pero, posteriormente, cada región tuvo un desarrollo especial que iba diferenciándose más, con el paso de los siglos. Esto se nota aún en los distintos valles, cada uno de los cuales produjo un estilo local, en que se notan elementos que faltan en los demás. Pero al mismo tiempo, debe haber existido una constante comunicación entre ellos, porque encontramos algunos elementos comunes a todos, aun en sus posteriores desarrollos.

A la vez que fundamentalmente regional esta cultura, se deja notar en ella ciertas influencias exóticas, lo que demuestra que, aunque aislados y separados por enormes cadenas de áridas montañas, existían constantes relaciones con regiones más lejanas. Entre dichas relaciones, las que son más fáciles de distinguir son las de la civilización de Tiahuanaco, las atacameñas, las chinchas, las de Chile Central y por último las incaicas.

Cada una de estas influencias ha dejado su huella en la evolución de las culturas locales, no en todas partes de la misma manera, pero lo suficientemente para distinguir su paso. Con la excepción de las dos últimas, estas influencias no se han derivado por contactos directos, sino quizá, más bien, por medios comerciales. En cambio, las influencias del Centro de Chile y la de los Incas se debían indudablemente a invasiones o dominio.

La comunicación frecuente entre una y otra banda de la cordillera, también se nota. En muchas sepulturas argentinas se hallan conchas de moluscos y mariscos de las costas del Pacífico, y en cambio se ha hallado en territorio chileno, alfarería decorada con animales de la fauna argentina, que jamás han existido en Chile, como el jaguar, el avestruz, el quirquincho, etc. Por otra parte, algunos elementos decorativos son idénticos en uno y otro lado, como la serpiente de dos cabezas, el sapo de cuerpo en forma de diamante, cabezas de hombres, animales y aun aves con una dentadura alternada en las dos quijadas, las mismas con rayas debajo de los

ojos, que parecen lágrimas que corren por las mejillas, el entierro de niños en vasijas o urnas de greda, el empleo de mausoleos o tumbas de familia, en que se enterraban dos o más cadáveres, y especialmente en la exacta repetición de ciertos objetos de metal, sobre todo de bronce, de tipos característicos y exclusivos de esta región andina, como ser las manoplas, los cencerros, los discos repujados o grabados, etc.

Las sepulturas más antiguas halladas hasta ahora, que se pueden asignar a este pueblo, se encuentran en los altos valles, cerca de la cordillera, lo que parece indicar que era pueblo de montañeses. Empero, en épocas posteriores se extendían poco a poco hasta la costa, donde se confundían con los pescadores, o bien obligaron a éstos a emigrar a otras partes, porque desaparecen definitivamente los conchales, salvo en las caletas más apartadas del litoral.

A pesar de que se puede, en líneas generales, indicar las principales influencias que se han hecho sentir en esta región, después de la aparición de los diaguitas en ella, no es fácil establecer una cronología más o menos probable, para las culturas de los diversos valles. Esto se debe a dos factores principales: Primero, el poco trabajo científico hecho no permite formar generalizaciones, en el estado actual de nuestros conocimientos; y segundo, la persistencia de ciertos tipos y ciertas influencias, mucho después de que la cultura que les dió nacimiento haya desaparecido en su lugar de origen. Por ejemplo, algunos de los motivos de la decoración del período de Tiahuanaco, y que aparecen en algunos de los restos más antiguos, sobrevivían hasta después de la llegada de los españoles. Algunos dibujos derivados del estilo draconiano argentino, que desaparecieron en ciertos valles donde originaron, duraron en otros, hasta tiempos post-españoles; diversos instrumentos y herramientas de piedra, originados en tiempos paleolíticos, sobrevivían en su forma primitiva, hasta la misma época moderna.

Esto nos enseña que no siempre es posible indicar la edad aproximada de objetos sueltos, aún cuando han sido extraídos de sepulturas con todo cuidado. Es preciso conocer el conjunto de todo lo que se halló en ella, de estudiar la forma misma del entierro. Si se encuentra un cementerio que no se ha estorbado, como sucede a veces, es más fácil poder llegar a algunas conclusiones, comparando el contenido de las diferentes sepulturas, después de asegurarse que todas son contemporáneas. Para esto es preciso conocer más o menos la arqueología del distrito, porque muchos de los entierros son secundarios, es decir, que se ha hecho un segundo sepelio en una tumba antes ocupada.

Cuando sucede, como pasa a menudo, que en la misma sepultura primaria se encuentran objetos que parecen indicar influencias de distintos períodos, se puede estimar que pertenecen todos a la época de los más modernos y que las otras influencias se deben a supervivencias. Solamente se puede suponer que los objetos hallados tengan una gran antigüedad, cuando entre ellos no se encuentra ninguna que demuestre pertenecer a una época más moderna.

Tomando muy en cuenta estos detalles, resulta que una gran parte del material que hemos podido examinar, procedente de estas provincias, no nos ha servido para otra cosa que para dejar constancia de la existen-

cia en la región, de ciertas influencias y elementos; pero cuya edad es imposible establecer. Sin embargo, uno puede hablar con seguridad de una época preincaica y otra incaica. En las tumbas de este primer período no se encuentra ningún objeto al que se pueda asignar un origen en la civilización de los incas. La época preincaica nos ofrece una sucesión de culturas cuya cronología hemos presentado tentativamente en otro capítulo.

Partiendo de esta base, podemos consignar algunos datos sobre este pueblo, que hemos llamado diaguita chileno, e indicar algunas de las probables etapas de su desarrollo cultural, después de su establecimiento en territorio chileno.

Es muy fácil distinguirlos de los pueblos de pescadores de la costa, por la manera de sepultar sus muertos. Estos enterraban los cadáveres tendidos de espalda, mientras los diaguitas siempre plegaban el cuerpo con las rodillas juntas al mentón, y generalmente hacían un atado mortuorio, envolviendo el cadáver en mantas o esteras, y amarrándolos con sogas de lana o totora. Pero, aún entre los diaguitas, habían diferencias en el modo de los entierros. En varias partes de la región sub-andina, se han hallado sepulturas en cistas, formadas de lajas de piedra y tapadas con otras. En estos casos, los muertos estaban colocados de costado como quien duerme encogido. En dos ocasiones hemos visto sepulturas de esta clase, pero, en ambas habían sido abiertas y la mayor parte del contenido removido, de manera que no estamos en el caso de poder hablar de su relativa edad. Otras sepulturas tenían la forma de pozos circulares, de pequeñas dimensiones, forrados de pircas y contenían un solo cadáver. Por lo general, nada indicaba exteriormente la presencia de semejantes sepulturas, pero ocasionalmente se hallaba un pequeño montón de piedras, como si éstas hubiesen sobrado de la fabricación de la pircá. Otro tipo, bastante común en la región cercana a la cordillera, era aquel que se ha designado con el nombre de tumba de familia. Estas también asumían la forma de un pozo, ya circular, ya ovalado, y también eran forradas de piedra en forma de pircado, siendo la excavación usualmente de mayores dimensiones en su fondo y más angosta a la altura del pircado. Este último, sin embargo, era vertical por su parte interior, siendo más ancho de base, con una inclinación donde tocaba las paredes del pozo. El pircado raras veces tenía una altura superior a ochenta o noventa centímetros. En estas sepulturas se enterraban dos o más cadáveres, a veces ocho o diez. Se colocaban sentados alrededor de la pircá y el ajuar funerario se colocaba delante de cada uno. Colocados los cadáveres se llenaba la sepultura con tierra y piedras hasta el ras del suelo, y a veces se dejaba una piedra parada, parcialmente enterrada, para marcar el sitio.

Se ha creído que estas tumbas eran de familias y que los entierros eran sucesivos, abriéndose las de nuevo cada vez que moría un miembro. Sospechamos que pueden tener otra explicación, y que éstas sean sepulturas de caciques o personajes importantes de la tribu, y que los otros cadáveres eran de sus mujeres, parientes o esclavos, muertos y enterrados para acompañar a su deudo. Esta costumbre estaba muy generalizada en toda la costa del Pacífico, y quien ha leído la "Crónica" de Cieza de León, verá que a cada paso, al hablar de los diferentes pueblos por donde pasaba, se refiere a dicho hábito. Sabemos por otra parte que los calchaquíes y otras

tribus diaguitas de la Argentina tenían la misma práctica, y que sin excepción eran polígamos, de manera que no es imposible que estas sepulturas colectivas se destinaran a este objeto.

Otro estilo de sepultura, pero que aparece tarde, era aquel de los túmulos o montículos de tierra y piedras. No se abría ninguna herida en el suelo, sino que se levantaba una pequeña pirca, a veces rectangular, a veces circular. Dentro de ésta se colocaba el cadáver, sentado con los brazos cruzados sobre las canillas. La pirca se tapaba con ramas o con lajas, y sobre la sepultura así formada, se apilaba un montón de tierra, que en el caso de una persona de importancia llegaba a dos metros de altura.

Este sistema de sepultura es una evidente importación de Chile Central donde era el común. No se encuentra en las provincias de que hablamos, sino cerca de la costa, y no lo hemos hallado en los valles interiores. Su extensión hacia el norte llega hasta Taltal, pero allí, lo mismo que en esta región, aparece solamente en tiempos relativamente modernos.

Los diaguitas chilenos, cuando llegaron, tenían una cultura bastante desarrollada. Estaban ya en la edad de bronce, y trabajaban éste y otros metales. Eran eximios alfareros y la cerámica de esta zona es sin duda la más hermosa y esmerada de toda la que se encuentra en suelo chileno. También eran hábiles agricultores, conocían el riego de los terrenos y aprovechaban las faldas suaves de los cerros del interior en forma de terrazas o andenes, frecuentemente pircados en sus bordes exteriores. Tenían manadas de llamas, cuya lana usaban para sus tejidos; pero, quizá con la excepción de las tribus de Copiapó, no usaban este animal como bestia de carga, como lo hacían sus vecinos del norte, los atacameños.

Estas son algunas de las enseñanzas que se obtienen del estudio de sus antiguas sepulturas de la época francamente preincaica, de manera que la idea de antaño, de que todos los adelantos que se notaban en la cultura indígena chilena se debían a los incas, ya no es sostenible. Por otra parte, como no se han hallado en la región, vestigios de un desarrollo más temprano, estamos obligados a suponer que la cultura que notamos la poseía este pueblo en tiempo de su emigración a tierras chilenas, y que, por lo tanto, es de bastante antigüedad. Como hemos dicho, podemos fijar de una manera aproximada, la época de su aparición en Chile, porque en algunas de las más antiguas sepulturas se han hallado objetos de la civilización de Tiahuanaco, es decir, objetos de la misma forma y decoración, aunque a veces se diferenciaban en el material o técnica. Muchos de estos elementos tomaron carta de ciudadanía en la cultura diaguita, y perduraron hasta el tiempo de los incas y los españoles, modificados en su aplicación, pero siempre persistentes. Es por lo tanto necesario ejercer muchísimo cuidado en la calificación de semejantes objetos; pero hay algunos casos donde no puede haber duda de su antigüedad y son éstos justamente los que nos enseñan la época de la llegada del pueblo diaguita.

Las influencias del período de Tiahuanaco son mejor representadas por algunas de las piezas de alfarería. No siempre son copias exactas, a menudo son adaptaciones de formas o de decoraciones. En tiempos posteriores las formas típicas por la mayor parte desaparecen, pero los dibujos decorativos o bien sus elementos, continúan hasta tiempos modernos en las artes e industrias indígenas.

Entre los restos más caracterizados de este período se hallan los tímbaros o jarros en forma de vasos cerviceros, de base plana y paredes ligeramente cóncavas. Estos son generalmente adornados de dibujos geométricos severos y de colores sobrios. Los dibujos incluyen grecas, klimankistrones, figuras escaleradas, círculos con punto en el centro, cuadros encerrando otros más pequeños, cabezas de puma con las narices indicadas por círculos y las cabezas de cóndores dibujadas de manera convencional. Estos dibujos y otros son generalmente grabados en los objetos de madera y pintados en la alfarería. Los colores usados son negro, blanco, rojo o café. Dicha cerámica es casi siempre de un rojo obscuro, pero a menudo los dibujos son pintados en un fondo blanco.

Otra clase de objeto, hallado a veces en el valle de Copiapó, pero poco conocido más al sur, son las tabletas usadas para preparar narcóticos, y los tubos para aspirar el rapé que generalmente las acompañan. Estas pueden haberse introducido desde la región atacameña, pero las figuras esculpidas en algunas de ellas son típicamente tiahuaqueñas. Igual cosa se puede decir respecto de algunos de los objetos de metal, como los *tumis* o cuchillos rectangulares, algunos de los discos perforados, placas pectorales y en especial algunas de las hachas de bronce con orejas para sujetarse a un asta.

Al hablar de estos objetos hemos tenido cuidado en no referirnos sino a aquellos hallados en sepulturas cuyo contenido estaba intacto, y donde no se encontraron artículos que pueden asignarse a una fecha posterior.

En este período, la técnica chilena o diaguita era muy inferior en cuanto a la alfarería, a la de las culturas peruanas de la misma época. Las formas eran menos simétricas, la pasta más tosca y gruesa y la decoración hecha con mano más insegura, aunque también habían diferencias locales en cuanto a esto.

No debe creerse tampoco que todos los objetos producidos por los naturales eran de estos tipos. Su cultura era esencialmente propia y las influencias exóticas eran solamente ocasionales.

Posteriormente, la industria que más se adelantó era justamente la de la alfarería, y la misma región que al principio, solamente producía piezas toscas, era la que nos ha proporcionado las vasijas más finas y hermosas encontradas en Chile. En esta clase de artefactos, sobresalen dos tipos notables, tanto por su frecuencia como por su belleza. Hablamos de las tazas de paredes verticales y base redondeada y de los jarros en forma de pato. Ambos tipos, como igualmente otros de formas distintas, pero menos comunes, son de una factura esmerada, de una pasta fina y homogénea, y de una decoración artística primorosa.

La agricultura está representada principalmente por objetos y herramientas de madera, como palas de hoja larga con mango corto en la parte superior, cuchillones pesados para romper los terrenos, azadones, mazas, etc. El tipo de estos instrumentos era diferente de aquel usado en la región atacameña, y de los empleados por los indios de Chile Central.

Entre los objetos hallados en casi todas las sepulturas de los distintos períodos, abundan los de metal, especialmente de bronce. Además de los que ya hemos mencionado, pueden citarse las campanillas, iguales en forma, pero más pequeñas que las de madera, usadas por los atacameños

para colgar en los cuellos de sus llamas, puntas de azadones, cinceles, brazaletes, topus, zarcillos, anillos, cintas para proteger la muñeca contra la cuerda del arco, broqueles, pinzas, punzones, tenacillas, agujas, clavos de mando, manoplas, cabezas estrelladas de mazas, etc. Los diaguitas también trabajaban objetos pequeños de oro y plata, generalmente para adorno personal o para usar como amuletos o fetiches.

No todos los objetos de metal pertenecen a las épocas más antiguas. Algunos de ellos, como por ejemplo los tumis o cuchillos semi-circulares, son probablemente de origen incaico; pero hay tipos que se han encontrado únicamente en las regiones diaguitas de uno y otro lado de la cordillera.

Es probable que la mayor parte del cobre usado se extraía y se fundía en territorio chileno, donde las minas eran más abundantes. Se han encontrado vestigios de esta antigua fundición en varias partes, y en algunas sepulturas se han hallado barritas de cobre, que parecen haber servido como objeto de comercio con la otra banda.

Restos de tejidos se han encontrado; pero estos despojos son poco comunes, probablemente debido a la mayor humedad del suelo, que los destruye más fácilmente que en las regiones secas del norte. Sin embargo, es de creer que los diaguitas eran grandes tejedores, si tomamos en cuenta el número de torteras de piedra, de madera y de barro que se hallan en sus tumbas.

Sus habitaciones, a juzgar de las escasas ruinas conocidas en los valles interiores, eran pequeñas y construídas de piedra, en forma de pircas. Eran generalmente rectangulares, pero en ocasiones circulares u ovaladas, muy bajas y probablemente techadas de totora. Cerca de la costa se han encontrado vestigios de construcciones de tapia y aún de adobes, en lugares que no han sido habitados después de la conquista española. Es difícil, no obstante, indicar la probable edad de semejantes construcciones, y es posible que fueron introducidas por los incas.

También construían fortalezas en las cimas de altas y casi inaccesibles montañas. Estas no deben ser confundidas con las *pucarás* o *tambos* de origen incaico, pues son muy distintas de éstas. Los muros son de pircas, de un metro y medio a dos metros de espesor de su base. A veces hay tres, cuatro o más muros, uno dentro de otro, en las faldas escarpadas. Son generalmente cuadrangulares, pero a veces tienen salientes, o asumen otras formas. Las habitaciones o abrigos se hallan dentro del muro interior. También se construían de pircas bajas y son notables en que no tienen ni puertas ni ventanas y al parecer la única entrada está por encima de las pircas. Esta clase de construcción se ha encontrado en muchas partes de toda la región diaguita, especialmente en las alturas que dominan los principales pasos de la cordillera.

El espacio no nos permite entrar en mayores detalles respecto de la vida de este antiguo pueblo, y menos aún hacer una comparación de los diferentes períodos de su cultura, o cotejarla con otras vecinas de las mismas épocas, como habríamos deseado, y solamente diremos aquí, que la arqueología, aunque poco estudiada en esta zona, nos demuestra con toda claridad que se trata de un pueblo diferente en casi todos sus aspectos a los demás encontrados en territorio chileno.

---

## CAPÍTULO V

### LA ALFARERIA PRIMITIVA.

---

En ninguna parte de Chile se hallan los comienzos del arte alfarero. Aparece de repente como industria ya formada y desarrollada, lo que demuestra que fué una importación y que no nació espontáneamente entre las tribus en cuyo poder se halla por primera vez.

No puede haber duda respecto de su procedencia, aunque tal vez no sea completamente determinada la verdadera época en que los pueblos llegaron a adquirir sus primeros conocimientos de dicha industria. Esto se debe a que la región atacameña, donde es probable que hizo su primera aparición ha sido estudiada, en sentido arqueológico, de una manera muy imperfecta, a pesar de los importantísimos descubrimientos de Uhle. Quedan muchas lagunas y por el momento, poco sabemos de los orígenes y primer desarrollo de aquel interesante pueblo que llamamos atacameño.

Por ahora, lo único que se puede decir es que la alfarería parece haberse introducido en el norte de Chile, a principios del período de Tiahuanaco, porque sus primeros vestigios se hallan en sepulturas cuyo ajuar funerario demuestran influencias de dicho período y porque algunas de las piezas de cerámica encontradas en ellas presentan las formas o el decorado, (frecuentemente ambos a la vez) del estilo de Tiahuanaco.

Aunque en la costa de Arica y Pisagua aparecen influencias de las culturas de las épocas de Proto-Nazca y de Chavín de Huántar, no se encuentra ninguna pieza de alfarería que se pueda asignar a estos tempranos períodos. Pero, a partir de los comienzos de la época subsiguiente, la de Tiahuanaco, y probablemente en el siglo VI o VII de la era cristiana, aparece en todo el norte desde Tacna hasta el Choapa, tanto en la costa como en el interior, una alfarería ya completamente desarrollada, de pasta fina, decoración esmerada y técnica, buena, sin ningún indicio de un estado primitivo o de transición.

Es muy fácil determinar la civilización que dió nacimiento a esta nueva industria, pero actualmente ignoramos por completo los medios de su rápida propagación. ¿Se debió a inmigraciones de pueblos que habían estado en contacto directo con el altiplano boliviano? ¿Se propagó por medios



comerciales? ¿Hubieron conquistas o invasiones de pueblos más cultos pertenecientes al imperio de Tiahuanaco? Todo esto lo ignoramos. Creemos probable, sin embargo, que la llave del enigma estriba en la prehistoria del pueblo atacameño, y que, posiblemente, cuando se estudie más a fondo la arqueología de la región del norte de San Pedro de Atacama y Chiu-Chiu, especialmente la de los valles sub-andinos e inter-andinos de las provincias de Antofagasta y Tarapacá, se podrán hacer descubrimientos que aclaren este punto.

Entretanto nos conformamos con decir que la primera alfarería conocida en Chile, pertenece al período de Tiahuanaco.

Se observa una gran diferencia en la clase de alfarería encontrada en la costa, durante este período y la del interior. La diferencia se nota no solamente en las formas, sino también en la factura y en el estilo mismo. La de la costa es más tosca, de reducido número de formas y sin decoración. La del interior es más fina, reproduce en las formas clásicas de la metrópoli y es frecuentemente decorada. Sin embargo, en la decoración de las piezas chilenas, no aparecen las figuras antropomorfas y zoomorfas, complicadas y estilizadas tan características de las culturas del altiplano del Perú y Bolivia y de las costas peruanas de la misma época.

Los indios chilenos reproducían casi exclusivamente las formas y elementos geométricos de aquella cultura en la decoración de su alfarería, aunque en sus tejidos y en sus esculturas de madera copiaban las figuras clásicas de la gran portada monolítica de Tiahuanaco y otras variaciones del mismo tema. Algunos de estos productos no desmerecen el arte de la metrópoli.

En la costa de Pisagua, donde Uhle halló los primeros vestigios de la alfarería de este período, las piezas descubiertas pertenecen a un solo tipo, con muy pocas variaciones en cuanto a tamaño y proporciones. Son de forma parecida a una marmita de base cónica, con el fondo puntiagudo y algo estrechadas en el cuello. Son de fabricación tosca y es evidente que se empleaban como utensilios de cocina, porque, sin excepción, se hallan cubiertas de hollín. La parte ventral de estas ollas es globular, pero se estrechan algo en el cuello corto, cuyo borde superior es ligeramente vuelto hacia afuera. Las paredes son gruesas y la parte inferior alargada hacia abajo en forma de cono invertido y termina en una punta roma que impide asentar la olla. El diámetro de la parte más ancha de las ollas generalmente corresponde con aproximación a su altura, pero hay algunas en que esta última es mayor que la anchura. La abertura de la boca es más o menos los dos tercios de la anchura total de la olla. No tienen asas, pero por la forma puntiaguda de la base y el pequeño reborde del cuello es posible que se las suspendieran sobre el fuego por medio de cordeles. Esto se hace más probable por el hecho de que la costra negra con que están cubiertas las superficies exteriores, son capas de hollín y no son las quemaduras que se ven en los utensilios que se acostumbra asentar en el fuego.

Uhle nos da muy breves detalles sobre esta clase de alfarería y se concreta a decir: "Faltaban nociones de alfarería entre los aborígenes de Arica en el período II, reemplazándose sus productos, en parte, como parece, con calabazas, una de las cuales se encontró en el Morro, y de otras maneras desconocidas. Los pescadores de Pisagua, del período III, des-

conocían aún, completamente la alfarería y empleaban en su lugar canastas embreadas para el uso de la cocina; y los del período IV (de Tiahuanaco) no dejaron en sus entierros sino ollas de cocina muy ordinarias con fondos apuntados (puntiagudos), sin asas, en que enterraban los cadáveres de sus párvulos. De la misma manera faltan los vestigios de alfarería en todo el conchal de Taltal." (1)

Estas ollas, en número de 20 ó 30, existen en el Museo de Etnología y Antropología de Santiago, donde hemos podido examinarlas. Varían de tamaño desde las de 12 cm. de diámetro en la parte más ancha y 15 cm. de altura, hasta las que llevan el doble de estas dimensiones. Todas pertenecen a un mismo tipo y las únicas variaciones que se notan en ellas son de tamaño y de proporción entre su altura y anchura. Reproducimos algunas de ellas en la Lám. I Figs. 1 a 6.

Más al sur, en la vecindad de La Serena, hallamos nosotros, en 1902, un gran cementerio establecido sobre un enorme conchal antiquísimo. Hicimos una serie de excavaciones en él, cuyos resultados los dimos a conocer en 1903. (2) Encontramos los restos de una alfarería primitiva, de color negro, de paredes gruesas, pero bien quemada, de buena factura y sin ninguna decoración. Los vasos estaban tan fragmentados que era imposible reconstruir las formas de las piezas. Ninguno de los otros objetos encontrados en el cementerio nos servía para juzgar la probable edad relativa del yacimiento. Los pocos artefactos encontrados eran de piedra, de tipos neolíticos, pero no había ningún artículo que pudiera relacionarse con las influencias de otras culturas o épocas.

También encontramos fragmentos de alfarería roja en otro conchal situado a unos dos o tres kilómetros del primero, en un lugar llamado Peñuelas, entre Coquimbo y La Serena, caminando por la playa. Uno de los pedazos de esta alfarería llevaba un asa y por las curvas que se dejaban ver parecía haber formado parte de un jarro de regulares dimensiones.

Tampoco en este conchal encontramos algo que nos pudiera indicar la relativa edad de los entierros. Todo era primitivo y podía haber pertenecido a cualquier período de la época arcaica. Nada se hallaba que pudiera servir para una comparación con otras culturas más conocidas; de manera que quedamos en la ignorancia respecto de la verdadera edad de los restos de alfarería encontrados en dichos lugares y no podemos aventurar una conjetura sobre el punto.

En Taltal, las investigaciones de Capdeville no dieron por resultado el descubrimiento de una alfarería que se puede asignar a una época anterior a la chincha-atacameña y por consiguiente, muy posterior a la de que tratamos. En ninguna parte del país tampoco se han encontrado restos de alfarería que indiquen que esta industria se haya conocido en Chile en tiempos anteriores a la difusión de las influencias del período de Tiahuanaco, y aun la mayor parte de los que demuestran estas influencias deben referirse, no a la época clásica de aquella civilización, sino al período de su deca-

(1) UHLE, MAX.—Fundamentos étnicos, etc. Ob. cit. pp. 61-62. Los períodos a que hace referencia son los de su cronología de las culturas de la misma zona y la que hemos reproducido en el primer capítulo de la presente obra.

(2) LATCHAM, RICARDO E.—"Notes on some ancient Chilian skulls and other remains. Revista Chilena de Historia Natural. Año VII. 1903. Valparaíso. pp. 203-217. Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland. Vol. XXXIV. Londres. 1904.

dencia, que Uhle ha llamado período epigonal. Ciertamente es que en Tacna, como también en la región diaguita-chilena, se encuentran algunos vasos que, por su decoración, deben asignarse al período de su apogeo. Mas, son poco numerosos, aunque sirven para señalar la fecha aproximada en que hace su aparición la industria en este territorio.

De estas influencias y de la descripción de la alfarería decorada que las ostenta, tratamos más detalladamente en el capítulo siguiente.

Más al sur, la alfarería aparece en época posterior y nada se halla al sur del Choapa, que hace suponer que pertenezca al período de Tiahuanaco o antes.

Es cierto que en las costas de las provincias centrales también se halla, en los conchales, alfarería de tipo más o menos primitivo, pero más desarrollada que las más antiguas piezas encontradas en las costas del norte.

Medina y Oyarzún han descrito y reproducido vasos de esta procedencia, pero éstos no presentan el aspecto de primitividad que es característico de la más antigua alfarería de Arica, Pisagua y La Serena y no creemos que se puede atribuir a ellos semejante antigüedad. Por otros motivos estimamos que las culturas de las costas centrales de Chile adquirieron sus primeros conocimientos de la industria de la alfarería en una época posterior a la de Tiahuanaco y en nuestra cronología les asignamos un lugar intermedio entre ésta y la de las influencias chinchas, o sea entre los años 900 y 1100 de nuestra era.

---

---

## CAPÍTULO VI

### LAS INFLUENCIAS DE LA CULTURA DE TIAHUANACO EN LA ANTIGUA ALFARERÍA

---

Según la cronología de las antiguas culturas peruanas, establecidas por el Prof. Max Uhle, la de Tiahuanaco floreció entre los siglos IV y X de nuestra era.

El arte e industria de esta cultura son inconfundibles con las de cualquiera, otra y como sus influencias se hicieron sentir sobre una enorme extensión territorial, sus elementos típicos han servido para fijar las épocas de las demás culturas en que se han encontrado sus vestigios.

Se ha supuesto que las culturas chilenas, a lo menos las halladas al sur del valle de Copiapó, tuvieron un origen relativamente moderno, atribuyéndoselas a las influencias directas de la invasión de los Incas, durante el siglo XV. En muchos de nuestros escritos hemos protestado de esta idea, demostrando la existencia de restos inequívocos de una cultura relativamente avanzada, en el norte y centro del país, aun durante el período de Tiahuanaco. Tócanos ahora presentar algunas de las pruebas que nos asisten al hacer semejante declaración. Estas pruebas son numerosas y consisten de artefactos hallados en sepulturas chilenas, que acusan, sin lugar a duda, las influencias de aquella antigua cultura.

Los artefactos en cuestión son representados por objetos de madera, de piedra, de tejidos y principalmente por piezas de alfarería.

Uhle ya había descrito los artefactos de esta naturaleza hallados en la región atacameña y en especial los encontrados por él en Arica y Tacna. (1)

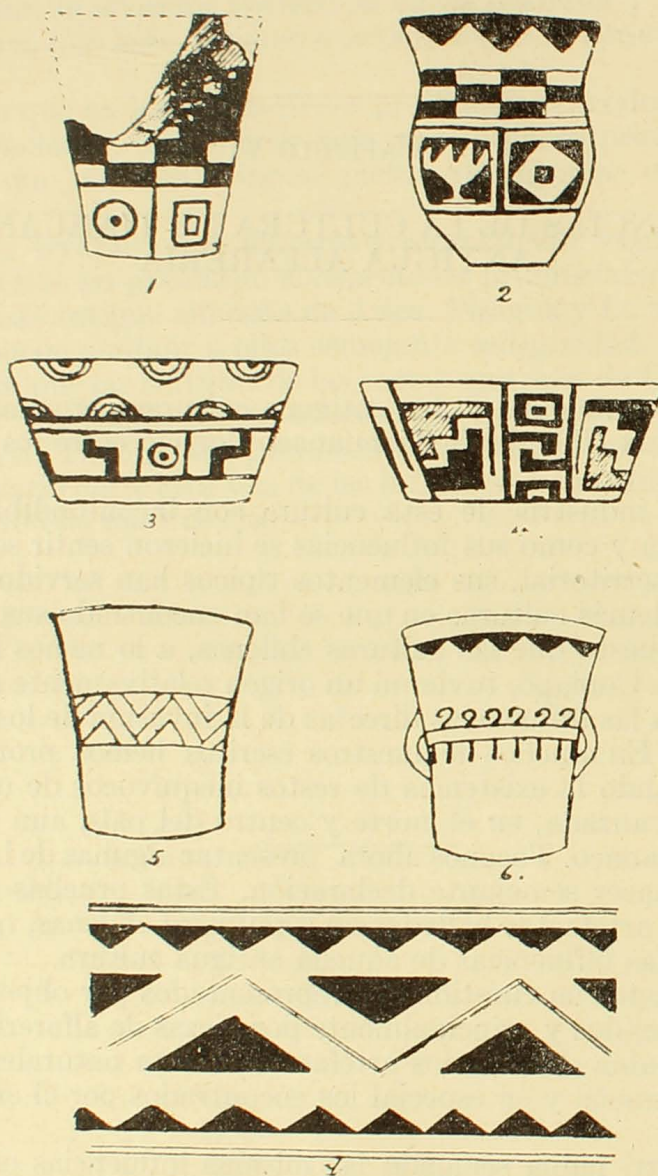
Debenedetti había señalado las mismas influencias en el arte y en la industria de los diaguitas argentinos; teoría apoyada por Uhle, pero combatida por Boman. Nosotros, aunque conocemos los artefactos principalmente por las numerosas publicaciones arqueológicas, creemos probable que tengan razón Uhle y Debenedetti, pero el asunto no está completamente claro, pues faltan las pruebas concretas.

---

(1) "Fundamentos étnicos y Arqueología de Arica y Tacna", Quito 1922.

Afortunadamente, la seguridad es mayor en cuanto a la cultura chilena; las pruebas son tan evidentes que no cabe discusión.

En este artículo nos ocuparemos principalmente de las influencias tiahuanaqueñas que se notan en la antigua alfarería del país, presentando algunos de los tipos en que se manifiestan de la manera más clara y dejando para más tarde las otras clases de artefactos que acusan las mismas influencias. Existen muchas otras piezas de cerámica en que apa-



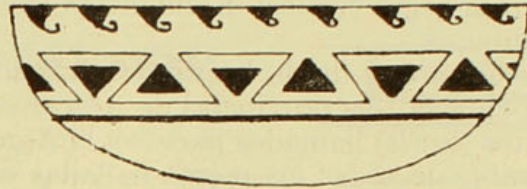
Alfarería de tipo tiahuanaqueño.

recen elementos derivados de aquella cultura, combinados con los de origen local o de otra procedencia.

Las influencias de la cultura de Tiahuanaco son visibles principalmente en la ornamentación de las piezas; pero de vez en cuando se hallan vasos cuyas formas también acusan el mismo origen, (Figs. 1 a 6). De

éstas los queros o tímbalos de greda o de madera y las tazas chatas de boca más ancha que la base *son los tipos más frecuentes*, aunque en todo caso son raras.

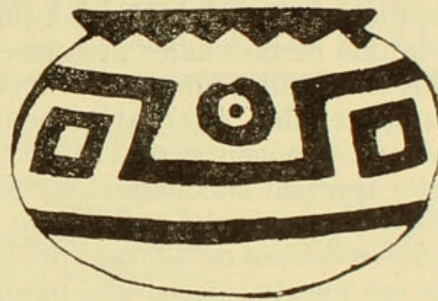
En la decoración, las figuras típicas humanas y los elementos pertenecientes a ellos, hallados en la Portada del Sol, faltan por completo en la



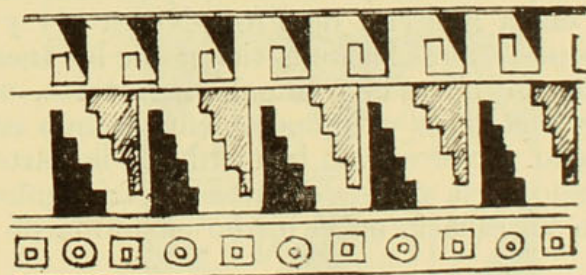
8



9



10



11

Alfarería de tipo tiahuanaqueño.

alfarería chilena, aunque se ven en algunos de los tejidos de la misma zona. Los motivos que se han utilizado son casi exclusivamente los geométricos. Así hallamos los triángulos en hileras opuestas, separadas por una línea de zig-zag, (Fig. 7), o una variación del mismo motivo como en el puco hallado en la plaza de La Serena y existente en la colección del señor Armando Rivera, (Fig. 8). El borde superior del plato está decorado por

una serie de triángulos con ganchos curvos anexos, que son también característicos de la misma cultura.

Otro puco o plato, hallado conjuntamente con el anterior, exornado también de dibujos típicos tiahuanaqueños, es el representado en la (Fig. 9). Los dibujos consisten de figuras escalonadas, en pares (una roja y otra negra) rectángulos y círculos negros con centros rojos, también en pares, separados por una línea negra vertical. El fondo del vaso es de un rojo más claro que el de los dibujos.

Debemos decir aquí, que desde la primera aparición de la alfarería en la zona diaguita-chilena (las provincias de Atacama y Coquimbo), las tazas, platos o fuentes (*bowls*) llamados *puco*s en la Argentina, forman una parte muy considerable de todas las piezas halladas en la región. Son de diferentes formas y dimensiones, pero los más antiguos se distinguen por su base redondeada, que no presenta ningún aplanamiento.

Los rectángulos y círculos con centros de otro color, como los de la Fig. 9, son motivos comunes y forman parte del decorado de una hermosa ollita (Fig. 10) hallada en El Algarrobito, pueblecito situado a unas dos leguas al oriente de La Serena, y era propiedad de don Carlos Lambert.

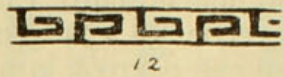
El mismo motivo se halla formando la faja interior de una taza que existe en la colección de don Eliseo Peña Villalón, pero la procedencia de ella es incierta, sólo se sabe que se descubrió en el departamento de Ovalle. El decorado de dicha taza (Fig. 11), se compone de tres bandas o fajas superpuestas, cada una de las cuales presenta dibujos diferentes. La superior es de triángulos terminados en ganchos rectangulares; la segunda, de figuras escalonadas aparejadas, alternativamente negras y rojas, y la inferior de cuadros y círculos concéntricos.

El fragmento de un tímalo encontrado en San Francisco, valle de Copiapó, (Fig. 1.) presenta otra vez el rectángulo y el círculo que encierran otro más pequeño, y otro vaso de Totoralillo, (Fig. 2) que vimos en la Agencia de Vapores de ese puerto, ofrece una modificación de los rectángulos concéntricos, y además lleva un campo cuadriculado, figura que aparece primero en la alfarería de Proto-Nazca (1) y que persiste en todas las culturas posteriores, hasta el tiempo de los Incas. Tiene además en el borde superior una hilera de triángulos invertidos, motivo que también sobrevivió y llegó a ser extremadamente común en el período subsiguiente atacameño. En el campo izquierdo de la parte inferior hay un rectángulo bordeado en la parte de arriba por triángulos invertidos, dos figuras que dejan un espacio en el medio en forma de una T, también invertida.

La Fig. 3 es de fabricación algo tosca y los dibujos semi-borrados. Es una taza, cuya altura es un poco menos que el diámetro de su base plana, las paredes son gruesas y ligeramente inclinadas hacia afuera, lo que hace que la boca sea más ancha que el fondo. Es hecha de greda color ladrillo, poco pulimentada y los colores usados en los dibujos son el negro y el rojo obscuro. En la presentación hemos reconstruido los dibujos. El decorado se divide en dos fajas horizontales, separadas por líneas parale-

(1) Véase Plancha I y Fig. 6 de la Pl. XIII, de "The Nazca Pottery of Ancient Perú", by Dr. Max Uhle. Proceedings of the Davenport Academy of Sciences. Vol. XIII. pp. 1-46 Feb. 1914.

las. Sobre el borde superior del vaso se han dibujado seis semi-círculos concéntricos invertidos y en la parte de abajo de la misma faja, en los espacios dejados por los de arriba, hay otros seis semi-círculos iguales, en sentido inverso. En la banda de abajo se ve en el centro de cada lado, dos líneas verticales que, uniéndose con las horizontales, forman un cuadro, en cuyo centro hay un círculo con punto en el medio. A cada lado se en-



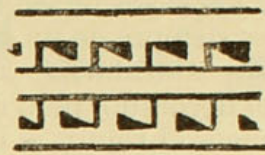
12



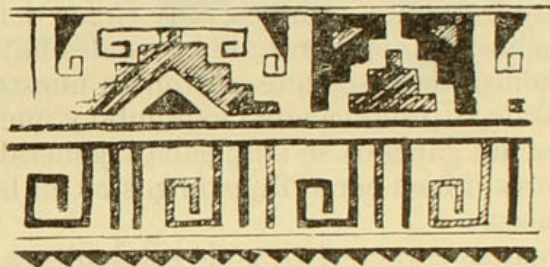
13



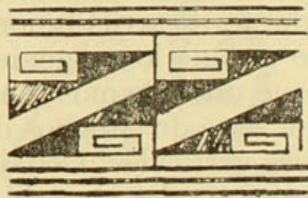
14



15



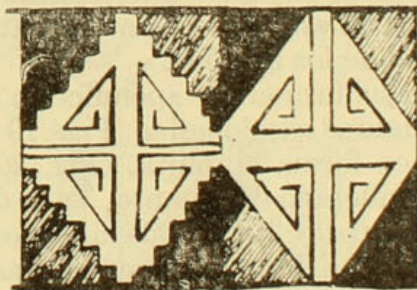
16



17



18



19

Dibujos de tipo tiahuanaqueño.

cuentran tres líneas en forma de grada, equidistantes una de otra. Esta pieza fué encontrada en Pan de Azúcar, pueblo costino, al extremo norte de la provincia de Atacama, y, por su factura más tosca que los vasos de la región diaguita-chilena, sospechamos que no pertenece a ella, sino a la



atacameña, siendo bastante parecida a la que reproduce Uhle en su *Fundamentos étnicos. Lám. XIV.* (Fig. 3). Este vaso fué enviado en 1910 al Museo de Liverpool por su dueño Mr. Geo. Ellis, quien residía en aquel entonces en Chañaral.

Otra taza, más chata, de mejor factura y más bien pulimentada, es la representada en la Fig. 4, hallada en Peña Blanca, un poco al sur de Huasco, por el señor Tomás Marambio. Sobre un fondo rojo se destacan los dibujos geométricos en negro y un rojo más obscuro. En ambos lados del vaso el centro está ocupado por líneas verticales rojas, entre las cuales se notan ganchos enlazados, un rectángulo en negro y la mitad de otro. A los dos lados se hallan figuras escalonadas en negro y rojo.

Ninguno de los vasos de esta época que conocemos lleva dibujos en su interior, que es siempre de un rojo obscuro y generalmente bien pulido.

En la región atacameña, según Uhle, era frecuente el uso del color blanco en el decorado, pero en la zona diaguita, jamás lo hemos visto, siendo los únicos el rojo y el negro y siempre sobre un fondo rojo un poco más claro que el color usado en los dibujos, que a veces tira a morado.

Un motivo muy frecuente, también muy típico del arte tiahuanaqueño, es el de los ganchos rectangulares, de los cuales hay muchas combinaciones en los fragmentos de vasos que existen en nuestro poder, recogidos en diferentes partes de la provincia de Coquimbo y que se ven en las Figs. 12 a 16. Las hileras de ganchos se empleaban generalmente para orillar otros dibujos mayores o bien como fajas angostas en la parte superior de algunos jarros o vasos.

Un grupo de figuras características de esta cultura, (Fig. 16) se halla en la banda superior del fragmento de una taza hallada en Tongoy, al hacer las excavaciones para la estación del ferrocarril. Ignoramos el paradero actual, pues lo vimos en poder de uno de los ingenieros de la vía, hace muchos años y sacamos el dibujo que presentamos. La parte interior del mismo vaso estaba decorada por una serie de ganchos de los que acabamos de mencionar, separados por líneas verticales. Debajo de esta banda había una faja angosta de triángulos invertidos. Los dibujos, a excepción de la faja última, eran pintados alternadamente de rojo y negro, y como en casi la totalidad de esta clase de alfarería, el fondo era de un rojo un poco más claro que el de los dibujos.

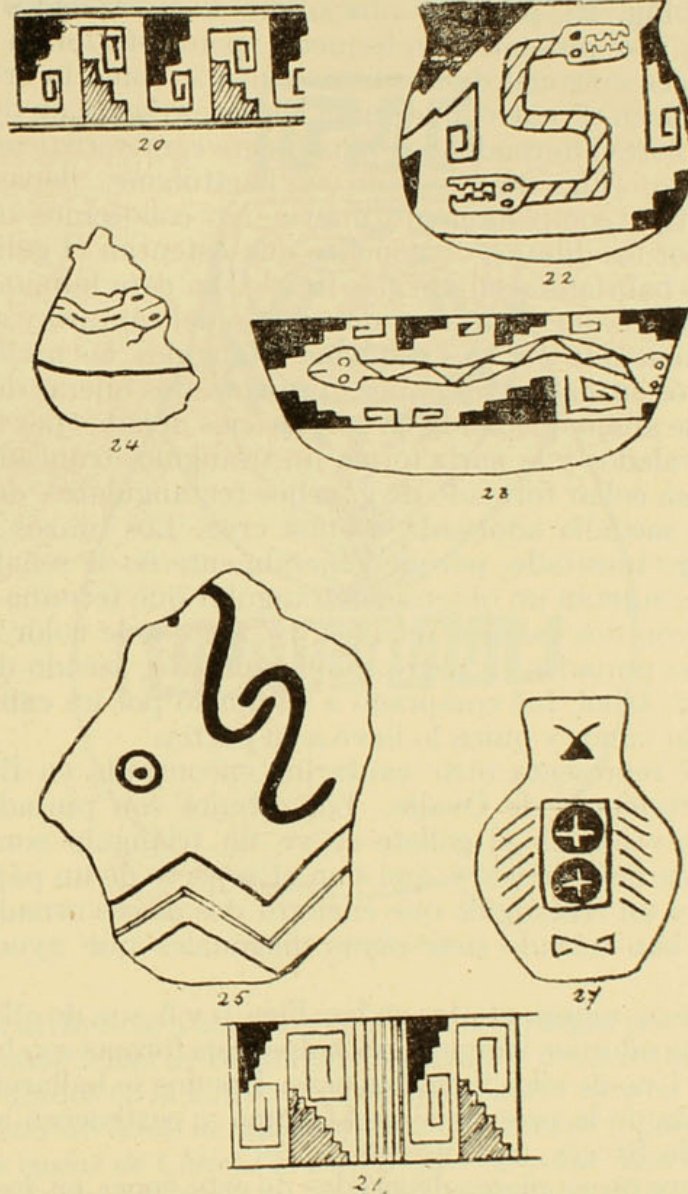
Los ganchos también formaban apéndices o anexos a los triángulos, (Figs. 17 a 19) y a las figuras escalonadas (Figs 19 a 21).

Un hermoso vaso en forma de ollita, (Fig. 22) sacado de una sepultura de la Hacienda cordillerana de Huanta, Valle de Elqui, pertenece al señor Miranda, dueño del predio. En ambos lados, ostenta una serpiente de dos cabezas, separada la una de la otra por figuras escalonadas, con ganchos anexos. Las serpientes tienen la forma característica de Tiahuanaco, de ángulos rectos en vez de curvas. Las cabezas demuestran la boca abierta y dentada, y, a pesar de presentarse de perfil, los dos ojos son señalados, convencionalmente, estilo muy común en las antiguas representaciones antropomorfas y zoomorfas.

Otro vaso con dibujo de serpientes, (Fig. 23) se halló no lejos del último, en Varillar, y se encuentra en poder de don Pepe Alcayaga, de esa vecindad. En este caso es una taza con las paredes ligeramente inclinadas

hacia afuera. Las serpientes tienen el cuerpo ondulado, casi estirado, y las cabezas son más redondeadas que en el caso anterior. La boca cerrada está indicada por una raya, pero el convencionalismo respecto a los dos ojos es igual. Las otras decoraciones son, como en el primero, figuras escalonadas con ganchos y ganchos aislados.

En la Fig. 24 presentamos un fragmento de un cantarito que se ha-



Tipos tiahuanaqueños.

lla en nuestro poder. Sobre un fondo rojo se había pintado una serpiente, parte de cuya cabeza todavía se ve, en este caso con meandros anexos a las dos puntas laterales. El cuerpo se representa en forma ondulada y cada sección entre dos ángulos lleva una raya paralela a su largo. La forma de la vasija parece haber sido de dos conos truncados unidos, forman-

do la punta de unión la parte más ancha y adelgazándose hacia arriba y hacia abajo. El ángulo que forma la pared con el fondo plano es ligeramente curvo. Una línea pintada circunda la parte más ancha del vaso. Se notan los restos de un asa que probablemente unía la pared con un gollete, de cuya forma nada se puede decir, por faltar completamente en el fragmento.

Procedente de Paihuano (en la misma región), es el fragmento representado en la Fig. 25, parte de una ollita. Las serpientes en ella son más estilizadas y se presentan en esquema, pero esta forma también era típica de la época epigonal de la misma cultura, como lo era también el círculo con punto en el centro, que según Uhle representa un ojo. Las líneas en zig-zag, de colores alternados son igualmente características del período.

El cantarito, (Fig. 26), hallado en Huatulame, departamento de Ovalle, es un tipo completamente nuevo. No conocemos otro parecido y si no fuera por los dibujos de ganchos que ostentan el gollete, el collar y el vientre, no habríamos sabido clasificarlo. La cara humana se halla en una especie de disco que se destaca del cuerpo del cántaro y es casi plana. La frente está marcada por tres pequeños triángulos, las mejillas, con rectángulos abiertos en su centro; la boca presenta dos hileras de dientes que engranan, los de abajo quedando en los espacios dejados por los de arriba. Los ojos son ovalados y la nariz forma un triángulo truncado. Alrededor del cuello hay un collar formado de ganchos rectangulares, del cual pende una especie de medalla adornada de una cruz. Los brazos terminan en cinco dedos, algo inusitado, porque generalmente no se señalan sino cuatro, y las manos sujetan un objeto cuadrangular que termina en las esquinas superiores con dos cabezas de aves. El vaso es de color café rojizo y todas las figuras pintadas en negro. Este cantarito, sacado de un huerto, al destroncar un árbol, fué comprado a su dueño por un caballero inglés, en cuyo poder lo vimos y quien lo llevó a su patria.

La Fig. 27 representa otro cantarito encontrado en Barraza, también del departamento de Ovalle. Los dibujos son pintados de negro sobre un fondo rojo. En el gollete se ve un triángulo con dos líneas cortas que salen del vértice y que dan el aspecto de un pájaro volando. El cuerpo lleva un rectángulo que encierra dos discos ornados de cruces. A cada lado se han trazado siete rayas diagonales que ayudan a embellecer la pieza.

Los dos vasos representados en las Figs. 5 y 6 son de alfarería negra, lisa y pulida, con adornos simples, grabados. Sus formas son las de los queiros o tímbalos. Uno de ellos lleva dos asas. Los dos se hallaron en Carrizal Bajo, en la costa de la provincia de Atacama y pertenecen a la colección de don Armando Rivera, de Copiapó.

Existen muy pocas piezas decoradas de esta época en los museos chilenos, y las piezas sin ornamentación que ostentan formas tiahuanaqueñas, llevan como única indicación el lugar de su hallazgo, de modo que preferimos no hablar de ellas. En cambio, en el Museo de Antropología y Etnología existen un gran número de artefactos de otra clase, tejidos, objetos de madera, etc., que acusan influencias del período original de Tiahuanaco y que son del todo análogos a los hallados en la metrópoli. Muchos de esta misma clase de objetos existían en una colección de antigüedades

chilenas reunida por el Dr. Otto Aichel y llevada por este caballero a Kiel. Afortunadamente tuvimos oportunidad de dibujar todas las piezas más importantes de esta colección, como igualmente las de la colección del Dr. Holz, vendida al Museo de Plattdorf, pero que se perdió en el naufragio del vapor que las llevaba, acaecido en los canales del sur.

Hace poco reprodujimos dos tabletas de madera de esta época, de la colección del Dr. Holz, (1) halladas una en Copiapó y la otra en Caldera. Entre otros objetos de madera, curiosos por su extrema rareza en Chi-

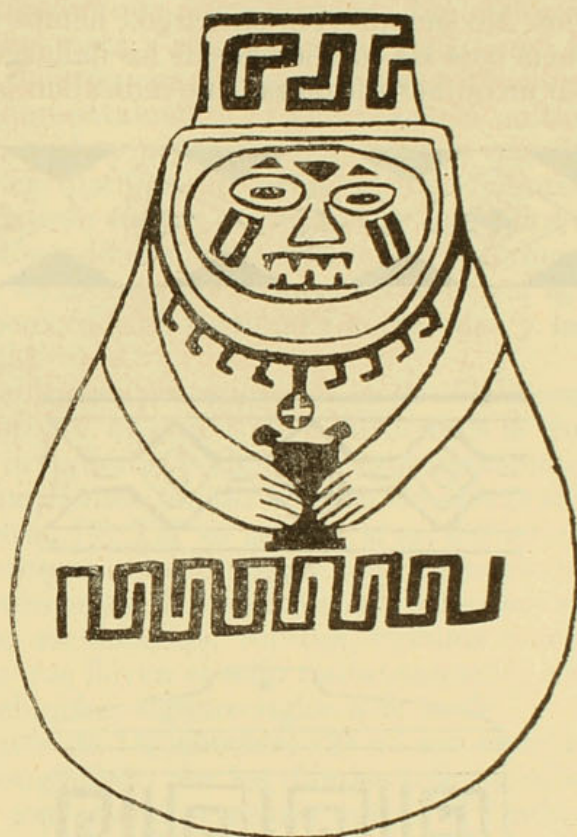


Fig. 26.—Huatulame.

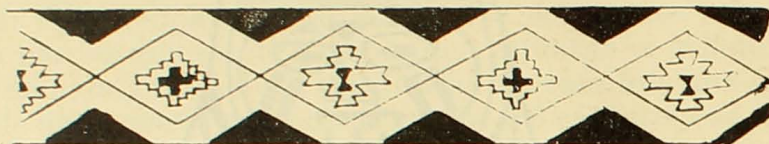
le y que deben atribuirse a este mismo período, a juzgar por su decoración, son tres pequeños sellos de madera de algarrobo, usados tal vez para imprimir los decorados en la alfarería o bien para hacer esto en la cara o cuerpo humano. Uno de éstos lo reprodujimos en nuestro folleto titulado *Los Changos en las costas de Chile*, (2) Fig. 5 (N.ºs 5 y 5a). Los otros dos eran enteramente iguales uno con otro, en forma, tamaño y dibujo y los presentamos en la Fig. 30. Los tres existían en la colección del Dr. Aichel, quien los tenía signados con los N.ºs 2058, 9 y 60. El grabado es en relieve y sobresale un milímetro. Los hemos dibujado en su tamaño natural. Fueron hallados en la Isla de Santa María, en la bahía de Antofagasta y qui-

(1) El Culto del Tigre entre los pueblos andinos. Rev. Chil. de Hist. Nat. Año XXX, 1926 Lam. VIII.

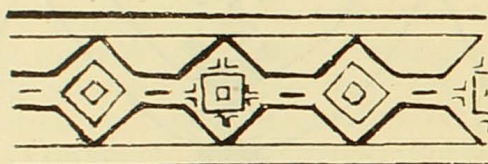
(2) Santiago, 1909.

zá, por eso, deben atribuírselos a los antiguos atacameños, aunque los dibujos acusan influencias indudables de Tiahuanaco.

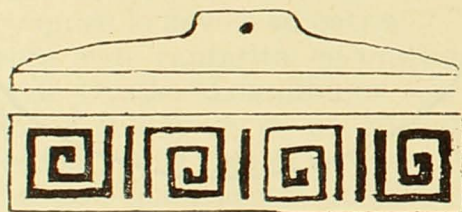
Habrán otras muchas manifestaciones de esta cultura en el arte alfarero chileno, pero como no se han hecho exploraciones sistemáticas, no existen en los Museos, colecciones características de las diferentes zonas y épocas culturales, y si algo hemos podido avanzar en esta materia, se debe principalmente a una costumbre inveterada de más de treinta años, de copiar y detallar cada pieza de alfarería indígena u otro artefacto que encontramos en colecciones particulares de todas partes del país, aun aquellos objetos aislados. No siempre, sin embargo, hemos podido estar seguros de la procedencia o de las condiciones de los hallazgos y por eso hemos tenido que desechar un número de piezas que indicaban las mismas influen-



28



29.



30.

Dibujos de tipo tiahuaqueño.

cias, porque no podíamos tener la seguridad si eran o no halladas en suelo chileno.

Las influencias tiahuaqueñas persistían en el arte indígena del país, a través de todas las épocas posteriores, hasta después de la llegada de los españoles y como muy justamente lo ha hecho notar el Dr. Oyarzún, sobreviven hoy en muchos de los dibujos de los ponchos y fajas tejidos por los actuales araucanos. (Véase las figuras con que ilustra su estudio "Contribución al estudio de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile". Santiago, 1910. Figs. 26, 28, 29 y 31.)

Aun cuando es indudable que la cultura de Tiahuanaco ha dejado inconfundibles huellas en el arte diaguita-argentino, hasta ahora no encontramos en todas las piezas de alfarería figuradas en las diversas pu-

blicaciones arqueológicas, las pruebas de una influencia directa, ni nada que indica una aplicación exclusiva de sus elementos decorativos, como aparecen en todas las piezas que presentamos. La mayor parte de sus manifestaciones aparecen revueltas con las de otras culturas, la generalidad de ellas posteriores a la época original de Tiahuanaco. Muchas de las influencias que notamos allí deben referirse a la cultura atacameña o a la chincha-atacameña, ambas de las cuales utilizaron y estilizaron los motivos del arte tiahuanaqueño, especialmente los geométricos.

No queremos decir que las influencias directas no existen en el noroeste argentino, solamente que no se destacan tan claramente que se puede establecer a primera vista y con toda seguridad, como en Chile.

Estamos de acuerdo con Debenedetti que muchos de los elementos diaguitas son fundamentalmente originarios de la cultura de Tiahuanaco, pero hasta ahora, no hay pruebas suficientes de que fuesen introducidos durante la época en que floreció dicha cultura. Siempre los encontramos mezclados con otros de épocas posteriores y de estilos diversos que también los habían adoptado con anterioridad a la introducción de sus influencias en la región. Estas mismas influencias se notan igualmente en la alfarería chilena, pero es fácil distinguir entre ellas y las que son propias de la época original.

Una de las culturas posteriores a la de Tiahuanaco, que conservó muchos de los motivos artísticos de la última, es la chincha. Pues las influencias de ésta invadieron y alteraron profundamente las artes chilenas y argentinas, como hemos tenido ocasión de observar en un trabajo actualmente en prensa. (1) Tal es así que si no hubiéramos encontrado las piezas que aquí presentamos, libres de todo elemento extraño, habríamos creído que las influencias tiahuanaqueñas, como las serpientes de doble cabeza, las figuras escalonadas, rombos, círculos concéntricos y otras figuras geométricas que lleven el sello tiahuanaqueño, debían su introducción a la cultura chincha, algunos siglos más tarde.

Los argumentos de Debenedetti (2) no son concluyentes, por no estar su estudio acompañado por los dibujos o fotografías que dejarían en claro este punto, aun cuando creemos que en el fondo tenga razón. Pero todos los elementos de que habla y que supone derivados de la cultura de Tiahuanaco, continuaron en las culturas posteriores, y pueden haberse introducido con cualquiera de ellas. Faltan los grabados que pudieron ilustrar este punto, y quedamos en la duda si los elementos a que se refiere estuviesen mezclados o no con otras influencias.

Falta también para el noroeste argentino una cronología que establezca la sucesión de las capas culturales de la zona y por el momento, sólo podemos hablar de una época incaica y otra preincaica, sin pronunciarnos definitivamente sobre cuáles sean las verdaderas influencias que introdujeron los diversos elementos, las que indudablemente ofrecerán la misma sucesión que en otras partes.

En cuanto a Chile, Uhle ha establecido para toda la región atacameña, que extendió hasta Taltal en el Sur, una cronología más o menos pre-

(1) Las influencias chinchas en la antigua alfarería diaguita.

(2) Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del noroeste argentino, por Salvador Debenedetti. Buenos Aires, 1912.

eisa. Por nuestra parte, presentamos otra provisoria para las provincias de Atacama y Coquimbo, que hemos indicado como la región diaguita-chilena.

De la época de Tiahuanaco y la subsiguiente epigonal, quedan pruebas evidentes, como hemos tratado de demostrar en este capítulo y podemos asignar a ella las mismas fechas aproximadas que establece Uhle, es decir, de 400 a 900 de la presente era.

---

## CAPÍTULO VII

### LA ALFARERIA DE LOS ANTIGUOS ATACAMEÑOS

---

El antiguo pueblo llamado atacameño ocupaba un vasto territorio al norte del desierto de Atacama, que se extendía hasta Arica por la costa y abarcaba los valles interiores de la cordillera de Tarapacá y Antofagasta, las punas de Atacama y Jujuy, hasta Taltal y la quebrada de Humahuaca por el sur. Confinaban con los diaguita-argentinos, pero eran separados de la rama chilena de este pueblo, por el desierto de Atacama, el cual, sin embargo, solían atravesar en sus viajes comerciales.

Los atacameños eran andariegos y conquistadores y, en lo menos dos ocasiones, llegaron hasta la hoya del lago Titicaca y quizás más al norte por la Sierra y hasta Ica y Chíncha por la costa. Las influencias de su cultura se hicieron sentir en el antiguo arte de Tiahuanaco, de igual manera como su lengua dejó sus huellas en la nomenclatura geográfica del altiplano.

Al surgir la civilización de Tiahuanaco, la cultura de los atacameños parece haber sufrido una decadencia, y sólo volvió a florecer después de la desaparición de aquélla. El arte de esta segunda época cultural aparece como un desarrollo local del estilo epigonal que le sirvió de base, formándose un estilo propio atacameño, el cual lo conocemos debido en gran parte a las excavaciones del Prof. Max Uhle, en Calama, Pisagua, Arica y Tacna.

Según la cronología establecida por este arqueólogo, la segunda cultura florecía entre los años 900 y 1100 de nuestra era, es decir, en esta zona era el sucesor de la cultura epigonal de Tiahuanaco, y una continuación del desarrollo de este último. Dice Uhle: «Es la continuación del desarrollo principiado con el período epigonal. En el decaimiento del estilo original ha llegado a un punto de descanso con caracteres generalmente parecidos a los de los estilos regionales que procedieron del epigonal en el norte». (1)

En esta época, las influencias se extendieron por la costa hasta el sur de la actual provincia de Antofagasta, y se hallan en mucha abundancia en la vecindad del puerto de ese nombre, en El Cobre, en Blanco Encalada,

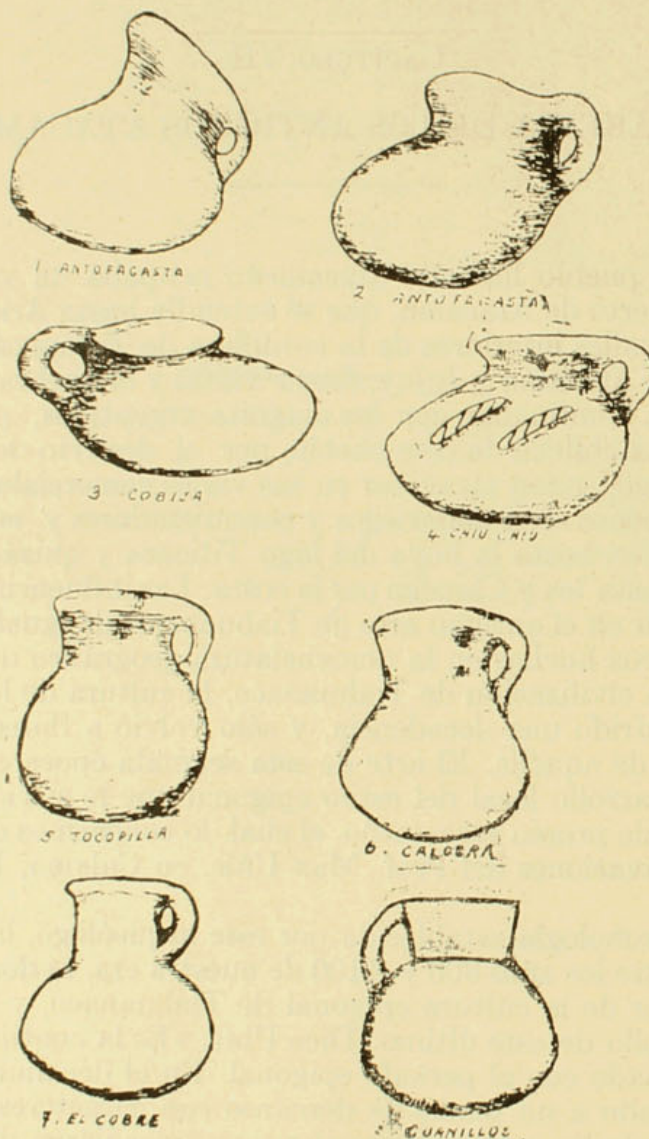
(1) "Fundamentos Etnicos y Arqueología de Arica y Tacna". Quito, 1922, p. 77.



en Punta de Plata, en Paposo, en Taltal, en Cifuncho, en Caleta Esmeralda y aún más al sur, en Caldera.

Esta segunda cultura atacameña era bastante típica y se distingue de las que florecían en sus contornos, durante la misma época. Sus influencias se hicieron sentir hasta el sur de la Puna de Jujuy y muchos de los elementos decorativos del arte hallado en la Quebrada de Humahuaca, cuyo origen parecía inexplicable al tiempo de su descubrimiento, deben atribuirse a ella, como veremos más adelante.

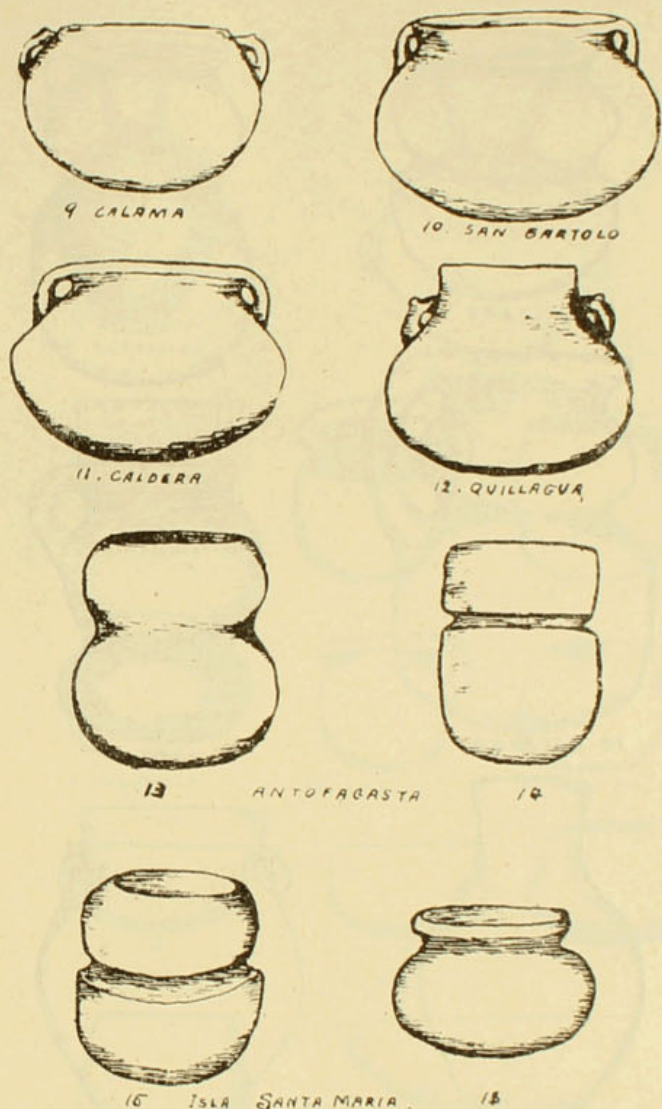
Es a dicho período y cultura que dedicamos este capítulo, presentando



Alfarería atacameña

algunos de los tipos de la alfarería que pertenecen a ellos, hallados en localidades chilenas; tipos conocidos hasta ahora solamente por las piezas reproducidas por Uhle, en su obra citada. Para este efecto nos hemos valido de las colecciones recogidas por Uhle en Calama, Chunchuri y otras

partes, existentes hoy en el Museo de Etnología y Antropología de Chile; de otra en el mismo establecimiento, de San Pedro de Atacama y Chiu-Chiu donada por el señor Aníbal Echeverría y Reyes, otra que fué de don Galvarino Ponce, donada al mismo Museo por el señor Urzúa; las del Museo Nacional de Historia Natural, las particulares del Dr. Otto Aichel y del Dr. Holz, que tuvimos oportunidad de examinar y dibujar



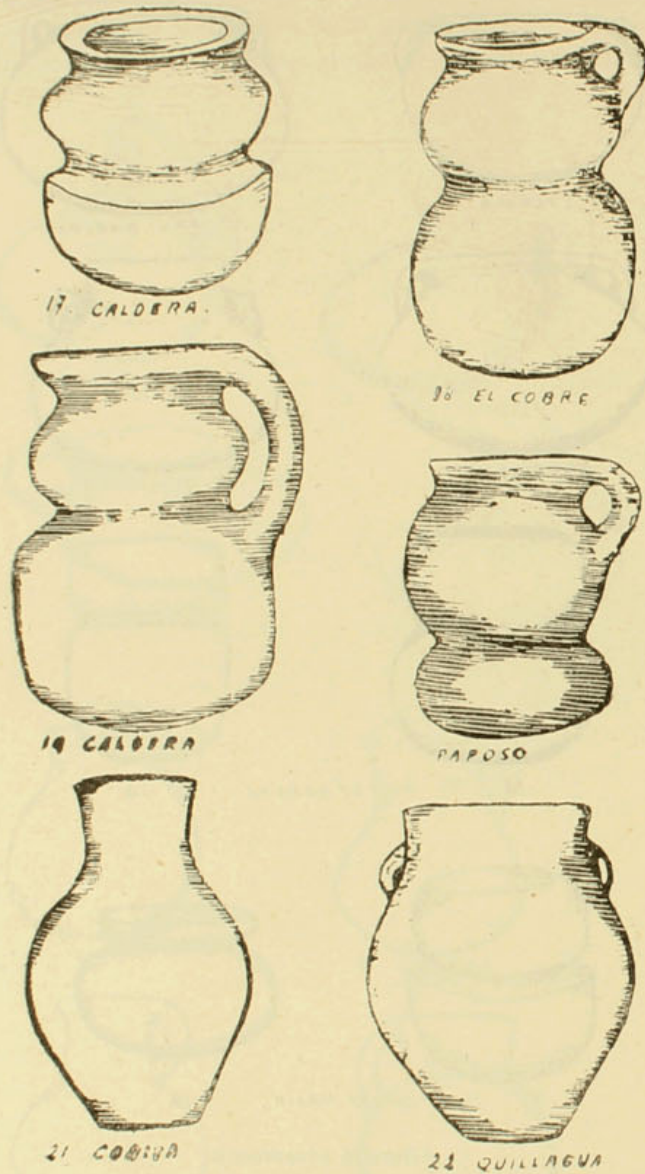
Alfarería atacameña

antes que salieran del país; algunas piezas aisladas que encontramos en las de don Luis Montt, de don Wenceslao Díaz, de don Demetrio Lastarria, de don Armando Rivera, de don Guillermo Schaeffner y otros, procedentes de diferentes partes de la provincia de Antofagasta, además de las exhumadas en varias localidades de la costa por nosotros mismos.

La mayor parte de esta alfarería es casera o doméstica y en proporción, es relativamente escasa la ritualística o sea la decorada. En un total

de 580 piezas que hemos examinado y dibujado, solamente unas cien ostentaban decoraciones pintadas, y unas veinte, más o menos, una ornamentación grabada.

Llama la atención la diversidad de forma, especialmente en los tios dedicados a usos domésticos. Esta clase de alfarería es muy tosca, áspera al tacto, de paredes gruesas, frecuentemente asimétrica por la fac-

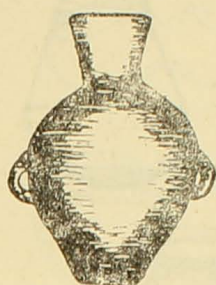


Alfarería atacameña

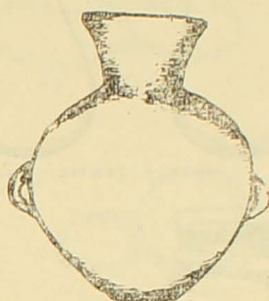
tura poco esmerada, aunque a veces por motivos intencionales, pero en general está bien quemada y bastante resistente.

Entre los tipos más comunes son los jarros asimétricos, en forma de zapato, Figs. 1 a 4, 92 y 95; los jarros de cuerpo globular, de cuello ancho con un asa que une el cuello con el vientre del vaso, Figs. 5 a 8; las ollas de diferentes formas y tamaños, generalmente con dos asas, pero a veces

con cuatro y hasta seis verticales y otras dos horizontales, las primeras alrededor del cuello y las segundas en el vientre de la olla, Figs. 9 a 12, 62, 84, 87, 93, 100, 242 a 245 y 248. Una particularidad de muchas de estas ollas, especialmente las grandes, es que las asas se han hecho independientes del cuerpo de la olla misma, perforando las paredes después para darles paso, alisando en seguida la pasta, blanda aún, para que se ajustasen, de manera que quedan como remachadas. Algunas de las ollas de Calama



28 GUANILLOS



24. PAPOSO.



25 STA MARIA



26 ANTOFAGASTA



27



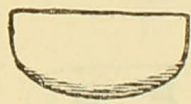
28. TOCOPILLA



29 COBITA.



30 CALDERA.

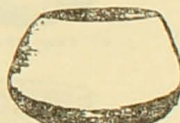


31

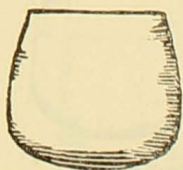


32

CALAMA



33



34 BLANCA ESCALADA

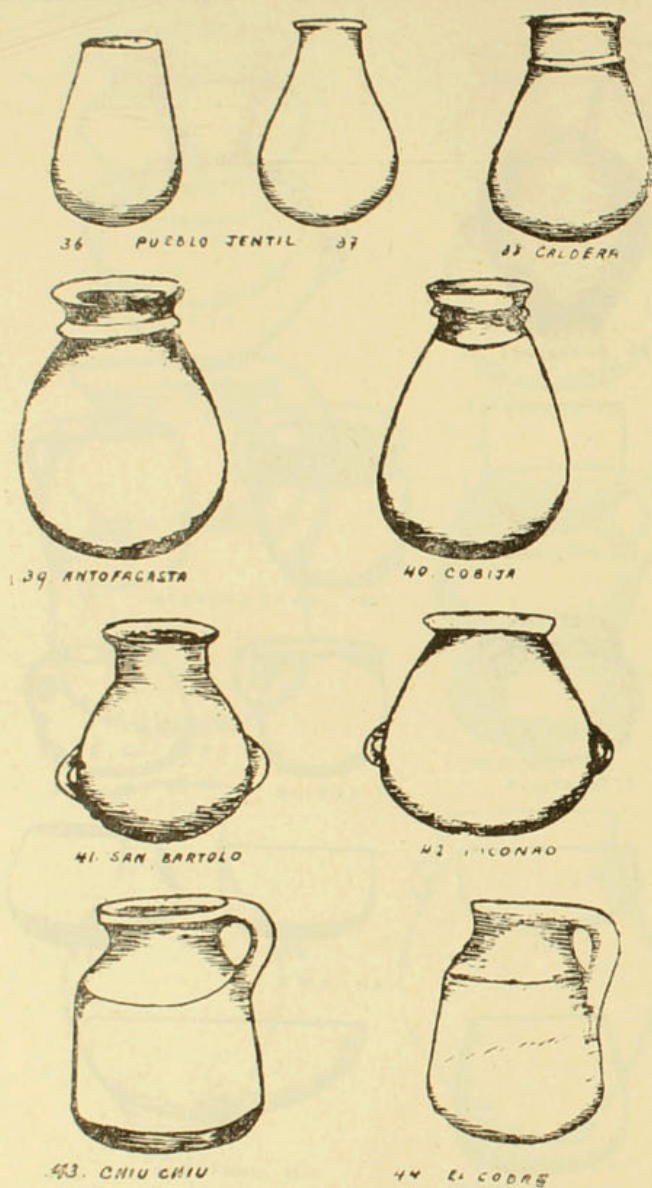


35 QUILLACUA

Alfarería atacameña

y Chunchuri que existen en el Museo Antropológico, presentan esta particularidad y en algunos casos el trabajo se hizo con tan poco esmero que las puntas de las asas sobresalen por el interior en un centímetro o más. Esta misma manera de colocar las asas la notamos en varias de las ollas de la colección del Dr. Aichel, procedentes de la bahía de Antofagasta, y parece ser característica de las piezas grandes de la región.

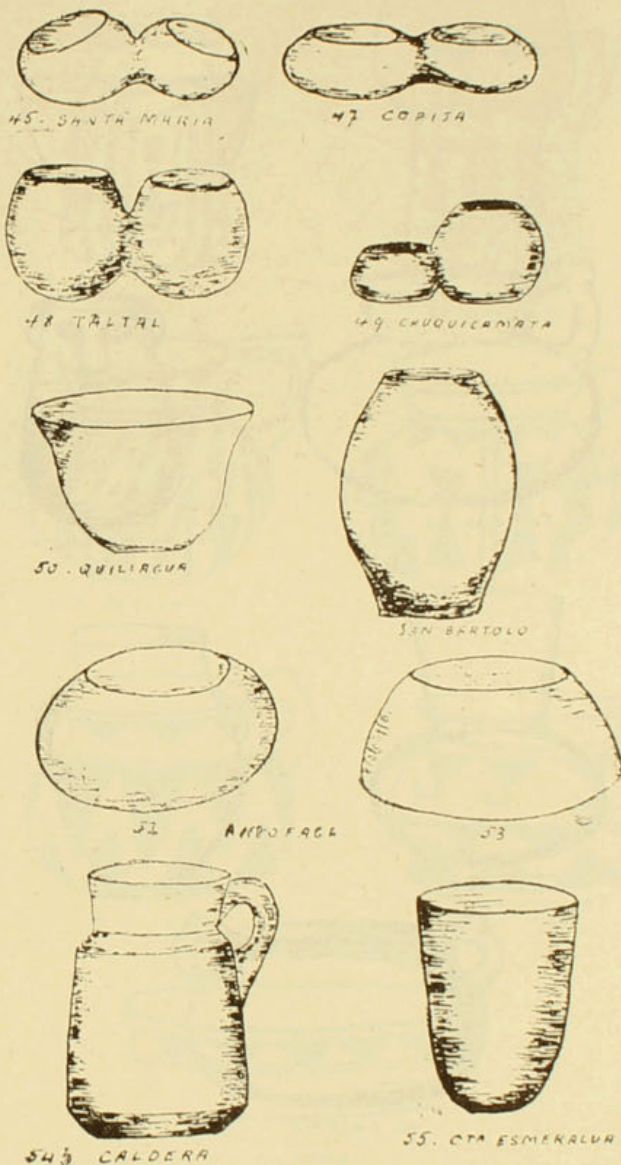
Otro tipo de alfarería bastante frecuente son los jarros altos, con una o dos cinturas que dividen el vaso en otras tantas secciones, Figs. 13 a 20, 72 y 89. A veces tienen un asa, pero por lo general no llevan ninguna. Los vasos pseudo-apodos, globulares en su parte superior y en forma de cono truncado abajo, Figs. 21 a 24, 78, 101, 102 y 247 también son bastante comunes, especialmente los que figuran con los números 101 y



Alfarería atacameña.

102, tipo que Uhle considera el más común y más característico de esta cultura. Otro tipo de vaso que hemos encontrado raras veces fuera de esta zona y época, son las tazas con asa que se asemejan en forma a las modernas que se emplean para servirse el té. Figs. 25 a 30 y 96. Tazas, platos o pucos sub-globulares sin asas son también muy numerosos y

asumen las más variadas formas, pero todas parecen ser modificaciones de un mismo tipo. Figs. 31 a 35, 69, 86 y 240. Son generalmente semi-circulares de corte, pero algunos son más altos y se estrechan algo en la boca, como en las Figs. 33 y 34. Tienen mayor profundidad que los de Chile Central y son de más tosca fabricación. Muchos de estos tipos de boles o platos llevan un piquito sobresaliente cerca del borde, los que a menudo parecen ser asas embrionarias. Algunos de los más pequeños tie-

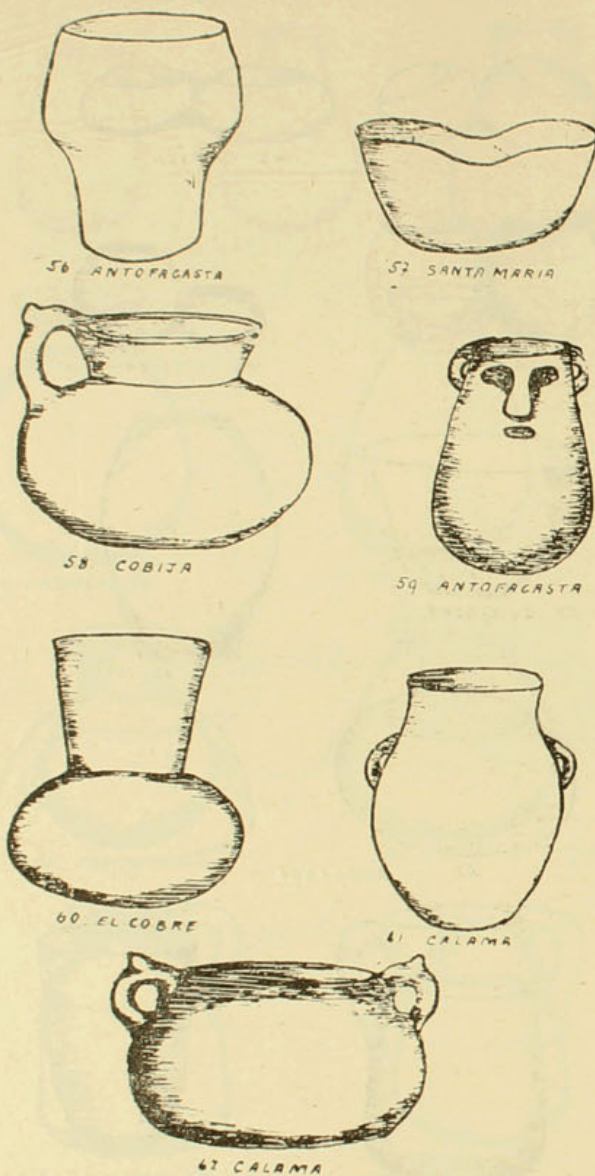


Alfarería atacameña

nen labios salientes en el borde, pero no de la misma manera como en los vasos incaicos.

También son comunes los cántaros altos, sub-globulares en la parte inferior y más o menos cónicos en la mitad superior que termina usual-

mente en un cuello con borde vuelto hacia fuera. Figs. 36 a 42. Algunas veces se encuentran en el cuello unas protuberancias puntiagudas que suelen sobresalir hasta dos centímetros de la superficie, con la correspondiente oquedad en la parte interior. Fig. 40. Más frecuentes son los que tienen un ribete en relieve al contorno del cuello, como las Figs. 38 y 39. Este



Alfarería atacameña

tipo raras veces tiene asas, pero hay otro parecido que lleva dos en la parte más ancha del vaso. Figs. 41 y 42.

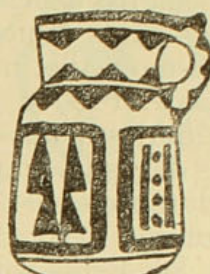
Otro tipo de jarro que se asemeja mucho a los modernos de loza, tiene el cuerpo cilíndrico y recto, estrechándose en curva convexa para formar el cuello y ensanchándose nuevamente en la boca. Figs. 43, 44, 54, 63 y 64.

Casi siempre llevan un asa que parte del borde superior para unirse a la parte cilíndrica.

Una clase de piezas que hemos visto en cinco o seis ocasiones se compone de dos cuerpos unidos, generalmente sub-globulares, formando dos receptáculos distintos, algo parecido a una especie de salero que se usa con frecuencia entre la gente del pueblo para contener sal en un lado y ají en el otro. Figs. 45 a 49, 94 y 251. No siempre los dos lados son iguales. Dos de



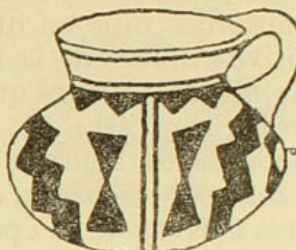
44. OUILLAGA



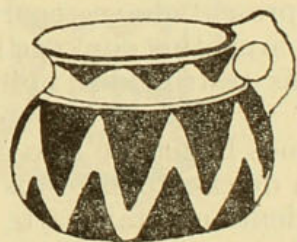
45. CALDERA



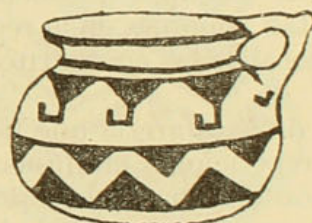
46. COBITA



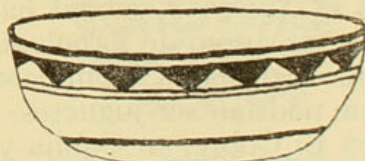
47. CHU LRIU



48. EL COBRE



49. SAN BARTOLO



49. TACONAO

Alfarería decorada atacameña

las que presentamos tienen un lado más alto que el otro. En la Fig. 94 la parte baja tiene una pequeña oreja y la más alta tiene una a cada lado. Otro de estos vasitos dobles, de Calama, es de corte cuadrangular, más angosto arriba que abajo. Fig. 250. Algunas de las piezas de esta clase parecen, por su tamaño, haber servido para contener sal y ají pero otras son



muy pequeñas y eran usadas para guardar colores que se desleían para pintar su alfarería, porque en una de ellas hallamos una tierra roja (óxido de hierro) endurecida. Otras parecidas, pero de madera son también comunes en la misma región.

Una especie de cantarito, bastante común en toda la zona y que es una de las formas más repartidas desde Mollendo en el Perú, hasta el sur de Chile, es la que representamos en la Fig. 58. A veces lleva una pequeña protuberancia en el asa, como en este ejemplar, pero tal carácter no es constante. Con mucha frecuencia este tipo se halla decorado, Figs. 65 a 68 y 75. Uhle, (Fundamentos étnicos. Lám. XVIII. Figs. 3 y 4), reproduce dos cántaros del mismo estilo, hallados en Tacna y Erland Nordenskiöld, *Sydamerikas Indianer*, Figs. 6 y 140, reproduce otros dos, procedentes de Mollendo, con dibujos iguales a los que se hallan en esta zona, probablemente derivados del estilo epigonal de Tiahuanaco, muchos de los cuales sobrevivieron durante el período atacameño, como lo hicieron igualmente algunos motivos derivados del estilo original del mismo centro. Figs. 68, 69, 76 y 80. Estas sobrevivencias se notan también en otros artefactos de la época, como en las estólicas y especialmente en los tubos y tabletas para absorber rapé en que las semejanzas son muy notables y reproducen motivos típicos de la metrópoli.

También hay muchas formas que no son tan comunes, como las que representamos en las Figs. 50 a 61, 70, 71, 85, 88, 99 y 247. Entre estas últimas, llaman la atención algunas antropomorfos, Fig. 59 u ornitomorfos como la Fig. 252; pero éstas son escasas y toscamente esbozadas y no pueden compararse con las de la época subsiguiente, cuando se introdujeron las influencias chinchas a la región, formándose la cultura combinada a que Uhle ha dado el nombre de chincha-atacameña.

Muchos de los tipos que hemos presentado se reparten por toda la zona, siendo tan comunes en la región argentina como en la chilena; otros parecen ser localizados en distritos más restringidos, no hallándose fuera de ellos.

Además de la alfarería que podemos llamar de tipo grande o doméstico, existen repeticiones en miniatura de casi todos estos tipos y formas. En la colección del Dr. Aichel, procedente en gran parte de Antofagasta y la Isla de Santa María, en la bahía de ese nombre, había un gran número de piezas de esta alfarería chica; en la del Dr. Holz habían otras muchas, de Obispito y Caldera; en el Museo Nacional hay otras numerosas de diferentes procedencias y en el Museo de Etnología y Antropología existen varias recogidas por Uhle en Calama y Chunchuri (Láms. VII y VIII).

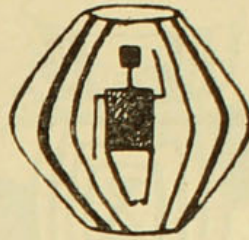
El Dr. Aichel creyó que podrían ser juguetes, pero las hemos sacado de sepulturas de adultos, en El Cobre, en Cobija y en Caldera y estimamos que eran piezas funerarias, colocadas en las tumbas en vez de las piezas grandes de uso diario y en representación de ellas.

Otra costumbre que hemos encontrado a menudo en la zona y que también la hemos notado en algunas de las piezas extraídas por Uhle de los cementerios de Calama, es que los indígenas solían desfondar algunas piezas, especialmente las ollas, antes de enterrarlas. Al principio, creíamos que estas roturas podrían ser casuales y causadas por la presión de la tierra; pero en más de una ocasión hemos buscado con cuidado el pedazo

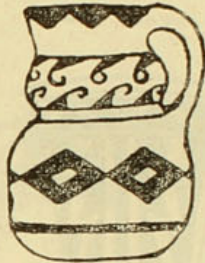
que faltaba, sin lograr encontrarlo dentro de la sepultura, lo que demuestra que eran rotas intencionalmente antes del entierro, pues no es de suponer que hayan escogido piezas inservibles para las honras fúnebres. También a veces quebraban en pedazos la alfarería y otros artefactos sepultados con los muertos. Algunos de los tiestos de greda y



70 COBITA



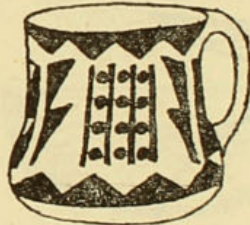
71 TALTAL



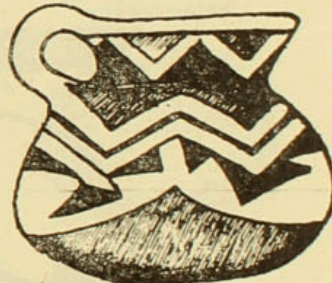
72 TALTAL



73 BLANCA ENCRADA



74 CALDERA



75 ANTOFAGASTA



Alfarería decorada atacameña

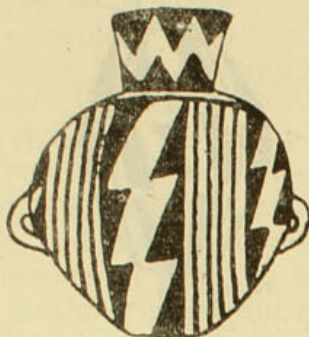
aún los pedazos, eran perforados en el fondo o en las paredes laterales. Varios autores han encontrado idénticas costumbres en otras partes y creen que obedecen la idea de *matar la pieza* para que su ánima pueda salir y el muerto servirse de ella. Este concepto animístico es común entre algunas tribus del Gran Chaco, quienes quiebran todos los objetos enterrados con los muertos, con el mismo fin.

Comentando esta costumbre de los Atacameños, con el Prof. Uhle,

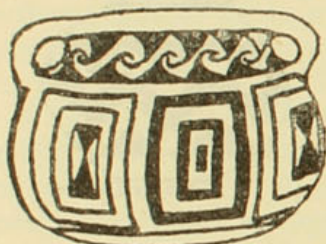
hace algunos años, este arqueólogo expresó una opinión contraria a esta hipótesis, creyendo que la rotura de la alfarería fuera occidental y posterior al entierro. Es probable que en el Perú no se había encontrado la costumbre, porque, después de sus observaciones en las provincias septentrionales chilenas ha venido a convencerse que era un hecho, y hallamos



77. CALDERA



78. PUEBLO GENTIL



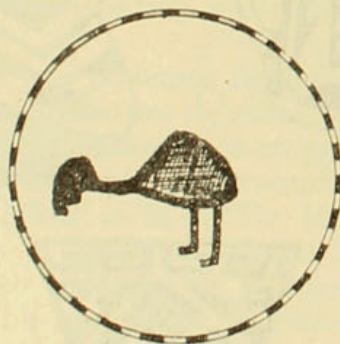
79. QVILLAGVA



80. TOCONAO



81a



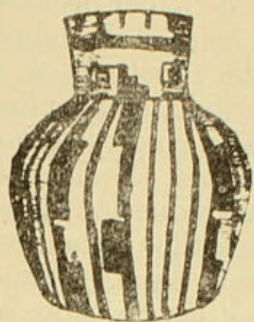
81. ANTOFAGASTA

Alfarería decorada atacameña

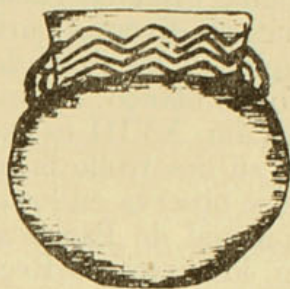
en una de sus recientes publicaciones, (1) que al hablar de los indígenas de Arica, dice: «Su religión era un animismo parecido al de las tribus transandinas, que se manifestaba... en su temor a los muertos que les instigó a inutilizar todas las armas de los muertos antes de sepultarlos».

(1) "Fundamentos étnicos", p. 64. El Dr. Francisco Fonk describe algunas sepulturas de Quilpué, en que todos los artefactos eran quebrados de una manera intencional. Medina dice que la costumbre existía en muchas partes del país.

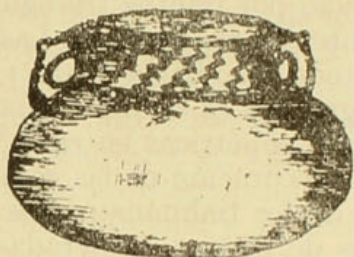
Años atrás, el Dr. Vergara Flores había llamado la atención al mismo hecho observado por él en las sepulturas de Quillagua y Tocopilla, como lo hicieron también Boman y Ambrosetti en referencia a las de las punas de Atacama y Jujuy y en algunos casos también en la región calchaquí, de manera que no queda duda que la costumbre era repartida



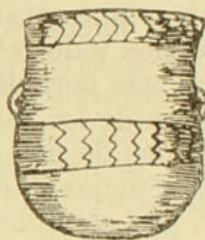
82. COBITA.



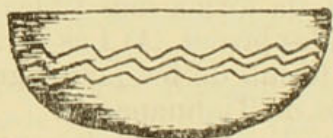
83. PABOSO.



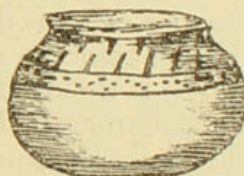
84. EL COBRE.



85. PUEBLO JENTIL.



86. GUARILLOS.



87. SAN BARTOLO.



88. COBITA.

por toda la zona atacameña, reliquia quizá de un estado cultural más primitivo.

Al lado de la alfarería común o doméstica, existe en toda la región, aunque menos numerosa, otra clase de cerámica, decorada con figuras pintadas. Esta, más que la primera, nos enseña cuál ha sido la extensión de la cultura atacameña, porque el arte que en ella se expone es típico, mientras que muchas de las formas de la alfarería casera son casi univer-

sales en todas la regiones circunvecinas, siendo otras sin embargo, puramente locales.

Los motivos de esta decoración son muy pocos, pero sí, usados en tantas diferentes combinaciones que dan el efecto de componerse de muchos distintos elementos y son casi fijos y universales dentro de la región donde alcanzaron las influencias atacameñas.

Al hablar de este arte, Uhle, después de haber hecho sus excavaciones y estudios en Calama, Pisagua, Tacna y Arica y de haber examinado numerosas colecciones en diversas partes del territorio, se expresa así: «La ornamentación típica de los vasos del período, emplea los colores negro o negro y rojo en fondo blanco; la pintura en colores como la de los vasos, Figs. 1 y 4 de la Lám. XVIII es excepcional. (1) El estilo atacameño ha repetido, pues, en su desarrollo la misma reducción de colores originales de la pintura que se observa en los otros estilos peruanos del Norte, tales como el estilo epigonal de Pachacamac a Supe, el estilo proto-chimu al acercarse a su fin, los vasos de Recuay y los de otras regiones cercanas más al Norte.

El tipo de la ornamentación se reduce a simples abreviaciones de los dibujos epigonales, aumentando sólo por puntos triangulares para la decoración de los cuellos y de recipientes de poca altura. Las líneas escaleradas convergen en este período en todo caso hacia abajo.

La ornamentación de los jarros grandes es siempre igual en sus dos lados y consiste además de dos mitades simétricas en cada uno de ellos. Tiene por eso cierta semejanza con la decoración de las camisas, muchas de las cuales, como por ejemplo, las de los tiahuanaqueños del valle de Ica, ostentan también listones anchos de figuras escaleradas en sus dos lados. (2) Hay que suponer, pues, que la ornamentación de los jarros grandes pretende imitar los dibujos de una camisa en la persona representada por el vaso». (3) Dice también que «la forma más típica, común y constante en el período es la de los grandes jarros. (4) Las otras formas se han encontrado más aisladamente. La forma de los jarros grandes conserva cierto recuerdo de los jarros grandes de Tiahuanaco».

Diremos que, después de un estudio detenido de centenares de piezas de la alfarería de este período y zona, podemos corroborar casi totalmente lo que dice Uhle al respecto. Si hiciéramos alguna reserva, sería en cuanto a la idea de que las formas fuesen poco variadas. Como demostramos en nuestros dibujos, éstas son numerosas, aunque algunas de ellas son, como lo hemos dicho, locales y restringidas. Por otra parte, lo que Uhle llama grandes jarros y los que nosotros incluimos entre los que describimos como jarros pseudo-apodos, Figs. 24, 78, 101 y 102, decorados o sin de-

(1) El primero de estos vasos está pintado de negro, rojo y blanco sobre fondo gris, y el segundo, de dibujos negros bordeados de blanco sobre fondo rojo.

(2) Boman, en una de las pinturas rupestres que reproduce de la Puna de Jujuy demuestra que las camisas de cuatro de las figuras de hombres en ella dibujados, llevan las hileras de triángulos escalerados que es un elemento constante en la decoración atacameña, y que se ve en la mayor parte de los vasos decorados que presentamos. (Antiquités LXI y fig. 146 p. 665).

(3) "Fundamentos étnicos." pp. 76 y 77.

(4) Como en la Fig. 4 de la Lám. XVII de su obra; y las que presentamos en las Figs. 101 y 102. Sin embargo, con ser muy común este tipo de vaso hay otros, aun entre la alfarería decorada que lo son igualmente o más, aunque quizá en la región de Arica y Tacna, a que se refiere especialmente Uhle en su obra, puede ser éste el más común. En otras partes es sobrepujado por los jarros altos de un solo asa, de base plana, como los a que hemos hecho mención en el texto.

coración, a pesar de ser comunes, no lo son más que otros tipos, como por ejemplo el jarro que presenta en la Lám. XVII de su obra con el N.º 3. Este tipo de jarro, con pequeñas variaciones es muy numeroso y lo hemos encontrado en muchas localidades. Figs. 5 a 8, 43, 44, 54, 63 y 64. Las ollas de diferentes formas son también muy comunes, quizá las más comunes de todas, pero es probable que Uhle se refiere especialmente a la alfarería decorada.

En nuestra opinión, el tipo de alfarería pintada que es más característica de toda la cerámica atacameña, aunque tal vez no el más numeroso, es el de los jarros o cántaros de una sola asa, Figs. 58, 65 a 68 y 75. Uhle reproduce dos de este mismo tipo en la Lám. XVIII, Figs. 3 y 4 de su obra, pero no parecen haberle llamado mucho la atención, quizá porque entre las piezas que él sacó no eran muy comunes. Sin embargo, en la provincia de Antofagasta, el verdadero territorio de los atacameños, son muy frecuentes y por lo general más artísticos que los otros tipos, con la excepción de los jarros altos de paredes rectas. De todos modos, ensanchando la opinión expresada por Uhle, agregaríamos al tipo de los jarros grandes, los otros dos que acabamos de mencionar.

Las demás observaciones de este arqueólogo son también confirmadas por nuestras investigaciones de la alfarería de toda la zona. La mayoría de los dibujos son pintados en negro sobre fondo blanco. Ocasionalmente las figuras negras son alternadas con otras rojas, pero esta combinación de tres colores es en todo caso excepcional. Son menos frecuentes también, aunque no desconocidos, los dibujos negros sobre fondo rojo, excepción hecha a Calama y su vecindad, donde son más comunes.

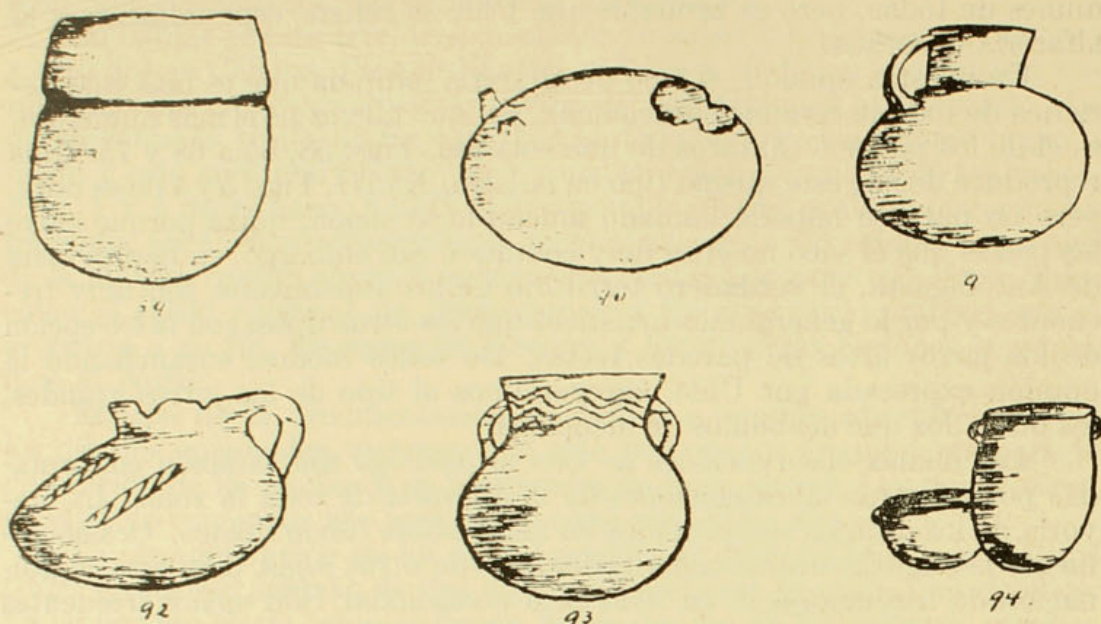
En cuanto a los motivos de la decoración, como dice Uhle, los triángulos y las figuras escaleradas son los típicos y los que casi no faltan en ninguna pieza de las pintadas, generalmente combinados uno con el otro. Los triángulos forman el decorado del cuello o del borde de casi todos los vasos. Cuando hay una sola hilera, se colocan invariablemente con la punta hacia abajo; pero cuando, como sucede a menudo, el cuello se adorna en su borde y en su base, van por hileras opuestas con convergencia de las puntas hacia el centro de la faja decorada. Más aún, la mayor parte de las figuras escaleradas se forma de una combinación de triángulos.

Por lo general los adornos se colocan en fajas o campos verticales; pero no siempre. A veces se dibujan en fajas horizontales, como en las Figs. 67, 68, 69, 72, 73 y 75, sin que por esto se cambien los motivos.

Lo que llama verdaderamente la atención es el reducido número de elementos de que dispone este estilo de decoración. Con la excepción de dos o tres sobrevivencias del período de Tiahuanaco o la subsiguiente epigonal, como los ganchos, rombos, rectángulos y círculos, repeticiones de la misma figura geométrica encerradas unas en otras; casi los únicos motivos empleados son líneas paralelas o escaleradas, triángulos en diferentes combinaciones e hileras de puntos entre dos líneas verticales. Un examen de las piezas decoradas que presentamos en las Figs. 63 a 82, enseña que no hay en ellos otros elementos, a pesar de la variedad de las combinaciones que hacen que cada pieza aparezca distinta a todas las demás.

Otro aspecto de esta decoración es el carácter grande de los dibujos, muy distinto de las figuras menudas de la época sub-siguiente, o sea la

chíncha-atacameña, y la falta de curvas, predominando completamente las líneas rectas. Los dos o tres vasos que presentan ganchos curvos, como los de las Figs. 72 y 79, parecen ser sobrevivencias del período epigonal, de la misma manera como las otras figuras de estos dos vasos y los ganchos



Alfarería Negra (Caldera).

rectos de la Fig. 68, los adornos del cuello del jarro en la Fig. 82, son reliquias del estilo original de Tiahuanaco.

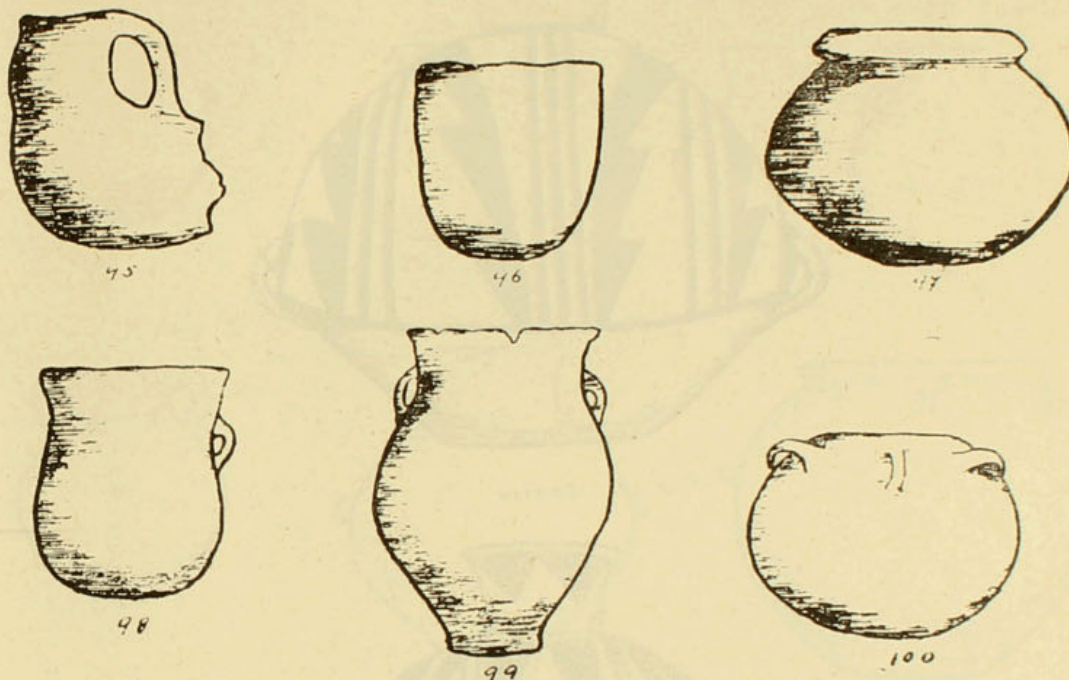
El dibujo en un jarrito hallado en Taltal y que representa a un hombre, Fig. 71, es completamente excepcional en la alfarería aunque no es ajena al arte de la región y la época. El mismo motivo se repite en varios de los canastos y en los tejidos y también se encuentra muy repetida en la pintura rupestre descrita por Boman en el lugar ya citado de su obra sobre las antigüedades de la puna. Uhle dice que eran comunes en la época anterior, que él llama de la cultura de Chavín, en los tejidos extraídos de las antiguas sepulturas de Pisagua.

La pieza representada en la Fig. 71, como también el jarro, Fig. 72, se hallaron en Taltal, pero no tenemos mayores datos sobre ellos. Las vimos en un almacén de antigüedades de la calle de la Bandera de esta ciudad, cuyo dueño nos permitió sacar copia de ellos. El plato de la Fig. 81, 81-a, es la única pieza que conocemos con un dibujo ornitomorfo. Pertenece a la colección del Dr. Otto Aichel y fué hallado en Antofagasta. De rojo pulido afuera, era pintado de blanco en su interior, y el ave dibujado con líneas negras con el cuerpo y el ojo pintado de rojo, de igual manera como el cuerpo del hombre en la Fig. 71. En el borde del plato se ve una angosta cinta dividida en secciones cortas, alternativamente negras y blancas. Es posible que estas dos piezas pertenezcan a una época anterior, pero no lo podemos asegurar, por no saber bien las condiciones de su hallazgo.

La taza o puco señalada por la Fig. 69, tampoco nos parece pertene-

cer a este período. Los triángulos en hilera, con la punta hacia abajo son característicos del arte atacameño, pero no así la faja en blanco entre líneas paralelas, que ocupa el centro de la taza. Lo incluimos aquí por haberlo hallado entre otras piezas de indudable origen atacameño, pero sin pronunciarnos sobre la época a que pertenece, aunque nos parece ser anterior a la alfarería que describimos.

Supervivencias del período epigonal, son también dos vasos en forma de túbalo, Fig. 80. El primero pertenece a la colección de don Armando Rivera y el segundo, obsequio del señor Aníbal Echeverría Réyes, existe



Alfarería Roja (Caldera)

en el Museo de Antropología y Etnología de Chile, donde hay otros dos muy parecidos, procedentes de Calama, uno de ellos sin decorado. En el Museo Nacional de esta ciudad, existe otro del mismo tipo, procedente de las provincias del norte sin especificación exacta. Vasos de la misma forma, pero sin decoración hemos visto varios, como también otros de madera, todos hallados dentro de la misma zona, pero sus indicaciones no nos permiten juzgar si pertenecen a este período o a otro anterior.

Después de los triángulos en hileras, usados para decorar los cuellos y bordes de los vasos, la combinación más común es la de los triángulos alargados, unidos, la punta de uno juntándose a la base de otro, ya con las puntas hacia abajo, ya a la inversa, pero en todo caso formando figuras escaleradas. Figs. 64, 70, 74, 75, 76, 77, 78, 80, 101 y 102. Otras figuras escaleradas se forman de líneas gruesas como en las Figs. 65 y 66. Los triángulos, a veces se encuentran unidos por sus puntas, para formar otra figura, Figs. 63, 66, 70, 77, 79, y en algunas pocas piezas se hallan con ganchos anexos. Figs. 68, 72 y 79. Escalones del tipo de Tiahuanaco con meandros, son muy raros, Fig. 82, pero se encuentran de vez en cuando. Las hileras



de puntos entre líneas paralelas, sin ser comunes, se hallan en algunos de los jarros. Figs. 64, 65 y 74. Uhle reproduce un jarro con la misma decoración en la Lám. XVIII, Fig. 1 de sus *Fundamentos étnicos*.

Con una observación hecha por Uhle no estamos completamente de acuerdo. Dice: «Las líneas escaleradas convergen en este período en todo modo hacia abajo». Aunque esto es verdad en muchos casos, no lo es siem-

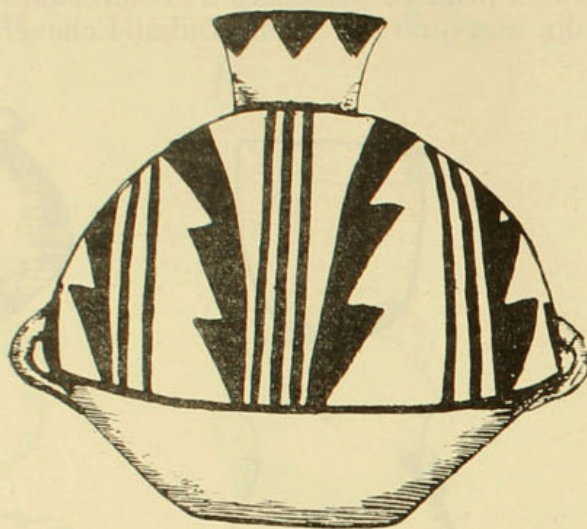


FIG 101 COBITA

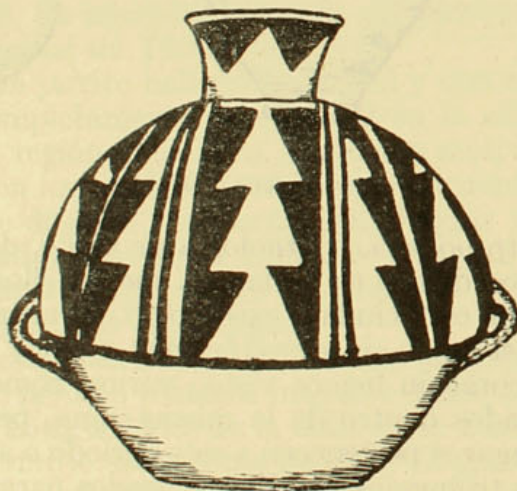


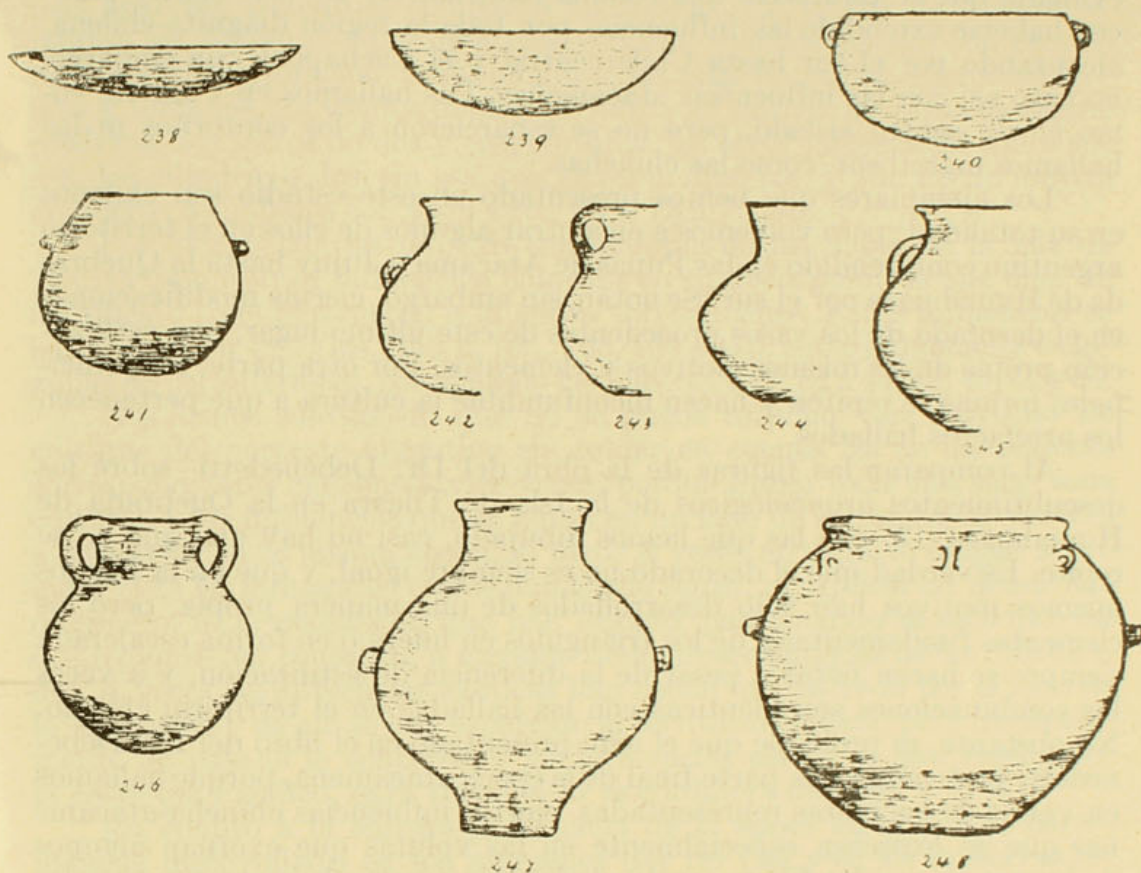
Fig. 102.—San Bartolo

pre, como se ve en las Figs. 65, 70, 77, 78, 80, 82, donde son paralelas e invertidas, y en la Fig. 101 donde convergen alternadamente abajo y arriba,

Debemos incluir entre la alfarería decorada, un número de piezas grabadas. Figs. 83 a 88 y 93. Los motivos grabados son casi siempre series de líneas en zig-zag o formando ángulos, algunas veces verticales, a menu-

do horizontales, pero también diagonales. El estilo representado en la Fig. 87 es muy excepcional y no estamos seguros si se debiera incluir con la alfarería de este período, pues nos parece observar en él influencias chinchas.

También se debe incluir entre esta clase de alfarería aquellos jarros



Alfarería Roja (Calama)

asimétricos que llevan rollitos incisos en sus costados como en las Figs. 4 y 92. Es probable que éstos representan aves, como otros hallados más al sur, que llevan señaladas una cola y a veces la cabeza, como la Fig. 252, la cual, vista de costado, representa un pato y lleva la misma lista en relieve en ambos lados. De éstas hay varias en el Museo de Etnología procedentes de Calama.

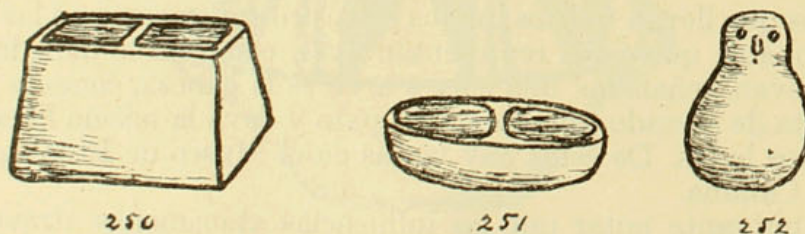
Es interesante notar que las influencias atacameñas atravesaron el desierto de Atacama, por la costa, hacia el sur, y muchas de las piezas de alfarería que consideramos típicas de esta cultura se vuelven a encontrar en Caldera, aunque parecen faltar en muchas partes del litoral al sur de Taltal, y entre los dos pueblos solamente hemos tenido conocimiento del hallazgo de piezas semejantes en Obispito, en el departamento de Chañaral. Estas pertenecían a la colección del Dr. Holz, comprada por el Museo de Plattdorf, pero fué perdida por el hundimiento del vapor que la llevaba, en los canales del sur. Afortunadamente habíamos sacado

dibujos de todas las piezas de mayor importancia antes de que la colección fuera embalada.

Igual cosa notamos al estudiar las influencias del período siguiente: el de los chinchas o chincha-atacameños. Estas se hallan muy abundantes en Taltal, pero no las volvemos a hallar hasta llegar a Caldera, donde es evidente que se estableció una colonia chincha. (1) De este centro parecen haberse extendido las influencias por toda la región diaguita-chilena, alcanzando por el sur hasta Chile central y el Cachapoal. Sin embargo, no pasó así con las influencias atacameñas. Las hallamos en Caldera, como en un centro aislado, pero no se esparcieron a los contornos ni las hallamos más al sur, como las chinchas.

Los ejemplares que hemos presentado en este estudio son chilenos en su totalidad; pero volvemos a encontrar algunos de ellos en el territorio argentino comprendido en las Punas de Atacama y Jujuy hasta la Quebrada de Humahuaca por el sur. Se notan, sin embargo, ciertas modificaciones en el decorado de los vasos procedentes de este último lugar, una estilización propia de los mismos motivos y elementos. Por otra parte, las principales formas se repiten y hacen inconfundible la cultura a que pertenecen los artefactos hallados.

Al comparar las figuras de la obra del Dr. Debenedetti sobre los descubrimientos arqueológicos de la Isla de Tilcara en la Quebrada de Humahuaca, (2) con las que hemos dibujado, casi no hay una que no se repite. Es verdad que el decorado no es siempre igual, y que en la Isla los mismos motivos han sido desarrollados de una manera propia, pero los elementos fundamentales de los triángulos en hilera o en forma escalerada siempre se hacen notar a pesar de la diferencia de estilización, y a veces las combinaciones son idénticas con las halladas en el territorio chileno. No obstante, es probable que el arte presentado en el libro del Dr. Debenedetti pertenezca a la parte final de la época atacameña, porque hallamos en varias de las piezas representadas, ciertas influencias chincha-atacameñas que se expresan especialmente en las volutas que exornan algunos de los vasos y en las figuras reticuladas. En cambio hay otras, como las representadas en las Figs. 51, 106, 153, 155, 157 a 159, 161, 164, 170, etc.,



CALAMIA

cuyo decorado es típicamente atacameño. En otras, los triángulos que decoran los cuellos o bordes de los vasos, en vez de ser pintados de un color sólido como los chilenos, se han rellenado de líneas paralelas y los es-

(1) Tratamos de este punto con más detalle en el capítulo, "Las influencias chinchas en la alfarería diaguita-chilena".

(2) Exploración arqueológica en los Cementerios Prehistóricos de la Isla de Tilcara, por el Dr. Salvador Debenedetti. Buenos Aires, 1910.

pacios intermedios que forman otra serie de triángulos, y que casi siempre se dejan en blanco en las piezas chilenas; se han rellenado igualmente de líneas colocadas en el sentido inverso, ocupando así toda la faja, y produciendo el efecto de un motivo completamente diferente, cuando en verdad es el mismo, tratado de una manera distinta. (1)

La semejanza entre la alfarería de una y otra región se hace mucho más aparente cuando se comparan las formas. En la Isla de Tilcara se repiten los diferentes tipos de platos o pucos, muchos de ellos con pequeñas asas sin perforación, como piquitos; las ollas de tantas diferentes formas y tamaños, los vasitos dobles, en forma de saleros, las tazas de figura moderna, los jarros de dos y tres cinturas, los otros jarros altos con o sin asa, los cilíndricos, los sin asa que parecen floreros, y aún los de formas de queros o tímbalos con y sin asas, Figs. 73 a 75, etc.

Por otra parte, un número considerable de los vasos de la Isla de Tilcara demuestran influencias chinchas en su decoración, lo que deja de manifiesto que pertenecen a la época sub-siguiente. Estas influencias se patentizan en las Figs. 160 a 163, 165, 166 a 170, como igualmente en algunas de las anteriores, por ejemplo las Figs. 18 y 17, 21 a 44, 48, 49, 53 y 54.

Nos hemos convencido que no se puede estudiar con provecho las culturas del noroeste argentino sin tomar en cuenta las de las regiones correspondientes chilenas y vice-versa, porque forma toda una sola zona cultural, y las influencias que se notan en un lado de los Andes se vuelven a encontrar en la misma época, al otro. A veces no es fácil indicar a primera vista las influencias que se han hecho sentir, ni explicar de dónde han originado, ni la manera en que han llegado, pero cuando se estudian las dos regiones en conjunto, a menudo desaparecen muchas de las dificultades. A veces las influencias exóticas han hecho una entrada por el lado de la Argentina y de allí se han esparcido al territorio chileno; pero frecuentemente ha pasado lo contrario y las influencias peruanas han venido por la costa del Pacífico, para trasmontar la cordillera después.

En cuanto a la cultura atacameña de la época en cuestión, parece haberse desarrollado en los márgenes del río Loa y en los contornos del Salar de Atacama, extendiéndose a la costa y a las punas posteriormente. La cultura sub-siguiente, chincha, o chincha-atacameña se debe a una emigración del pueblo peruano y su fusión con los atacameños en el territorio de los últimos. De allí se ha esparcido un nuevo estilo cultural, que alcanzó hasta Mollendo por la costa norte y hasta Taltal en el sur, infiltrándose por las punas hasta la quebrada de Humahuaca, al sur de la provincia de Jujuy. Una colonia o colonias chinchas se establecieron más al sur, en Caldera y quizá en otras partes. De este centro o centros chinchas, las influencias de su cultura se extendieron por todo el Chile Central y trasmontado la cordillera penetró en la región diaguita-argentina. Es por eso que en la zona diaguita poco se notan las influencias atacameñas, mientras que las chinchas son predominantes en ambos lados de los Andes, durante la última época preincaica.

Como hemos dicho, los atacameños eran grandes andadores y cruza-

(1) Al compararse los dos pucos dibujados en las Figs. 51 y 52 de la obra del Dr. Debenedetti, se nota inmediatamente que son simplemente dos maneras de representar el mismo motivo de los triángulos en hilera. El desarrollo del mismo estilo de usar líneas en vez de un color sólido, se desarrolla un paso más en las Figs. 73, 74, 75, 77, 78, y otras repitiéndose en los cántaros, Figs. 104, 105, 107, 108, etc.

ban el desierto en todo sentido con sus tropas de llamas, comerciando entre la Costa y la Sierra. Algunas veces estos viajes duraban meses, y hacía necesario que llevaran consigo todo su ajuar. Entre otras cosas llevaban ollas de diferentes formas, las cuales colgaban a las cargas con cordeles de lana trenzada. En la Lám. VI, Figs. 1 a 5, presentamos algunas de estas ollas con los cordeles originales. Las N.ºs 1 a 3 fueron desenterradas en Calama por Uhle y existen en el Museo de Etnología y Antropología. Las otras dos, sacadas de sepulturas de Chiu-Chiu, pertenecían a la colección de don Armando Rivera.

Los jarritos patos dibujados en la misma lámina, Figs. 6 y 7, son de las mismas localidades y se encuentran en el Museo mencionado con varios otros parecidos. Otro jarro pato de una forma distinta, en el mismo Museo, es el que reproducimos en la Fig. 1 (abajo) a-4.

Los jarros antropomorfos de la misma figura: a-1, a-2, y a-3, fueron

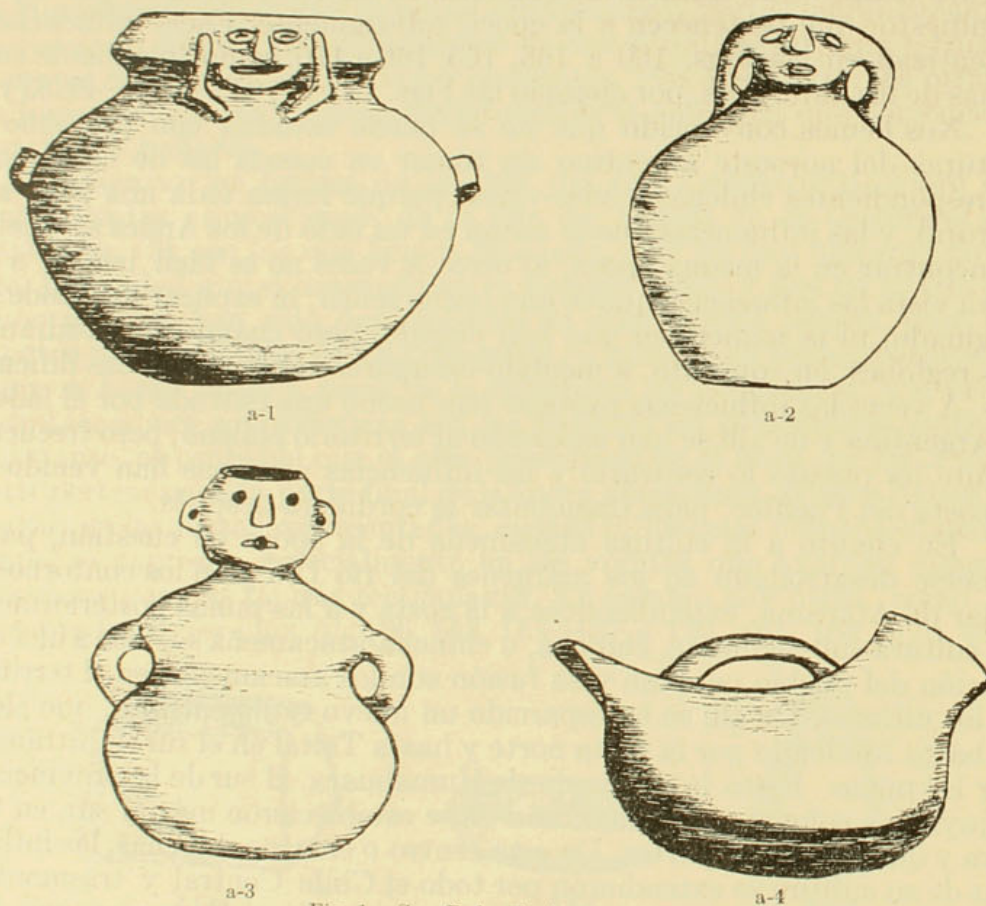


Fig. 1.—San Pedro de Atacama.

hallados en San Pedro de Atacama. Pertenecieron a la colección de don Aníbal Echeverría Reyes, colección que su dueño obsequió al Museo de Etnología. La cara en los tres jarros está en relieve. En el N.º a-1, los brazos se han agregado a los lados de la cabeza, pero en los otros dos son formados por las asas. Son de alfarería roja y enlucida. Hay en la misma colección, varios otros parecidos.

La alfarería de los valles de la cordillera de Tarapacá y Tacna, pre-

senta otro estilo, distinto en gran parte del que acabamos de describir. Se hallan en estos valles algunas piezas que muestran las influencias evidentes del período de Tiahuanaco, especialmente del estilo epigonal, pero no son muy frecuentes los vasos de la cultura puramente atacameña, de los tipos que acabamos de presentar. En cambio son comunes los que demuestran influencias chinchas y chincha-atacameñas. La última época prehispánica—la incaica—también está bien representada, hallándose muchas piezas de las bien conocidas formas y decoraciones de los últimos tiempos de los incas.

Parece que el pueblo que ocupaba estos valles no era de extracción atacameña, a lo menos su cultura temprana indica otra derivación. Si fuera una rama de dicho pueblo, debe haberse separado del tronco antes de la época de la civilización de Tiahuanaco, y desarrolló una cultura propia en que se notan pocos de los elementos típicos de los atacameños de más al sur.

La alfarería de la región cordillerana de Tacna y Tarapacá era más adelantada y producía piezas más elegantes y más finas que la de San Pedro de Atacama, Chiu-Chiu y Calama.

Desde temprano se nota esta diferencia, la cual continúa durante el período chincha-atacameño. Quien hojea las láminas que acompañan el trabajo de Uhle (1) verá inmediatamente que la alfarería de Tacna, durante dicho período es de un tipo y de un estilo muy diferentes a las que presentamos de la región de Calama y Chiu-Chiu, y comparables solamente con los de Taltal, descubiertos por Capdeville. Los mismos tipos y el idéntico estilo eran comunes a los valles de Tarapacá, hasta el valle de Mani por el sur. Como puede verse en las láminas I a V, en que presentamos numerosas piezas halladas en aquellas regiones, hay más finura en la pasta, mejor técnica en la decoración y sobre todo, las líneas rectas y angulares del estilo atacameño son reemplazadas por curvas, volutas, espirales dobles, etc., estilo que se adoptó poco en la zona verdaderamente atacameña y menos aún en la región diaguita-chilena de más al sur.

Entre las piezas de esta región que presentamos, hay un vaso antropomorfo, de tipo peruano. La cabeza y los brazos son modelados en el mismo jarro, pero ni las piernas ni los pies figuran. La cintura está rodeada de una faja, en la cual se ven figuras de triángulos con ganchos curvos, no pintadas sino grabadas. El gollete del vaso forma una toca o sombrero para la cabeza humana colocada en la base del cuello del jarro. Esta pieza fué descubierta, junta con varias otras que también reproducimos, en el valle de Pica, cerca del pueblo de ese nombre, por Fray Crisóstomo, de Iquique. (2) Esta pieza es la Fig. 3 de la Lám. IV.

La olla grande de base cónica, reproducida en la Fig. 1 de la misma lámina, también procede de Pica, y existe en el Museo Nacional de Historia Natural. Fué quebrada en el temblor del mes de Abril de 1927 y refaccionada por el jefe de la sección de Arqueología del Museo, el Sr. Gualterio Looser, quedando algo imperfecta y bastante borrada la decoración, la cual, en el dibujo la hemos reconstruído en cuanto fué posible. Por los

(1) "Fundamentos étnicos", etc.

(2) Debemos las fotografías de las piezas de alfarería encontradas por Fray Crisóstomo, a la cortesía del Padre León Strube, del Colegio de San Luis, de Antofagasta, y de ellas hemos copiado los dibujos.

grandes espirales, es muy parecido a los vasos del mismo tipo hallados por Uhle en Tacna. (*Fundamentos, etc.* Láminas XIX y XX. Figs. 1 y 2), de las cuales reproducimos dos en la Lám. II Figs. 3 y 4. Las otras piezas que aparecen en la misma lámina son igualmente de aquella región y algunas de ellas del mismo valle. Están enlucidas de rojo y parecen pertenecer al final del período chincha-atacameño o al principio del incaico.

Llama la atención el vaso doble antropomorfo, Fig. 1 de la Lám. V, que en un lado de ambos golletes presenta una cara humana en relieve. La boca está formada por un hoyito y los ojos por botones indentados longitudinalmente. Las orejas están perforadas. La unión entre las dos botellas es tubular y permite que el líquido que se eche en un lado fluya al otro. En las paredes exteriores de cada cuerpo se ve, a la altura del hombro, una punta cónica saliente, y puntos semejantes lleva también la botella sencilla, Fig. 2, la cual tiene, además, otra protuberancia en el vientre.

Algunas de las piezas tienen asas diminutas, cuya perforación no pasa de 5 milímetros de diámetro. Este tipo de asa era característico de toda la zona atacameña durante los períodos a que asignamos esta alfarería.

Una pieza notable de esta zona es la que presentamos en la Lám. IV Fig. 2, recogida en Pica por Fray Crisóstomo. Tiene la forma de jarro con asa grande. Es de color rojo claro y sólo la parte inferior ha sido enlucida de rojo más oscuro. El cuello y la parte superior del cuerpo han sido decorados con dibujos de aves, del tipo común de la costa del Perú durante el período epigonal de la cultura de Tiahuanaco. Los del cuerpo son bien visibles, pero el cuello se ha descascarado y sólo se ven vestigios de la decoración, quedando, sin embargo, suficientes para demostrar que los motivos eran parecidos y también ornitomorfos. Las diferentes secciones del decorado están divididas por listones verticales que llevan de adorno, semi-círculos concéntricos, también de tipo tiahuanaqueño.

Otro vasito que muestra las mismas influencias, es el que se reproduce en la Fig. 5 de la misma lámina.

Las Figs. 3 a 6 de la Lám. II, como igualmente todas las de la Lám. III son reproducidas de la obra de Uhle. Proviene de Tacna o de sus inmediaciones. Las Figs. 1 y 2 de la Lám. II tienen la misma procedencia. La primera se halla en el Museo de Etnología y la segunda en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago.

De la curiosa pieza que aparece en la Lám. III, Fig. 1, escribe Uhle lo siguiente: «Lám. XXIII. Fig. 1. Cantarito figurativo. El tipo de los vasos como el de la fig. 2 de la lámina anterior (que nosotros reproducimos en la Lám. III, Fig. 2), variado por la superposición de un cuerpo globular sobre otro. De los dos cuerpos proceden dos cabezas con sus brazos que dan a entender un acto de copulación de un hombre con una mujer; la pintura del vaso y de las figuras es negra sobre fondo blanco; la superficie del vaso está repartida en zonas horizontales, que muestran líneas ondeadas, líneas espirales dobles y un dibujo de volutas. Es de Tacna. Propiedad del Sr. Alfredo Vega B. en Tacna». (1)

De la Fig. 2, dice: «Hermoso cántaro de forma parecida al de la fig. 1. Un asa como cinta conexiona el borde del cuello con la parte más alta de

(1) «Fundamentos étnicos». Ob. cit. p. 79.

la pared del recipiente. Está pintada sobre fondo rojo con amarillo, gris, blanco y negro, y ha sido pulido después de decorado. Puntas triangulares negros bordados de blanco adornan el cuello y la superficie del asa. La decoración del recipiente tiene la forma de dos colgaduras, en cuyo centro aparece la pequeña figura de un gato dentro de un medallón de fondo blanco. Las colgaduras se componen de siete listones decorados alternadamente con hileras de ganchos y dientes serrados. Es de Pará (cerca de Tacna)». (1)

Respecto de los caracteres de la alfarería de toda esta zona, durante el período chincha-atacameño, reproducimos los párrafos en que Uhle los describe:

«Los principales tipos de vasos de este período son los siguientes:

1.—Cántaros supraglobulares. La pared del recipiente contraída en forma cónica hacia arriba y hacia la base plana y más estrecha. Un asa conexas el cuello, ensanchando hacia arriba, con el recipiente.

2. Cantarito más esbelto, pero de tipo muy parecido con excepción del reemplazo del cuello por un borde bajo.

3. Jarrito (figurativo) con recipiente globular, cuello cilíndrico, más estrecho y un asa de corte transversal redondo, que conexas el cuello con el recipiente.

4. Vasitos globulares, sin cuello ni asa, raras veces la boca estrecha estirada en forma de labio.

5. Jarros globulares, con dos asas, parecidos a los del período anterior; el cuerpo del recipiente más estirado en dirección vertical, y el cuello a veces ensanchado en forma cónica hacia arriba.

6. Jarros del mismo tipo general, pero más esbeltos, frecuentemente todavía mucho más apuntados hacia abajo.

7. Jarros cilíndricos con un asa que conexas el borde con el recipiente.

8. Ollas globulares, en parte con dos asas verticales estrechas debajo del borde, para el uso de la cocina.

9. Ollas en forma de zapatos, con un asa en el lado posterior, o con dos laterales.

Los más frecuentes de estos vasos son:

N.º 1 (en Pará); N.º 4, uno o varios en todas las sepulturas de las diferentes clases; N.º 6 (en varias sepulturas del Club Hípico de Tacna); y N.º 9, en numerosas sepulturas de las dos clases.

Corresponden los vasos del tipo 5 casi completamente, por su forma, como en otros respectos, a los jarros del período anterior.

Los tipos 1 a 4 son forasteros en la región. Ollas en forma de zapatos tipo 9, tampoco se han encontrado en sepulturas más antiguas, conociéndose al contrario, por lo menos 5, procedentes de este período. Por otro lado, jarros del tipo 6 se pueden considerar como un producto del período, por su diferencia en la forma de los jarros del tipo 5 y por numerosos puntos de semejanza en el material, técnica y pintura con los vasos de origen forastero.

Igualmente grande, como en las formas, es la diferencia de los vasos en el material de que están hechos en la técnica y pintura.

(1) "Fundamentos étnicos". Ob. cit. p. 79.



El barro de los vasos, tipos 1 a 4 y 6 es gris negruzco, algo granulado, no tan rosado y micáceo como en los vasos 5 y 7. Evidente es la superioridad de la técnica en la forma de los vasos de los tipos 5 y 7. Los colores de la pintura son más numerosos (tipos 1, 2 y 4) aumentados por el uso muy general del amarillo y, a veces, del gris, y su empleo diferente, sirviendo, por lo general, el color rojo para el fondo, y el blanco en los dibujos de la ornamentación (tipos 1, 2, 4 y 6). La combinación de diferentes colores en la ornamentación es también mucho más complicada y varios vasos muestran una superficie fina como pulida, detalle que falta completamente en vasos del tipo 5 y en los de los períodos anteriores.

Con los vasos de los tipos 1, 2 y 3 se introdujeron principios de ornamentación muy diferentes de los ostentados por los vasos del período anterior. La del período anterior estaba caracterizada por dibujos grandes, de arreglo vertical, dominando en ellas las figuras escaleradas; un solo dibujo, casi estereotípicamente repetido y de disposición simétrica en sus partes, cubría los campos extensos para ornamentarlos. Este carácter se repite todavía en gran parte en los vasos del tipo 5, que corresponde casi completamente en dibujo y también en la forma, material y técnica con los vasos antecedentes. La ornamentación pintada en los vasos forasteros de los tipos 1 y 2 se descompone en numerosos motivos minuciosos, en gran parte lineales, que están combinados de la manera más diferente y arbitraria, para producir ornamentaciones en forma de fajas horizontales o verticales, blasones y colgaduras, prevaleciendo la idea de decorar toda la superficie del vaso como un tapiz infinito, adornado con motivos muy variados; los dibujos escalerados y simétricos del período anterior no toman en estas ornamentaciones parte alguna.

Los motivos de decoración más usados son los siguientes:

- a) Ganchitos generalmente arreglados en hileras.
- b) Dientes serrados.
- c) Líneas meándricas,
- d) Rosarios.
- e) Líneas en zig-zag.
- f) Rombos.
- g) Líneas griegas.
- h) Varias combinaciones de triángulos o líneas en zig-zag, con líneas griegas o volutas; líneas en zig-zag con griegas; triángulos dentados con líneas griegas o volutas; triángulos con ganchos anexos, en dos filas que se completan una con otra y líneas espirales dobles, en partes dentadas.
- i) Figuras en forma de Z, con líneas griegas anexas.
- j) Figuras minuciosas de animales y hombres.
- k) Puntas triangulares, bien formadas en los cuellos, a veces con uno o dos ojos, que dan a conocer su derivación de ornamentaciones figurativas.

Además algunos de los vasos tienen adornos plásticos.

Estos tipos de decoración influyeron de varias maneras en los vasos de tipo más antiguo y local; el mismo origen tienen las grandes volutas características para los jarros tipo 5 de este período, y los pies de animales que parecen corresponder a las figuras de ramas en los vasos de tipo forastero.

Por otro lado, dibujos de origen local se aplicaron a veces a los pequeños vasos globulares (tipo 4), como el círculo cuartelado y en otros casos líneas escaleradas abreviadas.

El reemplazo de diferente manera de los troncos ramificados de la decoración de los jarros es también característico para el período. Casi siempre se encuentra en su lugar grandes líneas en zig-zag. La variación de la decoración en los dos lados grandes es también una consecuencia de las influencias forasteras...

Las formas, las técnicas, los colores y la ornamentación de los tipos nuevos de vasos indican un origen peruano. Vasos de forma idéntica en los recipientes se repiten en la región de los valles de Chíncha e Ica; el color, la mezcla y cocido del barro de estos vasos son idénticos con los que se observan en los vasos de aquellos valles; en el número, calidad y en la aplicación de los colores de ornamentaciones no hay diferencias entre vasos del Sur y aquellos del Norte.

La extensión de la decoración, compuesta de motivos de diferentes clases, en forma de tapiz por la superficie del vaso, tan característica para muchos del nuevo estilo del Sur, caracteriza también igualmente la ornamentación de los vasos de Ica, en el período de la civilización local subsiguiente al período epigonal; se repite en estos vasos, y en los del valle de Chíncha, la misma decoración en forma de blasones hemisféricos; algunos vasos en este respecto, muy parecidos se han encontrado al pie del templo del Sol de Moche, llevados probablemente por peregrinos a aquella parte del Norte. Vasos sin cuello o bordo son también característicos en el valle de Chíncha y la particularidad curiosa de la mezcla de figuras pequeñas de hombres y animales con ornamentaciones geométricas se repite en los vasos de Ica del período mencionado.

La misma relación entre la ornamentación de estos vasos del Sur con aquella del valle de Ica existe en numerosos motivos pequeños, como dientes serrados, meandros, rombos, rosarios, líneas en zig-zag, grecas, etc. Una pintura al fresco, en una pared del palacio incaico del valle de Chíncha ostenta un dibujo casi idéntico al de la faja ancha del recipiente del vaso de la Lám. XXII, fig.4 (reproducido por nosotros en la Lám. III Fig. 6). y acostumbrados los incas a agregar en sus monumentos los blasones de muchos de los valles conquistados, esta identidad parece indicar una relación más entre ese vaso de Tacna y la civilización del Norte.

De todo esto el origen de la extraña alfarería parece seguro. En el período que sucedió al epigonal, los habitantes de Chíncha e Ica habían desarrollado una civilización regional, correspondiente, en general, a los caracteres más importantes de los vasos extraños en Tacna. Los Chínchas eran una raza conquistadora en el período que precedió al Imperio de los Incas... Lo que no sabíamos con exactitud era la extensión de los Chínchas hacia el Sur, aunque artículos de su industria se conocían hasta en la región de Arequipa... Faltaban hasta ahora observaciones... pero con los hallazgos hechos cerca de Tacna, no se puede dudar de la extensión lejana de los Chínchas por el Sur.

Los cementerios de Pará parecen mostrarnos la civilización no adulterada de los invasores; sin embargo, uno que otro vaso del tipo medio atacameño se han encontrado también en estas sepulturas. Fragmentos de

algunos cantaritos bien pintados, que se hallan en el cementerio del Club Hípico de Tacna, indicaban la existencia de un estilo transitorio, del que por fin, procedió un estilo local aproximado al atacameño.» (1)

Esta descripción y estas observaciones se aplican igualmente a la alfarería cordillerana de la región de nuestra referencia, como también a la de Taltal. Algunas piezas de esta última procedencia las reproducimos, con la venia del autor, de las fotografías que acompañaban los artículos de su descubridor, el Sr. Augusto Capdeville, publicados en el *Boletín de la Academia de Historia*, de Quito. Son las que figuran en las Láminas X, XI y XII, de este estudio.

Uhle, refiriéndose a esta misma alfarería de Taltal, dice: «Cerca de Taltal, el señor Augusto Capdeville, quien ya descubrió las primeras piedras talladas a manera de las paleolíticas en esa región, excavó un cementerio de alfarería chincha-atacameña, en nada diferente del de Pará y Tacna. Los vasos tienen la forma de cántaros y escudillas, están pintados, generalmente de rojo y negro, sobre fondo blanco y algunos con los mismos colores, sobre fondo amarillo; entre los dibujos de la ornamentación se repiten algunos de origen atacameño y otros de origen chincha, con figuras minuciosas de hombres y animales, entremezcladas con decoraciones geométricas: dientes serrados, hileras de ganchitos, rombos, líneas en zig-zag, triángulos dentados, terminados en una línea griega, etc., todo en la misma forma en que se presenta en los vasos de Pará y Tacna. Existe la misma ingenuidad del dibujo en ornamentaciones que parecen representar colgaduras... de los que resulta la absoluta identidad del estilo con el tacameño.» (2)

Con estas y las demás observaciones de Uhle respecto de las influencias chinchas notadas en toda la zona y aún mucho más al sur, estamos en el más completo acuerdo y como se verán en las numerosas figuras que presentamos, estas influencias eran comunes a todas las diferentes regiones de la zona atacameña, desde Tacna hasta el sur de la provincia de Antofagasta y la Puna de Atacama y la de Jujuy en la Argentina.

---

(1) «Fundamentos étnicos y Arqueología de Arica y Tacna». Ob. cit. pp. 82-87.

(2) «Fundamentos étnicos». p. 91.

---

---

## CAPÍTULO VIII.

### LA ALFARERÍA NEGRA DE LA REGIÓN ATACAMEÑA.

---

En la Argentina se ha publicado un número de trabajos de mérito sobre la arqueología de las regiones andinas vecinas a Chile, en los que la alfarería forma la parte más importante. En Chile mismo, los estudios arqueológicos y las excavaciones científicas han tenido mayor desarrollo y los trabajos de Oyarzún, de Capdeville y sobre todo los de Uhle en el Norte del país, agregados a nuestras propias investigaciones, han proporcionado un nuevo acopio de abundante material que permite coordinar las culturas chilenas con las peruanas y con las del N.O. argentino, y establecer una serie sucesiva de influencias y una cronología tentativa que explica en gran parte su origen y su desarrollo. La fundación del Museo de Etnología y Antropología de Chile, con base de las colecciones recogidas por Uhle, y enriquecido con otras procedentes de diferentes partes del país, nos proporcionó un nuevo campo de estudio y de comparación. Entre tanto pudimos efectuar personalmente numerosas excavaciones en distintas partes de las provincias del Norte y del centro del país y estudiar muchas colecciones particulares, fotografiando o dibujando sus más importantes elementos.

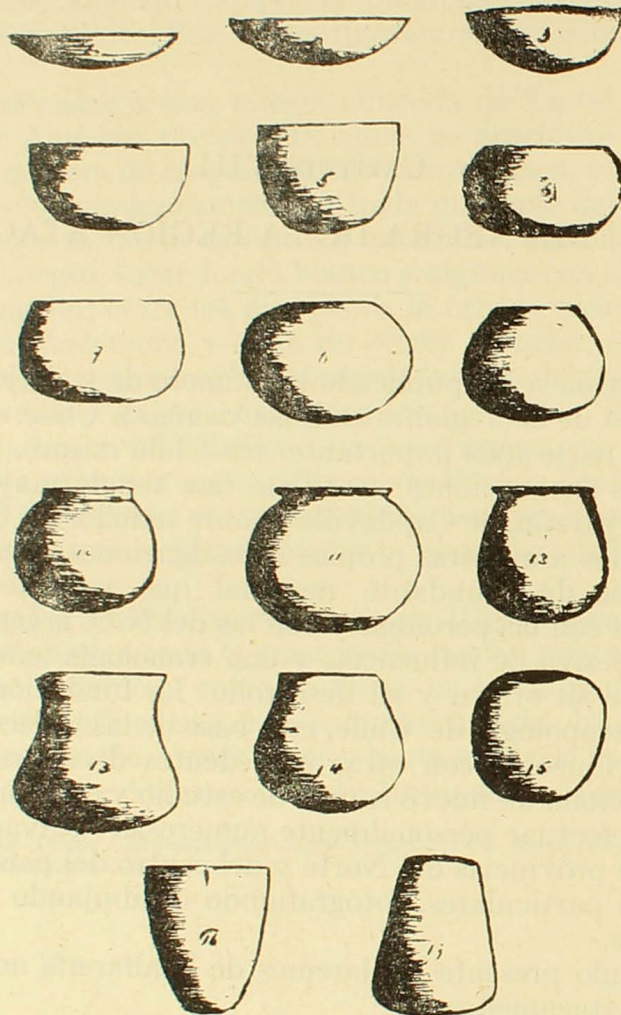
En el capítulo presente hablaremos de la alfarería negra de la región de los antiguos atacameños.

Muchos años atrás, para precisar, en el año 1902, tuvimos oportunidad de hacer un viaje a Conchi—al Norte de Chiu-Chiu—provincia de Antofagasta, en compañía del señor Armando Rivera, acaudalado minero de Copiapó, con el objeto de estudiar unas minas, propiedad de este caballero, situadas a unas pocas leguas de la localidad indicada. El señor Rivera, además de sus aficiones mineras, era a la vez un gran amante de las antigüedades chilenas y había logrado reunir una de las colecciones más hermosas que hemos visto en el país.

Durante nuestra estada en las minas, tuvimos noticias de un gentilar o cementerio indígena que se hallaba en la vecindad de Conchi. Con peones de la mina y las herramientas necesarias, nos trasladamos al lugar y durante tres o cuatro días nos dedicamos a los trabajos de

exploración, abriendo una docena de sepulturas. La descripción detallada de estas excavaciones las dejamos para otra ocasión y por ahora trataremos exclusivamente de aquella parte de los hallazgos que tienen una relación directa con el tema actual.

En casi todas las sepulturas, las cuales tenían una profundidad de 1.30 mt. a 1.50 mt. hallamos algunas piezas de alfarería negra, revueltas con otras de tipo doméstico y tosco, de color rojo claro, en algunos casos

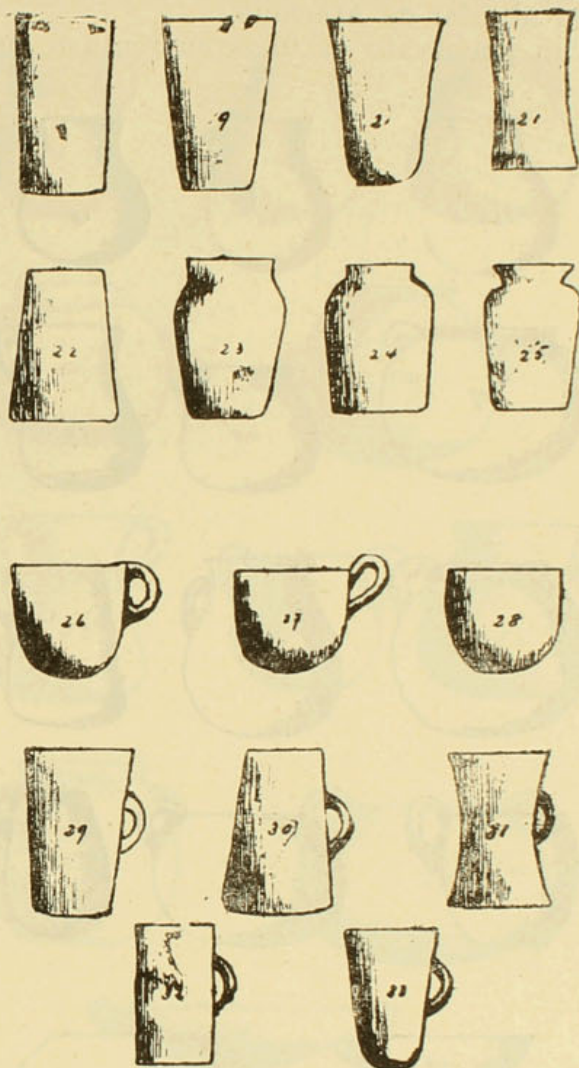


con piezas de decoración pintada. Solamente en dos de las sepulturas hallamos artefactos que tuvieran un estilo típicamente incaico. En la última de una hilera de diez, encontramos un cadáver envuelto en una manta listada de tipo incaico y una ollita de pie, típica de la misma cultura. En esta misma sepultura hallamos también tres platitos, una taza, y dos jarritos de pasta negra del estilo de los que describimos en este artículo. Los jarros eran de forma cilíndrica con asa vertical por un solo lado. Tanto éste, como los platitos, eran de tipos comunes a toda la zona, a excepción de uno (fig. 59) que tenía dos asas horizontales de borde recto.

De las diferentes sepulturas recogimos un centenar de vasos ne-

gros de diversas formas, siendo casi un tercio de ellos platitos de variados cortes, con diámetros que fluctuaban entre 10 y 30 cm. (1)

La alfarería doméstica, mucha de ella cubierta de hollín, era toda de los tipos corrientes en Calama, Chiu-Chiu, La Chimba, Chunchuri, Santa María, San Pedro de Atacama y toda la zona atacameña. La



alfarería pintada era decorada en estilo que Uhle ha llamado *chinchatacameña*, aunque es seguro, por el hallazgo de la misma clase de al-

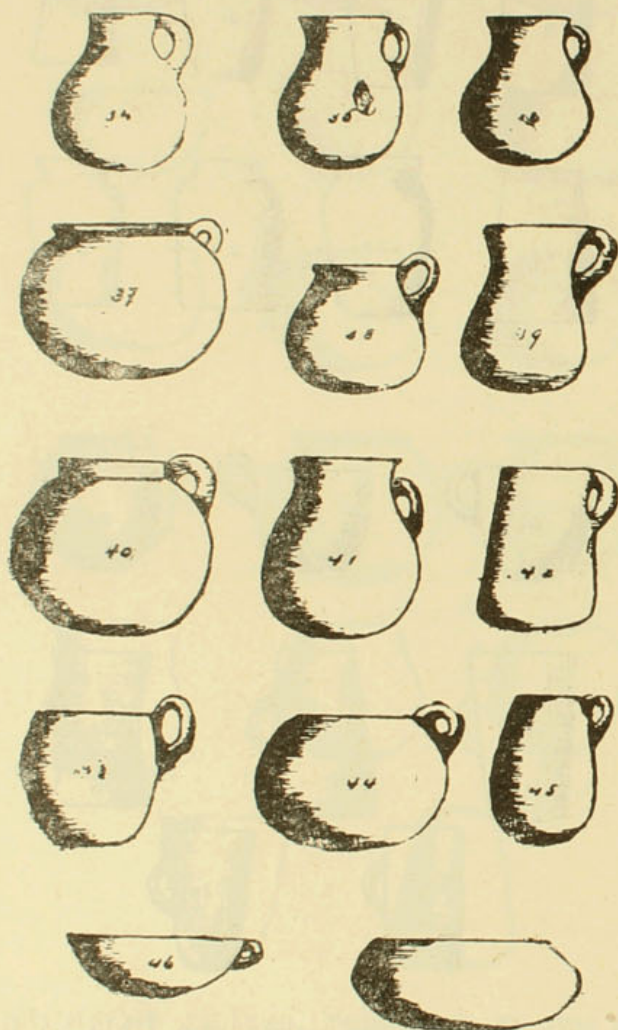
(1) Los tipos de alfarería negra encontrados en estas sepulturas son los que en seguida detallamos. La dividimos en dos secciones; la primera de diez entierros que parecen ser preincaicas, y la segunda, de dos tumbas cuyo contenido demostraba indudables influencias de la cultura de los incas.

- 1.ª 29 platos: tipos 1, 3, 46, 53.
- 7 tazas: tipos 4, 7, 8, 9, 26, 43.
- 13 ollitas: tipos 10, 11, 37, 51, 52.
- 9 jarros: tipos 17, 18, 20, 24, 29, 31.
- 2.ª 7 platos: tipos 1, 2, 59.
- 4 jarros: tipos 67, 70, 72, 80.
- 1 botella: tipo 74.
- 1 botella antropomorfo: tipo 81.
- 1 arybalo: tipo 69.

farería en las sepulturas incaicas, que este estilo continuó durante el período de los incas.

Tres años más tarde tuvimos ocasión de hacer otro viaje profesional a la Puna de Atacama, para examinar unas minas descubiertas en la cordillera de Honar, a unas diez leguas al oriente de Toconao, cerca de las vertientes del río de este nombre, cuyas aguas se resumen en las arenas antes de llegar al salar de Atacama.

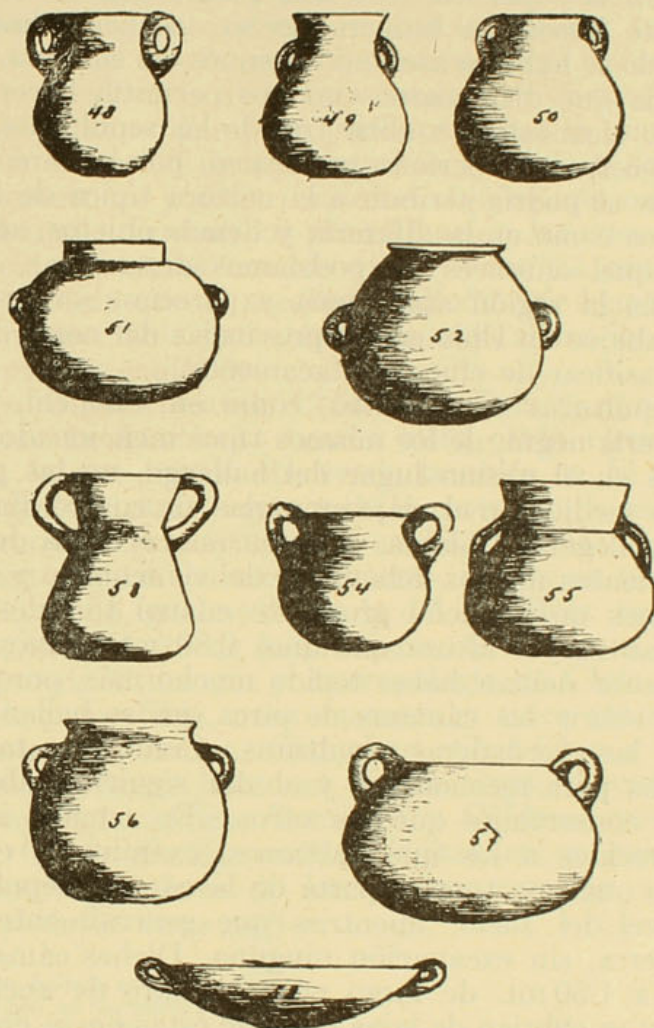
Toconao es un pueblecito de unas cuarenta o cincuenta casitas o



ranchos con una población que no pasa de 300 habitantes, todos indios atacameños, aunque no hablan ya más que un castellano bastardo, habiéndose perdido completamente su propio idioma. Por el valle del río hay unas cien a ciento cincuenta cuadras de tierras regadas; pero, a diferencia de los demás pequeños oasis de la región, hay muy pocas sembradas de alfalfa, la que, según los indios, no se da bien por ser demasiado arenoso el terreno. En cambio hay numerosas huertas, viñas y chacritas, aunque ni el maíz ni el trigo dan buenos resultados y las siembras son principalmente de cebada y quinua, papas y algunas cebollas en las partes menos arenosas. En los contornos hay muchos médanos y por el

lado del Salar, el terreno es pantanoso y existen grandes totorales, explotados por los habitantes, quienes usan la totora para techar sus casas, para hacer esteras y para muchos otros propósitos. Forraje para los pocos animales que tienen, lo traen desde la quebrada de Zapar a unos pocos kilómetros al norte y de Potor, cuatro kilómetros al sur.

Un poco más al oriente, subiendo por el valle del río, se pierden los arenales y hay buen pasto natural en las vegas y en las faldas de los



cerros. Al pasar por Toconao tuvimos noticias de un gentilar o cementerio indígena a medio kilómetro de distancia del caserío y, a la vuelta de nuestra excursión, nos detuvimos algunas horas para reconocerlo.

Este cementerio se encuentra hacia el este de la población, y dista de ella cerca de un kilómetro. Está situado en una pequeña meseta, separada del lecho del río por un alto barranco, socabado en parte por aquél, que ha destruído de esta manera una parte del cementerio. La meseta se compone de cascajo y tierra de aluvión, y forma una masa compacta y dura. Las sepulturas tienen una profundidad de 1.20 a 1.30 mt. y llevan la forma de una botella de agua, con la boca de más o menos un metro de ancho, en una profundidad de 0.40 ó 0.50 met.



ensanchándose más abajo hasta formar una excavación circular de 1.50 mt. de diámetro, por 0.80 a un mt. de altura. Esta era la cámara sepulcral. Los cadáveres momificados estaban en posición sentada, con el mentón sobre las rodillas, las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza inclinada hacia adelante. El ajuar funerario estaba colocado al contorno del cadáver.

Las sepulturas se conocen fácilmente, porque todas tienen un pequeño hueco en la superficie, con una piedra grande en el centro. No parece que este hueco se hubiera hecho intencionalmente, sino más bien que el suelo se hubiera asentado después del entierro.

El tiempo de que disponíamos no nos permitía hacer grandes excavaciones, pero alcanzamos a abrir tres de las sepulturas, las que pertenecían, al parecer, a un período preincaico, por la carencia en ellas de todo objeto que se podría atribuir a la cultura típica de los incas. Tanto en los tejidos como en la alfarería y demás objetos, se notaba un estilo que en aquel entonces no podríamos determinar, pero que eran comunes a toda la región atacameña y parecían ser preincaicos. Después de los trabajos de Uhle en las provincias del norte del país, los hemos podido clasificar de chincha-atacameños.

En estas sepulturas se encontró, como en Chonchi, un número de piezas de alfarería negra, de los mismos tipos mencionados. Estas piezas, que dibujamos en el mismo lugar del hallazgo, no las pudimos llevar, por carecer de medios en el viaje en mulas, de cuatro días, que tuvimos que hacer para llegar a Calama, estación más cercana de ferrocarril.

A unos trescientos metros más al sur del cementerio y sobre la misma meseta, hallamos un pequeño grupo de cuatro túmulos, semiborrados y que no tenían mayor altura que unos 0.80 mt., aunque es evidente que originalmente debían haber tenido mucho más, porque en parte no alcanzaban a cubrir las cámaras de pirca que se hallan en su interior y que forman las verdaderas sepulturas. Como era tarde, resolvimos quedar otro día para reconocerlos y al día siguiente abrimos dos que estaban mejor conservados que los otros. En cuanto a su formación eran muy parecidos a los que habíamos examinado en otras partes del país, salvo que una tercera parte de la cámara sepulcral se hallaba debajo del nivel del suelo, mientras que generalmente se construían a ras de la tierra, sin excavación ninguna. Dichas cámaras tienen más o menos 1.20 a 1.50 mt. de largo por un metro de ancho y unos 0.80 mt. de altura y se cubrían de lajas o donde éstas no se encontraban, con ramas que servían para formar la bóveda o techo.

El contenido de estos túmulos, a diferencia del de las sepulturas del barranco, era todo del estilo incaico. Allí encontramos tres arybalos con la ornamentación fitográfica tan característica de los incas, y otros dos de adaptación de elementos chinchas, de hileras diagonales de pequeños triángulos, rombos, ganchitos, líneas onduladas y en zig-zag. Todos tenían pequeñas orejas perforadas en el borde vuelto hacia afuera del gollete y la cabeza de puma en un lado del cuerpo, tan típicas de los arybalos cuzqueños. Las mantas y otros tejidos también indicaban las mismas influencias. Sin embargo, aunque estos objetos fijaban, sin lugar a duda, la época a que pertenecían los entierros, la mayoría de los arte-

factos hallados en los túmulos tenían un carácter que acusaba otro origen y que se asemejaba más al estilo propio atacameño, con influencias que los asociaba al de los diaguitas de más al sur. De este punto trataremos con más detalles en otro capítulo.

Hallamos en estas sepulturas un número considerable de piezas de alfarería negra de los tipos ya descritos y otros que tenían pequeñas orejas o labios perforados, colocados en sus bordes. (1)

No pudimos terminar la exploración de los túmulos ni de las sepulturas del barranco, porque era imposible obtener forraje para las mulas y tuvimos que continuar viaje hasta Zapár, porque los pobres animales habían estado más de treinta horas sin comer otra cosa que un poco de paja de quinua. Tampoco pudimos llevar lo que extrajimos de las sepulturas, a excepción de unas mantas y bolsas tejidas que colocamos sobre las monturas y unos pequeños objetos que cabían en las alforjas. Sin embargo, mientras los mozos hacían las excavaciones, pudimos describir en nuestra cartera de viaje, todas las principales piezas, dibujándolas a medida que se sacaban, método que hemos adoptado en todos nuestros viajes. De esta cartera sacamos ahora los datos que nos han servido para este capítulo.

En San Pedro de Atacama, Chiu-Chiu, Calama y otras partes del Desierto y Puna de Atacama, hemos visto otros ejemplares de esta alfarería negra, la que hemos observado también en El Cobre, Paposo, Cobija, Antofagasta y otras regiones de la costa. En la colección del Dr. Otto Aichel, recogida principalmente en La Chimba de Antofagasta y en la isla de Santa María del mismo puerto, existía un número de piezas de esta alfarería, como igualmente en la del Dr. Holz, recogida en Obispito y Caldera, en la costa de la provincia de Atacama. (2)

En el Museo de Etnología y Antropología de Chile, existen en las colecciones hechas por Uhle, unas cuarenta y cinco piezas de igual carácter procedentes de Calama, Chunchuri, Chiu-Chiu y San Pedro de Atacama, y en el Museo Nacional de Santiago, se encuentran otras tantas piezas, rotuladas Arica, Tarapacá y Caldera, que son idénticas en sus detalles. Capdeville encontró en Taltal, en un cementerio de túmulos, numerosos ejemplares de los mismos tipos, y algunos nuevos que no hemos visto en otras partes.

(1) Alfarería negra hallada en Toconao.

(a) En el cementerio del barranco, 29 piezas.

8 platos: tipos 1, 2, 47, 58.

5 tazas: tipos 5, 6, 8, 9, 38.

6 ollitas: tipos 11, 12, 40, 52, 54.

10 jarros: tipos 16, 19, 21, 22, 23, 24, 25, 42, 45, 67.

(b) En los túmulos, 26 piezas.

5 platos: tipos 1, 2, 60.

4 tazas: tipos 5, 8, 9, 14.

6 ollitas: tipos 52, 54, 56, 57, 66.

5 botellas: tipos 70, 71, 75, 83, 85.

1 botella antropomorfo: tipo 82.

4 jarros: tipos 76, 78, 79, 80.

1 cajita: tipo 87.

Además dos jarros cilíndricos rojos, decorados, N.ºs 90 y 91, un número de piezas de uso doméstico que no detallamos y otros objetos de metal, hueso, piedra y madera, cuya descripción la dejamos para otra ocasión.

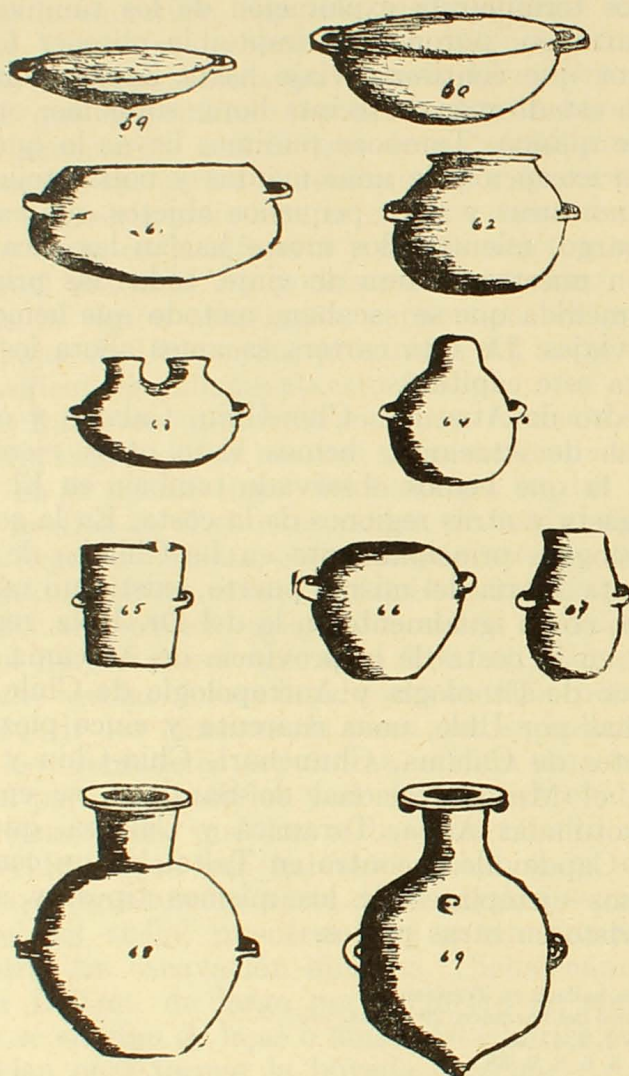
(2) Alfarería negra en la colección del Dr. Holz, 44 piezas.

De Caldera, tipos 2, 7, 9, 12, 13, 14, 27, 32, 33, 34, 39, 44, 49, y 59.

De Obispito, tipos 1, 2, 4, 6, 8, 15, 17, 23, 24, 45, 53, 61, 63, 68, 73 y 77.

Fuera de la zona verdaderamente atacameña, hemos encontrado dos piezas de esta clase de alfarería, que procedían de un túmulo que abrimos en la Punta de Teatinos, las que describimos en un trabajo en prensa. (1)

Otras tres existen en el Museo Nacional, recogidas en Freirina, y una hallada de San Felipe, la vimos en la colección de don Luis Montt.



Debenedetti en su trabajo sobre las exploraciones efectuadas en la isla de Tilcara, dedica un capítulo al estudio de esta clase de alfarería, hallada por él en dicha localidad.

Pasan de seiscientas piezas las chilenas que nos han servido de base para el presente estudio, procedentes de todas las diferentes regiones de la zona atacameña o sujetas a sus influencias; número suficiente para poder formular algunas generalidades sobre sus formas típicas y su extensión geográfica.

(1) Exploración de Túmulos de la Punta de Teatinos (Provincia de Coquimbo).

La alfarería negra es común a todo el país y a todas las épocas culturales; pero la que describimos se distingue por sus formas, su tamaño y su factura y no puede confundirse con la de otras regiones, ni con la de otras épocas.

En general, las piezas no son de gran tamaño y una proporción considerable podría describirse como de tipos chicos. La mayor parte de los platitos, que son los más comunes de todas las piezas, fluctúan entre 10 y 20 cm. de diámetro y son de poca profundidad. Hay algunos más grandes, pero en raras ocasiones llegan a 30 cm. Son de varios tipos, pero todos son de base esférica.

Después de los platos, la forma más común es la de las ollitas, que también son generalmente pequeñas y casi todas de boca contraída, con o sin reborde. En seguida vienen los jarros de diversos tipos, destacándose entre ellos los de forma cilíndrica, los de paredes cóncavas y los de forma de cono truncado.

Entre las tazas se encuentran algunas que son bastante parecidas en hechura a las modernas, como las representadas en las figs. 26, 27, 28 y 43. Otras formas se encuentran sólo en las sepulturas que contienen artefactos netamente de tipo incaico. Entre éstas se pueden incluir las botellas, los jarros de base ancha y plana y otros que llevan pequeñas orejas perforadas, (figs. 76 a 85) y algunos vasos que tienen asas horizontales aplanadas, de corte recto.

Esta alfarería puede dividirse en varios tipos, sin que estas divisiones indiquen una separación de estilo o de período, pero que son útiles para su clasificación. Los principales son:

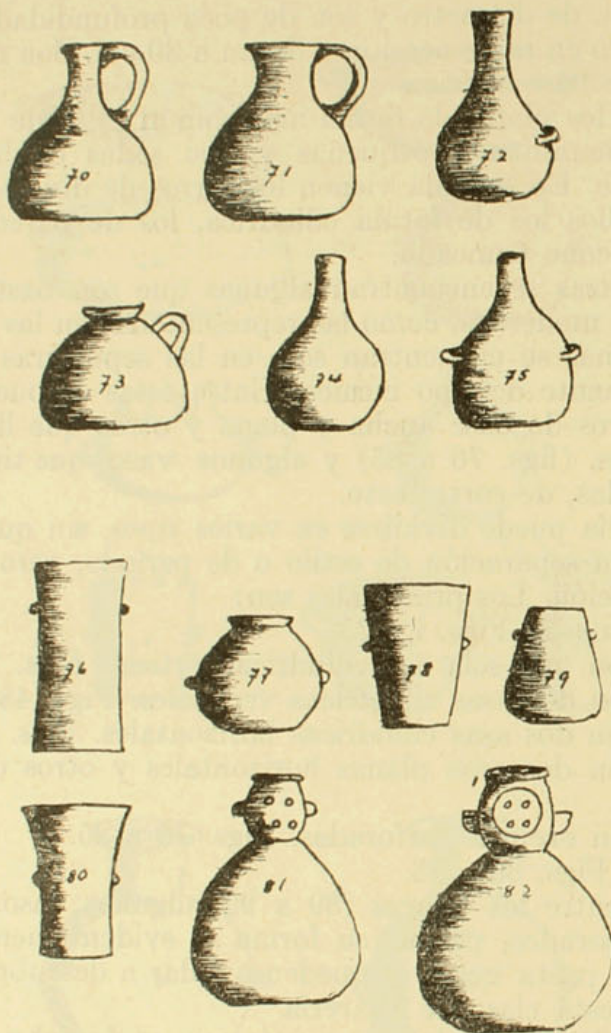
- a) Vasos sin asas. Figs. 1 a 25.
- b) Vasos con una sola asa cilíndrica vertical. Figs. 26 a 47.
- c) Vasos con dos asas cilíndricas verticales. Figs. 48 a 58.
- d) Vasos con dos asas cilíndricas horizontales. Figs. 59 a 67.
- e) Vasos con dos asas planas horizontales y otros de tipo incaico. Figs. 68 a 75.
- f) Vasos con orejitas perforadas. Figs. 76 a 85.
- g) Cajitas. Figs. 86 a 88.

Incluimos entre las figuras (89 a 92) algunos vasos cilíndricos de color rojo y decorados, porque su forma es evidentemente derivada de los similares de pasta negra y pueden ayudar a descubrir el verdadero origen de toda esta clase de alfarería.

Aunque se ha usado la misma técnica en la fabricación de toda esta categoría de cerámica, se notan diferencias de factura y de excelencia. Estas diferencias pueden ser resultados de un desarrollo o evolución, o bien deberse a circunstancias locales. Por ejemplo, muchos de los platos están pulidos únicamente en el interior, mientras que otros llevan un pulimento interior y exterior. Igual cosa pasa con los vasos de otros tipos, exceptuando los cuya forma no permiten semejante tratamiento interior, como las botellas y algunos de los jarros de boca angosta. En algunos es casi seguro que se ha usado la plumbajina o sulfuros de plomo para producir el lustre, o en la preparación del betún (*slip*) con que están cubiertos, porque tienen un color negro metálico, que contrasta con el de otros en que el negro es más intenso y su brillante superficie producido

evidentemente por el pulimiento o bruñido. Sin embargo, en un número considerable de piezas, el color negro se debe a la manera particular de quemarlas y el tinte disparejo era producido por el humo, pero intencionalmente. Este tipo raras veces era bruñido y su técnica parece pertenecer a un estilo más antiguo.

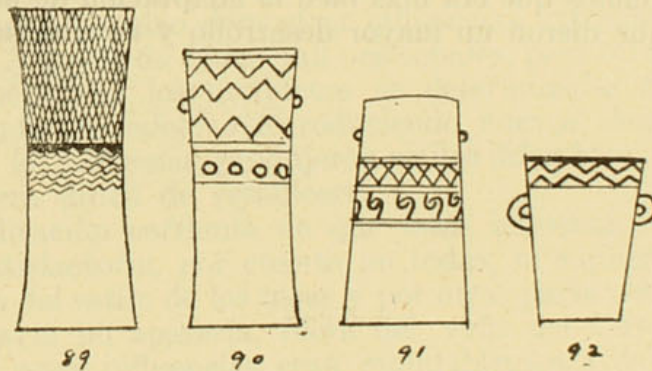
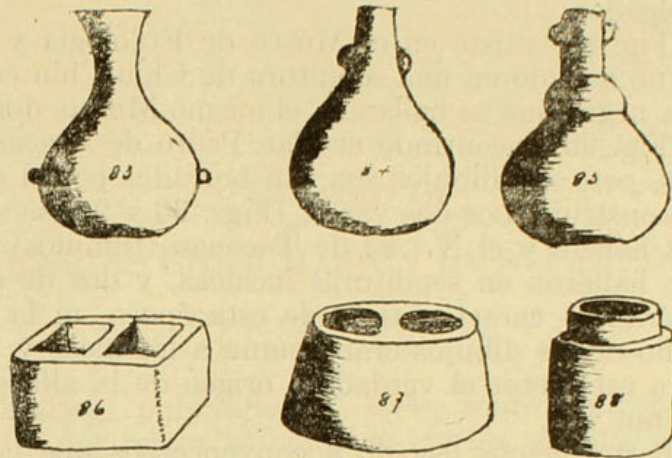
Después de un estudio detenido de todo el material y una compa-



ración minuciosa del contenido de cada sepultura de las que alcanzamos a reconocer personalmente, creemos no ser muy aventurado suponer que esta clase de cerámica originó en la última época preincaica de la región atacameña, la que Uhle llama chincha-atacameña. Llegamos a esta conclusión por dos motivos: primero, porque una gran proporción de las piezas que hemos examinado no presente tipos que se pueden asegurar sean incaicos, aunque tienen semejanza con el estilo peruano costino y luego, porque en las regiones donde hemos hecho excavaciones, hallamos un número de sepulturas en que no había ningún objeto típicamente incaico, pero sí muchas indicaciones de influencias chinchas o chincha-atacameñas. Por otra parte, en todas las regiones, habían

otras sepulturas en que abundaban artefactos que pertenecían indudablemente al período de los incas, y en algunos casos casi la totalidad del contenido demostraban dichas influencias.

Deducimos de estos hechos que la alfarería negra pulimentada, de paredes delgadas, se introdujo en la región hacia fines del período preincaico chincha-atacameño, continuando su desarrollo durante el período



de los incas, época en la cual se introdujeron algunos tipos nuevos y quizá se produjo alguna mejora en el acabado de las piezas. Por estas razones hallamos entre esta alfarería una proporción considerable de piezas que son típicamente incaicas, lo que ha hecho suponer a algunos escritores, que sólo la conocen por las colecciones, sin haberse ocupado de excavaciones, que toda debe consignarse al período de los incas y que su introducción se debe a ellos.

No entramos en largas descripciones de las piezas porque su forma se presenta en los dibujos. La pasta es más o menos igual en todas partes. La greda empleada en su fabricación es casi nunca bien negra y al romper una pieza se ve que es más bien grisácea, tirando a veces a negro

y a veces a un tinte amarillento. El color negro intenso de una gran parte de las piezas se debe al betún o barniz que se aplica después de su cocción y que es después bruñido o, en algunos casos, es producido (al parecer) por la galena de la mezcla, después de sujetarla a una segunda cocción y a veces por el sistema de quemar las piezas en un fuego ahogado.

Los cuatro vasos reproducidos en las Figs. 89 a 92 son de color rojo pálido y los dibujos pintados sobre una superficie bruñida, con líneas negras muy delgadas.

El jarro (Fig. 89) existe en el Museo de Etnología y Antropología de Santiago. Fué hallado en una sepultura de Chiu-Chiu con varias piezas de alfarería negra que se hallan en el mismo Museo, donde hay otras del tipo de la Fig. 90, encontrado en San Pedro de Atacama, en condiciones análogas, pero sus dibujos son tan borrados por el salitre que no los pudimos reconstruir. Los dos vasos, (Figs. 90 y 91) se sacaron de las sepulturas de Chonchi y el N.º 92 de Toconao (túmulos).

Aunque se hallaron en sepulturas incaicas, y dos de ellos ostentan orejitas (sin perforar) características de esta época, ni la forma de los vasos ni el estilo de los dibujos eran común a los incas y pueden servir de eslabón para establecer el verdadero origen de la alfarería negra cuyas formas imitan.

Por otra parte, hemos llegado a convencernos que las orejitas en los bordes de los vasos, sean o no perforadas, no eran una innovación de los incas, aunque generalmente han sido atribuidos a ellos, porque tanto en la región chilena como en la argentina, se hallan piezas de alfarería que las ostentan, sacadas de sepulturas donde no existen indicios de aquella cultura. Ciertamente es que su empleo era muy común entre los incas, pero estimamos que era más bien la adaptación de una costumbre ya existente a que dieron un mayor desarrollo y no una novedad introducida por ellos.

---

---

## CAPÍTULO IX

### LAS INFLUENCIAS CHINCHAS EN LA ALFARERÍA CHILENA.

---

En un trabajo publicado en 1909, sobre Antropología Chilena, fundándonos en los restos hallados en ciertas sepulturas que habíamos excavado en las provincias del norte, llamamos la atención hacia un elemento extraño en ellos que no era nacional y que posiblemente podía ser de origen Chincha y que de todo modo había ejercido una influencia preponderante en el desarrollo posterior de la cultura nacional.

Al comenzar el estudio de la alfarería luego dimos cuenta del gran número de piezas en todas las zonas del país, que, o en sus formas o en su decorado, parecían demostrar influencias extrañas al arte nacional de la época. Algunas de éstas eran ocasionales, pero otras habían impreso un sello especial en los productos de determinadas zonas, cambiando completamente su índole o introduciendo nuevos elementos que, combinados con los indígenas, produjeron estilos diferentes. El origen de estas influencias era difícil de establecer.

La explicación corriente de que estas influencias eran incaicas no resultaba satisfactorio, por cuanto no todas, ni siquiera la mayor parte de ellas eran del estilo de los incas y por otra parte pertenecían a épocas cuando todavía no aparecía, fuera del valle del Cuzco, dicho pueblo. Algunas de estas influencias eran indudablemente de origen tiahuanaqueño, y del estilo dado a conocer en la magistral obra de Stübel y Uhle, algunas pocas eran asimismo de origen diaguita-argentino. Pero quedaban otras, y a todas luces las más numerosas, que no se asemejaban a ninguna de las culturas hasta entonces descritas, aunque se encontraban de vez en cuando en la alfarería procedente de las costas centrales del Perú, sin que se les pudiera asignar un centro fijo y menos aún una época determinada. En la obra sobre Pachacamac, Uhle reprodujo algunas piezas de alfarería que presentaban ciertos motivos decorativos parecidos a los que estudiábamos. Sin embargo, estas escasas semejanzas no eran suficientes para fundar en ellas una hipótesis.

Cuando el mismo arqueólogo publicó su artículo *Zur Chronologie der alten culturen von Ica*, hallamos nuevamente en este trabajo algunos mo-



tivos de donde pudieron haberse derivado algunos de aquellos que notamos en el arte chileno. Pero, era sólo después de la publicación, por la Universidad de California, de una parte del material arqueológico recogido por Uhle en el valle de Chíncha que pudimos decir con seguridad que este centro cultural había jugado un papel muy importante en el desarrollo del arte del norte y centro del país, especialmente en la región diaguita-chilena, o sean las provincias de Atacama y Coquimbo, extendiéndose poco a poco sus influencias hacia el sur.

El descubrimiento por Uhle y por Capdeville de las influencias chinchas en Arica, Tacna, la región atacameña y Taltal permitieron al primero establecer sobre base sólida su período *chíncha-atacameño*, para toda la costa del norte y la publicación de sus trabajos sobre estas regiones nos dió un nuevo material de estudio y de comparación que nos habilita para hablar ahora con mayor seguridad y decir que las influencias chinchas han sido las más importantes de todas las que obraron sobre el arte indígena prehispánico de Chile. Podemos complementar ahora las declaraciones de Uhle y asegurar que los Chinchas no solamente llegaron hasta Taltal por el sur, sino que habían establecido una colonia en Caldera. En esta localidad su presencia se comprueba por las sepulturas en que los artefactos hallados demuestran, no semejanzas, sino identidad con los del valle de Chíncha y sus contornos, de la última época preincaica.

Dichos artefactos son distintos de los que se hallan en otras regiones de la provincia, en su forma y en su decorado, siendo todos tipos netamente chinchas. Entre la alfarería se hallan las botellas de gollete angosto y bifurcado (Lám. XV Fig. 8.; Lám. XXI Fig. 3) los de cuerpo globular y gollete recto, con un decorado sencillo de líneas horizontales que divide el cuerpo en dos secciones (Lám. XXI Fig. 4), que circundan el gollete en la base y con otras verticales espaciadas en la parte superior del cuerpo; los jarros sub-globulares, sin cuello, con reborde vuelto hacia afuera (*bevel-lipped*), decorados en su parte superior con figuras geométricas y en el reborde con rayas verticales y oblicuas; los jarros en forma de botella doble, de gollete ancho e inclinado hacia afuera; los platos ligeramente cóncavos decorados en sus bordes con figuras escalonadas, colocadas en pares opuestas; la repetición constante de las figuras en forma de tablero de damas; los cántaros de cuerpo globular o cuya parte inferior se parece a un cono truncado invertido y con gollete que ostenta una cara humana aplanada con las facciones en relieve; las figuras de greda que representan mujeres desnudas con los órganos sexuales bien señalados, generalmente huecas, con la cabeza cortada en cuadro, las manos cruzadas sobre el abdomen y ostentando como única vestidura una faja labrada en la cintura.

Estos y otros tipos indican sin lugar a duda que el pueblo que los fabricaba era el chíncha.

Es probable que desde este centro, el más meridional que hasta ahora se conoce de dicho pueblo, se haya esparcido su cultura o las influencias de ella por toda la región diaguita-chilena, alcanzando poco a poco hasta el extremo sur del país, y trasmontando la cordillera, haya dejado sus huellas en el arte de los daguitas-argentinos.

Empero, los indios chilenos no copiaron fielmente estos modelos. Aceptaron uno que otro de los nuevos elementos más característicos, especialmente los del decorado, adaptándolos y combinándolos con los de su propio arte local. De esta manera produjeron un estilo especial que se distingue de todos los que les rodeaban.

No hemos aceptado para la región situada al sur de la provincia de Antofagasta la denominación *chíncha-atacameña* empleada por Uhle al hablar de las influencias notadas por él más al norte, por cuanto la cultura típica de los atacameños ha dejado muy pocas huellas en la región meridional y los elementos chinchas adoptados en el arte de ésta son distintos o combinados de otra manera con los nacionales que también eran distintos de los atacameños. Estas diferencias hacen que el arte de las dos zonas sea muy diverso y no se puede confundir el de una región con el de otra. En nuestro concepto, las influencias chinchas deben haberse dimanado de la colonia o colonias de este pueblo, establecidas en la costa, de la misma manera como colonias análogas han influenciado la antigua cultura atacameña de más al norte.

Tomando en cuenta estos hechos, hemos propuesto y empleado las denominaciones *chíncha-diaguíta* para aquellas influencias notadas en las provincias de Atacama y Coquimbo y para el arte derivado de ellas, y *chíncha-chilena* para las encontradas al sur de esta región y que son, en muchos respectos diferentes, aunque derivadas de la misma fuente.

Es imposible en el espacio de que disponemos, indicar todas las diferentes manifestaciones de estas influencias que se encuentran en el arte chileno. Diremos, sin embargo, que una gran parte de la alfarería que se ha supuesto ser incaica, pertenece a esta época y se debe a estas influencias.

Según la cronología propuesta por Uhle, la época de la cultura *chíncha-atacameña*, en las provincias del norte duró aproximadamente desde los comienzos del siglo XII hasta los mediados del siglo XIV. Para la región *chíncha-diaguíta* alargamos esta época en un siglo, porque las influencias incaicas no se hicieron aparentes hasta mucho más tarde, probablemente en el tiempo de la invasión de aquel pueblo.

El motivo más empleado en la decoración, por todo el norte y centro de Chile, es la figura escalerada, con o sin grecas o ganchos. Este motivo, originado probablemente en la antiquísima cultura atacameña y transportada por ese pueblo a las orillas del lago Titicaca, de donde se incorporó como elemento importante en el arte de Tiahuanaco, llegó a esparcirse por todo el Perú y hasta el Ecuador. Adoptado en el arte *chíncha*, volvió a distribuirse en forma modificada, por todas partes donde llegaron las influencias de esta cultura. (1)

Las figuras escaleradas de este estilo son más menudas y de líneas más delgadas y onduladas que las grandes y sólidas de las culturas de los atacameños y los tiahuanaqueños. A menudo se presentan en forma de pirámides con ganchos enlazados en el interior de la figura. (Lám. XIII Figs. 2 a 8), pero se hallan en tantas diferentes combinaciones que es imposible dar una idea concreta de todas ellas. Cuando se repetían en la misma decoración, como era muy común, se separaban unas de otras

(1) Véase Uhle. "Fundamentos étnicos." Ob. cit. p. 72.

por líneas verticales o diagonales, las que eran frecuentemente onduladas o dentadas. Con frecuencia los escalones se reemplazaban por triángulos que llevaban ganchos enlazados de la misma manera que las anteriores (Fig. 8) o de orillas onduladas (Fig. 7) pero había muchas otras combinaciones (Figs. 1, 2, 4, 5, 6 y 8).

Otro motivo muy común en la alfarería de la época, derivado de las mismas influencias, eran los cuerpos reticulados, en forma de rectángulos, cuadrados, rombos, triángulos, etc. (1) (Figs. 10 y 11). Estas eran evidentemente derivadas de las líneas cruzadas, como las de la Fig. 12. Una estilización de tal tipo es la que se nota en los tres vasos del valle de Aconcagua, que figuran en la Lámina LI (Figs. 1 a 3), que se compone de tres líneas paralelas (siendo más gruesa la del medio) cruzadas por otras cortas, en ángulo recto, formando una especie de cinta, dispuesta de una manera especial, como se nota en el dibujo. Otra particularidad que tienen dichas tres piezas y que es característica de la alfarería chincha, son los pequeños dibujos colocados en el borde interior, generalmente en número de cuatro, uno por cada lado. Un plato cóncavo, de buena pasta, rojo en su parte exterior y blanco adentro, tiene como único adorno, cuatro de estas pequeñas figuras (Fig. 7 Lám. LI). Fué hallado en San José de Piguchén, junto con las tres tazas de que acabamos de hablar. Los cuatro vasos se hallan en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago.

Las figuras reticuladas se trocan a veces por grupos de triangulitos que producen un efecto elegante, especialmente cuando son alternadamente de colores distintos, rojos, negros y blancos. En el trabajo de Uhle, *Zur Chronologie der alten culturen von Ica*, la figura N.º 8 de la Lámina X nos muestra un vaso con este mismo arreglo de triangulitos. El autor dice que fué extraído del cementerio de Chulpasa, cerca de Ica y que pertenece al último período preincaico, en que todavía se notaban dibujos del estilo de Tiahuanaco. El mismo dibujo se halla en la decoración de la alfarería calchaquí. (2)

Las figuras geométricas tan empleadas en la decoración de esta época no siempre son de un color sólido, sino que con frecuencia se rellenan de pequeñas líneas paralelas a los contornos. (Figs. 29 y 32). Esto pasa especialmente con los ángulos y triángulos, y era el motivo más usado por los indios de las provincias australes, motivo que perduró entre ellos hasta después de la conquista española.

Las volutas también se emplean en numerosas combinaciones, pero no son tan comunes como los ganchos rectangulares. Este motivo era asimismo uno de los más típicos de la cultura chincha. (3) Las líneas dentadas u onduladas, las hileras de ganchos, verticales o diagonales, ya solas, ya en combinación con otros elementos y sobre todo para cierres de campos o fajas de decorados, son sumamente comunes en el arte de la época.

(1) Véase Capdeville: "Un Cementerio Chincha-Atacameño en Punta Grande. Taltal. Ob. cit. Plancha III. Fig. 3.

(2) OUTES, FÉLIX F.—"Alfarerías del noroeste argentino." Plancha IV, figs. 1 y 2, y también las figuras en el texto. N.º 28 y 29.

(3) UHLE, MAX.—"Fundamentos étnicos". Ob. cit. p. 84. Reproducimos algunas de estas combinaciones en las Figs. 1 y 4. Lám. II.

Otros motivos comunes a este estilo son las líneas en zig-zag, solas o en series paralelas (Fig. 7. Lám. XLIV); los campos a menudos simples fajas o listones llenos de puntitos (1) como se ven en algunos de los rectángulos en que figuran caras humanas, en la alfarería diaguita-chincha o como en las figuras 3 y 8 de la Lám. XV; las hileras de puntos entre líneas verticales o diagonales, etc.

En este período también se hallan los bordes y las asas de los vasos, sobre todos los bordes de los platos, decorados con una angosta faja de dibujos menudos de líneas o de ángulos (2) carácter que, en cuanto a la alfarería chilena, se creyó introducirse únicamente con las influencias incaicas, pero que son muy comunes al estilo chincha-diaguita y chincha-chilena. Ahora se sabe que dicho elemento decorativo debe haberse introducido al arte incaico por las influencias chinchas. Entre las que podemos atribuir con seguridad a esta época se hallan las Figs. 3, 9 y 12 de la Lám. XV, 1 y 2 de la Lám. XVIII, etc. La serie de platos que ostentan algunas de estas figuras forma un tipo de alfarería sumamente común en Chile Central y con la excepción de uno o dos ejemplares todos proceden de la provincia de Santiago o las de O'Higgins y Colchagua. En cuanto sabemos no se ha encontrado el mismo tipo fuera de estos límites. En sus formas son todos parecidos, de base cóncava, siempre de color de ocre amarillo, adornados sin excepción en el interior y a veces también en el exterior, con dibujos rojos o a veces rojos y negros. La mayor parte de ellos tienen como decoración principal, un campo en forma de cruz, que se extiende de borde a borde. Los espacios dejados entre los brazos de la cruz, a veces llevan otros dibujos, pero frecuentemente quedan en blanco. Algunos tienen un borde angosto de las pequeñas líneas o ángulos que hemos mencionado y otros no. La cruz se rellena de dibujos de motivos variados y no conocemos dos platos que sean iguales. Constan de líneas onduladas, ángulos, triángulos, rombos, etc., en diversas combinaciones y a veces producen efectos bizarros.

Algunos llevan un elemento que parece ser exclusivo de esta zona y no lo encontramos fuera de ella. Consiste en triángulos u otras figuras, en cuyos contornos se encuentran un número de rayas pequeñas, perpendiculares al borde y parecen pelos. (Figs. 1 y 6, Lám. XXIV, 2 y 3 de la Lám. XXV), o a veces unidas a otras líneas como si representasen hojas pegadas a una rama, pero cuyo verdadero significado no lo comprendemos.

Siete de estos platos, algunos con el dibujo que acabamos de mencionar, se sacaron de un antiguo cementerio indígena descubierto en la Hacienda de Cauquenes, a las orillas del río Cachapoal, departamento de Rancagua y existen en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Otros de la misma procedencia había en la colección de don Luis Montt y varios otros en la del Dr. Oyarzún (Lám. LV, Figs. 1 a 5. Lám. L, Figs. 1 a 3).

(1) Uhle. "Fundamentos étnicos", p. 84.

(2) Como consta por los jarros y platos hallados en el valle de Chincha y pertenecientes a la época preincaica y en los de Ica de la misma época. Es probable que esta particularidad fué introducida en el arte incaico por las influencias chinchas; pues Uhle (Fund. étnicos. p. 96.) dice: "La raíz principal del estilo de los Incas fué, sin duda alguna, el estilo post-tiahuanaqueño de los valles de Chincha e Ica. El estilo incaico aparece de esta manera como un producto de influencia chincha y chincha-atacameñas fundidas en un estilo nuevo y diferente."

Volvemos a encontrar la misma figura en cruz en los pucos descritos por Ambrosetti en su obra *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande*, Figs. 124 a 128, y su relleno es del todo parecido al de los chilenos. En la misma obra, hallamos un pequeño puco con la figura triangular orillada de rayitas perpendiculares (Fig. 133 p. 121). En otra obra que trata de la arqueología del Noroeste Argentino, *Exploraciones Prehistóricas de la Isla de Tilcara* por el Dr. Salvador Debenedetti, hallamos otra serie de platos con idéntica decoración (Figs. 16, 17, 21 a 28), aunque de tipo inferior en cuanto al dibujo y técnica.

Una modificación del mismo tipo de dibujo se halla en algunos de los pucos del valle de Yocavil, descritos por Ambrosetti (Figs. 7 a 11).

Un examen de la alfarería diaguita-argentina demuestra que las influencias chinchas y chincha-atacameñas eran tan comunes en aquel lado de la cordillera como en éste y que reproducían todos los elementos que hemos mencionado, solos o en combinaciones, a menudo reproduciendo un estilo local. Dichas influencias se extendieron también hasta la región de los chiriguanos, como lo deja ver la decoración de varias de las piezas de alfarería reproducidas por Félix F. Outes en su *Cerámica Chiriguana*, Figs. 21, 23 a 26 y las Planchas I y II, y se vuelven a encontrar en el Noroeste de Bolivia, Provincia de Sora. En las figuras que da Erland von Nordenskiöld, *Urnengräber und mounds in Bolivianischen Flachlande*, encontramos varias que indican de una manera clara la emigración de estas influencias, como las Figs. 46, 53, 57 a 59, 77, 81 85 a 87, 96 a 98, 100, 109 a 112, 118, 122 y 124.

Todo esto prueba lo que había predicho Uhle, que la influencia de la cultura chincha había abarcado una enorme extensión de territorio, preparándose así el terreno para la futura cultura incaica, la cual, fundándose principalmente en la chincha, sólo agregó a ella ciertos elementos y formas nuevas y quizás una mayor elegancia en la combinación de los motivos existentes.

Pero, volvamos a la alfarería chilena. Llama la atención un hermoso plato semi-esférico (Lám. XXVIII, Fig. 4) hallado en Macul, cerca de Santiago; por la novedad de su estilo decorativo, igual en el exterior y el interior. Se compone de una serie de ángulos combinados en forma de estrella. Las puntas de los ángulos son cerrados formando triangulitos. La enlucidura de todo el plato es de color ocre pálido. Sobre este fondo el dibujo se ha pintado de rojo y ocre dorado, bastante más oscuro que el fondo. Otro, casi igual se halló en Codegua, Provincia de O'Higgins, (Fig. 4. Lám. LI). Ambos platos llevan en el borde una hilera de ángulos embutidos unos en otros.

Los platos o pucos cóncavos hallados fuera de esta zona son de otros tipos y casi siempre rojos afuera, y adentro enlucidos de blanco y decorados únicamente en el interior. Mientras más al norte, más finos son, más pulidos, de mejor factura y de una decoración más esmerada. La alfarería de las provincias nortinas, especialmente la de Coquimbo y Atacama es a la vez más variada. Es, sin discusión, en estas dos provincias donde se halla la cerámica indígena más hermosa de Chile y ésta en su mayor parte debe atribuirse a la época chincha-diaguita, pero en ella se notan todavía muchos elementos derivados de la cultura tia-

huanaqueña y algunas influencias del noroeste argentino. Sin embargo, durante la época en referencia, ambas influencias sufrieron serias modificaciones, amoldándose poco a poco al nuevo estilo, y los tres en conjunto formaron un estilo particular que llegó a ser característico de toda la zona. No es raro entonces encontrar piezas de alfarería que demuestran elementos combinados de dos de estas culturas o bien de las tres, aun cuando muchas veces las formas de las piezas son de tipos locales.

Entre las piezas cuya decoración es netamente chincha, se hallan algunas tazas (Fig. 5. Lám. XLIII) de paredes delgadas, inclinadas con frecuencia hacia afuera, de base plana generalmente de pardo rojo o café oscuro, y finamente enlucidas. Son decoradas interior y exteriormente con campos verticales reticulados, o con volutas combinadas y los espacios intermedios de figuritas de animales, casi siempre llamas, más raramente con hombres. El ejemplar que presentamos existe en el Museo Nacional de Historia Natural y procede de Vallenar. Se parece mucho al reproducido por Medina (*Aborígenes de Chile. Atlas. Fig. 163*) Capdeville reproduce otros dos en su folleto *La civilización de las gentes de los vasos pintados*. Figs. 2 y 3, sacadas de un cementerio de Taltal, y el Sr. Leotardo Matus en un artículo de prensa reprodujo otra, sacada por él de sus excavaciones, cerca de Copiapó. En Caldera vimos dos ejemplares en posesión del Sr. Guillermo Schaeffner, ambas halladas en la vecindad.

Hasta ahora, en cuanto sepamos, no se ha hallado este tipo de decoración al sur del valle de Huasco.

Existen en la zona diaguita algunos platos ornitomorfos que en su forma son reliquias del arte de Tiahuanaco. Son distintos de los de origen incaico que son también comunes en la misma zona. (Figs. 1 y 1-a Lám. XLVIII). Sin embargo, la edad de dichos platos es más reciente como se deja ver por los decorados que siempre contienen algunos elementos del arte chincha, que divulgan la época a que pertenecen.

Un motivo ornitomorfo debido a las mismas influencias, común en la región diaguita, y que no hemos encontrado más al sur, se compone de una figura geométrica—triángulo, cuadrado, rectángulo, rombo u óvalo—cuadrículada, encima de la cual se coloca la cabeza estilizada de un ave, con o sin cuello. La cabeza se compone de un círculo con un punto en el centro para representar el ojo y dos rayitas a un lado para señalar el pico. Cuando cuello éste se forma por una simple línea. (Figs. 13 a 20. Lám. XIII). A menudo los vasos que llevan este adorno no tienen otra decoración que tres o cuatro de estas figuras colocadas en el borde del interior o del exterior, pero a veces el dibujo ocupa el centro del plato. Raramente se dibujan las patas del ave y cuando se hace, éstas son de una forma convencionalizada. Fig. 15. Estos dibujos recuerdan los dados por Baessler en su *Ancient Peruvian Art*. Pl. VII. fig. 4.

Más adelante veremos que casi todos los hermosos platos de la región diaguita-chilena ostentan decoraciones compuestas de elementos combinados del arte chincha.

Un motivo que se ha encontrado en dos o tres diferentes regiones de Chile, como igualmente en cierta zona de las provincias calchaquíes del noroeste argentino es el que en este país se ha llamado *trinacrio* y en la

Argentina, *trisqueñón*. Parece que este motivo también tuvo su origen en el arte chincha. No entramos a describir este motivo aquí, ya que más adelante dedicamos un capítulo al tema.

Hallamos en la alfarería de Atacama, Coquimbo y Aconcagua, otro tipo que debemos consignar a la misma época e influencias. No es muy común pero conocemos a lo menos una docena de piezas, de las cuales no hay dos idénticas. Son los jarros de uno o de doble cuerpo que llevan dos golletes, uno de los cuales termina en una cabeza humana. Casi siempre los dos golletes están unidos por un asa horizontal. El cuerpo o cuerpos son generalmente decorados con dibujos del estilo chincha-diaguíta pintados en rojo y negro sobre un fondo blanco, y la parte sin decoración enlucida de rojo. Presentamos algunos de estos vasos. Los dos que figuran en la Lám. XLIX. N.<sup>os</sup> 1 y 3, pertenecían a la colección de don Luis Montt y fueron extraídos de un pequeño cementerio descubierto en la Hacienda La Florida, cerca de San Felipe, provincia de Aconcagua, y presentan dos tipos completamente distintos. El que figura en la misma lámina con el N.<sup>o</sup> 5 se halló en el fundo de don Isidoro Gálvez, situado en el Islón, cerca de La Serena, y el N.<sup>o</sup> 6 lo vimos en Copiapó en la colección del Sr. A. Hering, quien nos dijo que lo había sacado de una sepultura indígena descubierta un poco al poniente de aquella ciudad. El decorado en blanco, es de todo modo apócrifo, aunque el Sr. Hering nos aseguró que fué hallado así. La descripción de estos jarros y otros del mismo tipo la hacemos más en detalle en otro capítulo, y los mencionamos aquí solamente porque parecen derivarse de las influencias del arte chincha.

En el extremo sur del país son también aparentes las influencias de los chinchas, pero los elementos decorativos son más sencillos y pocos en número, reduciéndose principalmente a los ángulos, triángulos y otras figuras geométricas simples, pero combinadas en una gran variedad de maneras, como más tarde veremos.

Hemos hecho referencia, de paso, a que las influencias chinchas y chincha-atacameñas se hicieron sentir también en la alfarería diaguíta-argentina. Agregaremos que la mayor parte de las piezas de este origen que figuran en los trabajos arqueológicos argentinos, demuestran en una u otra forma estas influencias. Al abrir el trabajo de Ambrosetti sobre la arqueología de la Pampa Grande, encontramos en las figs. 77, 78, 81 a 83, 107 a 112, 122, 124 a 129 y 133, elementos del estilo chincha-atacameño, iguales a los hallados por Uhle en Arica y Taena, por Capdeville en Taltal y por nosotros en todo el norte y centro de Chile, especialmente en Caldera, el límite sur de las influencias atacameñas, aunque las chinchas siguen más al sur de nuevas combinaciones.

Igual cosa pasa si hojeamos el hermoso trabajo de Outes sobre las Alfarerías del Noroeste Argentino. En las planchas I y II no hay una sola pieza que no demuestre el sello chincha en su decoración. La Plancha III presenta, al lado de unos arribalos de indudable origen incaico, otras vasijas que el autor llama pseudo-apodos y considera derivadas de los anteriores. Ahora sabemos, sin embargo, que era lo contrario lo que verdaderamente sucedió y que los arribalos de los incas se derivaron de los pseudo-apodos de los chincha-atacameños, lo mismo que éstos se

derivaron de tipos anteriores atacameños. En la región de este último pueblo son muy comunes y muchos de ellos ostentan las idénticas decoraciones reproducidas en los vasos que presenta Outes en las Figs. 1, 3 y 6 de la Pl. III. (Compárese Uhle. *Fundamentos Etnicos*. Lám. XVII fig. 4, Lám. XIX figs. 1 y 2, Lám. XX figs. 1 y 2 Lám. XXI fig. 1 (1), también Oyarzún, *Contribución*, figs. 2 y 3). En la Plancha IV de la obra de Outes, las seis urnas representadas, llevan las figuras reticuladas en forma de damero, tan comunes al estilo chincha-atacameño, las que se repiten hasta Chile Central.

Las urnas del tipo de Santa María también suelen presentar muchos elementos del mismo estilo, especialmente las figuras geométricas con ganchos enlazados, o en espiral, las fajas blancas llenas de puntos, etc. Además de las láminas de la obra de Outes, las figuras intercaladas en el texto son igualmente sugestivas y encontramos los diferentes motivos mencionados en este estudio, en los N.ºs 1 a 5, 7 a 9, 12, 13, 15, 26, 28 y 29.

En cuanto a la alfarería hallada por Ambrosetti en la *Ciudad Prehistórica de La Paya*, más de la mitad de las piezas presentadas en el segundo tomo demuestran las mismas influencias y hay muchos de los dibujos que son casi idénticos con los que reproducimos de piezas chilenas.

Indudablemente se hallan en la región calchaquí muchos motivos que no se deben a estas influencias, y, al igual a lo que pasa en este país, se nota una mezcla de elementos de diversos orígenes, amalgamados hasta formar una serie de estilos locales, pero no es menos cierto que uno de los fundamentos del estilo general llamado diaguita se ha derivado del arte chincha, introducido en parte por los chincha-atacameños y en parte quizás por las influencias que infiltraron de las costas del Pacífico.

El reconocimiento de la extensión de estas influencias directa o indirectamente ha venido a resolver para nosotros, una serie de problemas relacionados con la arqueología chilena, de los cuales antes no pudimos hallar una explicación satisfactoria, pero que hoy parecen simples y lógicos.

No podemos pasar de las influencias chinchas en la alfarería chilena, sin referirnos a la de Taltal, descubierta por Augusto Capdeville. Uhle, después de estudiarla y compararla con la encontrada por él en la provincia de Tacna, donde se hallaban los mismos motivos y estilo, pudo determinar que existía en toda la zona atacameña una cultura especial a la cual denominó *chincha-atacameña*. Posteriormente Capdeville publicó el material hallado en una serie de folletos sobre la arqueología de Taltal, reproduciendo en dos de ellos las piezas de alfarería mencionadas, (2) las que mediante la cortesía del autor presentamos en las láminas X a XII del presente trabajo.

Algunas de estas piezas ofrecen una decoración típicamente chincha, sin mezcla de elementos atacameños, como las Figs. 1, 3, 4, 6<sup>a</sup>, 6<sup>b</sup> y 12 de la Lám. X y el vaso 2 en la Lám. XII.

(1) UHLE, al referirse a las figuritas encerradas en círculos u óvalos, comunes a esta clase de alfarería (Outes. Pl. III Fig. 1), dice que "se repite en estos vasos y en los del valle de Chincha la misma decoración en forma de blasones hemisféricos." (*Fundamentos Etnicos*, p. 86)

(2) CAPDEVILLE, AUGUSTO.—Notas acerca de la Arqueología de Taltal. Parte III. «Civilización de las gentes de los vasos pintados» y un cementerio Chincha-Atacameño en Punta Grande. Taltal. Obras citadas.



En otras predomina el elemento atacameño ligeramente modificado por la aplicación de ciertos caracteres chinchas, como por ejemplo en las figs. 8 de la Lám. X y 1 de la Lám. XII. En otras aún se encuentra un nuevo estilo proveniente de una mezcla íntima de los elementos de las dos culturas como en las Figs. 10, 11 y 16 de la Lám. X y el vaso 2 representado en la Lám. XI.

Es frecuente también hallar una decoración netamente chincha, en un vaso que por su forma es típicamente atacameña. Figs. 2, 4, 8, 13 y 14 de la Lám. X y el vaso 1 de la Lám. XII.

Igual cosa pasa con los vasos presentados por Uhle, procedentes de Tacna, y que reproduce en su «*Fundamentos Etnicos*». En la Lám. XXI de dicha obra, hallamos dos jarros de formas atacameñas, mientras los elementos decorativos son esencialmente chinchas. Esto es más aparente aún en todas las figuras de la Lám. XXII, las de la Lám. XXIII y las primeras tres de la Lám. XXIV.

Pero, entre los vasos presentados por Capdeville hay algunos que aún cuando presentan motivos típicamente chinchas, se relacionan más de cerca con el estilo chincha-diaguita que con el chincha-atacameño. Entre éstos deben figurar los representados en las Figuras F-3 y F-9 de la Lám. X y el de la Lám. XI, Fig. 2. No conocemos ninguno de estos tipos entre los de la región verdaderamente atacameña, mientras que son relativamente comunes en la región de los diaguitas. Esto nos hace pensar que en la costa entre Taltal y Caldera, además de las influencias chinchas y chincha-atacameñas que vinieron del norte, debió haber un reflujo de sur a norte de influencias chincha-diaguitas, siendo quizá Taltal el límite septentrional de dichas influencias, como era probablemente Caldera el límite sur de la invasión chincha. De todos modos, en este trecho de costa es donde se encuentran las diversas influencias reunidas, pero no confundidas, pudiéndose distinguir los elementos de cada una de ellas.

En la zona intermediaria, desde Calama hasta Chiu-Chiu y San Pedro de Atacama, como en Toconao, Putar y otros lugares del Salar de Atacama, las influencias chinchas no son muy aparentes y predomina en toda la época preincaica, el estilo netamente atacameño. Tampoco se ven aquí elementos calchaquíes o diaguitas, en el arte, aunque los objetos de metal indican tales influencias.

Por lo que podemos juzgar según lo que hemos visto y por las investigaciones de Uhle, las influencias chinchas se extendieron por la provincia de Tacna y por algunos de los valles cordilleranos de Tarapacá. Por el lado de la costa llegaron hasta Caldera, probablemente estableciéndose colonias en ciertas partes, como en Taltal y en Caldera, mientras que en otros lugares más aislados, dichas influencias no se hicieron sentir de una manera notable. Por eso en toda la gran cantidad de alfarería que hemos examinado, procedente de Antofagasta, Cobija, Paposo y otros puntos del litoral no hemos hallado los elementos de este arte y sólo los tipos que se pueden considerar característicos de la cultura atacameña.

No obstante, hasta cierto punto todo esto es simple conjetura. Nada en definitiva se puede asegurar todavía. Queda mucho para hacer aún. Es preciso continuar el trabajo tan bien iniciado por Uhle. Algo hemos podido efectuar, pero hemos carecido del tiempo y de los medios necesari-

rios para hacer largas series de excavaciones en diversos distritos de la zona y si es verdad que hemos podido estudiar un material mucho más abundante que el de que disponían otros investigadores, también es cierto que quedan grandes regiones cuya arqueología ignoramos por completo, y que tal vez podrían proporcionar nuevos datos que harían más fácil llegar a conclusiones bien fundadas. Entretanto insinuamos nuestras ideas más bien como hipótesis tentativa que como teoría comprobada.

---

## CAPÍTULO X

### LA ALFARERIA DIAGUITA-CHILENA

---

Una de las regiones de Chile más interesantes en cuanto a su arqueología es el antiguo territorio ocupado por los indios que hemos llamado Diaguitas-Chilenos. Esta zona se formaba por las actuales provincias de Atacama y Coquimbo y parece haber incluido la parte noreste de la provincia de Aconcagua, o, a lo menos, las influencias de su cultura se extendieron hasta esta región.

La alfarería de esta zona es la más hermosa, la más fina y la más bien decorada de todas las que se encuentran en el país. Se distingue de las demás por su factura, por sus formas típicas y sobre todo por la técnica de su decoración.

En los capítulos anteriores hemos observado que aparece durante el período de Tiahuanaco y epigonal, tuvo un desarrollo propio después de la decadencia y desaparecimiento de aquella civilización y con la llegada de las influencias chinchas absorbió ciertos elementos de esta cultura, los que desarrolló de una manera típica, desarrollando un arte y estilo propios, diversos de los de cualquiera otra cultura. Posteriormente llegaron los incas, pero, aunque se establecieron en todos los valles de la zona, trayendo consigo los principales elementos de su arte especializado sus influencias hicieron muy poca mella en el estilo regional y no lograron modificarle grandemente. Aun en aquellos tipos que copiaron los diaguitas, figura siempre la combinación de los elementos de las dos culturas. Los indios se mostraron especialmente conservadores en sus motivos decorativos, prefiriendo guardar sus antiguos modelos en vez de adoptar los nuevos introducidos. Es verdad que en muchas de las piezas de la alfarería de la época incaica halladas en la zona se encuentran las formas y los dibujos típicos del arte del Cuzco, pero la técnica de ellas nos demuestra que fueron fabricados por los inmigrados y no por los naturales.

Entre las diferentes formas de cerámica comunes a la zona no hay ninguna tan repetida y tan abundante como la de los platos y pucos de diferentes tipos y tamaños, pero que son, no obstante, de modelos ca-

raacterísticos de la región y raras veces hallados fuera de ella. Son casi siempre de base redondeada, como segmento de círculo, y de paredes rectas, generalmente verticales, pero a veces inclinadas hacia adentro, raramente hacia afuera. Son muy escasos los platos de base plana, aunque hay otros tipos de vasos que la tienen. La mayoría de los platos están decorados y pertenecen principalmente al estilo llamado blanco-rojo-negro, tan común a todas las culturas andinas. Los más antiguos, sin embargo ostentan una decoración más sobria, de dos colores, el negro sobre fondo rojo.

Los platos generalmente llevan una enlucidura roja y blanca. Las paredes exteriores se enlucen invariablemente de blanco, como se hace también por lo general, el interior, pero éste, a veces, se pinta de rojo. Los campos que llevan las decoraciones están siempre también enlucidos de blanco, color que sirve de fondo para los dibujos que se pintan de negro y de rojo. Es sumamente raro encontrar otros colores empleados en la decoración, aunque el matiz de los colores puede variar. Así por ejemplo, en el valle de Limarí el rojo oscuro del óxido de hierro, generalmente empleado en toda la zona se cambia por el bermellón brillante del cinabrio. El negro también suele fluctuar entre sepia y el negro intenso, siendo más corriente el primero.

Las otras formas corrientes en toda la zona son las tazas, los jarros, los cántaros y cantaritos, las botellas de uno o de dos golletes y de uno o de doble cuerpo, las ollitas, las figuras ornitomorfás, zoomorfás y antropomorfás, y los vasos cilíndricos, con o sin asas. Además de éstas que son comunes a toda la zona, cada valle y muchas veces, cada localidad produce tipos especiales que no se hallan en otras partes, y que sirven para distinguir los diferentes distritos, para aquellas personas que son conocedores de la arqueología de la zona.

Aquí hablamos exclusivamente de la alfarería decorada. Las formas de la alfarería doméstica son mucho más numerosas. Por lo general esta clase de alfarería no se enlucen, aunque a menudo se le da un pulimiento superficial.

El estilo de la decoración también varía mucho de un valle a otro, y en cada uno de ellos se encuentran algunos motivos o estilizaciones que no se hallan en los demás. El motivo más frecuente y común a todos ellos es sin duda el de las figuras escaleradas, las cuales se reproducen en muchas combinaciones diferentes. Generalmente estas figuras llevan grecas anexas, las cuales a veces se reemplazan por simples ganchos.

Casi la totalidad de las figuras empleadas en la decoración diaguíta son geométricas o bien combinaciones de líneas rectas. Las figuras curvas como los espirales, volutas, etc., tan comunes en la región atacameña, son muy poco frecuentes en esta zona, como lo son los elementos decorativos de otra naturaleza. Las figuras de hombres, animales, etc. son muy escasas y generalmente indican otras influencias. En cambio, las figuras modeladas de cabezas de aves y de hombres, sin ser muy comunes, son características de la región. Entre éstas se pueden citar los jarros patos llamados así porque representan un pato, estilizado en mayor o en menor grado. Son de un tipo especial, de dos golletes, uno de los cuales representa la cabeza del ave y el otro la boca del jarro. A menudo la ca-

beza se ha antropomorfizado, mientras que el resto del jarro conserva su forma típica. Para comprender la razón que motiva esta antropomorfización es preciso saber que en el tiempo de la llegada de los españoles, existía en todo Chile, el totemismo, y que entre los tótemes, uno de los más comunes era el pato, del cual hay varias especies silvestres en el país. El culto religioso de los indios era el animismo que se exteriorizaba en el culto de los antepasados en combinación con el totemismo. Para los araucanos y demás indios del país, el tótem era el aliado del primer antepasado de cada tribu o estirpe, su hermano de sangre y el ser tutelar de toda la descendencia. Llevaban su nombre que llegaba a formar su apellido, su símbolo era el blasón de la familia y en general era su protector. El culto centraba en estos dos seres, el antepasado y el tótem, los cuales eran venerados o reverenciados pero que no eran adorados como algunos han creído. El Pillán no era otra cosa que este antepasado fundador de la familia y de la estirpe. Sus rogaciones y súplicas se dirigían a estos espíritus. (1) Es natural entonces que a menudo se reprodujeran estos seres en su arte, y los jarros patos parecen ser una de las manifestaciones de dicho culto. Así se explica que a veces llevan la cabeza del ave que representa el tótem y a veces la cabeza humana que reproduce el antepasado.

En estos jarros sólo en ocasiones se señalan la cola y las alas del ave, pero generalmente éstas se habían desaparecido en las estilizaciones. El cuerpo del vaso se decoraba con hermosos dibujos, en los cuales casi siempre aparecen motivos derivados de las influencias chinchas. Los jarros primitivos raras veces llevaban decoración y cuando más eran enlucidos de rojo y bruñidos. Tenían a veces alas y cola modelada en la misma greda. Más adelante daremos una descripción particular de algunos de los vasos decorados de este tipo, que aquí los tratamos sólo de paso.

La región diaguita se divide en cinco valles, formados por las hoyas de los ríos Copiapó, Huasco, Coquimbo, Limarí y Choapa; separados por regiones de montañas áridas, las que impiden una fácil comunicación entre unos y otros, salvo por el camino de la costa. No es de extrañarse entonces, que en cada valle, hasta cierto punto aislado, se haya formado un estilo local que, ciñéndose a los cánones del arte general de la zona haya producido, sin embargo, tipos especiales hallados raras veces en otra parte.

En la costa las influencias de uno u otro de estos estilos locales se ha hecho sentir por alguna distancia a ambos lados de la boca de los respectivos ríos y en el interior se extienden no solamente por el valle principal, sino también por los de los afluentes, abarcando así toda la hoya susceptible al riego y al cultivo.

La cultura diaguita-chilena no era un desarrollo lento de algún estado más primitivo anterior, sino que aparece de repente, evolucionada ya y completa, con sus artes e industrias desarrolladas y características. Se trata evidentemente de la inmigración al territorio de un elemento étnico

---

(1) Hemos tratado en detalle la cuestión del totemismo de los indios de Chile, explicando todas sus particularidades en un trabajo anterior, "Organización Social y Creencias Religiosas de los Antiguos Araucanos" Cap. VII y VIII.

que ya poseía una civilización relativamente adelantada. Este pueblo practicaba la agricultura, conocía la metalurgia, fabricaba alfarería de buena clase, tenía ganados de llamas y usaba la lana de éstos para sus tejidos.

Se puede establecer aproximadamente la época de su llegada, porque entre sus artefactos se encuentran algunos que indican influencias del período clásico de Tiahuanaco. Estas influencias, como dijimos más atrás, se notan en la alfarería, en los tejidos y en los objetos de metal. No deben haber venido del norte porque no encontramos huella de su paso por la región de los atacameños, cuya cultura era distinta en muchos respectos. Menos aún vino del sur, donde no existía entonces una cultura avanzada de donde puede haberse derivado. Pero, al oriente de los Andes, encontramos un pueblo que poseía una cultura casi idéntica y cuya lengua, a juzgar por los restos de ella que quedan en la nomenclatura geográfica era igual en ambas regiones. Los nombres de los indígenas a uno y otro lado, eran parecidos y a menudo los mismos. Así, casi no queda duda que se trata de dos ramas del mismo pueblo y que la rama chilena inmigró desde el otro lado de la cordillera. Este pueblo se ha llamado *diaguita* y su lengua el *kakan*. Lo que no sabemos es si la llegada al Noroeste Argentino de la otra rama fué simultánea y contemporánea o si este pueblo se había establecido en aquella región con anterioridad, siendo la inmigración chilena un desprendimiento de algunas tribus argentinas.

Sea como fuere, parece que las influencias del altiplano boliviano continuaban haciéndose sentir, porque, después encontramos en la alfarería chilena, motivos y elementos del estilo epigonal de Tiahuanaco y es evidente que estas influencias se infiltraban desde el otro lado de la cordillera. Nuestra razón para creer que este fué el camino seguido, estriba en que aparecen muy escasos elementos de la cultura vecina de los atacameños, de más al norte y si las nuevas influencias hubiesen llegado por esa vía, habrían venido revueltas con otras de aquella procedencia. Parece que las ochenta leguas de desierto que separaban las dos culturas fuesen una barrera más formidable que el macizo de los Andes y las únicas infiltraciones que llegaron de esa dirección vinieron por la costa.

Al finalizar la civilización de Tiahuanaco, no se notan, por largo tiempo, otras influencias extrañas y parece que la cultura *diaguita-chilena* tuviera un desarrollo local y propio. En este período, es probable que comenzaron a formarse las culturas regionales, porque con los mismos elementos fundamentales, cada valle comenzó a producir algunos tipos especiales que después les llegaron a ser característicos.

Este período lo hemos llamado *período diaguita-chileno* y duró probablemente desde fines del siglo IX hasta terminar el siglo XI. Más o menos en esta última fecha, aparecen en la región otras influencias, que poco a poco iban transformando por completo el arte decorativo de la zona, extendiéndose posteriormente hasta el extremo sur del país. Hablamos de las influencias *chinchas*.

Uhle en su estudio de la región atacameña, llamó la atención hacia la manera como compenetraron estas influencias en la cultura del pueblo de ese nombre hasta amalgamarse los elementos de las dos culturas, de

tal modo que llegaron a formar un estilo distinto, al cual dió el nombre de *chíncha-atacameño*.

En la región de los diaguitas-chilenos este nuevo estilo hizo poca mella; pero no pasó así con los elementos netamente chinchas. Estos impregnaron el arte de la zona de una manera aun más intensa que en la región atacameña, a tal extremo, que a partir de esa fecha, en la decoración de la alfarería casi no se encuentran otros motivos que los derivados del arte chíncha. Es cierto que los vasos retuvieron sus antiguas formas y que las combinaciones de los elementos fueron distintas a las de otras regiones, pero en la inmensa mayoría de las piezas de alfarería diaguita-chilena de esta época y de las posteriores, la decoración lleva el sello de sus orígenes chinchas.

A esta época hemos puesto la denominación de *Período Chíncha-Diaguíta*.

Las influencias chinchas traspasaron la cordillera y son tan comunes en la alfarería de los diaguitas argentinos, como en la de los chilenos.

En un capítulo anterior hemos indicado cuáles eran los principales elementos de la decoración chíncha, adoptados en el arte chileno. En esta zona encontramos un nuevo estilo en la combinación de dichos elementos, caracterizado por la forma menuda de los dibujos y el relleno completo de los campos decorados, que contrastan con los dibujos grandes y espaciados de los chíncha-atacameños.

El motivo más común es la figura escalerada, generalmente con grecas o meandros anexos. Distingue estas figuras el hecho que las gradas o escalones sean muy pequeños y a menudo con las esquinas redondeadas o formando ángulos agudos. Figs. 1, 2, 3, 4, Lám. XIII.

A menudo las figuras escalonadas se combinan en pares invertidos, y con gran frecuencia se emplean dos colores alternados: el negro y el rojo, al pintarlas. Es también común, especialmente en la decoración de los platos o pucos, dividir la faja adornada en un número de secciones separadas por una serie de líneas verticales o diagonales. En cada una de las secciones se repiten los mismos dibujos, de un solo color o bien de colores alternados, como en las Figs. 5 y 6.

Las líneas paralelas se emplean en la decoración en muchas combinaciones diferentes, a veces solas, como única decoración de las fajas o bandas, como en la Fig. 7 y a veces combinadas con otros dibujos. Fig. 8.

Con frecuencia las líneas exteriores de las series son dentadas, Fig. 9, forma muy característica del arte chíncha, usándose para cerrar campos o secciones de la decoración.

Otra aplicación de las líneas paralelas, bastante común en el decorado de la alfarería chilena, e igualmente repetida en la argentina, son las figuras reticuladas, especialmente los triángulos, los rectángulos y los rombos. (Figs. 10 y 11), que a veces ocupan todo el campo o faja decorado.

En el valle de Coquimbo, muchos de los platos no llevan otra decoración que una serie de triángulos alternados, cuyo relleno se forma de líneas paralelas, que corren en sentido inverso en los triángulos contiguos, Fig. 12. En el Museo de Etnología y Antropología de Santiago, hay tres platos con esta decoración, todos procedentes de la Punta de Teatinos,

(Bahía de Coquimbo) y conocemos cinco o seis más, procedentes del mismo valle, pero no hemos encontrado este tipo de dibujo en otra parte.

Las figuras reticuladas se utilizan a veces para formar los cuerpos estilizados de aves, agregándoles una forma de cabeza típica, compuesta de un círculo con punto en el centro para representar el ojo y dos rayitas a un lado, a manera de pico. Además, lleva de vez en cuando, otras rayitas curvas encima, que representan plumas de la cresta del ave. Semejantes cabezas se agregan a cualquier cuerpo geométrico, a veces sin cuello, pero con frecuencia unida a la figura por una línea más o menos larga. (Figs. 13 a 20.) Sólo muy ocasionalmente estas figuras llevan patas, como en el plato que se halló en Peralillo (Valle de Coquimbo) y que aparece en la Lám. XXI, fig. 5.

Las figuras reticuladas a menudo se convertían en tableros parecidos a los de damas o ajedrez, pintados alternadamente los cuadros o rectángulos. Figs. 21 a 24 Lám. XIV. Una modificación de estas figuras se producía al colocar cuadros semejantes entre las series de líneas paralelas a distancias espaciadas. Las líneas paralelas no siempre son continuas, ni horizontales; las hay oblicuas y cortas, terminadas en cada extremo por un rectángulo relleno que las separa. Parten del lado inferior de un rectángulo para concluir en el lado inferior de otro. Figs. 25 y 26.

A veces, una o varias de estas figuras se combinan en grupos para producir un motivo de adorno único en una pieza, como en el jarro pato de la Lám. XLII Fig. 3 y en la Fig. 28 de la Lám. XIV.

Es imposible describir todas las combinaciones de estos elementos, pero reproducimos algunas de ellas en las Figs. 28 a 38.

Llama la atención, sin embargo, la representada en la Fig. 29, porque es uno de los motivos más comunes y más desarrollados en el arte de las provincias australes, al sur del Toltén, y era igualmente común en la región entre este río y el Bío-Bío, en la época prearaucana. Casi no hay comarca en el país donde tal motivo no se halle en una u otra combinación, aunque no con tanta frecuencia como en las provincias mencionadas, y en la región entre el Cachapoal y el Maule, donde también se encuentra en una gran proporción de la alfarería. En el noroeste argentino, es también un motivo sumamente común en ciertas áreas.

Otro motivo que se encuentra ocasionalmente en el arte diaguita y que mejor que ningún otro demuestra las influencias chinchas, es el de la Fig. 33 o sean los triángulos con un círculo incluso, en cuyo centro se nota siempre un puntito, como si se quisiera representar un ojo.

También llama la atención que en el arte diaguita faltan casi por completo las curvas. El carácter esencial de dicho arte es el empleo de las líneas rectas. Ocasionalmente se encuentran las volutas, los ganchos curvos y los espirales, pero en todo caso son excepcionales, siendo mucho más frecuentes en el arte chincha-atacameño de más al norte.

El empleo de las líneas rectas es característico no sólo del arte de esta región sino de todas las culturas chilenas. Los motivos curvos, tan comunes en la decoración chincha se arraigaron poco en las provincias chilenas, y el arte de dicha cultura está representado principalmente por los elementos geométricos lineales y los ángulos, en la mayoría de los casos



reemplazan las curvas. Es posible que esta costumbre sea una reliquia del arte de Tiahuanaco, donde se nota la misma tendencia.

En el valle de Copiapó, la primera región chilena ocupada por los incas, quienes establecieron en él su cuartel general, es natural que se hallen más comunes y más difundidas las influencias de la civilización de ese pueblo. Son también relativamente comunes en los valles de Huasco y de Coquimbo, pero disminuyen en los valles de más al sur, hasta llegar a Quillota y Mapocho, donde se vuelven a encontrar con mayor frecuencia.

A juzgar por el gran número de cementerios hallados en los valles de Coquimbo y Limarí, éstos tenían una población más densa que los otros de la zona, lo que es lógico, ya que dichos valles son más extensos y sus ríos más caudalosos que los demás.

La alfarería del valle de Copiapó, excepción hecha a la incaica, es la menos conocida de la zona diaguita y la mayor parte de las piezas que se encuentran en las colecciones provienen de la vecindad del puerto de Caldera, y no del interior del valle, Caldera parece haber sido un punto de reunión de todas las diversas culturas halladas en el Norte de Chile, punto fronterizo entre los atacameños y los diaguitas. Se hallan representados aquí todos los diferentes estilos y épocas, siendo enorme el número de sepulturas que se han descubierto en la vecindad, aunque ahora la mayor parte de ellas han sido saqueadas por los buscadores de tesoros y de antigüedades.

Entre la alfarería procedente de esta localidad hallamos piezas que demuestran influencias de Tiahuanaco, atacameñas, diaguitas, chinchas, chincha-atacameñas, chincha-diaguitas e incaicas, pero hasta hoy no hemos podido descubrir en ella algo que indique un estilo local y propio.

Pasa lo contrario en el valle de Huasco de lo que ocurre en el de Copiapó. Aquí la mayor parte de la alfarería conocida procede de Vallenar y Freirina, pueblos del interior, encontrándose muy pocas piezas en la costa, no tal vez porque no existan allí, sino por la falta de exploraciones en el litoral.

En los valles de Coquimbo y Limarí el material es mucho más abundante y se halla distribuido tanto en la costa como en el interior, mientras que en el de Choapa, casi la totalidad de las piezas conocidas se han encontrado en la región sub-andina.

Estas observaciones no quieren necesariamente indicar que la población prehispánica fuese más densa en los distritos mencionados, sino que la casualidad ha hecho que en ellos se hayan descubierto sepulturas y cementerios que por falta de exploraciones arqueológicas no se han encontrado en otras comarcas, aunque, sin duda, existen.

Hace quince años, cuando hicimos el primer bosquejo de este estudio, escribimos: «Encontramos en toda esta zona numerosos elementos peruanos preincaicos, cuyos orígenes no los conocemos, al lado de otros de evidente derivación calchaquí. Más tarde, muchas de las piezas tienen formas y decoraciones que eran sin ninguna duda tomadas de la civilización de los incas».

Las investigaciones en los valles de Chincha e Ica, y más tarde en Arica y Tacna, y la publicación durante los últimos años de los resulta-

dos de sus excavaciones, han venido a resolver la incógnita y ya sabemos que las influencias preincaicas observadas pero que no se podían explicar, se derivaron de la cultura de los chinchas, pueblo que, algunos siglos antes de la salida de los incas del valle del Cuzco, había crecido en poder y extendió sus conquistas hasta el norte de Chile y la región de los atacameños en la forma que ya hemos detallado.

En este capítulo haremos una breve descripción de aquellos tipos de alfarería que son más característicos de la zona ocupada por los diaguita-chilenos, y de algunos que se distinguen por su rareza o porque presentan una estilización típica de una localidad determinada. Comenzaremos por el norte, con el valle de Copiapó.

La mayor parte de la alfarería de éste y de los demás valles pertenece a las épocas preincaicas y guardamos para otro capítulo toda la que parece derivarse de las influencias de la civilización de los incas.

En la Lám. XLI, la Fig. 5 representa un jarro o yuro de cuello angosto que existe en el Museo Nacional de Historia Natural. Medina la figura en su Atlas, con el N.º 185. La pasta es de color de ladrillo, pero el exterior ha sido enlucido de blanco, de capa tan delgada que toma un tinte rosado porque el rojo se trasluce. Los dibujos, pintados de rojo y negro presentan elementos que son poco comunes y parecen haber perdurado desde el período anterior, especialmente las figuras de los siete ganchos dobles que ocupan el centro del cuerpo del jarro. La misma decoración se repite en ambos lados. Esta pieza fué descubierta en Copiapó. Otro jarro idéntico en forma y dibujo se halló en Paipote. La única diferencia notable entre uno y otro es que el segundo, en vez de una enlucidura blanca en el exterior, lleva una roja oscura, y las líneas en el cuello que en el primero eran rojas, en éste son blancas.

Otro ejemplar de la misma forma, procedente de Totoralillo, lugarejo del mismo valle, es del mismo color que el último. Falta el cuello y el asa. El adorno que lleva es sencillo, y al parecer no se extendió éste al cuello, cuya base está rodeada de una línea negra y gruesa, la cual lleva como apéndices varias rayas verticales, espaciadas al contorno del jarro hasta más abajo que la medianía del cuerpo. No tiene otra decoración.

En la colección del señor Hering, caballero alemán (1), en ese tiempo (1903) radicado en Copiapó, encontramos el hermoso vaso de dos cuerpos que figura en la Lám. XLIX fig. 6. En forma es parecido a dos botellas unidas por el vientre y por un asa que comunica los dos cuellos del vaso. Solamente uno de los cuellos tiene abertura y el otro forma la cabeza de un hombre. El asa que une los cuellos es hueca, dejando pasar el aire y así establecer una circulación cuando se vacía el contenido de las botellas. Los cuerpos de las botellas son globulares.

La cabeza humana en que termina uno de los cuellos es un modelado perfecto y recuerda las de la alfarería de la costa peruana. Lo que es más raro es que están señaladas las orejas, lo que sucede rara vez en la alfarería chilena. Las facciones están muy bien reproducidas con toda naturalidad y sin las estilizaciones tan comunes en la región. Los ojos, la

(1) Esta colección fué llevada a Europa por su dueño, con el fin de donarla al Museo de su pueblo natal: Stuttgart.

boca y las orejas se hallan pintados de negro. Originalmente esta era la única decoración que tenía el vaso, pero posteriormente se han agregado algunos adornos apócrifos, en blanco. En el cuerpo que ostenta la cabeza se han dibujado brazos, manos y un collar. A la cabeza han puesto un gorro y en las orejas, aros, todo con pintura blanca. En el otro cuerpo se ha agregado en el mismo color un adorno parecido al collar en el cuello de la figura humana. Está a la vista que estos dibujos blancos son apócrifos, porque cubren en parte las líneas negras de la decoración primitiva. La ejecución de estas nuevas pinturas es tosca e imperfecta y no se relaciona con la elegancia y finura del trabajo original.

El color del vaso es de rojo oscuro, y muy bien pulimentado. En su condición original debía haber sido muy hermoso. Ahora se encuentra afeado por la pintura blanca.

Otro vaso muy hermoso hallado en Copiapó, y ahora perteneciente a la colección del Dr. Aureliano Oyarzún, es la que figuramos en la Lám. XXI Fig. 1. Este vaso ornitomorfo fué descrito por su dueño y reproducido en la Fig. 7 de su folleto *Contribución al estudio de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile*. Pertenece a un tipo de jarro bastante común en estas provincias y que se ha llamado jarro pato, pero presenta una particularidad que no se ve en otros que conocemos. Consiste esto en que el gollete se ensancha en la parte superior para formar una especie de embudo. Como todos los de su clase tiene dos cuellos, uno de los cuales forma una cabeza de ave, en este caso dotada de un pico dentado. Los ojos son formados de círculos concéntricos pintados de negro y adornados de apéndices con lágrimas, motivo tan común en la cerámica de Tiahuanaco y de la región diaguita-argentina. Los apéndices tienen la forma de triángulos invertidos y terminan en ganchos espirales. Forman los extremos de una especie de borla que cruza la frente unida a otra que pasa por encima de la cabeza y termina en gancho, cuyas puntas están vueltas hacia arriba en la parte posterior de la cabeza.

La parte ancha del gollete está rodeada por una faja negra sobre la cual se ha pintado en blanco una serie de ángulos encerrados entre dos rayas del mismo color. El cuerpo del vaso es cilíndrico y en la parte que forma el pecho del ave se halla un triángulo reticulado, de cuyo ápice parte una línea que sigue el contorno del cuello hasta llegar a la base del pico. El resto del cuerpo del jarro está decorado de un estilo que indica su derivación del arte chincha. Consiste de una faja que rodea el jarro, excepto en la parte ocupada por el triángulo de que hemos hecho mención. La faja es de fondo blanco y cerrada por un marco de líneas cruzadas. Termina en cada extremo por triángulos. La parte central de la faja lleva una serie de rombos reticulados. Los espacios entre los rombos y el marco están divididos para formar dos triángulos en cada uno, que son alternadamente negros y rojos. Cada triángulo lleva cerca de su base un círculo blanco con un punto del color del triángulo, en el centro.

El jarro es de greda roja con enlucidura blanca sobre la cual se ha pintado los dibujos de rojo y negro. Es el único vaso de este tipo que conocemos de dicho valle, aunque se han encontrado en la costa en Caldera.

Otra vasija que no es común en la zona, a lo menos por su forma, es

la que se reproduce en la Fig. 1. Es una ollita que se parece mucho a las de la Paya, descritas por Ambrosetti con el nombre de «vasos de boca ancha». El tipo se halla en muchas partes del Noroeste Argentino, pero es excepcional en Chile. El color de esta olla es rojo oscuro tirando a ladrillo. Está enlucida exteriormente y lleva una decoración negra.

Mide 16 cm. de alto y 18 cm. de ancho en la boca, se estrecha para formar una cintura de 12 cm. de diámetro y se ensancha nuevamente midiendo 18,6 cm. entre las asas, y tiene base plana.

Alrededor del borde corre una línea gruesa, escotada, formando una serie de triángulos invertidos, como dientes de una sierra. La cintura está rodeada de otra línea igual con los triángulos en sentido opuesto y

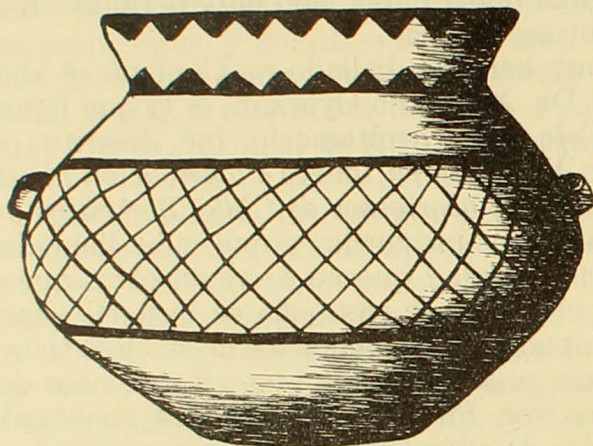


Fig. 1.—Cerrillos.

más pequeños. El vientre de la olla lleva una faja reticulada en todo su contorno, y en vez de ser globular presenta dos superficies planas, ambas inclinadas, una desde el cuello o cintura hasta la parte más ancha y la otra desde allí hasta la base plana. En la parte más ancha lleva dos asas. Se halló en Cerrillos en el interior del valle.

En Caldera, como hemos dicho, los tipos son más diversos. Además de la alfarería netamente chincha que hemos descrito ya, se hallan muchas piezas con decoraciones del tipo atacameño y chincha-atacameño. Son muy frecuentes también los vasos copiados del estilo incaico, especialmente los aribalos. Se ve que éstos son de fabricación local, porque la factura es más tosca que es general en esta clase de piezas, en otras partes del país, donde fueron probablemente fabricados por los mismos colonos peruanos. Las decoraciones son hechas de mano poco segura y los motivos son frecuentemente del estilo nacional.

Algunas de las piezas de alfarería doméstica halladas en esta localidad se presentan en la Lám. XVI Figs. 1 a 10; Lám. XXII Figs. 3, 4, 6, 8, 9, 10 y 11. Estos tipos son comunes a todo el país, con excepción de la olla grande Fig. 9 con varias asas, que es típica de la región atacameña y no se halla fuera de ella.

En la Lám. XLI figs. 1, 2 y 3 presentamos tres platos o tazas decoradas, enlucidas de blanco interior y exteriormente, dos de ellos con fondo rojo. Las Figs. 2 y 3 ostentan en su borde una decoración de rayas, igual a la de algunos de los vasos del valle de Chincha.

La Fig. 1 de la Lám. XLII presenta un jarro con dibujo del estilo chincha-atacameño, procedente de la misma localidad y en la Lám. XLVIII las figuras 2, 3 y 5 reproducen tres jarros de estilo incaico, todos existentes en el Museo Nacional de Historia Natural.

Entre el valle de Copiapó y el de Huasco se extiende un gran trecho de montañas áridas, completamente despoblado. La comunicación entre los dos valles se hace por la costa.

Los restos indígenas hallados en este último valle provienen casi totalmente del interior, de la vecindad de los actuales pueblos de Vallenar y Freirina, donde se han encontrado numerosos cementerios pertenecientes a diferentes épocas.

La alfarería doméstica, como en todas partes de esta zona, está bien representada por los más diversos tipos pucos o platos, tazas, jarros con y sin asas, ollitas y ollas grandes, cántaros de diferentes formas, jarros asimétricos, etc., etc.

La alfarería pintada demuestra las mismas tres influencias exóticas que se encuentran en toda la zona y aquí las influencias diaguita-argentinas son más manifiestas que en otras partes. Sin embargo, muchas de las formas encontradas son esencialmente locales y otras parecen ser modificaciones de las introducidas de otras regiones, probablemente de origen peruano en su mayor parte. Abundan los tipos incaicos especialmente los aribalos o vasos de base cónica, tan distintivos de la civilización del Cuzco. Como varios de éstos han sido descritos por Medina (1) y Oyarzún (2) no proponemos hacerlo de nuevo y nos conformamos con presentar dos ejemplares.

En este valle, en Freirina, fué descubierto el famoso plato ornitor-morfo descrito por Medina (2) que dió lugar a que Ambrosetti creyera que la decoración draconiana del noroeste argentino pudiera haberse originado en las costas del Pacífico. (3) Como el dibujo reproducido por Medina es algo defectuoso lo copiamos de nuevo del plato mismo que existe en el Museo Nacional de Historia Natural, y lo presentamos rectificado en la Lám. XLVIII. Figs. 1 y 1a.

Pertenece también a este valle la urna y el puco hallados en San Félix (Lám. XLIII. Figs. 2 y 4) y la taza descubierta en Vallenar (Lám. XLVIII. Fig. 4) que todos acusan influencias calchaquies y que describimos en un capítulo aparte.

Como en todo el resto de la zona, los platos o pucos son las piezas más comunes. Muchos de ellos no son decorados, otros están simplemente enlucidos y pulidos interior y exteriormente, a veces de blanco, a veces de rojo, o bien rojo en la superficie externa y blanco en el interior. Los decorados usualmente llevan dibujos en el exterior, pero, de vez en cuando, también en la parte interior, aunque éstos son raros.

Los dibujos son casi siempre de negro y rojo sobre un fondo blanco, raramente negro sobre fondo rojo, aunque las piezas más antiguas llevan esta combinación. El fondo de la decoración en todo caso lo proporciona

(1) Aborígenes de Chile.

(2) Contribución al estudio, etc.

(3) Aborígenes de Chile. Ob. cit. Fig. 165.

(4) AMBROSETTI, JUAN B.—Exploraciones Arqueológicas en la Ciudad Prehistórica de La Paya. Tomo I. pp. 56 y sig. Buenos Aires. 1907.

10.—ALFARERÍA.

la enlucidura la cual se reparte en campos de diferente color según si lleva decoración pintada o no. Generalmente en la parte decorada es blanca y en aquellas secciones que no llevan dibujos, roja. Es una gran rareza encontrar otro color empleado para los dibujos que el negro y el rojo. Por esto se puede, con toda propiedad, designar dicha cerámica como del tipo blanco-negro-rojo tan característico de las alfarerías sud-americanas.

Excepcionalmente en esta zona se halla alfarería de otro color, como en el caso de un puco que sacamos personalmente de una excavación que hicimos cerca de las ruinas de un gentilar en Quebradita, en el departamento de Vallenar, pueblecito minero cerca de Peña Blanca. (Fig. 5, Lám. XLII). La única otra pieza hallada allí fué un jarrito quebrado de forma parecida a la que dibujamos en la Fig. 4, Lám. XVI.

El plato o puco de que hablamos, en vez de llevar una enlucidura blanca estaba pintado de ocre amarillo pálido. Era del tipo de paredes verticales, común a toda la zona. La base exterior hasta donde se unía con las paredes, se hallaba pintada de rojo, y todo el resto del vaso enlucido de amarillo. La faja decorada que envolvía el plato, se componía de tres grupos de motivos, repetidos varias veces. Cada serie de elementos se dividía de las otras por una línea vertical. Los motivos eran los corrientes en esta región y que se repiten en una u otra combinación, constantemente. Otros dos platos de la misma forma y de decorado parecido se hallaron en Freirina.

Hemos dicho en otra parte que los jarros patos eran relativamente comunes en la zona diaguita, y hemos descrito uno procedente de Copiapó. En el valle de Huasco también se han encontrado varios, como en todos los demás valles hasta el Choapa. Algunos de ellos los hemos reproducido en la Lám. XLVII. Como se ve, son de formas distintas, aunque algunos de los tipos se repiten. Así por ejemplo, las Figs. 1, 4, y 6 son del mismo tipo, variándose únicamente en el decorado. Esta es la forma más corriente en los valles de Copiapó, Huasco y Coquimbo, pero varía en el valle de Limarí y en el valle de Choapa se asemeja más al tipo común en las provincias centrales y que está representado en la Fig. 2 y se distingue de los anteriores en que tiene un solo gollete, en vez de los dos que poseen los tipos anteriores.

Las formas representadas por las Figs. 3 y 5 son completamente excepcionales y parecen indicar influencias de la costa peruana, tal vez introducidas por los chinchas.

Estos dos jarros, mejores que cualquier otro, indican que el ave representada no es otra que el pato. La cabeza en cada uno de ellos no deja lugar a duda.

El de la Fig. 3, hallada en Caldera lleva la forma de una botella de cuerpo globular y cuello recto. Llama la atención por dos motivos. En primer lugar, la parte superior del cuerpo está adornada con la cabeza y cola de un pato, modeladas en la misma greda y formando parte íntima del vaso, y luego el color con que se han pintado los dibujos es en todo caso excepcional porque si es verdad que el blanco se usa para enlucir no conocemos otra pieza chilena en que se ha empleado para los

dibujos. Estos son también de tipo chincha pero no son comunes al arte chileno.

La otra pieza, Fig. 5, es también única en cuanto a su forma, aunque los dibujos con que está decorado el cuerpo del jarro son corrientes en la región diaguita-chilena. Este vaso se halló en Rivadavia, pueblo del departamento de Elqui, valle de Coquimbo. Es del tipo de doble cuello, pero difiere de la mayoría de los jarros pato en que en vez de llevar los golletes casi verticales, en este ejemplar, que la sirve de abertura está bastante inclinada. Difiere de ellos también en que no tiene asa.

Los jarros patos del valle de Limarí son de otro tipo, y a menudo han sufrido una antropomorfización, transformándose la cabeza del ave en cabeza humana, como en la Fig. 4 de la Lám. XLIX. Otra pieza, igual en cuanto a forma, pero que lleva otra decoración en el cuerpo, es la que representa el Dr. Oyarzún, en su folleto que hemos citado tantas veces, con el N.º 8 y 8 a. y que reproducimos en la Lám. XXI Fig. 2. Otra muy parecida se halla en el Museo Nacional de Historia Natural.

Este tipo de vaso tiene el cuerpo ovalado y en general es más grande que el tipo anterior. Si no fuera que hemos visto algunos ejemplares con la cabeza de ave, habríamos creído que el motivo era esencialmente antropomorfo, pero así opinamos que se trata de una transición y que los con cabeza humana se han derivado de los otros. Dos de los jarros de este tipo que se hallan en el Museo Nacional, presentan otra novedad en que el fondo de la decoración del cuerpo es de un color pizarro, color que no hemos encontrado en otros ejemplares de la alfarería chilena. Ambos fueron hallados en Tongoy, puerto del departamento de Ovalle, y pertenecen por lo tanto a la área del valle de Limarí. El presentado por el Dr. Oyarzún se sacó de una sepultura del fundo de Guallilinga, al interior del mismo valle. En la colección del Sr. Peña Villalón existe otro casi igual, encontrado en el fundo de Campanario, más al interior.

Los jarros patos son también comunes en las provincias centrales, como veremos cuando tratemos de la alfarería de aquella región, pero son de otras formas y generalmente carecen de cabeza, siendo ésta reemplazada por el gollete del jarro. Otro tipo existe hasta hoy en la zona araucana donde los indios todavía se sirven de dichos vasos en sus rogorios. (1)

Son también relativamente comunes en la región diaguita-chilena, los jarros antropomorfos. Como los anteriores son de dos golletes, uno de los cuales representa una cabeza humana modelada. Indudablemente estos vasos no pueden compararse con los vasos retratos de la costa peruana, pero no por eso dejan de tener mérito artístico. Por lo general el trabajo es bastante fino y bien hecho, las facciones correctamente delineadas y se ha prestado atención a los detalles. Reproducimos varios de estos jarros en las láminas XXI y XLIX.

Además del vaso en forma de botella doble, de Copiapó, ya descrito, llama la atención el que figuramos en la Lám. XLIX Fig. 5, hallado en El Islón, lugarejo cerca de La Serena, y que vimos en poder de don

(1) Hemos dado mayores detalles respecto de estos tipos de vasos en un trabajo titulado: *El Pato en la antigua alfarería chilena*. Revista Chilena de Historia Natural. Año XXXI. Santiago, 1927 y allí reproducimos muchos de los tipos mencionados

Isidoro Gálvez, propietario de esa vecindad. Tiene un cuerpo cilíndrico, parecido a los jarros patos de la misma región y como ellos tiene dos golletes, uno de los cuales está formado por la cabeza humana, con las facciones modeladas y retocadas de negro. Toda la corona de la cabeza está pintada de negro, pero no sabemos si se ha querido indicar el cabello o si representa un gorro. La forma de la cabeza no es incaica y se parece mucho a la del ejemplar ya descrito. Los dibujos del cuerpo son de las figuras escaleradas comunes a la zona, pero su presentación ofrece una novedad. El campo decorado, se divide en tres secciones separadas por líneas verticales, pero las de arriba y abajo que cierran los cuadros, en vez de ser horizontales son oblicuas en forma de zig-zag, y esto produce un efecto de perspectiva que no hemos visto en otro vaso chileno, y que se puede ver en el dibujo que presentamos.

En la Lám. XV Fig. 8 se ve otro jarrito antropomorfo, de tipo netamente chincha hallado en Caldera. Existe en el Museo Nacional de Historia Natural. Es del tipo de jarro de gollete bifurcado. Un extremo del cuello arqueado, en el punto donde se inserta en el cuerpo, está modelado para representar una cabeza humana. La nariz es saliente, los ojos, boca y orejas están formados por botoncitos levantados, perforados en su centro. El cuerpo es ovoide y dividido en cuatro campos decorados, de los cuales se ven tres en la figura. El otro es idéntico al que forma el centro y bordeado de circulitos con puntos en el centro. La enlucidura es blanca y los dibujos rojos y negros.

Otro jarrito del mismo estilo, también de Caldera, es el que presentamos en la Lám. XXI Fig. 3. En vez de la cabeza humana, este vasito está adornado de cuatro cabezas modeladas de puma, dos que forman las inserciones del cuello y otras dos colocadas entremedio las primeras. La única otra decoración que lleva es la de cuatro pares de líneas paralelas que dividen la superficie en otras tantas secciones.

Este jarrito se halló en un cementerio cerca de la playa, junto con numerosos objetos entre los cuales habían diez o doce vasos, todos de tipo chincha y que no demostraban ninguna influencia local, sino que parecen haberse fabricado por individuos de aquella nación. Los números 4 y 6 de la misma lámina representan otros dos de estas piezas. Entre ellas también habían dos ollitas globulares, con reborde en la boca (*bevel-lipped*) decorado de series de líneas verticales alternadas con otras diagonales. Una de ellas tenía otra decoración en la parte superior del cuerpo, de líneas onduladas oblicuas, hileras de triangulitos, formando dientes de sierra, y otras hileras de ganchitos. La otra no llevaba más que dos líneas paralelas y horizontales que circundaban el vaso en su parte más ancha. Ambas ollitas eran iguales en forma a los *yarn-bowls* descritas por Uhle (1).

Entre los demás objetos de greda había un ídolo o figura humana sentada, con las piernas recogidas. En la cabeza llevaba una toca o turbante, de corte recto en su parte superior, lo que recordaba el estilo de Proto-Nazca. Era de sexo femenino, con las partes genitales bien seña-

(1) UHLE, MAX.—Explorations at Chincha, and The Uhle Collections from Chincha by. A. L. Kroeber and Wm. Duncan Strong. Universidad de California. 1924.



ladas y desnuda a excepción de una faja bordada en la cintura. Tenía una altura de 22 cm.

Estas piezas y otros objetos los vimos en posesión de don Guillermo Schaeffner, quien los había adquirido para remitirlos a un museo de la Suiza, su patria.

Como todos los objetos sacados de estas sepulturas demostraban un evidente origen chincha, y eran completamente diferentes de los locales, es de suponer que una colonia de chinchas se había establecido en esta localidad, de la misma manera como lo hicieron en Taltal. No creemos aventurado considerar que la invasión de este pueblo llegó a lo menos hasta Caldera por el sur, y es probable que desde este centro se difundieron las influencias que se observan en toda la zona diaguita, y que de allí se extendieron poco a poco hacia el sur.

Después de haber escrito el capítulo referente a las influencias de la cultura de Tiahuanaco en la alfarería diaguita, encontramos en las colecciones del Museo Nacional de Historia Natural, los dos vasos en forma de túbalo, reproducidos en la Lám. XV Figs. 1 y 2, que tanto en su forma como en su decorado pertenecen a la época epigonal de aquella civilización.

En la misma lámina hay otras figuras interesantes. Los vasos que se ven en los N.ºs 10 y 12, ambos de San Pedro de Atacama, con toda probabilidad pertenecen al mismo período. La fig. 7 es un jarro atacameño, del período de la cultura local y propia. Fué hallado en Caldera y demuestra que este lugar era frecuentado por dicho pueblo y formaba, o un centro comercial de importancia, o bien era la frontera entre los atacameños y los diaguitas.

Las tres tazas, Figs. 3, 4 y 6, fueron descubiertas por nosotros en unas sepulturas de túmulos, de la Punta de Teatinos, cerca de La Serena. La taza N.º 5, se conserva en el Museo Nacional de Hist. Nat. Todas estas piezas demuestran influencias chinchas, aunque las tazas 4 y 6 también llevan caras humanas típicamente diaguitas. La taza, Fig. 11, hallada en Caldera y existente en el Museo de H. N. como también el jarrito de Chiu-Chiu, Fig. 9, que se halla en el mismo museo, demuestran igualmente influencias chinchas.

La ollita decorada, figurada en la Lám. XXI con el N.º 7, también procedente de Caldera, demuestra una combinación de motivos chinchas, atacameños y diaguitas. El cuello está adornado de elementos del arte atacameño, pero en vez de estar colocados verticalmente como es usual en dicho arte, se han puesto en sentido horizontal. El campo en que se notan las volutas como igualmente las rayas que penden de la línea gruesa inferior, denuncian influencias chinchas y los demás adornos son característicos del arte diaguita. Raras veces se ven combinados los motivos de las tres culturas, aunque es común encontrar una amalgamación de dos de ellas.

Un elemento especial del arte diaguita-chileno la forman las caras humanas pintadas en los platos y las tazas, raras veces en otra clase de vaso. Ocasionalmente, se parecen a las caras que exornan algunas de las vasijas diaguita-argentinas, aunque éstas generalmente se hallan en las urnas funerarias y sólo de vez en cuando en otro tipo de alfarería. Las ca-

ras chilenas también presentan caracteres propios que no se hallan en otras culturas. Aunque no hay un tipo fijo, la forma más común es la que presenta una nariz angular, cuyas ramas laterales forman las cejas, bajo las cuales se dibujan ojos ovalados, generalmente con apéndices parecidos a lágrimas. La boca casi siempre es rectangular con los dientes de arriba y abajo alternados.

Hemos reproducido muchas de estas caras en los diversos platos y tazas que presentamos: Lám. XV Figs. 4 y 6; Lám. XLII Fig. 6, Lám. XLIV Figs. 2 y 3; Lám. XIX Fig. 1, 1 a y 1 b. Lám. XVIII Fig. 6; etc.

En la Lám. XVIII Figs. 1 y 5 se encuentran dos vasos que representan decoraciones típicamente chinchas, y lo es también la forma del jarro, Fig. 2, aunque la del plato es diaguita. El plato, Fig. 3, aunque parecido en forma a los incaicos es, sin embargo chincha, como lo es igualmente el dibujo, de aves en forma estilizada de triángulos cuadriculados. Estas tres piezas son del valle de Coquimbo. El plato representado en la fig. 7 de la misma Lám. llama la atención por dos motivos. Es de un tamaño mucho mayor que el común en los platos de la zona y luego lleva en su interior un dibujo inusitado en la región, y que recuerda los de la cestería atacameña. Es la figura de un hombre, con la cabeza triangular y el cuerpo representado por un rombo. No tiene brazos, pero las piernas y los pies están señalados. La figura está pintada en negro y rojo sobre la enlucidura blanca del interior del plato. El decorado exterior es del estilo típico diaguita. Este plato fué desenterrado en Tongoy y se halla actualmente en la colección del Sr. Peña Villalón. Debemos la fotografía de la cual copiamos el dibujo, a la amabilidad del Sr. León Strube, de Antofagasta, porque, cuando dibujamos la colección mencionada, aún no había ingresado a ella dicha pieza.

Otra pieza notable, es la que figuramos en la Lám. XLVI. Pertenece a la misma colección y fué descubierta en Campanario, en el cementerio que dió al Sr. Peña V. tantas piezas interesantes. La forma del jarro como el motivo que decora el asa, son inusitados. La cara en algo se asemeja a la que decora la cola del jarro tigre, (Lám. XLV) que describimos en otro capítulo, pero se diferencia de ella en la trompa que lleva y en la disposición del hocico. Lleva, además, en la frente un campo cuadriculado como tablero de damas. No sabemos qué animal se ha querido representar en esta figura, porque nada más en la decoración da algún indicio, pues los otros dibujos son todos figuras escaleradas separadas por líneas paralelas oblicuas.

Al hablar de las piezas de alfarería halladas en Campanario debemos describir otro jarro que en cuanto a tipo, es único, a lo menos, no hemos visto en otra parte nada parecido. Es un jarro antropomorfo de una forma especial (Lám. XXXIV Figs. 1 y 1 a). Tiene 30 cm. de alto, 28 cm. de ancho en el vientre y la boca mide 12,5 cm. Visto de perfil es completamente asimétrico y sus diámetros en este sentido son menores: 21 cm. en el vientre y 8,3 de boca. La base es redondeada y no puede pararse solo.

Mirado de frente presenta la forma de olla, pero este aspecto se pierde visto de perfil. El cuello es corto y vertical. Es muy curiosa la manera como se ha producido el efecto de las facciones de una cara en una su-

perficie que no se presta para ello. Los ojos y la nariz se han formado de tres botoncitos en relieve, con una hendidura en el centro. Estos botones están colocados en línea recta y vistos de frente no parecen ser facciones, pero mirados de perfil, el del centro, debido a la curva del cuello en que están colocados, sobresale y produce el efecto de una nariz entre dos ojos. Otros seis botones iguales forman una hilera vertical por el pecho y vientre y es fácil imaginar un gabán abotonado. Se han agregado brazos cortos en relieve y los dedos están señalados por rayas en los muñones.

Este jarro es de factura tosca, sin pulimiento o enlucidura, y de color café oscuro. (1)

En el Museo de Etnología y Antropología de Chile, existe la hermosa taza que reproducimos en la Lám. XIX Figs. 1, 1 a, y 1 b. Fué sacada de una sepultura del valle bajo del Limarí, junto con otras dos que se hallan en el mismo museo (Lám. XIX, Figs. 3 y 4).

En un lado lleva un asa, y al lado opuesto figura una cara humana muy estilizada. Cada uno de los costados laterales de la taza tiene dos fajas o campos decoradas y al contrario de lo que generalmente pasa en esta clase de alfarería, cada lado está decorado de una manera distinta, y cada campo o faja presenta motivos diversos. El conjunto de la decoración resulta armonioso y bello y es completamente excepcional.

El fondo de las partes decoradas es blanco, como lo es también el interior, pero el resto de la superficie está enlucido de rojo, que así forma un bello contraste. La mayoría de los dibujos son negros pero en una de las fajas se nota una línea roja que sigue los contornos de las pequeñas figuras escaleradas.

La cara tiene la nariz y la boca en relieve, las demás facciones y los adornos de la cara están pintadas. En el espacio entre la nariz y la boca y encima de las rayas que parecen representar los bigotes, se ha colocado un tercer ojo, idéntico a los otros dos. En los tres ojos se han señalado las pestañas con rayitas que parten de los párpados. Debajo de los ojos se ha pintado tres rayas curvas y en la barba un tablero cuadriculado.

Desgraciadamente, dicha taza está bastante fragmentada y aunque se ha restaurado en parte, faltan numerosos pedazos. Para el efecto de nuestro dibujo la hemos restaurado enteramente.

Otra taza del valle de Limarí, presentada en la misma lámina con el N.º 3 llama la atención por las cabezas y cuellos de aves pintadas en el interior.

La misma clase de alfarería que hemos venido describiendo, se encuentra en el resto de la provincia, y en el valle del Choapa, aunque el número de piezas que conocemos es menor.

En 1917, el señor Roberto Rengifo, en una visita que hizo al fundo de San Agustín, propiedad de don Ladislao Errázuriz, situado en el río Chalinga, afluente del Choapa, descubrió en un potrero llamado "El Maitén" unas sepulturas indígenas, de las cuales extrajo varias piezas de alfarería grabada (Fig. 1 a-d), las cuales en una de sus publicaciones

(1) No sabemos a punto fijo de donde se ha derivado este estilo, pero sospechamos que habrá que atribuirlo a los chinchas. Max Uhle, en su obra *Pachacamac* p. 65, dice que estos puntos en relieve que parecen botones pertenecen al estilo de la costa del Perú. La fig. 8, Pl. VIII de dicha obra representa otro jarro antropomorfo que en algo se parece al tipo que describimos, pero puede ser una simple coincidencia.

(1) describe brevemente como sigue: “Las piezas de alfarería que se desenterraron primero en el potrero “El Maitén” en 1917, tienen decoración incisa a punzón, formando zonas pequeñas cerca de la boca, con lozangos de tres líneas paralelas, no cerradas arriba ni abajo, y espacios rellenos con puntos (Figs. a, b y c). La Fig. d es una urnita antro u ornitomorfa con largos brazos en relieve a los costados de la cara delantera, cuyas manos las figuran cinco dedos incisos sobre muñones salientes. En la es-

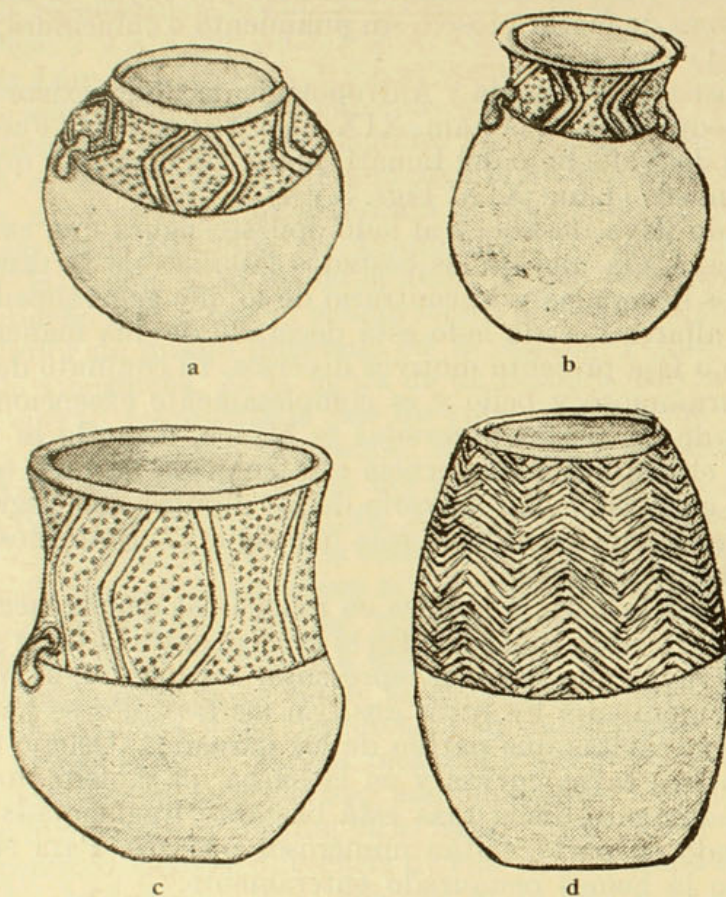


Fig. 1

palda hay una decoración de rectas oblicuas en forma de hojas de palma, que cubre la mitad superior”.

No obstante en el grabado de esta urnita, que acompaña su trabajo no figuran los brazos, y en cambio nada dice de los brazos que forman las asas del vasito que figura en c.

“En 1918, se descubrió un cementerio en «El Zapallar», en el mismo fundo de don Ladislao Errázuriz y se extrajeron huesos y cerámicas. En 1919, se comprobó que bajo una capa de tierra vegetal apretada y dura, a un metro y diez centímetros de profundidad había entierros que llegaban hasta dos metros bajo el suelo y que algunos de los esqueletos tenían lajas o piedras de mediano tamaño sobre el tórax”.

(1) RENGIFO, ROBERTO.—El secreto de la América Aborigen: Los Chiles. Actes de la Société Scientifique du Chile. 1920.

Algunas de las piezas de alfarería extraídas de este cementerio las representamos en las figuras 2 a 6. Son interesantes porque demuestran una transición entre las formas corrientes en los valles de Limarí y Coquimbo con las del valle de Aconcagua, de más al sur.

La única pieza que conserva el tipo de más al norte es el plato o puco de la figura 5, y aun éste es más alto que es general en aquella región. Las tazas en las Figs. 4 y 6, son derivadas del mismo tipo, pero con las paredes mucho más altas y la base más redonda. Estos tres vasos llevan los dibujos escalonados comunes a toda la zona diaguita, hechos con esmero y con los mismos colores—blanco, rojo y negro—que hemos seguido desde el norte. Llama la atención, sin embargo, el N.º 6, porque las fajas decorativas en vez de ser horizontales, como es característico de la alfarería diaguita-chilena, son verticales y se extienden a la misma base de la taza, lo que jamás sucede en los valles de más al norte.

Los otros dos platos, Figs. 2 y 3, tanto en su forma, que es semi-esférica, como en su decorado que consiste en ángulos paralelos separados por líneas en zig-zag, se asemejan a los de las provincias centrales de Chile, aunque los motivos son tratados con el mismo esmero y delicadeza que se nota en el demás arte diaguita.

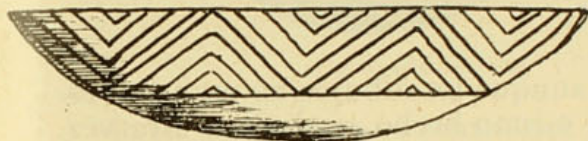


Fig. 2

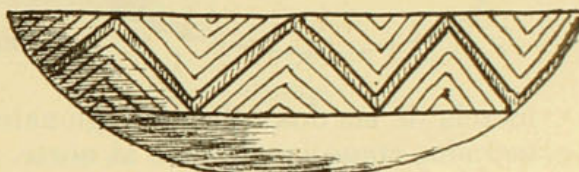


Fig. 3

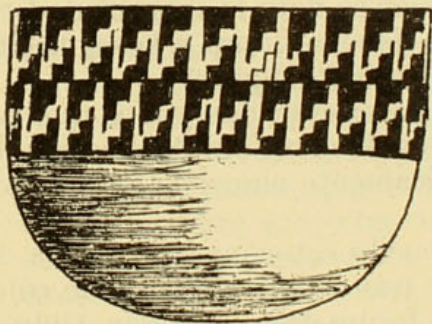


Fig. 4

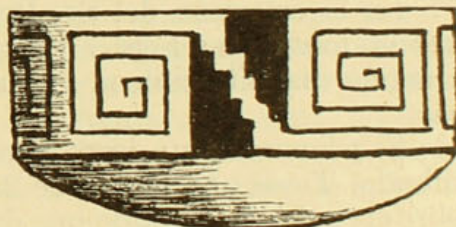


Fig. 5

Por la nomenclatura geográfica, se sabe que esta región tenía una población mixta, porque algunos de los nombres son de origen araucano y otros derivados del *kakan*, lengua hablada por los diaguitas de ambos lados de la cordillera. No es de extrañarse entonces que se hallen mezclados también los dos estilos artísticos, pues el valle de Choapa servía de frontera entre las dos naciones, y es natural hallar las culturas entremezcladas a uno y otro lado de dicha frontera.

Esta compenetración se nota hasta Combarbalá por el norte y hasta el valle de Aconcagua por el sur, y explica la ocurrencia, en ambas zonas, de elementos culturales propios a sólo una de ellas.

Alfarería parecida a ésta la vimos en Quilimarí, más al sur, en el departamento de Petorca, cerca del puerto de Pichidanguí, pero, desgraciadamente se nos extraviaron los dibujos que habíamos sacado de dichas piezas y no las hemos podido reproducir. Aquí también se notaba la

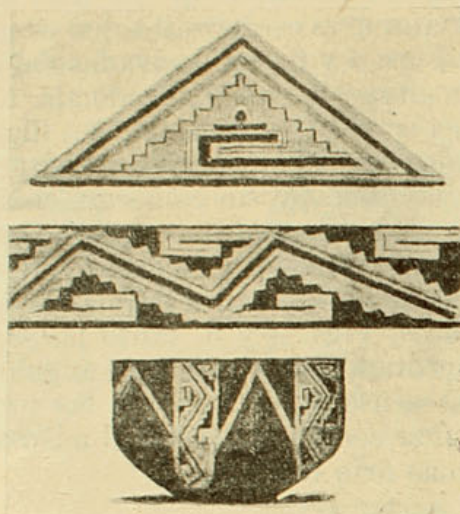


Fig. 6

mezcla de las dos culturas regionales, aunque los dibujos no eran tan esmerados como los de más al norte. El mismo hecho se observa otra vez, en los nombres de lugares. Qui-limarí es nombre derivado del kakan (véase también Limarí, el nombre del río de Ovalle), mientras que Pichidanguí viene del araucano.

A medida que se avanza hacia el sur, más se nota la inferioridad en el arte, el cual, aunque todavía hermoso, no tiene la finura y la seguridad de línea que caracterizan las decoraciones de los diaguitas.

En la colección del Sr. Roberto Rengifo existen dos jarros que representamos en las Figs. 7 y 8 que son dignos de mención. Ambos son de la región diaguita-chilena y ambos son típicamente chinchas en sus formas.

El primero es un jarro periforme con cuello sub-cónico en forma de embudo. Tiene una altura de 22 cm. Es de pasta fina, enlucido de rojo, sobre el cual se ha pintado una decoración en forma de cruz de San Andrés, en negro con líneas cruzadas en blanco, ocupando el centro de los brazos. El gollete está unido con la parte superior del cuerpo, por una asa cilíndrica, y en el lado opuesto sobresale el modelado de una cabeza humana con un tocado en forma de mitra y la parte inferior de la cara prolongada como que representara una barba.

Es un tipo poco común y sobre todo la forma de la cabeza es inusitada. El Sr. Carlos Reed, ex-director del Museo de Mendoza y actual director del Jardín Zoológico de Santiago, asegura que en el museo mencionado existía otro vaso muy parecido.

El otro jarro es de un tipo muy diverso, siendo de la clase llamada de cuello bifurcado, característico de las culturas costinas del Perú. Presenta

sin embargo una especialidad en que el centro del cuerpo tiene un hueco cilíndrico desde la superficie hasta el fondo sin que esté comunicado con la parte interior del vaso o sea el receptáculo destinado a recibir el líquido el cual está conectado con el asa tubular semicircular, cuyo orificio en vez

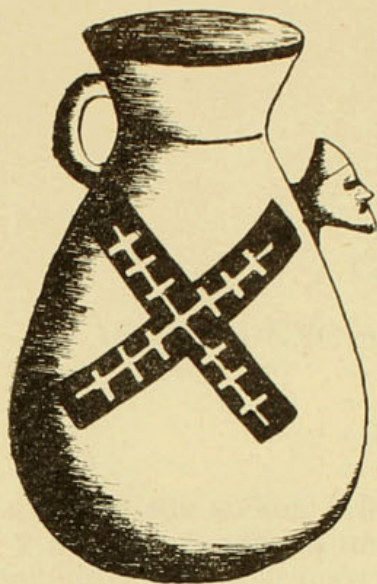


Fig. 7.—La Serena

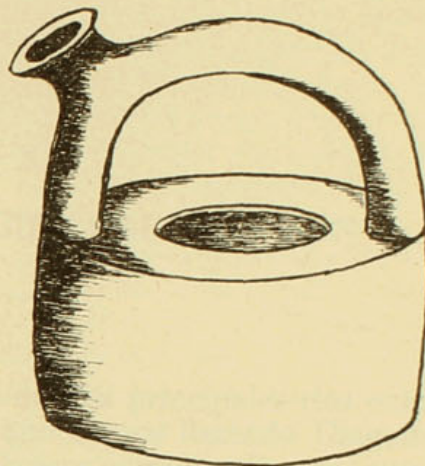


Fig. 8.—Chalinga

de encontrarse en el centro del asa como es usual en este estilo de vasija, se halla a un lado, en toda la curva. La boca tiene un borde en forma de embudo corto. El cuerpo es cilíndrico de paredes verticales. El vaso es de un gris negruzco, sin enlucidura y sin decoración.

El primero fué comprado en la ciudad de La Serena y se supone que fué descubierto en aquella vecindad. El otro procede de Chalinga, pero tampoco tenemos detalles respecto de las condiciones de su hallazgo.

Aunque el primero es de indudable tipo chincha, sospechamos que puede ser post-español, porque la cabeza modelada que se encuentra en el costado, parece, por la barba representar a uno de los conquistadores europeos. Esta sospecha se refuerza por la figura de la cruz, no que ésta sea un motivo extraño a la decoración indígena, pero casi siempre los brazos cruzan uno al otro en ángulo recto y no en forma de la conocida como de San Andrés.

La segunda pieza, aunque en sus detalles es particular, sin embargo, pertenece a un estilo de vaso que en la costa del Perú lleva muchísimas variaciones y por consiguiente no debe llamar tanto la atención.

---

## CAPÍTULO XI

### LAS INFLUENCIAS DIAGUITA-ARGENTINAS

---

La región sub-andina y los valles de los principales ríos entre Copiapó y el Choapa abarca una zona que hemos llamado Diaguita. En otras publicaciones explicamos por que hemos considerado como una rama occidental de los diaguitas al pueblo que habitaba dicha región, y en uno de los capítulos de este mismo estudio resumimos la cuestión.

La cultura en ambos lados de los Andes, en los tiempos prehistóricos era idéntica en la mayoría de sus aspectos y acusa un solo origen. Sin embargo, el arte, aunque poseía los mismos elementos y motivos, se desarrolló hasta cierto punto de un manera distinta y se encuentran, en ambas bandas, estilos locales que no se conocen en otras partes. Las dos ramas adoptaron también ciertos motivos sacados de la fauna característica de la zona que ocupaban respectivamente, y que llegaron a ser tópicos de ellas. En el lado argentino existían animales y aves que nunca han formado parte de la fauna chilena. Por consiguiente, el hallar ocasionalmente cualquiera de estos animales o aves en el arte de este país nos enseña que se debe a influencias venidas del otro lado de la cordillera, y con más razón cuando tales motivos son elementos comunes en el arte de allá.

No obstante, semejantes influencias no son tan comunes como es de suponerse y puede decirse que son cuatro los motivos principales que han inmigrado, a saber: el jaguar o tigre, el avestruz, la serpiente de dos cabezas, y el tipo de cara humana que parece haberse derivado de la lechuzza. Estos motivos son muy poco frecuentes en Chile, mientras que son muy abundantes en la región diaguita-argentina.

No sabemos si debe considerarse como importación argentina el empleo de urnas funerarias de greda cocida o si existía en el país. Ciertamente es que se han encontrado entierros en urnas de esta clase en puntos del país donde no parece que pudieran haber llegado las influencias de que hablamos, pero hasta ahora semejantes hallazgos han sido pocos y esporádicos y no permiten formar un criterio claro al respecto. De todos modos, en la región sub-andina de las provincias de Atacama y Coquimbo se



han encontrado algunas urnas funerarias, cuya forma y decoración demuestran sin lugar a duda que en estos casos se deben a influencias de ultra-cordillera.

Ambrosetti, llegó a suponer que el estilo draconiano descubierto en la provincia de Rioja y otras colindantes, debía originarse en Chile, pero la suposición carece de todo fundamento, porque en este país no se ha encontrado una sola pieza que siquiera remotamente se relacione a este estilo especial y las investigaciones de Boman, Tello, Gresbelín y Levillier parecen indicar que sus orígenes los habremos de buscar en la alfarería de Recuay y Chimú. Tampoco se conoce en Chile el estilo de Santa María, aunque varios de los motivos empleados en él se hallan repetidos en algunas piezas chilenas, pero siempre en diferentes combinaciones, que indican una estilización local.

En cambio, parecen ser pocos los motivos chilenos que influyeron en el arte diaguita-argentino, aunque posiblemente los elementos del arte chincha pueden haberse infiltrado en la cultura calchaquí, desde este lado, habiéndose seguido, con toda probabilidad el camino de la costa del Pacífico, donde en varias partes del litoral de las provincias del norte hallamos establecidas colonias chinchas, como en Taltal y en Caldera.

Hemos dicho que entre los motivos netamente argentinos que se encuentran ocasionalmente en la decoración de la alfarería chilena, se halla el avestruz. El ejemplar más conocido es indudablemente el plato reproducido por Medina (1) y que motivó la hipótesis de Ambrosetti a que hemos hecho referencia. Como el dibujo de Medina es algo defectuoso, lo hemos reproducido nuevamente (Lám. XLVIII. Figs 1 y 1 a). En este plato, se ve muy claramente que las aves representadas son idénticas a las que figuran en muchos vasos argentinos (2). Existe en el Museo Nacional de Historia Natural. Es un plato de forma excepcional y no se conoce otro parecido en la alfarería chilena. De fondo plano y paredes inclinadas lleva en lados opuestos la cabeza y la cola de un pato. El interior, enlucido de blanco, está adornado con una serie de dibujos complicados en que figura el avestruz, acompañado de numerosas figuritas como patas de aves y que algunos autores suponen representar las pisadas del suri o avestruz. Exteriormente el plato está enlucido de rojo con una faja blanca sobre la cual se ha pintado en negro una serie de volutas. El conjunto de la decoración interior es indudablemente diaguita-argentina, aunque algunos de los motivos se deben a influencias chinchas. Dibujos semejantes son sumamente escasos en la alfarería chilena y el avestruz y la cruz de Malta los hemos vistos en contadas piezas.

Además del plato mencionado representamos una taza que también ostenta los dos motivos. (Lám. XLVIII Fig. 4). Fué hallada en ValLENAR, a pocas leguas de distancia del lugar en que se descubrió el plato anterior. Aquí los elementos son los mismos, pero la manera de la combinación es algo diversa, aunque los acompañan los mismos motivos chinchas: las volutas y las líneas dentadas que encierran los cuadros. La taza está decorada únicamente en el exterior con dibujos negros sobre el fondo rojo de la enlucidura. Interiormente está enlucida de blanco.

(1) MEDINA, JOSÉ TORIBIO.—Aborígenes de Chile. Ob. cit. Atlas Fig. 165

(2) BOMAN, ERIC y GRESLEBIN, HÉCTOR.—Alfarería Draconiana. Buenos Aires. 1923 Fig. 30. p. 56.

Otra pieza que está decorada con figuras del avestruz, es la urna que presentamos en la Lám. XLIII Fig. 2. Fué descubierta en una barranca desmoronada de San Félix (Depto. de Vallenar). Se halló en estado muy fragmentado y no fué posible restaurarla enteramente. Se asemeja bastante al tipo de urna funeraria de Santa María, aunque los detalles de la decoración acusan quizá una estilización local. En el centro de cada lado se encuentra un cuadro cerrado por líneas escaleradas. Este marco encierra la figura de un avestruz con las mismas figuritas de pisadas. La urna se divide en tres campos horizontales separados por líneas negras gruesas. La urna es de color ladrillo claro y no está enlucida. La decoración se ha pintado sobre este fondo en negro y rojo oscuro. En la sección superior se nota en ambos lados de la urna una cara humana estilizada, análoga a las encontradas en las urnas de Santa María. La nariz está representada por un triángulo invertido de lados curvos. Los ojos son oblicuos y de ellos penden cinco rayas verticales que parecen pestañas. La boca la forman dos ganchos enlazados que salen de los costados de dos escalones. El resto del decorado lo forman figuras escalonadas, líneas onduladas, y cuerpos geométricos reticulados, elementos muy comunes en toda la zona diaguita.

Acompañando esta urna se hallaron los restos de un puco o taza, que figura en la misma lámina, (Fig. 4) de los mismos colores y adornada de cuerpos escalonados. No figura en el plato el avestruz que se ve en la urna. Tal vez servía como tapa de la urna, pero de esto no tenemos seguridad.

Dichas piezas juntas con algunos otros objetos, entre los cuales había dos o tres de bronce, se hallaron, como dijimos, en una barranca, que había sido socabada por las aguas del estero, y cayéndose un gran terrón, los objetos mencionados y algunos huesos humanos se encontraron entre la tierra caída. No sabemos si los huesos se encontraban dentro de la urna o no. No pudimos dar con los demás objetos que fueron llevados por los vecinos, pero afortunadamente pudimos reunir suficientes fragmentos para determinar la forma y la decoración de las dos piezas de alfarería. Por estar de viaje a la cordillera y por carecer de medios de transporte de objetos tan frágiles tuvimos que dejarlos allí, después de dibujarlos cuidadosamente.

Otra urna, intacta, de bella forma y esmerada decoración existía en la colección de don Luis Montt (1). Fué reproducida por Rudolfo Philippi, en la *Revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago* (2). Lám. III. y por Medina en su Atlas, Fig. 66. En nuestro dibujo (Lám. XLIII, Fig. 1) presentamos la urna en otra posición, de frente y no de costado como lo dibujó Philippi y lo copió Medina, de manera que entre las dos posturas se puede formar una idea cabal del decorado.

Reproducimos aquí la descripción que hace del vaso Rudolfo Philippi en la revista citada. Dice: «Vasija de greda de 83 centímetros de alto,

(1) Esta colección de antigüedades chilenas, muy hermosa y valiosa, después de la muerte de su dueño, fué vendida por la viuda a uno de los Museos Argentinos, el de Buenos Aires o el de La Plata, no estamos seguros a cual. Por fortuna, antes de la venta habíamos, con el permiso del dueño, dibujado todas las piezas de mayor importancia, y son estos dibujos que ahora publicamos.

(2) De esta revista no se publicó más de un solo número en el año 1880, aunque se habían impreso los grabados para la segunda entrega, los que tenemos a la vista.

un metro dos centímetros de radio sobre la asa y setenta y nueve centímetros bajo el pico representado en la parte superior. Es la más hermosa muestra que conocemos de la antigua alfarería chilena; el cocimiento no ha penetrado hasta el centro de la greda, pero sus pinturas son primorosas y se conservan intactas. Debió pertenecer a un *ghulmen* (rico) esto es señor de tierras y vasallos.

«En presencia de esta vasija no podemos menos que preguntarnos ¿conocieron los indígenas chilenos la rueda del alfarero? Puede hacerlo creer así el examen superficial de ésta y todas las vasijas perfectamente cilíndricas que de ellos nos quedan; pero examinadas con detención se ve que las rayas que han dejado las piedrecillas con que las pulimentaban, no son perfectamente concéntricas como las que deja la rueda del alfarero; además, los alfareros del país, herederos de todo menos en el gusto, del alfarero indígena, tampoco la usan, y no es de creer que la hubieran olvidado; por su parte los antiguos cronistas que nada dicen sobre esto, no habrían olvidado tampoco hablarnos de una cosa tan notable.

«Aunque una vasija de esta clase tenga en los menesteres domésticos muchos empleos, no parece difícil determinar el uso a que estaba especialmente destinada la que examinamos.

«Su ancha boca no la constituye adecuada para la conservación de la chicha, como otras vasijas de más capacidad y de cuello estrecho que los indios llamaban *telca* de las cuales daremos después una muestra; cuando más pudo haber servido para hacer en ella la fermentación de esta bebida, en cuyo caso la hubieran llamado *clilhue* o *culilhue*; pero como, según Ovalle eran tan grandes bebedores, cual lo son todavía, se juntaban en gran número a sus borracheras, no se contentaron con fabricar la chicha en la pequeña cantidad que puede contener esta vasija.

«Los indios guardaban las provisiones más finas de su casa y las que por estar ya algo preparadas no podían conservarse a granel, en grandes ollas de greda que llamaban *rebun*; y tal fué seguramente el uso a que estuvo destinada la presente.

«Descubrióse junto con varios objetos de cobre en una sepultura de Chellepín, lugar de la subdelegación de Salamanca en el departamento de Illapel, y la debemos a don Niceto Varas».

En el tiempo en que escribió Philippi, era muy poco conocida la alfarería del noroeste argentino, y los numerosos trabajos que hoy tenemos a nuestra disposición aún no se publicaban. Lo que no sabía nuestro autor, era que la región donde se hizo este hallazgo era de un pueblo que no hablaba el araucano y que tenía una cultura distinta a la de más al sur. Para los escritores de aquellos tiempos, no existía sino un solo pueblo desde Copiapó hasta Chiloé y por consiguiente las descripciones hechas por los cronistas de los indios del sur del país, se creían aplicables a todos los indígenas.

No cabe duda que el vaso de que hablamos era una urna, probablemente funeraria, de aquellas tan comunes en la región diaguita-argentina; pero presenta muchos caracteres nacionales. No coincide con ninguno de los tipos argentinos, ni en su forma ni en el estilo de su decoración y, sin embargo se asemeja a ellos en el uno y en la otra, siendo

los motivos empleados en el decorado principalmente chinchas, comunes también a aquellos (1).

Como en las urnas argentinas, la parte superior se observa una cara humana. Los ojos llevan dibujos anexos como lágrimas cual suelen encontrarse en las vasijas calchaquíes; la nariz está representada por el extremo superior del ángulo que ocupa todo el centro de la cara, y la boca está señalada por una línea horizontal. Los demás dibujos se componen de líneas paralelas, figuras en forma de tablero de damas, series verticales de triángulos con ganchos enlazados y fajas angostas con líneas cruzadas, en forma de V y que parecen cordeles.

Esta urna ha sido enlucida en toda su superficie de un solo color, un rojo oscuro que tira a morado. Parece que el óxido de hierro que servía para la enlucidura tuvo un poco de manganeso y esto ha producido el tinte especial. Llama la atención lo bien ejecutado de los dibujos y lo sobrio del decorado. Este es negro excepto los triángulos alternados en las series verticales que son de un rojo distinto al fondo, que se nota pero que resalta muy poco.

En Paihuano, departamento de Elqui, hace algunos años, al destroncar una viña, se halló otra urna, que parece haber sido funeraria. Un amigo, sabiendo el interés que teníamos en tales cosas, tuvo la amabilidad de remitirnos estos fragmentos, junto con otros que describimos en otra parte. La nueva pieza era de otro tipo. La forma era igual a la descrita por Outes (*Alfarerías del Noroeste Argentino*) y representada en la Plancha VI de dicha obra. En cambio, el color y la decoración eran muy distintas. La pieza es de factura más tosca que las anteriores, de color amarillo ocreo con una decoración de grandes ángulos y rombos concéntricos, pintados de rojo, con mano muy insegura, pues ni las líneas ni los ángulos son bien hechos. Por el colorido y el motivo del dibujo, esta pieza se asemeja mucho a las de más al sur, de la región de los promaucaes y del extremo sur del país, donde se halla un estilo muy parecido.

Esta urna, la representamos en la Lám. XLIII. Fig. 3.

El rector del Liceo de La Serena, el Sr. Eliseo Peña Villalón, coleccionista de antigüedades indígenas y quien hacía frecuentes excursiones a todas partes de la provincia en busca de ellas, nos informó que se había descubierto cerca del pueblecito de Caren, situado al pie de la cordillera del departamento de Ovalle, un cementerio en el cual se hallaron restos humanos sepultados en urnas del tipo calchaquí. Nuestro informante no pudo proporcionarnos mayores datos sobre el descubrimiento, pero nos aseguró haber visto algunas de las urnas. Hemos tenido noticias de otros hallazgos parecidos dentro de la provincia de Coquimbo, sin poder confirmar los detalles personalmente.

Es indudable que estas piezas han tenido su origen en las influencias argentinas porque ni las formas ni las decoraciones son netamente nacionales y son además muy escasas en este lado de la cordillera. El *suri* (2) o avestruz no ha formado jamás una parte de la fauna chilena y por

(1) Véase Outes, Felix F. *Alfarerías del Noroeste Argentino*. Ob. cit. como también Lafone Quevedo, Samuel. *Tipos de alfarería en la región Diaguita-Calchaquí*. Rev. del Museo de La Plata. Tomo XV. (segunda serie, Tomo II) Buenos Aires. 1908.

(2) El avestruz (*Rhea Americana*) habitaba las provincias de Tucumán y Salta, el Paraguay, las llanuras de Uruguay, las pampas de la provincia de Buenos Aires y de la Patagonia. Llamado *nandú* por

consiguiente no podía haber figurado en la ideografía de los naturales. Su concepto es en todo caso una importación. Por otra parte, las pocas piezas conocidas, de origen chileno, en que figura este ave, fueron siempre encontradas en la región del valle del Huasco, y todas llevan las huellas del avestruz, carácter tan típico de los vasos argentinos.

El tigre es otro de los motivos que se ve ocasionalmente en la decoración de la alfarería y también debe su origen a influencias argentinas, ya que este animal no existe en Chile. Empero, aquí ha sufrido una estilización propia, porque en la alfarería se presenta generalmente solo la cabeza y esa de un estilo no encontrado en otras partes. Es verdad que de vez en cuando se halla en forma natural que no deja duda respecto del animal que se ha querido representar, pero, en tales casos, es siempre modelado y no dibujado.

Un vaso que demuestra los dos estilos es el que presentamos en la Lám. XLV. Fué descubierto en el fundo de Campanario, junto con varios otros objetos y algunas piezas más de alfarería. Pertenece al Sr. Peña Villalón, ex-rector del Liceo de La Serena.

En cuanto a la forma de este vaso representa un tipo nuevo, hasta ahora único. Es una especie de plato o puco, no redondo sino ovalado, con los bordes vueltos para adentro en forma arqueada, como abovedada. En un extremo se halla una cabeza de tigre modelada, con manchas negras, y en el otro, que es triangular y saliente se ha dibujado otra cabeza estilizada. (Figs. c y d.)

La cabeza algo estilizada que se halla en la parte de atrás del vaso, es un motivo hallado ya solo, ya repetido, en numerosas piezas de cerámica de la región.

La cabeza modelada en este mismo vaso es completamente igual a las de los tigres representados de cuerpo entero de la gruta de Carahuasi. Cabezas en forma parecida, con o sin manchas negras, se hallan en otras piezas. Todas se hacen notar por los dientes alternados en las dos quijadas, los de arriba quedándose metidos en los espacios dejados vacantes entre los de abajo, como la dentadura de un engranaje. Los únicos colores empleados en esta clase de alfarería son el blanco, negro y rojo.

A veces, cabezas estilizadas de este mismo tipo se encuentran en figuras antropomorfas, es decir, figuras de cuerpo humano con cabeza de jaguar o tigre. Generalmente se ha supuesto que semejantes figuras representaban seres divinizados; pero sospechamos que, a lo menos en cuanto a Chile se refiere, eran representaciones de antepasados totémicos, de quienes se creían haber originado y quienes habían dado su nombre al clan o grupo de parientes consanguíneos.

Las paredes del plato no son rectas sino curvas en la parte superior e inclinadas hacia adentro en la inferior. La base es plana y sostenida por tres patitas, dos por el lado de la cabeza modelada y una en el otro extremo. Está enlucido de blanco adentro y de rojo afuera. La parte su-

las tribus del sur, las del norte habían adoptado el nombre guaraní *churi-juri* o *suri* según el dialecto. Entre las tribus de habla araucana, el apellido *cheuque* que significa avestruz, era bastante común, y este ave, aunque no conocido en el país era uno de los tótemes comunes entre los indios en el tiempo de la conquista.

Todavía los araucanos actuales bailan una danza llamada *choike-prun*, baile del avestruz, que es una reliquia de sus antiguas costumbres totémicas, aunque su origen y su significado se han olvidado, desde hace muchísimo tiempo.

perior de las paredes está adornada por una faja blanca en la mitad trasera. Sobre esta enlucidura blanca se ha pintado una serie de figuras escaleradas triangulares separadas por otros escalones en zig-zag. La parte de atrás lleva una cara de tigre, de la forma estilizada que se ve en la fig. d, pintada de negro. Los ojos están colocados en círculos blancos y se forman de dos anillos concéntricos uno rojo y el otro, que representa las pupilas, negro. La boca, delineada en blanco tiene los dientes de arriba alternados con los de abajo, en forma de engranaje. Este mismo estilo de dentadura se nota también en la cabeza modelada, y es común a todas las representaciones de tigres que conocemos, como también a algunas de las figuras antropomorfas.

La cabeza triangular del tigre del tipo de este vaso se repite en varios otros platos, uno de los cuales, procedente de la Punta de Teatinos, lo presentamos en la Lám. XLIV Fig. 7. Existe en la colección del Sr. Peña Villalón, quien también posee otro hallado en el valle de Limarí. Tuvimos en nuestra colección fragmentos de otros dos, sacados de un cementerio indígena descubierto en San Julián, en el mismo valle de Limarí. Estos fragmentos, que no obstante dejan ver enteramente la cabeza, están actualmente en el Museo de Etnología de Santiago. Llama la atención la distribución de las cabezas en estos vasos. Como son de forma triangular, las paredes se dividen en dos secciones horizontales por una línea en zig-zag. Cada una de las secciones se compone de una serie de triángulos, en los cuales se dibujan las cabezas. Como resultado de esta disposición, todas las cabezas de la serie inferior se hallan invertidas. En la colección de don Luis Montt existía otro igual, sacado de un túmulo de la Punta de Teatinos.

Este estilo es original de los valles de Coquimbo y de Limarí y no lo hemos encontrado fuera de ellos. Sin embargo, la idea misma, es decir, el motivo en sí, no puede considerarse nacional, por la razón que hemos expresado más arriba. Es posible que las influencias diaguita-argentinas se hicieron sentir primero en una forma realista, así como las figuras rupestres de Carahuasi y otras partes y reproducido en el vaso de Campanario. La estilización triangular sería un desarrollo posterior a la introducción del motivo y por eso localizado en los dos valles mencionados.

Otro motivo decorativo que con toda probabilidad llegó a Chile desde la región diaguita-argentina, es el de la serpiente. Este motivo nunca ha sido corriente en el arte chileno, y fuera del valle de Coquimbo no lo hemos encontrado. Procedentes de dicho valle conocemos seis u ocho vasos que en una u otra forma lo ostentan. Creemos probable que algunos de éstos se deben a influencias de la civilización, de Tiahuanaco como los que se han reproducido en las Figs. 22 a 25 del Cap. VI, aunque es posible que pertenezcan al período epigonal de dicha cultura. Con todo, hay la probabilidad de que fuesen introducidos a Chile desde las provincias argentinas, donde, especialmente en el estilo de Santa María, son más frecuentes.

Fuera de los ejemplares presentados en el Cap. VI hemos reproducido otros tres, todos de tipos distintos, pero siempre pertenecientes al interior del valle de Coquimbo, departamento de Elqui. El primero de éstos es un hermoso plato procedente de Rivadavia. Parece que las

figuras onduladas que en él se ven representan serpientes (1). En la parte donde cruzan las dos figuras, éstas se hallan separadas por una serie de puntos negros. Los demás dibujos son de escalones y espirales o volutas, que también pueden representar serpientes. (Lám. XLIV, Fig. 4).

El plato es de tipo muy fino y los dibujos bellos y elegantes. Es de color rojo, enlucido interior y exteriormente. La enlucidura exterior de las paredes verticales es blanca y los dibujos son negros y rojos.

Fué hallado al excavar los cimientos para un molino. Por su estilo, es más moderno que los anteriores y las hileras de puntos parecen indicar que pertenece a la época de las influencias chinchas, siendo este motivo decorativo característico de ella.

El segundo ejemplar, Fig. 1, es de un vaso de forma común en la región diaguita-argentina, pero bastante escaso en este lado de la Cordillera. Es quebrado pero el fragmento que reproducimos permite ver la decoración, y la serpiente es casi entera. La figura central es de una serpiente de dos cabezas, enroscada en forma de doble espiral, con óvalos en el centro del cuerpo, colocados en sentido paralelo con su largo. Las cabezas llevan dos apéndices, que pueden representar la chasca o melena del culebrón o bien las alas de la serpiente emplumada o volante.

Los campos laterales están ocupados por rectángulos reticulados y el cuello lleva una hilera de triángulos vueltos hacia abajo que parecen dientes de sierra. Todos los dibujos son negros sobre un fondo blanco. El interior del vaso está también enlucido del mismo color. Esta pieza fué encontrada en Paihuano, al destroncarse una viña, junta con los restos de una urna funeraria, ya descrita.

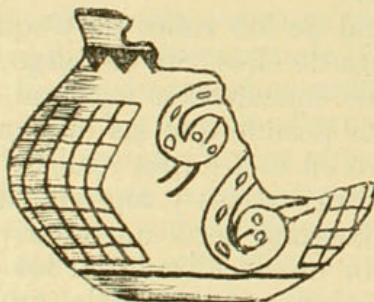


Fig. 1

La tercera pieza, hallada en Vicuña, existe en el Museo del Seminario Conciliar de la Serena, y debemos su conocimiento a la amabilidad del vice-rector de este establecimiento, el Rev. Padre Alberto Weimers, quien nos envió una copia a acuarela, de tamaño natural, y en sus colores precisos. Es en forma de taza, del tipo llamado comúnmente budinera, y tiene veinte centímetros de diámetro en la boca y diez en la base, por diez de altura. Está enlucida adentro y afuera de rojo oscuro. Una larga y angosta faja de color ocre, rodea la tasa dos veces, para representar la serpiente. La faja está bordeada de una línea negra y por el centro corre otra roja. La línea roja termina en ambos extremos, por una cabeza

(1) Decoraciones de un estilo parecido se encontraron en Ancon, Perú; véase Reiss y Stubel. Necropolis of Ancon Plancha 96. Fig. 15); en Pachacamac, (Uhle p. 66 Fig. 85) y en los vasos de piedra del tipo del Cuzco, anteriores del desarrollo del estilo incaico.

de serpiente, de forma estilizada, y que ostenta dos apéndices que parecen cuernos. El espacio entre las líneas negra y roja está rellena de puntos negros que representan las manchas del ofidio. La misma figura se repite en el interior de la taza. (Fig. 2)

La serpiente no está pintada en forma de espiral, sino horizontalmente y para permitir que hagan una segunda vuelta del vaso, está torcida en el medio, casi a ángulo recto y continúa en un plano más bajo.

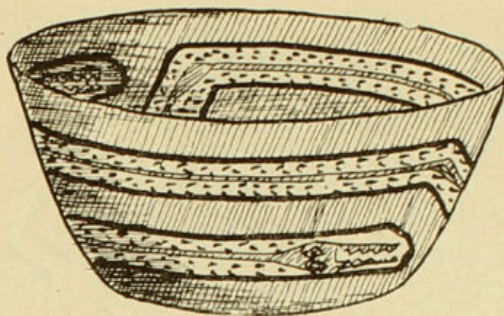


Fig. 2

Las cabezas, como las de la serie descrita en el Cap. VI, se presentan de perfil, pero a pesar de esto, se han dibujado los dos ojos y los dos apéndices salen del mismo lado. La boca abierta muestra las dos hileras de dientes. (1)

La taza está bien pulida, pero el dibujo fué hecho con mano poco segura y las líneas son solo aproximadamente paralelas. Fué hallada por casualidad en el barranco del río Coquimbo, en frente del pueblo de Vicuña.

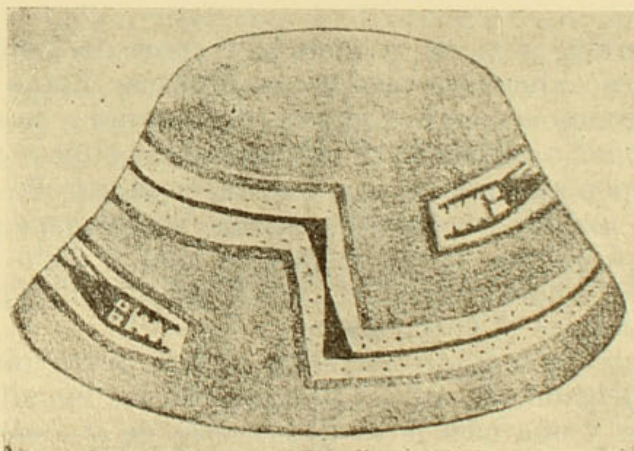


Fig. 2-a

Otra taza con el mismo estilo de dibujo, pero esta vez duplicado, es una que presentó y describió el Dr. Aureliano Oyarzún en un artículo

(1) Esta forma de estilización es muy común en las artes de los pueblos primitivos. Es frecuente hallar en las cabezas presentadas de perfil los dos ojos en el mismo plano. Parece que los artistas dibujaban, no lo que veían sino lo que sabían que existía en la cabeza.



titulado *Cay-Cay y Ten-Ten* (1), la cual reproducimos en las Figs. 2-a y 2-b.

El autor la describe como sigue: «Proviene de una ancuviña del departamento de Elqui. Tiene forma cónica, trunca, siendo más estrecho en su base. Mide 8 centímetros de alto, 12 de ancho en su base y 20 de diámetro en su borde libre. Está pintado de blanco en su interior con tres líneas paralelas negras en el borde.

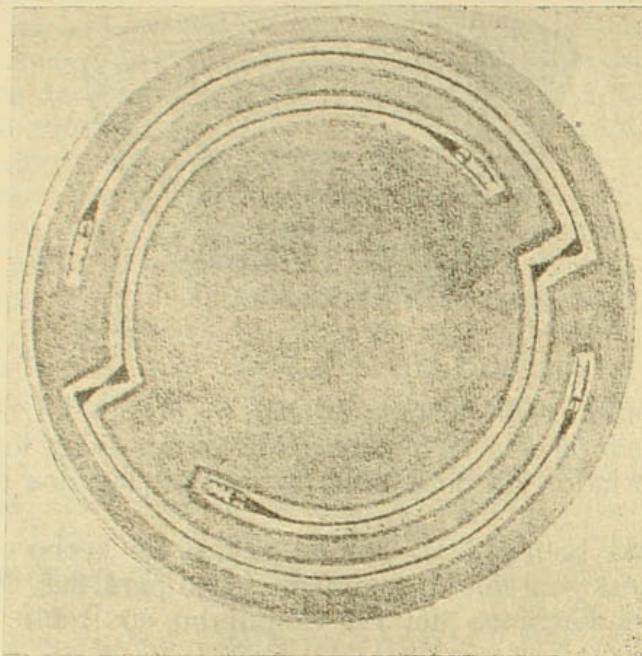


Fig. 2-b

En su superficie externa, y, más bien cerca del borde, hay dibujados dos anillos con aberturas simétricas, alternas. Estos anillos son paralelos y se descomponen en dos serpientes contenidas en un marco negro con un espacio ancho salpicado de innumerables puntos negros. Los dos anillos interrumpen su curso en la mitad de su desarrollo, donde se quiebran, formando un zig-zag de ángulos casi rectos para seguir, una vez trazado el nuevo ángulo, paralelamente el uno al lado del otro, hasta llegar también a la nueva flección. Completan así una figura de dos circunferencias paralelas y entrelazadas.

Las serpientes contenidas en estos anillos están pintadas de rojo, son de cuerpo delgado, de cabeza grande, con las mandíbulas bien provistas de dientes y una melena de dos trenzas de que carecen, sin duda, los ofidios conocidos, pero no los que ahogaron a Laocóon y a sus dos hijos, que eran, además, de color rojo de sangre.

Cada una de las culebras contenidas en los anillos principia y termina por una de estas cabezas. En el punto donde se forman los zig-zags y que representa seguramente el vientre de las culebras, engruesa éste y toma la figura de un reloj de arena.

(1) Publicaciones del Museo de Etnología de Chile. Tomo II, N.º 1. 1920.

Conozco otro vaso de greda igual al que he descrito y que está en poder del señor Martín Gusinde. Proviene de Copiapó. El señor Latcham citado por Vicuña (1), habla de uno que se conserva en el Seminario de La Serena».

«Se ve, por lo tanto, que no se debe a una casualidad o simplemente al capricho del artista el dibujo de las dos serpientes del vaso que describo, sino que a una ornamentación conocida y practicada frecuentemente en la cerámica antigua de nuestro país».

El Dr. Oyarzún cree que las dos culebras que se encuentran en el vaso que él describe, pueden representar las dos culebras míticas de la leyenda araucana del diluvio—Cay-Cay y Ten-Ten. No participamos de esta opinión, por cuanto el ejemplar de Vicuña no lleva más de una y por otra parte es muy dudoso que la leyenda fuera conocida entre los diaguitas, a quienes hemos de atribuir estas piezas.

Existen muchos otros motivos decorativos comunes a las zonas chilena y argentina, pero no se puede atribuirlos directamente a influencias de uno o de otro lado, porque es evidente que han tenido su origen en otras culturas, infiltrándose por todo el territorio diaguita. En algunos casos pueden haber llegado primero a las provincias argentinas, pero nos parece probable que han seguido el camino de la costa, trasmontando la cordillera después. A lo menos esto parece haber sucedido con las influencias chinchas, porque hallamos en la costa de Taltal y Caldera vestigios, no sólo de ellas, sino de la ocupación de ese pueblo conquistador, y es casi seguro que las influencias notadas en toda la región aún hasta el extremo sur de Chile, hayan dimanado de estos centros meridionales chinchas.

Cosa semejante parece haber pasado con las influencias de Tiahuanaco. Aunque éstas son frecuentes en el arte diaguita-argentino, son más nítidas y seguras en la cultura chilena, especialmente en la región atacameña, donde se hallan artefactos de diferentes naturalezas con los típicos dibujos de la época clásica de aquella civilización. Entre éstos se pueden citar algunos tejidos con la figura representada en el centro de la Portada del Sol; tabletas de madera con la misma figura y con las cabezas de puma y de cóndor que la acompañan. En la alfarería se hallan las mismas influencias aunque algunas de ellas son del período que Uhle ha llamado epigonal y que considera posterior al período clásico.

(1) VICUÑA CIFUENTES, JULIO.—Mitos y Supersticiones. p. 327. Santiago 1911.

---

---

## CAPÍTULO XII

### LA ALFARERIA DE CHILE CENTRAL.

---

Al hablar de Chile Central, nos referimos a las provincias entre el Choapa y el Maule. Para los efectos de la alfarería, esta zona se divide en dos grandes regiones, separadas por el río Maipo. Al norte de dicho río se encuentran numerosas influencias derivadas de la cultura diaguita y Chíncha-diaguita, como también otras de origen incaico. En la región meridional de la zona, el desarrollo parece haber sido en gran parte local y son mucho menos aparentes las influencias extrañas del norte, aunque algunos de los motivos del arte, fueron indudablemente derivados de otros de origen chíncha, desarrollados y combinados de una manera propia, que da un estilo característico a la cerámica de esta parte del país.

Para distinguir estas dos regiones, proponemos llamar la primera la de *Aconcagua*, por ser el valle de este río y los de sus principales afluentes, el centro donde se han encontrado mayor número de piezas de alfarería; y la segunda la *promauca*, porque las provincias entre el Cachapoal y el Maule, desde los primeros días de la Conquista, recibieron el nombre de las provincias de los *promaucaes*, y los indios de la región recibieron la misma denominación. (1)

La alfarería de los valles del Mapocho y del Maipo es muy poco conocida, aunque sabemos que ambos eran bastante poblados en el tiempo de la llegada de los españoles. Como esta comarca es la que más se ha cultivado, los trabajos agrícolas han dejado pocas sepulturas intactas, de manera que en tiempos modernos se han hecho escasos hallazgos de interés arqueológico. Por lo demás, la mayor parte de la alfarería que conocemos, procedente de este distrito, es del estilo incaico y existen muy pocas piezas de una mayor antigüedad.

---

(1) El nombre *promauca*, empleado por los conquistadores españoles para hablar de estos indios y la región que habitaban, se deriva del término quechua *purun-auca*, gente alzada porque *hasta allí eran victoriosas las armas de los ejércitos del Inca*. Las tribus del Cachapoal al sur se coaligaron y ofrecieron una resistencia tan enérgica a la invasión, que los incas se vieron obligados a replegarse al norte de dicho río, el que establecieron como la frontera meridional de sus conquistas. Los pueblos de más al sur, como indómitos, fueron llamados *purun o purumauca*, gente sublevada o gente de guerra nombre que fué conservado por los españoles. Todos los documentos del siglo XVI, al hablar de esta región la denominan las provincias *promaucaes*, y nosotros para distinguirla de aquella al norte del Maipo, conservamos el mismo nombre.

Sin ser muy abundante, existe en las colecciones particulares un buen número de piezas pertenecientes al valle de Aconcagua, aunque en los Museos son bastante escasas. Tal vez la colección más rica en alfarería de esta región es la del Dr. Aureliano Oyarzún, en la cual existen piezas procedentes de tres localidades diversas: Rauten, fundo en el valle de Quillota, El Palomar fundo situado frente a San Felipe y de la costa entre Casablanca y San Antonio. Otras dos colecciones en que era bien representada, fueron las de don Francisco Fonck, que tenía muchas piezas provenientes de San José de Piguchen y de Quilpué; y la de don Luis Montt que tenía un número de piezas halladas en la Florida, cerca de San Felipe, de Ocoa y otros lugares del valle de Aconcagua. Conocemos numerosos otros ejemplares, dispersos en otras colecciones, generalmente aislados. Personalmente hemos llevado a cabo muy pocas excavaciones en esta región, de manera que no podemos hablar con mucha seguridad respecto de la estratificación cultural de la zona, y las observaciones que hacemos son principalmente a manera de deducciones.

De la región al sur de Maipo, o sea la promauca, aun menos se sabe, y la colección más numerosa en piezas era, sin duda, la sacada de un cementerio descubierto hace muchos años en la Hacienda de Cauquenes, en el valle del Cachapoal. Una parte de esta colección existe en el Museo Nacional de Historia Natural, y otras piezas numerosas existían en las de don Luis Montt y de don Damián Miquel, aunque la mayor parte, quedó siempre en poder de los dueños de la Hacienda.

Por otra parte la alfarería sin decoración, roja y negra, es abundante en ambas regiones y en el Museo de Historia Natural hay muchas piezas de esta clase, procedentes del mismo lugar, algunas de las cuales se reprodujeron por Medina en su *Aborígenes de Chile*. En algunos parajes y especialmente en la costa, todas las piezas eran negras, en otros, principalmente en el interior, eran todas rojas, a veces pulidas, a menudo sin pulir.

La alfarería doméstica de toda la zona recuerda mucho la de Calama, en sus formas generales, pero en general es más acabada y de mejores proporciones. Reproducimos diversos tipos de la alfarería roja pulida, procedentes de ambas regiones, en las Láms. XXIII, LIII, y LIV y de la alfarería negra, en la Lám. LIII. Las figuras 2 y 5 de la Lám. XXII. son rojas, sin pulimentación.

La alfarería pintada de la región de Aconcagua es bastante variada. Como hemos dicho, en este valle se hallan numerosas piezas que demuestran influencias chincha-diaguitas. Al igual de la zona de más al norte abundan los platos o pucos, pero difieren de ellos en que son semicirculares, faltando los de paredes verticales que son característicos de la región diaguita. Algunos de estos platos son decorados interiormente y la parte exterior sólo pulida. En otros la decoración es exterior e interior, siendo diferentes los motivos empleados en cada superficie. Entre ellos se hallan los decorados en el exterior con la figura del trisquelión, llamado *trinacrio* por el Dr. Oyarzún (1.) Describimos estos platos con más detalle en el capítulo siguiente.

Otra forma de vasija muy común en la región es la de las tazas. Entre ellas se pueden citar dos halladas por Fonck en San José de Piguchen,

(1) OYARZÚN, DR. AURELIANO.—«El Trinacrio». Ob. cit.

cerca de Putaendo, y que existen en el Museo Nacional de Historia Natural. El Dr. Fonck describe así su hallazgo:

“Cerca de la casa de la hacienda y a la salida de un valle que descien- de del cerro Orolongo, atalaya destacada del gigantesco Aconcagua, existe un campo con más de treinta tumbas visibles, en su mayor parte intactas.

“Se observa en ellas cierto tipo invariable, a lo menos en la parte central del país, de pequeñas eminencias muy fáciles de reconocer por su agrupación bastante densa, en forma circular, y su perfil de cono sumamente tendido.

“Las excavaciones hechas en cuatro de las tumbas indicadas permitieron encontrar a dos metros de profundidad, dos esqueletos completos, aunque bastante descompuestos, y un buen número de vasos y ollas de barro bien conservados.

“Como una excepción a la regla común, se nota aquí la falta de otros objetos, los de uso de los difuntos que los dolientes solían colocar al lado del cadáver además de las ollas.

“En una ancuvina se halló al lado del esqueleto bastante descompuesto de una mujer joven, más de una docena de fuentes, jarros y ollas, la mayor parte de clase fina. En otra se encontró el esqueleto de un hombre robusto acompañado de dos ollas grandes de clase regular.

“Las piezas de alfarería son muy variadas en calidad y forma, y muestran diferentes grados de perfección. Mientras algunas son de fabricación ordinaria, varias de las fuentes salidas de la primera tumba, muestran un arte bastante avanzado, tanto por su excelente material en cuanto a grano y color, como en la forma y los dibujos. Es notable sobre todo un vaso cilíndrico con mango lateral y adornos pintados, que es igual en su forma a las copas alemanas para cerveza, y no tiene ejemplo parecido en los numerosos grabados que trae el libro del Sr. Medina.” (1) •

Dice también que como una legua más arriba del valle todavía existe un pueblo de alfareros.

Las tazas que representamos en la Lám. LI Figs. 1 y 2 son procedentes de estos túmulos, y la otra, Fig. 3, es de Jahuel, situado en los contrafuertes del mismo cordón de cerros. Estos tres vasos son de color amarillento ligeramente verdoso, que proviene del material (limonita) empleado para la enlucadura. El dibujo en el exterior de las tres tazas es igual y se compone de una lista escalonada que forma ángulos rectos parecidos a escaques incompletos. La lista se forma de tres líneas paralelas, siendo la del centro más gruesa que las otras. Son cruzadas por otras líneas cortas, perpendiculares a las primeras. El interior de cada uno de los vasos se ha decorado de un estilo, semejante en los tres, pero con motivos diferentes. En dos de ellos, el dibujo sólo aparece en el borde, pero en el otro se extiende de borde a borde, en forma de cruz. En los primeros el dibujo se repite en los cuatro puntos opuestos del borde.

En la taza, Fig. 1, el motivo es de un triángulo con apéndices en cada esquina. En la Fig. 3 el dibujo forma escalones con grecas con su base en el borde de la taza y en la Fig. 2 las figuras escaleradas cruzan todo el

(1) Diremos que este vaso no existe en la colección del Museo, ni lo hemos visto, de modo que no lo podemos describir.

interior en fajas que se cortan en el centro. El borde de cada taza está rodeado de una línea gruesa. Todos los dibujos son negros.

Existen en el Museo Nacional de Historia Natural, otras dos tazas, con una decoración idéntica, tanto en el interior como en el exterior. La única diferencia que se nota en ellas es que la enlucidura es blanca en vez de amarilla. Una de dichas tazas procede de Caldera y la otra de la Serena, de manera que los motivos probablemente se derivan de influencias diaguitas, que a su vez se derivan de las chinchas.

Otra pieza procedente de San José de Piguchen, es el plato figurado en la misma Lám. Fig. 7. En forma y color es parecido a los encontrados más al norte, pero el motivo y la distribución de los dibujos parecen ser locales.

Una clase de alfarería bastante común en el valle de Aconcagua la forman las piezas llamadas *patos*, que, sin embargo, son muy diferentes de los jarros patos de más al norte. Asumen varias formas, pero en general se asemejan bastante al ave que representan, aunque casi siempre carecen de cabeza. Creemos que tal vez el origen de estos vasos se ha derivado de los jarros asimétricos que Uhle llama jarros zapatos. Presentamos un cuadro de las formas más corrientes Lám. (XLVII, Figs. 1 a 7). Si separamos los primeros tres y los últimos tres, es difícil fijar a cual de las dos categorías pertenecen los restantes. Los que presentamos son todos típicos de este valle y parecen mostrar esta posible evolución. Por ejemplo, ¿a cuál de las dos series pertenece el N.º 4? ¿Es jarro asimétrico o es jarro pato?

Es probable que el jarro asimétrico haya originado de un accidente. Algún jarro corriente, que no tenía la consistencia suficiente, quedó deforme durante el cocimiento y para no perderlo se utilizó así. Luego se vió que en esta forma era más fácil manejar en las brasas o rescoldo y se siguió reproduciendo el tipo. Algunos se asemejarían a un pato en la imaginación de las fabricantes y en seguida se les daría esta forma intencionalmente, modificándola poco a poco hasta producir un tipo en que el estilo original desapareció dando lugar al verdadero jarro pato.

Los jarros asimétricos, en su forma corriente, fueron comunes a todas las zonas del país, y eran especialmente numerosos en la antigua región atacameña. La idea de convertirlos en jarros ornitomorfos también la hallamos en la misma región, pero allí se consiguió la transformación, no tanto por el cambio de la forma del vaso, sino agregándole listones a los lados para representar las alas y terminando la parte trasera en una pequeña protuberancia rayada para figurar la cola. En la región austral, se adoptó una combinación de los dos métodos, como veremos más adelante.

En el norte, este tipo de vasos se halla generalmente sin pulimiento, pero en las provincias centrales, los jarros patos son, casi siempre, cuidadosamente enlucidos y bruñidos.

En la colección de don Luis Montt existía el vaso que presentamos en la Lám. LI, Fig. 5. Es de una forma poco común, subglobulosa y de boca ancha. Está enlucida en el interior y en la base, de rojo. El resto de la superficie es blanco y lleva dibujos en forma de triángulos escalonados en nueve hileras de a dos a la par, de colores alternados, negro y rojo. Cada hilera se separa de la siguiente por tres líneas verticales, negras las que sirven de base a los escalones y roja la del centro. Fué encontrado en Ocoa,

departamento de Quillota, junto con otras piezas, una de las cuales ostentaba un trinacrio y se describe en otro capítulo.

En la misma colección, encontramos varias piezas descubiertas en la Hacienda de la Florida, situada en el departamento de San Felipe. Dos de ellas son del tipo de los jarros o botellas de dos golletes unidas por un asa, Lám. XLIX. Figs. 1 y 3. La primera representa un vaso de doble cuerpo. Se puede estilar de antropomorfo por cuanto uno de los golletes representa una cabeza humana. Los ojos son adornados de apéndices en forma de lágrimas que recuerdan los vasos del norte; el otro gollete forma la abertura del vaso. El cuerpo en ese lado está decorado de dos fajas blancas horizontales. En la superior, que rodea la base del cuello se encuentran líneas en zig-zag, cortadas por triángulos rojos, colocados entre líneas negras. La faja inferior, interrumpida por la unión de los dos cuerpos presenta figuras de triángulos y grecas separados por líneas verticales. En los dibujos se han usado los colores rojo y negro.

El otro vaso, Fig. 3, es un jarro de cuerpo globuloso, de base llana, tiene dos cuellos, el uno abierto y el otro figurando una cabeza humana. Un asa arqueado une los dos golletes. Los ojos, como en el anterior, están decorados de rayas que penden del párpado inferior. Este jarro no está enlucido, pero ha sido pulido sobre la superficie natural. Es de color rojo ladrillo y la única decoración que lleva es la plástica de la cabeza y las rayas mencionadas que son negras.

Otro jarro de la misma procedencia, es un ejemplar muy bello, que figura en la lámina XX, con el N.º 3. Es de cuello angosto y cuerpo ovalado, de forma elegante y de hermosa decoración. La pasta es fina y la superficie lisa y pulimentada. En la parte donde comienza a ensancharse el cuello, se halla un anillo en relieve que lo circunda, adornado de una línea roja. El interior del cuello y el fondo exterior llevan una enlucidura roja. Todo el resto de la superficie exterior está enlucido de blanco, sobre el cual se ha dibujado una serie de figuras elegantes. Debajo del borde del cuello corre una línea negra en zig-zag, encerrada entre dos líneas paralelas del mismo color. En el espacio entre esta lista y el anillo levantado se encuentra una faja con figuras de ganchos triangulares. En la base del cuello hay otra línea negra, de la cual penden, una a cada lado, dos figuras de base cóncava del mismo color que encierran otra línea roja que sigue sus contornos.

El cuerpo del vaso está decorado de cuatro blasones de esquinas redondeadas, apoyadas en otras líneas de forma curva irregular, negras las exteriores y roja la central. El conjunto de estas dos figuras recuerda la de ciertas momias de la costa peruana, que llevan máscaras funerarias.

El centro de los blasones forma un cuerpo cuadrículado con cuadros alternados de rojo, negro y blanco. Los cuadros blancos llevan un punto negro en el medio.

En la parte inferior de las líneas que sostienen los blasones se encuentra en cada ángulo un pequeño óvalo negro con una raya roja en el centro. El conjunto es armonioso y esbelto y se compara bien con la alfarería de más al norte.

Todos estos vasos muestran influencias chincha-diaguitas e indican que dicha cultura tenía sus ramificaciones en la región de Aconcagua.

Otra serie de vasos que señalan las mismas influencias, aunque su ejecución es en algo inferior a los que acabamos de describir, es la hallada por el Dr. Oyarzún en el fundo de Rauten. Los describe este autor en su folleto (1) figs. 10, 11 y 13. Nosotros lo reproducimos en la Lám. XX Figs. 4, 5 y 6.

El primero de ellos es del tipo de dos cuellos y los otros dos son parecidos en forma a la ollita de Ocoa (Fig. 5 Lám. LI) que ya describimos, solo que estos tienen dos asas que unen el borde con el cuerpo.

El Dr. Oyarzún los describe de la manera siguiente: "N.º 11. Olla de Rauten (Valle de Quillota), con ornamentación de colores rojo y gris. El cuello presenta los ángulos abiertos hacia la derecha, de color rojo y gris alternativamente. Las dos franjas que cubren la mitad superior de su vientre denuncian las pirámides rojas y grises con sus grecas de ganchos entrelazados y sus hipotenusas libres de escaleras.

N.º 13. Hermosa olla de Rauten, cubierta de un magnífico barniz amarillento, colorante, y ornamentación de colores negro y ocre. Presenta figuras rectangulares, verticales, que se extienden desde el cuello hasta la base separadas unas de otras por tres líneas verticales, de las cuales las externas son negras y la del medio roja. Estas figuras están subdivididas a su vez en dos partes iguales por otras tres líneas horizontales de la misma disposición y coloración que las anteriores y que, sin cortarlas, se insertan en los puntos en que encuentran a la primera de las verticales. Contienen cada uno de estos cuadros dos escalerillas color negro y ocre que se miran por sus ángulos salientes y entrantes.

En la inserción del cuello con el cuerpo se encuentran de nuevo las tres líneas paralelas de las cuales la del medio es roja y las otras dos negras. El cuello mismo presenta una serie de cinco líneas paralelas en zig-zag, en que alternan las negras con las rojas." (2).

Otra serie de vasos decorados existente en la colección del Dr. Oyarzún, y que hasta ahora ha permanecido inédita, es la que presentamos en la Lám. XXIV y en las figs. 1 y 1-a de la Lám. XXV (3). La serie se compone de platos y jarros, y fueron extraídos por su dueño de unas sepulturas de túmulos de la hacienda de El Palomar, frente a San Felipe.

Esta alfarería es muy interesante porque tiene un estilo que no se encuentra más al norte, pero que es común en la región promauca, al sur del Maipo y del Cachapoal.

Los platos son de forma semiesférica, como se ve en la Fig. 1-a de la Lám. XXV y por lo general son decorados solamente en su interior, pero el que acabamos de citar también lleva dibujos en el exterior, que recuerdan algunos de los pucos del valle de Coquimbo.

Un motivo que se encuentra aquí por primera vez, pero que es común más al sur, es la disposición en forma de cruz de los dibujos (figs. 1, 3, 4, 5, de la Lám. XXIV) que son comparables con los adornos de los platos del valle del Cachapoal, representados en la Lám. LV, Figs. 1, 2, 3 y 5, la Lám. L, Figs. 1 a 3 este último plato de Ocoa.

(1) Contribución al estudio, etc. Ob. cit.

(2) Contribución al estudio, etc. Ob. cit, pp. 24 y 25.

(3) Debemos a la cortesía del Dr. Aureliano Oyarzún, dignísimo director del Museo de Etnología y Antropología de Chile, el poder reproducir estas piezas, que pertenecen a su colección particular y son aun inéditas. En ninguno de los Museos, ni otras colecciones particulares hemos encontrado piezas parecidas procedentes del valle de Aconcagua, aunque son comunes más al sur.



Otro motivo común a toda la zona y que también se halla en estos platos es el de los triángulos que encierran ángulos consecutivos, paralelos a dos de sus lados, como en las Figs. 2, 3 y 6 de la Lám. XXIV y en el jarro, Fig. 4. de la Lám. XXV. Las líneas paralelas sean en forma de zig-zag, o como relleno de triángulos o rombos, Figs. 1, 2, 3 y 4, de la Lám. XXIV, constituyen otro elemento de la decoración de la región, como lo veremos más adelante.

Aparecen aquí también otras figuras que son características de toda la zona hasta el Maule y se repiten de vez en cuando en la alfarería de las provincias australes. Son formadas de triángulos y otras figuras geométricas con una o más orillas dentadas, Figs. 1 y 6 de la Lám. XXIV y 2 y 3 de la Lám. XXV. Estas figuras se repiten en la alfarería de la Hacienda de Cauquenes, valle de Cachapoal, como se ve en la Lám. LV Figs. 1, 2, y 7 como también en otras localidades de la región entre el Maipo y el Maule, cuyos dibujos presentamos en la Lám. XXIX. Figs. 1 a 4.

En algunos de los platos de esta zona se ven los ángulos que forman el motivo de su decoración, arreglados de tal modo que representan estrellas. Uno de éstos se halla en la colección del Dr. Oyarzún, de que hablamos. (Lám. XXIV Fig. 2). Otro es el puco hallado en Codegua (Lám. LI Fig. 4) y otro aun fué desenterrado en Macul, hace pocos años. (Lám. XXVIII Fig. 4).

Un tipo de adorno que no hemos visto en otro ejemplar es el que ostenta el plato de la misma colección, que figura en la Lám. XXV con el N.º 1. Sobre el fondo rojo del plato se ha dibujado en blanco cuatro círculos concéntricos. Sólo el del centro está completo, los otros, formados por series interrumpidas de cuadrángulos, en número de cinco, son de diferentes dimensiones. Las figuras están espaciadas y alternadas, las de un círculo cayendo frente de los espacios del próximo.

Figuras escalonadas se hallan sólo en dos de las piezas, el N.º 3 de la Lám. XXIV y el fragmento de un jarro que se representa en la Fig. 5 de la Lám. XXV. La primera se parece algo a la del plato de Ocoa. Lám. L, Figs. 3 y 3.a y la del jarro recuerda los motivos atacameños, solo que en esta pieza las figuras escalonadas están bordeadas de blanco.

Antes de pasar más al sur, conviene mencionar una pieza antropomorfa encontrada en Petorca y descrita por Medina con el N.º 175. Dice de ella: "Ha sido sacado de una sepultura de Petorca y pertenece al señor (Demetrio) Lastarria. Sobre la cabeza tiene una especie de bonete, que constituye la boca del cántaro, desprendiéndose hacia el frente dos amarras o trenzas, que rematan en unas cabezas de reptil. El peinado está constituido por una serie de estas trenzas provistas de las mismas figuras. Las prominencias o jorobas que se notan hacia la parte superior del utensilio son probablemente adornos de mera fantasía".

Este vaso se halla ahora en el Museo Nacional de Historia Natural, de donde sacamos el dibujo que presentamos de él, en la Lám. XXXIV, Fig. 2. Parece ser de tipo peruano, de la costa, pero no sabríamos asignarlo a ninguna cultura ni época especial, aunque quizá pertenece a la incaica. Es de pasta negra, bien acabado y pulido. No hemos visto en Chile, otro del mismo estilo.

En la vecindad de Santiago y el valle de Mapocho en general, se han

hallado relativamente pocas piezas de alfarería de una época reconocidamente antigua, no porque no las ha habido en esta región, sino principalmente a causa de los trabajos agrícolas, concentrados en este distrito desde la Conquista, que han borrado y destruido los vestigios de las antiguas sepulturas y luego por otra razón muy importante. El Mapocho ha cambiado de lecho muchas veces y ha formado gruesas capas de cascajo, de varios metros de espesor, por casi toda la extensión del valle. Tenemos evidencia de ello en tiempos históricos, y por eso, la mayor parte de las piezas de cerámica indígena descubiertas en él se han hallado a gran profundidad, de tres a seis metros. La mayoría de las piezas que conocemos llevan el sello de la cultura de los incas, y es indudable que restos más antiguos aún, habrán que encontrarse a mayor profundidad todavía.

Por ejemplo, al abrir una herida para colocar la cañería matriz del alcantarillado, se hallaron en la Calle Catedral, a una profundidad de 4.40 metros, dos grandes cántaros, con base de cono truncado, con decoración del conocido tipo incaico. El Dr. Otto Aichel, en cuya posesión vimos estos cántaros, describiendo el corte, dice que primero había una capa de terreno vegetal de 0.80 mt. de espesor, después una capa de ripio y piedras del río cimentados con arcilla, cuyo grueso pasaba de 3 metros, y debajo de ésta, otra capa de tierra vegetal en la cual se hallaron los objetos, que incluían además de las piezas de alfarería, una planchita de oro. (1)

Otros cántaros se hallaron en la Quinta Normal, en casi idénticas condiciones, y al hacer las excavaciones para el edificio ocupado por la actual Escuela Dental, desenterraron algunos vasos decorados a más de cuatro metros de profundidad.

El Dr. Oyarzún tiene en su colección un pequeño vaso de greda, de dos golletes, hallado en Barrancas, suburbio de Santiago, a una profundidad de más de tres metros. (2)

Nosotros pudimos obtener un pequeño vaso, de bonita forma y hermoso colorido, (Lám. XXIX. Fig. 6) que fué sacado de una excavación que se hizo para pozo, en Nuñoa. Fué encontrado a una profundidad de más de cinco metros.

Todos estos vasos, por su forma o por su decoración parecen pertenecer a la época incaica. Los dos cántaros, de base sub-cónica, obtenidos por el Dr. Aichel ambos llevan dibujos de ese período. (Lám. LII, Figs. 1 y 2.) Los dos son de gran tamaño. El primero midió 35 cm. de alto y tenía entre las asas un diámetro de 24 cm. El cuerpo del jarro estaba enlucido de dos colores, rojo por un lado y blanco amarillento por el otro. La parte inferior en todo el contorno era roja. La decoración se halla solamente en el lado enlucido de amarillo. El otro jarrón es parecido en forma al anterior y es aun más grande. Mide 40 cm. de alto y 30 de diámetro. Los colores empleados en la enlucidura son los mismos que en el anterior, pero dispuestos de otro modo. Toda la parte superior está enlucida de amarillo claro y el resto del cuerpo de rojo. La decoración pintada en la parte amarilla es del motivo fitográfico tan común en los aríbalos incaicos.

(1) AICHEL, DR. OTTO.—Preguntas sobre las influencias incaicas en los Aborígenes de Chile. Trabajo leído en el IV Congreso Científico (I Pan Americano) celebrado en Santiago de Chile a fines de 1908 y principios de 1909.

(2) Contribución al estudio, etc. Ob. cit. fig.

Junto a dichos cántaros, se halló el plato adornado con una figura estilizada de ave. (Lám. XXVIII Fig. 3) con el pico dentado, de un tipo que no hemos visto sino en un jarrito procedente de San José de Maipo y de forma que acusa influencias incaicas.

Otros jarros de grandes dimensiones son los que figuran en la Lám. LIII. Figs. 3 y 4. El N.º 3 mide 47 cm. de alto por 58,5 de diámetro. El otro reproducido por Medina con el N.º 209 de su Atlas (1) pertenecía a la colección de don Luis Montt. Es el más grande de toda la serie y medía 53 cm. de alto por 42 cm. de diámetro.

Otro muy parecido en forma al primero del Dr. Aichel, se encuentra en el Museo de Etnología de Santiago. Lo presentamos en la Lám. XXVIII, Fig. 1. La Fig. 2 de la misma Lám. existe en el Museo Nacional de Historia Natural.

Toda esta clase de alfarería que podemos calificar de grande pertenece al tipo de vasijas que los autores argentinos han llamado *pseudo-apodos* y que suponían derivados de los apodos o aríbalos de los incas. Por nuestra parte preferimos el término *vasos de base sub-cónica* porque el otro presupone una idea errónea, pues, como hemos visto al tratar de la alfarería de la época chincha-atacameña y chincha-diaguita, este tipo de vasos grandes era común en todo el norte antes del surgimiento de la civilización incaica, y es muy posible que los aríbalos de esta cultura se derivaron de ellos y no al revés. Aparecen en el horizonte chileno durante el período de las culturas indígenas locales, que florecían después del período epigonal de Tiahuanaco, antes de la introducción de las influencias chinchas, aunque sólo después de este acontecimiento tuvieron su mayor desarrollo en el norte y perduraron hasta el tiempo de la ocupación de los incas, época a que pertenecen varios de los hallados en Santiago y su vecindad, como consta por su decoración.

En la alfarería doméstica, sin decoración, del mismo valle se nota también este carácter de gran tamaño, siendo comunes los jarros y marmitas u ollas de considerables dimensiones. Muchas de estas piezas son tan grandes que dejan de ser muy manuales. No pueden haber servido para la cocina y probablemente se usaban para guardar chicha o cereales, como relatan los cronistas.

En los valles de Mapocho y de Maipo, son raras las piezas de alfarería negra, pero en cambio la roja es abundante, con y sin enlucidura o decoración. La doméstica comprende platos, jarros, y ollas de diferentes formas y tamaños, como también las botellas lisas de uno o dos cuellos.

Fuera de la vecindad inmediata de Santiago son más comunes los platos, pero son muy raros los que se han encontrado dentro de la periferia de la ciudad y sus suburbios. Esto se debe, con toda probabilidad, a la razón anotada, que las sepulturas antiguas han sido cubiertas de una gruesa capa de tierra de acarreo.

Un jarrito hallado en San José de Maipo, por la *U. S. Naval Astronomical Expedition* y publicado en las láminas que acompañan la Memoria de Ewbank, es la que dibujamos en la Lám. XX, Fig. 2. Es de aquellos jarritos de tipo incaico de cuello relativamente angosto, cuerpo semi-globular y base ancha. Lleva un asa horizontal, colocada de manera que que-

(1) «Aboríjenes de Chile». Ob. cit.

de perpendicular a la superficie curva del vaso. La forma y la decoración del asa indican su origen. Es de buena pasta y cuidadosa aunque simplemente adornado. Debajo del asa se ve un ave, del mismo tipo que aquella que figura en el plato hallado por el Dr. Aichel en la calle Catedral de esta ciudad. El asa misma, en su parte exterior está adornado con una serie de pequeños triángulos separados por líneas rectas. La parte superior del cuerpo opuesta al asa lleva una decoración dividida en tres campos horizontales. El de más arriba se forma de una serie de triángulos escalerados con ganchos anexos. Debajo de éste hay uno en blanco cruzado simplemente por una línea horizontal. El campo inferior se forma de una serie de figuritas semi-elípticas con una raya vertical en el medio. La base del cuello corto está rodeada de una línea gruesa. Medina también hace figurar este vasito en su Atlas con el N.º 183.

A pesar de ser esta región ocupada por una fuerte guarnición de incas y de haber existido entre el Mapocho y el Maipo, varias colonias de *Mitimaes* de extracción peruana, las piezas de alfarería incaica no son muy comunes entre las recogidas en la comarca, a excepción de los grandes vasos de base sub-cónica halladas en la vecindad de Santiago. Talagante fué pueblo de alfareros y allí se estableció una colonia de incas y sin embargo, los modelos que se producían en este lugar no acusan, sino en un grado insignificante, las influencias de esta civilización. Los moradores preferían sus propios tipos nativos y los seguían fabricando y siguen haciéndolos hasta el día de hoy. Igual cosa parece haber pasado en casi toda la zona, y las piezas que tengan un origen incaico eran probablemente fabricadas por los mismo mitimaes, y no por los indígenas chilenos.

En la costa, entre Valparaíso y la boca del río Maipo, se halla una clase de alfarería completamente distinta a la encontrada en el interior. En 1898 Medina y en 1910 Oyarzún, describieron varias piezas de cerámica halladas por ellos en los conchales y cementerios, en o cerca de la playa. (1)

Las piezas halladas por Medina y descritas por él, las reproducimos en la Lám. XXVI Figs. 1 a 5 y en las figuras que van a continuación, N.ºs 1 y 2. Fueron encontradas juntas con otros objetos en un conchal de las Cruces, en la costa de Cartagena. Dice el autor que estos conchales son frecuentes en esa región y que excavando en ellos, “de trecho en trecho se ven aparecer restos de tosca alfarería; y por fin, piedras agrupadas como para armar fogón, y debajo de ellas ceniza y aun huesos de grandes pájaros y hasta semillas.”

Los vasos que describe, a excepción de uno, estaban en buen estado de conservación. Las formas son las comunes a toda la costa. Llama la atención, sin embargo, el vasito figurado en el N.º 5, que es de una forma y tamaño inusitados. Dice el autor: “A nuestro juicio, ha debido llevarse colgado al cuello por una cuerda que se afianzaba en la parte en que tenía la forma tubular recta y empieza a torcer a la izquierda. La boca ha debido cerrarse con el corazón del palo de chagual que abunda en la costa y que reemplaza como se sabe, a nuestro alcornoque. . . Lo más

(1) MEDINA JOSÉ TORIBIO.—Los conchales de Las Cruces. Revista de Chile. Vol. I. N.º 1. Santiago. 1898.

OYARZÚN, DR. AURELIANO.—Los Kjoekkenmoeddinger de las costas de Melipilla y Casablanca. Santiago. 1910.

natural nos parece suponer que estuviese destinada a guardar las lombrices, gusanos, caracolillos, la ceba de los anzuelos, en una palabra.”

El Dr. Oyarzún halló otro de estos curiosos objetos, en la misma región.

Entre los demás objetos de greda había una *cachimba* o pipa de dos tubos, (Fig. 1) y un pequeño disco, (Fig. 2) que reproducimos en su tama-

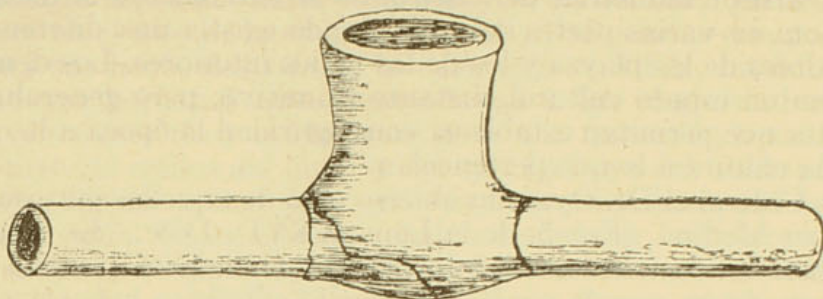


Fig. 1

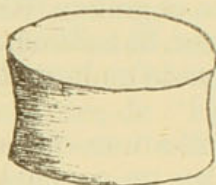


Fig. 2

ño natural, y que parece haber sido una tembetá o bien una orejera, tal como las usaban los peruanos. Se han hallado objetos semejantes, aunque generalmente de piedra, en varias partes del país.

El Dr. Oyarzún, en el trabajo citado, habla de un cementerio encontrado por él cerca de Llo-Lleo “a unos tres kilómetros de la playa y a cincuenta metros de altura, un rasgo de la línea (férrea) puso en descubier- to un cementerio prehistórico.

“Desgraciadamente llegué tarde al botín; los trabajadores, en el deseo de encontrar oro en los cántaros de greda que descubrían, acompañando a los esqueletos, destruyeron bárbaramente cuanto encontraron a su alcance.”

Cuatro meses más tarde encontró nuevas sepulturas en el mismo lugar. En ellas se hallaron las urnas funerarias de que hemos dado cuenta en un capítulo anterior. En este cementerio se hallaron también los vasos que reproducimos en la Lám. XXVII. Todas estas piezas y otras más halladas allí son de pequeño tamaño, de 10 a 18 cm. de alto y de color negro o gris obscuro. La Fig. 1 es zoomorfa, la Fig. 2 antropomorfa, aunque en forma de los vasos patos, la Fig. 3 se asemeja a las ollitas de la región atacameña, especialmente en las asas que llevan protuberancias, la Fig. 4 es asimétrica, de tipo encontrado en muchas partes del país y la Fig. 5 es una ollita con asas de una forma especial o común, y lleva una decoración grabada en el cuello. Los últimos tres vasos “fueron encontrados dentro de urnas funerarias, acompañando cadáveres. Todos son de greda ordinaria, mal cocida.”

Hemos examinado varias otras piezas procedentes de la misma región costina, y casi sin excepción eran de tosca fabricación, de color obscuro y de tipos parecidos a los ya descritos. Falta la alfarería pintada y es muy escasa la de otro color que el gris negro. Parece haberse formado en esta región una cultura especial, local y más atrasada que en la parte interior de las mismas provincias, o más bien las influencias que hicieron progresar las artes e industrias del centro, no se extendieron al litoral. Igual cosa se nota en varias partes del país, donde existía una diferencia entre los pobladores de las playas y los de los valles interiores. Los demás objetos indican un estado cultural bastante primitivo, pero generalmente no hay objetos que permitan establecer con seguridad la época a la cual debe referirse la cultura a la que pertenecían.

En Las Cruces, el Dr. Oyarzún obtuvo otro de aquellos curiosos vasitos descrito por Medina. (Fig. 5, de la Lám. XXVI). Dice: "Es de greda ordinaria, mal cocida, sin rastro de ornamentación. Está pintada de color rojo. Consta de un cuerpo cónico con cuello cilíndrico más estrecho, que se inserta al cuerpo formando un ángulo obtuso.

☞ "Mide desde la base, hasta el gollete, 95 milímetros de largo, y 55 en su diámetro más ancho. El gollete, 55 milímetros de largo y 30 de diámetro. Es un tiesto destinado a ser llevado en la mano, puesto que no puede mantenerse en pie."

Tenemos en nuestra posesión una ollita diminuta, de 8 cm. de alto y de 10 de diámetro, hallada en un conchal del Algarrobo, de la misma región. Es de color negro, de factura ordinaria y ligeramente pulimentada. Lleva unas rayas en zig-zag, por el cuello, y también lleva las protuberancias en las asas que se notan en la ollita reproducida por el Dr. Oyarzún.

Fuera de las piezas mencionadas, no conocemos otra alfarería de esta parte del litoral chileno, y no estamos en posesión de asegurar si había o no otra cultura más avanzada en dicha región.

Al sur del Maipo se observa un cambio en el estilo de la alfarería, tanto en sus formas como en el tipo de su decoración. La diferencia se extiende también a la alfarería doméstica. En la región comprendida entre el Maipo y el Cachapoal se nota una transición, encontrándose ocasionalmente tipos que recuerdan los de Santiago y Aconcagua; piezas con decoración blanca-negra-roja; pero al sur del último río mencionado, esta clase de ornamentación desaparece casi por completo. Se reemplaza por otro estilo típico de esta zona y que se extiende por las provincias meridionales hasta el Canal de Chacao. Se caracteriza por las combinaciones de elementos rectilíneos, generalmente en series paralelas, pintadas de un solo color—negro o rojo—sobre un fondo blanco u ocre pálido. La alfarería casi siempre lleva una enlucidura total de uno u otro de los últimos colores. No se emplea más que un solo color para pintar los decorados de un vaso.

Los motivos de la ornamentación son muy pocos, no pasan de cinco o seis, pero la diversidad de las combinaciones los hace parecer más numerosos. No podemos decir que dichos motivos sean exclusivos de esta zona, porque todos ellos los hemos visto en la alfarería de las diferentes regiones de más al norte. No obstante, por la frecuencia con que se encuentran en toda la alfarería decorada, o la casi completa exclusión de cualquier otro,

se pueden considerar como típicos de la región central-sur y meridional del país, desde el Cachapoal al sur. Se nota entre ellos la carencia casi absoluta de las curvas. Los dibujos son esencialmente rectilíneos, simples combinaciones de líneas paralelas, figuras geométricas sencillas, como los ángulos, triángulos, rombos, zig-zag, etc.

El río Cachapoal parece haber sido la verdadera frontera cultural entre las grandes zonas del norte y del sur, y es hasta aquí que se observan los indicios en el arte de la ocupación incaica, influencias que no aparecen en la zona sur hasta después de la conquista española, introducidas por los yanaconas peruanos que acompañaban a los conquistadores. En la comarca entre este río y el Maipo se nota una transición o más bien una mezcla entre los estilos del norte y del sur. La hoya del Cachapoal parece ser el límite sur de ciertos tipos que son frecuentes desde ahí hasta el valle de Aconcagua. Entre ellos se pueden mencionar las tazas semi-esféricas adornadas con elementos combinados en forma de cruz (Lám. XXIX, Figs. 1, 2, 3 y 5; Lám. LV, Figs. 1, 2, 3, 3-a y 5), casi idénticas a las procedentes de "El Palomar," en el valle de Aconcagua, y ya descritas.

Otro motivo que llega hasta el mismo valle del Cachapoal y no pasa adelante, es el de las figuras de bordes dentados, Lám. XXIX, Figs. 1 a 4 y Lám. LV, Figs. 1, 2, y 7. Dicho motivo está también representado en la serie de jarros y platos procedentes de "El Palomar".

Desaparecen igualmente, al sur de dicho valle, los triángulos o rectángulos ciegos, pintados íntegramente de un color, como en la Lám. XXIX, Fig. 5, Lám. LV, Figs. 1, 2, 3, y 5, Lám. XXXVII, Fig. 8, y escasean las figuras geométricas reticuladas, tan comunes más al norte.

El motivo más común, desde aquí hasta el extremo sur de las provincias australes, es el triángulo relleno con líneas rectas y paralelas a uno de los lados. Lo sigue de cerca el de los ángulos contenidos (Figs. 3 y 5 de la Lám. XXXVIII, Figs. 1, 2, 3, 3-a 4, 5 y 7 de la Lám. LV y las Figs. 3, 5, 6, 7 y 11 de la Lám. XXXV, etc.

Al sur del Cachapoal los platos son más bajos, sin perder su base redonda. Muy raras veces llevan decoración exterior, concretándose los dibujos a la parte interna. Muchos de ellos tienen en su interior, un borde decorado, independiente de los motivos que ocupan el centro del vaso a los que sirve de marco. Como el motivo más corriente es el triángulo y la superficie que ha sido menester decorar es circular, a menudo la combinación asume la forma de estrella. (Lám. XXXVII, Figs. 5 y 11, Lám. XXXV, Fig. 5), sin que se haya buscado intencionalmente este símbolo. La misma combinación se halla en los platos análogos, al sur del Bío-Bío.

Hasta el Maule, los platos forman todavía el tipo de vaso más común, pero al sur de este río son menos numerosos y al sur del Bío-Bío llegan a ser relativamente escasos.

Desde el Cachapoal, hacia el sur, aumenta la proporción de jarros; las ollas son poco frecuentes y las decoradas apenas se conocen.

Otra nota característica de la decoración de los vasos de la zona que no sean los platos, es que las fajas o campos decorados son siempre horizontales. En los casos en que se hallan fajas verticales combinadas con las horizontales, es un indicio inequívoco de influencias incaicas, por-

que dicho estilo no forma parte del arte nacional de las provincias centrales y meridionales.

Casi siempre la superficie decorada se divide en dos, tres o más fajas horizontales, separadas por una línea o una serie de líneas paralelas. A veces, cada faja lleva una diferente combinación de dibujos, (Lám. XXXVII, Figs. 4 y 9), pero con frecuencia es repetida, (Lám. XXXV, Figs. 3 y 8, Lám. XXXVII, Fig. 3). A menudo, el motivo es igual, pero se coloca con una disposición distinta, como por ejemplo, en la Fig. 1 de la Lám. XXXV.

Aunque la calidad de la alfarería es excelente, se nota menos seguridad y maestría en la decoración. Esta es más sencilla y a la vez las líneas están trazadas con menos exactitud. A menudo las líneas no son rectas ni paralelas y estos defectos son especialmente aparentes en los ángulos, que a veces resultan con los ápices redondeados (Fig. 3 de la Lám. XXXV, Fig. 2 de la Lám. XXXVII y Fig. 4 de la Lám. LV). Esto da un aspecto más primitivo a toda la decoración y contrasta con el arte de Santiago al norte, en el cual se nota mayor esmero, exactitud y seguridad en los dibujos. Falta aquí también la combinación de colores diversos que embellece la alfarería diaguita y aun la aconcagiuna.

A la vez, se puede decir que éste forma el arte más genuinamente nacional de todo el que se halla en el país y es donde se notan menos influencias exóticas.

Muchos de los motivos o las combinaciones de éstos, no se hallan en otras partes y si es cierto que algunos de los elementos son comunes a todos los artes incipientes, lo es también que los indígenas chilenos han sabido combinarlo de una manera que les da un sello típico y local.

Entre las piezas que merecen una mención especial, llamaremos la atención hacia la Fig. 2 de la Lám. XXIX. Es un plato, hallado en Coinco, pueblecito de la ribera sur del Cachapoal. Lleva una decoración interior en forma de cruz, hecha de triángulos unidos por sus vértices y que parten de los cuatro lados de una figura cuadrada que ocupa el centro de la superficie. Tanto los triángulos como el cuadrado contienen dos o tres figuras semejantes en el interior. Estos elementos no son nuevos ni únicos, pero lo es la combinación hecha de dicha manera. En los espacios dejados por los brazos de la cruz, se notan, pegadas al borde del plato, cuatro figuras triangulares de orillas dentadas.

Otro plato con una decoración algo parecida, (Lám. XXXV, Fig. 11) se descubrió en Cunaco, solamente en éste, el cuadro del centro es de mayores proporciones y los brazos de la cruz son formados por un solo triángulo cada uno.

Las cuatro piezas halladas en Colín, lugarejo no lejos de Molina y situado sobre la ribera sur del río Mataquito, todas presentan un estilo local, aun cuando los motivos empleados son comunes a la zona (Lám. XXXVII Figs. 8 a 11). El jarro, Fig. 8 es una de las pocas piezas al sur del Cachapoal en que hemos encontrado figuras ciegas, pintadas de un solo color, carácter que no se repite en otras piezas de la misma localidad. La disposición de las líneas paralelas que se nota en la faja superior de la decoración del cuerpo tampoco es común, aunque de las más sencillas. En los dos jarros (Figs. 8 y 9) líneas más gruesas y cargadas hacen resaltar



ciertos detalles del decorado, destacándose por esta causa la faja superior del cuerpo.

En el plato, Fig. 10, el centro está ocupado por una serie de líneas radiales en zig-zag, engrosadas en cada ángulo en forma de triangulitos.

El otro plato, Fig. 11, lleva una decoración compuesta de círculos concéntricos y triángulos radiales que se asemejan a los pétalos de una flor. Los dibujos de todas las piezas son negros sobre un fondo blanco.

Llama la atención también la ollita, representada en la Fig. 7 de la misma lámina. Es pequeña, de color rojo, bien pulida y con asas que lleva dos protuberancias en la parte superior. Su única decoración la forman dos líneas negras, onduladas y mal dibujadas, que circundan la parte superior del cuerpo. Mide 12 cm. de alto por 14 de ancho en el vientre.

Inmediatamente al sur del Cachapoal, al sureste del pueblo de Rancagua se halla la hacienda de Cauquenes, de vasta extensión, internándose hasta el centro de la cordillera de los Andes. En ellas están situadas los famosos Baños de Cauquenes, conocidos desde antes de la Conquista. En esta hacienda se han encontrado muchos restos de los indígenas prehis-

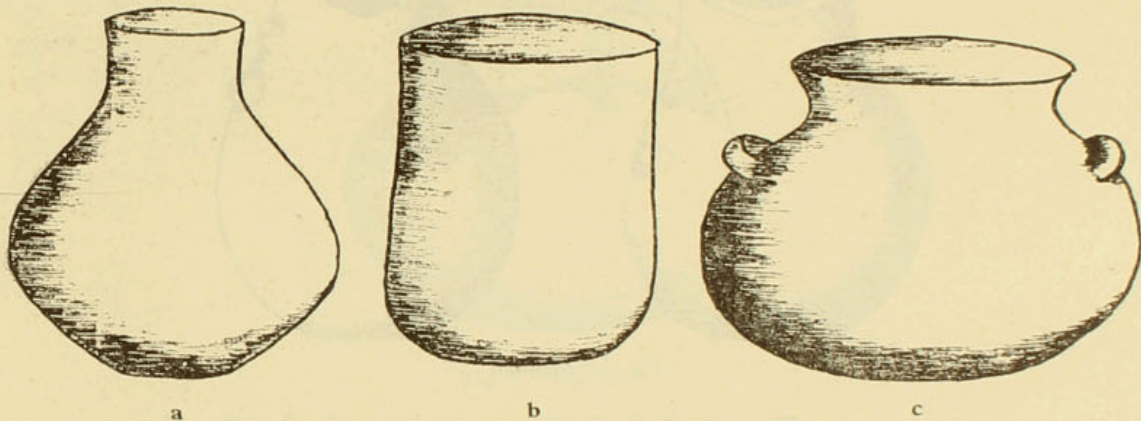


Fig. 3.—Cauquenes

tóricos. Los petroglifos y las pinturas rupestres han sido descritos por Barros Grez y otros y todos los años, grupos de bañistas hacen excursiones a la cordillera para visitarlos. Se han descubierto en la hacienda, varios cementerios indígenas, tanto incaicos como preincaicos y la alfarería extraída de ellos es la más conocida de toda la zona Central-Sur. Piezas de esta procedencia existen en muchas colecciones particulares y públicas. En el Museo Nacional de Historia Natural existen numerosas piezas, en la que fué de don Luis Montt existen otras tantas, pero la parte más nutrida y más importante es la que queda en poder de los dueños de la hacienda y en el establecimiento de los Baños.

En la Lám. LV reproducimos siete piezas decoradas de esta procedencia y en la Lám. LIV, tres grandes ollas pulidas de color rojo y en la Fig. 3 del texto, otras tres piezas domésticas de menor tamaño.

La mayoría de las piezas decoradas están enlucidas de color ocre pálido y los dibujos son casi todos de color rojo de sangre. Excepcionalmente se emplea el negro, como en la Fig. 5 de la Lám. LV, la que también se hace notar por el empleo en la ornamentación de dos colores, que

es algo inusitado en la región. Esta taza también se distingue por el dibujo en forma de tablero de damas, estilo común más al norte aunque no se encuentra al sur de esta comarca, y es excepcional en ella.

La taza, Fig. 6, es también de un tipo particular. En ella, el fondo amarillento se ha cambiado por una enlucadura roja oscura, sobre la cual se han pintado las fajas de color ocre que forman su decorado principal. La taza está ornamentada interior y exteriormente. Los motivos interiores son listas de diferentes formas rellenas de puntitos negros. En el exterior, las listas están alternadas con campos llenos de ángulos y rombos concéntricos. Los espacios dejados entre los brazos de las listas en forma de V están ocupados por triángulos reticulados de color negro. El aspecto de esta decoración es extraño y bizarro.

Las tazas y platos semi-esféricos llevan casi todos una decoración en el interior y el exterior. A veces los motivos y las combinaciones son iguales en las dos superficies como en la Fig. 4, pero generalmente son dis-

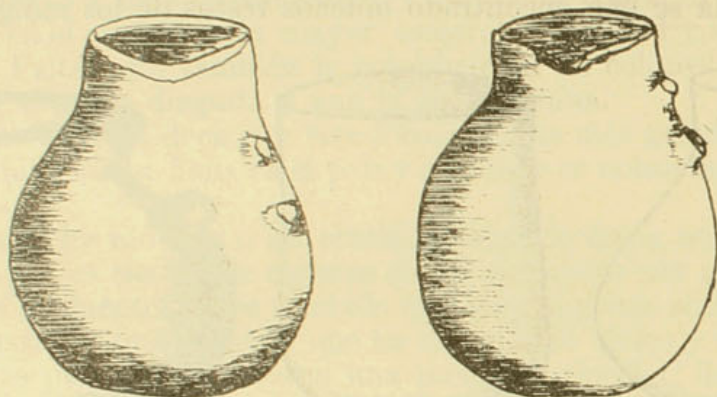


Fig. 4.—Peralillo

tintos en una y otra, Figs. 1, 2, 3, 5. La gran mayoría de ellos llevan una angosta cinta de líneas o ángulos, en los bordes internos y externos (1).

Al sur de esta comarca, los platos son más extendidos y de mucho menor profundidad, carácter que sigue en las provincias australes. Platos de este estilo se hallan en las Láms. XXXV, XXXVII y otras.

Un plato de esta forma que merece una mención especial es el que representamos en la Fig. 10 de la Lám. XXXV, no a causa de su forma ni de los motivos de su decoración, sino por los colores usados en su ornamentación, que son poco comunes en esta zona. Fué descubierto en Peralillo, estación del Ferrocarril de San Fernando a Alcones, en la Provincia de Colchagua. En las inmediaciones de la villa, se halla la hacienda del mismo nombre, perteneciente a los señores Errázuriz Mena. En

(1) En un manuscrito inédito aún, que tenemos a la vista, dice su autor don Damián Miquel, que hizo personalmente muchas excavaciones en la Hacienda de Cauquenes. «Los esqueletos de fetos o niños pequeños de pocos meses, se encontraron dentro de grandes ollas junto con células vegetales, de leñoso y pequeños discos de piedra calcárea, todo esto estaba en el fondo y probablemente eran restos de alimentos y amuletos colocados por sus madres. El resto de la olla estaba completamente lleno de polvo de piedra pomez».

Dice que los restos que se hallaron se descubrieron en dos capas superpuestas una a mucha mayor profundidad que la otra.

Este hecho confirma la diferencia en el estilo de la alfarería hullada. La más antigua es chinchilena la más nueva de estilo incaico.

el parque de esta propiedad se descubrió un cementerio indígena y en algunas de las sepulturas. se halló una alfarería pintada, tricroma, algo poco usual en esta región.

Muchos de los restos humanos se hallaron en buen estado de conservación. Las osamentas se encontraban en diferentes posturas; algunas tendidas, otras encogidas y algunas de costado. El cráneo de uno de los indios, que fué enterrado de costado, descansaba en el plato que describimos.

Desgraciadamente la mayor parte de esta cerámica tricolor fué destruida al sacarla, salvándose, sin embargo, el plato en cuestión. Los colores usados en la decoración son los mismos que en la alfarería del norte: el rojo, el negro y el blanco.

Los jarros hallados en las mismas sepulturas y reproducidos en la Fig. 4. son muy toscos y primitivos.

Otra pieza interesante, es el jarro pato, de color rojo y enlucido, que damos en la Fig. 5, también extraído de allí.

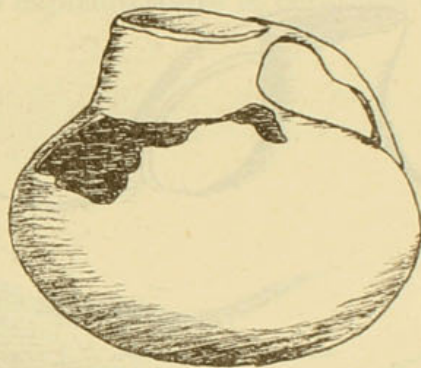


Fig. 5.—Peralillo

Otro jarro pato de la misma vecindad, descubierto en la Hacienda de Huique, es el que representamos en la Fig. 6. Es de color negro y de factura tosca.

El autor de la Memoria, de donde sacamos estos datos, tuvo ocasión de estudiar la manera cómo los campesinos de Colchagua fabrican la alfarería en la actualidad, que es igual a la que hemos descrito con mayores detalles en un capítulo anterior. Como dato interesante y comprobatorio, reproducimos aquí algunos párrafos de la memoria.

“Conocemos varias obras de carácter primitivo en su factura como en la decoración, ya que el uso del *colo* de la costa (tierra de color) y sus decoraciones consistentes en huaras y otros adornos conservan, con poca variación, sus mismos caracteres.

“Sus mismas herramientas, la *paleta*, la *llanca* y el *pincel*, más primitivo que puede verse”.

“La *paleta* consiste en un palo algo tableado con un sacado que irá dando la curvatura a las paredes del jarro o florero que se ejecuta.

“La *llanca* es una piedra negra y lisa que sirve para pulir el objeto cuando está seco; teniendo cuidado de mojar esa piedrecilla para que la operación resulte más fácil.

“El pincel es formado por un manojo de plumas recogido en las veindades y que acaso sea el primer pincel que usó el hombre para pintarse el rostro y dar un carácter fiero en las batallas y para decorar sus obras de cerámica, como aun puede verse por atavismo en Colchagua y acaso también en otras regiones de nuestro país.

“Nuestros campesinos no usan el torno del alfarero, le bastan las herramientas ya citadas y una buena arcilla que recogen en algún potrero o en la falda de un cerro; esta arcilla húmeda es mezclada con arena y pisada hasta quedar transformada en una masa suave. Una vez ejecutadas las obras y perfectamente secas, son pulidas con la *llanca* o un trozo de mate; en seguida colocadas en el fuego producido por pastelones de vacas, hasta que están perfectamente rojas.

“Cuando se desean poner negras se sacan enrojecidas como están y se envuelven en pajas de trigo que las ahuma y deja como azabache.” (1)

Esta relación, aunque incompleta, que describe el sistema que hemos visto practicado universalmente en el país, contrasta con la dada por

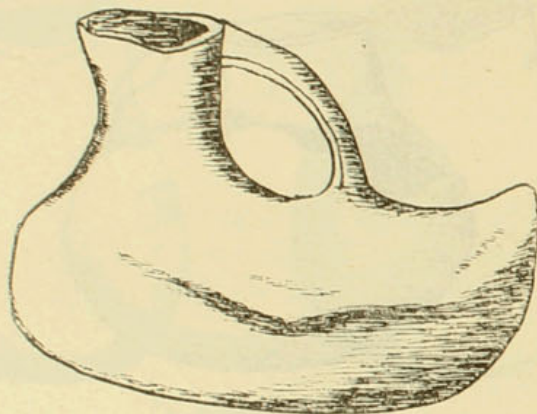


Fig. 6.—Huique

el Sr. Tomás Guevara, que copiamos en el capítulo siguiente y que nos parece apócrifa, por cuanto sería imposible confeccionar por dicho método muchas de las formas que notamos en la alfarería chilena y especialmente la araucana donde dice se emplea, sobre todo las de cuello angosto y de paredes delgadas y parejas. (2)

En la Lám. LIII, Figs. 2, 3, 4 y 5, reproducimos algunas piezas domésticas, de alfarería roja y negra, halladas en las provincias de Curicó y Talca, que no se distinguen grandemente de las halladas en las otras regiones de la zona.

De las provincias entre el Maule y el Itata, conocemos muy pocas piezas de alfarería indígena de indiscutible antigüedad, de manera que no

(1) Los datos que damos sobre la alfarería hallada en Peralillo, como también la relación referente a la fabricación de la alfarería, los tomamos de un trabajo inédito, titulado *Prehistoria y Artes de Colchagua*, memoria presentada para optar al título de profesor de las asignaturas de dibujo y caligrafía, por Anselmo Bravo Pacheco, en 1921. Debido a la cortesía de don Joaquín Cabezas, Director del Instituto de Educación Física, y de don Roberto Rengifo, profesor del ramo, pudimos estudiar dicho trabajo y extraer algunos detalles, y copiar algunos de los dibujos que lo ilustraban, entre los cuales figura el plato descrito y las piezas que reproducimos en las Figs. 4, 5 y 6.

(2) Las Últimas Familias y Costumbres Araucanas. En esta relación como en muchas otras de las obras de este autor, la imaginación reemplaza, muy a menudo, a la observación directa, lo que le hace cometer errores fundamentales que deben evitarse en trabajos de pretensiones científicas.

podemos expresar una opinión fundada sobre sus caracteres especiales. Los pocos vasos que hemos podido examinar son muy parecidos o idénticos con los hallados al norte del Maule y el sur del Bío-Bío, como puede verse por los reproducidos en la Lám. XXXVI.

Se empleaban los mismos colores para la enlucidura y para los dibujos, y los motivos de éstos son iguales como lo son también las combinaciones.

No queda duda que en la época anterior a la intrusión de los araucanos en la región entre el Itata y el Toltén, toda la zona, desde el Cachapoal hasta el canal de Chacao, formaba una sola provincia cultural. Su continuidad fué interrumpida por la invasión del elemento étnico que llamamos araucano, y después de este acontecimiento, desapareció la industria de la alfarería entre los dos ríos nombrados, a lo menos en lo que se refiere a la alfarería decorada. Esta volvió a aparecer en los primeros tiempos de la conquista española y la decoración de los tipos nuevos se halla mezclada con motivos que deben su origen a las influencias incaicas, como explicamos en el capítulo sobre la cerámica de aquella zona.

---

---

---

### CAPÍTULO XIII

#### EL TRINACRIO O TRISQUELION EN LA ALFARERIA CHILENO-ARGENTINA.

---

En 1909 la Sta. J. A. Dillenius, en un trabajo titulado *Observaciones Arqueológicas sobre Alfarería Funeraria de la Poma* (1), presentó por primera vez a la atención pública un tipo de dibujo tripartita que halló en la decoración de dos series de pucos o platos, procedentes de la Poma y de Incahuasi respectivamente, pero que mostraban una sorprendente analogía entre sí.

La Poma, cabecera del departamento de ese nombre, dista unos 70 u 80 kilómetros de Incahuasi, hacia el oeste, pero ambos lugares se hallan en el norte de la provincia de Salta, en el Noroeste de la República Argentina.

El dibujo en cuestión decoraba el exterior de los platos y era uniformemente diseñado en negro sobre un fondo rojo. Consistía de tres ramas excéntricas que partían de un centro común, formado por la base del puco. Presenta muchas variaciones y en la misma serie no se hallan dos ejemplares repetidos, aunque casi todas las variaciones tienen sus duplicados en la otra serie. La autora llama *trisquelión* a este dibujo y en los grabados que acompañan su trabajo, presenta una veintena de ejemplares diversos, algunos de los cuales los reproducimos en las Láms. XXX y XXXI y Figs. 7 a 16.

El año siguiente, 1910, el Dr. Aureliano Oyarzún, en un trabajo presentado al 17.º Congreso de Americanistas (2), celebrado en Buenos Aires, reprodujo y describió tres ejemplares hallados en Chile. Los consideró "producto legítimo de la alfarería chilena, pero influenciados en sus rasgos fundamentales por la escuela peruana... y debo decir que este nuevo adorno es muy común en los objetos indígenas pintados de esta manera en el centro del país." Presentamos dos de los tres ejemplares en la Lám. XXXI, Figs. 20 y 21.

Dió a este nuevo elemento decorativo el nombre de *trinacrio*, porque

---

(1) Publicado en Buenos Aires, en la Revista de la Universidad. Tomo XI. pp. 67 y 133.

(2) Contribución al estudio, etc. Ob. cit. pp. 25 y sig. y Figs. 14, 15 y 16.

se asemejaba a las tres piernas de las armas sicilianas que llevan este apodo, y si observamos los ejemplares que le servían para formar este concepto, veremos que no andaba tan alejado de la razón.

Dos años más tarde, el mismo autor publicó en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (Año II, N.º 5) un artículo titulado “*El Trinacrio.*” en el cual, ampliando sus primeras noticias, vuelve a reproducir las tres piezas descritas, a la vez que presenta otras cuatro, halladas en el fundo de Rauten, Depto. de Quillota, Prov. de Valparaíso (Véase Lám. XXXI Figs. 22 a 24).

En ninguna otra publicación sud-americana se había hecho mención alguna de este extraño dibujo, que parecía circunscrito a dos centros culturales, distantes entre sí y sin que se pudieran establecer relaciones directas.

El Dr. Oyarzún no debe haber tenido noticias aún del trabajo de la Sta. Dillenius, y por tanto se consideró justificado en mirar al *trinacrio* como un elemento de arte netamente chileno y exclusivo de éste.

Por otra parte, cuando escribió la Sta. Dillenius no se conocían más ejemplares que los hallados en La Poma y en Incahuasi, y era de suponer que ella los considerase de origen diaguita. Sin embargo llegó a otra conclusión y escribe: “La repetición de los dibujos en un lugar y otro, la aparición de un pucos aislado entre la numerosa alfarería de La Paya, nos hace suponer que no sean de fabricación local, sino procedentes de otro lugar donde se fabricarían en masa según ciertos cánones y obtenidos por canje” (p. 32).

Dice la autora, que, estando en París, buscando analogías en otras culturas americanas representadas en los museos, no halló nada parecido. Al consultar con el Dr. Capitan, gran conocedor de las antigüedades de este continente, dicho profesor le dijo: “Nunca he visto pucos iguales ni parecidos; no sé donde colocarlos, a qué civilización atribuirlos; pero creo que también aquí los dibujos son intencionalmente simbólicos.” Creyó que pudieron ser estilizaciones extremas de pájaros. Veremos más adelante que en esta intuición no andaba errado.

Pero la Sta. Dillenius y el Dr. Capitan tuvieron un cuerpo de material de estudio, mucho más extenso que el que sirvió al Dr. Oyarzún para formar su criterio. También era más variado, porque además de las veinte piezas en que figuraba el trisquelión de tres ramas excéntricas, existían en la colección otras nueve piezas en que la figura representada tenía sólo dos ramas (Lám. XXX Figs. 1 a 6) y tres más de cuatro ramas (Lám. XXXI Figs. 17 a 19), a los cuales la autora dió el nombre de *swastica*, porque en su opinión pudieron representar esta figura.

Al estudiar toda la colección, parece indudable, como supone la Sta. Dillenius, que se trata de una complicación y desarrollo de un mismo motivo estilizado, cualquiera que haya sido su significado original.

En los años que van corridos desde 1909, no hemos tenido noticias que se hayan encontrado nuevos ejemplares en la Argentina, de manera que por el momento podemos suponer que este estilo estaba localizado en la parte septentrional de la provincia de Salta. Es verdad que en su *Exploraciones Arqueológicas de la Ciudad prehistórica de La Paya*, el Dr. Juan B. Ambrosetti hace una breve descripción de un decorado parecido a la de la

Fig. 1. de nuestro estudio; pero sin prestarle mucha atención. La Sta. Dillenius lo reproduce en la pág. 28 de su trabajo y lo incorpora en la serie que estudia, estimando justamente que pertenecía al mismo tipo.

Igual cosa pasaba respecto de Chile. Hasta ahora los únicos ejemplares publicados provenían de dos localidades restringidas, ambas en las provincias centrales, a saber: una pequeña sección del departamento de Maipo y el fundo de Rauten en el de Quillota.

Sin embargo, en nuestro álbum de fotografías y dibujos de la antigua alfarería chilena, que consta de muchos centenares de piezas, se hallan unos cuantos ejemplares hasta ahora desconocidos, con que actualmente podemos aumentar el número de los representantes chilenos y agregar una nueva localidad a las mencionadas. Este grupo aproxima más los tipos chilenos con los argentinos.

En la colección de don Luis Montt, comprada por uno de los museos de la vecina República, existía una taza o puco con este dibujo, el que reproducimos en la Lám. XXXI, Fig. 30. Fué hallado en Ocoa y por tanto pertenece al grupo de los descritos por el Dr. Oyarzún, procedentes de Rauten, encontrándose ambas localidades en el mismo departamento, y siendo el tipo de todo parecido.

Los otros nuevos que presentamos (Lám. XXXI, Figs. 25 a 29) provienen todos de una nueva región, el valle superior del río Grande, afluente del Limarí, del Depto. de Ovalle. Son de la región sub-andina. Uno es de Pedregal, otro de Caren y los otros tres de Semita. Los primeros dos los vimos en poder de un Sr. Muranda y los otros se hallaron en un cementerio indígena descubierto en el fundo de Don Marcos Carmona. De los últimos, dos de ellos llevan un dibujo de sólo dos ramas, los otros de tres. Las localidades mencionadas distan sólo unos pocos kilómetros una de otra.

No es fácil describir estos dibujos de una manera inteligible y por eso preferimos presentar copias de los dibujos mismos, los que demuestran mucho más claramente las formas excéntricas que asumen.

Los pucos argentinos no tenían ningún dibujo en el interior, pero algunos de los descritos por el Dr. Oyarzún eran decorados interior y exteriormente, como lo era también el que poseía el Sr. Luis Montt. Los del Río Grande se asemejan en estos y en otros caracteres, más a los argentinos que a los de las provincias centrales.

El Dr. Oyarzún describe la serie que él presenta, como sigue: "Tienen la forma de una media esfera, sin asiento. Su material es de greda fina y bien cocida en algunas, más ordinarias en otras. Los N.ºs 1 y 2 tienen una superficie bien pulida y pintada con un barniz color ocre, los demás son de superficie áspera. El N.º 1 presenta una cruz griega con adornos en su interior, el N.º 3 los adornos de pirámides con escaleras y grecas de gancho en fondo de barniz blanco; los demás carecen de ornamentación interior. Todos llevan en su superficie convexa la figura que he llamado del *trinacrio*, pintada de negro intenso." (p. 176.)

El puco de la colección de Don Luis Montt, estaba decorado en el interior con tres fajas concéntricas, dejando el centro de la taza de blanco. Una faja angosta de líneas negras cruzadas en forma de red rodeaba todo el bordé del vaso. Las otras dos fajas, más anchas, ostentaban el mismo dibujo. Cada faja se circundaba arriba con una línea negra a la cual iban



pegados numerosos triangulitos de orilla dentada, de color rojo. La línea opuesta era roja y llevaba otros triangulitos iguales en negro. La hilera superior se encajaba en los espacios dejados entre los triángulos inferiores, estando colocados en sentido inverso. Terminadas estas fajas había una línea negra más gruesa que separaba la parte decorada de la que quedaba en blanco.

Otra diferencia entre las piezas descritas por el Dr. Oyarzún y las argentinas, es que son dibujadas con líneas delgadas, a veces dos o tres paralelas, una de las cuales se ensancha hacia el centro y hacia el borde del vaso. El centro mismo del dibujo queda formado por un círculo que abarca el asiento del pucó, y éste queda en blanco. Sólo uno de los descritos hallado en Rauten se ha dibujado de una sola línea, siendo igual a los demás en sus otros caracteres. Los pucos argentinos por el contrario son decorados con líneas gruesas, y excepcionalmente tienen un círculo en blanco en el centro. Dos de ellos (Figs. 13 y 16) llevan una segunda línea en los contornos de la figura, así como los chilenos.

El pucó representado en la Fig. 30 Lám. XXXI hallada en Ocoa se asemeja a los descritos por el Dr. Oyarzún, con la excepción que el círculo blanco se reemplaza por un óvalo negro.

Uno de los hallados en Ovalle pertenece al tipo del sur, pero los demás de la misma región demuestran una notable analogía con los de la Poma e Incahuasi.

Es indudable que todos estos grupos, aunque tan separados unos de otros, se derivan del mismo motivo fundamental y se deben a las mismas influencias artísticas. ¿Cuales serán éstas? ¿De dónde y en qué época llegaron a estas regiones? La decoración interior de algunos de los pucos chilenos nos da la clave para descifrar este misterio. En dos de los descritos por el Dr. Oyarzún y en el de Don Luis Montt, el decorado interior demuestra influencias indudables del arte chincha, dado a conocer por el Prof. Max Uhle, en su obra titulada *Fundamentos Etnicos y Arqueología de Arica y Tacna*, el cual, como hemos demostrado en otro capítulo, había influido en todo el arte indígena chileno, anterior a la llegada de los incas a este país.

Los mismos motivos son muy comunes en el arte diaguita-argentino y no hay duda que las mismas influencias chinchas eran tan repartidas en aquella región como en las provincias chilenas. Por consiguiente parecía muy plausible la idea que las figuras que hemos presentado, de dos, tres y cuatro ramas excéntricas, debían también de buscarse en esas influencias.

Resuelto el problema de su procedencia, quedaba en pie, el otro, del motivo original de las diferentes estilizaciones. Inútilmente recorrimos las representaciones publicadas de la alfarería del continente. No aparecía nada semejante. Pero al hojear las publicaciones norte-americanas que describen las colecciones recogidas por Max Uhle en el valle de Chincha, encontramos inesperadamente, en las decoraciones de los discos de plata que exornaban algunas de las orejeras preincaicas de esa localidad (1), no solamente el motivo que buscábamos, sino la forma en que se desarrolló. Figs. 31 a 33. Láms. XXXI y XXXII.

Con esto se comprueba la justicia de la intuición del Dr. Capitan,

(1) "Pre Inca silver disc attached to front of ear plug."

quien supuso que debían haberse derivado de pájaros. Pues, las figuras de las orejeras son pájaros, que parecen ser loros enlazados, en combinaciones de dos, tres y cuatro, distribuídos de la misma manera que se nota en las estilizaciones de la alfarería chilena y argentina. Compárese las Figs. 2, 16 y 19.

Dos años más tarde, examinando una hermosa colección de antigüedades peruanas de Nazca, Chincha, Cañete y Punta de Huacas, recién llegada a la Casa de Antigüedades de los Sres. Dittrich y Silberfeld, situada en la calle Agustinas de esta ciudad, encontramos un hermoso *topu* de plata, labrado en sus dos caras. En una se notaba el dibujo que reproducimos en la Fig. 34 que representa tres aves enlazadas por las patas formando una combinación que no deja duda respecto del origen de las estilizaciones que se han llamado *trinacrio* o *trisquelión*.

Hojeando el trabajo del Prof. Uhle, que se titula "*Zur chronologie der Alten Culturen von Ica*" encontramos en las pp. 350 y 356, las estilizaciones de aves que presentamos en las Figs. 35 a 38. Por último, existe en el Museo Histórico de esta ciudad, un fragmento de tejido, procedente de Cañete, que lleva el dibujo que se ve en la Fig. 39.

Con todas estas muestras del arte Chincha, se puede observar de una manera muy clara, cómo comenzó la estilización del ave en el centro mismo de esta cultura. Como es natural, en cada nueva localidad donde después se estableció, siguió un desarrollo distinto, en conformidad con la índole de la cultura local; pero sin cambiar el motivo fundamental. Así es que entre los diaguitas se dió preferencia a las formas curvas, en vez de las líneas rectas de la estilización chincha. En cambio, en Chile Central, el desenvolvimiento siguió la forma angular de esta última, indicio que fué probablemente adquirido de influencias directas y no como irradiación de la cultura diaguita.

Las Figs. 3 y 25 parecen aves volando. Otra estilización del mismo motivo es la dada por Uhle y que se ve en la Fig. 35, aunque ejecutada de otra manera. Si comparamos la Fig. 2 con la 31 veremos que las curvas opuestas de la primera son casi idénticas a las de la segunda, faltando sólo el ojo del ave para que figurase la cabeza de loro. El mismo motivo, un poco más estilizado se nota en la Fig. 5. Las aves de la Fig. 32 están ya estilizadas, pero se dejan ver fácilmente lo que son, por las cabezas. Si avanzamos un paso más y haciendo extenderse las mismas representaciones hasta el borde del círculo y reunimos las tres cabezas en el centro, veremos que se constituye una figura que ha perdido todo aspecto de ave, quedando el dibujo de un trinacrio.

Otra serie de estilizaciones se derivan de las aves unidas por las patas, como en las Figs. 31 y 34. Si hacemos llegar las cabezas hasta el borde, es evidente que muchas de las figuras que presentamos se asemejan al dibujo que así queda formado, y deben haber seguido este camino. Opinamos que los tipos sencillos como los de las Figs. 7 y 8 habrán sido la última estilización y no la primera, como podría suponerse, ya que son los que más se alejan del tipo primitivo y los que menos puede imaginarse que se hayan derivado de las figuras de aves. Las figs. 3 y 25 son estilizaciones de una sola ave, las 2 y 26 copian las dos aves de la Fig. 31 pasándose des-

pués al tipo representado en las Figs. 4 y 5 y por último al tipo de la Fig. 6.

Las Figs. 9 a 11 serán estilizaciones de aves parecidas a las de la Fig. 32 unidas por la cabeza en el centro. Las otras, Figs. 14 a 17 se habrán derivado de aves reunidas por las patas, como en la Fig. 31 y así vemos las curvas que representan las cabezas, cerca del borde de la vasija, como en el primer grupo donde figuran de a dos.

Los dibujos chilenos parecen haber seguido más de cerca las estilizaciones que observamos en las Figs. 36, 37 y 39 por cuanto persisten en ellos las líneas rectas y los ángulos en vez de las curvas adoptadas en la estilización diaguita. Como hemos demostrado en otro artículo, la invasión de los Chinchas siguió por la costa de Chile hasta Caldera, y es probable que las influencias directas de esta colonia hayan llegado hasta las provincias centrales del país. Tanto el motivo principal, como los dibujos que adornan el interior de cuatro de los pucos chilenos demuestran que estas piezas pertenecen a la cultura y la época chincha, la cual, según la cronología de Uhle, se esparció por el norte de Chile entre los años 1100 y 1350 de nuestra era, y son por lo consiguiente preincaicas. Así podemos establecer un nuevo eslabón para el reconocimiento cronológico de la antigua cultura diaguita, tanto en Chile como en la Argentina. El estudio de las influencias chinchas en esta cultura se impone, porque, como hemos dicho, son muy numerosas en ambos lados de la cordillera.

Escrito lo anterior debido a la gentileza del Sr. Looser, tuvimos noticia de un trabajo de Earl Hanson publicado en la revista "*Chile*" N.º 6. Vol. 1, de Junio 1926, y reproducido en "*The South Pacific Mail*" de Agosto 19 del mismo año. Este trabajo, titulado "*Indian Remains in the Atacama Desert*", entre los grabados que lo ilustran, trae un hermoso dibujo en forma de *trinacrio*, decoración de un plato hallado en el valle del río Tacone, en el Desierto de Atacama, al sur de Chiu-Chiu. Este dibujo lo reproducimos en la Fig. 40.

A la vez que agrega otra localidad a la corta lista de las en que se ha hallado este motivo decorativo, el nuevo descubrimiento viene a apoyar sustancialmente nuestra hipótesis, que debe su origen a la cultura chincha. El ejemplar en cuestión, aunque del mismo tipo general que los demás, difiere de todos ellos en detalles. En vez de ser de simples líneas, gruesas como los argentinos o delgadas como la mayoría de los chilenos, éste consiste de un trazado de líneas delgadas relleno de motivos ornamentales que ocupan toda la figura del *trinacrio* y los anexos que parten del borde del plato para llenar los huecos dejados por las ramas del elemento principal. Pues es justamente este decorado que confirma nuestra teoría. Sabido es que dos de los motivos más usados en el arte chincha eran los espirales y las figuras dentadas, y son éstos que forman el relleno del *trinacrio*. No debemos olvidar que Uhle ha comprobado la existencia en toda la antigua región atacameña, de una cultura llevada allí por los chinchas, a la cual él ha puesto el nombre de cultura chincha-atacameña. Es a dicha cultura que se debe esta pieza, y es bastante probable que en ella tendremos que buscar el origen y el reparto de la figura de que nos hemos ocupado en este artículo.

---

---

## CAPÍTULO XIV

### LA ALFARERÍA DE LAS PROVINCIAS AUSTRALES.

---

En un capítulo anterior hemos explicado el problema étnico que se presenta al estudiar los pueblos indígenas que habitaban las provincias al sur del Itata, en el tiempo de la Conquista Española. La alfarería hallada en la zona aparentemente complica la cuestión, por cuanto se observa, en una gran parte de ella, indudables influencias del arte incaico, especialmente en la decorada. Tal es así que algunos escritores, fundándose en dichas influencias, han supuesto que la invasión de los incas llegó hasta el Bío-Bío y aun más al sur.

Cuando principiamos a estudiar la arqueología de la zona, allá por el año 1890, estas influencias nos intrigaron, imaginándonos que la industria alfarera y quizá algunas otras fueron introducidas en la región durante la época del dominio incaico de las provincias centrales o tal vez con posterioridad.

A primera vista esta parece ser la explicación lógica, porque se encuentran también en los tejidos y en la platería de los araucanos actuales supervivencias de las artes peruanas, como lo han hecho notar el Dr. Oyarzún (1) y el señor Tomás Guevara. (2)

En la alfarería, las influencias incaicas se observan casi exclusivamente en los adornos de las asas de ciertos jarros y sólo de cuando en cuando en el cuerpo de los vasos. Las formas de las piezas son netamente nacionales, como lo son también casi todos los motivos de la decoración, pero en el tiempo en que comenzamos nuestros estudios, conocíamos muy poco la alfarería del país y la única obra de consulta era *Los Aboríjenes de Chile* de don José Toribio Medina, que más bien tendía a confirmar la idea de que la cerámica de las provincias australes fuese introducida después de la invasión incaica.

De manera que, sin haber formado un criterio propio, favorecíamos en un principio las ideas corrientes sobre la materia y estábamos preparados para hallar las influencias de dicha civilización en todas las industrias y en todo el arte de la región.

(1) Contribución al estudio, etc. Ob. cit.

(2) Psicología del pueblo araucano y Mentalidad araucana.

Durante más de cinco años hicimos excavaciones en las más diversas partes de la zona y poco a poco llegamos a modificar nuestra opinión respecto del origen de la cultura antigua que se hallaba en ella. Los hechos no correspondían a las creencias corrientes.

Hallamos en la región comprendida entre el Itata y el Toltén, una superposición de dos culturas distintas, ninguna de las cuales demostraban influencias incaicas, y otra, más moderna, en que dichas influencias se encontraban a cada paso. Más aún, mucha, si no toda la alfarería que demostraba tales influencias, era, no solamente post-incaica, sino también post-española.

Junto con los jarros descubiertos en San Juan de la Costa, que llevan motivos incaicos, se halló, según don Federico Philippi, la punta de una espada de acero. Estos objetos están hoy en el Museo Nacional de Historia Natural. En Tirua, se extrajeron de una sepultura que contenía alfarería de la misma clase, numerosas cuentas de vidrio, contenidas en uno

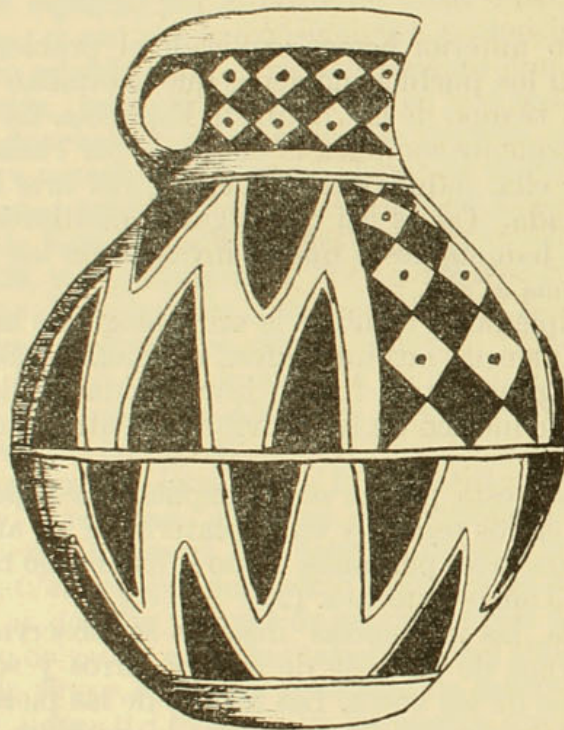


Fig. 1.—Temuco

de los vasos, y en Chol-Chol se halló un jarro del mismo estilo en el cual iban embutidos a manera de mosaico, pequeños fragmentos de loza de fabricación europea.

Hace quince años, al dar cuenta de estos y otros hechos de la misma naturaleza, en una conferencia ante la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, observamos que las influencias incaicas que se notaban en las industrias indígenas de las provincias meridionales, con toda probabilidad, se introdujeron en la región por los *yanaconas* llevados al sur por los primeros conquistadores europeos. Dichos *yanaconas* o gente de servicio eran, en gran parte, indios del Perú y los demás eran habitantes de las provin-

cias del norte y centro de Chile, que ya habían estado en contacto con los incas.

Durante los primeros años de la Conquista, los araucanos entre el Itata y el Bío-Bío y, en gran parte los del litoral entre Arauco y la boca del Imperial, se sometieron y a pesar de varias sublevaciones, se puede decir que sirvieron de buen o mal grado, hasta fines del siglo XVI. Igual cosa pasó con los indios huilliches, al sur del Toltén.

Varias nuevas industrias se introdujeron entre los indígenas de la zona, siendo la principal la metalurgia. Desde aquella fecha data la platería, antes desconocida. Los maestros eran los indios peruanos y así se explica que los objetos de plata fabricados por los araucanos y huilliches, hasta hoy conservan las formas y decoraciones comunes en el Perú.

La industria de la alfarería existía ya desde antiguo, pero en este período se adoptaron en la decoración, algunos de los motivos derivados del arte de los incas, conservándose al mismo tiempo, las formas y el estilo decorativo locales.

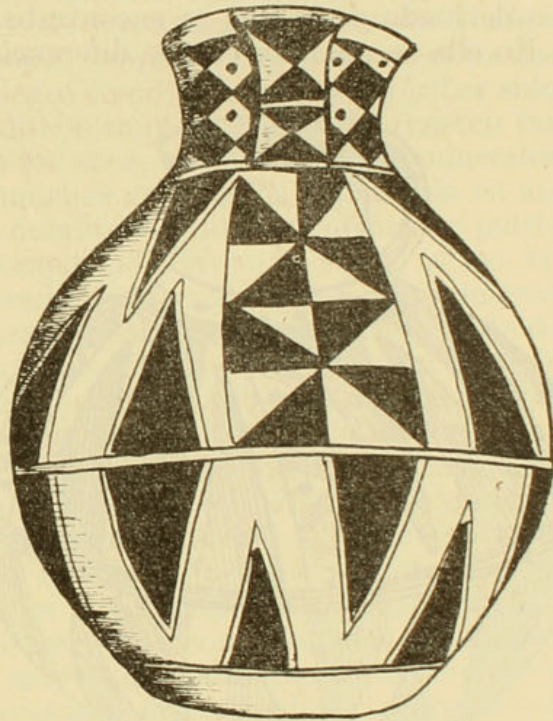


Fig. 2.—Temuco

Los españoles establecieron obrajes en diversos puntos, especialmente en Osorno, Valdivia y Villarrica. Desde estos centros, la industria de la alfarería decorada se extendió entre los araucanos, quienes hasta ese momento no producían piezas decoradas, aunque sus vecinos los huilliches lo hacían desde tiempo inmemorial, y antes de su expulsión de aquella región (Bío-Bío a Toltén) allí también la fabricaban, como se comprueba por su hallazgo en las más antiguas sepulturas.

De esta manera se explica perfectamente la superposición de culturas en dicha región, superposición que no se halla al sur del Toltén, donde

se encuentra un desarrollo cultural continuo hasta el tiempo de los españoles.

En las sepulturas más antiguas, que, dicho sea de paso, son las menos frecuentes, se halla una alfarería sin indicios de influencias incaicas, cuyas formas y decoración son, por lo demás, las mismas que las que llevan estos motivos y muy parecida, por no decir idéntica, a la hallada en las provincias al norte del Maule.

Desaparece de repente (entre el Bío-Bío y el Toltén) esta cultura, reemplazándose por otra más primitiva—la araucana

Después de la llegada de los españoles, aparece de nuevo la alfarería pintada en esta zona, ya modificada por la introducción de motivos de origen incaico. A la vez, los mismos motivos se hacen comunes en la alfarería huilliche que antes no los tenían.

Estos hechos quedan esclarecidos y comprobados por los datos que presentamos más adelante.

Los explicamos de la siguiente manera: Hubo un tiempo en que la cultura desde el Maule hasta el Canal de Chacao, fué más o menos uniforme, emparentada o derivada de la que se encontraba en las provincias centrales del país. En ella se notaban ciertas diferencias locales como es

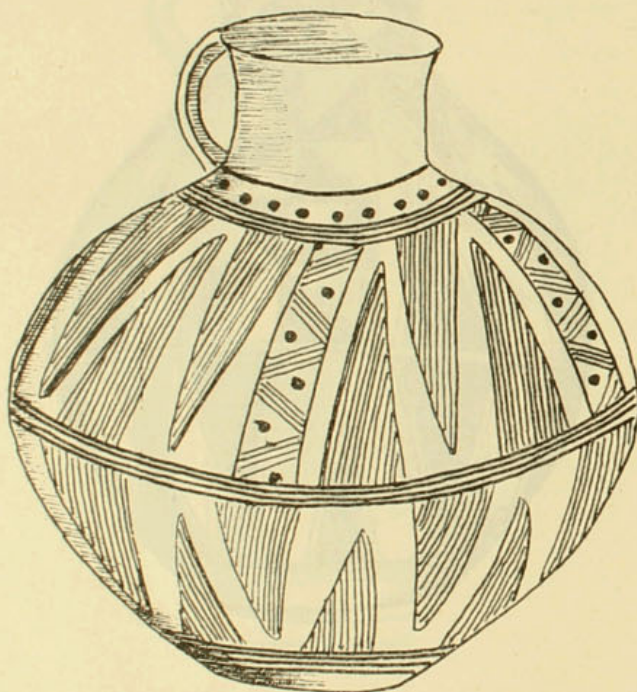


Fig. 3.—La Unión

de esperar, pero en general, la alfarería presentaba el mismo estilo por todas partes, estilo que se caracterizaba, en cuanto a su decoración, por el escaso número de motivos fundamentales, constantemente repetidos en diferentes combinaciones.

Faltaban casi por completo las curvas y las que se notan son, con frecuencia, accidentales, debiéndose a líneas o ángulos dibujados de una manera defectuosa.

Con pocas excepciones, los motivos son rectilíneos, líneas paralelas, ángulos, triángulos o rombos rellenos con líneas paralelas a sus contornos o a uno de sus lados. Una o varias de tales figuras se repiten, en hileras horizontales, hasta cubrir la superficie decorada. Cada faja o campo se separa por dos, tres o más líneas paralelas.

Otra peculiaridad que relaciona este estilo con el de Chile Central y lo distingue esencialmente del incaico, es que las fajas son siempre horizontales, nunca verticales como en éste. Por eso, en muchos de los vasos post-españoles que ostentan motivos incaicos, observamos una combinación de los dos estilos. En ellos, la decoración característica de los incas se pintaba en las asas y en una faja vertical, debajo de ellas, mientras que todo el resto de la decoración se dibujaba en fajas horizontales, (Lám. LVI Figs. 1 a 4 y Figs. en el texto Nos. 1, 2, 3). La alfarería más antigua no llevaba fajas verticales, aunque la mayoría de los dibujos eran los mismos que los empleados posteriormente.

La alfarería decorada de esta zona también se caracteriza por los colores empleados. La enlucidura es casi siempre de un blanco crema o bien un amarillo pálido de ocre apagado. Sobre este fondo el dibujo se hacía con líneas negras o rojas, empleándose raras veces los dos colores en el mismo vaso. Tanto el negro como el rojo parecen haber sido colores vegetales y, por eso, a menudo son muy apagados. No resisten tan bien la humedad y el transcurso de los años, como los colores minerales empleados en otras partes. El rojo muchas veces se ha convertido en anaranjado y el negro, a menudo se ha debilitado tanto que apenas se pueden trazar los dibujos.

Entre las formas halladas en la zona, así en la alfarería doméstica como en la decorada, los jarros son los más numerosos, pudiéndose decir que las tres cuartas partes de la totalidad son de dicho tipo. Los platos tan comunes en Chile Central y Norte, son poco frecuentes, aunque se hallan de cuando en cuando. A los jarros siguen las botijas o tinajas grandes, de 40, 60 y aun 80 cm. de alto. La mayoría de ellos tienen un cuello estrecho que les da la forma de botellones, (Lám. XL. Figs. 8 y 9 y Fig. 4 del texto, a y b). Estos no se hallan jamás decorados, aunque, a veces, están enlucidos de negro o de rojo. Ollas de forma alargada y base cónica también se hallan con cierta frecuencia, (Figs. 14 a 16).

Muchos de los jarros tienen una o dos asas. A menudo éstas son redondas, pero con frecuencia son aplanadas en forma de cinta, con o sin decoración. Antes se creía que tal forma de asa era exclusiva del arte incaico y el hallarlas decoradas era un indicio seguro de este origen. Ahora, sin embargo, se sabe que en las culturas preincaicas de la costa del Perú se empleaba este estilo, mucho antes de la aparición de la cultura de los incas. Su introducción en las provincias del norte de Chile fué muy anterior a la invasión de la región por este pueblo, y solamente puede atribuirse al arte de dicha civilización, cuando los motivos empleados en la decoración indican claramente semejante origen, como en las figuras que hemos citado.

En la alfarería más antigua se suelen encontrar jarros con asas decoradas, en forma de cinta, pero nunca con motivos incaicos, sino con otros que se pueden considerar nacionales.

Como queda dicho, los motivos comunes a la alfarería antigua son los



mismos que encontramos más al norte, donde están combinados con otros derivados de influencias chinchas.

Es probable que durante el período que hemos asignado a las influencias chinchas y de todo modo en época preincaica, se introdujo la alfarería decorada en las provincias australes, porque en dichas provincias no se ha descubierto otro estilo a que se pueda atribuir una mayor antigüedad. Tal hecho también nos fija un límite cronológico para la llegada de los araucanos a la zona. Si aceptamos la cronología propuesta por Uhle para

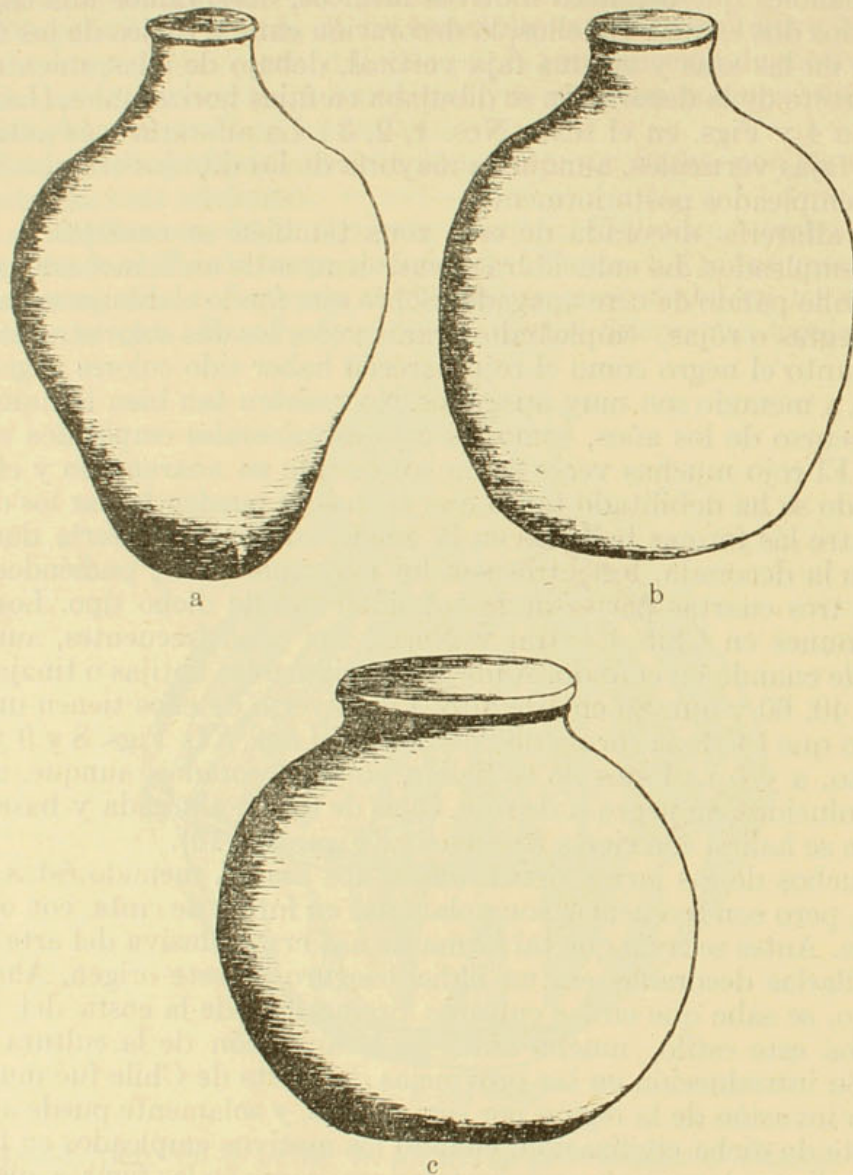


Fig. 4

las provincias del norte, vemos que la cultura chincha apareció en el país por el año 1100, extendiéndose poco a poco hacia el sur, de manera que podemos calcular su llegada a las provincias meridionales en unos cien años más tarde, 1200. Para haber dejado los restos que hallamos en la Araucanía, debe haberse desarrollado allí a lo menos durante un siglo,

antes que fuese borrada por la irrupción de los araucanos. De este modo, no nos parece posible que dicha invasión haya tenido lugar antes de los

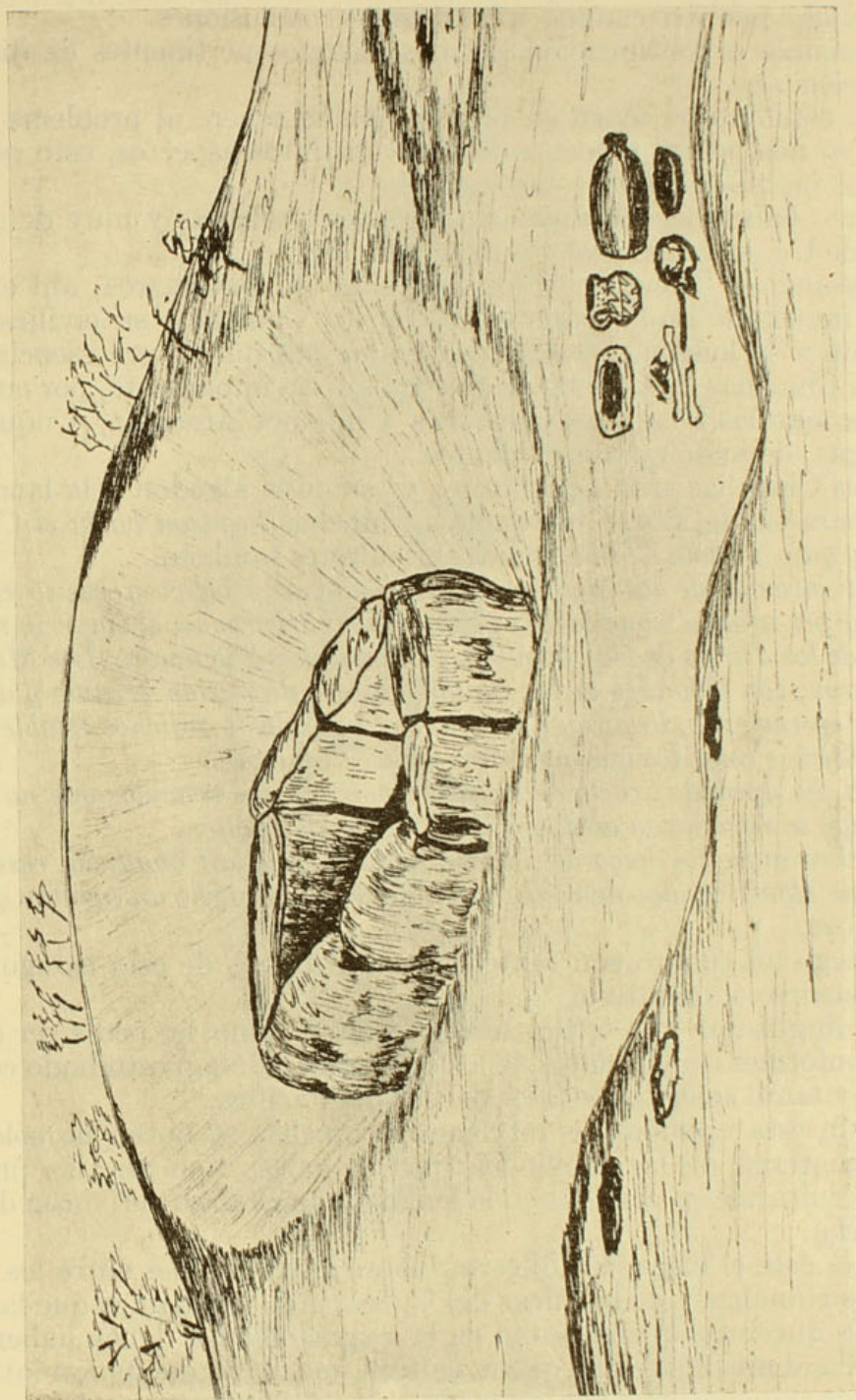


Fig. 5.—Sepultura de cista (Tirúa)

comienzos del siglo XIV, o sea un poco más de dos siglos antes de la llegada de los españoles.

Hace algunos años, cuando insinuamos la idea de que era probable que la antigua cultura que se notaba en estas provincias en los tiempos pre-

araucanos se derivaban en parte de las influencias chinchas, don Joaquín Santa Cruz, conocido filólogo que se ocupaba en establecer la filiación de las lenguas chilenas, nos escribió para anticiparnos que sus estudios le habían llevado, por otro camino, a las mismas conclusiones.

Copiamos a continuación algunos párrafos pertinentes de dicha comunicación. (1)

“El estudio que tengo en preparación se refiere al problema de que Ud. y yo nos hemos preocupado, bajo distintos aspectos, esto es de los indígenas prehistóricos de estas regiones.

“Creo haber llegado a conclusiones comprobadas y muy de acuerdo con las de Ud. en lo esencial y aun en detalles...

“Pasando a Tucumán y los Diaguitas de Catamarca, ahí existe la prueba indudable de su parentesco con los Chinchas: su civilización es semejante y su lengua, a juzgar por lo que nos queda, era esencialmente la de los Chinchas. Esta parte de mi trabajo es importante, por cuanto es un hecho que los Diaguitas pasaron a Chile por Atacama, Coquimbo y Aconcagua, dejando rastros evidentes...

“Los Chinchas eran agricultores y tenían el algodón y la lana de las llamas para sus tejidos. Creo que los Chinchas *llegaron hasta el Canal de Chacao y quizás hasta Chiloé*, indios agricultores también.

“*La invasión de los Mapuches, raza salvaje y belicosa, causó en Chile la misma perturbación que la irrupción de los bárbaros en el imperio romano, y que la de los Juries de Calchaquí en Catamarca y Tucumán. Los Mapuches aprendieron, con todo algo de los conquistados y de pueblo errante y abrigado en pieles en invierno, llegaron a usar y hacer tejidos y ranchos estables en lugar de tolderías como los que quedaron en las Pampas.*

“*Ud. ha opinado exactamente al afirmar que los vencidos que no aceptaron el yugo se refugiaron en el territorio al sur del Toltén.*

“*Del examen que hago del idioma araucano de la Conquista, resulta que todo lo que significa algo de civilización tiene en mapuche un nombre del idioma Chíncha.*

“Tengo un cuadro con centenares de palabras de esta categoría que irán en cuadro comparativo.

“La lingüística y la crítica histórica están como no podía ser de otro modo, conformes con los datos de los que como Ud. han estudiado con tanto tesón y tanto acierto, las razas del sur del Pacífico.”

Según esta opinión, las influencias chinchas se notan no sólo en la cultura material de las provincias meridionales, sino que las principales voces culturales percibidas en la lengua araucana, se derivaron del idioma chíncha.

No es éste el lugar para disertar sobre las relaciones entre los dialectos de los chinchas y de los incas del Cuzco, pero estimamos que las voces culturales quechuas que se notan en la lengua chilena, deben haber ingresado a ella al mismo tiempo que la cultura misma y que fueron introducidas por los chinchas y no por los incas.

(1) Carta fechada en San Fernando, el 23 de Abril de 1915. Las investigaciones de Santa Cruz son tanto más interesantes por cuanto llega a las mismas conclusiones que Uhle sobre la expansión de los Chinchas, varios años antes que este arqueólogo hiciera sus excavaciones en Arica y Tacna, y publicara sus ideas al respecto en su *Fundamentos étnicos y Arqueología de Arica y Tacna*, de manera que nos era muy satisfactorio recibir esta primera confirmación independiente de nuestras teorías.

No creemos que la invasión chincha ni la posterior de los incas, hayan llegado hasta las provincias meridionales. Las influencias de ambas que se hallan allí se deben a un lento avance hacia el sur, pasando de tribu en

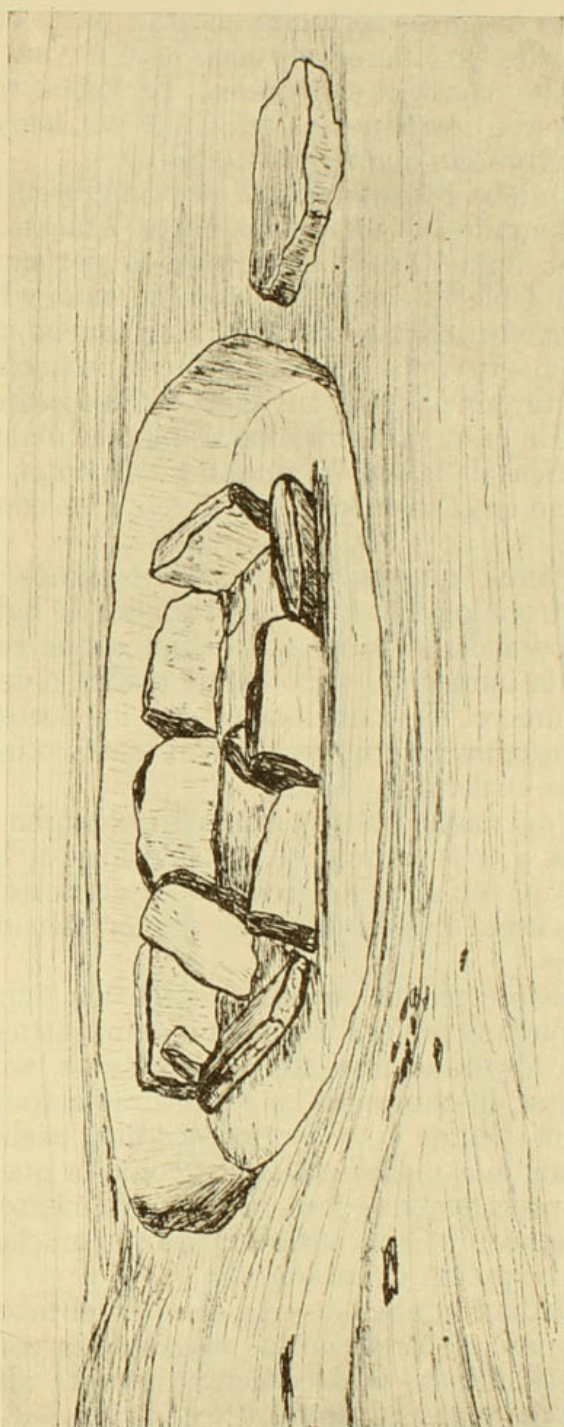


Fig. 6.—Sepultura de cista. (Tirúa)

tribu, por difusión, sin mediar conquistas o contactos directos con los pueblos invasores.

Es natural que, al adoptar nuevos elementos culturales, se adopten también, al mismo tiempo, los nombres de ellos.

Hasta ahora se ha atribuído a los incas la introducción de todas estas voces de derivación quechua, sin tomar en cuenta que los chinchas, cuyas influencias se observan en el país varios siglos antes de la aparición de aquellos, hablaban un dialecto del mismo idioma. Uhle ha demostrado que la civilización de los incas se fundó en gran parte en la anterior de los chinchas y nó es de extrañarse entonces que hayan tomado de este dialecto sus principales vocablos culturales. Es lógico también suponer que dichas voces fueron introducidas en Chile por los chinchas juntas con los elementos materiales que representaban.

A este respecto, debe recordarse que el primero en declarar que los Chinchas habían extendido sus conquistas hasta Atacama por el Sur, fué Tschudi y aunque su opinión fué poco aceptada por mucho tiempo, los estudios modernos de Uhle y otros le han dado la razón y hoy sabemos que las influencias de esta cultura se extendieron aun mucho más al sur.

Como hemos dicho, tuvimos ocasión de hacer numerosas excavaciones arqueológicas en las provincias del sur, tanto en los cementerios como en sepulturas aisladas. En gran parte nuestro trabajo se malogró debido a las condiciones atmosféricas de la región, pues las frecuentes lluvias producen tal estado de humedad en el suelo, que difícilmente se conservan los objetos sepultados.

Los restos humanos, que especialmente buscamos, para completar nuestros estudios antropológicos, eran muy difíciles de hallar en un estado que pudiera servir para dicho propósito. Objetos que resistían mejor la acción del tiempo y la humedad, como los de piedra o de greda cocida se hallaron en mayor número. El examen de éstos y los pocos restos humanos servibles establecen que había dos períodos distintos o más bien dos culturas diferentes en los entierros antiguos.

Las sepulturas de mayor antigüedad se descubren en la costa, en las riberas de los ríos y ocasionalmente en las orillas de los grandes lagos sub-andinos. Parece que en aquellos tiempos el territorio fué más emboscado que ahora. Los españoles encontraron mayor densidad de población en estos mismos sitios.

Entre los objetos de piedra encontrados en las sepulturas más antiguas, se hallan las piedras perforadas, lo que demuestra que éstas no fueron introducidas por los araucanos, hachas, puntas de lanzas y de flechas, ninguna de las cuales se descubren en las sepulturas mapuches.

La alfarería doméstica de aquel período es bien hecha, pero sin adorno, si exceptuamos algunas piezas grabadas, como la que presentamos en la Lám. XL. Fig. 3, procedente de Lanco. Conjuntamente con ella se halla en algunas de las sepulturas, una alfarería de mejor clase, más fina, de otras formas, enlucida, pulida y pintada.

Raras veces se hallan tumbas de esta clase en el interior, aun cuando en época posterior aparecen hasta en las faldas de la cordillera. Muchas de las formas son locales, pero la decoración liga esta alfarería con la de la región entre el Cachapoal y el Maule.

Además de estas sepulturas descubrimos otras que contenían muy pocos objetos de piedra y sólo algunas piezas de alfarería tosca y sin decoración. En muy contados casos se hallan también en ellas fragmentos destruídos de objetos de madera y aun de cestería, pero en tal mal estado de

conservación que no dejan adivinar ni sus formas ni sus usos. Son igualmente escasos los restos humanos en buen estado, los cráneos enteros que pudi-

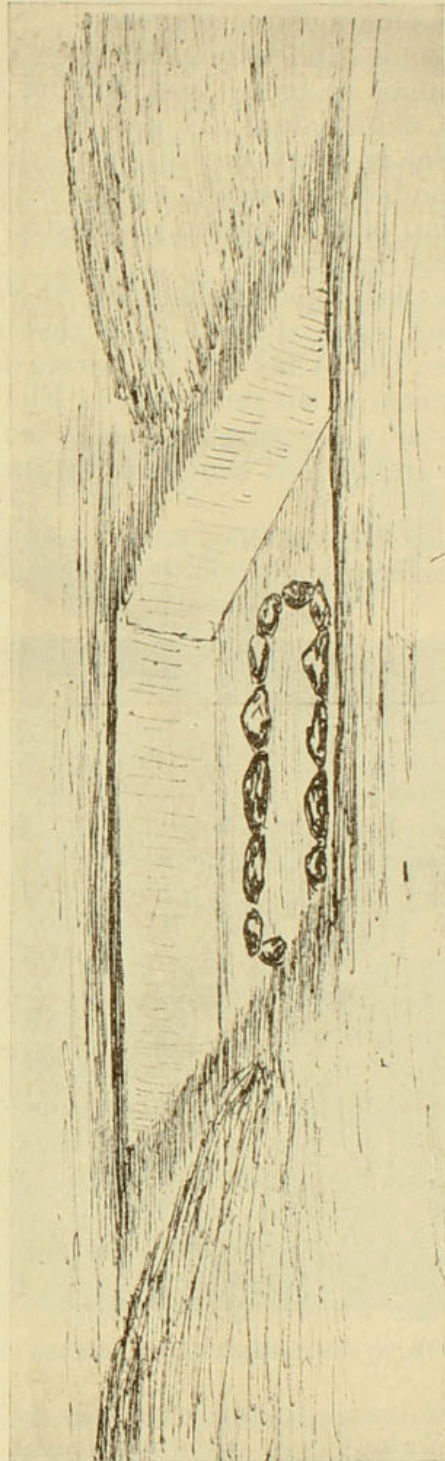


Fig. 7.—Sepultura antigua (Traiguén)

mos recoger son típicamente araucanos, de formas redondeadas y otras peculiaridades características de esta raza. (1)

(1) Por más detalles sobre este punto referimos al lector a nuestro estudio "*Physical Characteristics of the Araucanos*", publicado en el *Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*. Vol. XXXIV. Jan-June 1904. Londres.

Es posible que en parte las dos culturas mencionadas, representadas por diferentes sepulturas, hayan sido contemporáneas, pero es indiscutible que las tribus que fabricaban la alfarería pintada ocupaban el territorio antes que llegaran los mapuches o araucanos.

En otro capítulo hemos explicado la diferencia entre una y otra clase de sepulturas. Las primeras se hallan casi siempre en hileras ordenadas, y orientadas de N. a S. o bien de N. E. a S. O. como en Concepción. A menudo están construídas en forma de cista, con lajas de piedra, o cuando éstas faltaban en la vecindad, se rodeaba el cadáver con una hilera de piedras grandes, que servían para el mismo propósito. Estos tipos de sepulturas se pueden ver en las Figs. 5, 6 y 7.

Sepulturas en cistas las hemos hallado en un cementerio situado en el fundo de Tirúa, a una legua al norte de la desembocadura del río de ese nombre, en Nielol, en Chol-Chol y otras partes de la Araucanía, como también con más frecuencia al sur de Valdivia. El Padre Amberg habla de las sepulturas en cistas y describe algunas descubiertas por él, al sur del río Imperial, entre Carahue y el lago Budi, en un lugar llamado Oñocco. (1)

En 1906, al hacer las excavaciones para los cimientos del Colegio de niños mapuches, de la misión Anglicana de Quepe, se halló otro cemente-

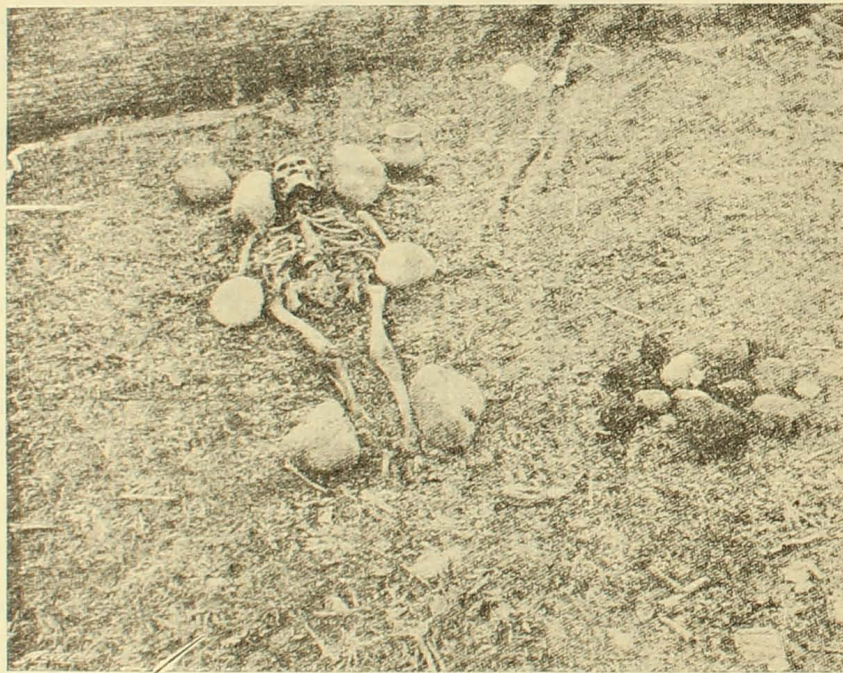


Fig. 8.—An Ancient Skeleton, (Quepe)

rio, en que todos los cadáveres fueron rodeados de piedras, en la forma indicada en la Fig. 8. En algunas de estas sepulturas se hallaron piezas de alfarería pintada y un examen de ellas nos indicó que eran todas preincaicas.

(1) Amberg, Fray Jerónimo de.—Sepulturas de Cajas (Cistes). Revista Chilena de Historia y Geografía. Año III. N.º 10. Santiago. . pp. 340 y sig. 1913.

Los cementerios araucanos no presentan esta clase de sepultura. Estos indios acostumbraban enterrar sus muertos en ataúdes hechos de un tronco de árbol ahuecado, tapado con otro y sin acompañamiento de piedras o cistas. Hasta fines del siglo XVI, si hemos de creer a González de Nájera, quien escribió a comienzos del siglo XVII, los ataúdes no se enterraban, sino que se colocaban entre las ramas de algún árbol o sobre un catafalco levantado para este propósito. Más tarde los ponían sobre el suelo, cubriéndolos con tierra y piedras hasta formar un montículo o túmulo de pequeñas dimensiones. Sólo mucho después, quizá imitando a los españoles, hacían excavaciones en el suelo, para colocar en ellas los ataúdes.

La primera clase de sepultura es mucho más frecuente al sur de Valdivia y las del tipo araucano sólo ingresó a la región en tiempos post-españoles, como se comprueba por el contenido, pues, casi sin excepción se ha-

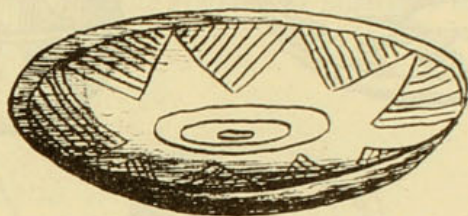


Fig. 9.—Tirúa

llan en ellas los objetos de procedencia europea, o bien influencias que indican tal procedencia.

Cuando se hallan en las últimas, piezas de alfarería pintada, como suele suceder, casi siempre se descubren en ellas dibujos del tipo incaico, los que también acusan una procedencia post-española, por las razones que hemos mencionado.

Estos elementos se hallan principalmente en la decoración de las asas de algunos jarros y ciertos ornamentos que son típicos del arte incaico.

Hace algunos años, Max Uhle notando dichas influencias en esta clase de alfarería, escribió: "No faltan en Chile, como es natural, objetos de puro estilo incaico. Algunos de éstos han sido reproducidos por Medina en su obra, y proceden de Copiapó, Vallenar, Freirina, Santiago. Otros son prueba clara de la influencia impuesta, *pero los más interesantes de todos son algunos cántaros de Valdivia, que enseñan una combinación de ornamentos incaicos con otros de origen indígena*. La existencia de esta alfarería me parece un valioso indicio de que los incas en sus conquistas han avanzado mucho más al sur del río Maule, porque de otra manera sería difícil explicar de dónde han podido recibir los ornamentos de carácter incaico tan claro, la gente de Valdivia." (1)

Cuando Uhle escribió esto, no había estado en Chile y tampoco se habían hecho investigaciones especiales de dicha región. Hoy el origen de las influencias incaicas al sur del Bío-Bío se sabe con más o menos seguridad y las dudas sobre la posible invasión de la comarca por las tropas del Inca

(1) ULHE, MAX.—La esfera de influencias de los incas. Trabajo presentado al IV Congreso Científico (Primero Pan-Americano) Santiago 1908.



se han disipado, explicándose de otra manera la introducción en ella de los elementos en cuestión.

Guevara, aunque atribuye toda la cultura al sur del Bío-Bío a la invasión incaica, sin embargo, en una de sus publicaciones, (1) proporciona datos que aparecen reforzar nuestra hipótesis. Escribe lo siguiente:

“Hay pruebas para creer que esta alfarería penetró a la frontera por el sur, y se cargó hacia la región del Este hasta el río Cautín. Todos los ejemplares hallados proceden de esa sección. Desde Trompulo, al norte de río Aillipen, hasta Llaima, Huichahué y Cura-Cautín, se han desenterra-

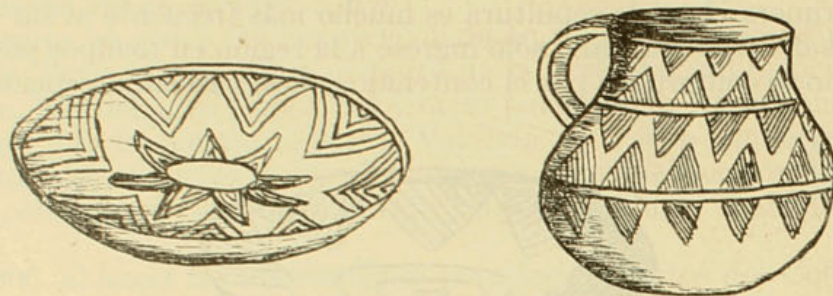


Fig. 10.—Tirúa

do muchos cántaros de esta clase. Cubren ahora esa banda sub-andina, selvas impenetrables; pero tradiciones que no se han borrado del todo entre los indios recuerdan la existencia en esa parte de tribus prósperas *venidas del sur*, que se radicaron en llanuras donde crecieron después bosques inmensos. (Recogidos por el autor). En sepulturas antiguas de Tirúa en la costa se han extraído también cántaros listados.”

Es cierto que el autor da otra interpretación a estos hechos, pero si son verídicos, a nuestro modo de ver, comprueban que, más al sur, entre los huilliches, existía la industria de la alfarería, y que, desde allí, fué introducida en la región de que nos habla Guevara.

Si faltasen pruebas de que la alfarería araucana fuese relativamente moderna, la tendríamos en el diferente sistema que emplean en su fabricación según Guevara. En toda otra parte del país se fabricaba y se fabrica por el sistema de tiras sobrepuestas (*coiling*), amoldadas con los dedos y alisadas con alguna pequeña herramienta, sólo entre los mapuches se describe otro método. Copiamos los que nos dice Guevara al respecto:

“La alfarería continúa siendo ocupación exclusiva de las mujeres, jóvenes y viejas.

El primer carácter de la cerámica es su fabricación a mano. La técnica comprende estas operaciones:

1.<sup>a</sup>—*El modelaje: de una bola de greda que ha estado en maceración, se modela una vasija sólida. Se ahueca en seguida la parte interna hasta formar las paredes, con una herramienta parecida a una gubia, de dos canaletas laterales y un lomo sobresaliente en el centro (???)*.

2.<sup>a</sup>—*La resecación: formada la pieza, queda a pleno aire, para que se endurezca, por espacio de uno a dos días.*

(1) GUEVARA, TOMÁS.—Las Últimas Familias y Costumbres Araucanas. II parte Cap. IV. Anales de la Universidad de Chile. Tomo CXXI. Año 70 Mayo y Junio de 1912. Santiago.

3.<sup>a</sup>—La cocción: *se llena de paja el interior de la vasija y se entierra en un montón de cenizas calientes* (??).

4.<sup>a</sup>—El alisamiento: las paredes se revisten de otra capa de arcilla y se alisan con piedras de tamaño mediano.

5.<sup>a</sup>—La coloración negra: *con la tintura de raíces de algunas plantas se le da una capa de barniz que al secarse toma un tinte obscuro*. Cuando no se ejecuta esta operación, la olla o el cántaro quedan de un color rojo ladrillo.

Este color negro y la ausencia de pico y gollete de los cacharros es otro distintivo de la alfarería actual.

En la actualidad la alfarería indígena aparece desprovista en absoluto de dibujos. Se han extraído de las excavaciones fragmentos y piezas enteras que revelan dos grupos cerámicos bien determinados e independientes: uno grosero y grueso, que corresponde al ordinario, y otro delgado de hechura regular y graciosa, sin pintura o con rasgos rectilíneos negros, o rojos, repartidos en zonas paralelas, en el cuerpo y en el alto del cuello. *Excusado parece decir que este sistema es posterior al primero* (??).

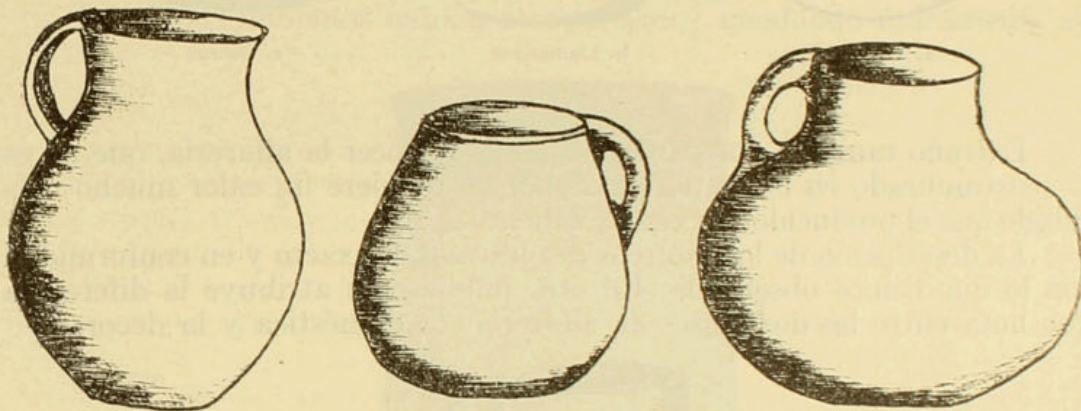


Fig. 11.—Tirúa

Algunos de estos cántaros pintados son de una composición blanca, que llevan además, una capa del mismo color más subido; otras de arcilla roja, cubiertos también de un revestimiento blanco.

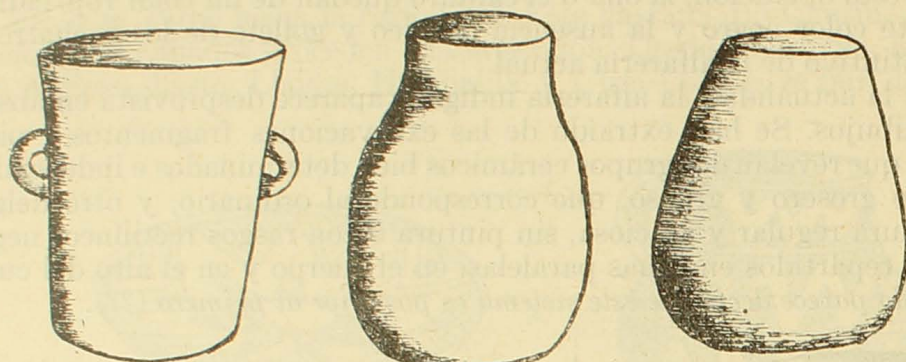
En los elementos decorativos de esta cerámica se encuentran como señales características el triángulo con líneas paralelas a uno de sus lados, en espacios libres del campo y formando bandos opuestos por el vértice. A veces varían las fajas de la cintura y los triángulos están reemplazados por los sangos, o una serie de líneas en zig-zag. El cuello aparece adornado de una banda de líneas en zig-zag y el borde superior de la asa de rectas cruzadas que forman figuras romboidales o de triángulos unidos por la vértice, como reloj de arena.

No se ven la espiral, la voluta, el meandro, el óvalo ni el círculo. No hay otras líneas curvas que las paralelas envolventes." (1).

En esta relación el autor nos describe la manera que, a su juicio tienen los araucanos actuales para fabricar su alfarería. A pesar de haber pasado varios años en la región, y de ser particularmente interesado en todo lo referente a la alfarería, no tuvimos la suerte de ver en la práctica,

(1) Las Últimas Familias. Ob. cit. pp. 925-926.

dicho sistema. En los muchos lugares donde vimos las alfareras en su trabajo, siempre empleaban el método espiral (*coiled ware*), en uso en otras partes del país, construyendo el vaso desde su base, por medio de tiras de greda, agregadas una tras otra y nunca lo modelaban de la manera descrita por el señor Guevara, ni comprendemos cómo podrían ejecutarla en las piezas de boca angosta o en las paredes delgadas y parejas.



a. San Juan

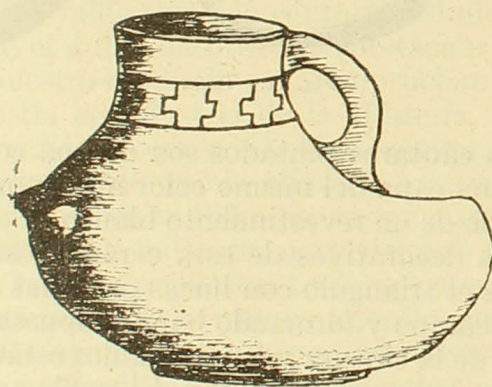
b. Llanquihue

c. Osorno

Fig. 12

Extraño también nos parece el modo de cocer la alfarería, que no es el acostumbrado en otras partes, donde se requiere un calor mucho más subido que el producido por ceniza caliente.

La descripción de los motivos decorativos es exacta y en conformidad con lo que hemos observado. En otra publicación atribuye la diferencia que nota entre las dos clases de alfarería—la doméstica y la decorada—



JARRO PATO

Fig. 13.—Panguipulli

a la decadencia que se observa en la alfarería, pero presume que antes de desarrollarse la pintada, existía otra más primitiva.

Nuestro modo de explicar estos hechos es diferente. Como hemos dicho, en ninguna parte del país se notan los principios de la industria y esto es igualmente cierto respecto de las provincias australes. Aparece la alfarería decorada al lado de la doméstica de factura más ordinaria, desde los comienzos de la cultura, lo que indica que ésta no es de origen local sino introducida de otra región donde existía anteriormente. Cronológicamente

el movimiento cultural ha sido de norte a sur y es probable que los últimos orígenes de toda la cultura hallada en Chile habrá que buscarla en el Perú desde donde comenzó a infiltrarse a las provincias del norte y de allí poco a poco se extendió hacia el sur, sufriendo modificaciones a su paso debido a condiciones locales y diferencias étnicas de los pueblos entre los cuales se arraigaba. Indudablemente su menor desarrollo se observa entre los araucanos, pueblo más nuevo y más atrasado que los demás del país.

Hemos hablado de un cementerio antiguo que descubrimos en la vecindad de Tirúa. Estaba situado a la entrada de una quebrada, a medio kilómetro de la playa. Su existencia se notaba por una serie de pequeños montículos apenas perceptibles. Excavando en ellos descubrimos siete sepulturas de cistas, dos de las cuales las presentamos en las Figs. 5 y 6. Las lajas que formaban las cistas eran de piedra esquistosa, colocadas de canto. El largo de las sepulturas variaba entre 1.30 y 1.60 interiormente y es evidente que los cadáveres debían haberse colocado en ellas en posición ligeramente encogida, aunque siempre de espaldas.

Los restos humanos habían desaparecido, quedando únicamente al-

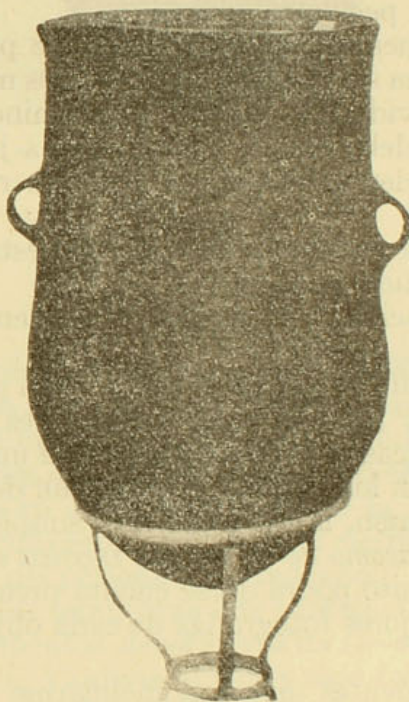


Fig. 14.—Angol

gunos fragmentos de los huesos grandes. Uno que otro objeto de piedra acompañaban los restos y en cada sepultura se hallaban a la cabecera, dos jarrones, algunos de los cuales estaban decorados. Hacia los pies, en tres de ellas se hallaron otros vasos, entre los cuales había dos platos y una taza o jarro de boca ancha, también decorados. Estas piezas son las que reproducimos en las Figs. 9 y 10 y los de la Fig. 11 son vasos sin decoración hallados en las mismas sepulturas.

Como se ve, ninguna de estas piezas presentan indicios de influencias

incaicas aunque el estilo de su decoración se compone de los mismos motivos que se observan en los que llevan dibujos de aquel origen.

Igual cosa nos pasó en Nielol, en Chol-Chol, en Traiguén, en Quepe y en otros puntos de la Araucanía, como se puede ver en las diferentes figuras de la Lám. XXXVIII que representan piezas procedentes de estos lugares.

Durante los últimos dos o tres años, el personal del Museo de Concepción se ha ocupado en las vacaciones, en hacer excavaciones en las antiguas sepulturas de la costa de Arauco, en Quidico y Tubul y sus investigaciones han producido resultados parecidos a los nuestros. Ultimamente se descubrió en una quinta, dentro del radio urbano de la ciudad de Concepción, un cementerio de la misma categoría pre-incaica que los que descubrimos.

El señor Carlos Oliver Schneider, conservador del museo, en una carta fechada en Marzo 28 de 1927 nos dió cuenta de este hallazgo y nos incluyó una fotografía de una parte de la alfarería decorada que se descubrió allí.

En este caso, por fortuna, algunos de los restos humanos quedaron en bastante buen estado de conservación y permitieron hacer un estudio preliminar de sus formas y peculiaridades.

El Sr. Oliver Schneider, refiriéndose a este punto, dice: "Los cráneos hallados acusan una subdolicocefalia y uno es mesaticéfalo, correspondiendo más bien a individuos bajos, con un término medio de 1.60 mt. de altura, individuos que debieron ser musculosos, a juzgar por el desarrollo de las inserciones, y buenos andadores, como lo revela el desarrollo del calcaneo."

La subdolicocefalia excluye la idea de que estos cráneos podrían ser de araucanos, cuyos índices pasan de 81.

Según la comunicación, "las tumbas se encuentran en dos filas paralelas, orientadas de N.E. a S.O."

Refiriéndose a la alfarería, dice la carta: "La alfarería hallada, en su mayor parte es blanca y roja. La ornamentación es formada por combinaciones simples geométricas de la línea roja, sobre un fondo blanco, y están situadas en las asas y en los golletes, a excepción de los platos. Los trazos son inseguros. En resumen, la estilización es simplemente geométrica.

"No hay el menor asomo de influencia incaica en el dibujo, por las fotografías que ahora remito podrá darse cuenta precisa de esto. Espero poder enviarle pronto mejores fotografías de cada objeto, así como los dibujos respectivos."

"Con estos antecedentes tuve que inclinarme a identificar los restos en cuestión como pertenecientes a la entidad étnica que poblaba estas regiones antes de la llegada de los mapuches, lo que está perfectamente de acuerdo con la conclusión tercera a que Ud. arriba en su monografía *Los elementos indígenas de la Raza Chilena*."

"A todo esto debo agregar que no se trata de una población que incidentalmente ocupó esta región de la ciudad, sino como lo han comprobado hallazgos anteriores, vivió no sólo en la ribera del Bío-Bío, sino también en las orillas del Andalién."

En la misma carta dice que el *corpus* de alfarería hallada en Concepción, Quidico, Tubul y el Andalién, es parecido y del mismo estilo.

Las piezas representadas en la fotografía son las que presentamos en la Lám. XXXVIII Figs. 5 a 8, y se nota que son todas análogas a las halladas por nosotros en Tirúa y otras partes, distinguiéndose de las de tipo incaico, por la falta absoluta de motivos que podrían atribuirse a las influencias de dicho arte.

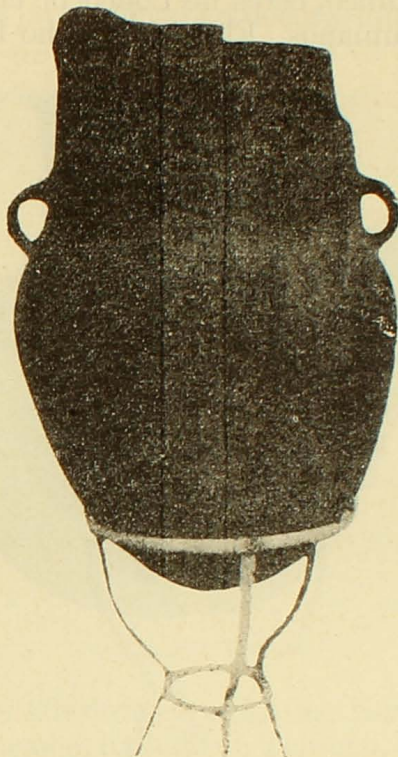


Fig. 15.—Angol

En la costa de Tirúa, a unos tres kilómetros al sur del primer cementerio, encontramos otro más moderno en cuyas sepulturas se hallaron no solamente vasos con dibujos de tipo incaico, sino también artefactos de manufactura europea, los que faltaron por completo en el primero. Dichas sepulturas se hallaban en orden disperso, sin la alineación común a las anteriores, y no se descubrieron en ellas ni el cierre de piedras ni las cistas que son características del período pre-araucano.

Al sur del Toltén las sepulturas que contienen esta clase de alfarería, con exclusión de los elementos decorativos incaicos, son mucho más abundantes, especialmente de Valdivia al sur, y más frecuentes en la región de la costa que en el interior. Posteriormente, sobre todo en la vecindad de las antiguas ciudades de Valdivia, Villarrica y Osorno, algunos lugares del Río Bueno y en otros puntos, aparece la decoración de tipo incaico. Es de creer que, con la conquista española, desapareció la costumbre de sepulturar los muertos en cistas, porque en ningún caso hemos podido comprobar el hallazgo en esta clase de entierro, de piezas de cerámica que ostentasen dibujos debidos a las influencias incaicas. Más aún, durante la colonia, se hizo común en esta región el sistema araucano de entierro en ataúdes de troncos ahuecados, antes desconocidos en la expresada región. Esto se debe al constante movimiento de las tribus consecuente con las guerras con-

tinuas y la inmigración a las provincias del sur de los indios que habitaban cerca de los establecimientos españoles de la costa de Arauco y de la frontera del Bío-Bío, comarcas constantemente amagadas por las tropas del rey.

Durante los trabajos del Ferrocarril del Sur, en un corte, entre las estaciones de la Paz y Lanco, cerca de Loncoche en la Provincia de Valdivia, se hallaron restos humanos. El señor Aurelio Díaz Meza hizo excava-

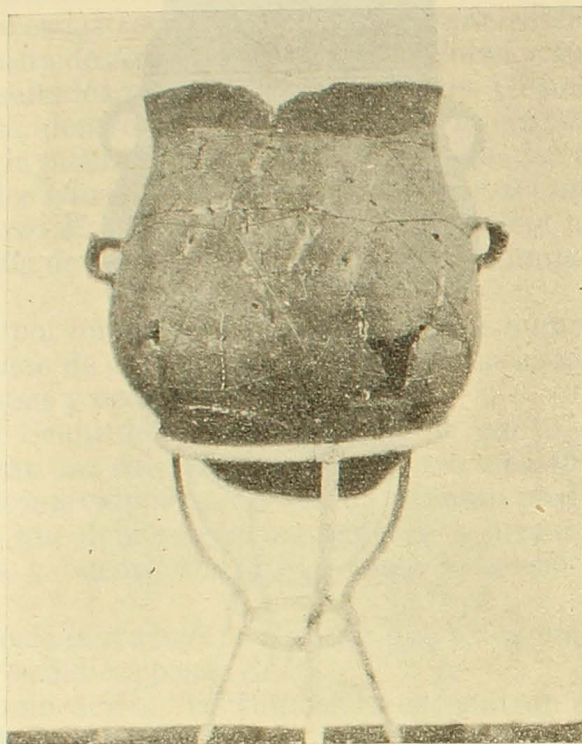


Fig. 16.—Nueva Imperial

ciones en el lugar y descubrió un extenso cementerio, del cual sacó y llevó a Santiago una gran colección de alfarería, decorada y sin decoración. La mayor parte de esta colección fué vendida al Museo de Etnología y Antropología donde actualmente existe.

Dicho cementerio debe haber estado en uso durante un período considerable, porque se encontraron en él, sepulturas y cerámica de las dos categorías descritas. Es evidente que se inauguró en tiempos preincaicos y continuó hasta después de la llegada de los españoles y la introducción de elementos decorativos del tipo incaico.

La alfarería es en gran parte sin decoración y la mayor parte de las piezas son jarros de diferentes formas y tamaños, y algunas tinajas grandes (Lám. XL).

Entre la alfarería pintada se notan dos tipos: las Figs. 1 a 4. Lám. XXXVIII, representan tipos preincaicos y las 1, 2, 3, de la Lám. XXXIX, piezas que demuestran influencias del arte de los incas. Entre estas últimas, llaman la atención los N.<sup>os</sup> 1 y 2, que son muy excepcionales por sus formas y diferentes de cualquiera otra pieza que hemos visto en la región.

La Fig. 1, en forma de anillo, con gollete levantado, tiene un diámetro exterior de 125 mm. y uno interior de 82 mm., siendo el diámetro de la boca 60 mm.

En San Juan de la Costa, se hallaron dos cementerios, descritos por Federico Philippi. En uno, toda la alfarería hallada fué preincaica y en el segundo, muchos de los jarros llevaban decoraciones típicamente incaicas.



Fig. 17.—Temuco

Existe una parte de esta alfarería en el Museo Nacional de Historia Natural. Otro jarro de tipo incaico, hallado en Temuco, es el que presentamos en las Figs. 1 y 2 de este capítulo.

La fotografía de la cual sacamos los dibujos, nos fué remitida por el Hermano Claude Joseph del Instituto San José de aquella ciudad, con la siguiente noticia: "Me permito remitirle dos fotografías de un jarro de greda encontrado hace años en Temuco, durante la abertura de un canal de regadío. Fueron hallados con él, según me aseguran unos empleados, 28 más, pintados de diferentes maneras. Como éstos fueron a parar a una agencia de Temuco se han vendido a turistas y queda solamente éste que fotografié para dárselo a conocer. Mide aproximadamente 35 centímetros de alto."

Dicho jarro presenta una novedad. Los triángulos que lo exornan, en vez de estar rellenos de líneas paralelas, con ciegos, es decir, enteramente pintados y circundados por otras líneas paralelas a sus lados. La decoración del gollete tampoco es muy común aunque la hemos visto en otras piezas. Consiste de una faja que rodea el cuello en el espacio dejado entre los dos extremos del asa. La faja está dividida horizontalmente por dos hileras de triángulos con una hilera de rombos colocados en el entremedio, todos pintados de un solo color. Los espacios romboidales dejados entre estas tres hileras de figuras llevan puntos en el centro. Esta combinación se halla en vasos preincaicos.

En ambos lados de la parte superior del cuerpo, se notan fajas verticales con los mismos dibujos y disposición. Debajo del asa se halla una tercera faja vertical, llena de triángulos dispuestos de tal manera que forman



cruces. Dichas fajas verticales y la decoración típica del asa, proclaman que el jarro es post-incaico.

La enlucidura del jarro es blanca y, al parecer, aunque la carta no lo dice, las decoraciones son negras.

El asa está ornamentada con triángulos opuestos, unidos por sus vértices en el estilo incaico, sólo en este caso no están todos colocados en el mismo sentido, como es usual, sino los de arriba verticalmente y los de abajo en sentido horizontal.

Aunque el conjunto de la decoración es del mismo estilo que en otros jarros, sin embargo, en sus detalles se observa un timbre especial que no es



Fig. 18.—Allipen

corriente, aunque no podemos decir que es exclusivo. Es lástima que se hayan perdido las demás piezas de esta colección, porque esto nos impide saber si dicho estilo fuese característico de toda ella y por consiguiente localizada o si se hallase solamente en esta pieza.

Otro jarro, bastante semejante al anterior, es el que presentamos en la Fig. 18. La fotografía que reproducimos, al igual de las presentadas en las Figs. 14, 15, 16 y 17, las debemos a la cortesía de Mr. D. S. Bullock, del Instituto Agrícola Bunster "El Vergel" Angol, entusiasta coleccionista de antigüedades con aficiones arqueológicas, quien tuvo la amabilidad de enviarnos estas y otras fotografías de parte de su colección.

El jarro en cuestión tiene una altura de 34 cm. Fué hallado en Allipen por algunos trabajadores en 1920, pero no sabemos las condiciones de

su hallazgo. Actualmente está depositado en el Museo de la Smithsonian Institution de Washington, junto con el N.º 17.

Está enlucido de blanco y los dibujos son rojos. El cuello está decorado con el mismo motivo que el jarro de Temuco, pero no lleva las fajas verticales que acusan influencias incaicas.

El cuerpo está exornado por hileras horizontales de triángulos invertidos ciegos, de un solo color y el asa lleva la misma decoración que el cuello, de rombos alternados blancos y rojos.

Aun cuando no conocemos las condiciones en que se halló esta pieza, creemos probable que sea preincaica, porque nada tiene que indique influencias de esa cultura.

La Fig. 14 representa una olla de forma alargada y base puntiaguda, hallada junta con la de la Fig. 15, en un cementerio antiguo descubierto en "El Vergel", cerca de Angol, y excavado por el Sr. Bullock. Tiene una altura de 60 m. por un diámetro máximo de 30 cm. Es de color obscuro, casi negro, pulida pero no enlucida. Lleva dos asas en forma de cinta y un reborde más grueso alrededor de la boca.

La compañera, Fig. 15, es de menor tamaño. Tiene 45 cm. de alto por 25 cm. de diámetro en la parte más ancha. Como la última, tiene una base puntiaguda, pero a la altura de las asas, ligeramente aplanadas, se estrecha algo para formar un cuello vertical, un poco más angosto que la parte inferior de la olla.

Otra olla de forma diversa, es la de la Fig. 16, hallada en el fundo de don José Chandler en Nueva Imperial. Tiene una altura de más o menos 45 cm. y un diámetro máximo de un poco más de 40 cm. La base es sub-cónica y a diferencia de las anteriores puede pararse perfectamente. Se estrecha algo debajo de la boca, para ensancharse en el vientre en cuya parte superior lleva dos asas tableadas con una protuberancia en cada una.

El jarro representado en la Fig. 17, es de un tipo bastante curioso. El cuerpo es globular y termina en un gollete ancho y vertical que se encorva hacia afuera en la boca. La base del cuello está rodeada por dos líneas paralelas incisas, pero lo que más llama la atención es una especie de mango que sale de un costado que termina en una cabeza de animal con el hocico y los ojos en relieve. Este vaso tiene una altura de 16  $\frac{1}{4}$  cm. Fué descubierto en un cementerio antiguo de Temuco. No poseemos mayores datos respecto de su hallazgo, y como no conocemos otra pieza parecida, no avanzamos ninguna hipótesis respecto de la época de su fabricación.

Las piezas 14, 15, 16 existen actualmente en la colección del Sr. Bullock, quién nos informa que está efectuando una serie de excavaciones sistemáticas en el cementerio de "El Vergel", de donde ha extraído ya diez esqueletos y varios vasos decorados.

Entre éstos se encontró el jarró más grande de los que aparecen en la Fig. 19. Tanto éste, como el jarro más pequeño de la misma fotografía, hallado en Nueva Imperial presenta una novedad. El borde del cuello y el asa llevan un mosaico de pedacitos de piedra embutidas en la greda, en los bordes en hilera y en las asas en forma de cruz. Los jarros son de los tipos corrientes en toda la zona en época preincaica, siendo los de tiempos posteriores, en general, más cortos de cuello y más abultados de recipiente.

Este estilo de decoración se encuentra ocasionalmente, hasta en tiempos post-españoles, y hemos visto un vaso en Osorno con pedacitos de loza de fabricación europea incrustados en la greda, de la misma manera.

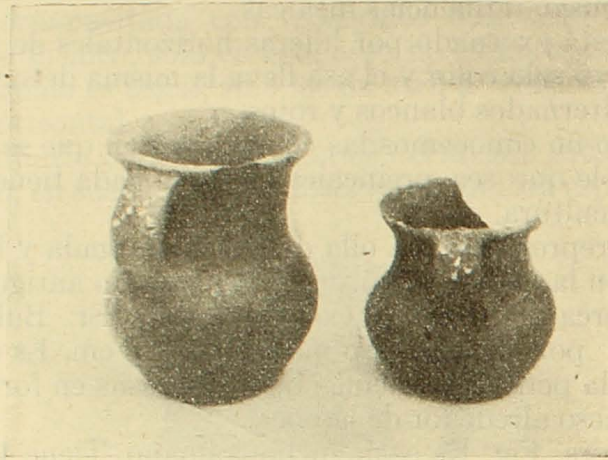


Fig. 19.—Angol y Nueva Imperial

Una comparación de los motivos fundamentales de la decoración de toda esta clase de alfarería, tanto la preincaica como la que lleva dibujos derivados del arte incaico, con los de la ornamentación del período de las influencias chinchas, en las provincias centrales, demuestra que son idénticos. En las provincias australes no se encuentra un solo motivo que no se repita constantemente en las del norte del Maule y aun las combinaciones de los elementos son iguales o parecidas. A la vez, se puede observar que, mientras más se avanza hacia el sur, menos son los elementos decorativos que se usan, siendo muy restringidos en número al sur del Bío-Bío.

La gran diferencia entre la alfarería de una y otra región no estriba en la decoración, sino en la diversidad de las formas. En las de las provincias meridionales los platos casi desaparecen y, en cambio, aumenta enormemente el número de los jarros. Aparecen también los grandes botellones o tinajas de cuello angosto, tipo desconocido más al norte. Las ollas son igualmente escasas en la antigua alfarería, aunque aparecen en la alfarería araucana moderna.

Los jarros son de las más diversas formas. Algunos llevan asas tableadas en forma de cinta, otros las tienen redondeadas. Este último tipo de asa con frecuencia tiene una protuberancia en la parte superior y algunas tienen dos, (Lám. XL. Figs. 5, 6, y 7). Los que aparecen en las sepulturas post-incaicas tienen a menudo formas angostas y alargadas (Figs. 1, 2, 4 y 6, Lám. XL), que también, con toda probabilidad fueron introducidos por los yanacanas peruanos, porque son extraños al estilo nacional.

Hay algunos tipos que no sabemos si son locales o si han sido importados de otras partes como sospechamos, porque la única región donde hemos encontrado parecidos es en la zona atacameña, donde vemos otros análogos, (Fig. 12. a, b, c).

Hemos hablado de los jarros patos hallados en otras regiones. En las provincias australes, también se hallan, y se siguen fabricando aun hoy,

entre los indios del sur del Toltén. Son de un tipo distinto de los de más al norte, y suelen llevar dos tetas en el pecho, como en el ejemplar que presentamos en la Fig. 13, que se encuentra en el museo de Etnología y Antropología de Chile.

Todavía se fabrica este tipo, usándolos en sus rogativas los indios. El Padre Augusta, en su *Diccionario Araucano-Español*, bajo la voz *kütru metawe* dice, el cántaro *kütru*. Su forma es más o menos la del cuerpo de un pato con el cuello. El asa lo tiene en la parte espaldar del mismo cuello. En la parte trasera arriba se distingue un canto sobresaliente que se llama *kelen* (cola), y en el medio del pecho unas tetitas llamadas *moyo*. El fondo para sentarlo sobresale en el centro del vientre.”

Hoy, los araucanos continúan fabricando algunos de los antiguos tipos de alfarería, pero el arte de pintarlos se ha perdido, y las piezas que hacen son puramente domésticas con uno que otro vaso, como los jarros patos usados en sus ritos y ceremonias religiosas.

Los principales tipos que se conocen en la actualidad llevan los siguientes nombres entre los araucanos:

*Metawe*, jarro con asas.

*Pichi-metawe*, pequeño jarro con asas.

*Mesen*, jarro grande sin asas en que llevan el agua a la casa y también sirve para guardar la chicha. Para transportarlo hacen una armadura de *boqui* (planta enredadera) y con una trenza suspendida de la frente lo llevan cargado en la espalda.

*Challa*, la olla.

*Meñkuwe*, tinaja grande, con cuello angosto.

*Wiwif*, vaso en forma de botella con cuello largo y angosto y cuerpo chato y redondo.

*Siseñ o siculla*, fuentecita redonda sin asas, plato o puco.

*Yuwe*, taza con una sola asa.

*Kütru metawe*, jarro pato.

*Chinqued*, tortera de greda.

*Kütra*, pipa de fumar.

Sólo muy ocasionalmente se halla en esta zona alfarería grabada y es igualmente escasa la modelada en formas zoomorfas o antropomorfas, a excepción de los jarros patos de que hemos hecho mención.

El estudio de la alfarería de esta región es muy interesante, porque nos ayuda a descifrar el problema étnico y establece la antigua continuidad cultural interrumpida por la intrusión del elemento llamado araucano.

---

## CAPITULO XV

### LA ALFARERIA INCAICA.

---

En el curso de este estudio hemos tenido ocasión de referirnos, a menudo, a las influencias incaicas, que se notan en las provincias del norte y centro del país y aun en las australes.

Dichas influencias son indiscutibles y típicas y se observan especialmente en la alfarería. Este hecho, conjuntamente con la evidencia histórica de la conquista y ocupación de todo el Norte y Centro de Chile por los ejércitos del Inca, motivó la creencia de que toda la cultura notada entre los indígenas del país a la llegada de los españoles, se debía a dicha civilización. Todavía hay autores que sostienen tales opiniones, aunque hoy deben desecharse en vista de las investigaciones modernas.

Las principales razones para rechazar semejantes teorías las hemos detallado en los capítulos anteriores y no tenemos para qué volver sobre este terreno.

En el último período prehispánico, es indudable que, desde el Cacha-poal al norte, los incas conquistadores dejaron muchos vestigios de su ocupación y éstos son quizá más patentes en la alfarería que en ninguna otra industria o clase de artefactos.

Al sur del río nombrado, escasean los restos de tal origen y, si al sur del Bío-Bío los hallamos nuevamente, son, con toda seguridad, post-españoles, debiéndose a los motivos expresados más atrás.

En el último capítulo indicamos cuales fueron los principales elementos incaicos encontrados en la alfarería de las provincias australes, que fueron ciertos dibujos típicos hallados en las asas de los jarros, algunas fajas decoradas verticales en los cuerpos de los mismos y ocasionalmente en vasos de otra forma.

En las provincias centrales y septentrionales, los restos de dicha civilización son más abundantes y se ven no sólo en la decoración, sino también en las formas de los vasos, los que son iguales o muy parecidos a otros del Cuzco. Entre ellos, los más comunes son los aribalos o jarros de base cónica, asas colocadas en la parte inferior de la vasija, cuello angosto, con un botón, que frecuentemente imita la cabeza de un puma, colocado

cerca de la base del gollete. El cuello de dichos jarros tiene, muchas veces, un borde ancho y horizontal, del cual penden dos orejitas, a menudo perforadas. Figs. 1 y 2.

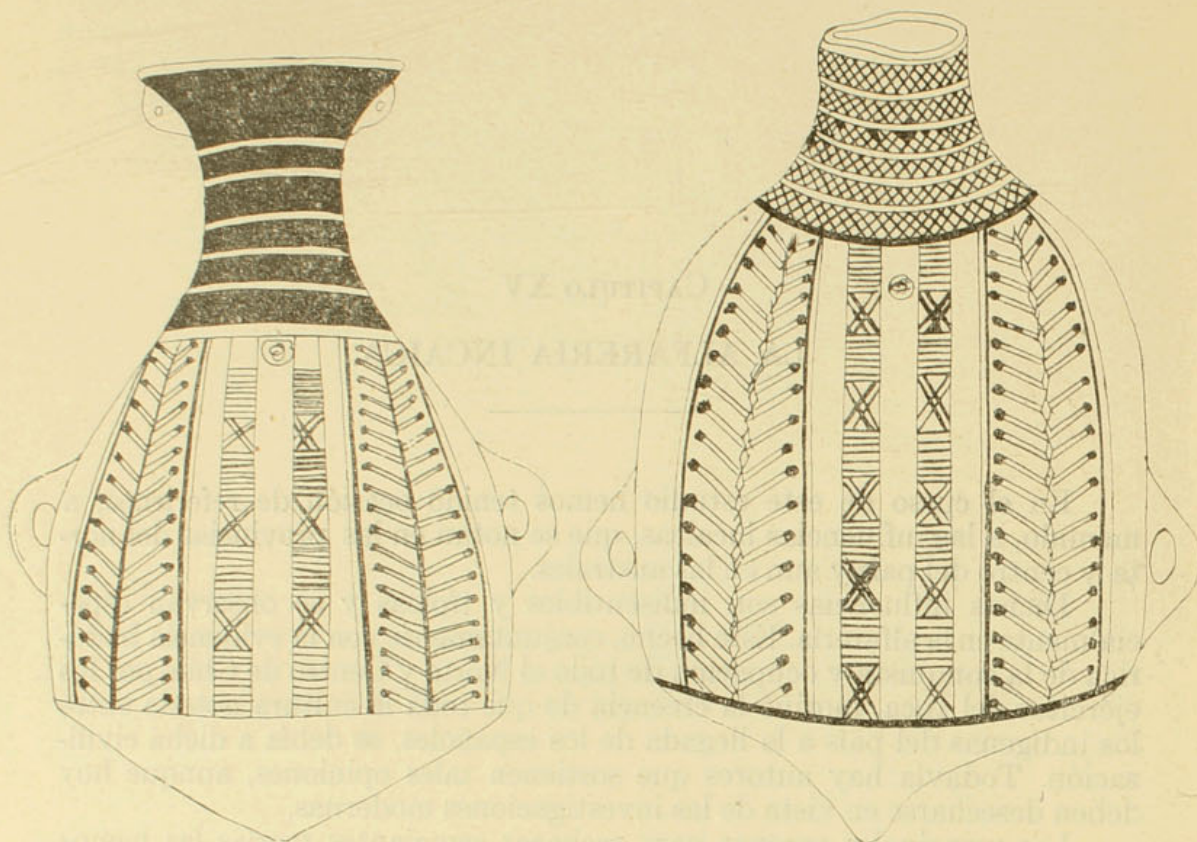


Fig. 1.—Freirina

Fig. 2.—La Serena

Muchos de los cantaritos de este estilo deben haberse fabricado por los incas mismos, porque no sólo la forma, sino los motivos de su decoración son esencialmente peruanos. Otros fueron, con toda seguridad, confeccionados por los indígenas chilenos, imitando la forma incaica, pero aplicando a sus productos, ornamentaciones del estilo nacional, como los hallados en Caldera, y representados en las Figs. 3 y 4.

Otra forma típica que se halla de cuando en cuando en las mismas provincias, es la ollita con pie, con o sin asa horizontal, del tipo de la hallada en Cerrillos, valle de Copiapó, reproducida en la Fig. 5. Son casi siempre de color negro, pero las hemos visto de color rojo ladrillo y sin enlucir. Sólo una hemos conocido con tapa. No sabemos si en las demás, la tapa se ha destruído o si se fabricaban sin ella.

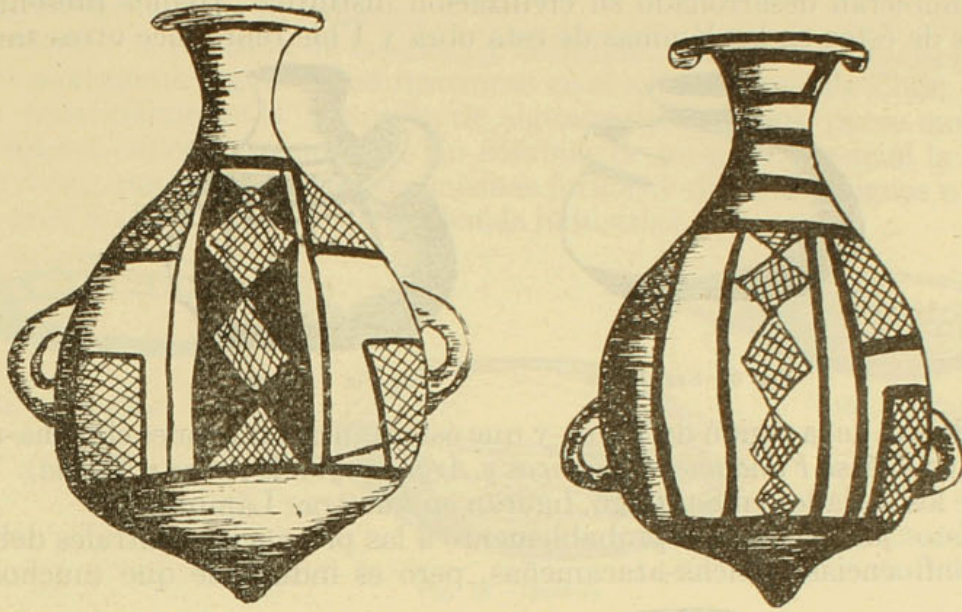
Algunas de estas clases de ollitas no llevan asas y quizá ella serán las más comunes, a lo menos son las que con más frecuencia se ven en las colecciones.

Los jarritos chatos, de base ancha y cuello angosto, Figs. 6 y 7, son también bastante comunes, y se hallan decorados o simplemente enlucidos.

• Otros jarros de cuello angosto, pero más largo que en las anteriores, también se hallan frecuentemente. En general tienen un cuerpo achatado

u ovalado, a veces con base sub-cónica, pero a menudo con asentadera ancha y plana, Figs. 8 y 9.

Los platos con asas horizontales y planas o con protuberancias laterales, como cola de pato, que las reemplazan, son muy comunes en las pro-



Figs. 3 y 4.—Caldera

vincias diaguitas, aunque más raras en las del centro del país. Algunas veces son francamente ornitomorfas y llevan en un lado una cabeza de ave y en el otro la cola. Suele reemplazarse la cabeza por un botón colocado en el extremo del cuello. Tales platos generalmente llevan una decoración interior compuesta de dibujos típicos del arte incaico, Figs. 10, 11 y 12.

En la vecindad de Santiago se han encontrado unos jarros de gran ta-

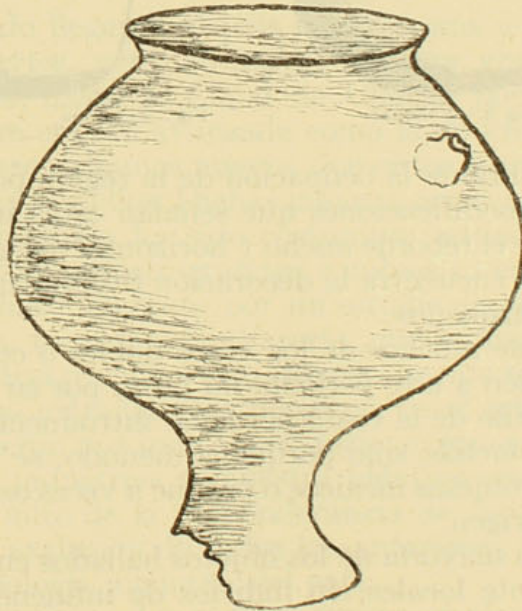


Fig. 5.—Cerrillos.

maño, de base sub-cónica, del tipo que algunos autores argentinos llaman pseudo-apodos y suponen derivados de los aribalos. No participamos de esta opinión, por cuanto un tipo muy semejante figura en la alfarería del norte del país muchos siglos antes de la llegada de los incas, y aun antes que ellos hubieran desarrollado su civilización distintiva. Hemos presentado varios de éstos en las láminas de esta obra y Uhle reproduce otros tantos

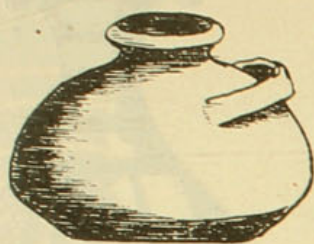


Fig. 6.—San Felipe



Fig. 7.—Paine

procedentes de la región de Tacna y que ostentan decoraciones chincha-atacameñas (Véase *Fundamentos étnicos y Arqueología de Arica y Tacna*). Varios de los hallados en Santiago, figuran en nuestras Láminas.

Estos jarros llegaron probablemente a las provincias centrales debido a las influencias chincha-atacameñas, pero es indudable que muchos de

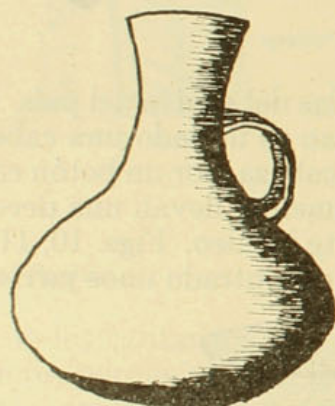


Fig. 8.—Vallenar

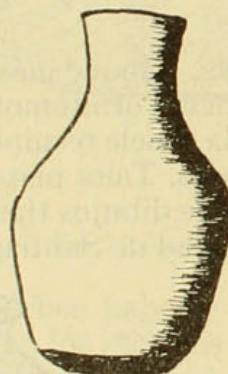


Fig. 9.—Ocoa

ellos se fabricaban durante la ocupación de la región por los incas, porque han sufrido ciertas modificaciones que señalan estas influencias, como el botón en el costado y el reborde ancho y horizontal del gollete y sobre todo, porque en algunos se encuentra la decoración fitográfica tan característica de ciertos aribalos cuzqueños.

Es indudable que muchos de los vasos dobles o con dos golletes, deben atribuirse también a este período, no tanto por su forma, que es más bien derivada del estilo de la costa peruana, introducida durante la época de las influencias chinchas, sino porque, a menudo, se han encontrado en sepulturas con otros objetos incaicos o porque a veces ostentan una decoración que indica tal origen.

Muchas veces la mayoría de los objetos hallados en una sepultura son de tipos esencialmente locales, sin indicios de influencias extrañas, pero la inclusión entre ellos de alguno o algunos con el sello característico de la



civilización del Cuzco, denota que pertenecen a la época de la ocupación de los incas y que todo el ajuar debe atribuirse a dicho período.

Este hecho dificulta la clasificación de las piezas aisladas que se encuentran tan a menudo en las colecciones particulares, sin saber nada de las condiciones de su hallazgo.

Aunque la invasión de los incas y las influencias de su contacto inmediato produjeron algunas modificaciones en el arte alfarero de Chile, estas eran principalmente la adopción de algunos tipos y unos pocos motivos decorativos antes desconocidos, sin cambiar de un modo esencial la cerámica local, que continuó con sus mismas formas y dibujos antiguos e igual cosa pasó en los artefactos de las demás industrias.



Fig. 10.—Santiago

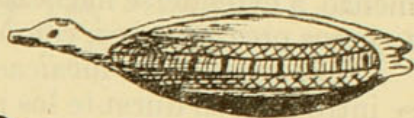


Fig. 11.—Caldera

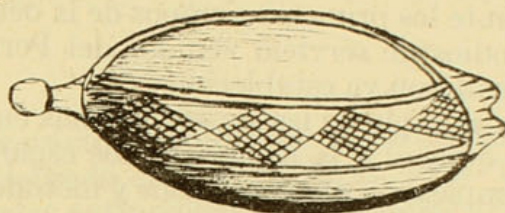


Fig. 12.—Quillota

Por eso hemos protestado y protestamos aún, contra la opinión difundida por los antiguos historiadores y escritores y aun sostenida por algunos que no han podido desprenderse de ella y que suponen que todo el adelanto y arte de los indígenas prehispánicos de Chile como introducido por los incas y no se cansan de repetirlo.

Todas nuestras investigaciones, lo mismo que las de Uhle, Oyarzún, Capdeville, Santa Cruz y otros demuestran la falsedad de semejante concepto.

Los incas cuando llegaron al país hallaron una cultura desarrollada; no igual a todas partes, pero, en mayor o menor grado, practicada por todos los habitantes, hasta el Canal de Chacao por el sur. En muchos respectos esta cultura era tan avanzada como la de los incas y éstos, cuando mucho, introdujeron algunos nuevos elementos y una mejor política en las regiones ocupadas por ellos. Dichas mejoras no eran tan trascendentales ni tan universales como ha sido costumbre estimarlo y las nuevas influencias no lograron producir grandes cambios ni en las costumbres ni en el arte. Esto se hace aparente por un estudio de las láminas presentadas que demuestran, tocante a la alfarería, que la mayor parte de ella es preincaica, que su desarrollo ha sido principalmente nacional y aun local y que las influencias extrañas más decisivas en el arte son las chinchas, las cuales se difundieron por todo el territorio en épocas preincaicas. El estudio de las demás industrias demuestra idéntica cosa respecto de ellas e insistir hoy en el mito de la preponderancia de las influencias incaicas con exclusión o casi exclusión de todas las anteriores, es desconocer completamente la arqueología moderna del país.

Si en vez de incaico, estos autores usasen el término peruano, estarían dentro de lo cierto, porque a excepción de algunas influencias venidas

de la región diaguita-argentina, es indiscutible que el arte alfarero de los indígenas chilenos originó en las antiguas culturas del Perú, aunque en épocas muy anteriores a la de los incas. Como hemos observado más atrás, la alfarería más antigua a que se puede asignar una fecha aproximada, aparece en las provincias del norte, durante el período clásico de la civilización de Tiahuanaco, probablemente por el siglo sexto de la era cristiana. Hasta ahora, no se ha descubierto en el país una cerámica a que se pueda atribuir una mayor antigüedad, pero desde ese momento, el desarrollo del arte ha sido continuo y constante, extendiéndose lentamente hacia el sur. En la región al sur del Maipo, no parece haberse arraigado antes del período de las influencias chinchas, en todo caso, después del siglo X, época en que comenzó a extenderse hacia las provincias australes, donde lo hallamos en los tiempos prearaucanos, como se prueba en el último capítulo.

Las influencias incaicas llegaron mucho después y en el sur del país se introdujeron durante los primeros tiempos de la ocupación española, llevadas allí por los indios de servicio venidos del Perú o de las provincias del norte, donde se hallaron ya establecidos.

De esta manera se explican las supervivencias en las industrias de los actuales araucanos, quienes a la llegada de los españoles no practicaban dichas artes o bien empleaban otros modelos y métodos.

En el arte indígena de las provincias centrales y septentrionales en el tiempo de la conquista española, todavía perduraban algunos de los motivos de las culturas de Tiahuanaco y de los chinchas, modificados por los cánones locales, pero siempre aparentes. Persistían a pesar del arte nuevo aportado por los incas, el cual, por otra parte, originó en los mismos motivos fundamentales, aunque se desarrolló de una manera distinta. La igualdad de su origen hizo fácil la adaptación de ciertos elementos del arte incaico en la industria nacional y especialmente en la decoración, pero aun así, fueron generalmente combinados con otros locales y raras veces empleados solos por los indígenas chilenos.

En resumen, se puede decir que la alfarería indígena chilena, aunque dividida en una serie de estilos locales y épocas sucesivas, lleva un sello propio que la distingue de las naciones colindantes del norte y oriente, a pesar de derivar originalmente sus principales motivos decorativos de ellas.

Muchas de las observaciones que hemos hecho, respecto de la alfarería chilena, especialmente las referentes a la región diaguita y la que se halla al norte del Cachapoal, son igualmente aplicables a la cerámica del Noroeste Argentino, donde el arte, al parecer, se debe a las mismas influencias sucesivas que hemos encontrado en esta banda.

Tal semejanza se puede observar por quienquiera que hojee las publicaciones arqueológicas que han visto la luz durante los últimos treinta años en la vecina república. Los trabajos de Moreno, Quiroga, Liberani, Boman, Ambrosetti, Lafone-Quevedo, Outes, Bruch, y otros, todos traen grabados de alfarerías que comprueban este aserto y no cabe duda de que las culturas de uno y otro lado de la cordillera han estado en íntimo contacto y fueron modificadas por las mismas influencias.

---

## BIBLIOGRAFIA

---

- 1.—AGUIAR, DESIDERIO SEGUNDO.—*Los Huarpes*. Congreso Científico latino-americano, celebrado en Buenos Aires. 1898. Tomo V. Trabajos de la 4.<sup>a</sup> sección (Ciencias antropológicas y sociológicas) Buenos Aires. 1900. pp. 283-298.
- 2.—AMBROSETTI, JUAN B.—*Notas de Arqueología Calchaquí*. Bol. del Inst. geográfico argentino. Buenos Aires. Tomo XVII. 1899.
- 3.—AMBROSETTI, JUAN B.—*Rastros etnográficos comunes en Calchaquí y México*. Anales de la Soc. Científica Argentina. Buenos Aires. T. LI, 1901.
- 4.—AMBROSETTI, JUAN B.—*El sepulcro de la Paya*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. T. VIII. (3.<sup>a</sup> serie. T. I) 1902.
- 5.—AMBROSETTI, JUAN B.—*Antigüedades calchaquíes, Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy*. Anales de la Soc. Cient. Argent. Buenos Aires. T. LII, LIII y LIV. 1901 a 1902.
- 6.—AMBROSETTI, JUAN B.—*Apuntes sobre la arqueología de la Puna de Atacama*. Rev. del Museo de La Plata. T. XII. 1905.
- 7.—AMBROSETTI, JUAN B.—*Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande*. Facultad de Filosofía y Letras, publicaciones de la sección antropológica, N.º 1. Buenos Aires. 1906.
- 8.—AMBROSETTI, JUAN B.—*Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*. 2 tomos. Fac. de Filos. y Let. Pub. de la secc. antrop. N.º 3. Buenos Aires, 1907 y 1908.
- 9.—AMBROSETTI, JUAN B.—*Los pucos pintados de rojo sobre blanco del valle de Yocavil*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. T. IX (Serie 3.<sup>a</sup> T. II) 1903.
- 10.—AMEGHINO, FLORENTINO.—*La Antigüedad del Hombre en el Plata*. París y Buenos Aires. 2 vols, 1880-1881.
- 11.—BAESSLER, ARTHUR.—*Ancient Peruvian Art. Contributions to the Archaeology of the Incas*. Berlín y New York. 1900 1903.
- 12.—BAMPS, ANATOLE.—*Les antiquités équatoriennes du Musée royal d'antiquités de Bruxelles*. Congrès international des Américanistes. Bruxelles 1879. T. II, con un atlas.

13.—BANDALIER, ADOLP. F.—*The Islands of Titicaca and Koati*. New York. 1910.

14.—BASTIAN, ADOLF.—*Die Culturlander des alten Amerika*. Berlín. 1878-1889. 3 vols.

15.—BERTHON, PAUL.—*Etude sur le précolombien du Bas-Perou*. *Nouvelles Archives des Missions scientifiques et littéraires*. París, nouvelle serie, fasc. 4. 1911.

15.—BINGHAM, HIRAM.—*Types of Machu Picchu Pottery*. *American Anthropologist*. New Series, T. XVII. Lancaster. 1917.

16.—BINGHAM, HIRAM.—*The Ruins of Espiritu Pampa, Perú*. *Misma Rev.* T. XVI. Lancaster. 1914.

17.—BINGHAM, HIRAM.—*The Inca peoples and their culture*. Congress of Americanists, Washington. 1917.

18.—BOLLAERT, WILLIAM.—*Antiquarian, ethnological and other researches in New Granada, Equador, Perú, and Chile*. Londres. 1860.

19.—BOLLAERT, WILLIAM.—*On the ancient or fossil pottery found on the shores of Equador*. *Publications of the Anthropological Society of London*. Vol. III. Londres. 1870.

20.—BOMAN, ERIC.—*Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. París. 1908. 2 vols.

21.—BOMAN, ERIC.—ET GRESBELIN, HECTOR.—*Alfarería de estilo draconiano de la región diaguita (República Argentina)* Buenos Aires. 1923.

22.—BOMAN, ERIC.—*Las ruinas de Tinti en el valle de Lerma (Provincia de Salta)*. *Anales del Museo de Historia Natural de Buenos Aires*. T. XXVIII. 1916.

23.—DEBENEDETTI, SALVADOR.—*Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la Isla de Tilcara (Quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy)* Facultad de Filosofía y Letras. Pub. de la Sección antropológica. N.º 6. Buenos Aires. 1910.

24.—DEBENEDETTI, SALVADOR.—*Noticia sobre un cementerio indígena de Baradero*. *Rev. de la Universidad de Buenos Aires*. T. XIII. 1911.

25.—DEBENEDETTI, SALVADOR.—*Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región Noroeste Argentina. (Nota preliminar)*. *Misma Rev.* T. XVII. 1912.

26.—DEBENEDETTI, SALVADOR.—*Resultados generales sobre la arqueología de los valles preandinos de la Provincia de San Juan*. Tucumán. 1916.

27.—DEBENEDETTI, SALVADOR.—*Los yacimientos arqueológicos occidentales del valle de Famatina (Provincia de la Rioja)* *Physis*. Buenos Aires. T. III. 1917.

28.—DEBENEDETTI, SALVADOR.—*Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos*. *Rev. de la Universidad de Buenos Aires*. Tomos XXXII y XXXIV. 1917.

29.—EWBANK, THOMAS.—*A description of the Indian antiquities brought from Chile and Perú by the U. S. naval astronomical Expedition*. The U. S. naval astronomical Expedition to the southern Hemisphere during the years 1849-1850-1851-1852. Lieut. J.M. Gillis, superintendent. Washington. Vol. II. Appendix E. 1855.

30.—JIJÓN Y CAAMAÑO J. Y LARREA, CARLOS M.—*Un cementerio in-*

*cásico en Quito y notas acerca de los incas en el Ecuador.* Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria. T. XX, Quito 1918.

31.— JIJÓN Y CAAMAÑO, J.—*Artefactos prehistóricos de Guayas.* Bol. de la Soc. ecuatoriana de estudios históricos americanos. T. I. Quito. 1918.

32.— JIJÓN Y CAAMAÑO, J.—Contribución al conocimiento de los aborígenes de Imbabura en la República de Ecuador. Madrid. 1918.

33.— JIJÓN Y CAAMAÑO, J.—*Puruha.* Bol. de la Academia Nacional de Historia. T. IV. Quito. 1922.

34.— GONZÁLEZ SUÁREZ, FEDERICO.—*Estudio histórico sobre los Cañaris, antiguos habitantes de la provincia de Azuay en la República de Ecuador.* Quito. 1878.

35.— GONZÁLEZ SUÁREZ, FEDERICO.—*Historia general de la República de Ecuador.* 7 tomos y un atlas arqueológico. Quito. 1890 a 1903.

36.— GONZÁLEZ SUÁREZ, FEDERICO.—*Prehistoria ecuatoriana. Ligeras reflexiones sobre las razas indígenas que poblaban antiguamente el territorio actual de la República del Ecuador.* Quito. 1904.

37.— GONZÁLEZ SUÁREZ, FEDERICO.—*Los aborígenes de Imbabura y del Carchi. Investigaciones arqueológicas sobre los antiguos pobladores de las provincias del Carchi y de Imbabura en la República del Ecuador.* Con un atlas arqueológico. Quito. 1910.

38.— GUEVARA, TOMÁS.—*Folklore Araucano. Refranes, cuentos, cantos, procedimientos industriales, costumbres prehispanas.* Santiago de Chile. 1911.

39.— GUEVARA, TOMÁS Y OYARZÚN, AURELIANO.—*El tabaco y las pipas prehispanas en Chile.* Actas del XVII Congreso de Americanistas. Buenos Aires. 1912.

40.— JOYCE, THOMAS A.—*South American Archaeology.* London. 1912.

41.— HOLMES, WILLIAM H.—*Aboriginal Pottery in the Eastern United States.* Twentieth annual report of the Bureau of American Ethnology, of the Smithsonian Institution. Washington. 1903.

42.— HOUGH, WALTER.—*The Ancient Central and South American Pottery in the Columbian Historical Exposition at Madrid, in 1892.* Report of the United States commission to the Columbian Historical Exposition at Madrid 1892-1893. Washington. 1895.

43.— HUTCHINSON, THOMAS J.—*Two years in Perú, with exploration of its antiquities.* 2 vols. London. 1873.

44.— LAFONE QUEVEDO, SAMUEL A.—*Catálogo descriptivo e ilustrado de las Huacas de Chañar-Yaco (Provincia de Catamarca)* Rev. del Museo de La Plata. T. III. 1892.

45.— LAFONE QUEVEDO, SAMUEL A.—*Viaje arqueológico en la región de Andagalá.* Misma Revista. T. XII. 1916.

46.— LAFONE QUEVEDO, SAMUEL A.—*Tipos de alfarería en la región diaguita-calchaquí.* Misma Revista. T. XV. ("2.<sup>a</sup> serie T. II") 1908.

47.— LEJEAL, LEÓN.—*La collection de M. de Sartiges et les "aryballes" peruvians de Musee ethnographique du Trocadero.* International Congress of Americanists. 13.<sup>a</sup> Sesión. New York. 1902. Easton. 1905.

48.— MORENO, FRANCISCO P.—*Exploración arqueológica de la Provincia de Catamarca.* Rev. del Museo de La Plata. T. I. 1890-1891.

- 49.—NORDENSKIOLD, ERLAND.—*Ethnographische und archäologische Forschungen im Grenzgebiet zwischen Perú und Bolivia. 1904-1905.* Zeitschrift für Ethnologie. T. XXXVIII. Berlín. 1906.
- 50.—NORDENSKIOLD, ERLAND.—*Sudamerikanische Rauchpfeifen.* Globus. Braunschweig. T. XCIII. 1908.
- 51.—NORDENSKIOLD, ERLAND.—*Archäologische Forschungen in bolivianischen Flachland.* Zeitschrift für Ethnologie. T. XLII. Berlín. 1910.
- 52.—NORDENSKIOLD, ERLAND.—*Indianlif.* Stockholm. 1910.
- 53.—NORDENSKIOLD, ERLAND.—*De Sudamerikanska Indianernas Kulturhistoria.* Stockholm. 1911.
- 54.—NORDENSKIOLD, ERLAND.—*Die ostliche Ausbreitung der Tiahuanacokultur in Bolivien und ihr Verhältnis zur Aruakkultur in Mojos.* Zeitschrift für Ethnologie. T. XLIX. Berlín. 1917.
- 55.—OUTES, FÉLIX F.—*Alfarerías del Noroeste Argentino.* Anales del Museo de La Plata. 2.<sup>a</sup> serie. T. I. 1907.
- 56.—OUTES, FÉLIX F.—*Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba.* Revista del Museo de La Plata. T. XVII. ( 2.<sup>a</sup> serie T. IV). 1910-1911.
- 57.—POSNANSKY, ARTURO.—*Guía para el visitante de los monumentos prehistóricos de Tiahuanacu e islas del Sol y la Luna (Titicaca y Koati)* La Paz. 1910.
- 58.—POSNANSKY, ARTURO.—*Razas y monumentos prehistóricos del altiplano andino.* Cuarto Congreso Científico (Primero Pan-Americano) T. XI. Santiago de Chile. 1911.
- 59.—POSNANSKY, ARTURO.—*El signo escalonado en las ideografías americanas con especial referencia a Tiahuanacu.* International Congress of Americanists. Londres 1912. Tomo II.
- 60.—QUIROGA, ADÁN.—*El simbolismo de la cruz y el falo en Calchaquí.* Boletín del Instituto Geográfico Argentino. T. XXX. Buenos Aires 1898.
- 61.—QUIROGA, ADÁN.—*La Cruz en América.* Buenos Aires. 1901.
- 62.—QUIROGA, ADÁN.—*Ruinas de Anfama. El pueblo prehistórico de la Ciénaga.* Bol. del Inst. Geog. Argent. T. XX. Buenos Aires. 1899.
- 63.—REISS, W. STUBEL, A.—*Das Todtenfeld von Ancon in Peru. Ein Beitrag zur Kenntniss der Kultur und Industrie des Inca-Reiches.* 3 tomos. Berlín. 1880-1889.
- 64.—RIVERO, MARIANO EDUARDO DE, Y TSCHUDI JUAN DIEGO DE. *Antigüedades Peruanas.* con un atlas. Viena. 1851.
- 65.—SAVILLE, MARSHALL H.—*The antiquities of Manabí, Ecuador Contributions to South American Archaeology.* The George Heye Expedition. 2 vols. New York. 1907 y 1910.
- 66.—SAVILLE, MARSHALL H.—*Archaeological researches on the coast of Esmeraldas, Ecuador.* Verhandlungen des XVI Amerikanisten Kongresses Wein. 1908. T. II. Viena y Leipzig. 1910.
- 67.—SQUIER, E. G.—*Perú, incidents of travel and exploration in the land of the Incas.* New York and London. 1877.
- 68.—TELLO, JULIO.—*Introducción de la Historia antigua del Perú.* Lima. 1921.
- 69.—TELLO, JULIO.—*Wira Kocha.* Inca, Rev. trimestral de estudios antropológicos. Vol. I. N.<sup>os</sup> 1-3. Lima. 1923.

70.—TELLO, JULIO.—*Los antiguos cementerios del valle de Nasca*. Proceedings of the second Pan-American Congress. 1916. Section I, Anthropology. Vol. I. Washington 1917.

71.—TELLO, JULIO.—*El uso de las cabezas humanas artificialmente momificadas y su representación en el antiguo arte peruano*. Lima. 1918.

71 (bis.)—TORRES, LUIS MARÍA.—*Exploración arqueológica al sur de San Carlos, Provincia de Mendoza, Noticia preliminar*. Revista del Museo de La Plata. T. XXVII. Buenos Aires. 1923.

72.—UHLE, MAX.—*Kultur und industrie südamerikanischen Volker, nach des Museums für Völkerkunde zu Leipzig befindlichen Sammlungen von A. Stübel, W. Reiss und B. Koppel*. 2 vols. Berlín. 1889-1890.

73.—UHLE, MAX. Y STÜBEL.—*Die Ruinenstätte von Tiahuanaco*. Breslau. 1892.

74.—UHLE, MAX.—*Pachacamac*. Philadelphia. 1896.

75.—UHLE, MAX.—*Los Kjoekkenmoedings del Perú*. Revista Histórica. T. I. I.º trimestre. Lima. 1906.

76.—UHLE, MAX.—*La posición histórica de los aymarás en el antiguo Perú*. El Tiempo. Junio 21 de 1910. La Paz.

77.—UHLE, MAX.—*Los Orígenes de los Incas*. Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas. Buenos Aires. 1912.

78.—UHLE, MAX.—*Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina*. Mismas Actas.

79.—UHLE, MAX.—*The Nazca Pottery of Ancient Perú y The Davenport collection of Nazca and other Peruvian Pottery por Edward K. Putnam*. Proceedings of the Davenport Academy of Sciences. Vol. XIII Davenport. 1914.

80.—UHLE, MAX.—*Die Muschelhügel von Ancon, Perú*. Proceedings of the XVIII International Congress of Americanists. London. 1912.

81.—UHLE, MAX.—*Die Ruinen von Moche*. Journal de la Société des Americanistes de París. Nueva serie. Tomo X. París. 1913.

82.—UHLE, MAX.—*Zur chronologie der alten culturen von Ica*. Misma Revista y tomo. París. 1913.

83.—UHLE, MAX.—*Los principios de las antiguas civilizaciones peruanas*. Boletín de la Soc. Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos. Vol. IV. N.º 12. Quito. 1920.

84.—UHLE, MAX.—*Los aborígenes de Arica*.—Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile. T. I. Santiago. 1917.

85.—UHLE, MAX.—*Los indios Atacameños*. Rev. Chil. de Historia y Geografía. Año. Tomo. N.º 191.

86.—UHLE, MAX.—*Los aborígenes de Arica y el hombre americano*. Misma Rev. T. XXVII. 1918.

87.—UHLE, MAX.—*Apuntes sobre la prehistoria de la región de Piura*. Bol. de la Soc. Ecuat. de Est. Hist. Amer. T. IV. Quito. 1920.

88.—UHLE, MAX.—*Los principios de la civilización en la Sierra Peruana*. Boletín de la Academia Nacional de Historia Vol. I. N.º 1. Quito. 1920.

89.—UHLE, MAX.—*Orígenes Centroamericanos*. Misma revista. N.º 9. Quito. 1922.

90.—UHLE, MAX.—*Toltecas, Mayas y civilizaciones sudamericanas*. Misma revista. N.º 18. Quito. 1923.

91.—UHLE, MAX.—*Cronología y origen de las antiguas civilizaciones argentinas*. Mismas revistas y número. Quito. 1923.

92.—UHLE, MAX.—*Civilizaciones mayoides de la costa Pacífica de Sud América*. Misma revista. T. VI. Quito. 1923.

93.—UHLE, MAX.—*Cronología y relaciones de las antiguas civilizaciones panameñas*. Misma revista. N.ºs 24, 25 y 26. Quito. 1925.

94.—VAULX, HENRI DE LA.—*Excursion dans les vallées calchaquies (Province de Tucuman) Poteries indigènes*. Jour. de la Soc. des Americanistes de París. T. III. 1901.

95.—UHLE, MAX.—*Explorations at Chincha y The Uhle Collections from Chincha by A. L. Kroeber and William Duncan Strong*. University of California Publications. Vol. 21. N.ºs 1 y 2. Berkeley. 1924.

96.—UHLE, MAX.—*The Uhle pottery collections from Ica*. by A. L. Kroeber and William Duncan Strong, con tres apéndices por Max Uhle. Mismas publicaciones, y Vol. N.º 3.



---

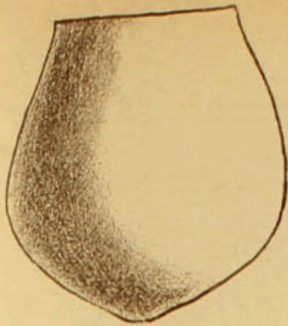
---

## INDICE

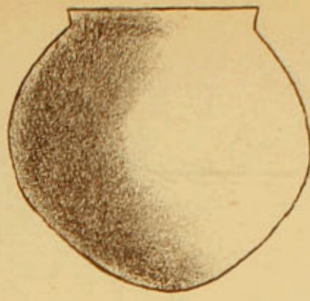
---

	Págs.
INTRODUCCIÓN. ....	5
CAP. I.—Etnografía.—Distribución geográfica y cronológica de las culturas. ....	11
CAP. II.—Observaciones Generales. ....	33
CAP. III.—La Industria Alfarera . ....	43
CAP. IV.—Los Diaguitas chilenos. ....	57
CAP. V.—La Alfarería Primitiva. ....	67
CAP. VI.—Las Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la antigua alfarería. ....	71
CAP. VII.—La Alfarería de los antiguos atacameños. ....	83
CAP. VIII.—La Alfarería Negra de la región Atacameña. ....	111
CAP. IX.—Las Influencias Chinchas en la Alfarería Chilena. ....	123
CAP. X.—La Alfarería Diaguita-Chilena. ....	135
CAP. XI.—Las Influencias Diaguita-Argentinas. ....	157
CAP. XII.—La Alfarería de Chile Central. ....	169
CAP. XIII.—El Trinacrio o Trisquelión en la Alfarería Chileno-Argentina. ....	189
CAP. XIV.—La Alfarería de las Provincias Australes. ....	195
CAP. XV.—La Alfarería Incaica. ....	221
BIBLIOGRAFÍA. ....	227

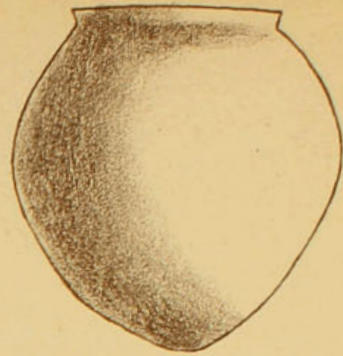
---



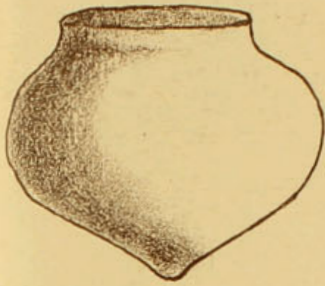
1.



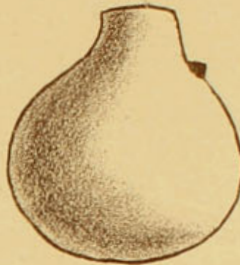
2.



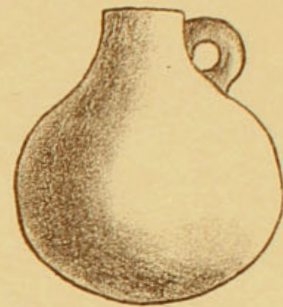
3.



4.

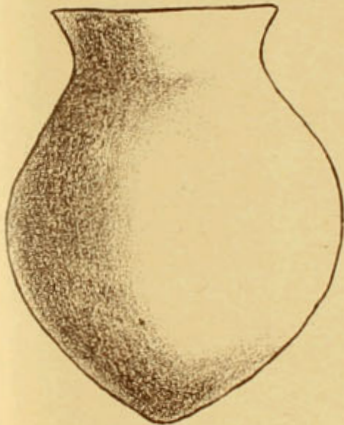


5.

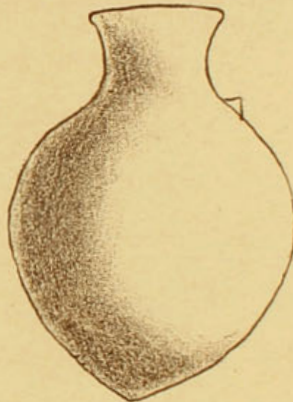


6.

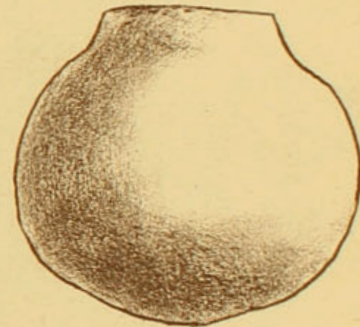
VASOS DE PUNTA PICALO



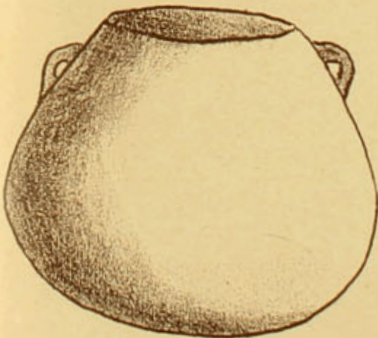
7.  
PICA.



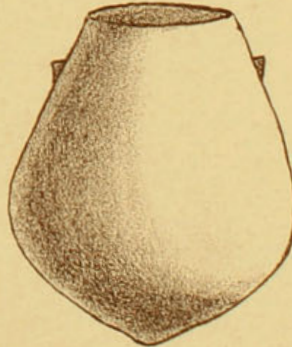
8.  
PISAGUA.



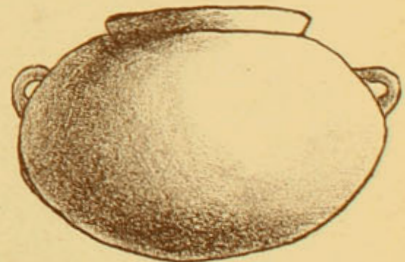
9.  
PICA.



10.  
CAMARONES.

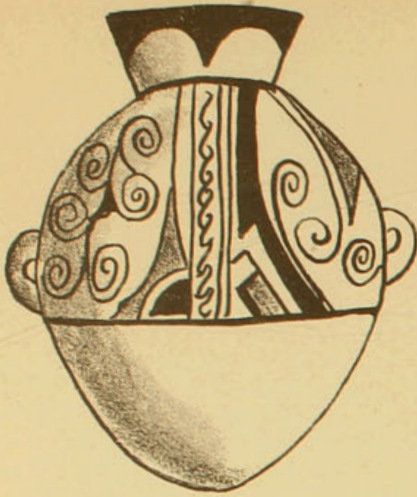


11.  
SAMA.



12.  
CAMIÑA

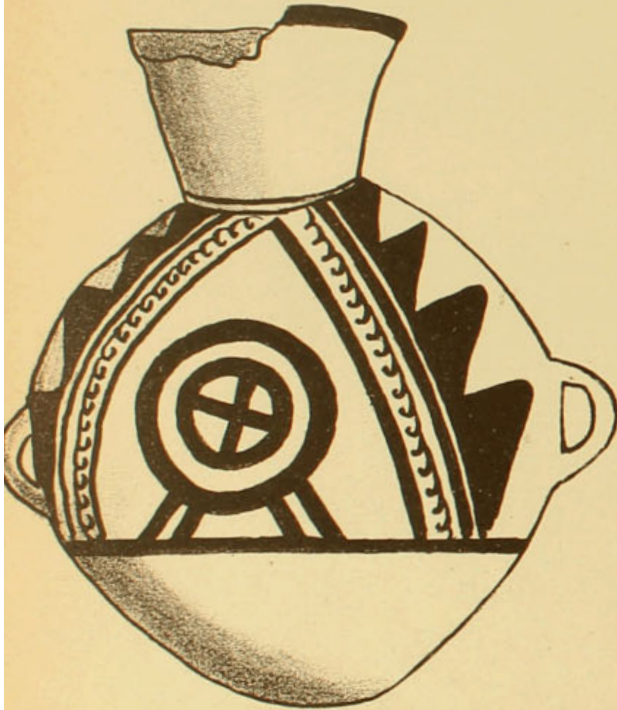
ALFARERIA PRIMITIVA



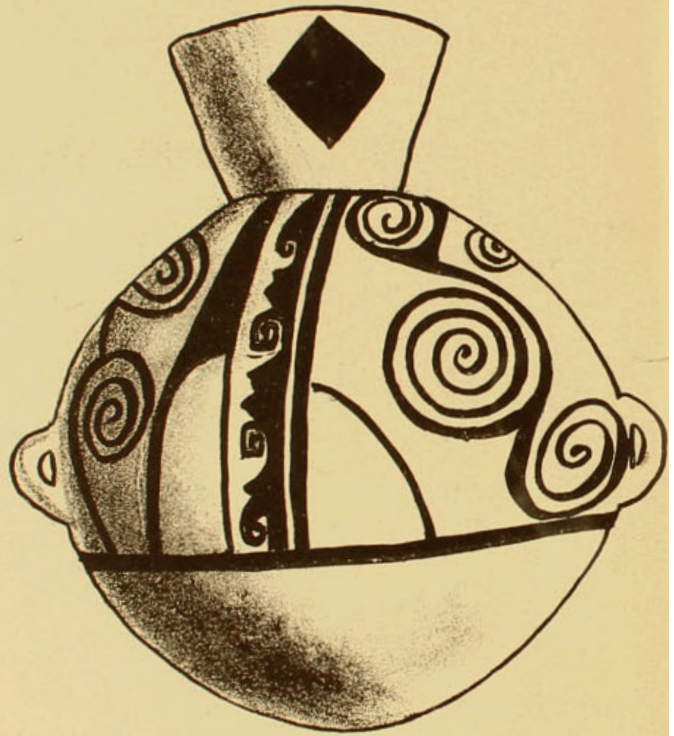
1.



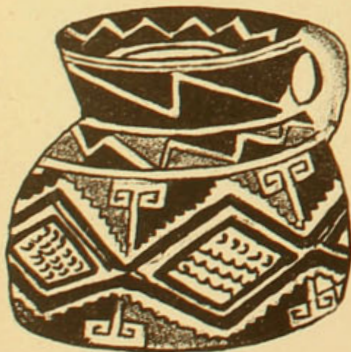
2.



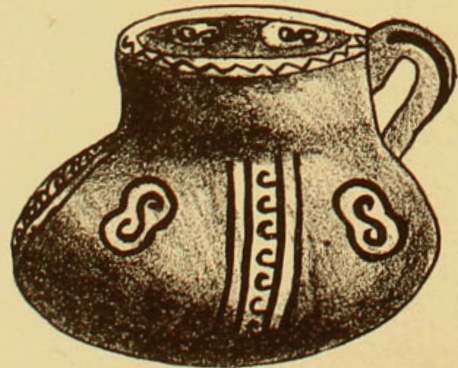
3.



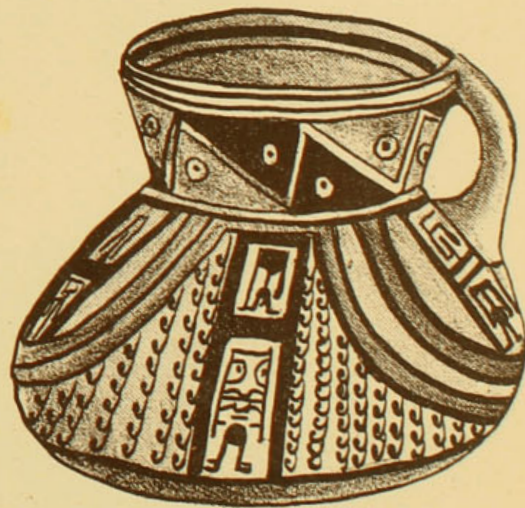
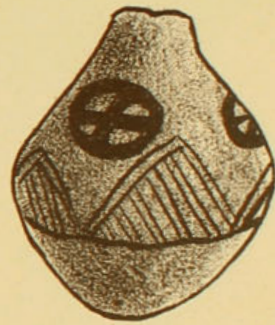
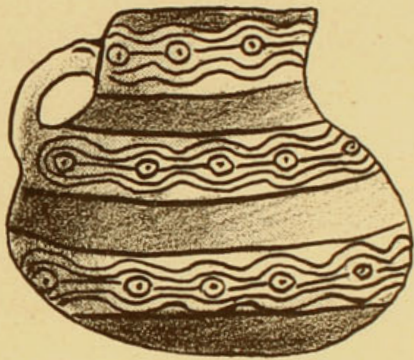
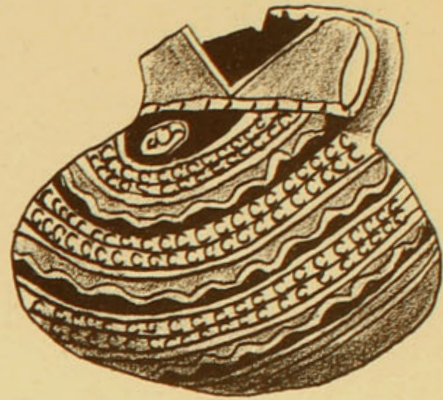
4.



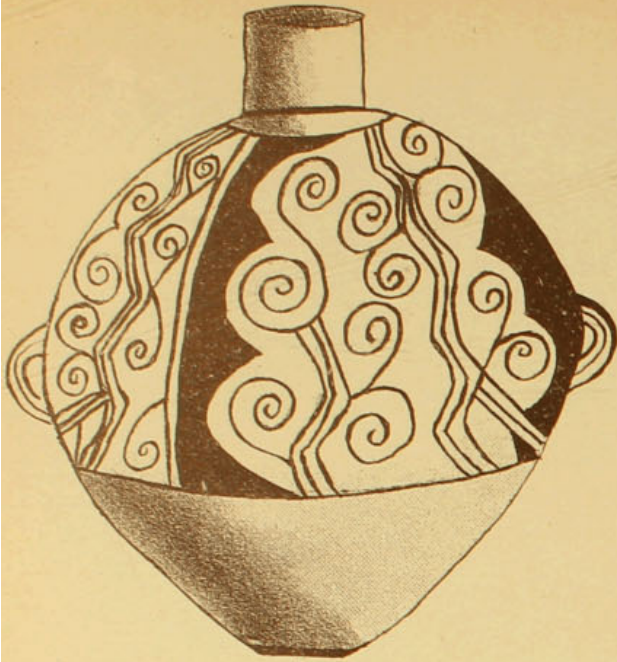
5.



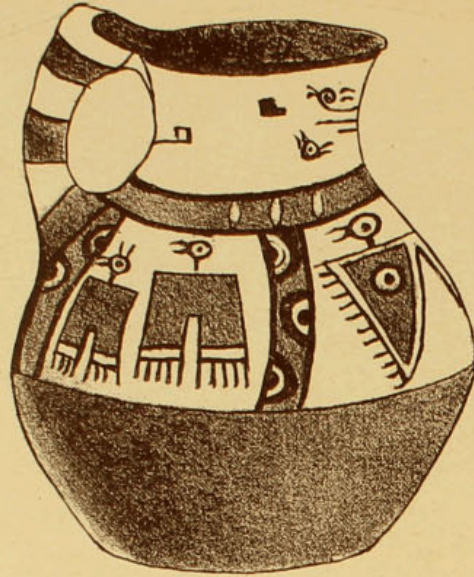
6.



ALFARERIA DE TACNA



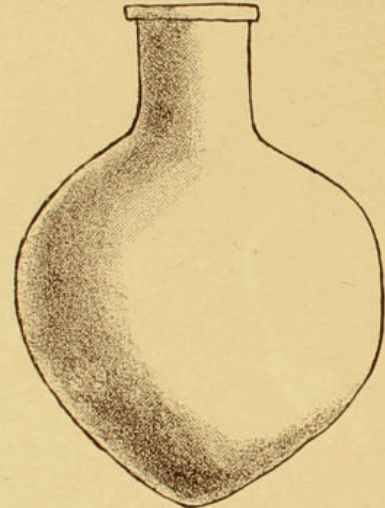
1.



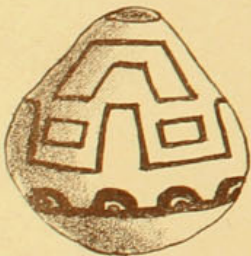
2.



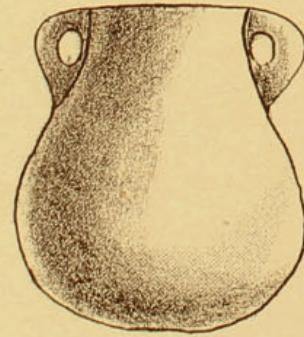
3.



4.

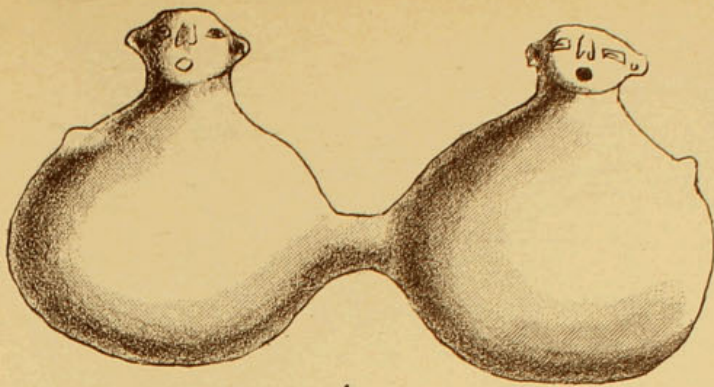


5.

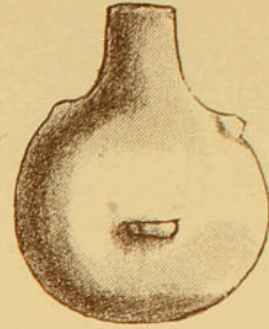


6.

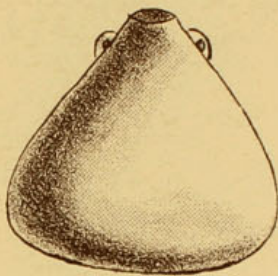
ALFARERIA DEL VALLE DE PICA



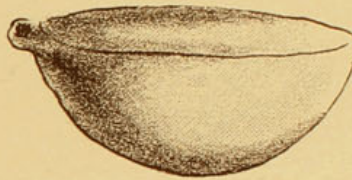
1.  
PICA.



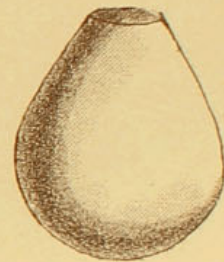
2.  
PICA.



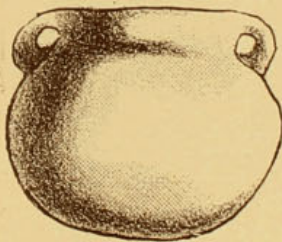
3  
CAMIÑO.



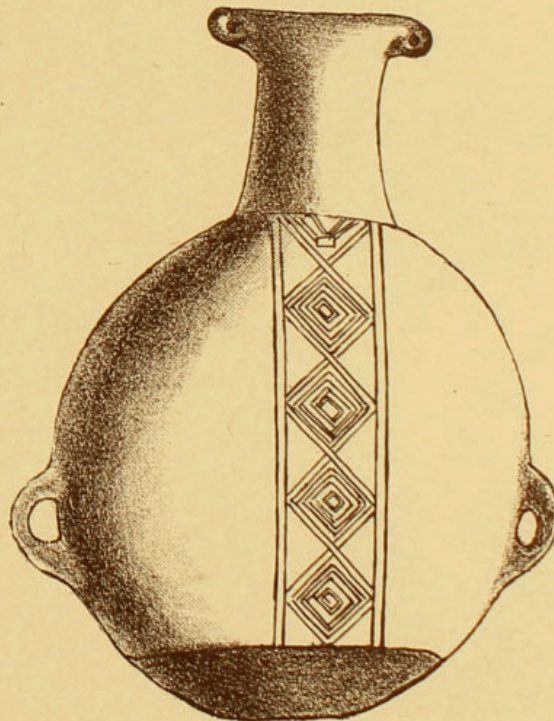
4.  
PICA



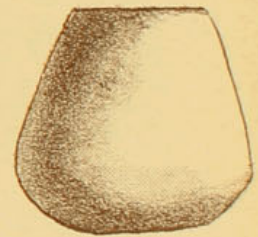
5.  
CAMIÑO.



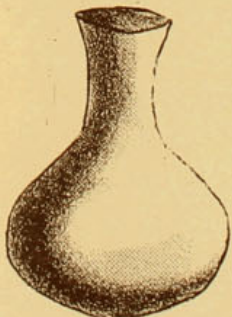
6  
HUATACONDO



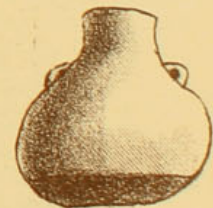
9.  
PICA.



7.  
HUATACONDO.

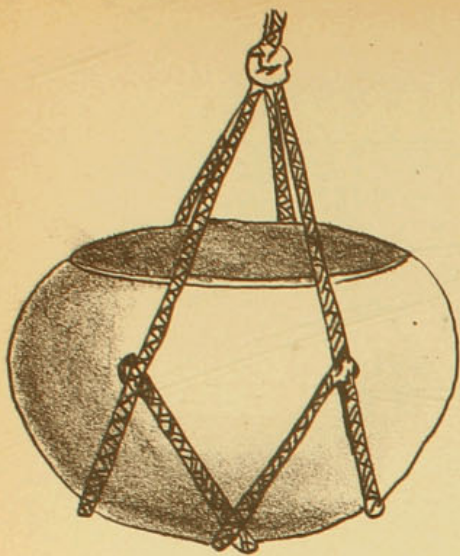


8.  
HUATACONDO.

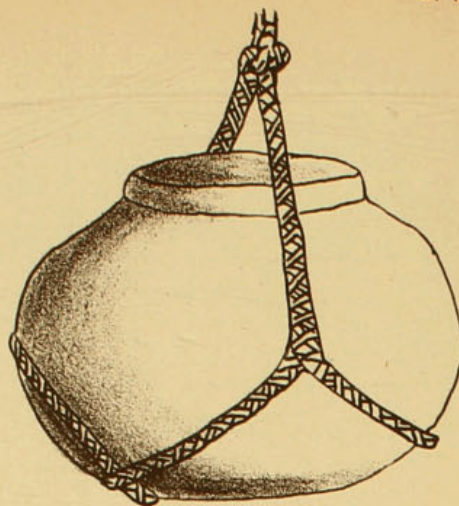


10.  
HUATACONDO.

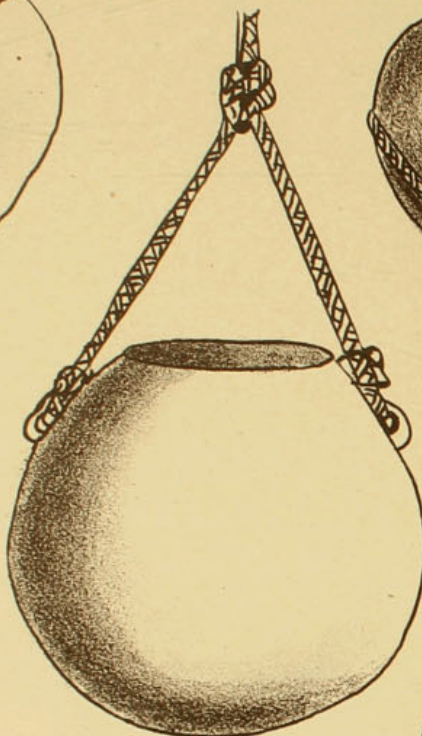
ALFARERIA DE LOS VALLES DE TARAPACÁ



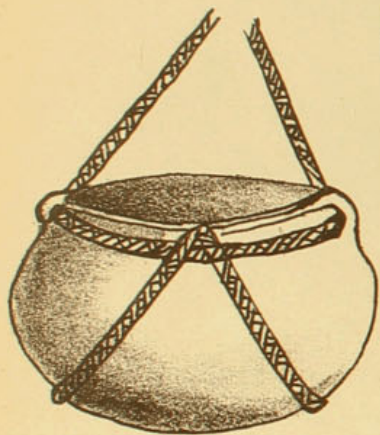
1.  
CALAMA.



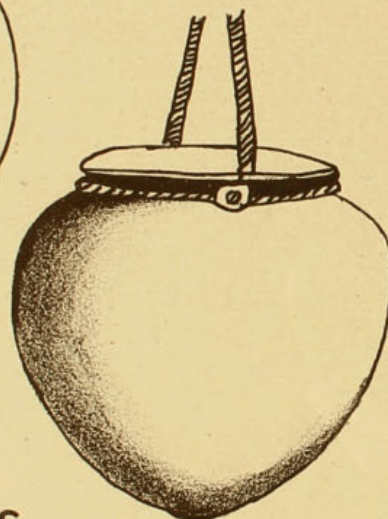
2.  
CALAMA.



3.  
CALAMA.

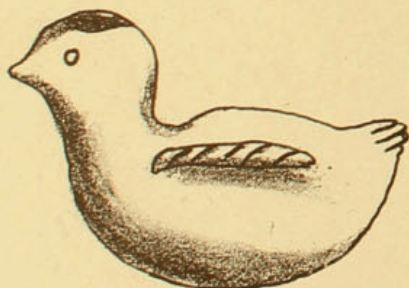


4.  
CHIU-CHIU.

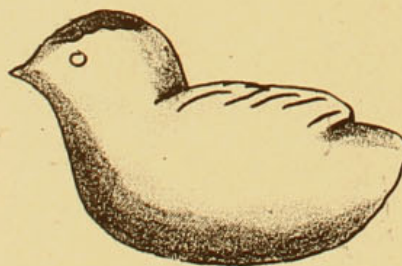


5.  
CHIU-CHIU.

OLLAS SUSPENDIDAS.



6.  
CALAMA.

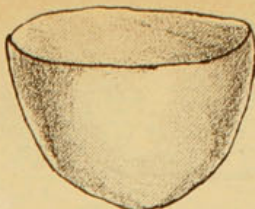


7.  
CHIU-CHIU.

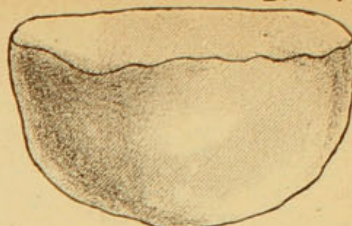
JARROS PATOS



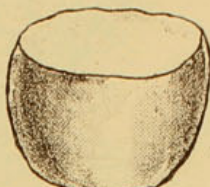
1.



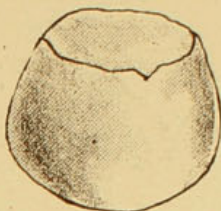
2.



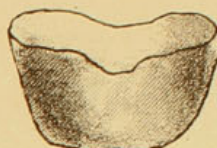
3.



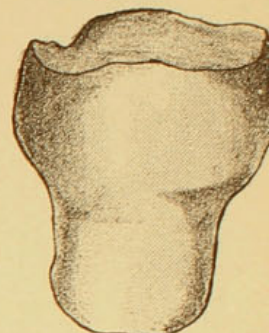
4.



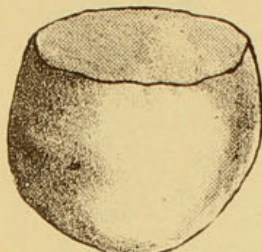
5.



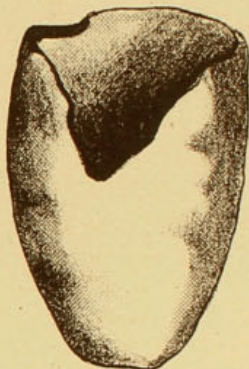
6.



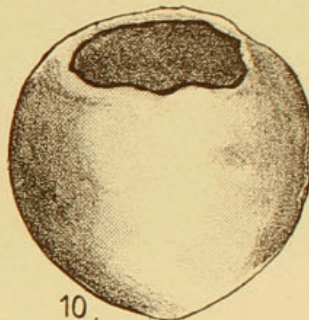
7.



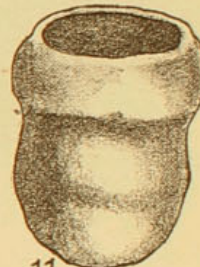
8.



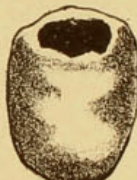
9.



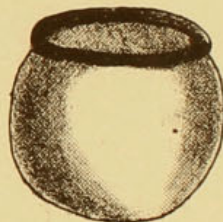
10.



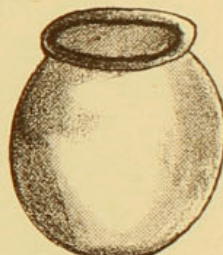
11.



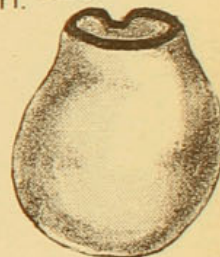
12.



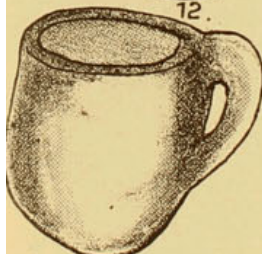
13.



14.



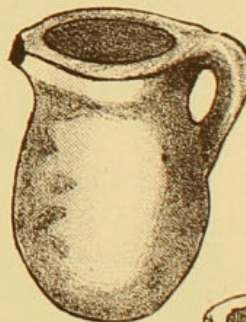
15.



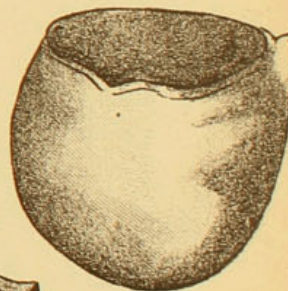
16.



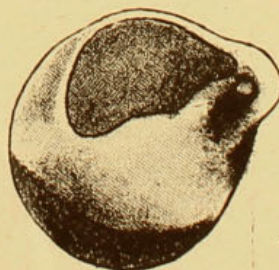
18.



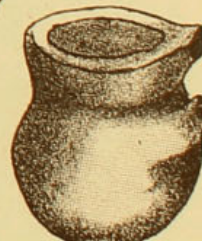
20.



21.



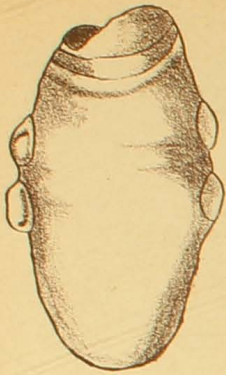
17.



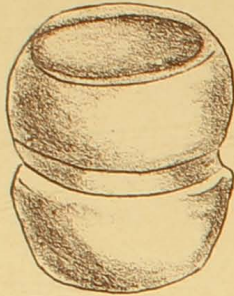
19.

ALFARERIA CHICA  
(ANTOFAGASTA)

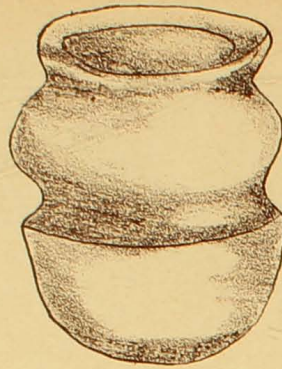




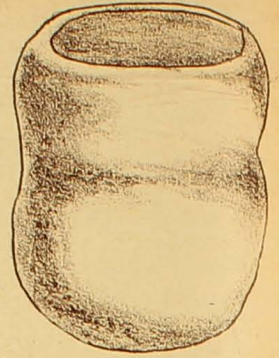
1.



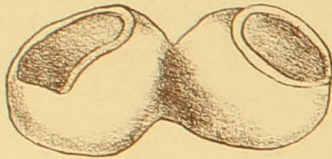
2.



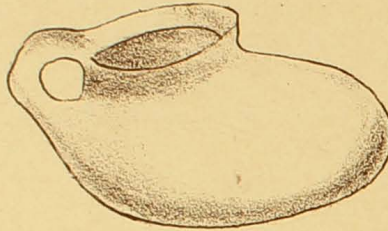
3.



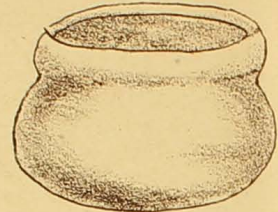
4.



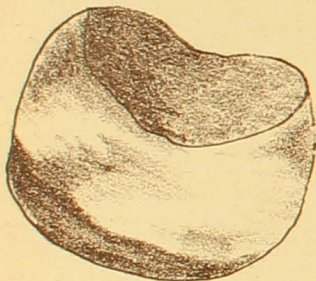
5.



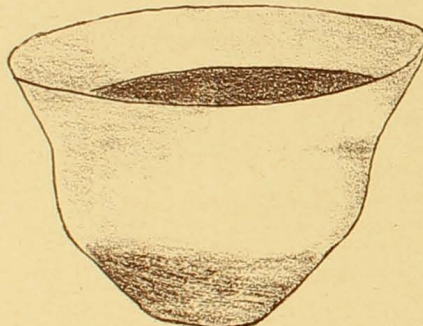
6.



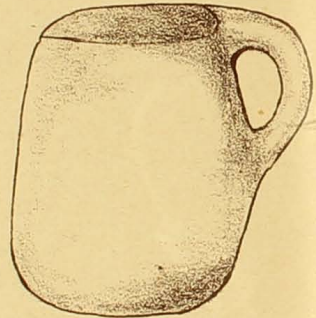
7.



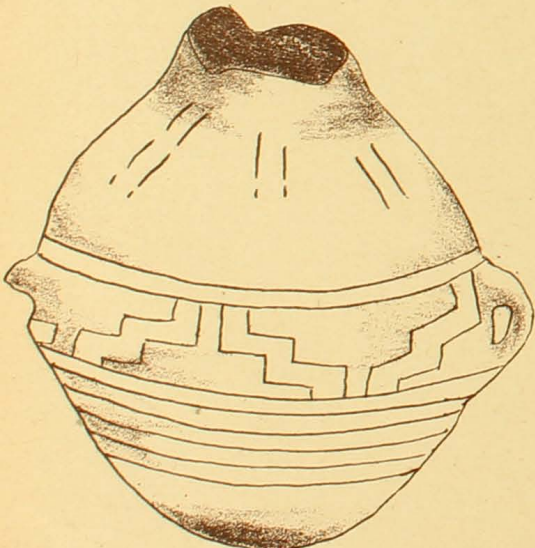
8.



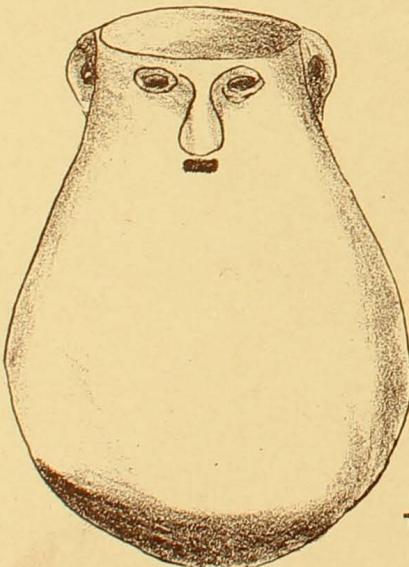
9.



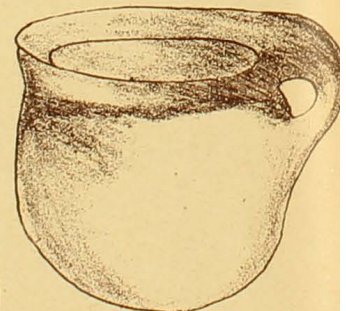
10.



11.



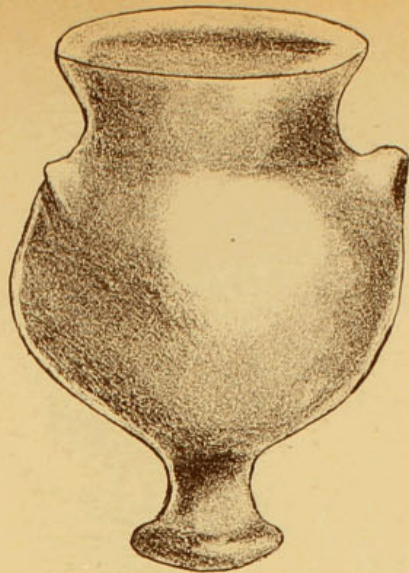
12.



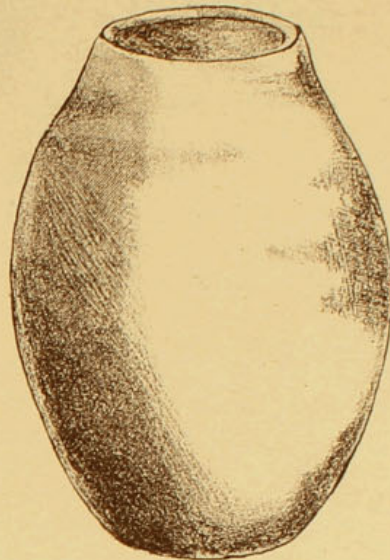
13.

TAMAÑO NATURAL.

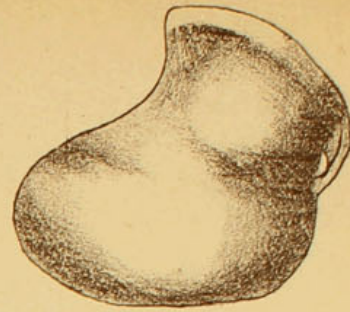
ALFARERIA CHICA DE ANTOFAGASTA



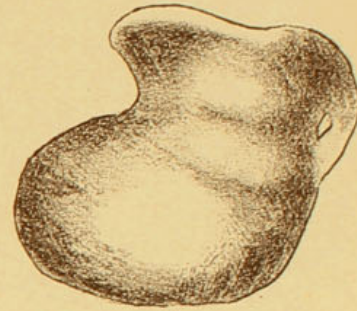
1.  
ANTOFAGASTA.



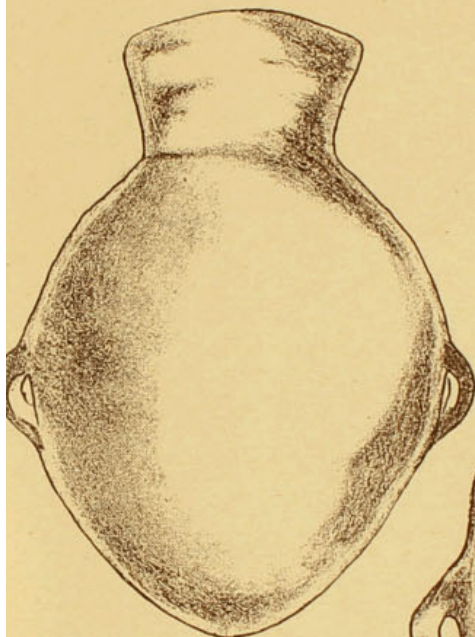
2.  
ANTOFAGASTA.



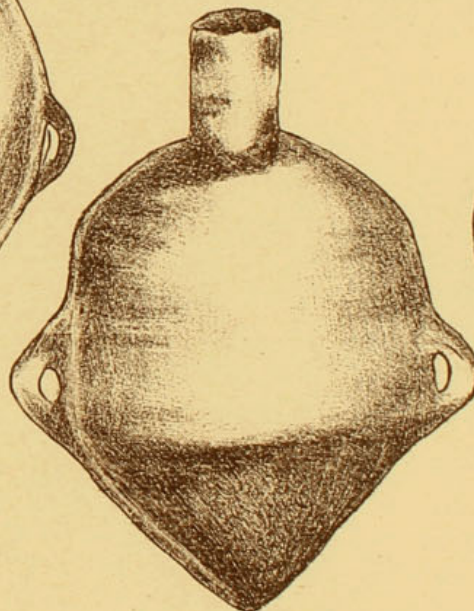
3.



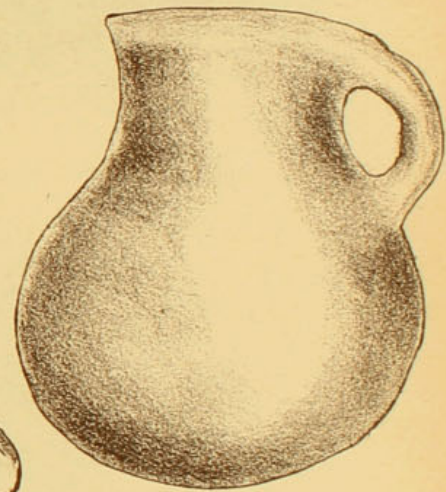
4.  
ANTOFAGASTA.



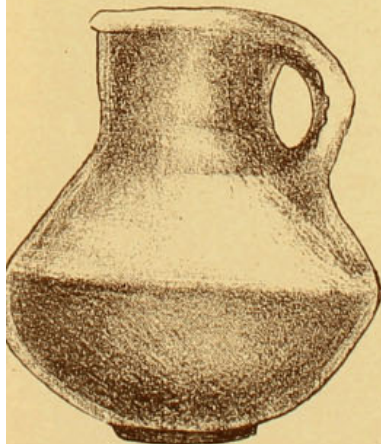
5.  
OBISPITO.



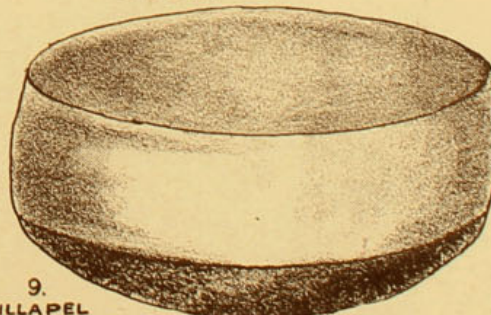
6.  
OBISPITO.



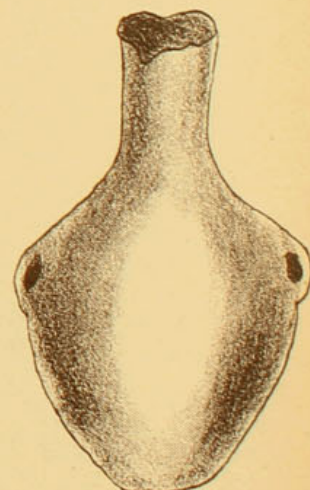
7.  
CALDERA.



8.  
CALDERA.



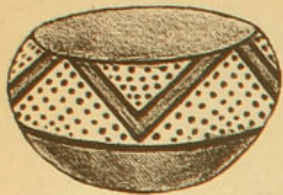
9.  
ILLAPEL



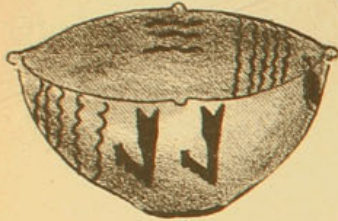
10.  
SERENA.

ALFARERIA CHILENA

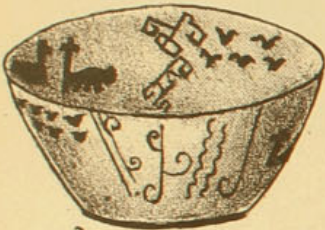
ALFARERIA DE TALTAL



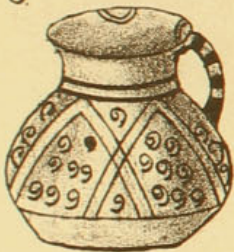
1.



2.



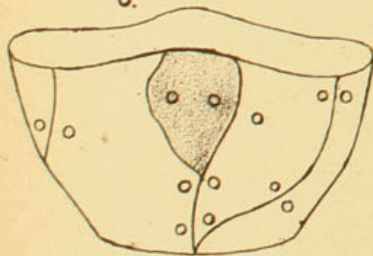
3.



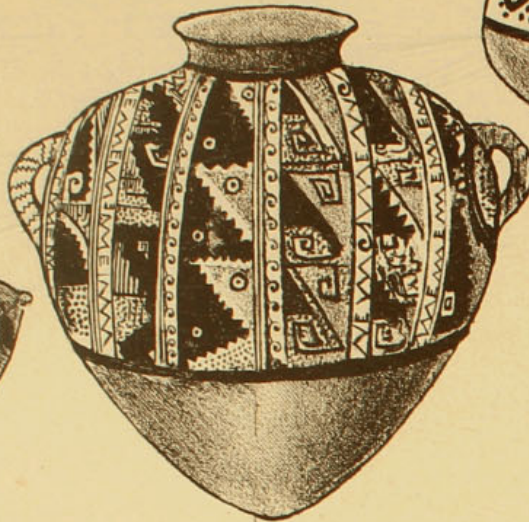
4.



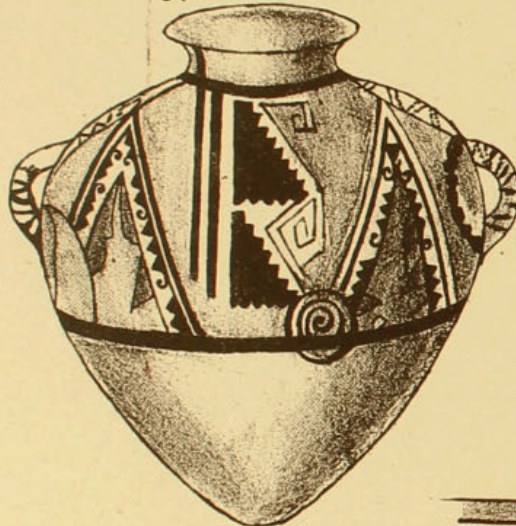
8.



10.



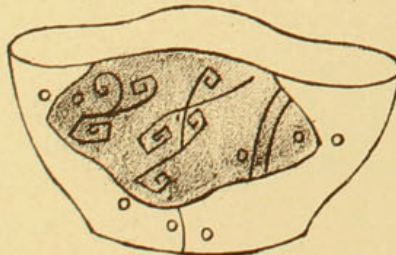
6<sup>a</sup>



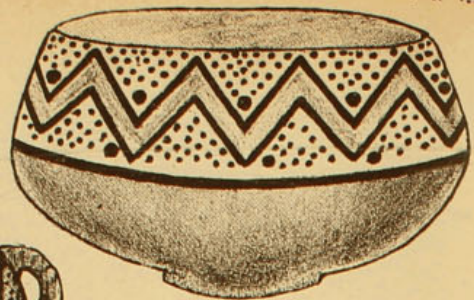
6<sup>b</sup>



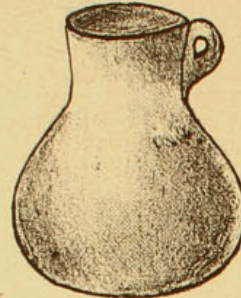
9.



11.



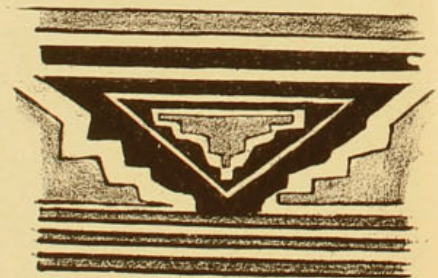
12.



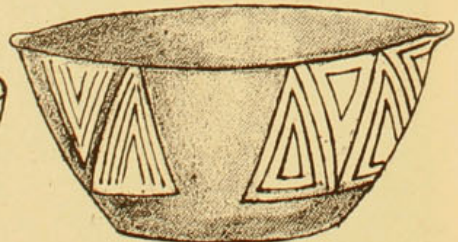
13.



14.

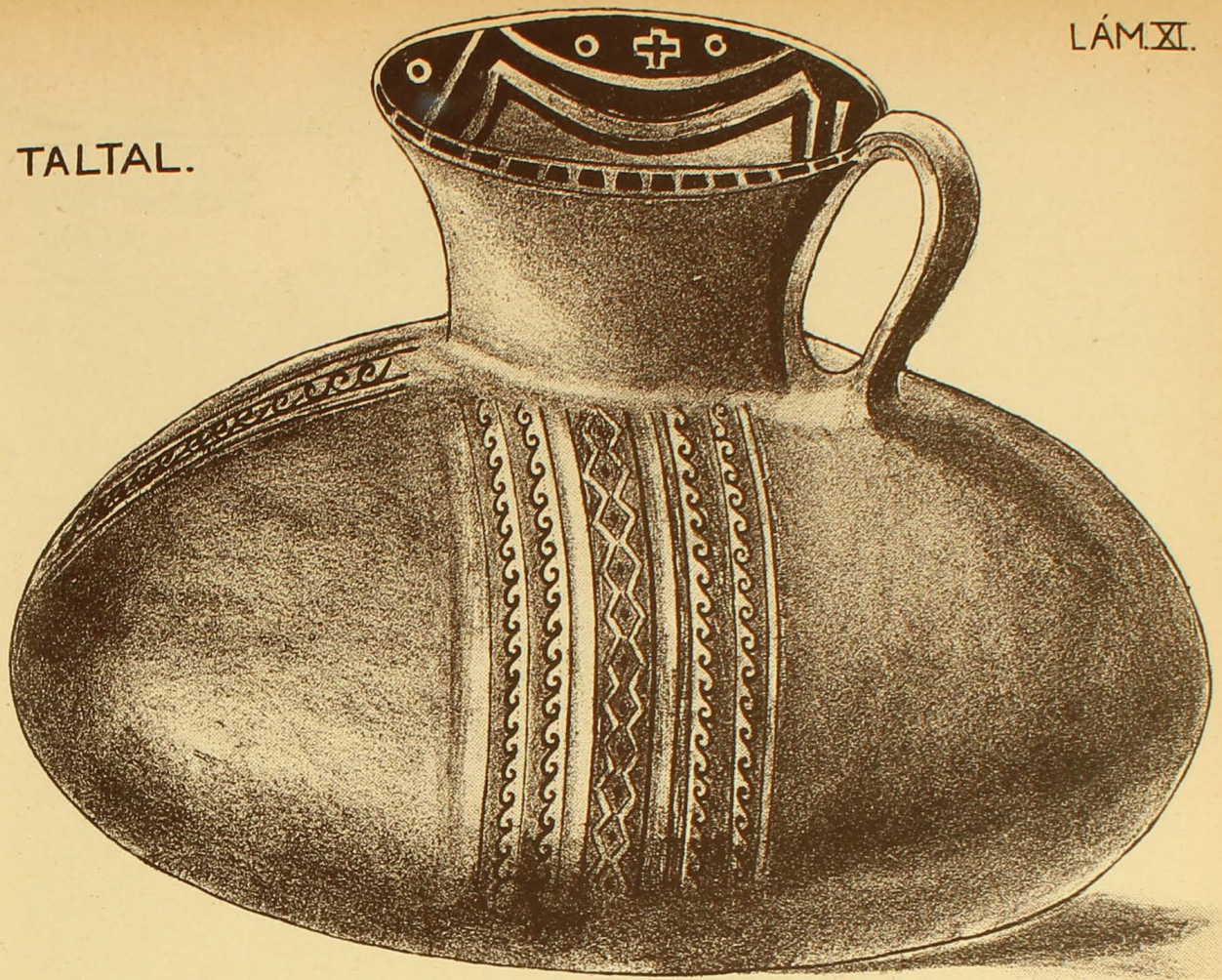


15.

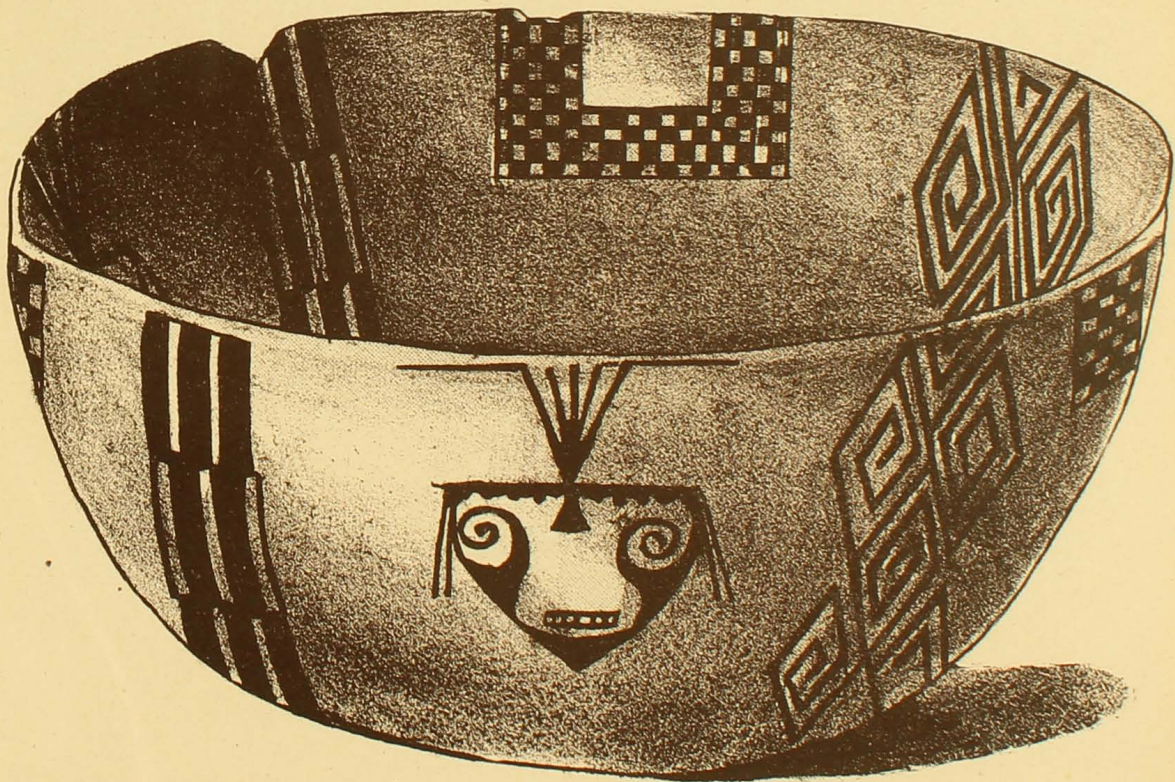


16.

TALTAL.



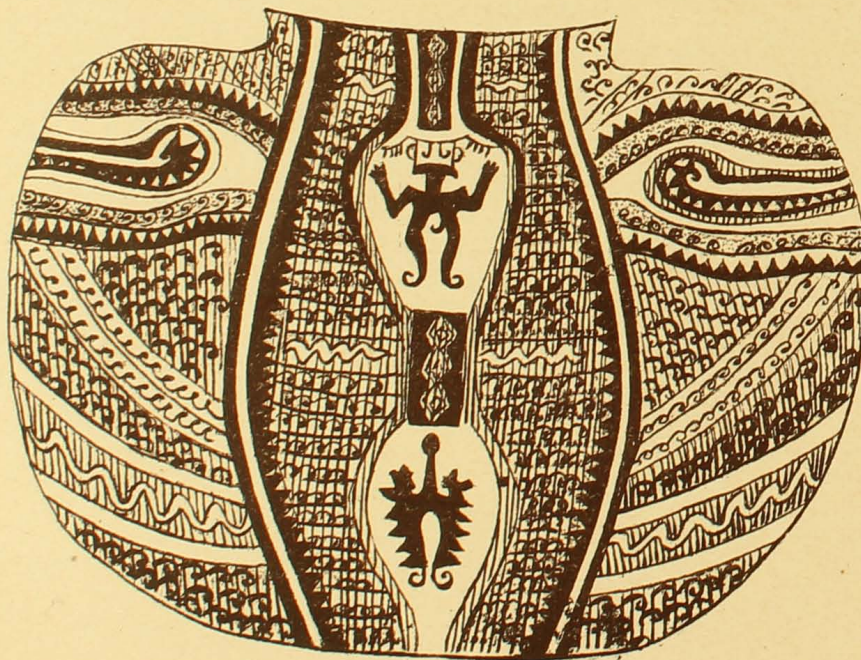
1.



2.

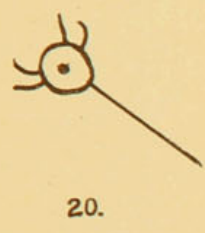
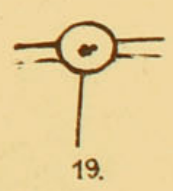
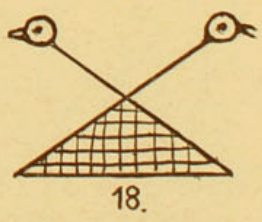
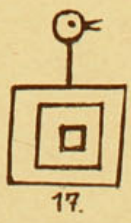
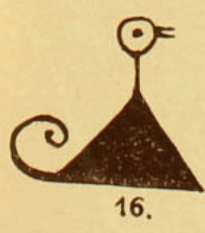
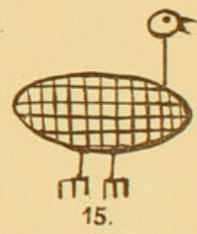
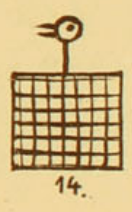
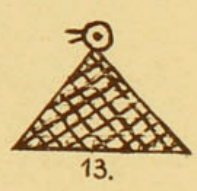
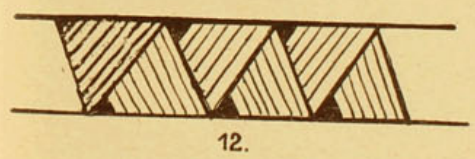
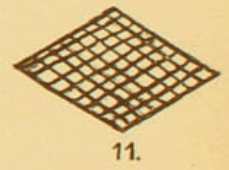
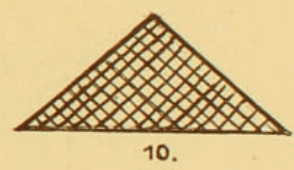
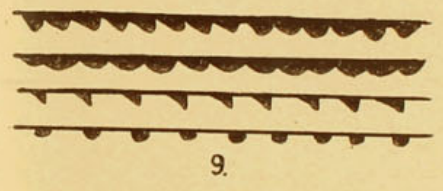
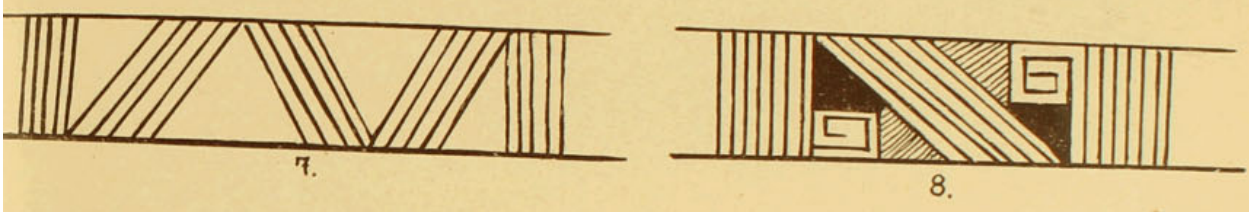
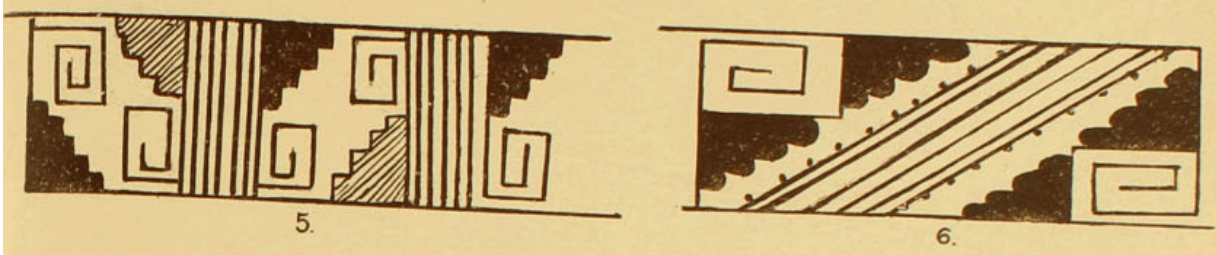
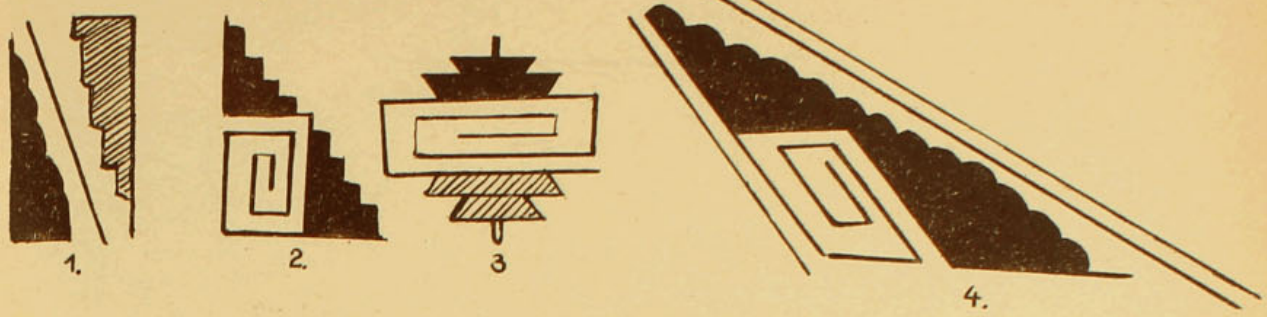


1.

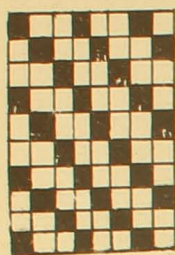


2.

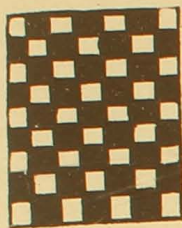
TALTAL.



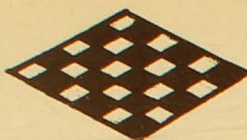
ELEMENTOS DE LA DECORACION DIAGUITA



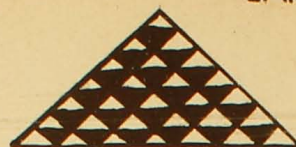
21.



22.



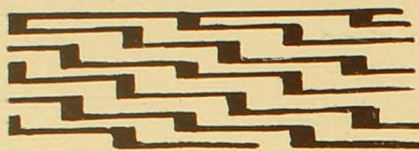
23.



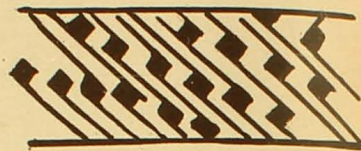
24.



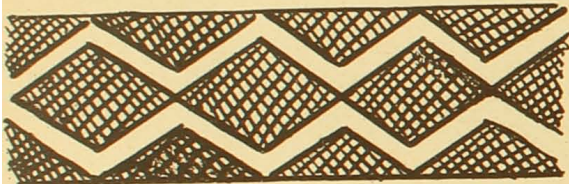
25.



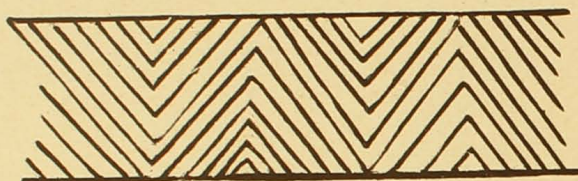
26.



27.



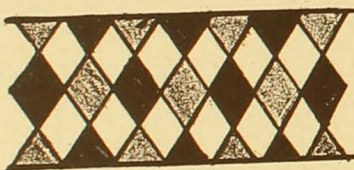
28.



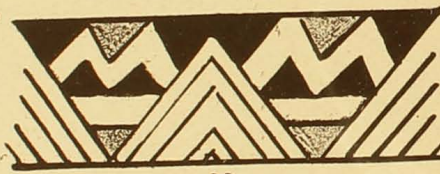
29.



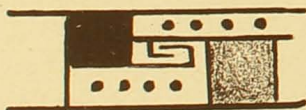
30.



31.



32.



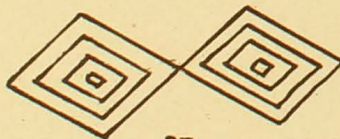
34.



35.



33.



37.

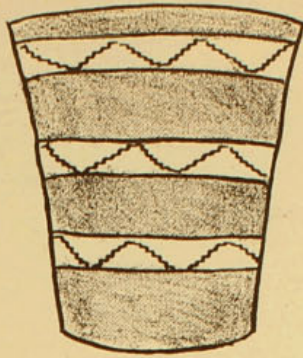


38.

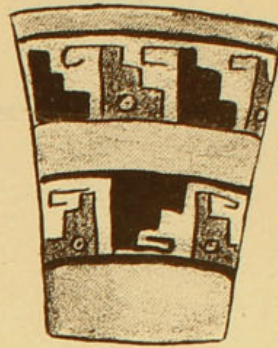


36.

ELEMENTOS DE LA DECORACION DIAGUITA



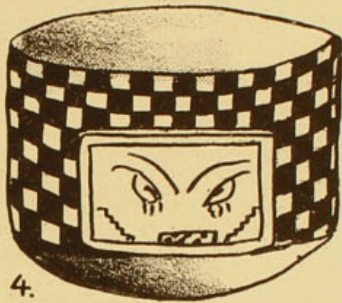
1.  
LA SERENA.



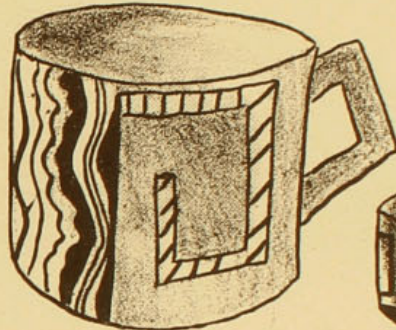
2.  
LA SERENA.



3.  
PUNTA DE TEATINOS.



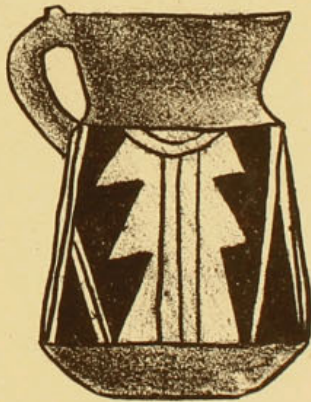
4.  
PUNTA DE TEATINOS.



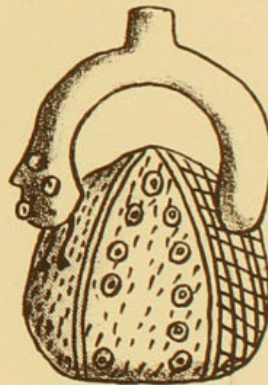
5.  
LA SERENA.



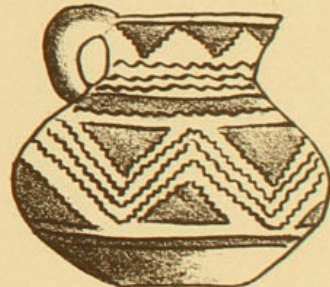
6.  
PUNTA DE TEATINOS.



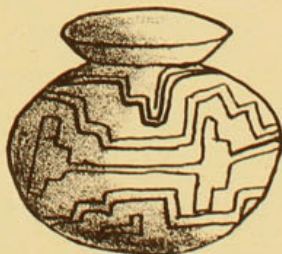
7  
CALDERA.



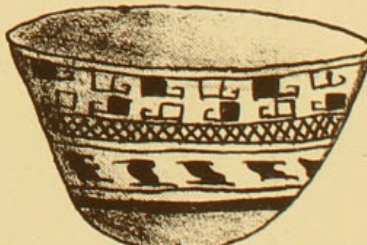
8  
CALDERA.



9  
CHIU-CHIU.



10  
SAN PEDRO DE ATACAMA

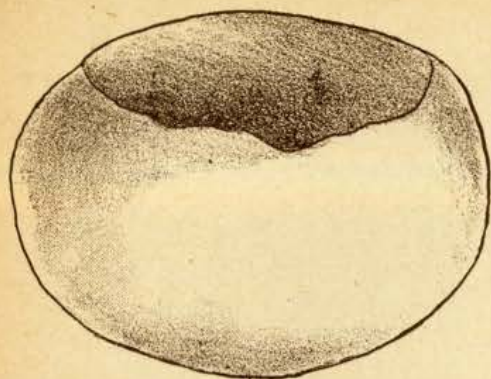


11.  
CALDERA.

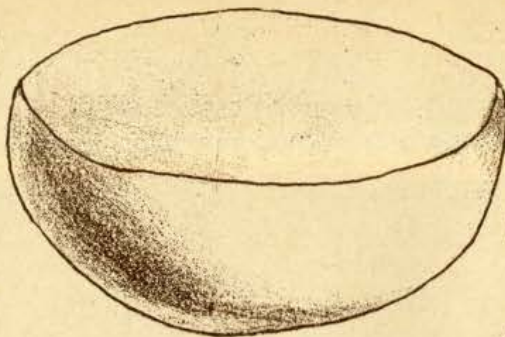


12.  
SAN PEDRO DE ATACAMA.

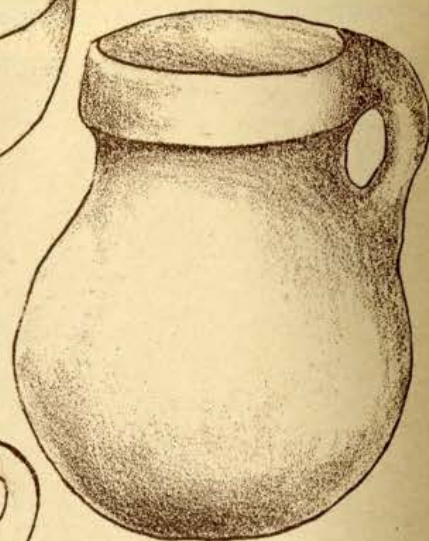




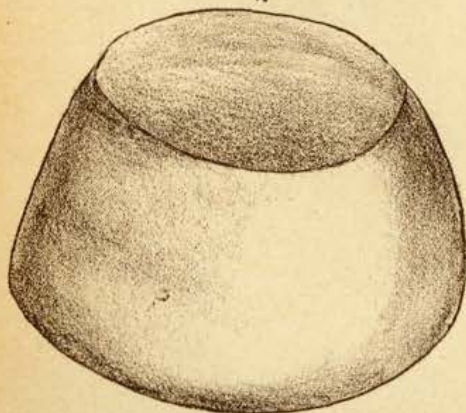
1.



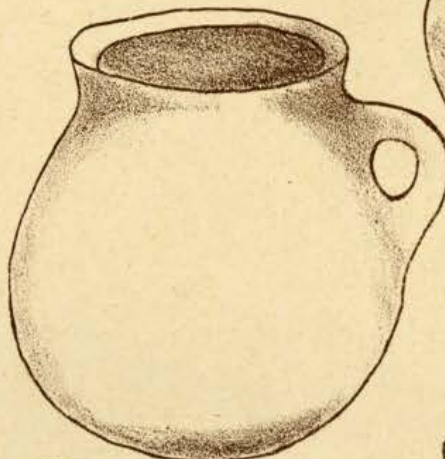
2.



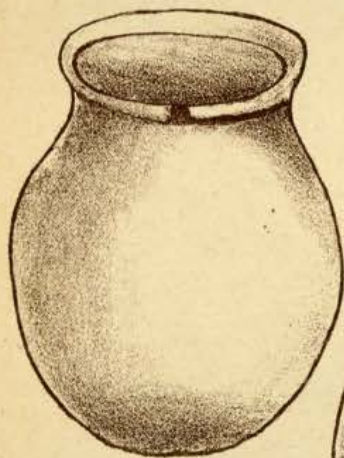
5.



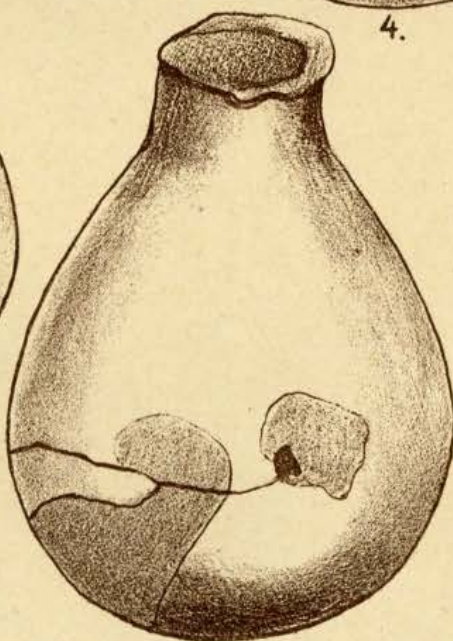
3.



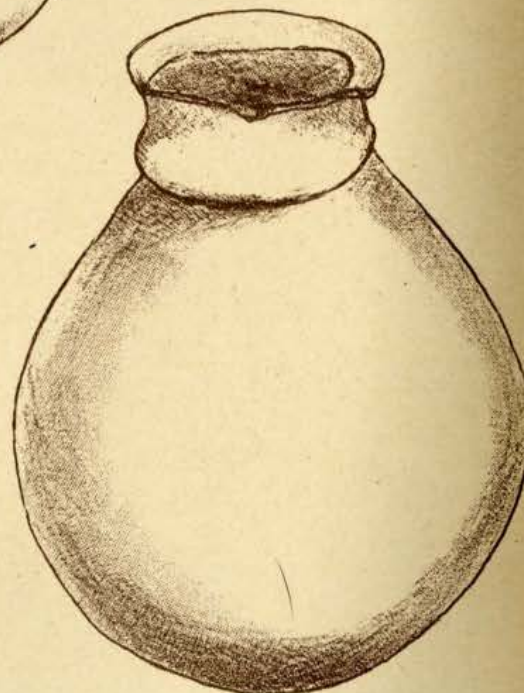
4.



6.



7.

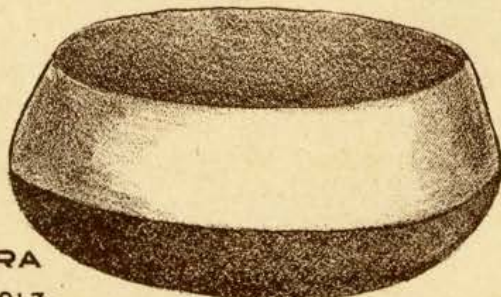


8.



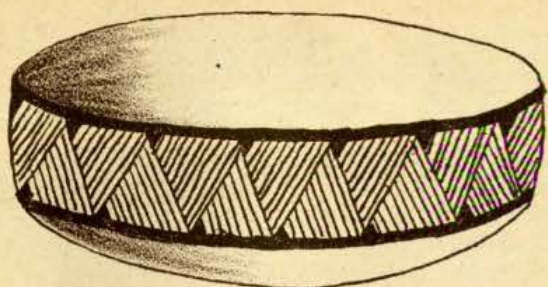
9.

CALDERA  
COL. DR. C. HOLZ.

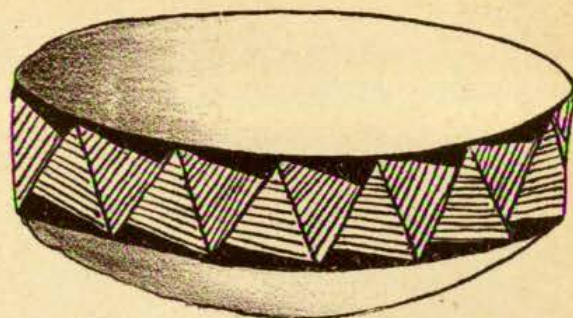


10.

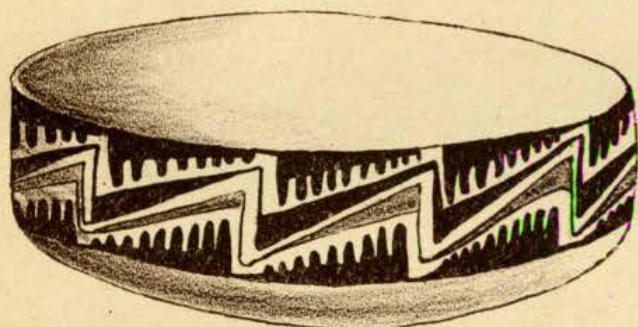
$\frac{1}{3}$  DE TAMAÑO NATURAL.



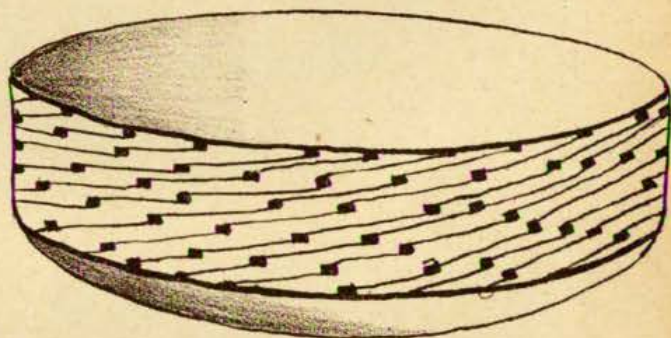
1.



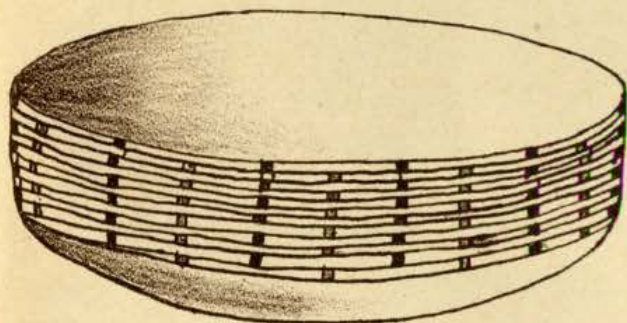
2.



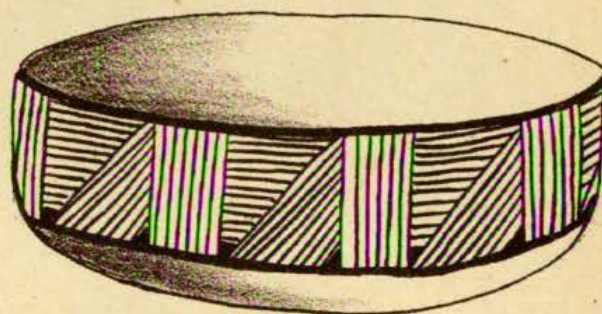
3.



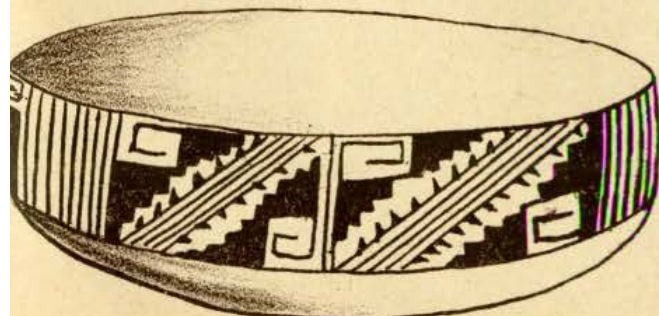
4.



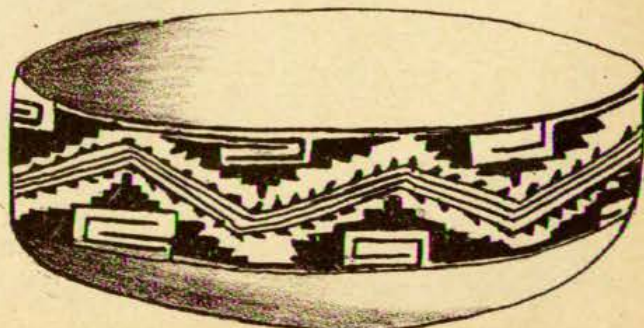
5.



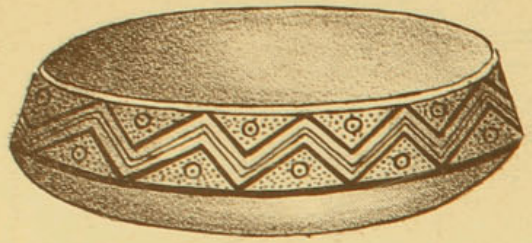
6.



7.



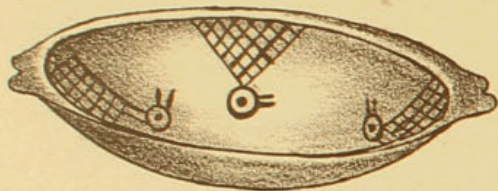
8



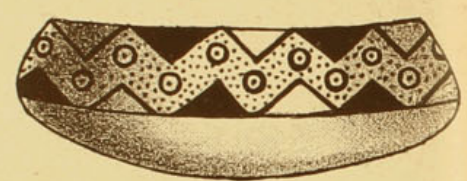
1.  
COQUIMBO



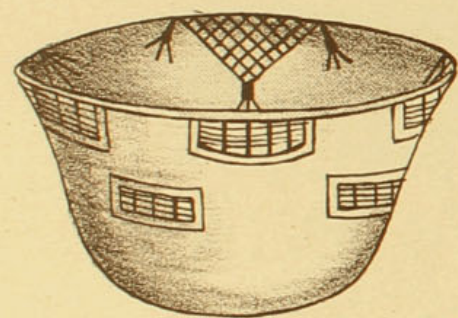
2.  
ALTOVALSOL



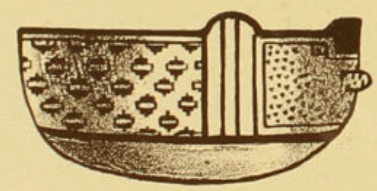
3.  
VICUÑA



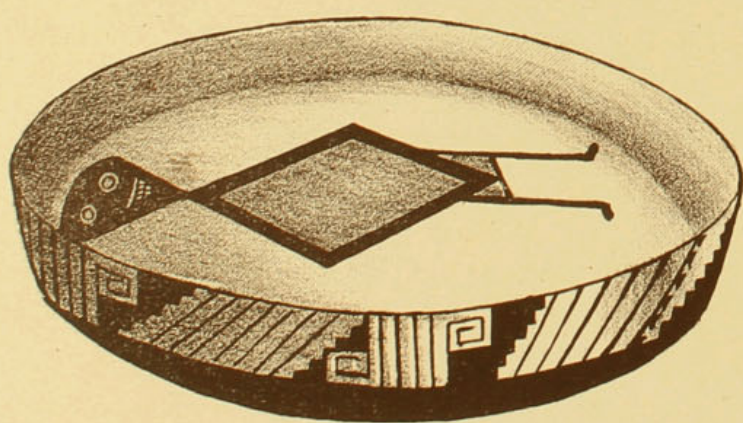
5.  
PEÑÓN.



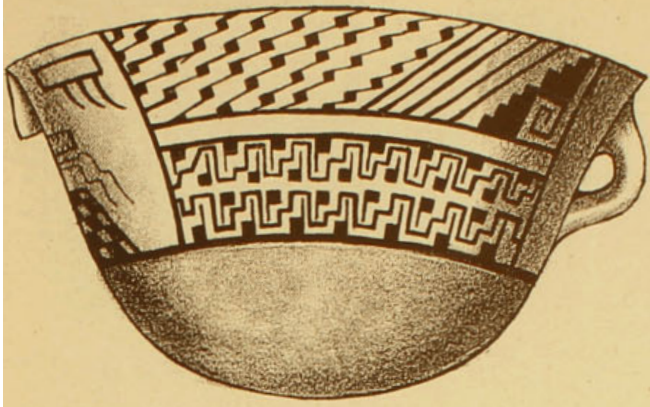
4  
TITÓN.



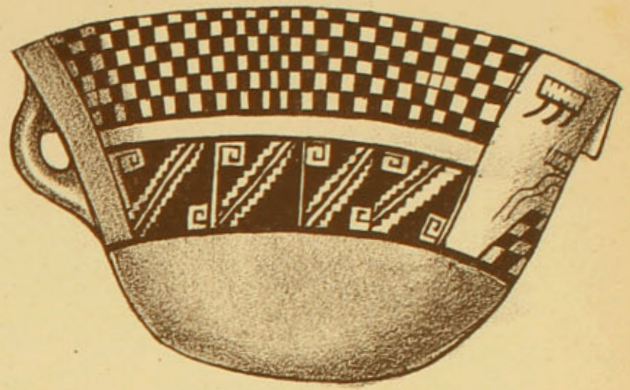
6.  
OVALLE.



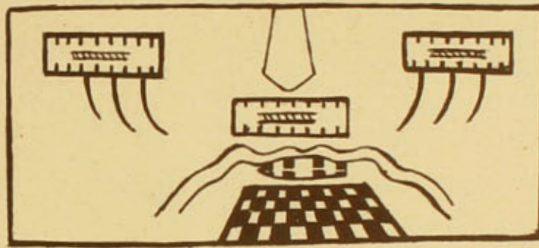
7.  
TONGOY.



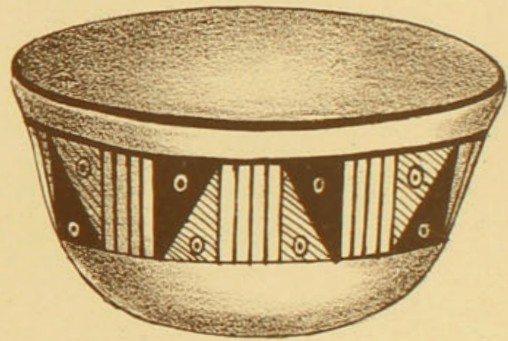
1.



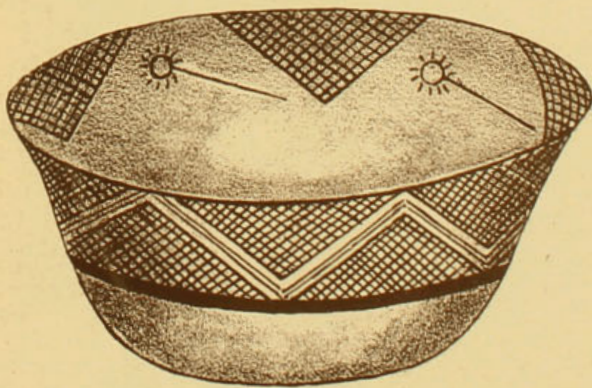
1a.



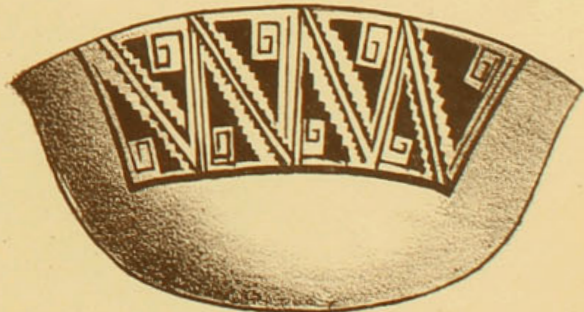
1b.



2.

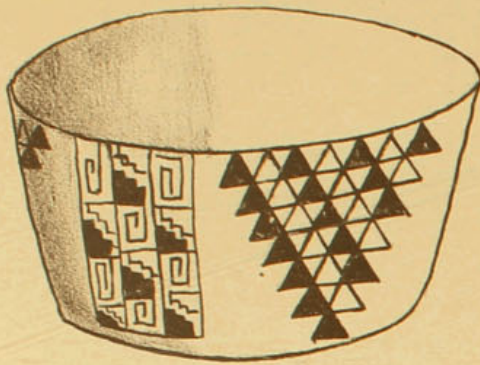


3.

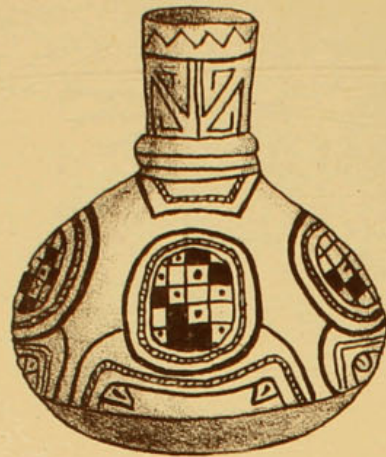


4.

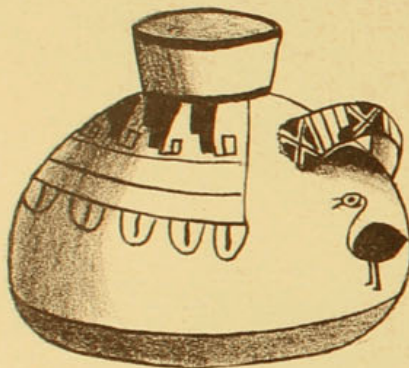
TAZAS DEL VALLE DE LIMARÍ



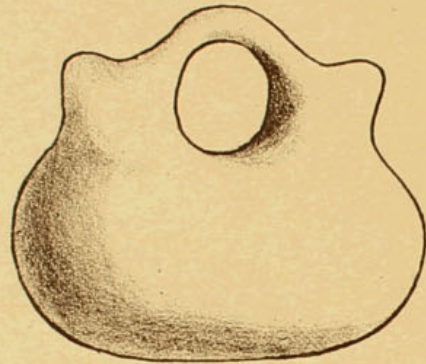
1  
BLANCO ENCALADO



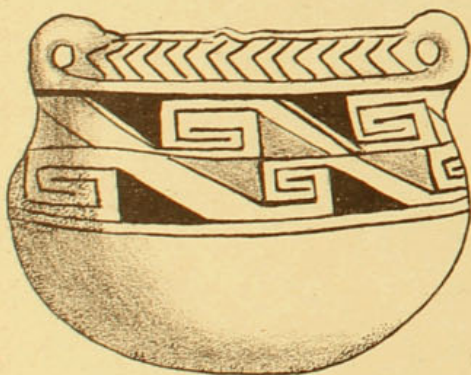
3.  
LA FLORIDA



SAN JOSÉ DE MAIPO.



4.  
RAUTEN.



5.  
RAUTEN.



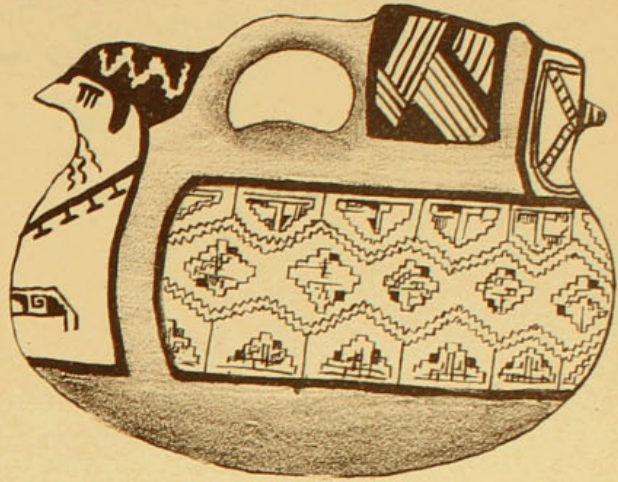
6  
RAUTEN



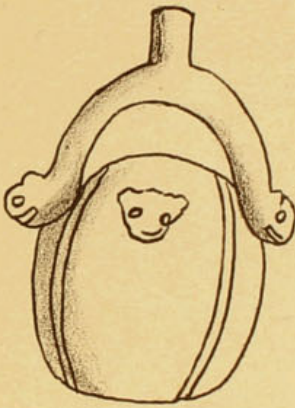
7.  
OLMUE.



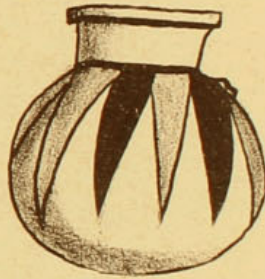
1.  
COPIAPO.



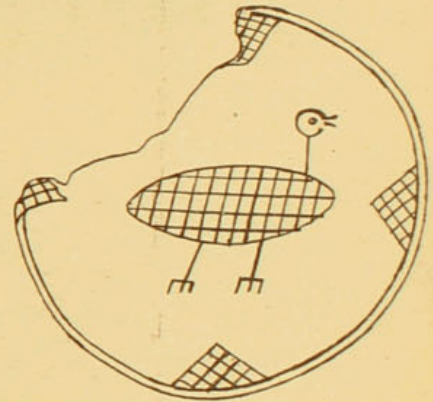
2.  
GUALLILUINGA.



3.  
CALDERA.

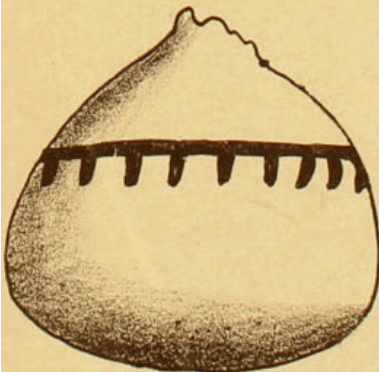


4.  
CALDERA.

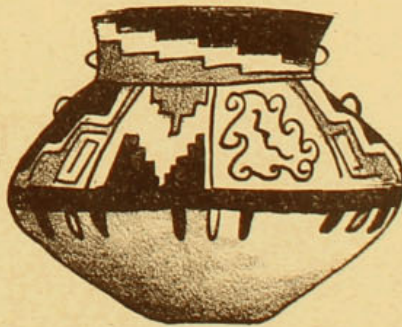


5.  
PERALILLO.

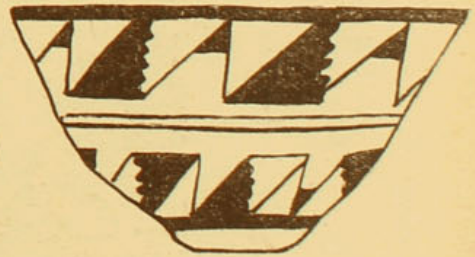
ALFARERIA DE LA REGION DIAGUITA



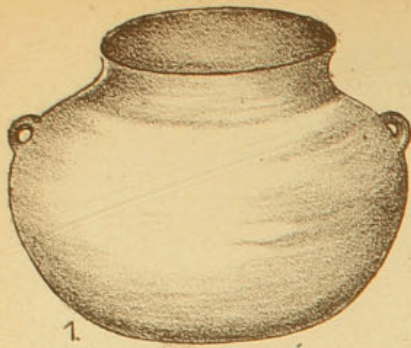
6.  
TOTORALILLO.



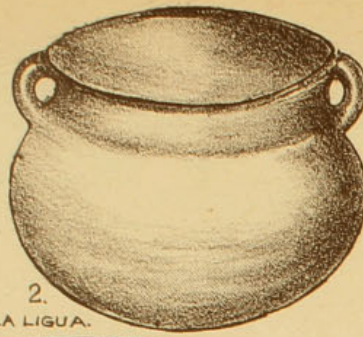
7.  
CALDERA.



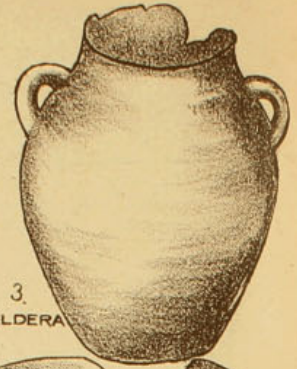
8.  
JUNTAS.



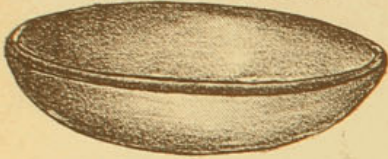
1. SAN JOSÉ DE FIGUCHÉN.



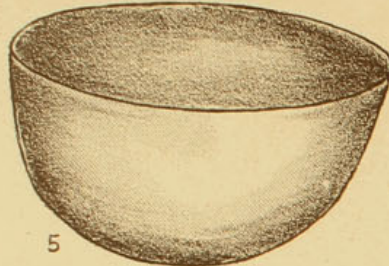
2. LA LIGUA.



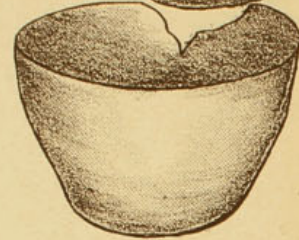
3. CALDERA



4. CALDERA.

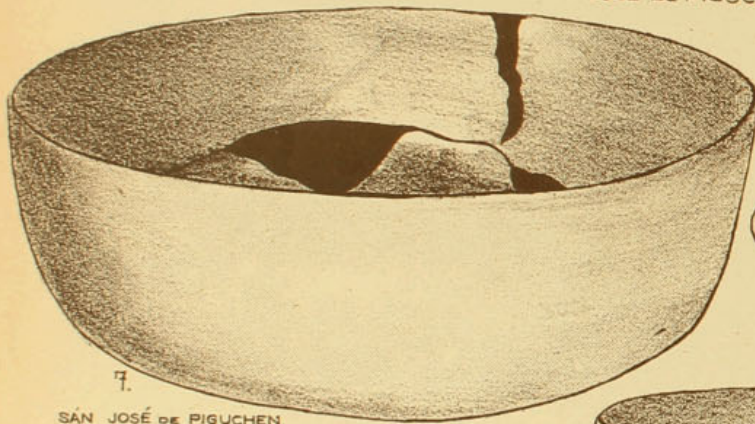


5. SAN JOSÉ DE FIGUCHEN

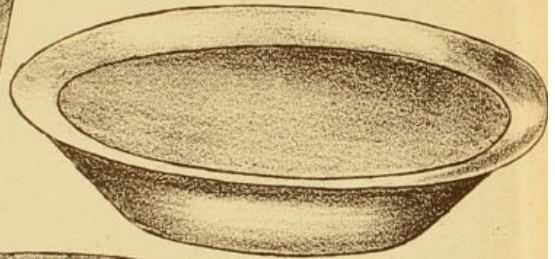


6. CALDERA.

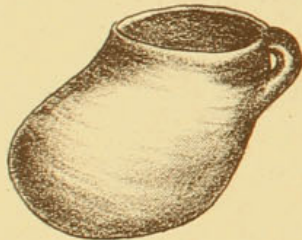
COLECCIÓN DEL MUSEO NACIONAL.



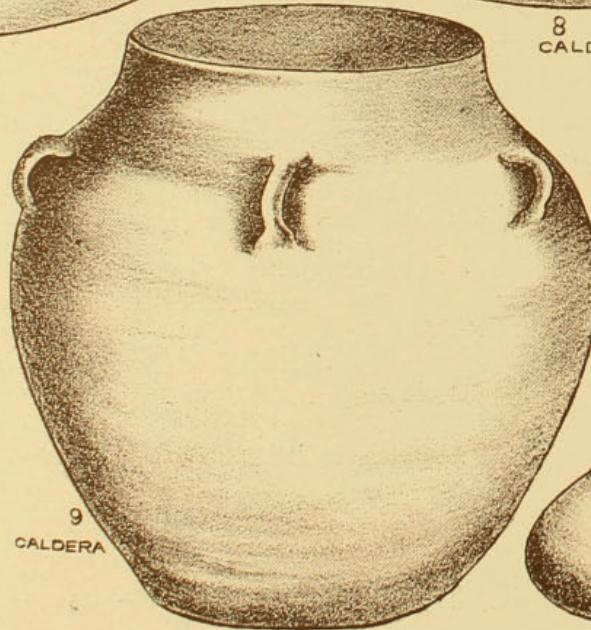
7. SAN JOSÉ DE FIGUCHEN.



8. CALDERA



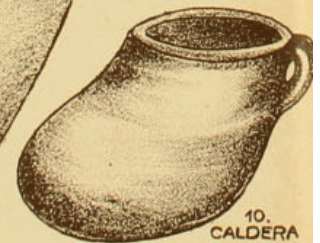
11. CALDERA



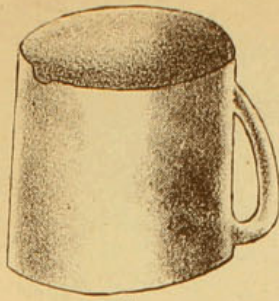
9. CALDERA



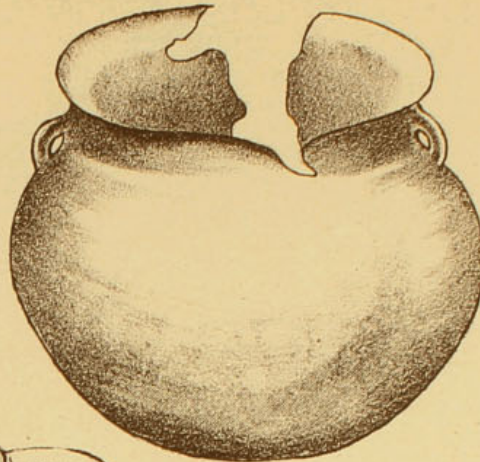
12. COMBARBALÁ



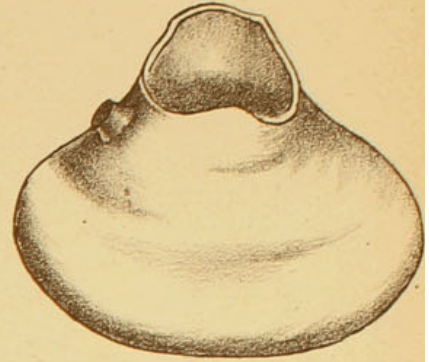
10. CALDERA



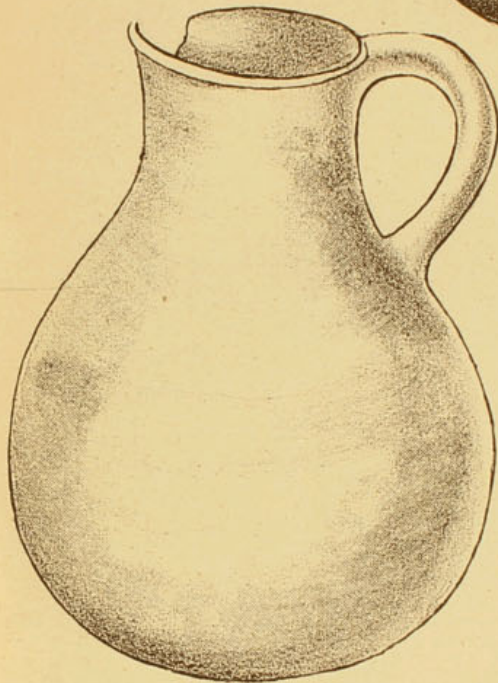
1.  
BELLAVISTA,  
DEPTO. DE QUILLOTA.



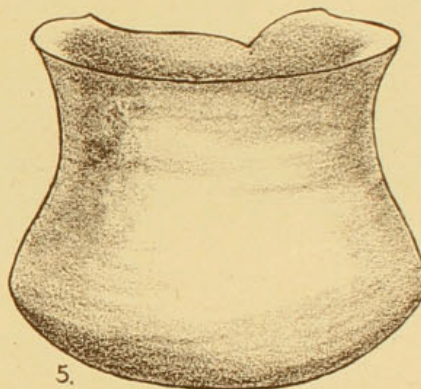
2.  
BELLAVISTA.



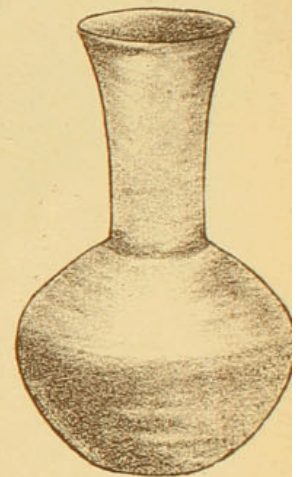
3.  
SAN ROQUE,  
DEPTO. DE LOS ANDES.



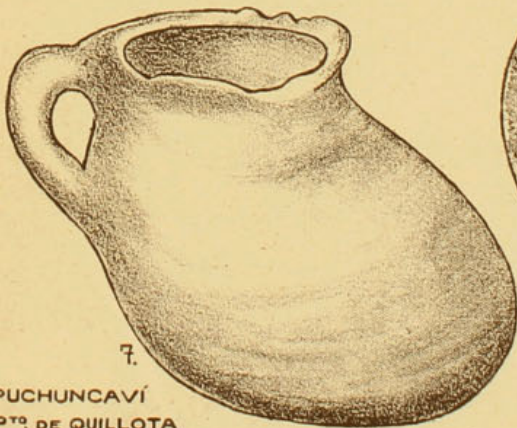
4.  
LA FLORIDA.



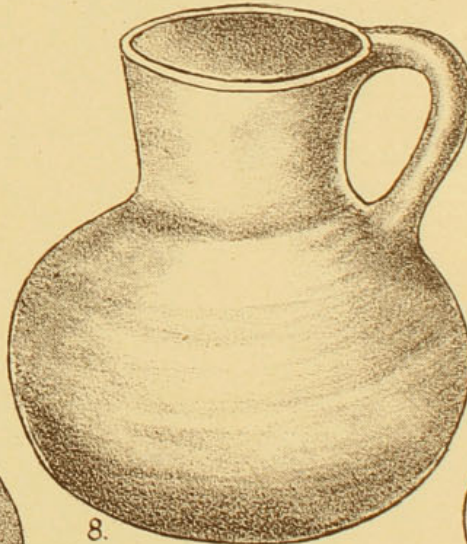
5.  
LA FLORIDA,  
DEPTO. DE SAN FELIPE.



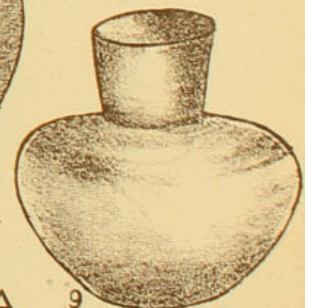
6.  
PETORCA.



7.  
PUCHUNCAVÍ  
DEPTO. DE QUILLOTA.

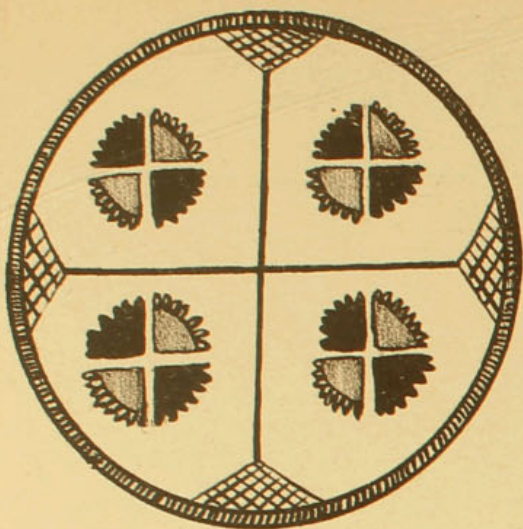


8.  
FIGUCHÉN  
DEPTO. DE PUTAENDO  
ALFARERIA ROJA

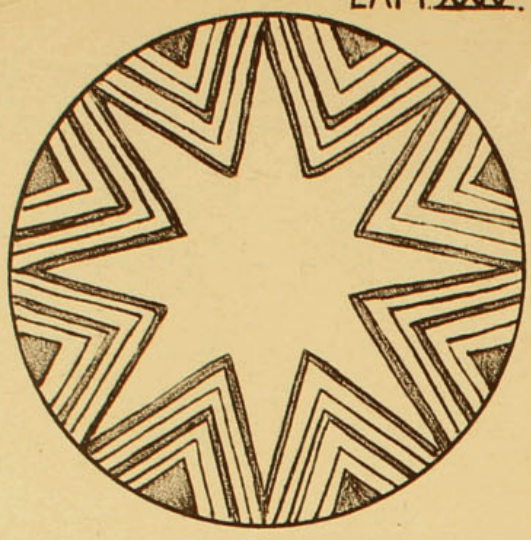


9  
PETORCA.

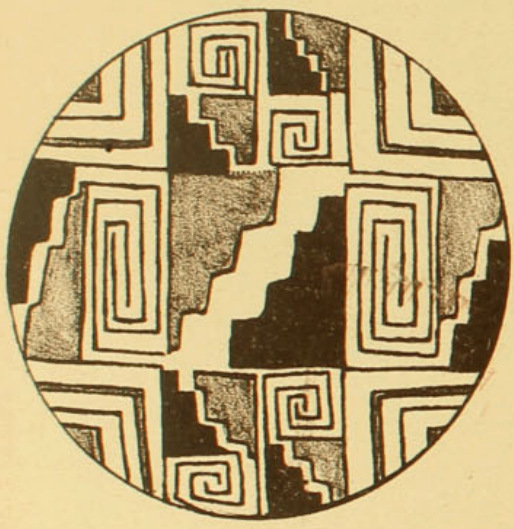




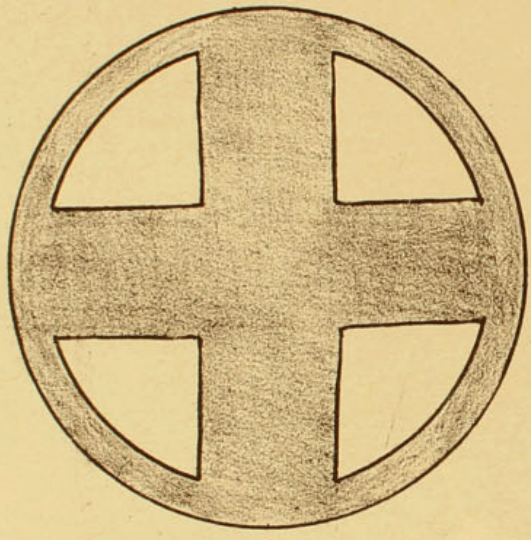
1.



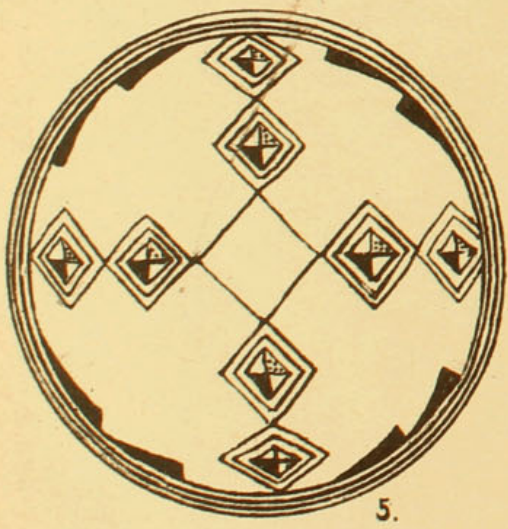
2.



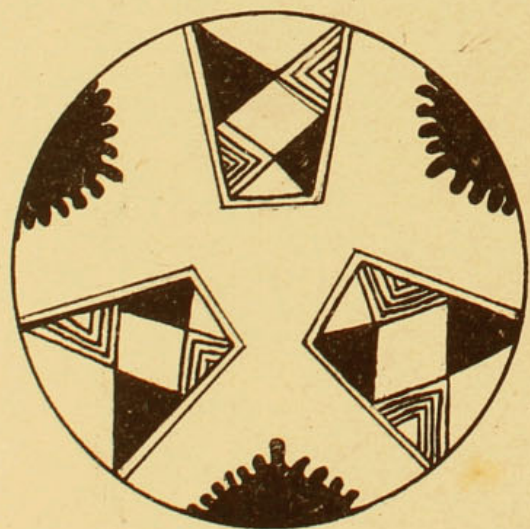
3.



4.

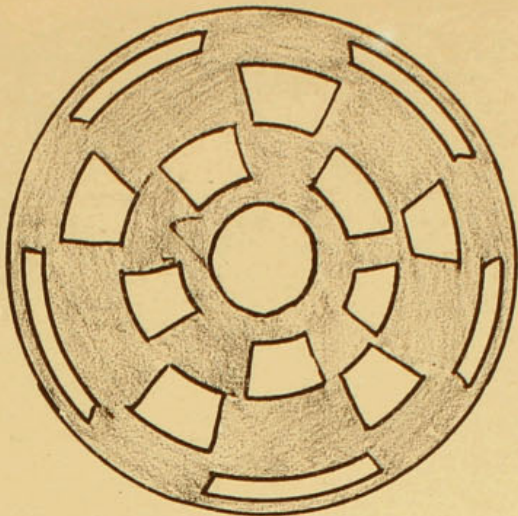


5.

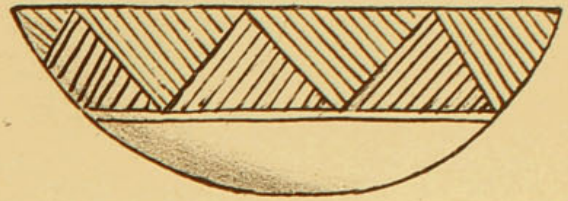


6.

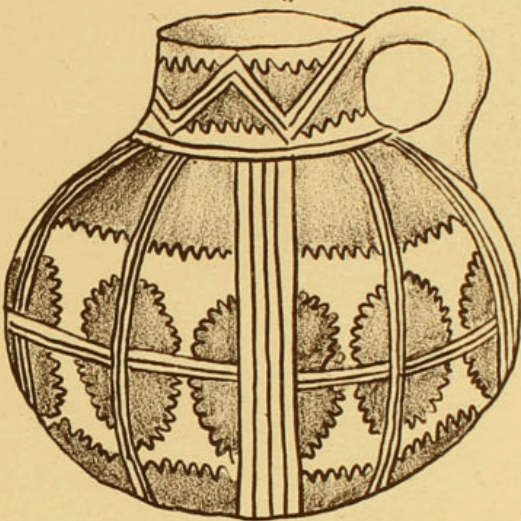
PLATOS DEL VALLE DE ACONCAGUA



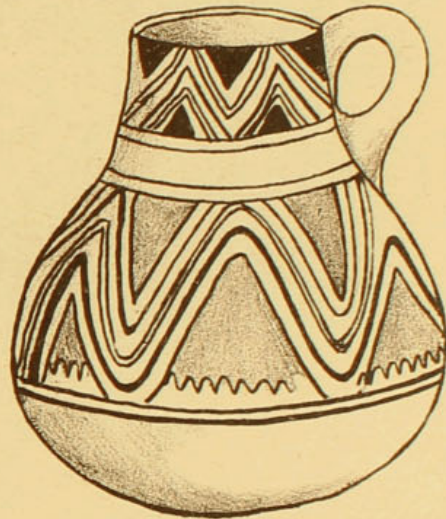
1.



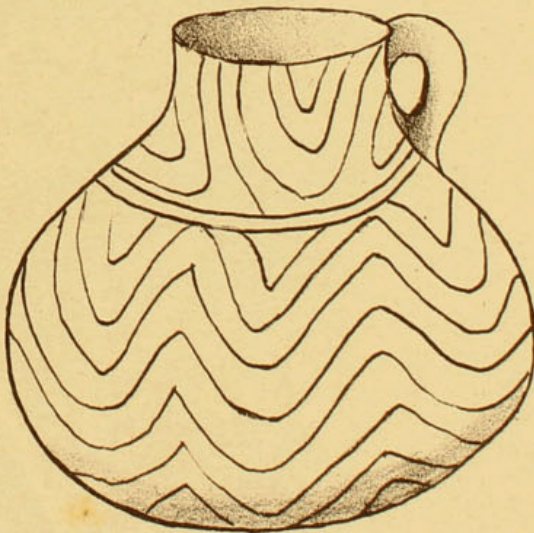
1a.



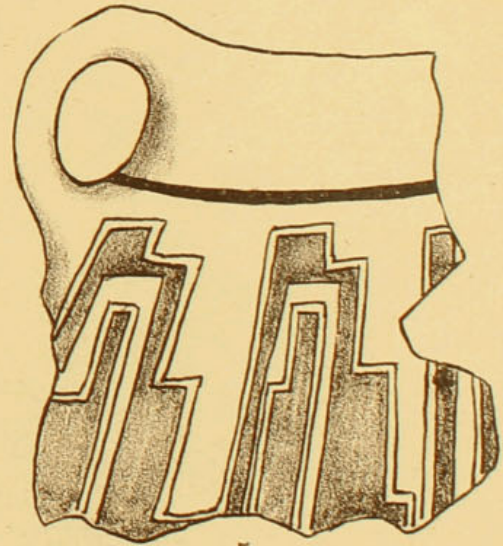
2.



3.



4.

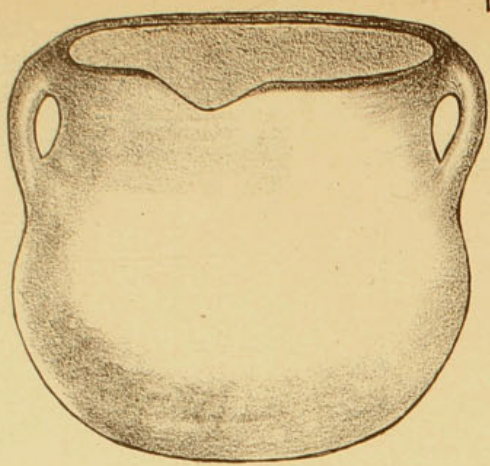


5.

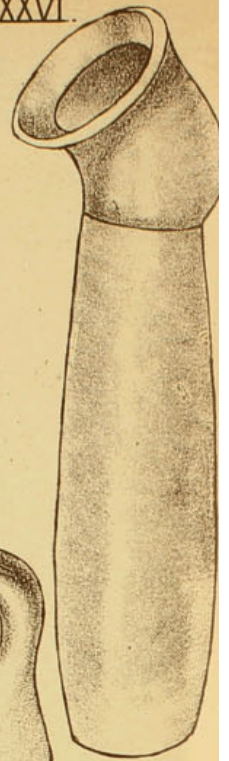
ALFARERIA DEL VALLE DE ACONCAGUA



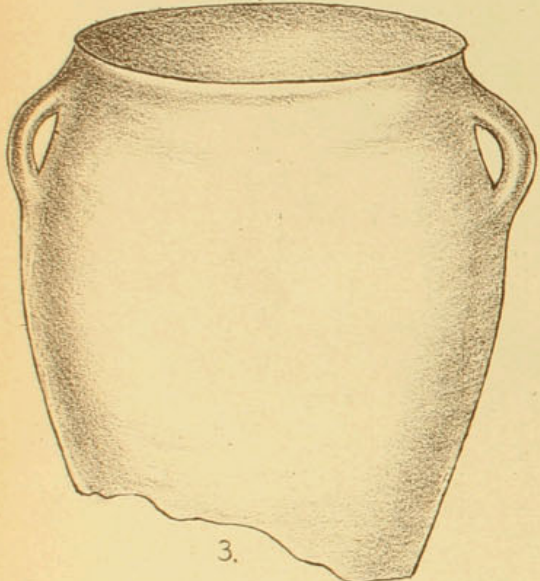
1.



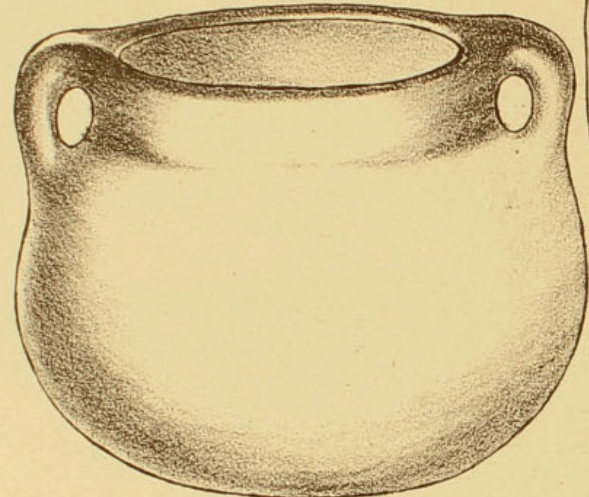
2.



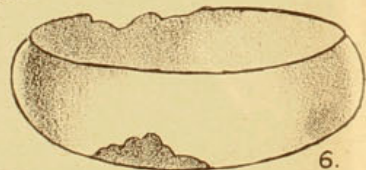
5.



3.



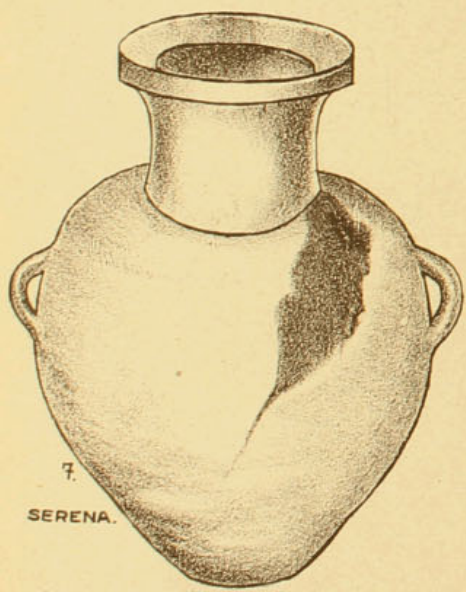
4.



6.

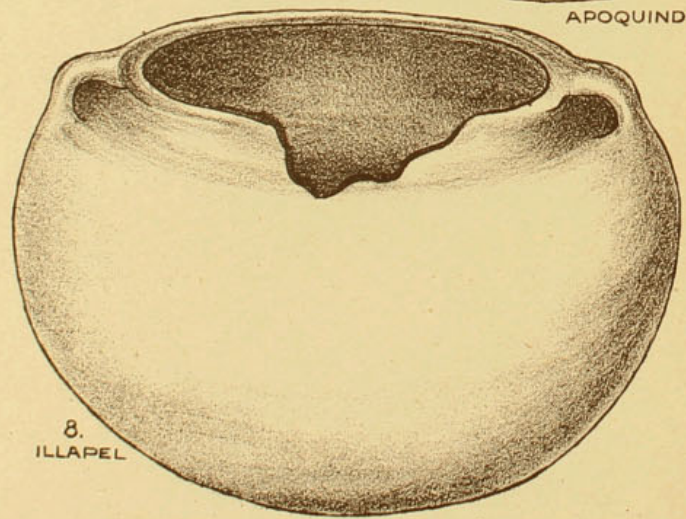
CARTAJENA.  
COL. DELS<sup>o</sup>. TORIBIO MEDINA.

APOQUINDO.



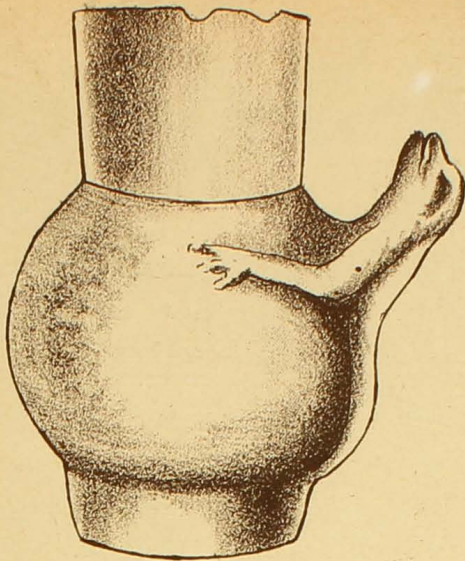
7.

SERENA.

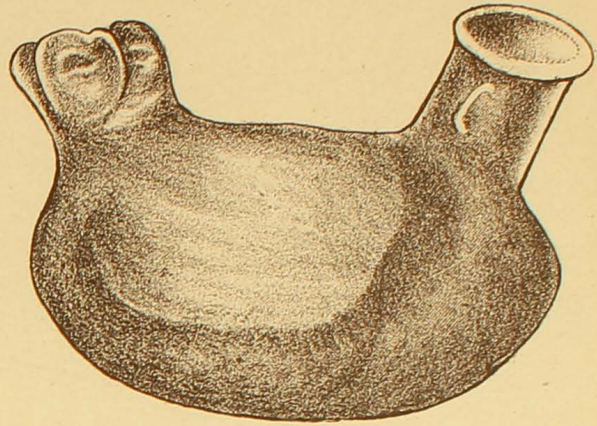


8.

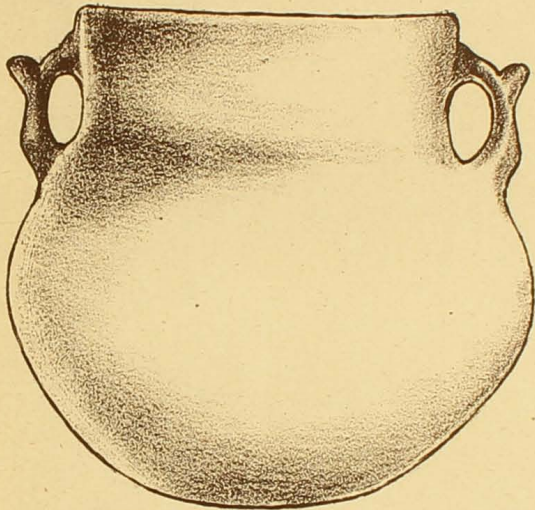
ILLAPEL



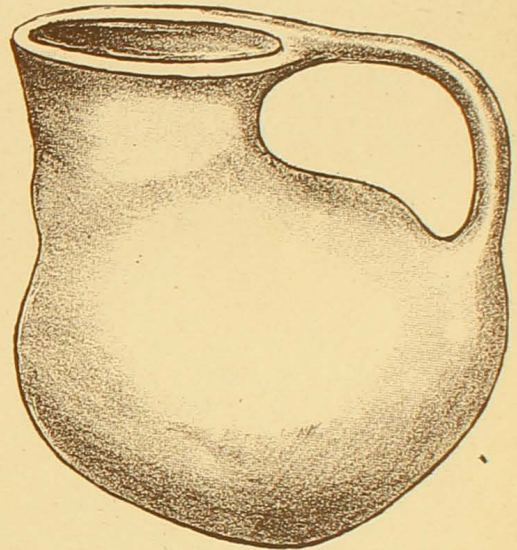
1.



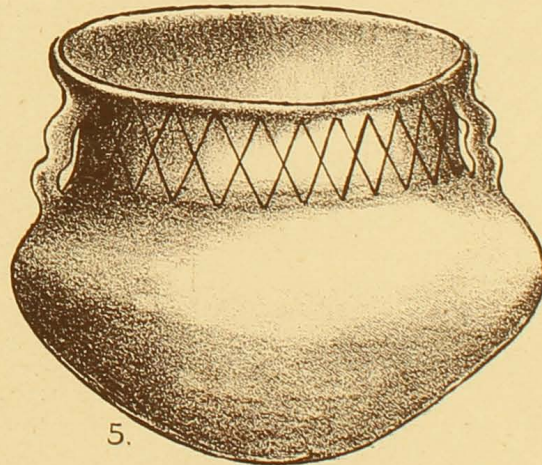
2.



3.

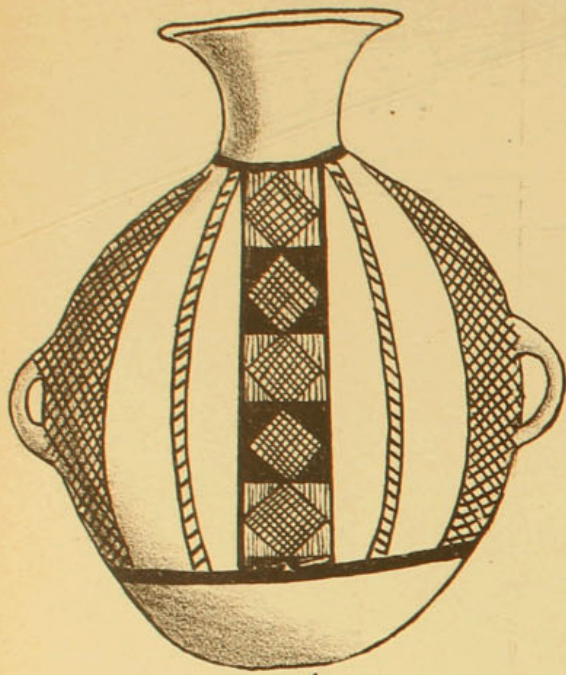


4.

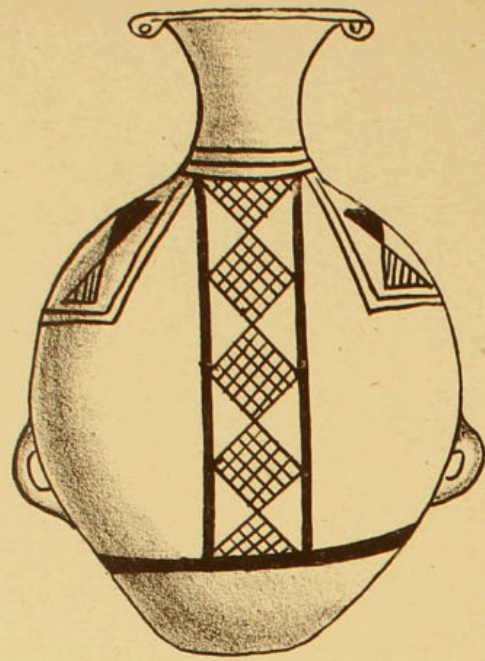


5.

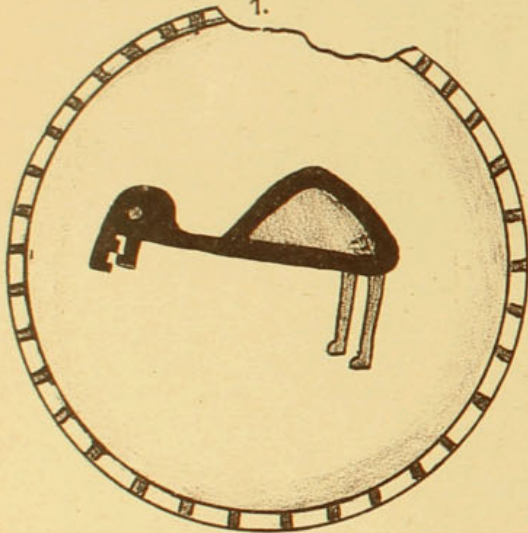
LOLLEO.  
COL. DEL DR. AURELIANO OYARZÚN.  
ALFARERIA DE LA COSTA.



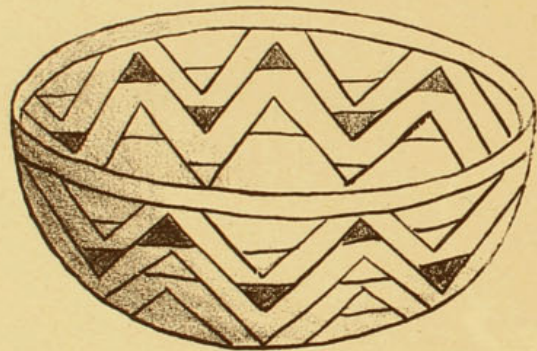
1.



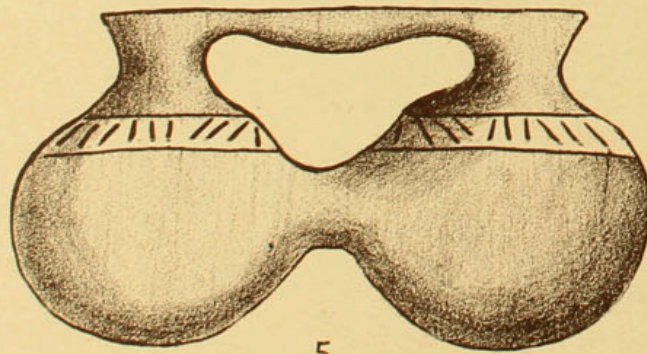
2.



3.

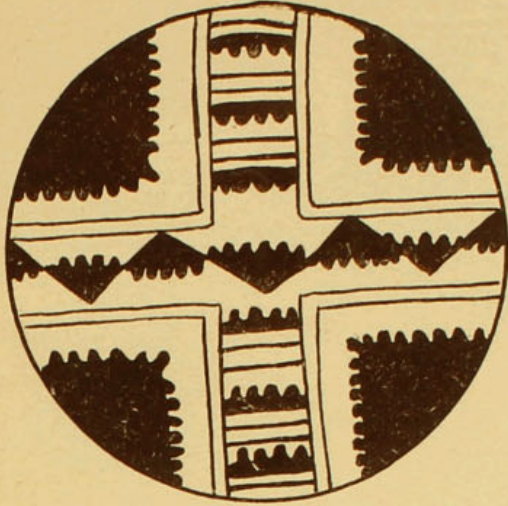


4.

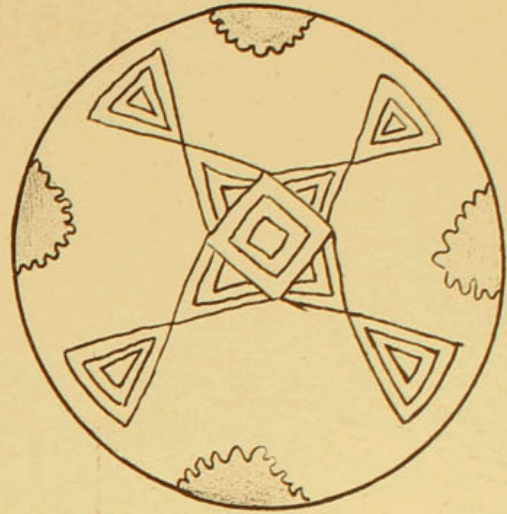


5.

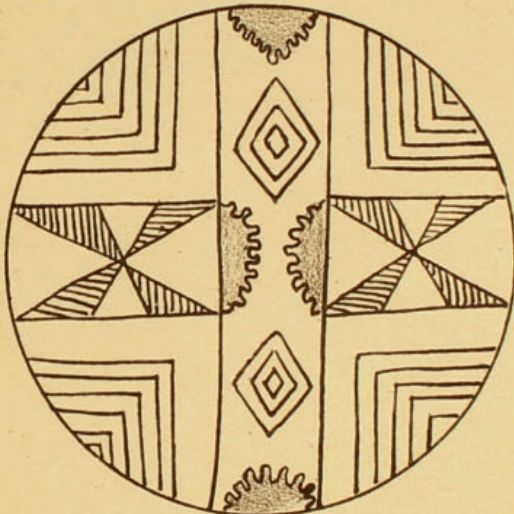
ALFARERIA DE SANTIAGO.



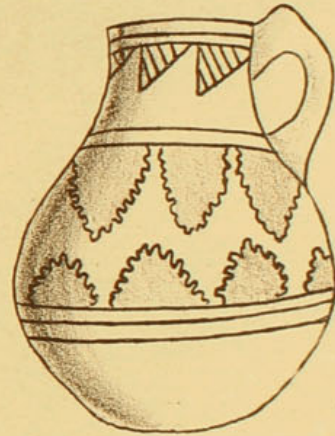
1.  
PAINE.



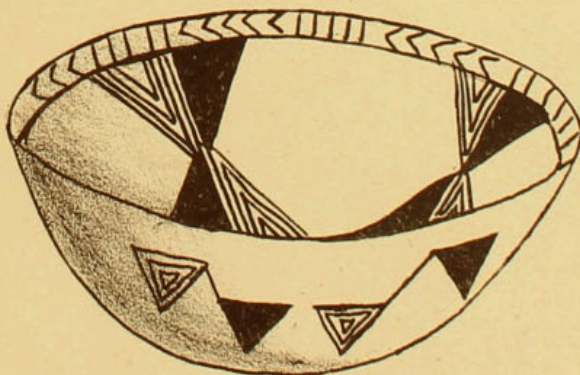
2  
COINCO



3.  
PELEQUEN



4.  
PELEQUEN



5.  
CODEGUA

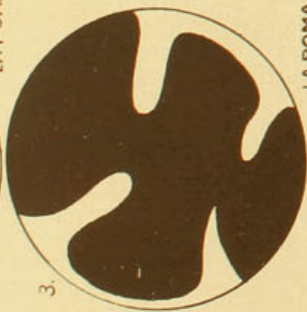


6.  
ÑUÑO A

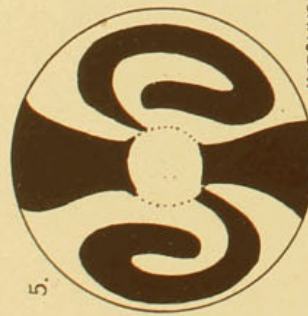
PROVINCIAS CENTRALES.



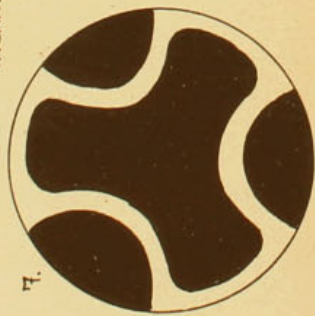
LA POMA.



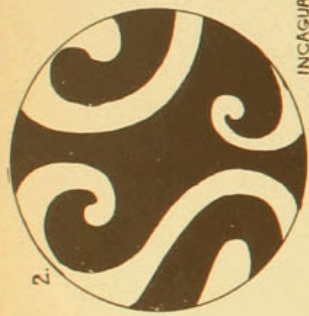
LA POMA.



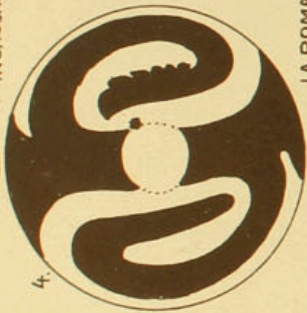
INCAHUASI.



LA POMA.



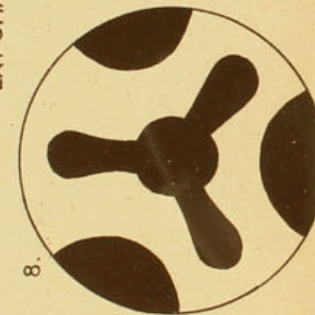
INCAJURSI.



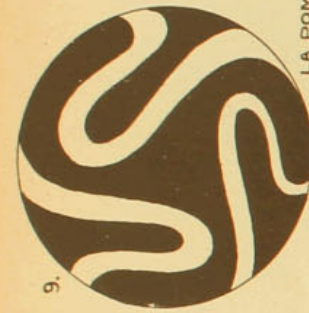
LA POMA.



LA POMA.



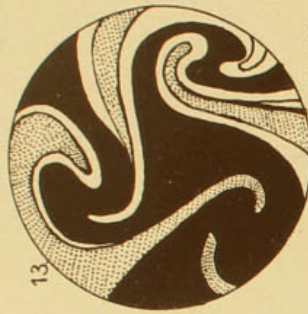
LA POMA.



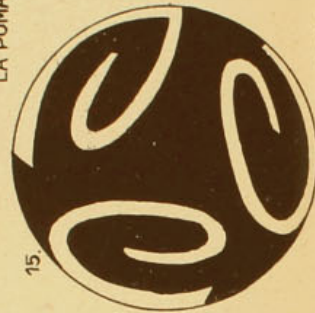
LA POMA.



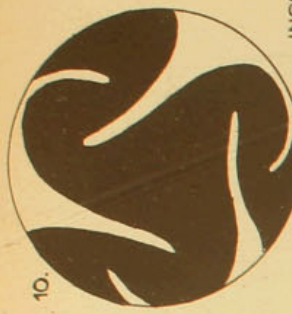
LA POMA.



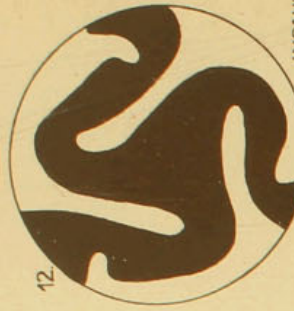
LA POMA.



LA POMA.



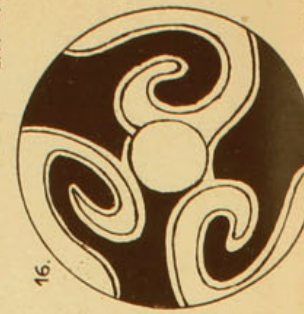
INCAHUASI.



INCAHUASI.



LA POMA.

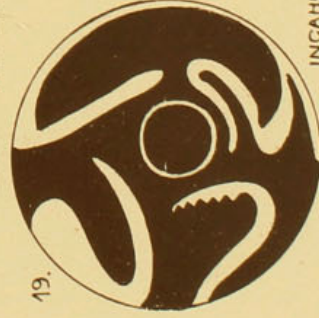


LA POMA.



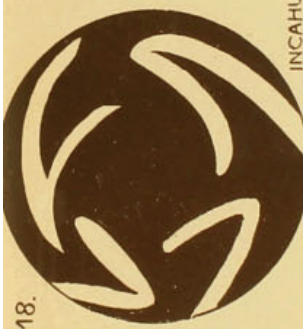
17.

LA POMA.



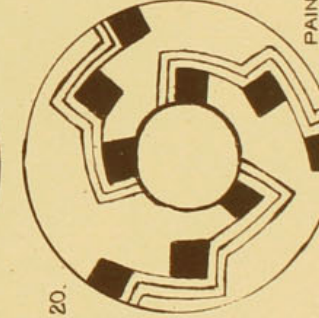
19.

INCAHUASI.



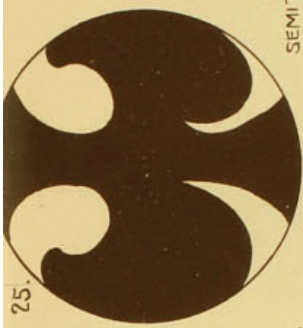
18.

INCAHUASI.



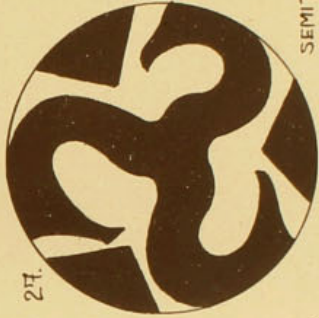
20.

PAINÉ. C.



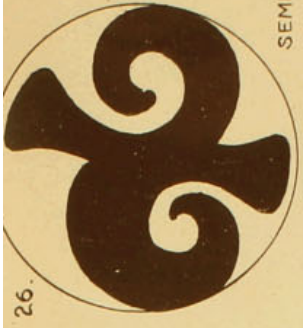
25.

SEMITA. C.



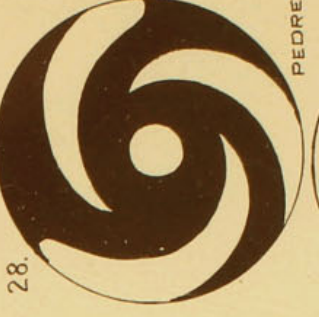
27.

SEMITA. C.



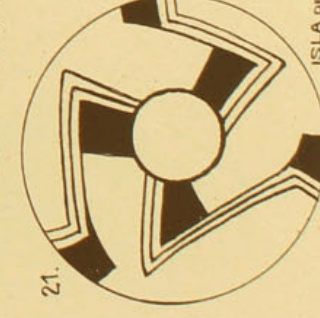
26.

SEMITA. C.



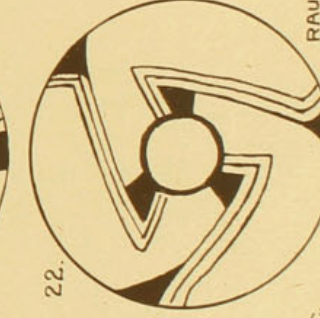
28.

PEDREGALC.



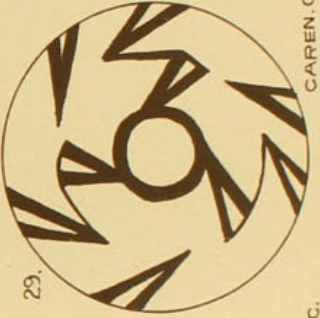
21.

ISLA DE MAIPO. C.



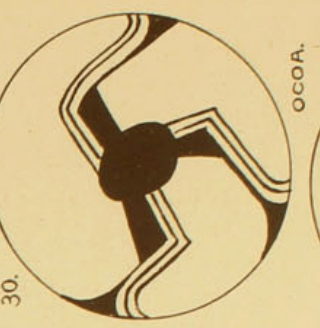
22.

RAUTEN. C.



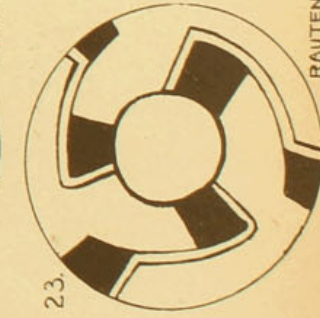
29.

CAREN. C.



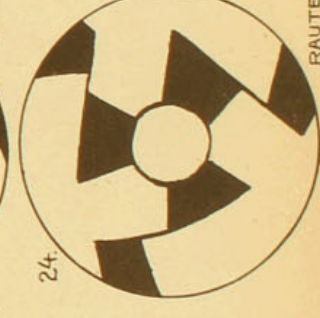
30.

OCHOA.



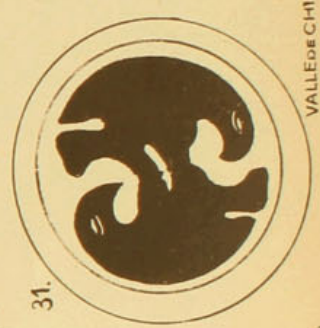
23.

RAUTEN. C.



24.

RAUTEN. C.



31.

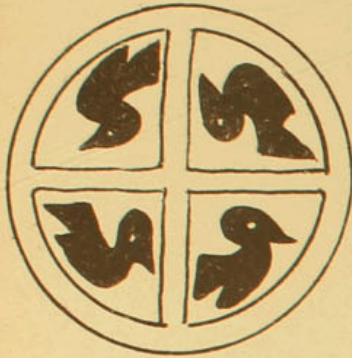
VALLE DE CHINCHA



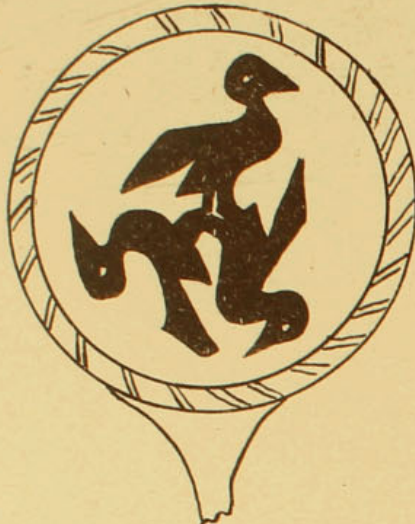
32.

VALLE DE CHINCHA

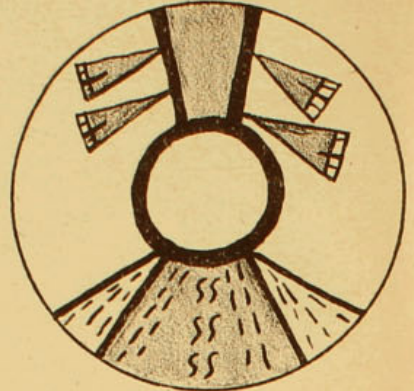




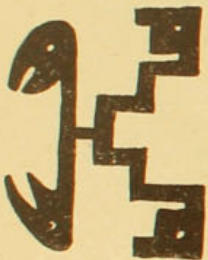
33.  
VALLE DE CHINCHA



34.  
PTA. DE HUACAS.



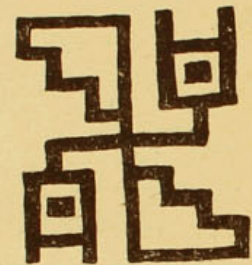
35.  
ICA.



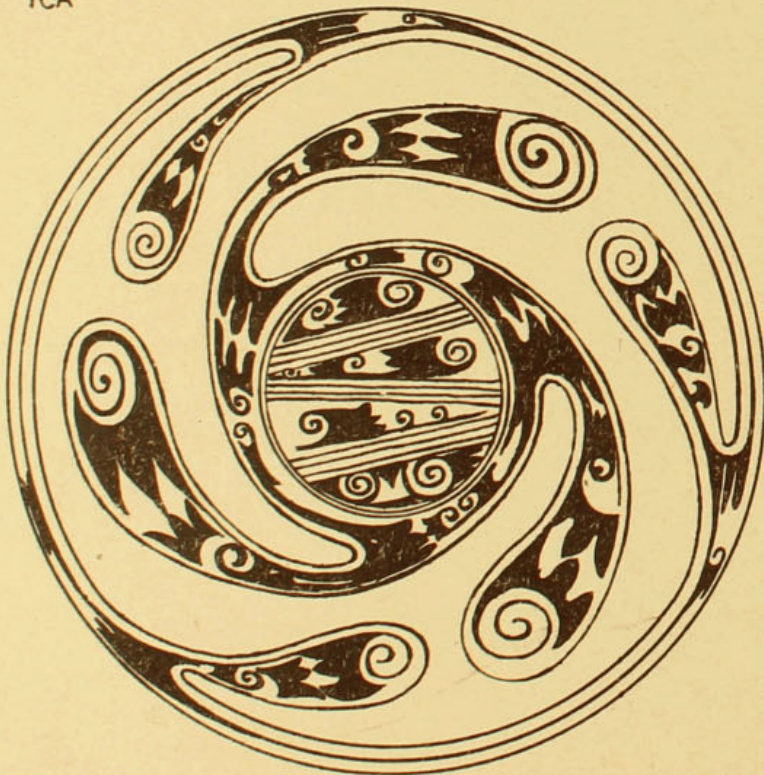
36.  
ICA



38.  
ICA



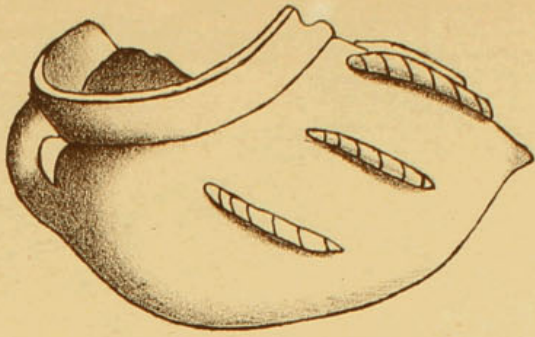
37.  
ICA



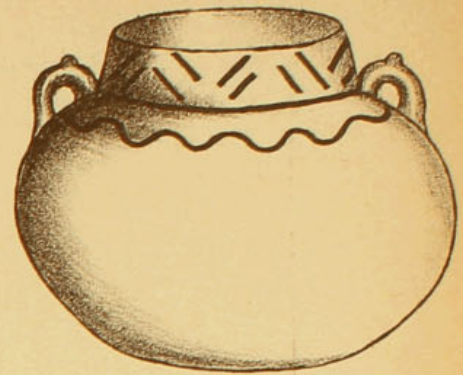
40.  
RIO TAGONE.  
(PROV. ANTOFAGASTA)



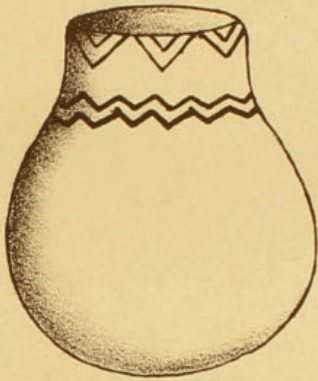
39.  
CAÑETE.



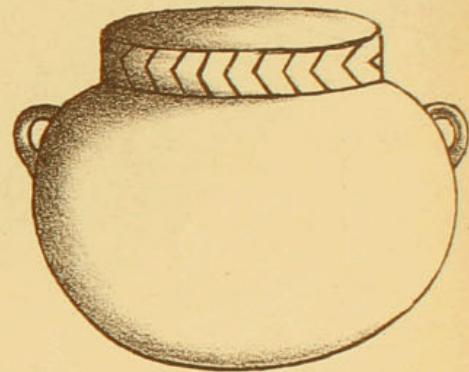
1.  
COQUIMBO.



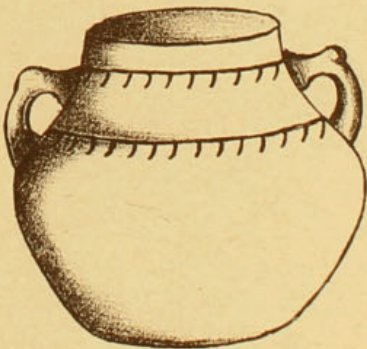
2.  
PICHILEMU.



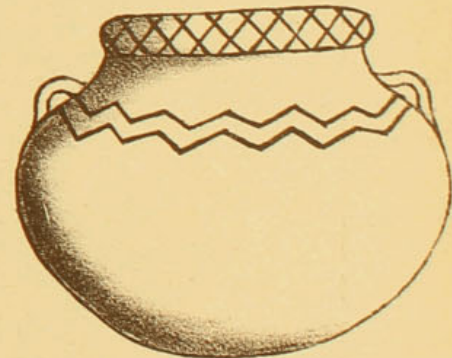
3.  
VICHUQUEN.



4.  
IDANGUE.

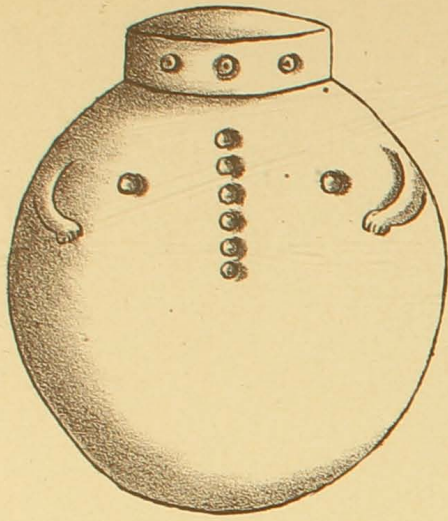


5.  
PEUMO.

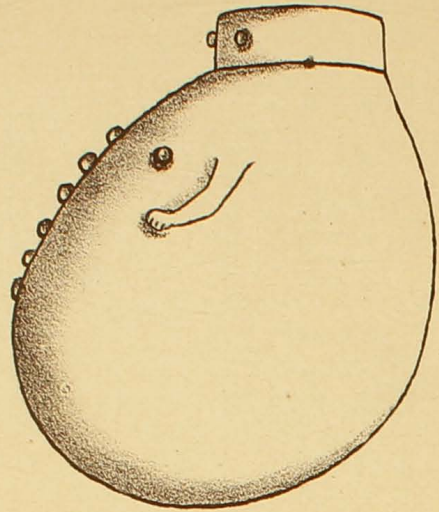


6.  
ALHUE.

ALFARERIA GRABADA.

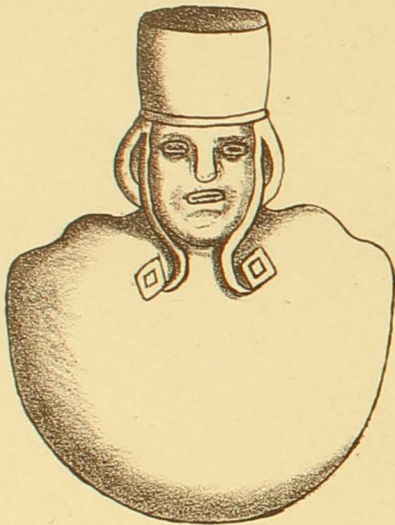


1.



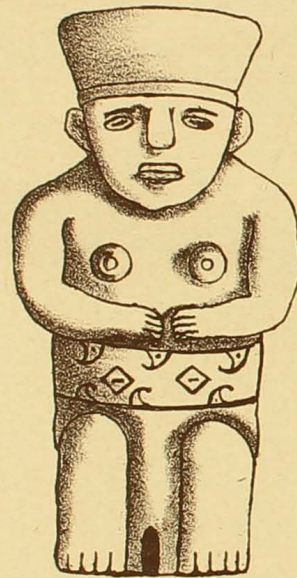
1a

CAMPANARIO.



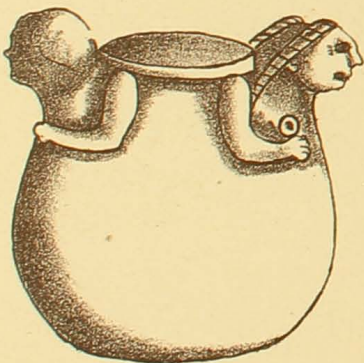
2.

PETORCA.



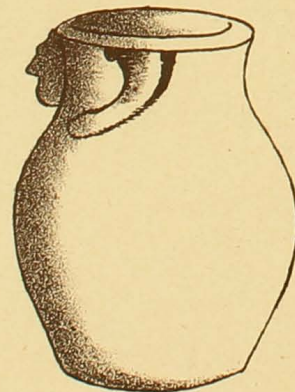
3

CALDERA.



4.

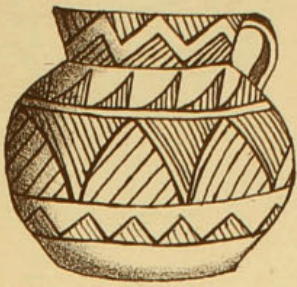
QUILIMARÍ



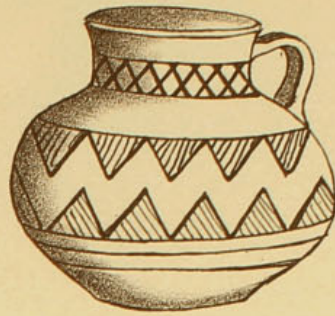
5.

COGOTÍ.

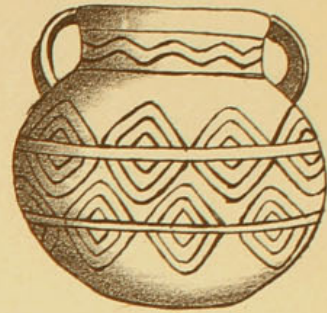
ALFARERIA ANTROPOMORFA



1.



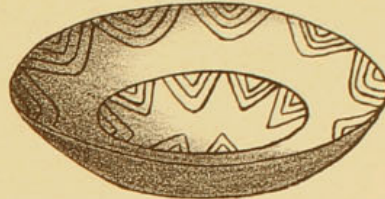
2.



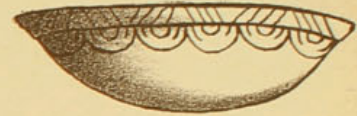
3.



4.

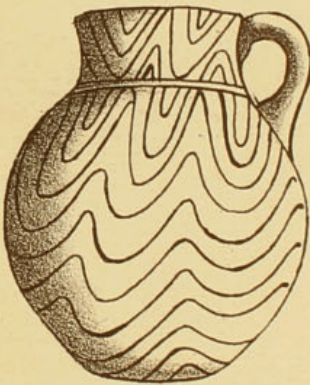


5.



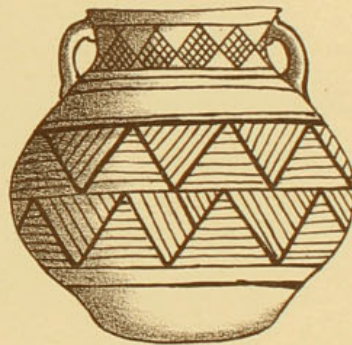
6.

ALFARERIA DE PETEROA



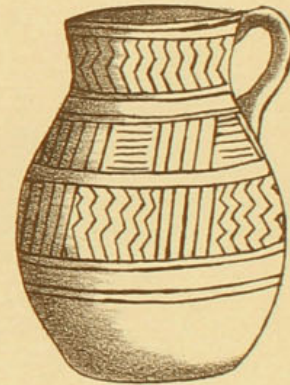
7.

GUAICO



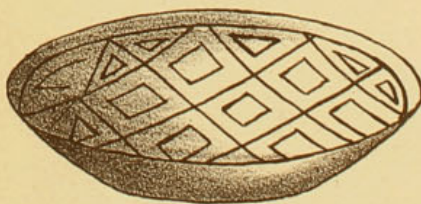
8.

LOLOL.



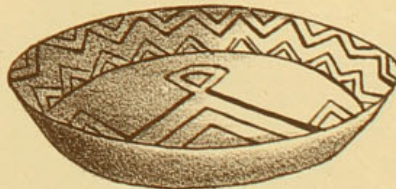
9.

LOLOL.



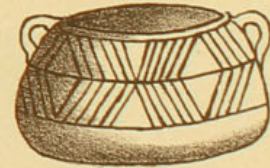
10.

PERALILLO.



11.

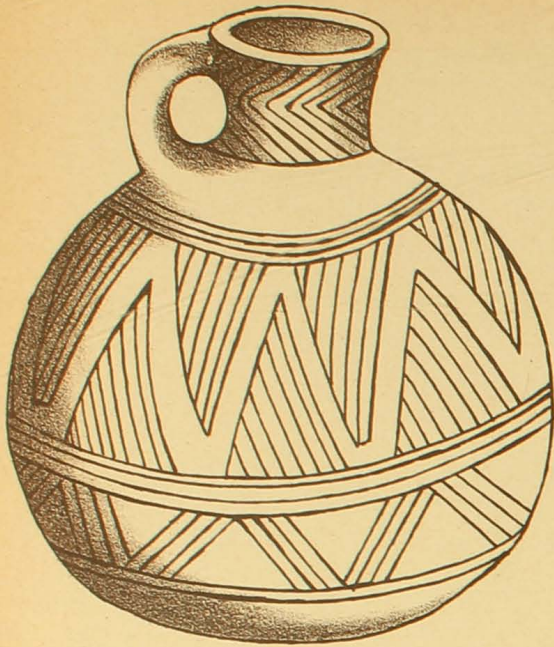
CUNACO



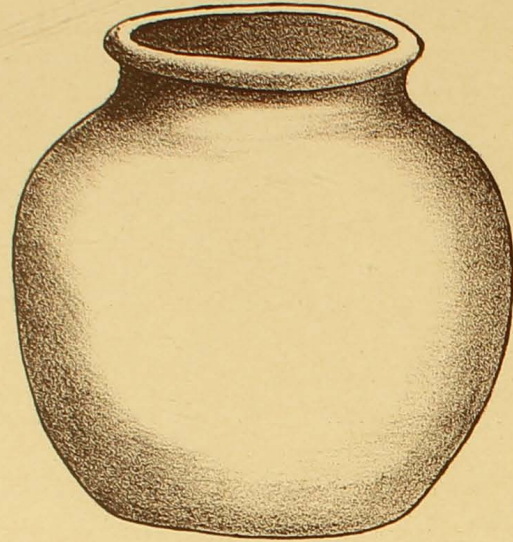
12.

PALMILLA.

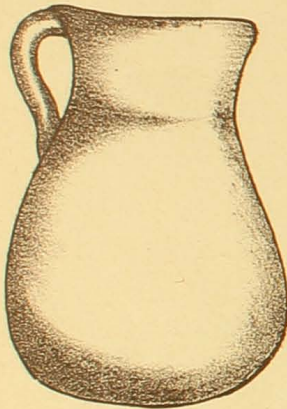
ALFARERIA DE LAS PROVINCIAS DE COLCHAGUA Y CURICÓ.



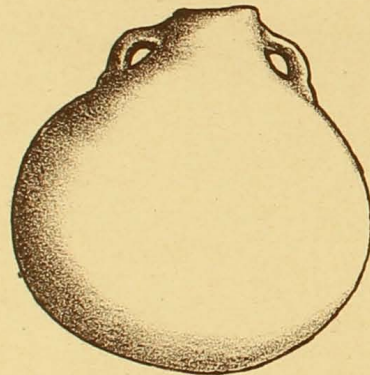
1.  
NINHUE



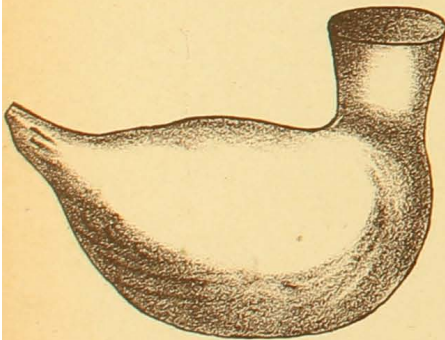
2.  
HUECHUPIN.



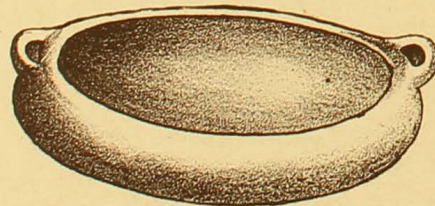
3.  
COIHUECO.



4.  
CATENTOA

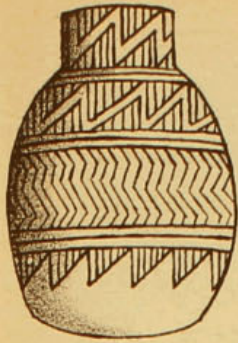


5  
POCILLAS



6.  
COELEMU

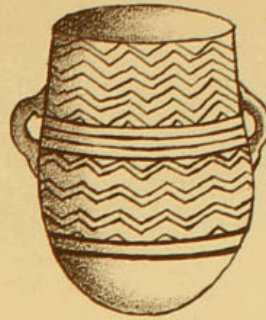
ALFARERIA MAULE-ITATA



1.  
NANCAHUA.



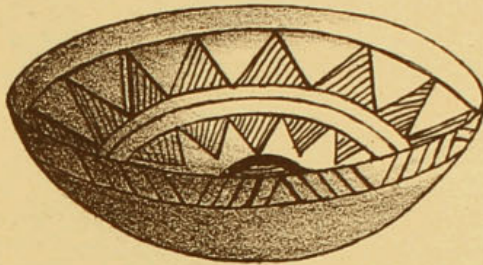
2.  
PIDIHUINCO.



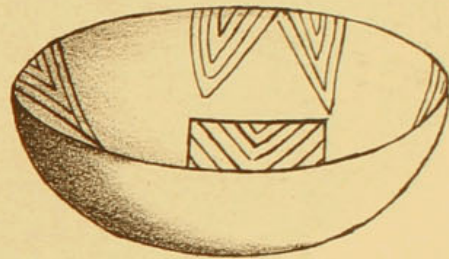
3.  
ALHUE.



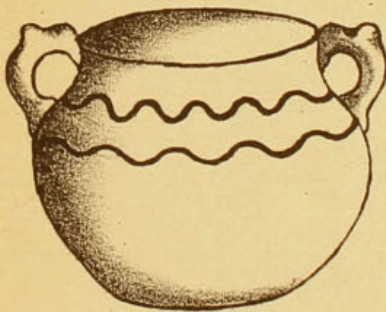
4.  
GUALAÑÉ.



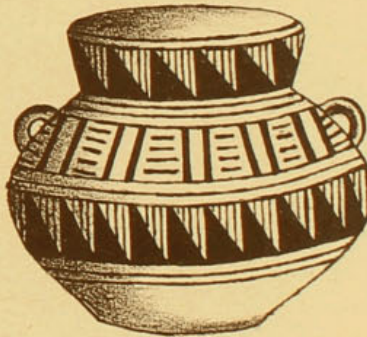
5.  
CUREPTO.



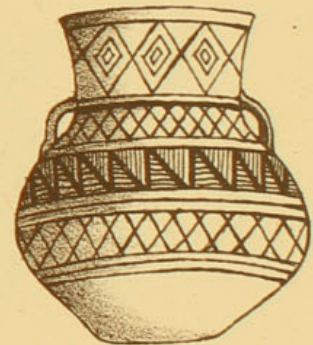
6.  
CUREPTO.



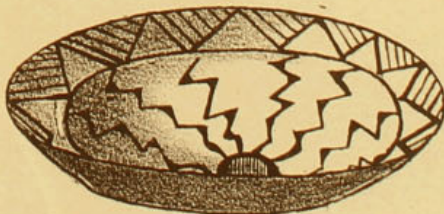
7.  
DUAO.



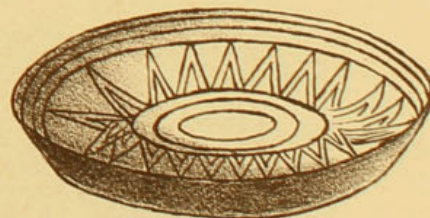
8.  
COLIN.



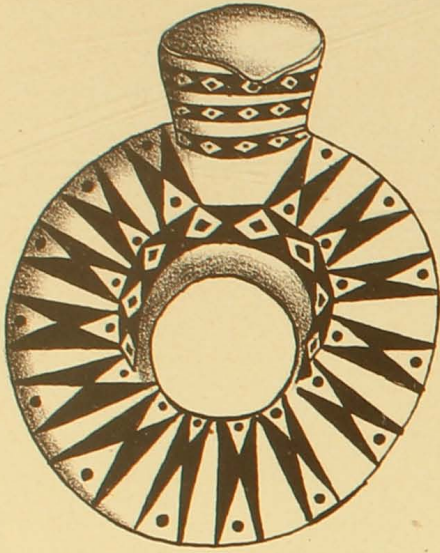
9.  
COLIN.



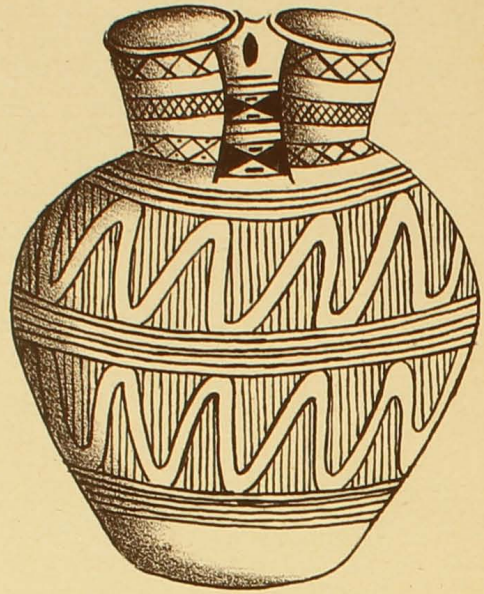
10.  
COLIN



11.  
COLIN.



1.



2.

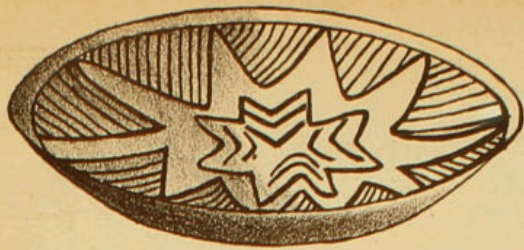


3.

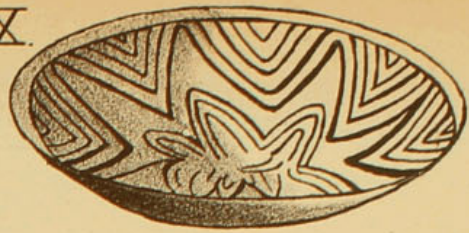


4.

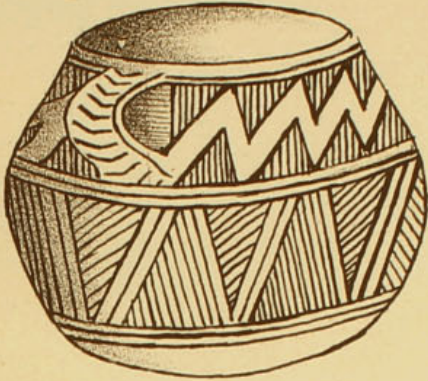
LANCO. TIPOS INCAICOS



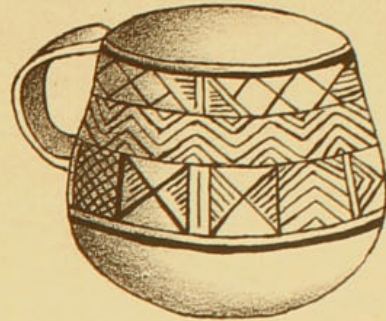
1.  
TIRUA.



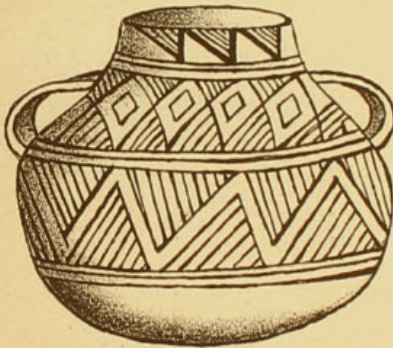
5.  
CONCEPCIÓN.



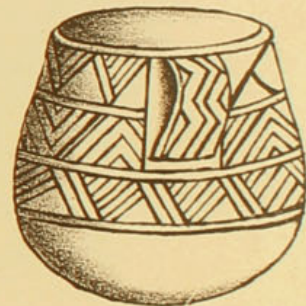
2.  
NIELOL



6.  
CONCEPCIÓN.



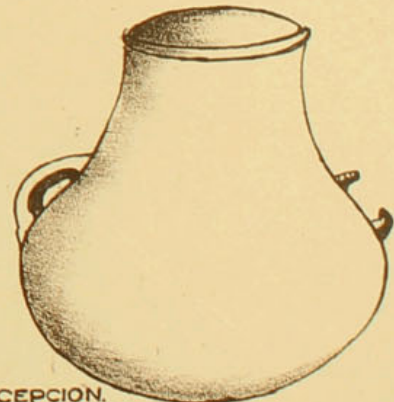
3.  
CHOL-CHOL.



7.  
CONCEPCIÓN.



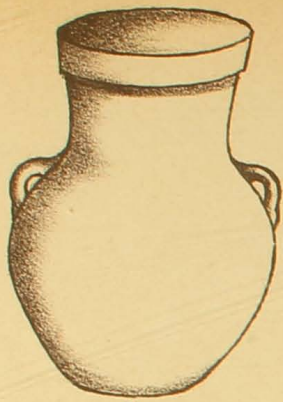
4.  
TRAIGUEN.



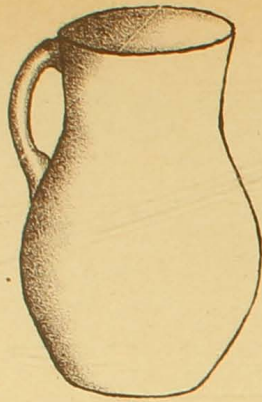
CONCEPCIÓN.

8.

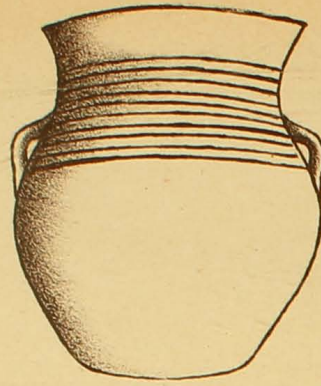




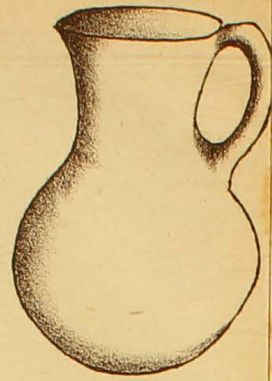
1.



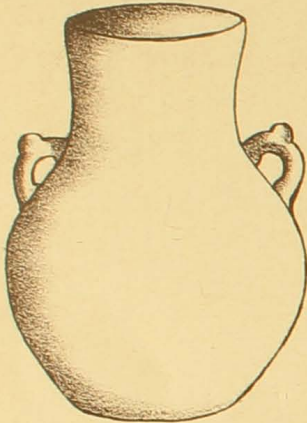
2.



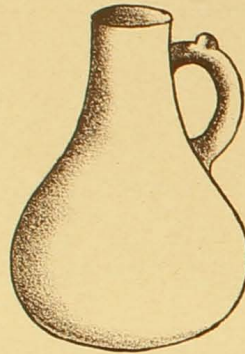
3.



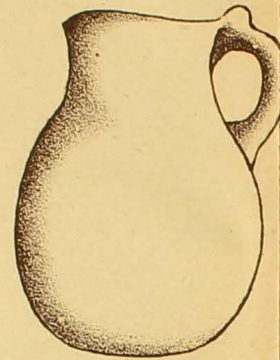
4.



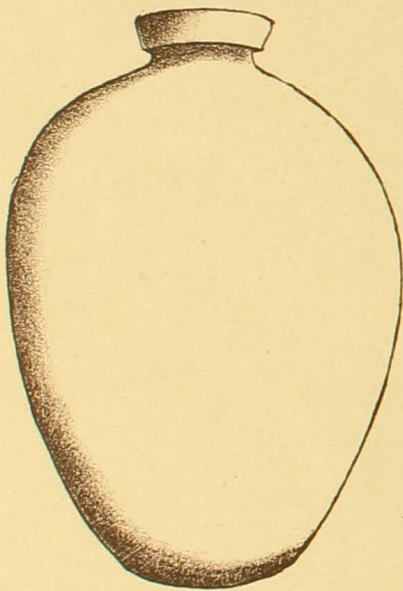
5.



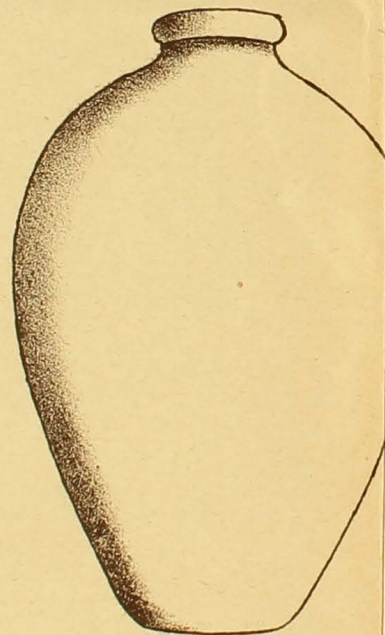
6.



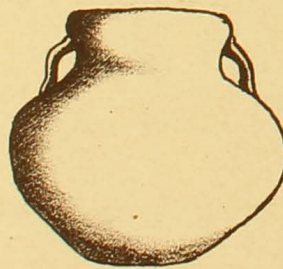
7.



8.

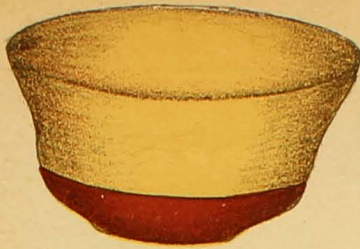


9.

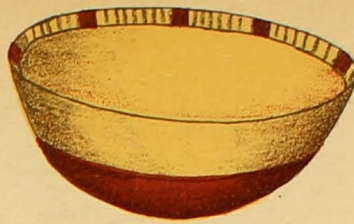


10.

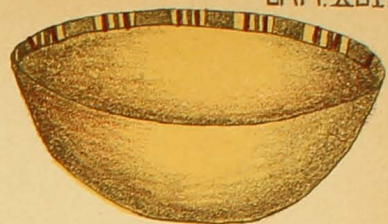
ALFARERIA DE LANCO (VALDIVIA)



1. CALDERA.



2. CALDERA.



3. CALDERA.



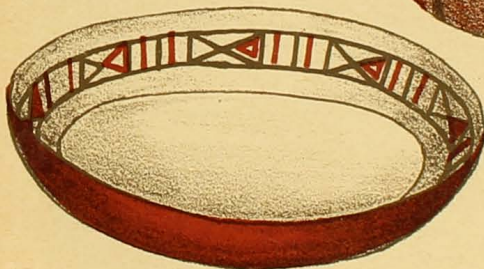
4. CALDERA.



6. FREIRINA.



5. COPIAPO.



7. FREIRINA.



8. VALLENAR.



9. FREIRINA.



10. VALLENAR.

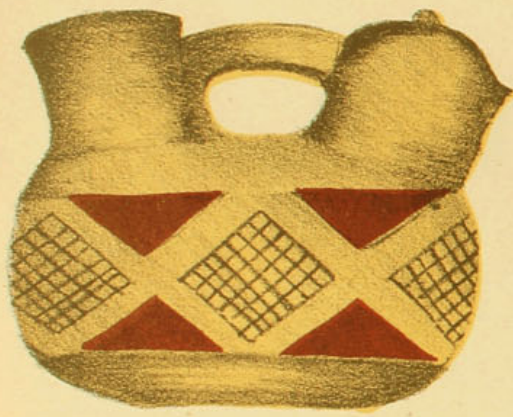
PROVINCIAS DIAGUITAS.



1.  
CALDERA.



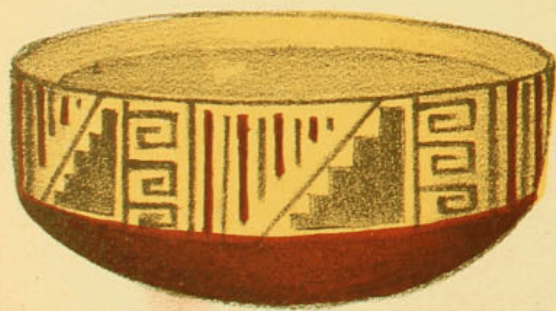
2.  
PAPOSO.



3.  
FREIRINA.



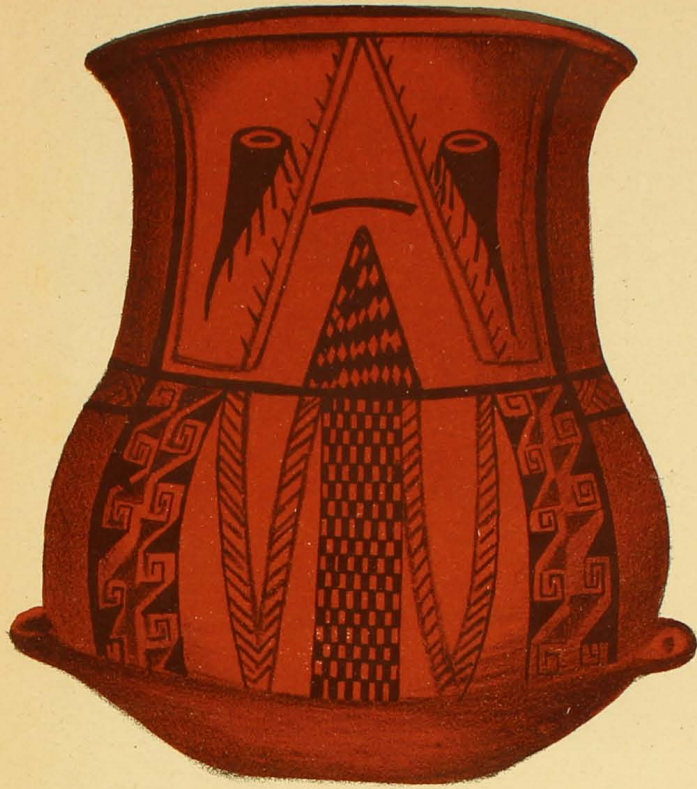
4.  
FREIRINA.



5.  
QUEBRADITA.



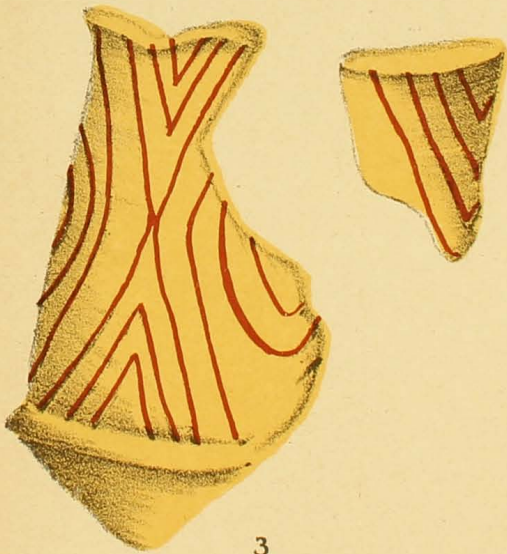
6.  
CALDERA



1.  
CHELLEPIN.



2.  
SAN FELIX.



3  
PAIHUANO.

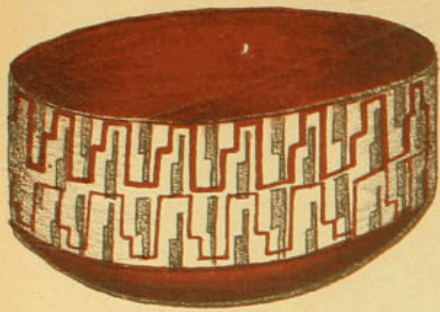


4  
SAN FELIX.

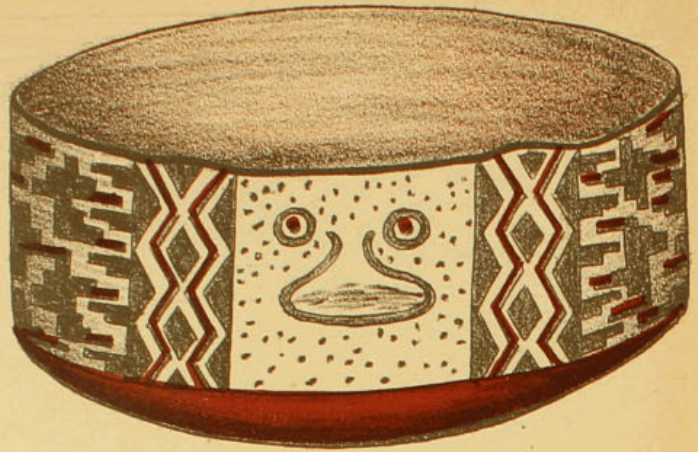


5.  
FREIRINA

ALFARERIA DIAGUITA.



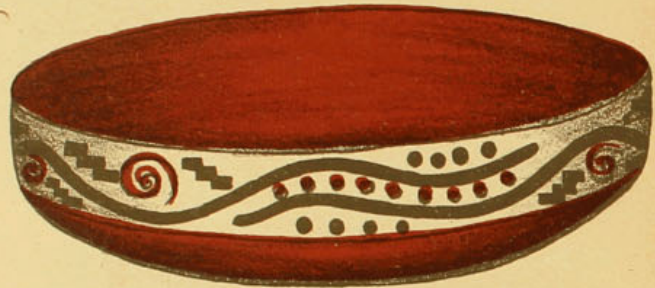
1.  
CALDERA.



2.  
CALDERA.



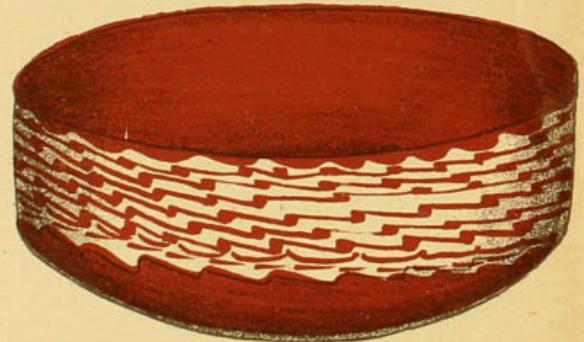
3.  
PAPOSO.



4.  
RIVADAVIA.  
DEPTO. DE ELQUI.



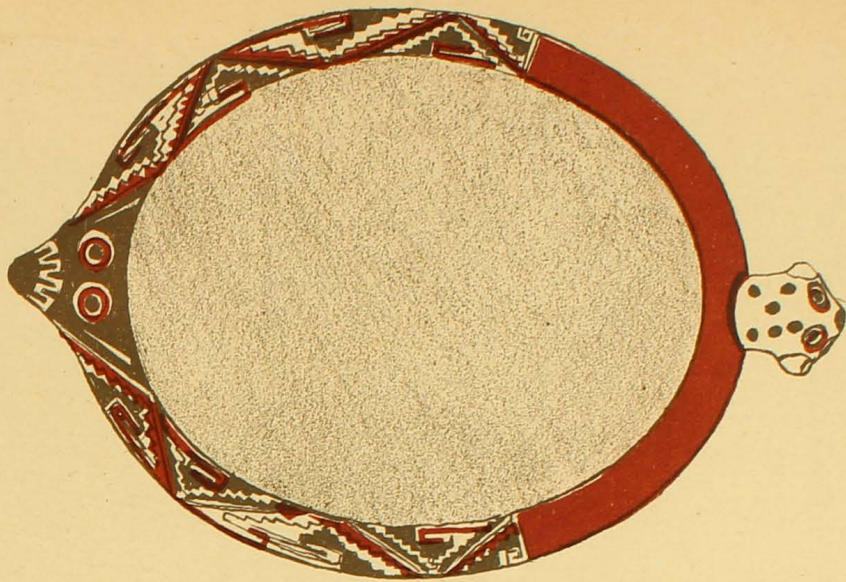
5.  
PUNTA DE TEATINOS.  
DEPTO. DE LA SERENA.



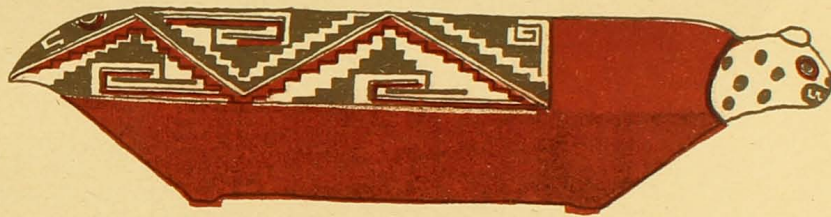
6.  
PLAZA DE LA SERENA.



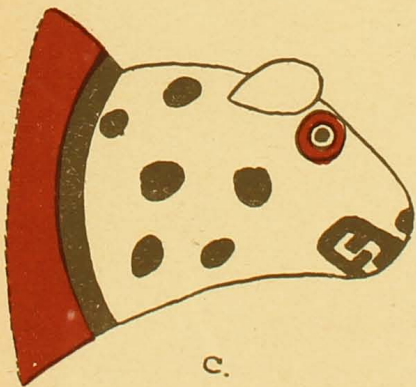
7.  
PUNTA DE TEATINOS.



a.



b.

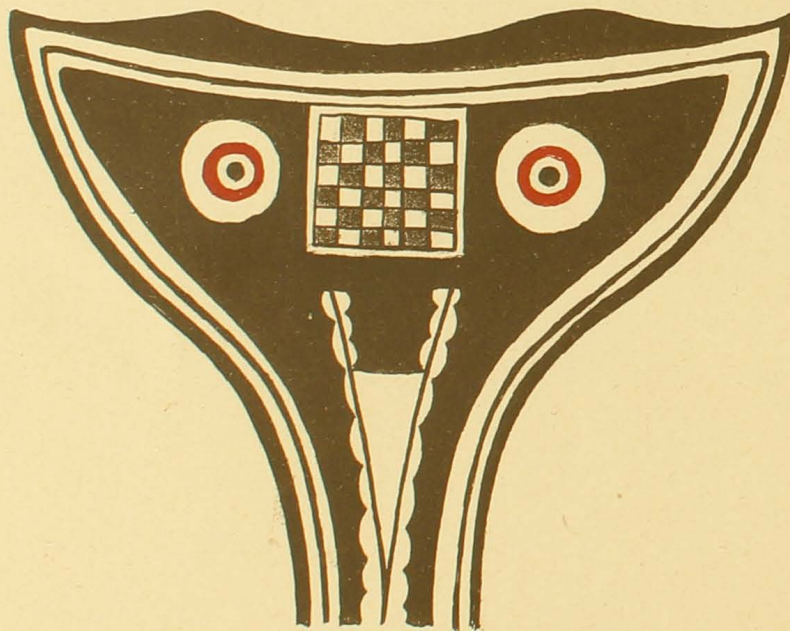
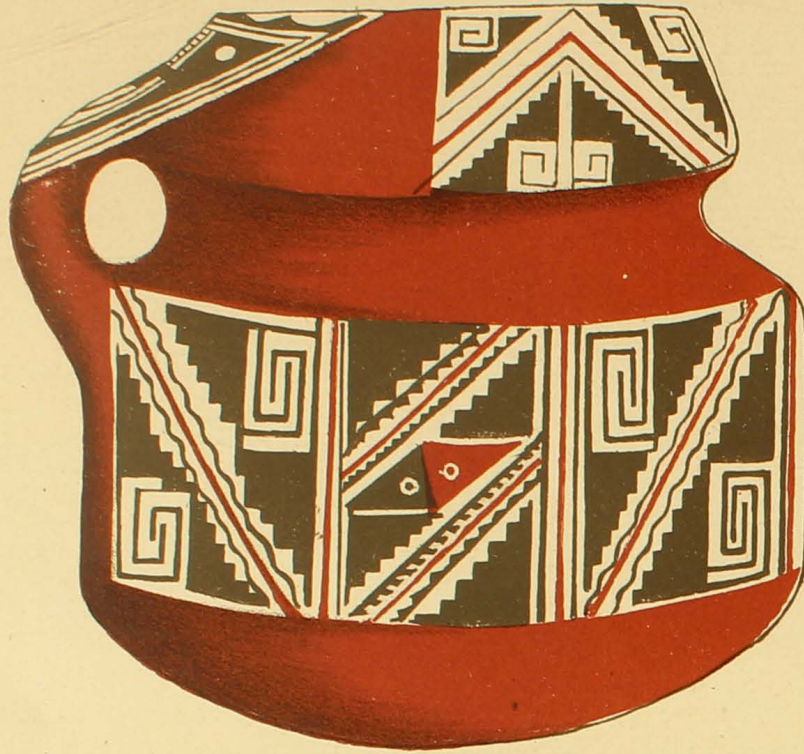


c.

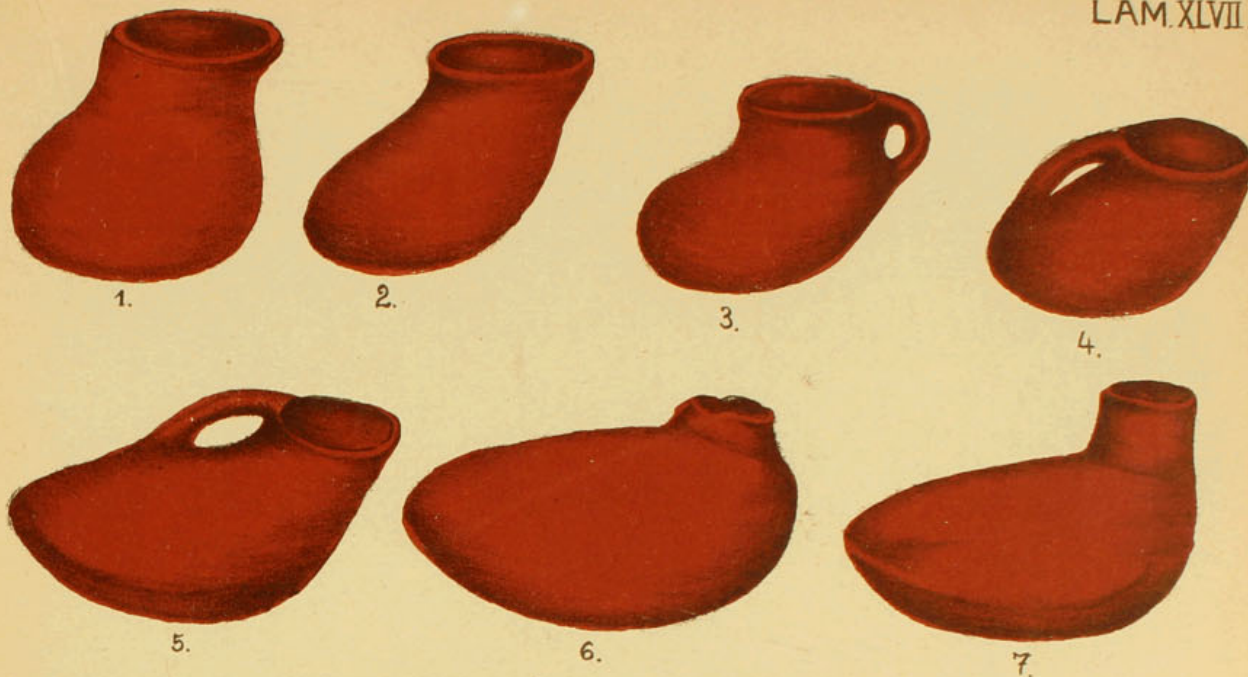


d.

CAMPANARIO.



CAMPANARIO.



LA EVOLUCIÓN DEL JARRO PATO.



TIPOS DE JARRO PATO.

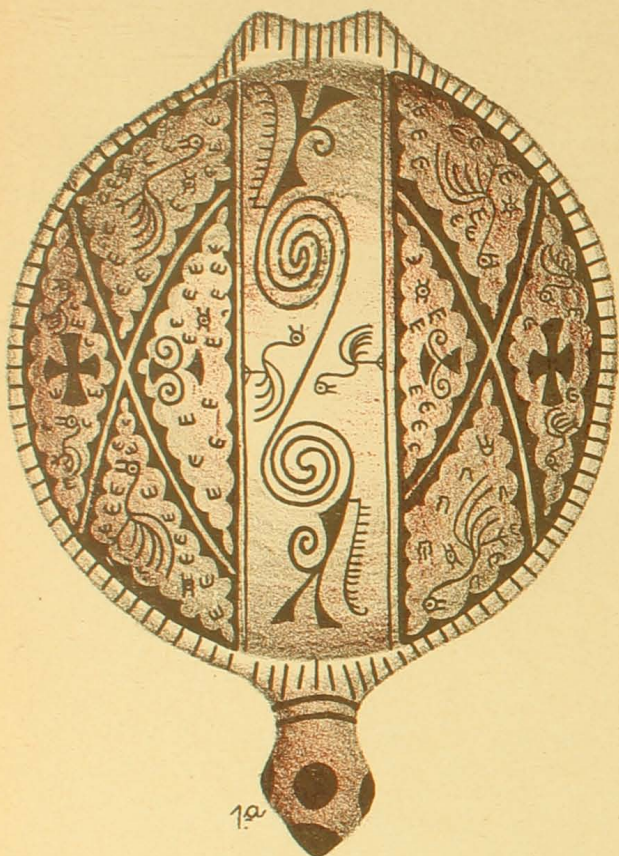




1.



2. CALDERA.  
COL. MUSEO NACIONAL



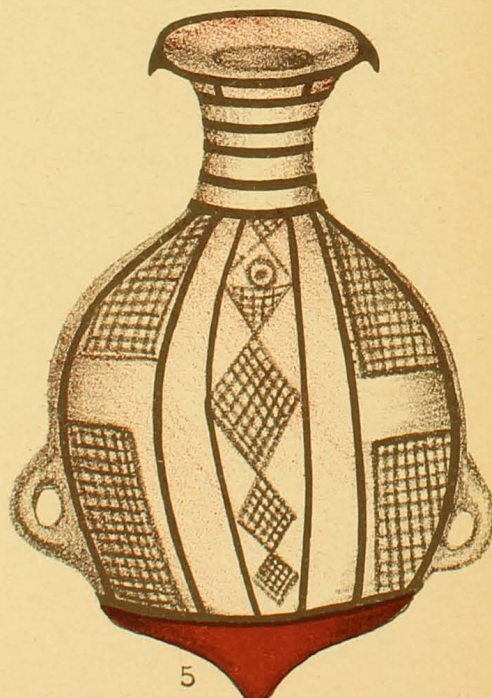
1a  
FREIRINA.  
COL. MUSEO NACIONAL



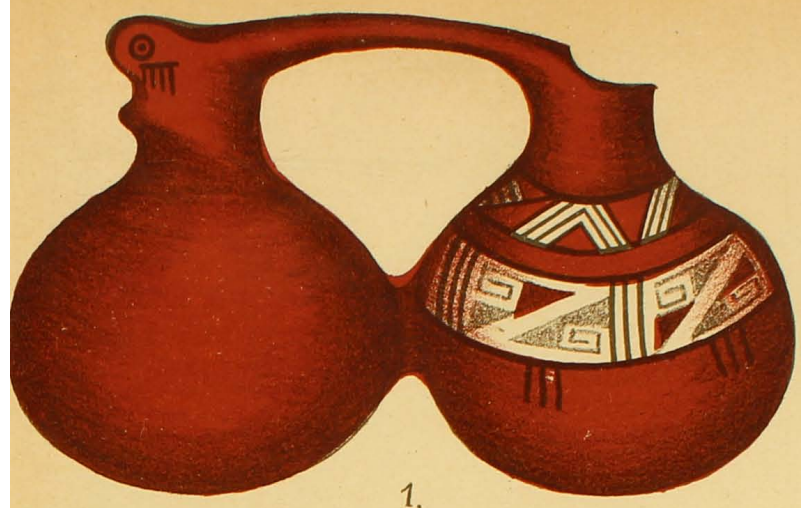
3. CALDERA.  
COL. MUSEO NACIONAL



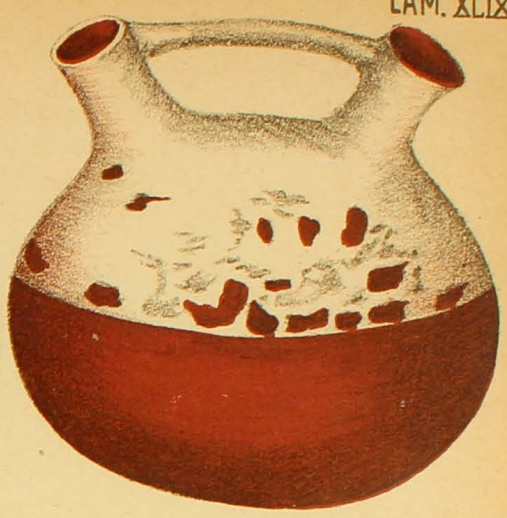
4.  
VALLENAR.



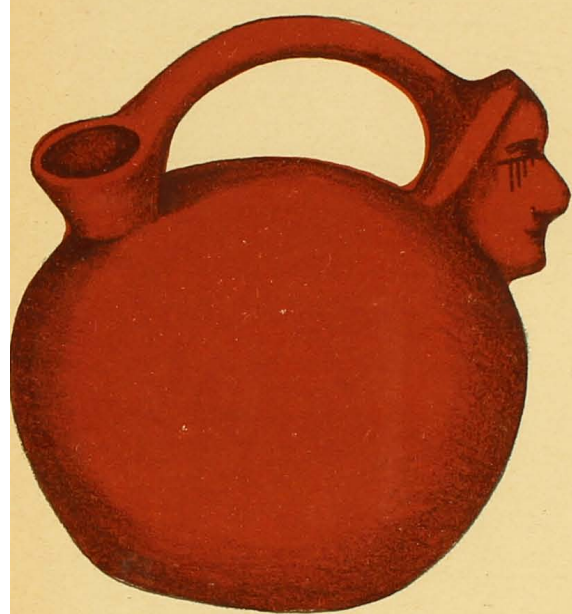
5  
CALDERA.



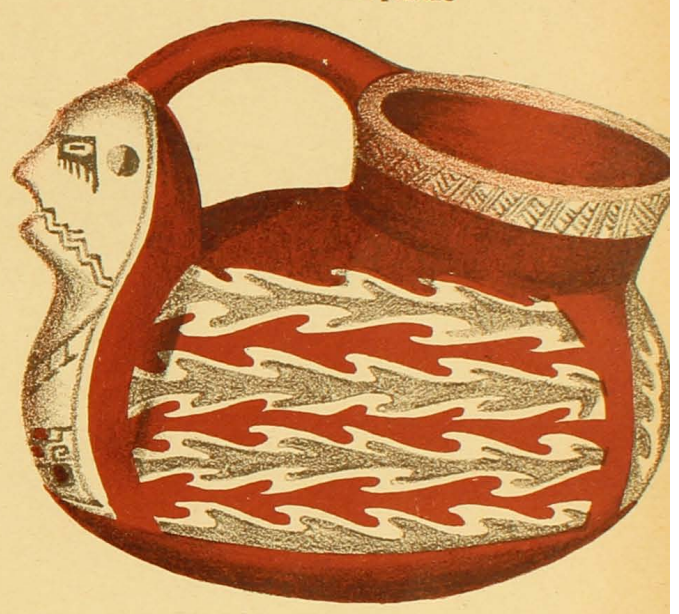
1.  
LA FLORIDA



2.  
CAUQUENES



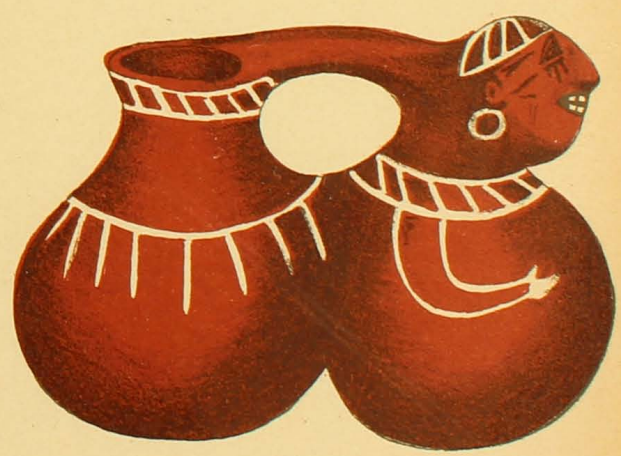
3.  
LA FLORIDA



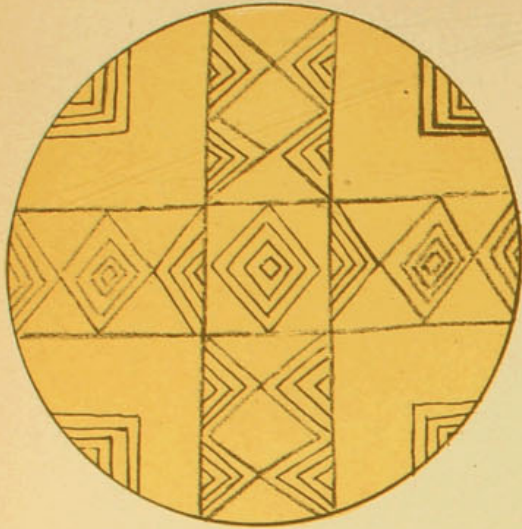
4.  
TONGOY.



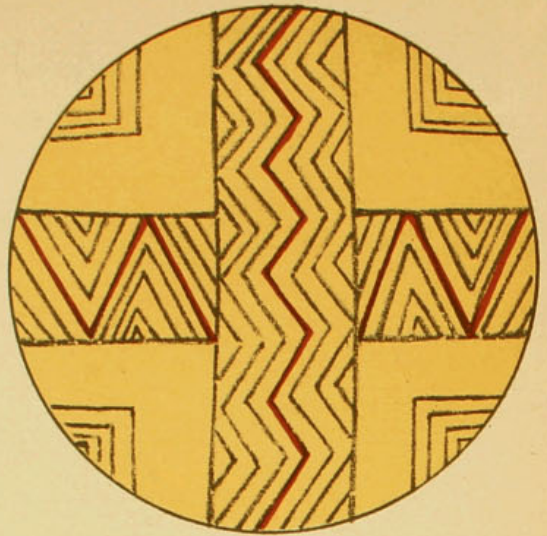
5.  
LA SERENA.



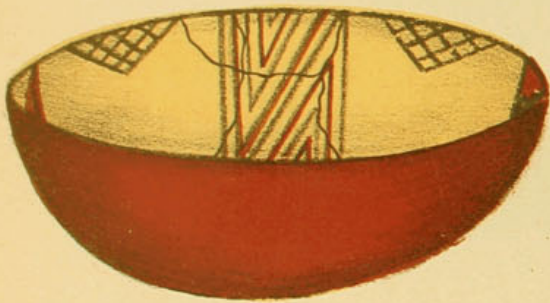
6.  
COPIAPO



1  
OLMUÉ.



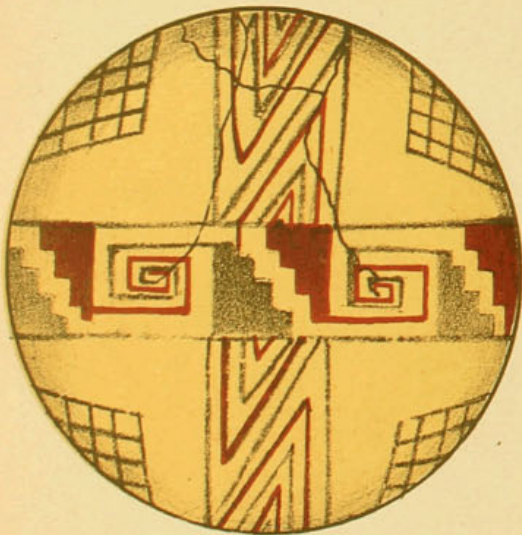
2.  
VICHICULEN



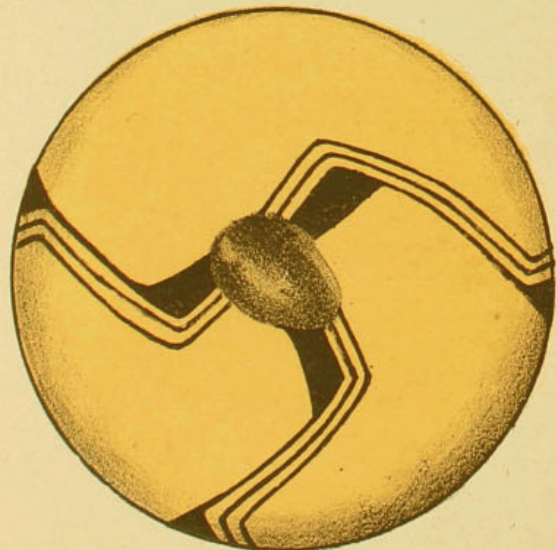
3.



4.

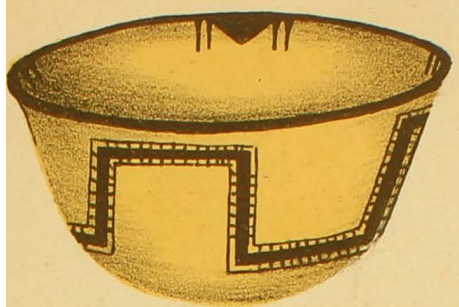


3a

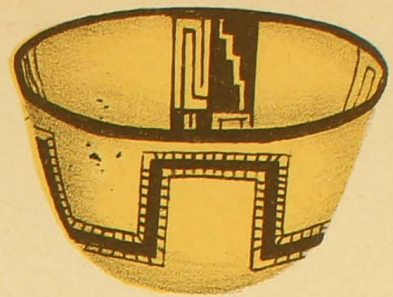


4a

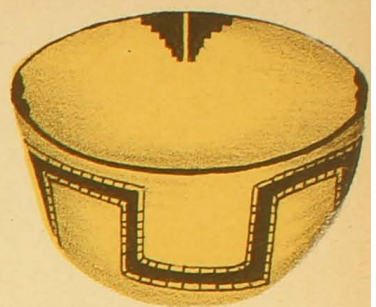
OCOA.  
DE<sup>ta</sup> DE QUILLOTA



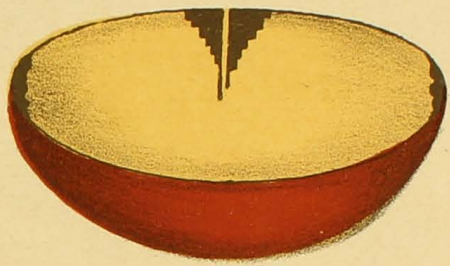
1. SAN JOSÉ DE PIGUCHÉN



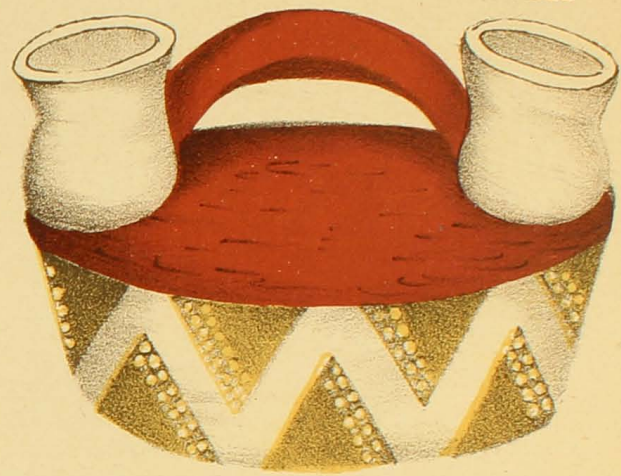
2



3 JAHUEL



7. SAN JOSÉ DE PIGUCHÉN.



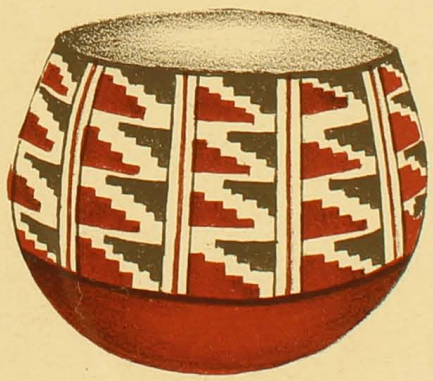
8 LA ANGOSTURA. SANTIAGO.



4. CODEGUA.



6. MACHALI.

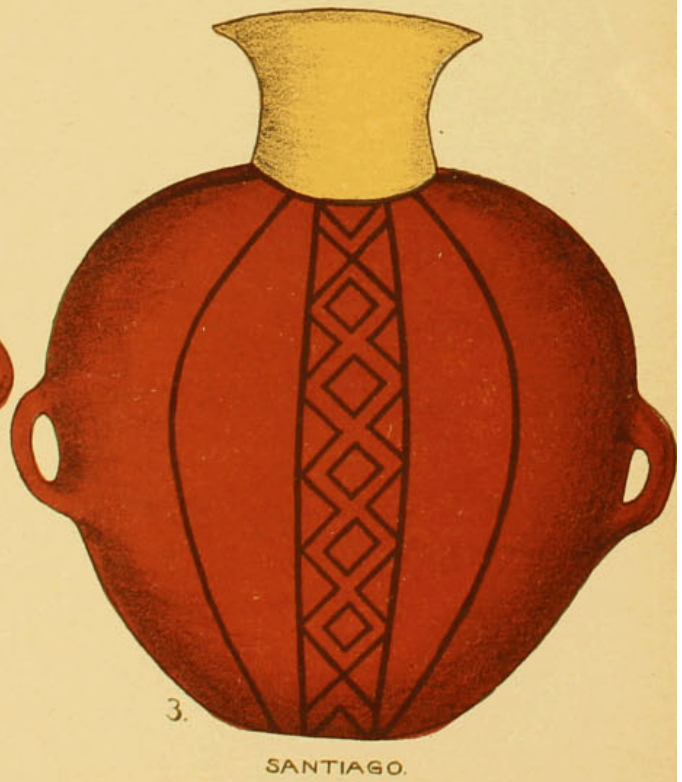
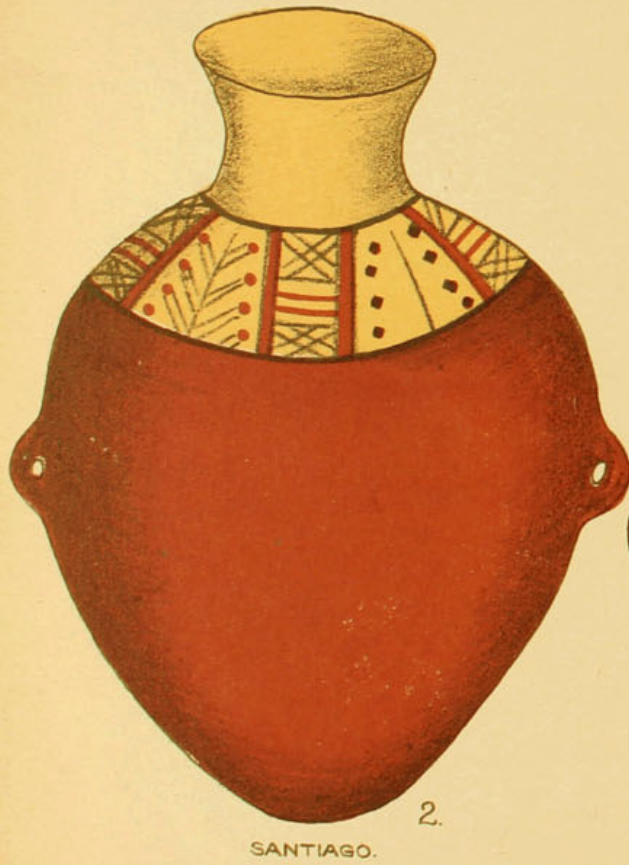
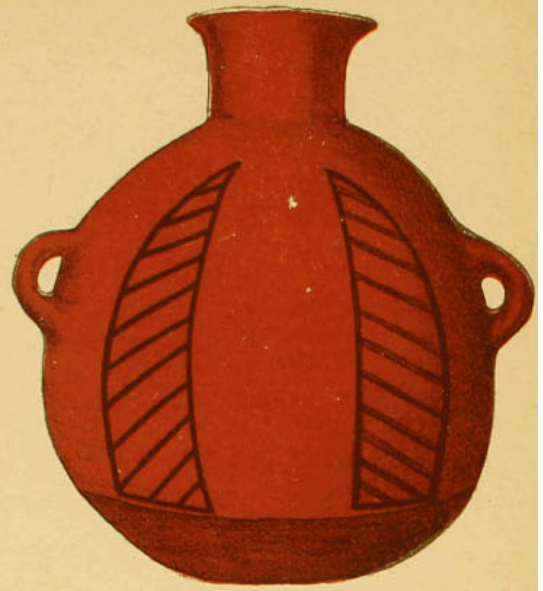
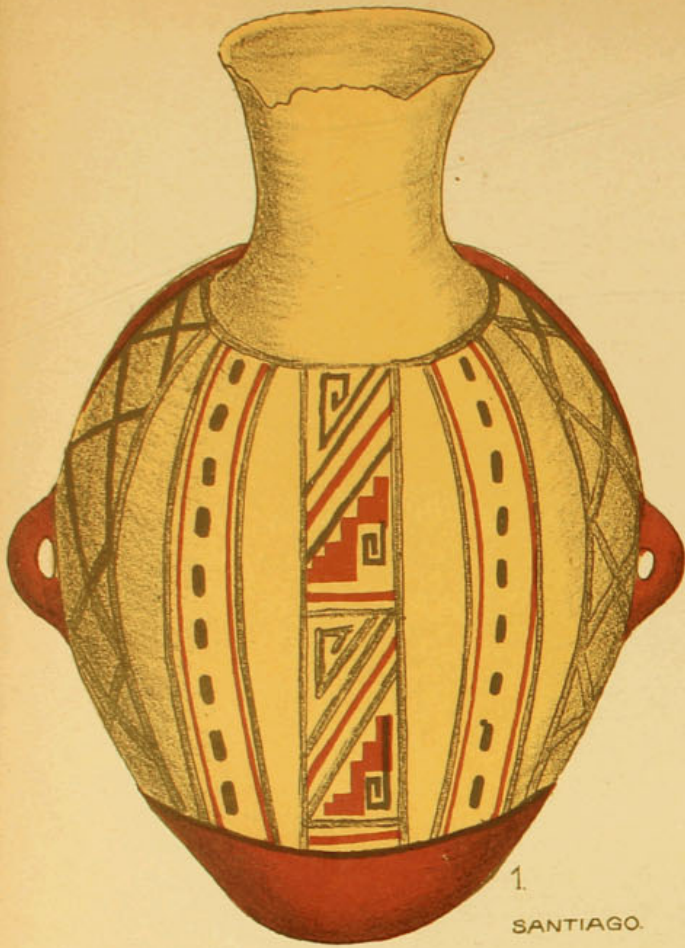


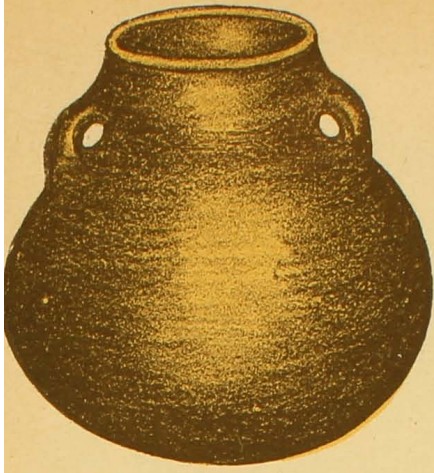
5 OCOA



9. SANTIAGO.

ALFARERIA DE CHILE CENTRAL.





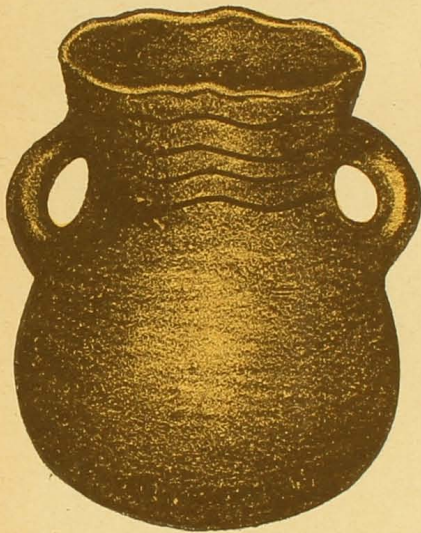
1.  
OCHOA.



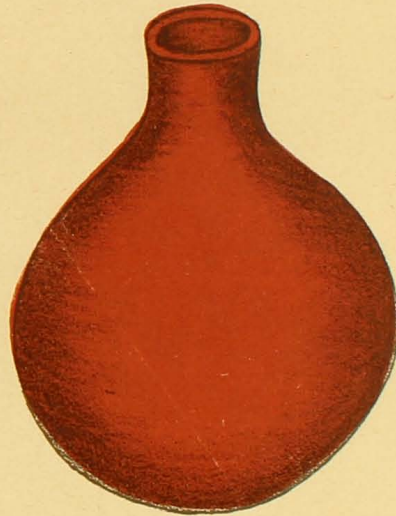
2.  
CHOMEDAHUE  
CURICO.



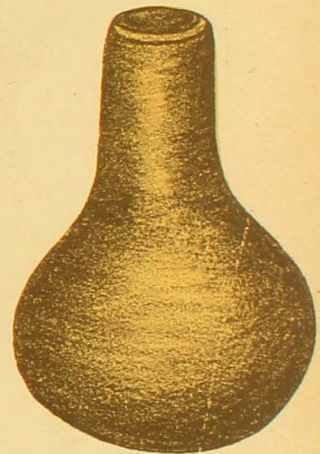
3.  
TALCA.



4.  
SANTA CRUZ CURICO.



5.  
SANTA CRUZ. CURICO.



6.  
TRAIQUÉN



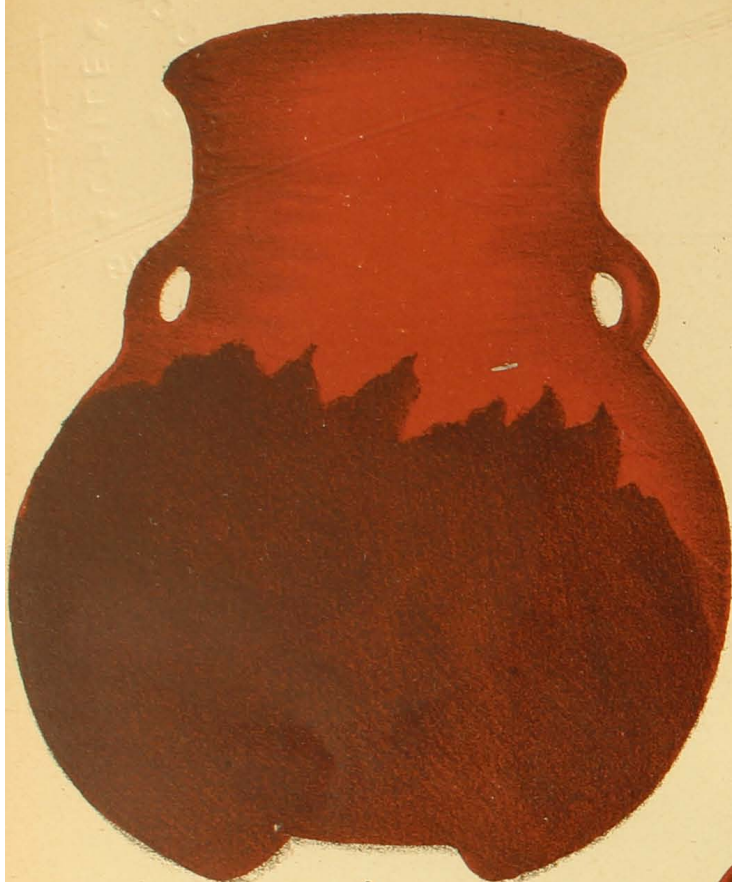
7.  
COPIAPO.



8.  
PETORCA.  
TIPOS DE ALFARERIA CHILENA.

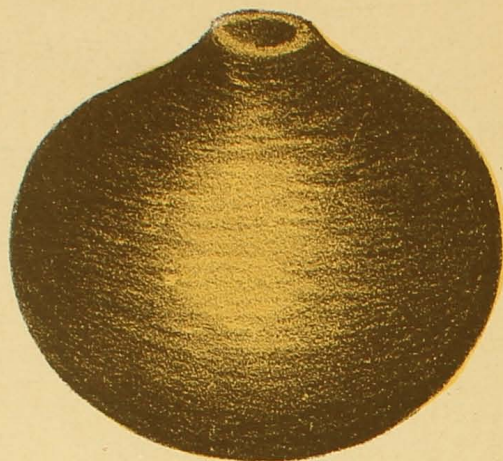


9.  
QUILLOTA.



3.

HAC. DE CAUQUENES



1

CONTULMO.



2

HAC. DE CAUQUENES



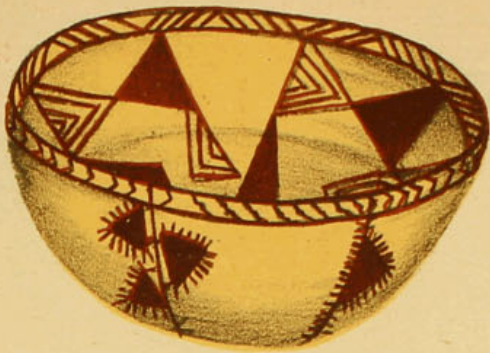
4

HAC. DE CAUQUENES

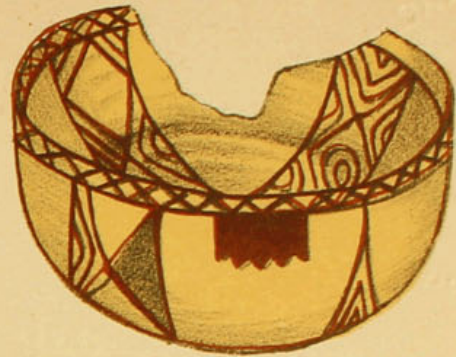


5

CALDERA



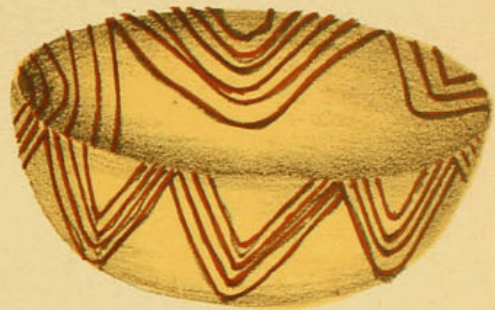
1.



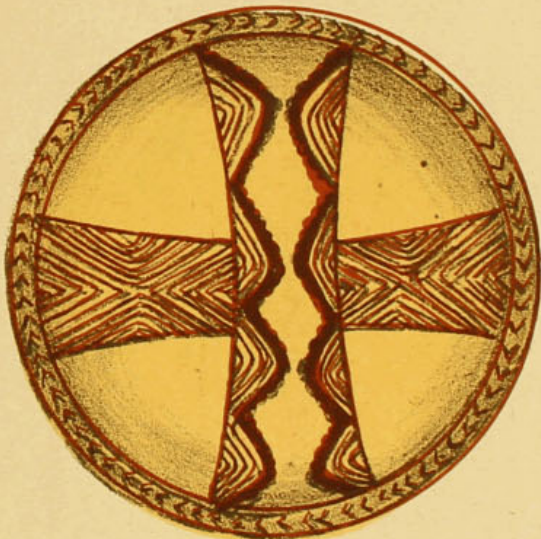
2.



3.



4.



3<sup>a</sup>.



5.



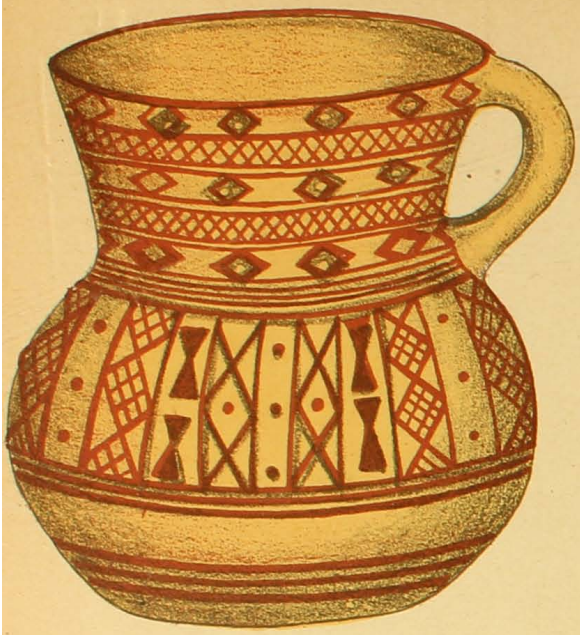
6.



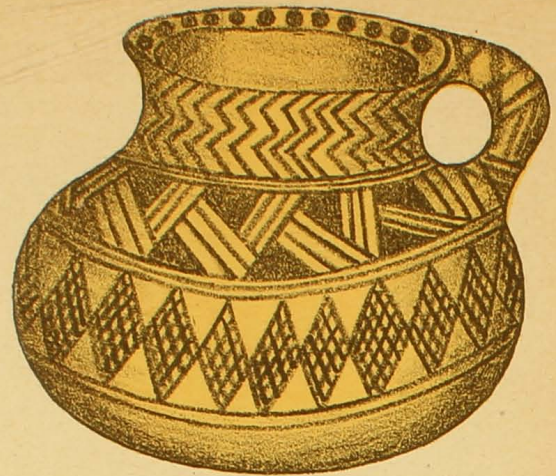
7.

ALFARERIA DE CAUQUENES

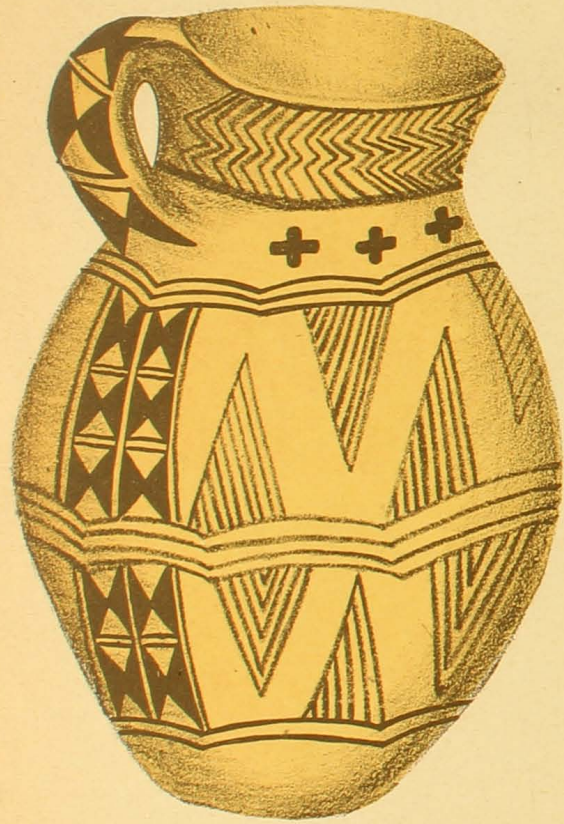




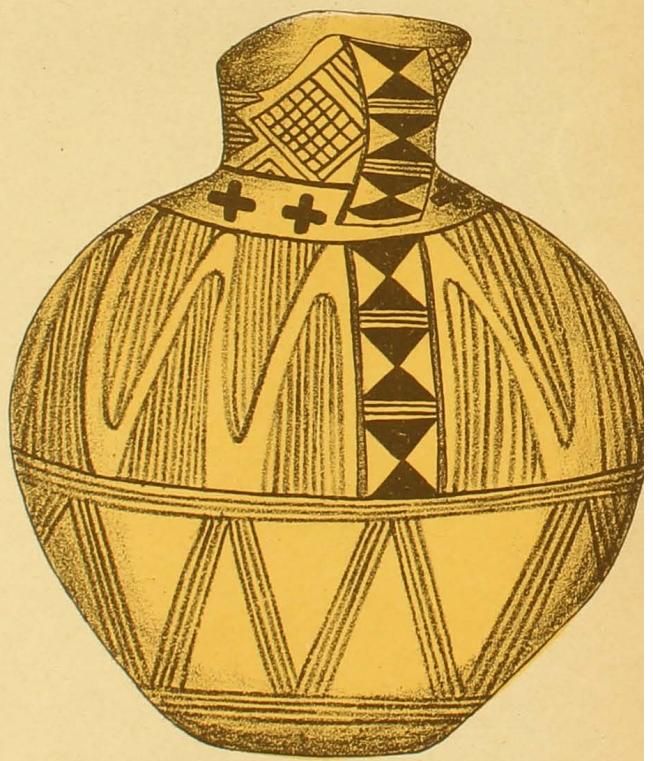
1.  
OSORNO



2.  
VALDIVIA.



3.  
LAGO RANCO.



4.  
LA UNIÓN.

ALFARERIA AUSTRAL.  
TIPOS INCAICOS.